

LA ISLA DEL DÍA DE ANTES

Umberto Eco

Traducción de Helena Lozano



Editorial Lumen

 ESPA
EBOOK

En el verano de 1643 y en los mares del Sur, un joven piamontés, Roberto de la Grive, arriba como náufrago a una nave desierta. La nave está llena de animales desconocidos y de extrañas máquinas y artilugios, y ante ella, próxima e inalcanzable (no sólo, descubriremos después, en el espacio, sino también en el tiempo) una isla de ensueño. Roberto escribe cartas a la 'Señora'; a través de las cuales se adivina poco a poco su pasado: duelos, asedios, lances amorosos, alambicadas disputas de salón. Se trata, de hecho, de la lenta y traumática iniciación al mundo de la nueva ciencia, las razones de estado, las redes de espionaje de Mazarino y Richelieu, la guerra de los treinta años, en suma, a un cosmos en el que la tierra ha dejado de ser para muchos el centro del universo. En este 'Mar de la Inocencia' nada es inocente, y Roberto lo sabe desde el principio, porque ha llegado a estas Antípodas para resolver -sin personalmente desearlo- el misterio por el cual forcejean las nuevas potencias de la época: el secreto del Punto Fijo.



Umberto Eco

La isla del día antes

ePUB v1.0

Dermus 27.04.12

más libros en espaebook.com

Título original: L'isola del giorno prima
© 1994, R.C.S. Libri y Grande Opere SpA
© de la traducción, Helena Lozano Miralles

Is the Pacific Sea my Home?

JOHN DONNE,
«Hymne to God my God»

Stolto! a cui parlo? Misero! Che tento?

Racconto il dolor mió
a l'insensata riva
a la mutola selce, al sordo vento...
Ahi, ch'altro non risponde
che il mormorar de l'onde!

GIOVAN BATTISTA MARINO,
«Eco», La Lira, XIX

1

DAPHNE

Y con todo eso, me envanezco de mi humillación, y pues a tal privilegio estoy condenado, casi gozo de aborrecida salvación: soy, creo, a memoria de hombre, el único ser de nuestra especie que ha hecho naufragio en una nave desierta.

De tal suerte, con impenitente conceptuosidad, Roberto de la Grive, presumiblemente entre julio y agosto de 1643.

¿Cuántos días llevaba vagando sobre las ondas, atado a una tabla, boca abajo de día para que el sol no le cegara, el cuello innaturalmente tendido para evitar beber, quemado por la espuma, ciertamente febricitante? Las cartas no lo dicen y dejan pensar en una eternidad, pero debe de haberse tratado de dos jornadas a lo más, si no, no habría sobrevivido bajo el azote de Febo (como figurativamente lamenta), él, tan enfermizo como se describe, animal noctívago por natural defecto.

No se hallaba en condiciones de llevar la cuenta del tiempo, mas me figuro que el mar habíase sosegado inmediatamente después de la borrasca que lo había arrojado del *Amarilis* y esa suerte de balsa que el marinero le había delineado a la medida habíale conducido, empujada por los alisios en un piélago sereno, durante una estación en la que al sur del ecuador hay un invierno de mucha templanza, a obra de algunas millas, hasta que las corrientes le habían allegado a la bahía.

Era de noche, se había adormecido, y no había dado en la cuenta de que se estaba acercando al navío hasta que, con un sobresalto, la tabla había chocado contra la proa del *Daphne*.

Y como —a la luz del plenilunio— había dado en la cuenta de que estaba flotando bajo un bauprés, al hilo de un castillo de proa del que colgaba una escala de cordel, no lejos del cable del ancla (¡la escala de Jacob, la habría llamado el padre Caspar!), habíanle vuelto en un instante todos los espíritus. Debe de haber sido la fuerza de la desesperación: calculó si tenía más aliento para gritar (pero la garganta era un fuegoseco), o para desceñirse de las cuerdas que le habían rayado surcos lívidos, e intentar la ascensión. Creo que en esos instantes un moribundo se convierte en un Hércules que estrangula las serpientes en la cuna. Roberto se muestra confuso a la hora de registrar el acontecimiento, pero se ha de aceptar la idea, si al final estaba en el castillo de proa, que de alguna manera a aquella escala se había aferrado. Quizá subió

poco a poco, exhausto a cada trecho, tiróse allende la batayola, arrastróse sobre las jarcias, encontró abierta la puerta del castillo... Y el instinto debe de haberle hecho tocar ese barril, a cuyo borde se izó para encontrar una taza atada a una cadenilla. Y bebió todo lo que pudo, derrumbándose luego harto, quizá en sentido pleno del término, pues esa agua debía de retener tantos insectos anegados que le era alimento y bebida juntos.

Debería de haber dormido veinte y cuatro horas; es un cálculo apropiado si es que se despertó de noche, pero como renacido. Con que, era de nuevo noche, y no todavía.

Él pensó que todavía era de noche, si no, a cabo de un día, alguien habría debido encontrarlo. La luz de la luna, penetrando desde la cubierta, iluminaba aquel lugar, que se daba a conocer como la cocinilla de a bordo, con su caldera péndula sobre el fogón.

El paraje tenía dos puertas, una hacia el bauprés, la otra a la puente. Y a la segunda habíase asomado, divisando como si fuera de día las amarras bien acomodadas, el cabestrante, los palos con las velas recogidas, pocos cañones en las portas y el contorno del *alcázar*. Había hecho ruido, pero no respondía alma viva. Se había asomado a las amuradas y a la derecha había divisado, a eso de una milla, el perfil de la Isla, con las palmas de la ribera agitadas por la brisa.

La tierra formaba como un seno orlado de arena que blanqueaba en la pálida oscuridad pero, como le acontece a todo náufrago, Roberto no podía decir si era isla o continente.

Había dado traspiés hasta la otra borda y había entrevisto —pero esta vez a lo lejos, casi al filo del horizonte— los picos de otro perfil, también él delimitado por dos promontorios. El resto, mar, como para hacer la impresión de que el navío hubiera dado fondo en una rada a la que habíase llegado pasando por un amplio canal que separaba las dos tierras. Roberto había decidido que, si no se trataba de dos islas, sin duda tratábase de una isla que miraba a una tierra más vasta. No creo que intentara otras hipótesis, visto que nunca había sabido de bahías tan amplias que hicieran la impresión en quien se encontrara en medio de estar ante dos tierras gemelas. Así, por ignorancia de continentes desmedidos, había dado en el blanco.

Un hermoso caso para un náufrago: con los pies en lugar sólido y tierra firme al alcance del brazo. Pero Roberto no sabía nadar, ahí a poco habría descubierto que a bordo no había ningún esquife, y la corriente, entre tanto, había alejado la tabla con la que había llegado. Por lo cual, al alivio por la muerte evitada se acompañaba ahora la desazón por aquella triple soledad: del mar, de la Isla vecina y del navío. Ah de la nave, debe de haber intentado gritar, en todas las lenguas que conocía, descubriéndose débilísimo. Silencio. Como si a bordo estuvieran todos muertos. Y jamás se había

expresado —él, tan generoso de símiles— tan a la letra. O casi. Y es de este casi de lo que quisiera decir, y no sé por dónde empezar.

Con todo, he empezado ya. Un hombre vaga, agotado, por el mar océano, y las aguas indulgentes lo arrojan a un navío que parece desierto. Desierto como si el marinaje lo acabara de abandonar, porque Roberto vuelve con esfuerzo a la cocina y encuentra una lámpara y un eslabón, como si lo hubiera posado el cocinero antes de acostarse. Junto al fogón hay dos catres superpuestos, vacíos. Roberto enciende la lámpara, mira en derredor, y encuentra una gran cantidad de comida: pescado seco, y bizcocho, apenas azulado por la humedad, que basta rasparlo con el cuchillo. Saladísimo, el pescado, pero hay agua a toda voluntad.

Debe de haber recobrado pronto las fuerzas, o las tenía consigo cuando escribía, porque se explaya, literatísimo, sobre las delicias de su festín, jamás tuvo el Olimpo par en sus convites, suave ambrosía a mí desde el hondo ponto, monstruo cuya muerte ahora me es vida... Pero éstas son las cosas que Roberto escribe a la Señora de su corazón:

Sol de mi sombra, luz de mi noche:

¿Por qué no me humilló el cielo en aquea tempestad que tan fieramente había excitado? ¿Por qué sustraer al mar voraz este cuerpo mío, si luego en esta avara soledad aún más desafortunada, hórridamente naufragar debía mi alma?

Si el cielo piadoso no me envía por ventura socorro, vos no leeréis nunca la carta que agora os escribo, y abrasado cual hacha por la luz de estos mares habréme de volver yo oscuro a vuestros ojos, Selene que, habiendo aymé demasiado gozado de la luz de su Sol, en tanto cumple su viaje allende el arco, extremo de nuestro planeta, despojada del auxilio de los rayos del astro suyo soberano, primeramente mengua a imagen de la hoz que le corta la vida, luego, lánguida linterna, vase disolviendo en ese espacioso cerúleo escudo donde la ingeniosa naturaleza forma heroicas empresas y misteriosos emblemas de sus secretos. Privado de vuestra mirada soy ciego pues no me veis, mudo pues no me habláis, desmemoriado pues de mí no os acordáis.

Y sólo vivo, ardiente oscuridad y tenebrosa llama, vago fantasma que mi mente, configurando siempre igual en esta adversa pugna de contrarios, prestar querría a la vuestra. Salva la vida en esta jígnea roca, en este fluctuante baluarte, prisionero del mar que del mar me defiende, castigado por la clemencia del cielo, escondido en este hondo sarcófago abierto a todos los soles, en este aéreo subterráneo, en esta cárcel inexpugnable que me ofrece la

fuga por doquier, desespero yo de veros un día.

Señora, yo os escribo con la ofrenda, indigno homenaje, de la rosa ajada de mi desconsuelo, y con todo eso, me envanezco de mi humillación y, pues a tal privilegio estoy condenado, casi gozo de aborrecida salvación: soy, creo, a memoria de hombre, el único ser de nuestra especie que ha hecho naufragio en una nave desierta.

¿Acaso es posible? A juzgar por la fecha de esta primera carta, Roberto se pone a escribir inmediatamente después de su llegada, en cuanto encuentra papel y lápiz en el camarote del capitán, antes de explorar el resto del navío. Así y todo, habrá debido de emplear algún tiempo y reponerse de fuerzas, pues estaba en estado de animal herido. O quizá sea pequeña astucia amorosa, ante todo intenta dar en la cuenta de dónde ha ido a parar, luego escribe, y finge que era antes. ¿A qué pro, visto que sabe, supone, teme, que estas cartas no llegarán jamás y las escribe sólo para su aflicción (afligido consuelo, diría él; pero intentemos no tomarle gusto)? Ya es difícil reconstruir gestos y sentimientos de un personaje que sin duda arde de amor verdadero, aunque no se sabe nunca si expresa lo que siente o lo que las reglas del discurso amoroso le prescriben. Y, por otra parte, ¿qué sabemos nosotros de la diferencia entre pasión sentida y pasión expresada, y cuál precede a la otra? En ese momento, estaba escribiendo para sí mismo, no era literatura, estaba de verdad allí, escribiendo como un adolescente que persigue un sueño imposible, surcando la página de llanto no por la ausencia de la amada, ya pura imagen incluso cuando estaba presente, sino por ternura de sí, enamorado del amor...

Habría material para sacar una novela pero, una vez más, ¿por dónde empezar?.

Yo digo que esta primera carta la escribió después, y antes miró en derredor; y lo que vio lo dirá en las cartas siguientes. Pero también aquí, ¿cómo traducir el diario de alguien que quiere hacer visible mediante metáforas perspicaces lo que ve mal, mientras va de noche con los ojos enfermos?

Roberto dirá que de los ojos padecía desde los tiempos de aquella bala que le había rozado la sien en el asedio de Casal. Y puede que así sea, pero en otras partes sugiere que se le habían debilitado a causa de la peste. Roberto era, sin duda, de complexión grácil, por lo que intuyo, también hipocondríaco, aunque con juicio; mitad de su ftofobia debía de deberse a bilis negra, y mitad a alguna forma de irritación, acaso agudizada por los preparados del señor D'Igby.

Parece seguro que el viaje en el *Amarilis* lo había realizado estando siempre bajo la cubierta, visto que el del fotófobo era, si no su natural, por lo menos el papel que tenía que desempeñar para poder controlar los tráfigos en la bodega. Algunos meses,

todos en la oscuridad o con la luz del pábilo; y luego el tiempo en el despojo de naufragio, cegado por el sol ecuatorial o tropical que fuere. Cuando arriba al *Daphne*, por lo tanto, enfermo o no, odia la luz, pasa la primera noche en la cocina, se reanima e intenta una primera inspección la segunda noche, y luego las cosas van casi de su cuenta. El día le da miedo, no sólo los ojos no lo soportan, tampoco las quemaduras que debía de tener en la espalda, y se amadriga. La bella luna que describe aquellas noches le reanima, de día el cielo es como por doquier, de noche descubre nuevas constelaciones (heroicas empresas y misteriosos emblemas precisamente), es como encontrarse en un teatro: se convence de que aquélla será su vida durante largo tiempo y quizá hasta la muerte, recrea a su Señora sobre el papel para no perderla, y sabe que no ha perdido mucho más de lo que ya no tuviere.

En ese punto, se refugia en sus velas nocturnas como en un útero materno, y con mayor razón decide rehuir el sol. Quizá había leído de aquellos Resurgentes de Hungría, de Livonia o de Valaquia, que huronean inquietos entre el ocaso y el alba, para esconderse luego en sus sepulturas al canto del gallo: el papel podía seducirle...

Roberto debería de haber empezado su censo la segunda noche. Ya había gritado bastante como para estar seguro de que no había nadie a bordo. Pero, y le causaba temor, habría podido encontrar cadáveres, alguna señal que justificara aquella ausencia. Habíase movido con circunspección, y por las cartas es difícil decir en qué dirección: nombra de manera imprecisa el navío, sus partes y los objetos de a bordo. Algunos le son familiares y se los ha oído mencionar a los marineros, otros desconocidos, y los describe por lo que se le representan. Ahora que también los objetos conocidos, y signo de que en el *Amarilis* la chusma debía de estar compuesta por bellacos de los siete mares, debía de habérselos oído indicar en francés al uno, al otro en holandés, a otro más en inglés. Así, dice a veces *staffe* —como debía de haberle enseñado el doctor Byrd— para referirse a la ballestilla; es trabajoso entender cómo estaba una vez, propiamente, en el alcázar, y otra en el *gagliardo* de atrás, que es galicismo para decir la misma cosa; usa baterías en lugar de portas y se lo concedo de buen grado porque me recuerda ciertos libros de marinería para niños; habla de *parrocchetto*, que para los italianos es el velacho de trinquete, pero como para los franceses *perruche* es la vela de sobre-mesana, en el árbol de mesana, no se sabe a qué se refiere cuando dice que estaba debajo de la *parrucchetta*, sin contar con que en español el perroquete es un mastelero de juanete. A veces llama al árbol de mesana *artimone*, sin duda a la francesa, pues para un marino español es una vela de galera,

pero entonces ¿qué querrá decir cuando escribe *misena* o *mizzana* que para los franceses es el trinquete (pero, pobres de nosotros, no para los ingleses, para los cuales el *mizzenmast* es la mesana, como Dios manda)? Y cuando habla de *gronda* probablemente está refiriéndose a un imbornal. Tanto que he tomado una decisión: intentaré descifrar sus intenciones y luego traduciré usando los términos que me resultan más familiares, pues me ha parecido pasar estas y otras menudencias, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones.

Dicho esto, establezcamos que aquella segunda noche, después de haber encontrado una reserva de comida en la cocina, Roberto procedió de alguna manera, bajo la luna, a la travesía de la cubierta.

Recordando la proa y la anchura del buque, vagamente vislumbrados la noche de antes, a juzgar por la cubierta ligera y por la forma del gallardo, perdón, el alcázar, y por la popa estrecha y redonda, y comparando con el *Amarilis*, Roberto concluyó que también el *Daphne* era un *fluyt*, o pingue holandés, o urca, o *flüte*, o *fluste*, o *flyboat*, o *fliebote*, como variamente se llamaban aquellos galeones de comercio y de medio arqueaje, por lo normal armados con una decena de cañones, a descargo de conciencia en caso de ataque de piratas y que, con aquellas dimensiones, podían gobernarse con una docena de marineros, y embarcar muchos pasajeros más, si se renunciaba a las comodidades (ya escasas), arrumando jergones hasta tropezar con ellos. Y ea, causa de miasmas de todo tipo por si no había bubones a suficiencia. Un pingue, por tanto, pero mayor que el *Amarilis*, con la puente reducida, casi, a una escotilla única, como si el capitán ansiara embarcar agua a cada embate de mar demasiado vivaz.

En cualquier caso, que el *Daphne* fuera un pingue era una ventaja, Roberto podía moverse con cierto conocimiento de la disposición de los lugares. Por ejemplo, habría debido estar, en el centro de la cubierta, el esquiife, capaz de contener el marinaje al completo: y el que no estuviera dejaba creer que el marinaje estaba en otro lugar. Pero esto no tranquilizaba a Roberto: un marinaje no deja jamás el navío sin custodia y a la merced de la mar, aun anclado con las velas recogidas en una bahía tranquila.

Aquella noche había apuntado inmediatamente más allá de la plaza de armas, había abierto la puerta del alcázar con recato, como si tuviera que pedirle permiso a alguien... Junto a la rueda del timón, la aguja de marear le dijo que el canal entre las dos tierras se extendía de sur a norte. Luego, había dado en la que hoy llamaríamos la cámara de oficiales, una sala en forma de L, y otra puerta lo había admitido en la cámara del capitán, con su amplio ventanal sobre el timón y los accesos laterales a la galería. En el *Amarilis* la estancia de mando no formaba un todo con aquella donde

dormía el capitán, mientras que aquí parecía que se hubiera intentado ahorrar espacio para hacer lugar a algo más. Y, en efecto, mientras a la izquierda de la cámara se abrían dos camarotes para sendos oficiales, a la derecha se había obtenido otro paraje, casi más amplio que el del capitán, con un catre modesto en el fondo, pero dispuesto como un lugar de trabajo.

La mesa estaba llena de mapas, que le parecieron a Roberto más de los que un navío usa para la navegación. Parecía aquél el gabinete de un estudioso: con las cartas de navegar estaban dispuestos de diferente manera anteojos de larga vista, un hermoso nocturlabio de cobre que emanaba reflejos leonados como si fuera en sí mismo un manantial de luz, una esfera armilar fijada al plano de la mesa, otros pliegos recubiertos de cálculos, y un pergamino con dibujos circulares en negro y en rojo, que reconoció, por haber visto algunas copias en el *Amarilis* (si bien de hechura más vil), como una reproducción de los eclipses lunares del Regiomontano.

Había vuelto a la cámara alta: saliendo a la galería se podía ver la Isla, se podía —escribía Roberto— fijar con lince ojos su silencio. En definitiva, la Isla estaba allí, como antes.

Debía de haber llegado al galeón casi desnudo: creo que, en primer lugar, sucio como estaba por la espuma marina, se lavó en la cocina, sin preguntarse si esa agua era la única a bordo, y luego encontró en un cofre un buen vestido del capitán, el que había de conservarse para el desembarco final. Quizá hasta se pavoneara en su uniforme de mando; y calzar botas debe de haber sido una manera de sentirse nuevamente en su elemento. Sólo en ese punto un hombre de bien, propiamente vestido —y no un náufrago menoscabado— puede tomar oficialmente posesión de un navío abandonado, y no advertir ya como violación, sino como derecho, el gesto que hizo Roberto: buscó en la mesa y descubrió, abierto y como dejado interrumpido, junto a la pluma de oca y al tintero, el cuaderno de bitácora. Por la primera hoja supo inmediatamente el nombre del navío, pero por lo demás era una secuencia incomprensible de *anker, passer, sterre-kyker, roer*, y poco útil le fue saber que el capitán era flamenco. Sin embargo, la última línea llevaba la fecha de algunas semanas antes, y a cabo de pocas palabras incomprensibles campeaba bien rayada una expresión en latín: *pestis, quae dicitur bubonica*.

He aquí una huella, un anuncio de explicación. A bordo del navío habíase declarado una epidemia. Esta noticia no inquietó a Roberto: su peste habíala pasado trece años antes, y todos saben que quien ha sufrido el morbo ha adquirido una suerte de gracia, como si esa sierpe no osare introducirse por segunda vez en el espinazo de quien habíala domado una primera.

Por otra parte, aquella alusión no explicaba mucho, y dejaba espacio a otras inquietudes. Así sea, eran todos muertos. Pero entonces habríanse debido encontrar, diseminados descompuestamente sobre la puente, los cadáveres de los últimos, admitiendo que éstos hubieran dado piadosa sepultura en el mar a los primeros.

Estaba la ausencia del esquife: los últimos, o todos, habíanse alejado del navío. ¿Qué es lo que convierte un bajel de apestados en un paraje de invencible amenaza? ¿Ratones, por ventura? Parecióle a Roberto interpretar en la escritura ostrogoda del capitán, una palabra como *rottenest* (¿ratas, ratones de albañar?): e inmediatamente se había dado la vuelta levantando el candil, dispuesto a divisar algo deslizándose a lo largo de las paredes y a oír el chillido que habíale helado la sangre en el *Amarilis*. Con un escalofrío recordó una noche en que un ser peludo habíale rozado el rostro mientras estaba durmiéndose, y su grito de terror había hecho acorrer al doctor Byrd.

Todos, luego, habíanse reído dél: incluso sin la peste, en un bajel hay tantas ratas como pájaros en un bosque, y con las ratas hase de tener costumbre si se quiere correr los mares.

Pero, por lo menos en el alcázar, de ratas ningún aviso. Quizá habíanse reunido en la sentina, con sus ojos rojeantes en la oscuridad, en espera de carne fresca. Roberto se dijo que, si las había, era menester saberlo al punto. Si eran ratones normales y un número normal, podíase convivir. ¿Y qué otra cosa podían ser, si no? Se lo preguntó, y no quiso darse una respuesta.

Roberto encontró una escopeta, un espadón y un cuchillejo. Había sido soldado: la escopeta era uno de aquellos *caliver*, como decían los ingleses, que podía apuntarse sin horquilla; se aseguró de que todo estuviera en orden, más para sentir confianza que por proyecto de desbaratar una turba de ratones con el plomo, y, de hecho, se había ceñido a la cintura el cuchillo, que con los ratones sirve para poco.

Había decidido explorar el casco de proa a popa. Vuelto a la cocina, por una escalerilla que bajaba arrimada a la carlinga del bauprés, había penetrado en el pañol (o despensa, creo), donde habían sido amasadas provisiones para una larga navegación. Y puesto que no podían haberse conservado por transcurso de todo el viaje, el marinaje acababa de hacer bastimento en una tierra hospitalaria.

Había cestas de pescado, ahumado desde no había mucho, y pirámides de cocos, y barriles de raíces de forma desconocida pero con aspecto de poderse comer sin perjuicio, y visiblemente capaces de soportar una larga conservación. Y luego frutos, como los que Roberto había visto aparecer a bordo del *Amarilis* después de las primeras arribadas en tierras tropicales, también ellos resistentes al paso de las estaciones, erizados de espinas y escamas, empero con un perfume agudo que prometía

carnosidades bien defendidas, humores azucarados escondidos. Y de algún producto de las islas debían de haberse extraído aquellos costales de harina gris, con olor a tufo, y con ésta probablemente habíanse cocido también unos panes que, al probarlos, recordaban a aquellas excrecencias insípidas que los indios del Nuevo Mundo llamaban batatas.

En el fondo había también una decena de cubetas con su espita. Extrajo de la primera, y era agua aún no podrida, antes bien, recogida recientemente y tratada con azufre para conservarla más tiempo. No era mucha, pero calculando que también las frutas habríanle calmado la sed, habría podido permanecer mucho tiempo en el navío. Y con todo eso, estos descubrimientos, que debían dejarle entender que en la nave no habría muerto de inedia, le inquietaban aún más. Como por lo demás les acaece a los espíritus melancólicos, para los cuales cualquier aviso de fortuna es promesa de infaustas consecuencias.

Naufragar en una nave desierta es ya un caso innatural, pero si por lo menos la nave hubiere sido abandonada de los hombres y de Dios como despojo impracticable, sin objetos de naturaleza o de arte que la hicieran apetecible albergue, esto habría estado en el orden de las cosas, y de las crónicas de los navegantes; pero encontrarla así, aparejada como para un huésped deseado y esperado, como un ofrecimiento insinuante, empezaba a saber a azufre, mucho más que el agua. A Roberto le vinieron a las mientes varias consejas que le contaba la abuela, y otras con mejor prosa que se leían en los salones parisinos, donde princesas perdidas en el bosque entran en una roca y encuentran cámaras decoradas suntuosamente con lechos y baldaquines, y armarios llenos de vestidos lujosos, o incluso mesas aderezadas... Y ya se sabe, la última sala habría reservado la revelación sulfúrea de la mente maligna que había tendido el lazo.

Había tocado un coco en la base del cúmulo, había turbado el equilibrio del conjunto, y aquellas formas cerdosas se habían precipitado en alud, como ratas que hubieran esperado tácitas en el suelo (o como los murciélagos se cuelgan invertidos de las vigas de un techo), dispuestas ahora a subirle por el cuerpo y a oliscarle el rostro salado de sudor.

Era menester asegurarse de que no se trataba de sortilegio: Roberto había aprendido durante el viaje qué se hace con los frutos de ultramar. Usando el cuchillo como un hacha, abrió de un solo golpe un coco, y desmenuzó en mil pedazos la cáscara, y royó el maná que se ocultaba bajo la corteza. Era todo tan suavemente delicioso que la impresión de la insidia se acrecentó. Quizá, se dijo, estaba ya en manos de la ilusión, se saboreaba con cocos e hincaba el diente en roedores, absorbía ya su quiddidad, a cabo de poco sus manos habríanse vuelto finas, uñosas y corvas, su cuerpo

habríase recubierto de un bozo agrio, su espalda habríase arqueado, y habría sido acogido en la siniestra apoteosis de los hirsutos habitantes de aquella barca del Aqueronte.

Empero, y para acabar con la primera noche, otro aviso de horror había de sorprender al explorador. Como si el derrumbamiento de los cocos hubiera despertado a criaturas durmientes, oyó venir, más allá del mamparo que separaba la despensa del resto de la entrecubiertas, si no un chillido, un piar, un cuchichear, un escarbar de patas. Luego la insidia existía, seres de la noche se daban cita en algún cubil.

Roberto se preguntó si, escopeta en ristre, debía encarar enseguida aquel Armagedón. El corazón le temblaba, se acusó de cobardía, se dijo que o aquella noche u otra, antes o después, habría tenido que hacer frente a Esotros. Perdió tiempo, volvió a subir a la cubierta, y por fortuna divisó el alba que acariciaba con sus manos de marfil el metal de los cañones, hasta entonces regalado por los reflejos lunares. Estaba surgiendo el día, se dijo con alivio, y era deber suyo huir su luz.

Como un Resurgente de Hungría atravesó corriendo la cubierta para volver al alcázar, entró en el camarote ya suyo, se atrincheró, cerró las salidas a la galería, colocó las armas al alcance de la mano, y se dispuso a dormir para no ver el Sol, verdugo que corta con el hacha de sus rayos el cuello de las sombras.

Agitado, soñó su naufragio, y lo soñó como hombre de ingenio, por lo que incluso en sueños, y sobre todo en ellos, ha de hacerse de suerte que las proposiciones hermoseen el concepto, que los reparos lo aviven, las conexiones misteriosas lo hagan preñado, profundo las ponderaciones, salido los encarecimientos, disimulado las alusiones, y las transmutaciones sutil.

Me imagino que en aquellos tiempos, y en aquellos mares, eran más los bajeles que naufragaban que los que volvían al puerto; pero a quien le acontecía por vez primera, la experiencia debía de ser fuente de pesadillas recurrentes, que la costumbre a bien concebir debía hacer pintorescas como un Juicio Universal.

Desde la tarde de antes, el aire se había como enfermado de catarro, y parecía que el ojo del cielo, grávido de lágrimas, no consiguiera ya seguir sosteniendo la vista de la extensión de las ondas, el pincel de la naturaleza descoloraba la línea del horizonte y esbozaba lejanías de provincias indistintas.

Roberto, cuyas vísceras ya vaticinaban el inminente terremoto, se tira en el catre, acunado por una nodriza de cíclopes, se adormece entre sueños intranquilos que sueña en el sueño del que nos habla, y cosmopea de estupores acoge en su regazo. Se

despierta con la bacanal de los truenos y los gritos de los marineros, luego embates de agua le invaden el jergón, el doctor Byrd se asoma corriendo y le grita que suba a la puente, y que se mantenga bien agarrado a cualquier cosa que esté un poco más firme que él.

En la cubierta, confusión, lamentos y cuerpos, levantados como por la mano divina, arrojados al mar. Por un poco Roberto se ase a la vela de mesana (creo entender), hasta que ésta se lacera, vulnerada por saetas, la entena da en emular la curva carrera de las estrellas y Roberto es impelido a los pies del palo mayor. Aquí un marinero de buen corazón, que se había atado a él, no pudiendo hacerle sitio, le lanza un cabo y le grita que se ate a una puerta, desquiciada hasta allí desde el alcázar, y bueno fue para Roberto que la puerta, con él parásito, se deslizara luego contra el pasamanos porque, entre tanto, el árbol se parte por la mitad, y un mastelero se precipita a abrirle la cabeza al adjutor.

Por una brecha del costado del navío, Roberto ve, o sueña haber visto, abrirse una enorme boca y entre el bostezo horrendo, su lengua esgrime rayo, vibra espada, cola escamosa despierta el estruendo, que confunde la bóveda estrellada, lo que me parece un consentir demasiado al gusto de la cita preciosa. Mas en fin, el *Amarilis* se inclina de la parte del náufrago dispuesto al naufragio, y Roberto con su tabla se desliza en un abismo encima del cual divisa, descendiendo, el Océano que libre asciende a simular precipicios, en deliquio de crestas ve surgir Pirámides caídas, es acuóreo cometa que huye en la órbita de ese torbellino de húmedos cielos. Mientras cada ola relampaguea con lúcida inconstancia, aquí se curva un vapor, aquí un vórtice hace borborignos y abre un hontanar. Haces de meteoritos enloquecidos hacen el contracanto al aire sedicioso y roto en truenos, el cielo es un alternarse de luces remotísimas y aguaceros de tinieblas, y Roberto dice haber visto Alpes espumosos dentro de lúbricos sulcos con mieses si no espumas, y a Ceres florecida entre zafiros reflejados, y más tarde, un precipitar de relucientes ópalos, cual si la telúrica hija Proserpina hubiera tomado el mando exiliando a la frugífera madre.

Y en el horror nocturno que brama airado, mientras sufre la ira del ponto procelosa, Roberto, de repente, cesa de admirar el espectáculo, del cual se convierte en insensible actor, se desmaya y nada sabe ya de sí. Sólo después, supondrá, soñando, que la tabla, por piadoso decreto, o por instinto de cosa natante, se adecúe a esa jiga y como hubiere bajado, naturalmente torne a subir, sosegándose en una lenta zarabanda—en la cólera de los elementos también se subvierten las reglas de toda urbana secuencia de danzas— y siempre con más amplias perífrasis lo aleje del ombligo de la justa, donde, en cambio, se hunde, peonza astuta en las manos de los hijos de Eolo, el

desventurado *Amarilis*, bauprés al cielo. Y con él toda ánima viva en su bodega, y el judío destinado a encontrar en la Jerusalén Celestial la Jerusalén terrena que ya no habría alcanzado jamás, y el caballero maltes separado para siempre de la ínsula Escondida, y el doctor Byrd con sus secuaces y —al fin sustraído por la naturaleza benigna a los consuelos del arte médica— aquel pobre perro infinitamente ulcerado, del cual por lo demás no he tenido modo de hablar porque Roberto escribirá sobre él sólo más tarde.

En fin, presumo que el sueño y la tempestad habían hecho el reposo de Roberto lo bastante susceptible como para limitarlo a un tiempo brevísimo, al que había de seguir una vigilia belicosa. En efecto, él, al aceptar la idea de que afuera era de día, reconfortado por el hecho de que poca luz penetrara por los ventanales opacos del alcázar, y confiando en poder descender a la entrepuentes por alguna escalerilla interna, se dio ánimos, volvió a ceñirse las armas, y marchó con temerario temor a descubrir el origen de aquellos sonidos nocturnos.

O mejor, no va enseguida. Pido la venia, pero es Roberto quien al contárselo a la Señora se contradice: signo de que no cuenta cabalmente lo que le ha pasado, sino que intenta construir la carta como una narración, mejor aún, como un borrador de lo que podría llegar a ser carta y narración, y escribe sin decidir qué elegirá luego, diseña por así decir las piezas de su ajedrez sin establecer en seguida cuáles mover y cómo disponerlas.

En una carta dice haber salido para aventurarse bajo cubierta. Pero en otra escribe que, recién despertado por la claridad matinal, fue sorprendido por un lejano concierto. Eran sonidos que procedían ciertamente de la Isla. Al principio, Roberto tuvo, la imagen de una turba de indígenas apiñándose en largas canoas para abordar la nave, y apretó la escopeta, luego el concierto le pareció menos batallador.

Rayaba el alba, el sol no hería todavía los cristales: fue a la galería, advirtió el olor del mar, entreabrió el postigo de la ventana, y con los ojos entrecerrados intentó fijar la ribera.

En el *Amarilis*, donde de día no salía a la puente, Roberto había oído a los pasajeros contar de auroras encendidas como si el sol estuviera impaciente por traspasar el mundo con sus saetas, mientras ahora veía, sin lagrimear, colores tenues: un cielo espumoso de nubes oscuras apenas hiladas de madreperla, mientras un matiz, un recuerdo de rosa, estaba ascendiendo detrás, de la Isla, que parecía coloreada de turquí en un papel grueso.

Pero aquella paleta casi nórdica le bastaba para entender que ese perfil, que le había parecido homogéneo de noche, era la resultante de los contornos de una colina boscosa que se detenía con rápido declivio en una franja del litoral recubierta por árboles de alto fuste, hasta las palmas, que hacían de corona a la playa blanca.

Lentamente, la arena se hacía más luminosa, y a lo largo de los bordes se divisaban, a los lados, unas grandes arañas embalsamadas mientras movían sus extremidades esqueléticas en el agua. Roberto quiso verlas de lejos como «vegetales ambulantes», pero en aquel momento el reflejo ya demasiado vivo de la arena hizo que se retrajera.

Descubrió que, allí donde los ojos le traicionaban, el oído no podía, y al oído se encomendó, entornando casi del todo el postigo y dando oreja a los rumores que venían de tierra.

Aunque acostumbrado a las albas de su colina, comprendió que, por primera vez en su vida, oía cantar de verdad a los pájaros, y en cualquier caso, jamás tantos y tan variados había oído.

Millares saludaban el levantarse del sol: le pareció reconocer, entre gritos de papagayos, al ruiseñor, al mirlo, a la calandria, a un número infinito de golondrinas, e incluso la voz aguda de la cigarra y del grillo, preguntándose si de verdad podía oír animales de aquella especie, y no algún hermano de las antípodas... La Isla estaba lejos, y con todo hízose la impresión de que aquellos sonidos arrastraban una fragancia de flores de azahar y de albahaca, como si el aire por toda la bahía estuviera impregnado de perfume; y por otra parte, el señor D'Igby le había contado cómo, en el curso de uno de sus viajes, había reconocido la cercanía de la tierra por un revuelo de átomos olorosos transportados por los vientos...

Mientras oliscando tendía el oído a aquella multitud invisible, como si desde las almenas de un castillo o desde las troneras de un baluarte mirase un ejército que vociferando se disponía en arco entre el degradar de la colina, la llanura frontera, y el río que protegía las murallas, hízose la impresión de haber visto ya lo que oyendo imaginaba, y ante la inmensidad que le ponía cerco, se sintió cercado, y casi le vino el instinto de apuntar la escopeta. Estaba en Casal, y ante él se extendía el ejército español, con su ruido de carruajes, el chocar de las armas, las voces tenoriles de los castellanos, la vocinglería de los napolitanos, el áspero gruñido de los lansquenets y, en el fondo, algún sonido de clarín que llegaba acolchado, y el sonido ligero de algún tiro de arcabuz, cloc, paf, pum, como los morteretes de una fiesta patronal.

Casi como si su vida se hubiera desarrollado entre dos asedios, el uno imagen del otro, con la única diferencia de que ahora, al cerrarse ese círculo de dos lustros

abundantes, ya también el río era demasiado ancho y circular (lo cual hacía imposible cualquier salida), Roberto revivió los días de Casal.

2

DE LAS COSAS DE LA GUERRA EN EL MONFERRATO

Roberto deja entender bastante poco de sus dieciséis años de vida antes de aquel verano de 1630. Cita episodios del pasado sólo cuando le parecen exhibir alguna conexión con su presente en el *Daphne*, y el cronista de su crónica porfiada debe espiar entre los pliegues del discurso. Si siguiéramos sus resabios, parecería como un autor que, para diferir el descubrimiento del homicida, le concede al lector sólo escasos indicios. Y así robo alusiones, como un delator.

Los Pozzo de San Patricio eran una familia de la pequeña nobleza que poseía la extensa propiedad de la Griva en los confines del territorio alejandrino (en aquellos tiempos, parte del ducado de Milán y, por tanto, dominio español), pero que por geografía política o disposición de ánimo se consideraba vasalla del marqués del Monferrato. El padre —que hablaba en francés con la esposa, en dialecto con los campesinos, y en italiano con los extranjeros— con Roberto se expresaba de diferentes guisas según le enseñara una estocada, o lo llevara a cabalgar por los campos, soltando reniegos por los pájaros que le echaban a perder la cosecha. Por lo demás, el muchacho pasaba su tiempo sin amigos, fantaseando entre sí tierras lejanas cuando vagaba aburrido por las viñas, cetrería cuando cazaba vencejos, y combates con dragones cuando jugaba con los perros; y tesoros escondidos mientras exploraba los aposentos de su castillejo o castilluelo que fuere. Le encendían estos vagamundeos de la mente los libros y los poemas de caballerías que encontraba llenos de polvo en la torre meridional.

Así pues, no cultivado no era, y tenía incluso un preceptor, aunque fuera temporario. Un carmelita —que se decía había viajado a Oriente donde, murmuraba santiguándose la madre, insinuaban que se había hecho moro— llegaba una vez al año a la hacienda con un siervo y cuatro machillos cargados de libros y otros cartapacios, y se le brindaba hospitalidad durante tres meses. Qué enseñara al alumno no lo sé, pero cuando llegó a París, Roberto hacía figura, y de todas maneras aprendía rápidamente lo que oía.

De este carmelita se sabe una cosa sola, y no es una casualidad que Roberto la mencione. Un día, el viejo Pozzo habíase cortado, limpiando una espada, y ya fuere porque el arma estaba herrumbrosa, ya fuere que se había dañado una parte sensible de

la mano o de los dedos, la herida le procuraba fuertes dolores. Entonces el carmelita había cogido el acero, lo había rociado con unos polvos que tenía en una cajilla, e inmediatamente Pozzo juró que experimentaba alivio. El caso es que al día siguiente ya la llaga estaba cicatrizándose.

El carmelita habíase complacido del estupor de todos, y dijo que el secreto de aquella substancia habíale sido revelado por un moro, y se trataba de un medicamento mucho más poderoso que aquel que los espagíricos cristianos llamaban *unguentum armarium*. Cuando le preguntaron cómo era que los polvos no se colocaban sobre la herida sino sobre la hoja que la había producido, respondió que así actúa la naturaleza, entre cuyas fuerzas más fuertes está la simpatía universal, que gobierna las acciones a distancia, y añadió, que si la cosa podía resultar difícil de creer, no había sino que pensar en la imán, la cual es una piedra que atrae hacia sí la limadura de metal, o en las grandes montañas de hierro, que cubren el norte de nuestro planeta, las cuales atraen la aguja de marear. Y así el unguento armario, firmemente adhiriendo a la espada, atraía aquellas virtudes del hierro que la espada había dejado en la herida y que impedían su curación.

Cualquier criatura que en su propia infancia haya sido testigo de tanto, no puede sino quedar marcada para toda la vida, y veremos pronto cómo el destino de Roberto fue decidido por su atracción hacia el poder atractivo de polvos y unguentos.

Por otra parte, no es éste el episodio que marcó mayormente la infancia de Roberto. Hay otro, y si habláramos con propiedad, no lo llamaríamos episodio, sino una especie de estribillo del cual el muchacho había conservado recelosa memoria. Así pues, parece ser que el padre, que a buen seguro estaba encariñado con aquel hijo, aunque lo tratara con la aspereza taciturna propia de los hombres de aquellas tierras, a veces, y precisamente en sus primeros cinco años de vida, lo levantaba del suelo y le gritaba con orgullo: «¡Tú eres mi primogénito!» Nada extraño, en verdad, excepto un venial pecado de redundancia, visto que Roberto era hijo único. Si no fuera que, creciendo, Roberto había empezado a recordar (o se había convencido de recordar) que, ante aquellas manifestaciones de contento paterno, el semblante de la madre daba en una expresión entremezclada de turbación y leticia, como si el padre hiciera bien en decir aquella frase, pero al oírla repetir se le despertara un ansia ya sosegada. La imaginación de Roberto había travesado durante mucho tiempo en torno al tono de aquella exclamación, concluyendo que el padre no la pronunciaba como si fuera un aserto obvio, sino una inédita investidura, enfatizando aquel «tú» como si quisiera decir «tú, y no otro, tú eres mi hijo primogénito».

¿No otro o no esotro? En las cartas de Roberto aparece siempre alguna referencia a

cierto Otro que lo obsesiona y la idea parece haberle nacido precisamente entonces, cuando él se había convencido (¿y qué podía cavilar un niño perdido entre torreones llenos de murciélagos y viñas, lagartijas y caballos, cohibido al tratar con los rústicos que le eran impares coetáneos, y que si no escuchaba algunas consejas de la abuela escuchaba las del carmelita?) de que por algún lugar de esos mundos iba otro no reconocido hermano, el cual debía de ser de índole aviesa, si el padre lo había repudiado. Roberto era primero demasiado pequeño, y después demasiado recatado, para preguntarse si este hermano le era tal por parte de padre o por parte de madre (y en ambos casos sobre uno de los padres habríase extendido la sombra de un yerro antiguo e imperdonable): era un hermano, era sin duda culpable de algún modo (quizá sobrenatural) de la repulsa que había sufrido, y por esto sin duda lo odiaba, a él, a Roberto, al predilecto.

La sombra de este hermano enemigo (que, con todo, habría querido conocer para amarlo y hacerse amar) había turbado sus noches de niño; más tarde, adolescente, hojeaba en la biblioteca viejos volúmenes para encontrar escondido en ellos, qué sé yo, un retrato, un auto del párroco, una confesión reveladora. Vagaba por las buhardillas abriendo viejos baúles llenos de ropa de los bisabuelos, oxidadas medallas o un puñal moruno, y se demoraba en interrogar con los dedos perplejas camisolas bordadas que sin duda habían arropado a un infante, pero quién sabe si años o siglos antes.

Poco a poco, a este hermano perdido habíale dado también un nombre, Ferrante, y había dado en atribuirle pequeños crímenes de los que se le acusaba sin razón, como el robo de una golosina o la indebida liberación de un perro de su cadena. Ferrante, favorecido por su cancelación, actuaba a sus espaldas, y él se cubría detrás de Ferrante. Es más, poco a poco, la costumbre de acusar al hermano inexistente de lo que él, Roberto, no podía haber hecho, habíase transformado en la costumbre de cargarle también lo que Roberto de verdad había hecho, y de lo que se arrepentía.

No es que Roberto les dijera a los demás una mentira: es que, llevándose en silencio, y con un nudo en la garganta, el castigo por las propias sinrazones, conseguía convencerse de la propia inocencia y sentirse víctima de un atropellamiento.

Una vez, por ejemplo, Roberto, para probar un hacha nueva que el herrero acababa de entregar, en parte también por despecho de no sé qué injusticia que consideraba haber padecido, abatió un arbolillo frutal que el padre había plantado no hacía mucho con grandes esperanzas para las estaciones por venir. Cuando dio en la cuenta de la gravedad de su tontería, Roberto configuró consecuencias tremendas, como mínimo una venta al Turco, quien le haría remar de por vida en sus galeras, e iba disponiéndose a

intentar la fuga y a concluir su vida como forajido en las colinas. En busca de una justificación, se convenció, en poco tiempo, de que el que había cortado el árbol, con toda seguridad, había sido Ferrante.

Pero el padre, descubierto el delito, había congregado a todos los muchachos de la hacienda y habíales dicho que, para evitar su ira indistinta, el culpable habría hecho mejor en confesar. Roberto se sintió piadosamente generoso: si hubiera culpado a Ferrante, el pobrecillo habría padecido una nueva repulsa; en el fondo, el infeliz hacía el mal para colmar su abandono de huérfano, ofendido por el espectáculo de sus padres que colmaban a otro de caricias... Dio un paso al frente y, temblando de miedo y de braveza, dijo que no quería que nadie fuera culpado en su lugar. La afirmación, puesto que no lo era, había sido tomada por una confesión. El padre, torciéndose los bigotes y mirando a la madre, había dicho con hurañas carrasperas que claramente el crimen era gravísimo, y la punición inevitable, pero no podía no apreciar que el joven «señor de la Griva» hiciera honor a las tradiciones de la familia, y que siempre débese portar así un hidalgo, aun teniendo sólo ocho años. Luego, sentenció que Roberto no participaría a la visita de mediados de agosto a los primos de San Salvador, que era en verdad castigo penoso (en San Salvador hallábase Quirino, un viñador que sabía izar a Roberto sobre una higuera de altura vertiginosa), pero sin duda menos que las galeras del Soldán.

A nosotros la historia nos parece simple: el padre está orgulloso de tener un vastago que no miente, mira a la madre con mal celada satisfacción, y castiga sin rigor, así, para salvar las apariencias. Pero Roberto a este acontecimiento debió de echarle ribetes durante mucho tiempo, llegando a la conclusión de que el padre y la madre, a buen seguro, habían intuido que el culpable era Ferrante, habían apreciado el fraterno heroísmo del hijo predilecto y habíanse sentido aliviados de no tener que poner al desnudo el secreto de la familia.

Quizá sea yo el que les echa ribetes a escasos indicios, pero es que esta presencia del hermano ausente tendrá un peso en esta historia. De ese juego pueril hallaremos rastros en el proceder de Roberto adulto, o por lo menos de Roberto en el momento en el que lo encontramos en el *Daphne*, en una situación que, para ser sinceros, habría abrumado a cualquiera.

En cualquier caso, son digresiones de poco fruto; todavía tenemos que establecer cómo llegó Roberto al asedio del Casal. Y aquí conviene dar rienda suelta a la fantasía e imaginar cómo pudo haber sucedido.

A la Griva las noticias no llegaban con mucha tempestividad, empero desde hacía por lo menos dos años se sabía que la sucesión al ducado de Mantua estaba provocándole muchos problemas al Monferrato, y un medio asedio lo había habido ya. Brevemente —y es una historia que otros ya han contado, aunque de manera más fragmentaria que la mía— en diciembre de 1627 moría el duque Vicente II de Mantua y, en torno al lecho de muerte de este disoluto que no había sabido hacer hijos, se representaba un sainete con cuatro pretendientes, con sus agentes y con sus protectores. Se lleva la palma el marqués de Saint-Charmont que consigue convencer a Vicente de que la herencia le corresponde a un primo de rama francesa, Carlos de Gonzaga, duque de Nevers. El viejo Vicente, entre un estertor y otro, hace o deja que el de Nevers se case a toda prisa con su sobrina María Gonzaga, y expira dejándole el ducado.

Ahora bien, el Nevers era francés, y el ducado que heredaba comprendía también el marquesado del Monferrato con su capital, Casal, la fortaleza más importante de Italia del Norte. Situado como estaba entre el Milanesado español, y las tierras de los Saboya, el Monferrato permitía el control del curso superior del Po, de los tránsitos entre los Alpes y el sur, del camino entre Milán y Génova, y se entraba como una almohadilla entre Francia y España, ninguna de las dos potencias pudiendo fiarse de esa otra almohadilla que era el ducado de Saboya, donde Carlos Manuel I estaba haciendo un juego que sería magnánimo definir doble. Si el Monferrato iba al de Nevers era como si fuera a Richelieu y era, por tanto, obvio que España prefiriera que fuera a cualquier otro, digamos al duque de Guastalla. Aparte del hecho de que tenía algún título a la sucesión también el duque de Saboya. Mas como un testamento existía, y designaba al de Nevers, a los demás pretendientes les quedaba sólo esperar que el Sagrado y Romano Emperador Germánico, de quien el duque de Mantua era formalmente feudatario, no ratificara la sucesión.

Los españoles, sin embargo, estaban impacientes y, a la espera de que el Emperador tomara una decisión, Casal ya había sido cercado una primera vez por Gonzalo de Córdoba y ahora, por segunda vez, por un imponente ejército de españoles e imperiales bajo el mando del Espínola. La guarnición francesa disponíase a resistir, a la espera de una armada francesa de refuerzo, todavía ocupada en el norte, que Dios sabe si habría llegado a tiempo.

Los acontecimientos estaban más o menos en este punto, cuando el viejo Pozzo, a mediados de abril, reunió ante el castillo a los más mozos entre sus criados y familiares y a los más despabilados de sus campesinos, distribuyó todas las armas que

había en la hacienda, llamó a Roberto, y les hizo a todos este discurso, que debía de haberse preparado durante la noche:

—Gentes, aguzad el oído. Esta nuestra tierra de la Griva siempre ha pagado tributo al Marqués del Monferrato que desde ha poco es como si fuere el Duque de Mantua, el cual hase convertido en el Señor de Nevers, y a quien viniere a decirme que el Nevers no es ni mantuano ni monferrín le atizo una patada en salvasealaparte, porque sois unos tarlocos que veis el cielo por un embudo, y para estas cosas tenéis menos entendederas que las gallinas, y por tanto, es mejor que guardéis la boca y dejéis hacer a vuestro amo que al menos él está al cabo de lo que es el honor. Pero como vosotros el honor os lo pasáis por ese sitio, habéis de saber que si los imperiales entran en Casal, esa es gente que no se anda con melindres, vuestras viñas os las meten a barato y de vuestras mujeres mejor no hablar. Conque partimos para defender Casal. Yo no obligo a nadie. Si hay algún haragán trashoguero que quiere salirse por peteneras, que lo diga enseguida y lo cuelgo de aquella encina.

Ninguno de los presentes podía haber visto todavía los aguafuertes de Callot con racimos de gente como ellos colgando de otras encinas, pero algo debía de haber en el aire: todos levantaron, quienes los mosquetes, quienes las picas, quienes unos bastones con el hocino atado en la punta y gritaron viva Casal, abajo los imperiales. Como un solo hombre.

—Hijo mío —dijo el Pozzo a Roberto mientras cabalgaban por las colinas, con su pequeño ejército que seguía a pie—, ese Nevers no vale uno de mis cojones, y a Vicente cuando le pasó el ducado, además del pito, no le tiraba ni siquiera el cerebro, que ni siquiera antes le tiraba. Pero se lo pasó a él y no a ese badulaque del Guastalla, y los Pozzo son vasallos de los señores legítimos del Monferrato desde los tiempos de Maricastaña. Por tanto, se va a Casal y si es menester, nos hacemos matar porque, cuerpo de Dios, no puedes estar con uno mientras las cosas van como miel sobre hojuelas y luego dejarle tirado cuando está con la mierda en el gollete. Pero si no nos matan es mejor; así pues, ojo.

El viaje de aquellos voluntarios, desde los confines del Alejandrino a Casal, fue sin duda uno entre los más largos que la historia recuerde. El viejo Pozzo había hecho un razonamiento en sí ejemplar:

—Yo conozco a los españoles —había dicho—, y a fe mía que es gente a la que le gusta tomársela con calma. Entonces, se dirigirán a Casal atravesando la llanura que está en el sur, que por ella pasan mejor los carruajes, cañones y demás pertrechos. Así, si nosotros, justo antes de Mirabello, nos dirigimos hacia occidente y tomamos el camino de las colinas, echamos en remojo un día o dos, pero llegamos sin encontrar un

qué cosa es cosa, y antes de que lleguen ellos.

Desafortunadamente, el Espínola tenía ideas más tortuosas sobre cómo debía prepararse un asedio y, mientras al sureste de Casal empezaba a hacer ocupar Valencia del Po y Ucimián, desde hacía algunas semanas había enviado al oeste de la ciudad al duque de Lerma, a Ottavio Sforza y al conde de Gemburg, con unos siete mil infantes, a intentar tomar inmediatamente los castillos de Rosiñán, Pontestura y San Jorge, para bloquear toda posible ayuda que llegara de la armada francesa, mientras como una tenaza, desde el norte, atravesaba el Po, hacia el sur, el gobernador de Alejandría, don Gerónimo Agustín, con otros cinco mil hombres. Y todos habíanse dispuesto a lo largo del recorrido que Pozzo creía fecundamente desierto. Ni, cuando nuestro hidalgo lo supo por algunos campesinos, pudo cambiar rumbo, porque en el este había ya más imperiales que en el oeste.

Pozzo dijo simplemente:

—A nosotros no nos da ni frío ni calentura. Servidor conoce estas partes mejor que ellos, y pasamos por en medio como garduñas.

Lo que implicaba, recodos o curvas, hacer muchísimos. Tanto que se encontraron incluso con los franceses de Pontestura, que en el ínterin habíanse rendido, y con tal de que no volvieran a entrar en Casal, habíales sido concedido que bajaran hacia el Final, donde habrían podido llegarse a Francia por vía marina. Los de la Griva se los encontraron por los parajes de Otteglia, corrieron el riesgo de dispararse unos a otros, cada uno creyendo que los otros eran enemigos, y Pozzo vino a saber por su comandante que, entre los conciertos de capitulación, habíase establecido también que el trigo de Pontestura habían de vendérselo a los españoles, y éstos habrían dado el dinero a los casaleses.

—Los españoles son unos señores, hijo mío —dijo Pozzo—, y es gente contra la que da gusto combatir. Por suerte, ya no estamos en los tiempos de Carlomagno contra los Moros, que las guerras eran todo un mata tú que te mato yo. ¡Éstas son guerras entre cristianos, vive Dios! Agora éstos están ocupados en Rosiñán, nosotros les pasamos por detrás, nos enfilamos entre Rosiñán y Pontestura, y estamos en Casal en tres días.

Dichas estas palabras a finales de abril, Pozzo llegó con los suyos a la vista de Casal el 24 de mayo. Hicieron, por lo menos en los recuerdos de Roberto, un gran caminar, siempre abandonando caminos y trochas de arriero y cortando por los campos; total, decía el Pozzo, cuando hay una guerra todo va enhoramala, y si a las cosechas no les damos cabo nosotros, son ellos los que no dejan verde. Para sobrevivir diéronse un alegrón entre viñas, frutales y corrales: total, decía el Pozzo, aquella era tierra monferrina y tenía que alimentar a sus defensores. A un campesino de

Mombello que protestaba hizo que le dieran treinta azotes, diciéndole que si no hay un poco de disciplina las guerras las ganan los demás.

A Roberto la guerra empezaba a parecerle una experiencia hermosísima; venía a saber por los viandantes edificantes historias, como la del caballero francés malherido y capturado en San Jorge, que se había quejado de que habíale robado un soldado un retrato que tenía en mucha estima; y el duque de Lerma, habiendo oído la noticia, mandó que se lo volviesen y después de muy bien curado le dio un caballo y le envió a Casal. Y por otra parte, aun con desviaciones en espiral, que se perdía todo sentido de la orientación, el viejo Pozzo había conseguido hacer que la guerra guerreada su banda todavía no la hubiera visto.

Fue, así pues, con gran alivio, pero con la impaciencia de quien quiere tomar parte en una fiesta esperada durante mucho tiempo, cuando un buen día, desde lo alto de una colina, vieron a sus pies, y ante sus ojos, la ciudad, bloqueada al septentrión, que les quedaba a la izquierda, por la gran cinta del Po, que justo delante del castillo recortaba dos grandes islotes en medio del río, y hacia poniente, el lugar formaba casi una punta, con la masa en forma de estrella de la ciudadela. Gozosa de torres y campanarios por dentro, por fuera parecía verdaderamente inexpugnable, toda hirsuta como era de torreones en diente de sierra, que parecía uno de aquellos dragones que se ven en los libros.

Era de verdad un gran espectáculo. Todo en derredor de la ciudad, soldados con ropas abigarradas arrastraban máquinas obsidionales, entre grupos de tiendas hermoeadas por estandartes y caballeros con sombreros hartos emplumados. De vez en cuando, llegaba de entre el verde de los bosques o el amarillo de los campos un deslumbramiento no prevenido que hería el ojo y se trataba de gentiles-hombres con corazas de plata que hacían donaires con el sol, y tampoco se entendía hacia qué parte iban, y a lo mejor cabrioleaban por dar escena.

Bello para todos, el espectáculo le pareció menos ameno al Pozzo que dijo:

—Gentes, esta vez estamos chulados de verdad.

Y a Roberto que le preguntaba cómo podía ser, dándole un pescozón en la nuca:

—No me seas babeo, aquellos son los imperiales, no irás a creerte que los casaleses son tantos de esos, y paseándose fuera de las murallas. Los casaleses y los franceses están dentro amontonando bálagos de paja, y cáganse de miedo porque no son ni siquiera dos mil, mientras aquellos de allá abajo son cien mil, poco más o menos; mira también en aquellas colinas allá adelante.

Exageraba, el ejército de Espínola contaba sólo con dieciocho mil infantes y seis mil caballos, pero bastaban y sobraban.

—¿Qué hacemos, padre mío? —preguntó Roberto.

—Hacemos —dijo el padre—, que andamos con la barba sobre el hombro: ¿dónde están los luteranos? y por ahí no se pasa, que no sé qué no se hiciera entre ellos: in primis, no se entiende una hostia de lo que dicen, in secundis, primero te matan y luego te preguntan quién eres. Mirad bien por dónde parecen españoles: ya habéis oído que esa es gente con la que se puede tratar. Y que sean españoles de buena crianza. En estas cosas lo que es el todo es la educación.

Hallaron un paso a lo largo de un campamento con las divisas de sus majestades cristianísimas, donde centelleaban más corazas que en otros lugares, y bajaron encomendándose a Dios. En la confusión, pudieron proceder durante un largo trecho en medio del enemigo, pues en aquellos tiempos el uniforme lo tenían sólo algunos cuerpos elegidos como los mosqueteros, y para el resto no entendías nunca quién era de los tuyos. Pero a un cierto punto, y justo cuando no quedaba sino cruzar una tierra de nadie, se toparon con un puesto avanzado y fueron detenidos por un oficial que preguntó urbanamente quiénes eran y a dónde iban, mientras a sus espaldas una escuadra de soldados estaba en el quién vive.

—Señor —dijo el Pozzo—, háganos la gracia de darnos camino, pues que es cosa que tenemos que ir a colocarnos en el lugar adecuado para disparar contra Vuestra Merced.

El oficial se quitó el sombrero, hizo una reverencia y un saludo como para barrer el polvo dos metros por delante de sí, y dijo en su lengua:

—Señor, no es menor gloria vencer al enemigo con la cortesía en la paz, que con las armas en la guerra. —Y luego, en un buen italiano—: Pase, Señor, si un cuarto de los nuestros tiene la mitad de su intrepidez, venceremos. Que el cielo me conceda el placer de volver a encontrarle en el campo, y el honor de matarle.

—Fisti orb d'an fisti secc —murmuró entre dientes el Pozzo, que en la lengua de sus tierras sigue siendo hoy en día una expresión optativa con la cual se hacen votos, más o menos, de que el interlocutor sea primeramente privado de la vista y que inmediatamente después sea aquejado por una perlesía. Pero en voz alta, apelando a todos sus recursos lingüísticos y a su sabiduría retórica, dijo en un buen romance:

—¡Yo también!

Saludó con el sombrero, dio una ligera espolada, aunque no tanto como la teatralidad del momento exigía, pues debía dar tiempo a los suyos de seguirle a pie, y dirigióse hacia las murallas.

—Dirás lo que quieras, pero son gentileshombres —dijo dirigiéndose al hijo, y bien hizo en volver la cabeza: evitó una arcabuzada que le habían disparado desde los

baluartes—. Ne tirez pas, conichons, on est des amis, Nevers, Nevers —gritó levantando las manos, y luego a Roberto—: Lo ves, es gente sin gratitud. No hablo por hablar, pero son mejores los españoles.

Entraron en la ciudad. Alguien debía de haber señalado inmediatamente aquella llegada al comandante de la guarnición, el señor de Toiras, antiguo hermano de armas del Pozzo mayor. Grandes abrazos, y un primer paseo sobre los bastiones.

—Querido amigo —decía Toiras—, a los registros de París les resulta que yo tengo en la mano cinco regimientos de infantería de diez compañías cada uno, por un total de diez mil infantes. Pues el señor de la Grange tiene sólo quinientos hombres, Monchat doscientos y cincuenta, y, todos juntos, puedo contar con mil y setecientos hombres a pie. Además tengo seis compañías de caballeros, cuatrocientos hombres en total, aunque bien equipados. El Cardenal sabe que tengo menos hombres de los debidos, pero sostiene que tengo tres mil y ochocientos. Yo le escribo dándole pruebas de lo contrario y Su Eminencia simula no entender. He tenido que reclutar un regimiento de italianos a la buena de Dios, corsos y monferrines, y con el permiso de Vuestra Merced, son malos soldados, tanto que he tenido que mandar a los oficiales que levantaran un tercio aparte con sus lacayos. Los hombres de la Grive se asociarán al regimiento italiano, a las órdenes del capitán Bassiani, que es un buen soldado. Mandaremos también al joven Roberto, que vaya al fuego comprendiendo bien las órdenes. En cuanto a Vuestra Merced, querido amigo, se unirá a un grupo de esforzados gentileshombres que hanse llegado con nosotros de su voluntad, al igual que Vuestra Merced, y que están en mi séquito. Vuestra Merced conoce el país y podrá darme buenos consejos.

Juan del Caylar de Saint-Bonnet, señor de Toiras, era alto, moreno con los ojos azules, en la plena madurez de sus cuarenta y cinco años, colérico pero generoso y propenso a la reconciliación, brusco de modos pero, al fin y al cabo, afable también con los soldados. Habíase distinguido como defensor de la isla de Ré en la guerra contra los ingleses, pero a Richelieu y a la Corte no les resultaba simpático, según parece. Los amigos murmuraban acerca de un diálogo suyo con el canciller de Marillac, que habíale dicho desdeñosamente que habríanse podido encontrar dos mil gentileshombres en Francia capaces de llevar igualmente bien el asunto de la isla de Ré, y él había replicado que habría sido posible encontrar cuatro mil capaces de tener los sellos mejor que Marillac. Sus oficiales atribuíanle también otro buen lema (que según otros era, sin embargo, de un capitán escocés): en un consejo de guerra en la

Rochela, el padre José, que era en definitiva la famosa eminencia gris, y se picaba de estrategia, había puesto el dedo sobre un mapa diciendo «cruzaremos por aquí» y Toiras había objetado con frialdad: «Reverendo Padre, desgraciadamente su dedo no es una puente».

—He aquí la situación, cher ami —seguía diciendo Toiras, recorriendo las murallas e indicando el paisaje—. El teatro es espléndido y los actores son lo mejor de dos imperios y de muchas señorías: tenemos de cara incluso un regimiento florentino, y mandado por un Médicis. Nosotros podemos confiar en Casal, entendida como ciudad: el castillo, desde el que controlamos la parte del río, es una hermosa bastilla, defendido por un buen foso, y sobre las murallas hemos dispuesto un terraplén que permitirá a los defensores trabajar bien. La ciudadela tiene sesenta cañones y baluartes a regla de arte. Son débiles en algún punto, pero los he reforzado con medias lunas y baterías. Todo esto es óptimo para resistir un asalto frontal; claro que Espínola no es un novicio: observe Vuestra Merced esos movimientos de allá, están aprestando unas minas, y cuando lleguen aquí abajo será como si hubiéramos abierto las puertas. Para detener los trabajos será menester descender a campo abierto, pero ahí somos más débiles. Y en cuanto el enemigo haya adelantado aquellos cañones, empezará a batir la ciudad y entonces entra en juego el humor de los burgueses de Casal, en los que fio poquísimo. Por otra parte, los entiendo: a ellos interésales más la salvación de su ciudad que al señor de Nevers y todavía no se han convencido de que es un bien morir por los lises de Francia. Se tratará de hacerles entender que con el de Saboya, o con los españoles, perderían sus libertades y Casal ya no sería una capital sino una fortaleza cualquiera como Susa, que el de Saboya está dispuesto a vender por un puñado de maravedís. Por lo demás, se improvisa; si no, no sería una comedia italiana. Ayer salí con cuatrocientos hombres hacia Fregene, donde estaban concentrándose unos imperiales, y retiráronse. Mientras estaba ocupado allá abajo, unos napolitanos instaláronse sobre aquella colina, justo por el lado opuesto. Ordené que la artillería la batiera durante unas cuantas horas y creo haber hecho una buena carnicería, pero no se han ido. ¿De quién ha sido la jornada? Juro sobre Nuestro Señor que no lo sé y no lo sabe ni siquiera Espínola. En cambio, sé qué haremos mañana. ¿Ve Vuestra Merced aquellas casucas en la llanura? Si las controláramos tendríamos bajo tiro muchos puestos enemigos. Una espía me ha dicho que están desiertas, y esta es una buena razón para temer que haya alguien escondido. Mi joven señor Roberto, no ponga esa cara desdeñada y aprenda, primer teorema, que un buen comandante gana una batalla usando bien a las espías y, segundo teorema, que una espía, pues que es un traidor, no tarda nada en traicionar a quien le paga para que traicione a los suyos. En cualquier caso,

mañana la infantería irá a ocupar aquellas casas. Antes que tener a las tropas a que se pudran dentro de las murallas, mejor exponerlas al fuego, que es un buen ejercicio. No patalee, señor Roberto, todavía no será su jornada: pasado mañana el tercio de Bassiani tendrá que cruzar el Po. ¿Ve Vuestra Merced aquellos muros allá abajo? Son parte de un fuerte que habíamos empezado a construir antes de que aquéllos llegaran.

Mis oficiales no están de acuerdo, pero creo que está bien retomárnoslo antes de que lo ocupen los imperiales. Se trata de mantenerlos bajo tiro en la llanura, de suerte que se les estorbe y se retrase la construcción de las minas. En resumidas cuentas, habrá gloria para todos. De momento, vayamos a cenar. El asedio está empezando y todavía no escasean las provisiones. Que ya más tarde nos comeremos los ratones.

EL SERRALLO DE LOS ESTUPORES

Librarse del asedio de Casal, donde los ratones al final, por lo menos, no había tenido que comérselos, para arribar al *Daphne* donde quizá los ratones habríanselo comido a él. Meditando temeroso sobre este hermoso contraste, Roberto por fin habíase dispuesto a explorar aquellos lugares de los que la noche antes había oído llegar aquellos inciertos ruidos.

Había decidido bajar desde el alcázar y, si todo hubiera sido como en el *Amarilis*, sabía que habría debido encontrar una docena de cañones a ambos lados, y los jergones de paja o las hamacas de los marineros. Había penetrado por la timonera en el rancho de Santa Bárbara, atravesado por la caña que oscilaba con lento chirrío, y habría podido salir enseguida por la puerta que daba a la entrepuentes. Mas casi para tomar confianza con aquellos parajes profundos antes de encararse con su incógnito enemigo, por una escotilla habíase descolgado aún más abajo, donde por lo normal habría debido haber otros bastimentos. Y, en cambio, allí había encontrado, organizados con gran economía de espacio, catres para una docena de hombres. Así pues, la mayor parte de la chusma dormía allá abajo, como si el resto se reservara a otras funciones. Los catres estaban en perfecto orden. Si epidemia había habido, entonces, a medida que alguien moría, los supervivientes habíanlos aderezado con sumo arte, para decir a los demás que nada había acontecido... Pero en fin, ¿quién había dicho que los marineros hubieran muerto, y todos? Y, una vez más, ese pensamiento no lo había tranquilizado: la peste, que mata al marinaje completo, es un hecho natural, según algunos teólogos a veces providencial; pero un acontecimiento que hacía huir a ese mismo marinaje, y dejando el navío en aquel orden suyo innatural, podía ser mucho más preocupante.

Quizá la explicación se encontraba en la segunda cubierta, era preciso darse ánimos. Roberto volvió a subir y abrió la puerta que daba al lugar temido.

Comprendió entonces la función de aquellos vastos ajedreces que horadaban la puente. Con ese recurso, la entrecubiertas había sido transformada en una especie de nave, iluminada a través de las rejillas por la luz del día, ya pleno, que caía oblicua, cruzándose con la que llegaba de las portas, coloreándose con el reflejo, ahora ambarino, de los cañones.

Primeramente, Roberto no divisó nada más que aceros de sol en los que se veían agitarse infinitos corpúsculos, y como los vio, no pudo sino recordar (y cuánto se

difunde en jugar de eruditas memorias, para asombrar a su Señora, en vez de limitarse a decir) las palabras con las cuales el Canónigo de Digne lo invitaba a observar las cascadas de luz que se derramaban en la oscuridad de una catedral, animándose, en su propio interior, de una multitud de mónadas, semillas, naturalezas indisolubles, gotas de incienso macho que estallaban espontáneamente, átomos primordiales empeñados en lides, batallas, escaramuzas con escuadrones, entre un sinnúmero de encuentros y separaciones. Prueba evidente de la composición misma de este nuestro universo, por otra cosa no compuesto que por cuerpos primeros hormigueantes en el vacío.

Inmediatamente después, casi como confirmación de que lo creado no es sino obra de aquesa danza de átomos, hízose la impresión de encontrarse en un jardín y dio en la cuenta de que, desde que había entrado allá abajo, había sido asaltado por un tropel de perfumes, mucho más fuertes que los que le habían llegado antes desde la ribera.

Un jardín, un vergel cubierto: eso era lo que los hombres desaparecidos del *Daphne* habían creado en aquel paraje, para conducir a la patria flores y plantas de las islas que estaban explorando, permitiendo que el sol, los vientos y las lluvias les concedieran sobrevivir. Que el bajel pudiera conservar posteriormente, durante meses de viaje, aquel botín silvestre, que la primera tempestad no lo envenenara de sal, Roberto no sabía decirlo, pero a buen seguro el que aquella naturaleza estuviera aún en vida confirmaba que, como para la comida, la reserva habíase hecho recientemente.

Flores, arbustos, arbolillos habíanse transportado con sus raíces y sus terrones, y alojados en banastos y cajas de improvisada hechura. Muchos de los receptáculos se habían podrido, la tierra se había derramado formando entre los unos y los otros una capa de limo húmedo en el que ya estaban hincándose los mugrones de algunas plantas, tal que parecía estar en un Edén que germinase de las tablas mismas del *Daphne*.

El sol no era tan fuerte que ofendiera los ojos de Roberto, pero sí lo suficiente para hacer descollar los colores del follaje y hacer que se abrieran las primeras flores. La mirada de Roberto se posaba sobre dos hojas que antes le habían parecido la cola de un camarón, del cual brotaban flores blancas, luego sobre otra hoja verde tierno en la que nacía una especie de media flor de una macolla de azufaifas ebúrneas. Una vaharada repugnante lo atraía hacia una oreja amarilla en la que parecía hubieran enjaretado una panocha, a su lado descendían festones de conchas de porcelana, candidas con la punta rosada, y de otro racimo pendían unas trompetas o campanillas invertidas, con una ligera sospecha de musgo. Vio una flor color limón de la cual, en el curso de los días, iba a descubrir la volubilidad, porque habríase vuelto albaricoque a la tarde y rojo oscuro a la puesta del sol, y vio otras, azarcón en el centro, que se difuminaban en un albor lilial. Descubrió unos frutos ásperos que no habría osado

tocar, si uno de ellos, caído al suelo y abiértose por fuerza de sazón, no hubiera revelado un interior de granada. Osó catar otros, y los juzgó más a través de la lengua con la que se habla que con la que se gusta, visto que define uno como una bolsa de miel, maná congelado en la fecundidad de su tallo, alhaja de esmeraldas repleta de diminutos rubíes. Que luego, leyendo a contraluz, osaría decir que había descubierto algo muy parecido a un higo.

Ninguna de aquellas flores o de aquellos frutos le resultaba conocido, cada uno parecía nacido de la fantasía de un pintor que hubiera querido violar las leyes de la naturaleza para inventar inverosimilitudes convincentes, laceradas delicias y sabrosas mentiras: como aquella corola cubierta por una pelusa blancuzca que se pululaba en un copete de plumas violeta, o no, una bellorita descolorida que expulsara un apéndice obscuro, o una máscara que encubriera un rostro canoso de barbas cabrunas. ¿Quién podía haber ideado ese arbusto con hojas por un lado verde oscuro con decoraciones silvestres rojiamarillas, y por el otro llameantes, rodeadas de otras hojas de un más tierno verde guisante, con substancia carnosa contorcida en guisa de cuenco, que podía contener aún el agua de la última lluvia?

Embargado por la sugestión del lugar, Roberto no se preguntaba de qué lluvia contenían las hojas los restos, visto que, desde hacía por lo menos tres días, seguramente no llovía. Los aromas que lo aturdían disponíanlo a juzgar natural cualquier sortilegio.

Le parecía natural que un fruto flojo y cadente oliera a queso fermentado, y que una suerte de granada violácea, con un agujero en el fondo, al sacudirla hiciera oír en su propio interior una que otra semilla danzante, como si no de flor se tratara, sino de juguete, y tampoco se extrañaba por una flor en forma de cúspide, con el fondo duro y redondeado. Roberto no había visto jamás una palmera llorona, como si fuere sauce, y la tenía ante sí, pateante de raíces múltiples sobre las que se injertaba un tronco que salía de una única mata, mientras sus frondas de planta nacida al llanto doblegábanse extenuadas por su misma lozanía; Roberto no había visto todavía otra zarza que generara hojas largas y pulposas, entumecidas por un vergajo central cual hierro, listas para ser usadas como platos y bandejas, mientras junto a ellas crecían otras hojas más, a guisa de cedientes cucharas.

Incierto de si vagaba en una floresta mecánica o en un paraíso terrenal escondido en lo íntimo de la tierra, Roberto erraba en aquel Edén que lo instigaba a fragantes delirios.

Cuando más tarde se lo relate a la Señora, hablará de rústicos frenesís, caprichos de los jardines, ricos Proteos de frondas, cedros (¿cedros?) enloquecidos de ameno

furor... O lo revivirá como un antro flotante rico de engañosos títeres donde, ceñidas por sogas horriblemente contorcidas, surgían fanáticas capuchinas, impíos serpollos de bárbara espesura... Escribirá sobre el opio de los sentidos, de una ronda de pútridos elementos que, precipitando en impuros extractos, habíanlo conducido a las antípodas de la cordura.

Al principio, había atribuido al canto que le llegaba de la isla, la impresión de que voces plumadas se manifestaran entre las flores y las plantas: mas de golpe se le erizaron los pelos por el paso de un murciélago que casi le rozó la cara, e inmediatamente después tuvo que apartarse para esquivar un halcón, que se había arrojado sobre su presa derribándola con un golpe de rostro.

Penetrado en la entrepuentes, oyendo todavía a lo lejos a los pájaros de la Isla, y convencido de percibirlos todavía a través de las lumbres de la sentina, Roberto oía ahora aquellos sonidos harto más próximos. No podían venir de la ribera: otros pájaros, por tanto, y no lejanos, estaban cantando allende las plantas, hacia la proa, en dirección de aquel pañol en el que la noche de antes había oído los ruidos.

Le pareció, avanzando, que el vergel terminaba a los pies de un tronco de alto tallo que perforaba la puente superior, luego entendió que había llegado más o menos al centro del navío, donde el árbol mayor se entrevenaba hasta la ínfima carena. En aquel punto, artificio y naturaleza estábanse confundiendo tanto que podemos justificar la confusión de nuestro héroe. También porque, precisamente en ese punto, su nariz empezó a advertir una mezcla de aromas, calumbres terrosas y hedor animal, como si lentamente estuviera pasando de un huerto a un redil.

Y fue al caminar allende el tronco del árbol mayor, hacia la proa, cuando vio la pajarera.

No supo definir de otra forma ese conjunto de jaulas de caña, atravesadas por sólidas ramas que éranles percha, habitadas por animales voladores, dedicados a adivinar esa aurora de la que recibían sólo una limosna de luz, y a responder con voces discordes al reclamo de sus semejantes que cantaban libres en la Isla. Apoyadas en el suelo o péndulas de las rejillas de la puente, las jaulas se disponían a lo largo de aquel otro crucero como estalactitas y estalagmitas, dando vida a otra espelunca de las maravillas, donde los animales revoloteando hacían oscilar las jaulas, y éstas se cruzaban con los rayos del sol, y ellos creaban un mariposeo de colores, una nevasca de arco iris.

Si hasta aquel día jamás había oído cantar de verdad a los pájaros, tampoco podía decir Roberto que los hubiera visto, por lo menos con tantas hechuras, a tal punto que se preguntó si estaban en estado de naturaleza o si no los habría pintado la mano de un

artista y aderezado para alguna farsa, o para simular un ejército en revista, cada infante y cada caballero envuelto en su propio estandarte.

Cohibidísimo Adán, no tenía nombres para aquellas cosas, sino los de los pájaros de su hemisferio; he aquí una garza, se decía, una grulla, una codorniz... mas era como tratar de oca a un cisne.

Aquí, prelados con la amplia cola cardenalicia y el pico en forma de alquitara despleaban alas de hierba, inflando una garganta purpurina y descubriendo un pecho azul salmodiaban casi humanos; allá, múltiples escuadras se exhibían en gran justa intentando asaltos a las deprimidas cúpulas que circunscribían su arena, entre relámpagos de tórtola y estocadas rojas y amarillas, como oriflamas que un alférez estuviera lanzando y recogiendo al vuelo. Enojados jinetes, con largas patas nerviosas en un espacio demasiado angosto, relinchaban airados era era era, a veces vacilando sobre un pie solo y mirándose recelosos en derredor, vibrando los copetes sobre la cabeza tendida... Solo, en una jaula construida a su medida, un gran capitán, con el manto azulino, el justillo bermejo como el ojo, y el penacho de lirios sobre la cimera, exhalaba un gemido de paloma. En una jaulilla junto a ésta, tres peones permanecían en el suelo, faltos de alas, brincantes ovillos de lana encenagada, el hociquito de ratón, bigotudo en la raíz de un largo pico recurvo dotado de aletas con las cuales los pequeños monstruos husmeaban, picoteando las lombrices que encontraban por el camino... En una jaula que se desanudaba como un intestino, una pequeña cigüeña con las patas de zanahoria, el pecho aguamarina, las alas negras y el pico morado, se movía titubeante, seguida por algunos pequeños en fila india y, al detenerse aquella senda suya, despechada graznaba, primero obstinándose en romper lo que creía una maraña de sarmientos, luego reculando e invirtiendo el camino, y sin saber sus criaturas si caminarle delante o detrás.

Roberto estaba dividido entre la excitación del descubrimiento, la piedad por aquellos prisioneros, el deseo de abrir las jaulas y ver su catedral invadida por aquellos heraldos de un ejército de los aires, para substraerlos al asedio al cual el *Daphne*, a su vez asediado por sus otros semejantes allá afuera, los obligaba. Pensó que estarían hambrientos, y vio que en las jaulas aparecían sólo migajas de comida, y que las vasijas y las escudillas que habían de contener el agua estaban vacías. Pero descubrió, junto a las jaulas, sacos de simientes y jirones de pescado seco, preparados por quien quería conducir aquel botín a Europa, pues una nave no va por los mares del opuesto sur sin traer a las cortes o a las academias testimonios de esos mundos.

Siguiendo adelante encontró también un recinto hecho con tablas, con una docena de animales que adscribió a la especie gallinácea, aunque en su casa no había visto

semejante plumaje. También ellos parecían hambrientos, aunque las gallinas habían puesto (y celebraban el acontecimiento como sus socias de todo el mundo) seis huevos.

Roberto cogió inmediatamente uno, lo agujereó con la punta del cuchillo y lo bebió como acostumbraba de niño. Luego se metió los demás en la camisa, y para compensar a las madres, y a los fecundísimos padres que lo fijaban ceñudos meneando las barbas, distribuyó agua y comida; y así hizo jaula por jaula, preguntándose qué providencia habíale allegado al *Daphne* precisamente mientras los animales estaban extremados. Hacía, en efecto, ya dos noches que Roberto estaba en el navío y alguien había cuidado de las jaulas a lo sumo el día anterior a su llegada. Sentíase como un invitado que llega, sí, con retraso a una fiesta, pero justamente apenas hanse ido los últimos huéspedes y las mesas aún no se han recogido.

Por lo demás, se dijo, que aquí antes había alguien y ahora ya no lo hay, está claro. Que estuviere uno, o diez días antes de mi llegada, no cambia para nada mi hado, a lo sumo lo hace más burlón: naufragando un día antes, habría podido unirme a los marineros del *Daphne*, donde quiera que hayan ido. O acaso no, habría podido morir con ellos, si murieron. Lanzó un suspiro (por lo menos no era un asunto de ratones) y concluyó que tenía a disposición también unos pollos. Pensó otra vez en su propósito de rendirles la libertad a los bípedos de más noble linaje, y convino en que, si el exilio suyo había de durar mucho, también aquestos habrían podido resultar de buen yantar. Eran bellos y abigarrados también los hidalgos ante Casal, pensó, y con todo, les disparábamos, y si el asedio hubiera durado, nos los habríamos incluso comido. Quien ha sido soldado en la guerra de los treinta años (digo yo, pero quien la estaba viviendo entonces no la llamaba así, y quizá no había ni entendido que se trataba de una larga y única guerra en la cual, de vez en cuando, alguien firmaba una paz) ha aprendido a ser duro de corazón.

4

LA FORTIFICACIÓN DEMONSTRADA

¿Por qué Roberto evoca Casal para describir sus primeros días en el navío? Desde luego, existe el gusto del símil: cercado una vez y cercado la otra, aunque a un hombre de su siglo le pediríamos algo mejor. En todo caso, de la semejanza debían fascinarle las diferencias, fecundas, de elaboradas antítesis: en Casal había entrado por su elección, para que los otros no entraran, y al *Daphne* había sido arrojado, y anhelaba sólo salir. Yo diría, más bien, que mientras vivía una historia de penumbras, recorría con el pensamiento una sucesión de acciones convulsivas vividas a pleno sol, de suerte que las rutilantes jornadas del sitio, que la memoria le devolvía, lo compensaran de ese su pálido vagamundear. Y quizá haya más. En la primera parte de su vida, Roberto había tenido sólo dos períodos en los cuales había aprendido algo del mundo y de los modos de habitarlo, me refiero a los pocos meses del asedio y a los últimos años en París: ahora estaba viviendo su tercera edad de formación, quizá la postrera, al final de la cual la madurez habría coincidido con la disolución, y estaba intentando conjeturar su secreto mensaje viendo el pasado como figura del presente.

Casal había sido, al principio, una historia de salidas. Roberto se la cuenta a la Señora, transfigurando, como para decirle que, incapaz como había sido de expugnar la tan guardada fortaleza de su nieve intacta, herida pero no encendida por la llama de sus dos soles, a la viva llama de otro sol había sido, en cambio, capaz de confrontarse con quien ponía cerco a su ciudadela monferrina.

La mañana siguiente a la llegada de los de la Griva, Toiras había enviado unos oficiales aislados, carabina al hombro, a observar qué estaban instalando los napolitanos sobre la colina conquistada el día de antes. Los oficiales habíanse acercado demasiado, había seguido un intercambio de disparos, y un joven lugarteniente del regimiento Pompadour había sido muerto. Sus compañeros lo trajeron dentro de las murallas, y Roberto vio el primer muerto matado de su vida.

Toiras decidió hacer ocupar las casas a las que aludiera el día de antes.

Podía seguirse bien, desde los baluartes, la avanzada de diez mosqueteros, que a un cierto punto habíanse dividido para ensayar una tenaza sobre la primera casa. De las murallas salió un cañonazo que pasó sobre sus cabezas y fue a destechar la casa: como una bandada de insectos, salieron algunos españoles que se dieron a la fuga. Dejaronlos escapar los mosqueteros, apoderáronse de la casa, atrincheráronse en ella, y abrieron un fuego de estorbo hacia la colina.

Era oportuno que la operación se repitiera sobre otras casas: incluso desde los baluartes podía verse ahora que los napolitanos habían empezado a excavar trincheras ribeteándolas con vigas y gaviones. Pero éstas no circunscribían la colina, se adelantaban hacia la llanura. Roberto vino a saber que así se empezaban a construir las minas. Una vez llegadas a las murallas, habrían sido estibadas, en el ultimísimo trecho, con pipas de pólvora. Era preciso impedir continuamente que los trabajos de excavación alcanzaran un nivel suficiente para proceder bajo tierra, si no, a partir de aquel punto los enemigos habrían trabajado bien amparados. El juego estaba todo allí, prevenir desde fuera y al descubierto la construcción de las galerías, y excavar galerías de contramina mientras no llegara la armada de socorro, y mientras hubieran durado las vituallas y municiones. En un asedio no hay nada más que hacer: estorbar a los demás, y esperar.

La mañana después, como prometido, fue el turno del fuerte. Roberto se encontró embrazando su escopeta en medio de un ayuntamiento indisciplinado de gente que en Lù, en Coccaro, o en Odalengo, no tenía ganas de trabajar, y de corsos taciturnos, abarrotados en barcazas para cruzar el Po, después de que dos compañías francesas hubieran tocado ya la otra ribera. Toiras con su séquito observaba desde la ribera derecha, y el viejo Pozzo le hizo al hijo un gesto de saludo, primero indicando un «anda, anda» con la mano, luego llevando el índice a que estirara el pómulo, para decir «ojo».

Las tres compañías acampáronse en el fuerte. La construcción no había sido completada, y parte del trabajo ya hecho habíase caído en pedazos. La tropa pasó la jornada atrincherando los huecos en las murallas, pero el fuerte estaba bien protegido por un foso, allende el cual fueron enviadas algunas centinelas. Al caer la noche, el cielo era tan claro que las centinelas dormitaban, y ni siquiera los oficiales juzgaban probable un ataque. Y en cambio, de repente, oyóse tocar a la carga y vieron aparecer a la caballería española.

Roberto, colocado por el capitán Bassiani detrás de algunas balas de paja que colmaban un trecho derrumbado del recinto, no tuvo tiempo de entender lo que sucedía: cada caballero llevaba tras de sí un mosquetero y, como llegaron junto al foso, los caballos empezaron a costearlo en círculo, mientras los mosqueteros disparaban eliminando a las pocas centinelas, luego todos los mosqueteros habían saltado de la grupa, rodando en el foso. Mientras los jinetes se disponían en hemicírculo ante la entrada, obligando a los defensores a cubrirse con un fuego nutrido, los mosqueteros ganaban incólumes la puerta y las brechas menos defendidas.

La compañía italiana, que estaba de guardia, había descargado las armas y habíase

dispersado presa del pánico, y por esto habría de llevarse gran escarnio, mas tampoco las compañías francesas supieron comportarse mejor. Entre el principio del ataque y la escalada de las murallas habían pasado pocos minutos, y los hombres fueron sorprendidos por los atacantes, ya dentro del cerco, cuando todavía no se habían armado.

Los enemigos, aprovechando la interpresa, estaban haciendo una matanza de la guarnición, y eran tan numerosos que mientras algunos se empeñaban en derribar a los defensores aún de pie, otros lanzábanse ya a despojar a los caídos. Roberto, después de haber disparado sobre los mosqueteros, mientras recargaba con fatiga, por el hombro aturdido a causa de la coz de la escopeta, había sido sorprendido por la carga de los caballos, y los cascos de un animal que le pasaba por encima de la cabeza, a través de la brecha, habíanle sepultado bajo el desmoronamiento de la barricada. Fue una fortuna: protegido por la paja caída, habíase librado del primer y mortal impacto, y ahora, escudriñando desde su pajar, veía con horror a los enemigos rematar a los heridos, cortar un dedo para llevarse un anillo, una mano por un brazal.

El capitán Bassiani, para reparar la mancilla de sus hombres en fuga, todavía estaba batiéndose animosamente, pero fue rodeado y hubo de rendirse. Desde el río habían dado en la cuenta de que la situación era crítica, y el coronel la Grange, que acababa de abandonar el fuerte después de una inspección para volver a Casal, intentaba lanzarse en socorro de los defensores, refrenado por sus oficiales, que aconsejaban, en cambio, pedir refuerzos en la ciudad. De la ribera derecha salieron otras barcas, mientras, despertado de sobresalto, llegaba al galope Toiras. Se comprendió en poco tiempo que los franceses estaban en fuga, y lo único era ayudar con tiros de cobertura a los que se habían salvado para que alcanzaran el río.

En esta confusión, viose al viejo Pozzo que, en ascuas, iba y venía cual lanzadera entre el estado mayor y el amarradero de las barcas, buscando a Roberto entre los que se habían librado. Cuando estuvo casi seguro de que ya no había más barcas por llegar, oyósele emitir un: «¡Oh, críspolis!» Luego, como hombre que conocía los caprichos del río, y haciendo pasar por mentecatos a los que hasta entonces habíanse afanado remando, había elegido un punto delante de los islotes y había empujado el caballo al agua, espolándolo. Atravesando un bajío estuvo en la otra ribera sin que tuviera el caballo ni siquiera que nadar, y arrojóse como un loco, la espada alzada, hacia el fuerte.

Un grupo de mosqueteros enemigos le salió al encuentro, mientras ya el cielo se aclaraba, y sin entender quién era aquel solitario: el solitario los atravesó, eliminando por lo menos a cinco con fendientes seguros, topó con dos caballeros, hizo que el

caballo se empinara, inclinóse de lado evitando un golpe y de golpe irguióse haciendo con el acero un círculo en el aire: el primer adversario abandonóse sobre la silla con los intestinos colgantes a lo largo de las botas mientras el caballo huía, el segundo quedóse con los ojos abiertos de par en par, buscándose con los dedos una oreja que, unida a la mejilla, colgábale por debajo de la barbilla.

Pozzo llegó bajo el fuerte, y los invasores, ocupados en despojar a los últimos fugitivos heridos por la espalda, no entendieron ni siquiera de dónde venía. Entró en el recinto llamando en voz alta al hijo, arrolló a otras cuatro personas mientras llevaba a cabo una especie de torneo blandiendo la espada hacia todos los puntos cardinales; Roberto, asomando de repente de entre la paja, lo vio de lejos, y antes que al padre reconoció a Pañufli, el caballo paterno con el que jugaba desde hacía años. Metióse dos dedos en la boca y emitió un silbido que el animal conocía bien, y, en efecto, habíase encabritado ya, irguiendo las orejas, y estaba arrastrando al padre hacia la brecha. Pozzo vio a Roberto y gritó:

—¿Pero será sitio donde meterse? ¡Monta, insensato!

Y mientras Roberto saltaba sobre la grupa, aferrándose a su cintura, dijo:

—Miseria, a ti nunca se te encuentra donde has de estar.

Luego, incitando a Pañufli, se echó al galope hacia el río.

En ese punto algunos de los saqueadores cayeron en la cuenta de que aquel hombre en aquel lugar estaba fuera de lugar, y lo señalaron gritando. Un oficial, con la coraza abollada, seguido por tres soldados, intentó cortarle el paso. Pozzo lo vio, hizo como si se desviara, luego tiró las riendas y exclamó:

—¡Lo que se dice el destino!

Roberto miró hacia adelante y reparó en que era el español que les había dejado pasar dos días antes, También él había reconocido a su presa, y con los ojos brillantes avanzaba con la espada levantada.

El viejo Pozzo pasó rápidamente la espada a la izquierda, extrajo la pistola del cinturón, y extendió el brazo, todo de una manera tan rápida que sorprendió al español, que arrastrado por el ímpetu estaba casi a su altura. Pero no disparó enseguida. Tomóse el tiempo de decir:

—Me perdonará la pistola, pero si Vuesa Merced lleva la coraza, bien tendré derecho...

Apretó el gatillo y lo dejó tendido con una bala en la boca. Los soldados, viendo caer al jefe, diéronse a la fuga, y Pozzo repuso la pistola diciendo:

—Mejor será que nos vayamos, antes de que pierdan la paciencia... ¡Arre, Pañufli!

En un gran polvorín atravesaron la explanada y, entre violentas salpicaduras, el río,

mientras alguien desde lejos aún estaba descargando las armas a sus espaldas.

Llegaron entre aplausos a la ribera derecha. Toiras dijo:

—Très bien fait, mon cher ami —luego a Roberto—: La Grive, hoy todos han escapado y sólo Vuestra Merced has quedado. De casta le viene al toro. Está desperdiciado en esa compañía de cobardes. Pasará a mi séquito.

Roberto dio las gracias y luego, apeándose de la silla, tendió la mano al padre, para darle las gracias también a él. Pozzo se la estrechó distraídamente diciendo:

—Lo siento por ese gentilhomme español, que era de verdad una buena persona. Vaya, la guerra es una gran mala bestia. Por otra parte, acuérdate siempre, hijo mío: buenos sí, pero si alguien te sale al encuentro para matarte es él el que no tiene razón. ¿O no?

Se recogieron en la ciudad, y Roberto oyó que su padre farfullaba aún, consigo mismo:

—Yo no lo he buscado...

5

EL LABERINTO DEL MUNDO

Parece ser que Roberto evoca ese episodio embargado por un momento de filial piedad, fantaseando un tiempo feliz en el que una figura protectora podía substraerlo al extravío de un asedio, pero no puede evitar recordar lo que sucedió a continuación. Y no lo juzgo un simple accidente de la memoria. Ya he dicho que considero que Roberto hace colidir aquellos acontecimientos lejanos con su experiencia en el *Daphne* para encontrar nexos, razones, signos del destino. Ahora diría que el recorrer con el pensamiento los días de Casal le sirve, en el navío, para rastrear las fases por las cuales, mancebo, estaba aprendiendo lentamente que el mundo se articulaba por enajenadas arquitecturas.

Como decir que, por una parte, el encontrarse ahora suspendido entre cielo y mar podía parecerle sólo el desarrollo más consecuente de aquellos tres lustros suyos de peregrinaciones en un territorio hecho de atajos ahorquillados; y por otra parte, creo, precisamente al reconstruir la historia de sus desasosiegos, intentaba encontrar confortación para su estado presente, como si el naufragio lo hubiera devuelto a aquel paraíso terrenal que había conocido en la Griva, y del que habíase alejado llegándose entre las murallas de la ciudad asediada.

Ahora Roberto ya no estaba a despiojarse en los reales de los soldados, sino en la mesa de Toiras, en medio de gentileshombres que venían de París, y los escuchaba, sus fanfarronadas, las evocaciones de otras campañas, los discursos fatuos y brillantes. De estas conversaciones —y desde la primera noche— había sacado razón de creer que el asedio de Casal no era la empresa a la cual había creído aprestarse.

Había ido allí para dar vida a sus sueños caballerescos, alimentados por los libros que había leído en la Griva: ser hidalgo y llevar, por fin, una espada en el cinto significaba para él convertirse en un paladín que desharía agravios y entuertos, o se pondría en toda suerte de ocasiones y peligros por una palabra de su rey, o por la salvación de una dama. Después de la llegada, las santas tropas a las que se había unido habíanse revelado un tropel de pueblerinos desganaos, dispuestos a volver la espalda al primer choque.

Ahora había sido admitido en una concurrencia de valientes que lo acogían como par suyo. Mas él sabía que su hazaña era efecto de un equívoco, y que no había huido

porque estaba aún más atemorizado que los fugitivos. Y lo que es peor es que, mientras los presentes, después que el señor de Toiras habíase alejado, se quedaban hasta noche cerrada y daban rienda suelta a las charlas, él estaba dando en la cuenta de que el asedio mismo no era sino un capítulo de una historia sin sentido.

Así pues, don Vicente de Mantua había muerto dejándole el ducado a Nevers, pero habría bastado con que cualquier otro hubiera conseguido ser el último en verle, y toda aquella historia habría sido diferente. Por ejemplo, también Carlos Manuel preciábase de algún derecho sobre el Monferrato por causa de una sobrina (se desposaban todos entre ellos) y quería, desde hacía tiempo, adjudicarse aquel marquesado que era como una espina en el flanco de su ducado, donde penetraba como una cuña hasta pocas decenas de millas de Turín. Por eso, inmediatamente después de la designación de Nevers, Gonzalo de Córdoba, aprovechando de las ambiciones del duque saboyano para defraudar las de los franceses, habíale sugerido que se uniera a los españoles para tomar con ellos al Monferrato, y luego partírselo a medias. El emperador, que tenía ya demasiados problemas con el resto de Europa, no había dado su consentimiento a la invasión pero ni siquiera habíase pronunciado contra Nevers. Gonzalo y Carlos Manuel habíanse resuelto, y uno de los dos había empezado a apoderarse de Alba, Trino y Moncalvo. Bueno sí, estúpido no, el emperador había puesto Mantua bajo secuestro, encomendándosela a un comisario imperial.

El compás de espera había de valer para todos los pretendientes, aunque Richelieu habíalo tomado como un desaire para Francia. O le resultaba cómodo tomárselo así, pero no se movía porque todavía estaba asediando a los protestantes de la Rochela. España veía con favor aquella matanza de un puñado de herejes, pero dejaba que Gonzalo sacara provecho de ello para sitiar con ocho mil hombres Casal, defendida por poco más de doscientos soldados. Y aquél había sido el primer asedio del Casal.

Mas como el emperador daba la impresión de no ceder, Carlos Manuel habíase olido el mal quite y, mientras seguía colaborando con los españoles, ya tomaba contactos secretos con Richelieu. Entre tanto, la Rochela caía, Richelieu recibía los parabienes de la corte de Madrid por esa bella victoria de la fe, daba las gracias, volvía a reunir su ejército y, con Luis XIII a la cabeza, hacíale atravesar el Monginebra en febrero del año 29, y abocábalo ante Susa. Carlos Manuel reparaba en que, jugando en dos mesas, corría el riesgo de perder no sólo el Monferrato sino también Susa e, intentando vender lo que le estaban quitando, ofrecía Susa a cambio de una ciudad francesa.

Un comensal de Roberto recordaba en tono divertido la historia. Richelieu con un gran sarcasmo había hecho que le preguntaran al duque si prefería Orléans o Poitiers, y

entre tanto un oficial francés se presentaba en la guarnición de Susa y pedía albergue para el rey de Francia. El comandante saboyano, que era hombre de ingenio, había contestado que probablemente su alteza el duque habríase sentido honradísimo de brindar hospedaje a su majestad, empero, pues que su majestad había venido con una compañía de tal amplitud, era menester que se le permitiera avisar antes a su alteza. Con la misma elegancia, el mariscal de Bassompierre caracoleando sobre la nieve habíase descubierto ante su rey y, advirtiéndole que los violines habían entrado y los comediantes estaban en la puerta, pedíale el permiso para dar principio a la representación. Richelieu celebraba la misa de campo, la infantería francesa atacaba, y Susa era conquistada.

Estando así las cosas, Carlos Manuel decidía que Luis XIII era huésped suyo gratisimo, iba a darle la bienvenida, y pedíale sólo que no perdiera tiempo en Casal, que ya estaba ocupándose él dello, y que lo ayudara, en cambio, a conquistar Génova. Invitábasele cortésmente a que no dijera desatinos y poníasele en la mano una bella pluma de oca para firmar un tratado en el que permitía a los franceses que hicieran sus comodidades en el Piamonte: como propina obtenía que le dejaran Trino y que se le impusiera al duque de Mantua que le pagara un alquiler anual por el Monferrato:

—Ansí Nevers —decía el comensal—, para haber lo suyo ¡pagaba el alquiler a quien jamás lo había poseído!

—¡Y pagó! —reíase otro—. Quel con!

—Nevers siempre ha pagado por sus locuras —había dicho un abate, que a Roberto habíale sido presentado como el confesor de Toiras—. Nevers es un loco de Dios que cree ser San Bernardo. Ha pensado siempre y únicamente en reunir a los príncipes cristianos en una nueva cruzada. Son tiempos en que los cristianos se matan entre ellos, figurémonos quién se ocupa ya de los infieles. ¡Señores de Casal, si de esta amable ciudad queda alguna piedra, Vuestras Mercedes deberán esperarse que el nuevo señor les invite a todos a Jerusalén!

El abate sonreía divertido, aderezándose los bigotes rubios y bien cuidados, y Roberto pensaba: eso es, esta mañana iba a morir por un loco, y a este loco le dicen loco porque sueña, como yo soñaba, con los tiempos de la bella Melisenda y del Rey Leproso.

Ni tampoco los acontecimientos sucesivos permitían a Roberto desembrollarse entre las razones de aquella historia. Traicionado por Carlos Manuel, Gonzalo de Córdoba entendía que había perdido la campaña, reconocía el acuerdo de Susa, y recogía a sus ocho mil hombres en el Milanesado. Una guarnición francesa se instalaba en Casal, otra en Susa, el resto del ejército de Luis XIII volvía a pasar los Alpes para

ir a liquidarse a los últimos hugonotes en el Languedoc y en el valle del Ródano.

Pero nadie entre aquellos gentileshombres tema intención de mantener fe a los pactos, y los comensales lo contaban como si fuera algo completamente natural, antes, algunos asentían observando que «la Raison d'Etat, ah, la Raison d'Etat». Por razones de estado, Olivares —Roberto entendía que era algo así como un Richelieu español, aunque menos sonreído por la fortuna— daba en la cuenta de la reputación que había perdido, despachaba de mala manera a Gonzalo, ponía en su lugar a Ambrosio Espínola y mandaba decir que la ofensa hecha a España iba en detrimento de la Iglesia.

—Historias —observaba el abate—, Urbano VIII había favorecido la sucesión de Nevers.

Y Roberto a preguntarse qué tenía que ver el Papa con asuntos que no tenían ninguna pertinencia con cuestiones de fe.

Entre tanto el emperador, y quién sabe lo que Olivares lo apremiaría, y de qué mil maneras, acordábase de que Mantua estaba aún bajo comisariato, y que Nevers no podía ni pagar ni no pagar por algo que todavía no le correspondía; perdía la paciencia y mandaba veinte mil hombres a sitiar la ciudad. El Papa, al ver que mercenarios protestantes hacían correrías por Italia, pensaba inmediatamente en otro saco de Roma, y enviaba tropas a la frontera del Mantuano. El Espínola, más ambicioso y resuelto que Gonzalo, decidía volver a sitiar Casal, pero esta vez en serio. En definitiva, concluía Roberto, para evitar las guerras no habría que hacer jamás tratados de paz.

En diciembre del año 29, los franceses volvían a franquear los Alpes. Carlos Manuel, según los pactos, habría debido dejarlos pasar, pero así, para dar prueba de lealtad, volvía a proponer sus pretensiones sobre el Monferrato y solicitaba seis mil soldados franceses para sitiar Génova, que desde luego era su idea fija. Richelieu, que lo consideraba una serpiente, no decía ni que sí ni que no. Un capitán, que vestía en Casal como si estuviera en la corte, evocaba una jornada del pasado febrero:

—Una gran fiesta, amigos míos, faltaban los músicos del palacio real, ¡mas había cajas y clarines! ¡Su Majestad, seguido por el ejército, cabalgaba ante Turín con un traje negro bordado de oro, una pluma en el sombrero y la coraza bien reluciente!

Roberto se esperaba el relato de un gran asalto, pero no, también aquello había sido sólo un desfile; el rey no atacaba, hacía por sorpresa una desviación hacia Pinarolo y apropiábase della, o volvíase a apropiarse, visto que algún centenar de años antes había sido ciudad francesa. Roberto tenía una vaga idea de dónde estaba Pinarolo, y no entendía por qué razón había que tomar a ésta para liberar Casal.

—¿Acaso nosotros estamos sitiados en Pinarolo? —preguntábase.

El Papa, preocupado por los visos que estaban tomando las cosas, mandaba un

representante suyo a Richelieu para recomendarle que devolviera la ciudad a los Saboya. Los comensales habíanse prodigado en chismes sobre aquel enviado, un tal Julio Mazzarini: un siciliano, un plebeyo romano, qué va, encarecía las cosas el abate, el hijo natural de uno de la Ciociaria de oscura cuna, convertido en capitán no se sabe cómo, que servía al Papa pero que estaba haciendo toda suerte de cosas para ganarse la confianza de Richelieu, que a aquesas alturas desvivíase por él. Y era menester no perderlo de vista, ya que en aquel momento estaba, o iba a salir en dirección de Ratisbona, que está en los quintos infiernos, y era allá donde decidíanse los destinos de Casal, no con una que otra mina o contramina.

Entre tanto, como Carlos Manuel intentaba cortarles las comunicaciones a las tropas francesas, Richelieu apoderábase también de Annecy y Chambery, y saboyanos y franceses chocaban en Avigliana. En esta lenta partida, los imperiales amenazaban Francia entrando en Lorena, Wallenstein estaba moviéndose en ayuda de los Saboya, y en julio, un puñado de imperiales transportados sobre barcazas había capturado por sorpresa una esclusa en Mantua, el ejército al completo había entrado en la ciudad, la había saqueado durante setenta horas, vaciando el palacio ducal de cabo a cabo y, así, para tranquilizar al Papa, los luteranos de la armada imperial habían despojado todas las iglesias de la ciudad. Sí, precisamente aquellos lansquenetes que Roberto había visto, llegados para ayudar a Espínola.

El ejército francés todavía estaba ocupado en el norte y nadie sabía decir si habría llegado a tiempo antes de que Casal cayera. No quedaba sino esperar en Dios, había dicho el abate:

—Señores, es virtud política saber que hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos y los divinos como si no hubiese humanos.

—Esperemos pues en los medios divinos —había exclamado un gentilhomme, pero con tono poquísimo compungido, y agitando el cáliz tanto que hizo caer el vino sobre la casaca del abate.

—Vuestra Merced me ha manchado de vino —había gritado el abate descaeciendo su color natural, que era la manera en la que se airaban en aquella época.

—Haga —había respondido el otro—, como si le hubiera sucedido durante la consagración. Vino aquél, vino éste.

—Señor de Saint-Savin —había gritado el abate levantándose y llevando la mano a la espada—, ¿no es la primera vez que Vuestra Merced deshonra su nombre blasfemando sobre el de Nuestro Señor! ¡Habría hecho mejor, Dios me perdone, quedándose en París a infamar damas, como es costumbre de Vuestras Mercedes los pirronianos!

—Vamos —había contestado Saint-Savin, evidentemente borracho—, nosotros, los pirronianos, de noche íbamos a bailarles la música a las damas, y los hombres ahigadados que querían jugar alguna mala pasada uníanse a nosotros. Mas, cuando la dama no se asomaba, bien sabíamos que no lo hacía por no dejar el lecho que le estaba calentando el eclesiástico de familia.

Los demás oficiales habíanse levantado y refrenaban al abate que quería desenvainar la espada. El señor de Saint-Savin está alterado por el vino, decíanle, había que concederle algo a un hombre que aquellos días habíase batido bien, y un poco de respeto por los compañeros muertos había poco.

—Pues sea —había concluido el abate abandonando la sala—, señor de Saint-Savin, invito a Vuestra Merced a que termine la noche recitando un De Profundis por nuestros amigos que han entregado el alma, y me consideraré satisfecho.

El abate había salido, y Saint-Savin, sentado justo al lado de Roberto, habíase apoyado sobre su hombro y había comentado:

—Los perros y los pájaros de río no hacen más ruido que el que hacemos nosotros aullando un De Profundis. ¿Por qué tantos retoques y tantas misas para resucitar a los muertos?

Había vaciado de golpe la copa, había amonestado a Roberto con el dedo levantado, como para educarlo a una vida recta y a los sumos misterios de nuestra santa religión:

—Que Vuestra Merced esté orgulloso: hoy ha acariciado una bella muerte, y condúzcase en el futuro con la misma negligencia, sabiendo que el alma muere con el cuerpo. Y vaya, pues, Vuestra Merced a la muerte después de haber gozado la vida. Somos animales entre los animales, hijos todos de la materia, salvo que estamos más inermes. Mas ya que, a diferencia de las fieras, sabemos que debemos morir, preparémonos a ese momento gozando de la vida que nos ha sido dada por el azar y por azar. Que la sabiduría nos enseñe a emplear nuestros días para beber y conversar amablemente, como conviene a los gentileshombres, despreciando las almas ruines. ¡Camaradas, la vida está en deuda con nosotros! Estamos pudriéndonos en Casal, y hemos nacido demasiado tarde para disfrutar de los tiempos del buen rey Enrique, cuando en el Louvre te encontrabas con bastardos, monos, locos y bufones de corte, con enanos y *cul-de-jatte*, con músicos y poetas, y el Rey divertíase con ellos. Ahora, jesuítas lascivos como machos cabríos truenan contra quien lee a Rabelais y a los poetas latinos, y querríannos a todos virtuosos para matar a los hugonotes. Señor Dios, la guerra es bella, pero quiero batirme por mi placer y no porque mi rival coma carne el viernes. Los paganos eran más cuerdos que nosotros. También ellos tenían tres

dioses, pero por lo menos, su madre Cibeles no pretendía haberlos parido quedándose virgen.

—Señor —había protestado Roberto, mientras que los demás reían.

—Señor —había contestado Saint-Savin—, la primera prenda de un hombre de bien es el desprecio de la religión, que nos quiere temerosos de la cosa más natural del mundo, que es la muerte, aborrecedores de lo único bello que el destino nos ha dado, que es la vida, y aspirantes a un cielo donde de eterna beatitud viven sólo los planetas, que no gozan ni de premios ni de condenas, sino de su eterno movimiento, en brazos del vacío. Que Vuestra Merced sea fuerte como los sabios de la antigua Grecia y mire a la muerte con ojo firme y sin miedo. Jesús sudó demasiado esperándola. ¿Qué tenía que temer, por otra parte, pues habría resucitado?

—Ya basta, señor de Saint-Savin —habíale casi prevenido un oficial tomándolo por el brazo—. No dé mal ejemplo a este nuestro joven amigo, que todavía no sabe que en París hoy día la impiedad es la forma más exquisita del *bon ton*, y podría tomarle demasiado en serio. Y váyase a dormir también Vuestra Merced, señor de la Grive. Sepa que el buen Dios es tan socorredor que perdonará también al señor de Saint-Savin. Como decía aquel teólogo, fuerte es un rey que todo lo acaba, más fuerte una mujer que todo lo recaba, pero aún más fuerte el vino que ahoga la razón.

—Cita a medias, señor —había farfullado Saint-Savin mientras dos de sus camaradas lo arrastraban fuera casi en volandas—, esta frase atribúyesele a la Lengua, que había añadido: aún más fuerte es, con todo y eso, la verdad y yo que la mantengo. Y mi lengua, aunque la mueva ya con esfuerzo, no callará. El sabio no debe atacar la mentira sólo a golpes de espada sino también a golpes de lengua. Amigos, ¿cómo podéis llamar socorredora a una divinidad que quiere nuestra infelicidad eterna sólo para calmar su cólera de un instante? ¿Nosotros hemos de perdonar a nuestro prójimo y él no? ¿Y deberíamos amar a un ser tan cruel? El abate me ha llamado pirroniano, pero nosotros los pirronianos, si así él quiere, nos preocupamos de consolar a las víctimas de la impostura. Una vez, con tres compadres, repartimos entre las damas unos rosarios con medallitas obscenas. ¡Si supierais lo devotas que se volvieron desde aquel día!

Había salido, acompañado por las risotadas de toda la brigada, y el oficial había comentado:

—Si no Dios, por lo menos nosotros le perdonamos su lengua, visto que tiene una tan bella espada. —Luego a Roberto—: Téngalo Vuestra Merced por amigo, y no lo contraríe más de lo debido. Ha dejado en el sitio a más franceses él, en París, por un punto de teología, que los españoles que mi compañía ha pasado por las armas en estos días. No quisiera tenerlo junto a mí en misa, pero me consideraría afortunado de

tenerlo a mi lado en el campo.

Educado así a las primeras dudas, otras debía conocer Roberto el día después. Había vuelto a esa ala del castillo donde había dormido las primeras dos noches con sus monferrines, para coger su saco, pero le costaba trabajo orientarse entre patios y pasillos. Por uno de éstos procedía, reparando en que había equivocado el camino, cuando vio en el fondo un espejo plúmbeo de suciedad, en el cual se divisó a sí mismo. Acercándose dio en la cuenta de que aquel sí mismo tenía, sí, su rostro, pero vistosos vestidos a la española, y llevaba los cabellos recogidos en una cofia de red. No sólo, sino que aquel sí mismo, a un cierto punto, ya no estaba de frente, sino que desaparecía de lado.

No se trataba, por tanto, de un espejo. Reparó, en efecto, en que era un ventanal, con los cristales empolvados, que asomaba a una explanada exterior, de donde se descendía por una escalera hacia el patio. Así pues, no se había visto a sí mismo sino a alguien más, muy parecido a él, de quien ahora había perdido el rastro. Naturalmente, pensó inmediatamente en Ferrante. Ferrante lo había seguido, o precedido a Casal, quizá estaba en otra compañía del mismo regimiento, o en uno de los regimientos franceses y, mientras él arriesgaba su vida en el fuerte, aquél obtenía de la guerra quién sabe cuáles ventajas.

En esa edad, Roberto inclinábase ya a sonreír de sus fantasías pueriles sobre Ferrante, y reflexionando sobre su visión convenciése bien pronto de que había visto sólo a alguien que podía vagamente asemejársele.

Quiso olvidar lo acaecido. Durante años había rumiado acerca de un hermano invisible, aquella noche había creído verlo pero, precisamente (se dijo intentando con la razón contradecir a su corazón), si alguien había visto, no era figmento, y puesto que Ferrante era figmento, aquél que había visto no podía ser Ferrante.

Un maestro de lógica habría objetado a aquel paralogismo, pero por el momento a Roberto podía bastarle.

6

GRAN ARTE DE LA LUZ Y DE LA SOMBRA

Después de haber dedicado su carta a los primeros recuerdos del asedio, Roberto había encontrado algunas botellas de vino de España en el camarote del capitán. No podemos reconvenirle si, encendido el fuego y preparada una sartén de huevos con migajas de pescado ahumado, descorchara una botella y se concediera una cena opípara en una mesa casi aderezada con arte. Si náufrago debía permanecer durante mucho tiempo, para no embrutecerse habría debido atenerse a las buenas costumbres. Acordábase de que en Casal, cuando las heridas y las enfermedades estaban induciendo ya a los mismos oficiales a comportarse como náufragos, el señor de Toiras había pedido que, por lo menos en la mesa, cada uno recordara lo que había aprendido en París:

—Presentarse con la ropa limpia, y no beber después de cada bocado, y limpiarse antes los mostachos y la barba, y no relamerse los dedos, y no escupir en el plato, y no sonarse la nariz con el mantel. ¡No somos imperiales, Señores!

Habíase despertado la mañana después con el canto del gallo, pero había holgazaneado durante mucho tiempo. Cuando, en la galería, había vuelto a entreabrir la ventana, entendió que habíase levantado con retraso respecto del día de antes, y el alba estaba ya cediendo a la aurora: detrás de las colinas se acentuaba ahora lo róseo del cielo entre un desvanecerse de nubes.

Como pronto los primeros rayos habrían iluminado la playa volviéndola insoportable para la vista, Roberto había pensado en mirar allá donde el sol todavía no dominaba, y a lo largo de la galería habíase llegado al otro bordo del *Daphne*, hacia la tierra occidental. Se le presentó inmediatamente como un quebrado perfil turquesa que, con el pasar de pocos minutos, estábase dividiendo ya en dos franjas horizontales: un cepillo de espesura y palmeras claras fulguraba bajo la mancha lóbrega de las montañas, sobre la cual dominaban aún obstinadas las nubes de la noche. Lentamente éstas, negrísimas todavía en el centro, estaban disgregándose en los bordes en una mixtura blanca y rosa.

Era como si el sol, en vez de herirlas de frente, estuviera industriándose en nacer desde su interior, y ellas, aun desmayándose de luz en las márgenes, hinchiéranse turgentes de calina, rebelándose a licuarse en el cielo para transformarlo en espejo fiel del mar, ahora prodigiosamente claro, deslumbrado por manchas centelleantes, como si por él bancos de peces dotados de interna lámpara transitaran. En breve, sin embargo,

las nubes habían cedido a la invitación de la luz, y habíanse alumbrado a sí mismas, abandonándose sobre las cumbres, y por un extremo, se adherían a las laderas condensándose y depositándose como nata, esponjosa allá donde rebosaba hacia abajo, más compacta en la cima, en la que formaban un ventisquero; y por el otro, al transformarse su nevado vértice en una lava sola de hielo, estallaban en el aire cual setas, exquisitas erupciones en un país de Jauja.

Lo que veía podía bastar, quizá, para justificar su naufragio: no tanto por el placer que esa móvil actitud de la naturaleza le provocaba, sino por la luz que aquella luz arrojaba sobre palabras que había oído al Canónigo de Digne.

Hasta entonces, en efecto, habíase preguntado a menudo si no estaba soñando. Lo que le estaba acaeciendo no solía sucederles a los humanos, o podía a lo sumo recordarle los libros de la infancia: cual criatura de sueño eran tanto el navío como los seres que en él había encontrado. De la misma substancia de la que están hechos los sueños parecían las sombras que desde hacía tres días lo envolvían y, con el entendimiento frío, daba en la cuenta de que incluso los colores que había admirado en el vergel y en la pajarera habíanle resultado brillantes sólo a sus ojos asombrados, cuando en realidad se manifestaban sólo a través de aquel lustre de viejo laúd que recubría todos los objetos del navío, en una luz que ya había acariciado baos y cuadernas de maderas curadas, encostradas de aceites, barnices y breas... ¿No habría podido ser, por tanto, un sueño también el gran teatro de celestes artificios que él creía ver ahora en el horizonte?

No, se dijo Roberto, el dolor que esta luz procura agora a mis ojos me dice que no sueño, sino que veo. Las niñas de mis ojos sufren por la tempestad de átomos que, como desde un gran bajel de guerra, me bombardean desde aquella ribera, y no es la visión sino este encuentro del ojo con el polvorear de la materia que lo golpea. Es verdad, habíale dicho el Canónigo, que no es que los objetos desde lejos te envíen, como quería Epicuro, unos simulacros perfectos que manifiestan la forma externa y la naturaleza oculta. Tú obtienes sólo signáculos, indicios, para obtener la conjetura que llamamos visión. Pero el hecho mismo de que él, poco antes, hubiera nombrado mediante varios tropos lo que creía ver, creando en forma de palabras lo que aqueso algo aún informe sugeríale, le confirmaba que, precisamente, estaba viendo. Y entre las muchas certidumbres cuya ausencia lamentamos, una sola está presente, y es que todas las cosas se nos aparecen como se nos aparecen, y no es posible que no sea absolutamente verdadero que se nos aparecen precisamente así.

Viendo y estando seguro de ver, Roberto tenía la única seguridad sobre la cual los sentidos y la razón podían contar, esto es, la certeza de que él veía algo: y ese algo era la única forma de ser de la que podía hablar, no siendo el ser sino el gran teatro de lo visible dispuesto en la cuenca del Espacio. Lo cual mucho nos declara sobre aquel siglo singular.

Él estaba vivo, en estado de vigilia, y allá al fondo, isla o continente que fuere, había una cosa. Qué podía ser, no lo sabía: así como los colores dependen tanto del objeto del cual reciben la impresión, por la luz que de ellos se refleja, como del ojo que los fija, así la tierra más lejana se le aparecía como verdadera en su ocasional y transitorio connubio de la luz, de los vientos, de las nubes, de sus ojos exaltados y afligidos. Quizá mañana, o dentro de pocas horas, aquella tierra habría sido diferente.

Lo que él veía no era sólo el mensaje que el cielo le enviaba, sino el resultado de una amistad entre el cielo, la tierra y la posición (y la hora, y la estación, y el ángulo) desde la cual él miraba. A buen seguro, si el navío hubiera echado anclas a lo largo de otra diagonal de la rosa de los vientos, el espectáculo habría sido diferente, el sol, la aurora, el mar y la tierra habrían sido otro sol, otra aurora, un mar y una tierra gemelos pero disformes. Aquella infinidad de los mundos de la que le hablaba Saint-Savin no había que buscarla solamente allende las constelaciones, sino en el centro mismo de aquella burbuja del espacio de la cual él, puro ojo, era ahora origen de infinitas paralajes.

Le concederemos a Roberto, entre tantos trabajos, no haber conducido más allá de tal signo sus especulaciones fueren de metafísica, fueren de física de los cuerpos; también porque veremos que lo hará más tarde y más de lo debido; aunque ya en este punto nos lo encontramos meditando que, si podía existir un solo mundo en el que aparecieran islas diferentes (muchas en ese momento para muchos robertos que miraran desde muchos navíos dispuestos en diferentes grados de meridiano), entonces en este solo mundo podían aparecer y mezclarse muchos robertos y muchos ferrantes. Quizá aquel día en el castillo habíase movido, sin advertirlo, pocas brazas respecto del monte más alto de la Isla del Hierro, y había visto el universo habitado por otro Roberto, no condenado a la conquista del fuerte de extramuros, o salvado por otro padre que no había matado al español gentil.

Pero ante estas consideraciones, Roberto, sin duda, se retiraba para no confesar que aquel cuerpo lejano, que se hacía y deshacía en metamorfosis voluptuosas, habíase convertido para él en anagrama de otro cuerpo, que habría querido poseer; y, puesto que la tierra le sonreía lánguida, habría querido alcanzarla y confundirse con ella, pigmeo dichoso en los senos de aquella airosa gigante.

No creo, sin embargo, que fuera el pudor, sino el miedo de la luz en demasía el que le indujo a recogerse. Y quizá otro señuelo. En efecto, había oído a las gallinas anunciar nueva provisión de huevos, y ocurriósele la idea de concederse para la noche también un pollastro asado. Empero tomóse su tiempo para aderezarse, con las tijeras del capitán, bigotes, barba y cabellos, todavía de náufrago. Había decidido vivir su naufragio como un retiro en la quinta del campo, que ofrecíale una reposada suite de albas, auroras, y (de antemano saboreaba) ocasos.

Bajó, entonces, menos de una hora después que las gallinas hubieran cantado, y reparó inmediatamente en que, si habían puesto huevos (y no podían haber mentido cantando), de huevos él no veía ni rastro. No sólo, sino que todos los pájaros tenían nuevos granos, bien repartidos, como si todavía no hubieran escarbado en ellos.

Embargado por una sospecha, había vuelto al vergel, para descubrir que, como el día de antes y aún más que el día de antes, las hojas estaban lustrosas de rocío, las campánulas recogían agua límpida, la tierra en las raíces estaba húmeda, el lodo aún más fangoso: señal pues de que alguien en el curso de la noche había ido a regar las plantas.

Caso curioso, su primer movimiento fue de celos: alguien tenía señorío de su mismo navío y le escamoteaba esos cuidados y esas ventajas a las que tenía derecho. Perder el mundo para conquistar un navío abandonado, y después dar en la cuenta de que alguien más lo habitaba, le sonaba tan insoportable como temer que su Señora, inaccesible término de su deseo, pudiera convertirse en presa del deseo ajeno.

Luego sobrevino una más razonada perturbación. Así como el mundo de su infancia estaba habitado por Otro que lo precedía y lo seguía, evidentemente el *Daphne* tenía dobles fondos y repositorios que él no conocía todavía, y en los que vivía un huésped escondido, que recorría sus mismas sendas en cuanto él habíase alejado, o un instante antes de que él las recorriera.

Corrió a esconderse él, en sus aposentos, como el avestruz africano, que ocultando la cabeza cree borrar el mundo.

Para alcanzar el alcázar había pasado ante el umbral de una escalera que conducía a la bodega: ¿qué se celaba allá abajo, si en la entrepuentes había encontrado una isla en miniatura? ¿Era aquél el reino del Intruso? Nótese que estaba portándose ya con el navío como con un objeto de amor que, en cuanto se lo descubre y se descubre quererlo, todos aquellos que antes lo hubieran tenido se convierten en usurpadores. Y es entonces cuando Roberto confiesa, escribiéndole a la Señora, que la primera vez que él la había visto, y la había visto precisamente siguiendo la mirada de otro que se posaba en ella, había experimentado el estremecimiento de quien vislumbra un gusano

en una rosa.

Darían ganas de sonreír ante tal acceso de celos por un buque con olor a pescado, humo y heces, pero Roberto estaba perdiéndose ya en un inestable laberinto donde cada bifurcación lo llevaba de nuevo y siempre a una sola imagen. Sufría tanto por la Isla que no tenía como por la nave que lo tenía —inabordables ambas, la una por su distancia, la otra por su enigma— ambas ocupando el lugar de una amada que lo eludía alentándolo con promesas que él se hacía solo. Y yo no sabría explicar, si no, esta carta en la que Roberto se difunde en quejumbrosos ornamentos sólo para decir, a fin de cuentas, que Alguien lo había privado de la comida matutina.

Señora:

¿Cómo puedo esperar merced de quien en vivo fuego de amor me abrasa? ¿Mas a quién sino a Vos puedo poner a parte de mi pena, buscando alivio, si no en vuestro oído, por lo menos en estas mis sin fruto mensajeras? Mirad que si amor es una medicina que a todos ¡os dolores remedia con un dolor aún mayor, ¿no podré entenderlo acaso como pena que por rigor mata toda otra pena, y de todas las penas se convierte en fármaco, salvo de sí misma? Ya que si alguna vez vi belleza, y deséela, no fue sino sueño de la Vuestra, ¿por qué habría de dolerme de que otra belleza séame igualmente sueño? Peor sería si aquélla hiciera mía, y me llenare de satisfacción, dejando de padecer con vuestra imagen: que de bien escasa medicina habría gozado, y el mal hallaríase acrecentado por el remordimiento de tamaña infidelidad. Mejor fiar en vuestra imagen, más aún agora que he entrevisto, una vez más, un enemigo cuyos rasgos no conozco y quisiere quizá no conocer jamás. Para ignorar ese espectro odiado, me ampare vuestro amado fantasma. Que de mí haga amor fragmento insensible, mandrágora, manantial de piedra que lave llorando toda congoja...

Pero, atormentándose como se atormenta, Roberto no se convierte en manantial de piedra, e inmediatamente conduce la congoja que advierte a la otra congoja experimentada en Casal, y con unos efectos, como veremos, mucho más aciagos.

PAVANE LACHRYME

La historia es tan límpida como oscura. Mientras se sucedían pequeñas escaramuzas, que tenían la misma función que puede desempeñar, en el juego del ajedrez, no la jugada, sino la mirada que comenta el indicio de movimiento por parte del adversario, para hacerle desistir de una apuesta ganadora, Toiras había decidido que se debía intentar una salida más substancial. Estaba claro que el juego se hacía entre espías y contraespías: en Casal habíase corrido la voz de que la armada de socorro estaba aproximándose, guiada por el rey en persona, con el señor de Montmorency que llegaba de Asti y con los mariscales de Créqui y de la Forcé desde Ivrea. Falso, como Roberto aprendía por las iras de Toiras cuando recibía un correo desde el norte: en este intercambio de mensajes, Toiras hacía saber a Richelieu que ya no le quedaban vituallas y el cardenal respondíale que el señor Agencourt había inspeccionado en su momento los almacenes y decidido que Casal habría podido resistir óptimamente durante todo el verano. La armada se habría movido en agosto, aprovechando en su camino las cosechas recién concluidas.

Roberto se asombró de que Toiras instruyera a unos corsos para que desertaran y fueran a referir a Espínola que la armada era esperada sólo hacia septiembre. Pero le oyó explicar a su estado mayor:

—Si el Espínola cree tener tiempo, tiempo se tomará para construir sus minas, y nosotros lo tendremos para construir contraminas. Si, en cambio, piensa que la llegada de los socorros es inminente, ¿qué le queda? No, desde luego, dirigirse contra la armada francesa, porque sabe que no tiene fuerzas suficientes; tampoco esperarla, porque luego sería sitiado a su vez; tampoco hacer retorno a Milán y preparar una defensa del Milanesado, porque el honor le impide retirarse. No le quedaría entonces sino conquistar inmediatamente Casal. Mas como no puede hacerlo con un ataque frontal, deberá gastar una fortuna solicitando traiciones. Y desde ese momento, todo amigo se convertiría para nosotros en enemigo. Mandemos pues espías al Espínola para convencerle del retraso de los refuerzos, permitámosle construir minas allá donde no nos estorben demasiado, destruyámosle las que de verdad nos amenazan, y dejemos que se agote en este juego. Señor Pozzo, Vuestra Merced conoce el terreno: ¿dónde debemos concederle tregua y dónde tenemos que bloquearlo a toda costa?

El viejo Pozzo, sin mirar los mapas (que le parecían demasiado engalanados para ser verdaderos) e indicando con la mano desde la ventana, explicó cómo en ciertos

parajes el terreno era notoriamente desmoronadizo, infiltrado por las aguas del río, y ahí Espínola podría excavar todo lo que quisiera que sus minadores habríanse sofocado engullendo babosas. Mientras, en otros parajes, excavar galerías era un placer, y allí era preciso batir con la artillería y hacer salidas.

—Está bien —dijo Toiras—, mañana, por tanto, les obligaremos a moverse para defender sus posiciones fuera del baluarte San Carlos, y luego los cogeremos por sorpresa fuera del baluarte San Jorge.

Preparóse bien el juego, con instrucciones precisas a todas las compañías. Y como Roberto había demostrado tener bella escritura, Toiras lo mantuvo ocupado desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada dictándole mensajes, luego pidióle que durmiera vestido en un arquibanco delante de su aposento, para recibir y controlar las respuestas, y despertarle si surgía algún percance. Lo cual sucedió más de una vez desde las dos hasta el alba.

La mañana siguiente, las tropas estaban a la espera en las estradas en cubierta de la contraescarpa y dentro de las murallas. A un gesto de Toiras, que controlaba la empresa desde la ciudadela, un primer contingente, harto numeroso, movióse en la dirección engañosa: primero, una vanguardia de alabarderos y mosqueteros, con una reserva de cincuenta mosquetones que seguíanlos a poca distancia, luego, de manera descarada, un cuerpo de infantería de quinientos hombres y dos compañías de caballería. Era un gran desfile, y con la clarividencia de lo que fue, se entendió que los españoles habíanlo tomado por tal.

Roberto vio a treinta y cinco hombres que bajo el mando del capitán Columbat lanzábanse en concierto desordenado contra una trinchera, y al capitán español que asomaba de la barricada y hacíales un gran saludo. Columbat y los suyos, por educación, habíanse detenido y habían respondido con igual cortesía. Después de lo cual los españoles daban signos de retirarse y los franceses marcaban el paso; Toiras hizo expedir un cañonazo desde las murallas sobre la trinchera, Columbat entendió la invitación, ordenó el asalto, la caballería siguió atacando la trinchera desde sendos flancos, los españoles de mala gana volviéronse a colocar en posición y fueron arrollados. Los franceses estaban como enloquecidos y algunos, mientras daban heridas, gritaban los nombres de los amigos muertos en las salidas precedentes, «¡esto por Bessiéres, esto por la casina del Bricchetto!» La excitación era tal que, cuando Columbat quiso agrupar el escuadrón no lo consiguió, y los hombres estaban ensañándose aún sobre los caídos, mostrando en dirección de la ciudad sus trofeos, aretes, cinturones, asadores de sombreros agitando las picas.

No se produjo enseguida el contraataque, y Toiras cometió el error de juzgarlo un

error, mientras tratábase de un cálculo. Considerando que los imperiales estarían ocupados enviando otras tropas para contener aquel asalto, invitábalos con otros cañonazos, pero aquéllos se limitaron a tirar contra la ciudad y una bala arruinó la iglesia de San Antonio, justo al lado del cuartel general.

Toiras consideróse satisfecho, y dio orden al otro grupo de que se moviera desde el baluarte San Jorge. Pocas compañías, pero bajo el mando del señor de la Grange, vigoroso como un adolescente a pesar de sus cincuenta y cinco años. Y, espada en ristre, la Grange había comandado la carga contra una capilla abandonada, a lo largo de la cual corrían los trabajos de una trinchera ya avanzada, cuando, de improviso, detrás de un refosero había asomado el grueso de la armada enemiga, que desde hacía horas esperaba esa cita.

—Traición —había gritado Toiras bajando a la puerta, y había mandado a la Grange que se retirara.

Poco después, un abanderado del regimiento Pompadour habíale conducido, atado con una cuerda por las muñecas, un mancebo casales, que había sido sorprendido en una pequeña torre cerca del castillo mientras con un trapo blanco hacía señales a los sitiadores. Toiras había hecho que se tumbara en el suelo, habíale introducido el pulgar de la mano derecha bajo el gatillo levantado de su pistola, había apuntado el cañón hacia su mano izquierda, había puesto el dedo en la llave y habíale preguntado:

—Et alors?

El muchacho había entendido al vuelo el mal quite y había empezado a hablar: la noche de antes, hacia la media noche, delante de la iglesia de Santo Domingo, un cierto capitán Gambero habíale prometido seis pistolas de oro, dándole tres de adelanto, si hacía lo que luego había hecho, en el momento en que las tropas francesas se movían desde el baluarte San Jorge. Es más, el mancebo tenía el aspecto de pretender las pistolas restantes, sin entender bien el arte militar, como si Toiras tuviera que complacerse con su servicio. Y a un cierto punto, había reparado en Roberto y habíase puesto a gritar que el mal afamado Gambero era él.

Roberto estaba atónito, el padre Pozzo habíase abalanzado sobre el vil calumniador y habríalo ahogado si algunos gentileshombres del séquito no lo hubieran contenido. Toiras había recordado inmediatamente que Roberto había estado toda la noche a su lado y que, aunque de buena catadura, nadie habría podido tomarlo por un capitán. Entre tanto, otros habían apurado que un capitán Gambero existía de verdad, en el regimiento Bassiani, y lo habían llevado a empellones y espaldarazos ante Toiras. Gambero pregonaba su inocencia y, en efecto, el muchacho prisionero no lo reconocía, pero por prudencia, Toiras hizo que lo encerraran. Como último elemento de desorden,

alguien había ido a referir que, mientras las tropas de la Grange se retiraban, desde el baluarte San Jorge alguien habíase dado a la fuga, alcanzando las líneas españolas, acogido por manifestaciones de júbilo. No se sabía decir mucho, salvo que era mozo, y vestido a la española con una cofia de red en el cabello. Roberto pensó inmediatamente en Ferrante. Pero lo que más le impresionó fue el aire de recelo con que los comandantes franceses miraban a los italianos en el séquito de Toiras.

—¿Basta una canalla para detener a un ejército? —oyó que su padre preguntaba, mientras señalaba a los franceses que se retiraban.

—Perdóneme querido amigo —dijo Pozzo hacia Toiras—, es que aquí se les está viniendo a las mientes que nosotros los de estas partes somos todos un poco como ese calandrajo de Gambero, ¿o voy descaminado? —Y mientras Toiras profesábale aprecio y amistad, pero con aire distraído, dijo—: Ya es suficiente. Se me hace que están todos cagados y a mí esta historia se me ataruga. Estoy hasta la coronilla de esos españoles de mierda y si me lo permiten me cargo a dos o tres, así, para hacer ver que nosotros sabemos bailar la chacona cuando es menester, y cuando nos da, no miramos a nadie a la cara. Mordieux!

Había salido por la puerta y cabalgaba como una furia, la espada en ristre, contra las formaciones enemigas. No quería, evidentemente, ponerlas en fuga, pero habíale parecido oportuno actuar por su cuenta, para hacérselo ver a los demás.

Como prueba de intrepidez fue buena, como empresa militar pésima. Una bala le dio en la frente y lo abatió sobre la grupa de su Pañufli. Una segunda descarga se alzó contra la contraescarpa, y Roberto sintió un golpe violento en la sien, como una piedra, y vaciló. Le habían dado de refilón, pero se liberó de los brazos de quien lo estaba sosteniendo. Gritando el nombre de su padre habíase erguido, y había divisado a Pañufli que, incierto, galopaba con el cuerpo del amo, exánime, en una tierra de nadie.

Se llevó, una vez más, los dedos a la boca y emitió su silbido. Pañufli oyó y volvió hacia las murallas, pero despacio, con un pequeño trote solemne, para no apeaar de la silla a su caballero que ya no le apretaba imperiosamente los ijares. Había retornado relinchando su pavana por el señor difunto, devolviéndole el cuerpo a Roberto, que había cerrado aquellos ojos aún abiertos y limpiado aquel rostro rociado de sangre ya coagulada, mientras a él la sangre aún viva le surcaba la mejilla.

Quién sabe si el tiro no le tocó un nervio: el día después, recién salido de la catedral de San Evasio en la que Toiras había querido exequias solemnes para el señor Pozzo de San Patricio de la Griva, costábale trabajo soportar la luz del día. Quizá los ojos estaban enrojecidos por las lágrimas, el hecho es que desde aquel momento, empezaron a dolerle. Hoy en día los estudiosos de la psiquis dirían que, habiendo

entrado su padre en la sombra, en la sombra quería entrar también él. Roberto poco sabía de la psiquis, pero esta figura de discurso podría haberle atraído, al menos a la luz, o a la sombra, de lo que acaeció a continuación.

Considero que Pozzo murió por un punto de honor, lo que me parece soberbio, pero Roberto no conseguía apreciarlo. Todos le elogiaban el heroísmo del padre, él hubiera debido soportar el luto con braveza, y sollozaba. Recordando que el padre le decía que un hidalgo debe acostumbrarse a soportar con ojo seco los golpes de la adversa fortuna, disculpábase por su debilidad (ante el padre que ya no podía pedirle razón), repitiéndose que era la primera vez que se convertía en huérfano. Creía tener que acostumbrarse a la idea, y todavía no había entendido que a la pérdida de un padre es inútil acostumbrarse, porque no sucederá una segunda vez: tanto vale dejar la herida abierta.

Empero, para dar un sentido a lo que había sucedido, no pudo sino recurrir una vez más a Ferrante. Ferrante, siguiéndole de cerca, había vendido al enemigo los secretos de los que él estaba en conocimiento, y luego desvergonzadamente había alcanzado las filas adversarias para regodearse con el merecido galardón: el padre, que había entendido, había querido lavar de aquella manera el honor mancillado de la familia, y reverberar sobre Roberto el lustre de su propia valentía, para purificarlo de aquella media tinta de recelo que acababa de difundirse sobre él, inculpado. Para no hacer inútil su muerte, Roberto le debía la conducta que todos en Casal se esperaban del hijo del héroe.

No podía hacer de otra forma: era ya el señor legítimo de la Griva, heredero del nombre y de los bienes de familia, y Toiras no osó emplearlo en pequeñas tareas; ni podía llamarlo a las grandes. Así, habiéndose quedado solo, para poder sostener su nuevo papel de huérfano ilustre, encontróse que estaba aún más solo, sin ni siquiera el apoyo de la acción: en lo más vivo de un cerco, aliviado de todo compromiso, preguntábase cómo emplear sus días de cercado.

8

LA DOCTRINA CURIOSA DE LOS INGENIOS DE AQUEL TIEMPO

Suspendiendo un instante la onda de los recuerdos, Roberto había dado en la cuenta de que había evocado la muerte del padre no con el designio piadoso de mantener abierta aquella llaga de Filoctetes, sino por puro accidente, mientras desenterraba el espectro de Ferrante, despertado por el espectro del Intruso del *Daphne*. Los dos le parecían ya tan de puro gemelos que decidió eliminar al más débil para tener razón sobre el más fuerte.

En definitiva, se dijo, ¿dióse en aquellos días de sitio que yo tuviera aún indicios de Ferrante? No. Antes bien, ¿qué aconteció? Que de su inexistencia me convenció Saint-Savin.

En efecto, Roberto había trabado amistad con el señor de Saint-Savin. Háblele vuelto a ver en el funeral, y había recibido una manifestación de afecto de su parte. Ya no embargado por el vino, Saint-Savin era un caballero cabal. Pequeño de estatura, nervioso, pronto, con la cara marcada, quizá por los desenfrenos parisinos que relataba, no debía de tener aún treinta años.

Habíase disculpado por sus intemperancias en aquella cena, no de lo que había dicho, sino de sus maneras descorteses al decirlo. Y se había hecho narrar casos del señor Pozzo, y Roberto le fue grato de que, por lo menos, simulara tanto interés. Le contó cómo el padre le había enseñado lo que sabía de esgrima, Saint-Savin hizo varias preguntas, se apasionó ante la mención de cierta treta, desenvainó la espada, allá en medio de una plaza, y quiso que Roberto le enseñara el lance. O lo conocía ya o era hartamente veloz, porque lo paró con destreza, mas reconoció que era astucia de alta escuela.

Para dar las gracias, indicó sólo una treta suya a Roberto. Hízole ponerse en guardia, se intercambiaron algunas fintas, esperó al primer asalto, de repente, pareció resbalar al suelo y, mientras Roberto suspenso se descubría, ya se había levantado como de milagro y háblele hecho saltar un botón de la casaca, como prueba de que habría podido herirle si hubiera empujado más a fondo.

—¿Os gusta, amigo mío? —dijo mientras Roberto saludaba dándose por vencido—. Es el Coup de la Mouette, o de la Gaviota, como decís vosotros. Si un día vais por mar veréis que estos pájaros bajan derechamente como si cayeran, pero en cuanto están

a ras del agua vuelven a levantarse con alguna presa en el pico. Es una treta que requiere largo ejercicio, y no siempre sale. No le salió, conmigo, al matasiete que la había inventado. Y así me regaló la vida y su secreto. Creo que sintió más perder el segundo que la primera.

Habrían continuado durante mucho tiempo si no se hubiera congregado una pequeña multitud de burgueses.

—Detengámonos —dijo Roberto—, no quisiera que alguien observara que he olvidado mi luto.

—Estáis honrando mejor agora a vuestro padre —dijo Saint-Savin—, recordando sus enseñanzas, que antes cuando escuchabais un mal latín en la iglesia.

—Señor de Saint-Savin —háblele dicho Roberto—, ¿no teméis acabar en la hoguera?

Saint-Savin púsose sombrío por un instante.

—Cuando tenía más o menos vuestra edad admiraba al que fue mi hermano mayor. Como a un filósofo antiguo llamábale Lucrecio, y era filósofo también él, y religioso por añadidura. Acabó en la hoguera en Tolosa, pero antes arrancáronle la lengua y lo ahogaron. Así pues, ved que si nosotros los filósofos somos raudos de lengua no es sólo, como decía aquel señor la otra noche, para darnos *bon ton*. Es para sacarle su partido antes de que nos la arranquen. Es decir, dejadas las burlas, para romper con los prejuicios y descubrir la razón natural de las cosas.

—¿Entonces vos de verdad no creéis en Dios?

—No encuentro motivos para ello en la naturaleza. Ni soy el único. Estrabón nos dice que los galicianos no tenían noción alguna de un ser superior. Cuando los misionarios tuvieron que hablar de Dios a los indígenas de la Indias Occidentales, cuéntanos Acosta (que bien era jesuíta), tuvieron que usar la palabra española Dios. No lo creeréis, mas en su idioma no existía ningún término adecuado. Si la idea de Dios no es conocida en estado de naturaleza, debe de tratarse, pues, de una invención humana... Pero no me miréis como si no tuviera sanos principios y no fuera un fiel servidor de mi rey. Un verdadero filósofo no demanda en absoluto subvertir el orden de las cosas. Lo acepta. Pide sólo que le sea permitido cultivar los pensamientos que consuelan a un ánimo fuerte. Para los demás, suerte que haya papas y obispos que refrenan a las muchedumbres de la rebelión y del delito. El orden del Estado exige una uniformidad de la conducta, la religión es necesaria al pueblo y el sabio debe sacrificar parte de su independencia para que la sociedad se mantenga firme. Por lo que a mí respecta, creo ser un hombre probo: soy fiel a los amigos, no miento, sino cuando hago una declaración de amor, amo la sabiduría y hago, por lo que dicen,

buenos versos. Por esto las damas me juzgan galante. Quisiera escribir novelas, que están muy de moda, mas pienso en muchas, y no me apresto a escribir ninguna...

—¿En qué novelas pensáis?

—A veces miro la Luna, e imagino que aquellas manchas son cavernas, ciudades, ínsulas, y los lugares que resplandecen son aquellos donde el mar recibe la luz del sol como el cristal de un espejo. Quisiera contar la historia de su rey, de sus guerras y de sus revoluciones, o de la infelicidad de los amantes de allá arriba, que en el curso de sus noches suspiran mirando nuestra Tierra. Me gustaría contar de la guerra y de la amistad entre las varias partes del cuerpo, los brazos que dan batalla a los pies, y las venas que hacen el amor con las arterias, o los huesos con la médula. Todas las novelas que quisiera hacer me persiguen. Cuando estoy en mi aposento me parece que están todas en derredor mío, como unos Diablillos, y que una me tira de una oreja, la otra de la nariz, y que cada una me dice «señor, hágame, soy bellísima». Luego doy en la cuenta de que puede contarse una historia igualmente bella inventando un duelo original: por ejemplo, batirse, y convencer al rival de que reniegue de Dios, y entonces traspasarle el pecho de suerte que muera réprobo. Alto, señor de la Grive, fuera la espada una vez más, así, parad. ¡Aja! Ponéis los talones en la misma línea: está mal, se pierde la firmeza de la pierna. La cabeza no hay que mantenerla derecha, porque la distancia entre el hombro y la cabeza ofrece una superficie exagerada a los acometimientos del adversario...

—Es que yo cubro la cabeza con una treta de segunda intención.

—Error, en esa posición se pierde fuerza. Y luego, yo he abierto con un asalto a la tudesca, y vos os habéis puesto en guardia a la italiana. Mal. Cuando hay una levada que combatir es menester imitarla lo más posible. Pero no me habéis dicho de vos, y de vuestras peripecias antes de venir a parar a este valle de polvo.

No hay nada como un adulto capaz de brillar por perversas paradojas que pueda fascinar a un joven, el cual al punto quisiera emularlo. Roberto abrió su corazón a Saint-Savin, y para hacerse interesante, visto que sus primeros diez y seis años de vida ofrecíanle bien pocas ocasiones, contóle de su obsesión por el hermano ignoto.

—Habéis leído demasiadas novelas —díjole Saint-Savin—, e intentáis vivir una, porque la tarea de una novela es enseñar deleitando, y lo que enseña es a reconocer las insidias del mundo.

—¿Y qué me enseñaría la que vos llamáis la novela de Ferrante?

—La Novela —explícóle Saint-Savin— debe tener siempre por fundamento un equívoco, o de una persona, o de una acción, o lugar, o tiempo, o de una circunstancia, y de estos equívocos fundamentales deben nacer otros muchos equívocos, episodios,

enredos, y acontecimientos, y finalmente no esperados y agradables conocimientos. Digo equívocos como la muerte no verdadera de un personaje, o cuando una persona es muerta en lugar de otra, o los equívocos de cantidad, como cuando una mujer cree muerto al propio amante y se casa con otro, o de cualidad, cuando yerra el juicio de los sentidos, o como cuando se da sepultura a alguien que parece muerto, y está, en cambio, bajo el imperio de una poción somnífica; o aún, equívocos de relación, como cuando al uno se le presume injustamente matador del otro; o de instrumento, como cuando se finge degollar a alguien usando un arma tal que, al tiempo de herir, la punta no entre en la garganta, antes sí se retire dentro del mango y apretando una esponja empapada de sangre haga parecer una herida mortal... Por no hablar de las falsas misivas, de las fingidas voces, de las cartas no recaudadas en tiempo y lugar, o recibidas la una por la otra, o uno por otro. Y de estas estratagemas, la más celebrada, pero demasiado común, es la que lleva a tomar una persona por otra, y dar razón del trastrueque mediante el Sosia... El Sosia es un reflejo que el personaje arrastra a sus espaldas o que le precede en toda circunstancia. Grande y bella maquinación, por la cual el lector se identifica con el personaje cuyo obscuro temor de un Hermano Enemigo comparte. Mas ved cómo también el hombre es máquina, y es suficiente activar una rueda en la superficie para hacer girar otras ruedas en el interior: el Hermano y la animadversión no son sino el reflejo del temor que cada uno tiene de sí, y de los recesos del propio ánimo, donde anidan deseos inconfesados, o como se está diciendo en París, conceptos sordos y no expresados. Pues que hase demostrado que existen pensamientos imperceptibles, que impresionan el ánimo sin que el ánimo dé en la cuenta, pensamientos clandestinos cuya existencia está demostrada por el hecho de que, por poco que cada uno se examine a sí mismo, no dejará de reparar que está llevando en el corazón amor y odio, o gozo o congoja, sin que pueda recordar netamente ninguno de los pensamientos que los hicieron nacer.

—Por tanto, Ferrante... —aventuró Roberto. Y Saint-Savin concluyó:

—Por tanto, Ferrante está en lugar de vuestros miedos y de vuestras vergüenzas. A menudo, los hombres, para no decirse a sí mismos que son los autores de su destino, ven ese destino como una novela, animada por un autor caprichoso y truhán.

—¿Mas qué debería significarme esta parábola que me habría construido sin saberlo?

—¿Quién lo sabe? Quizá no amabais a vuestro padre tanto como creéis, temíais su rigor, con el que os quería virtuoso, y le habéis atribuido una culpa, para luego castigarlo no con las vuestras, sino con las culpas de otros.

—¡Señor, estáis hablando con un hijo que todavía está llorando al propio padre

amadísimo! ¡Creo que es mayor pecado enseñar el desprecio de los padres que el de Nuestro Señor!

—¡Vamos, vamos, querido la Grive! El filósofo tiene que tener el valor de criticar todas las enseñanzas fementidas que hánsenos inculcado, y entre éstas está el absurdo respeto por la vejez, como si la mocedad no fuera el supremo entre los bienes y las virtudes. En conciencia, cuando un hombre mozo es capaz de concebir, juzgar y actuar, ¿no es acaso más hábil en gobernar una familia que no un sexagenario lelo, a quien la nieve de la cabeza ha helado la fantasía? La que nosotros honramos como prudencia en nuestros mayores, no es sino temor cerval de la acción. ¿Querréis someteros a estotro cuando la pereza ha debilitado sus músculos, endurecido sus arterias, evaporado sus espíritus y chupado la médula de sus huesos? Si vos adoráis a una mujer ¿no es quizá a causa de su belleza? ¿Seguís acaso con vuestras genuflexiones después de que la vejez ha hecho de ese cuerpo un espectro, capaz sólo de recordaros la inminencia de la muerte? Y si así os comportáis con vuestras amantes, ¿por qué no deberíais hacer lo mismo con vuestros venerables ancianos? Me diréis que ese venerable anciano es vuestro padre y que el Cielo os promete larga vida si lo honráis. ¿Quién lo ha dicho? Unos ancianos judíos que entendían que podían sobrevivir al desierto sólo aprovechando el fruto de sus lomos. Si creéis que el Cielo os va a dar un solo día de vida más porque habéis sido la oveja de vuestro padre, os engaños. ¿Creéis acaso que un reverente saludo que haga que la pluma de vuestro sombrero se arrastre a los pies del progenitor puede curaros de un absceso maligno, o cicatrizaros la señal de una estocada, o libraros de una piedra en la vejiga? Si así fuera, los médicos no prescribirían esas inmundas pociones suyas, mas para libraros del mal italiano os recomendarían cuatro reverencias antes de cenar a vuestro señor padre, y un beso a vuestra señora madre antes de acostaros. Me diréis que sin ese padre vos no habríais nacido, ni él sin el suyo, y así en adelante hasta Melquisedec. Pues es él quien os debe algo a vos, no vos a él: vos pagáis con muchos años de lágrimas un momento suyo de placentero solaz.

—Vos no creéis en lo que decís.

—Pues bien, no. Casi nunca. Pero el filósofo es como el poeta. Este último compone cartas ideales para una ninfa ideal, sólo para sondear gracias a la palabra los recesos de la pasión. El filósofo pone a prueba la frialdad de su mirada, para ver hasta qué punto se puede mellar la rocafuerte de la mojigatería. No quiero que mengüe el respeto hacia vuestro padre, ya que vos me decís que os ha dado buenas enseñanzas. Pero no os entristezcáis sobre vuestro recuerdo. Os veo echar lágrimas...

—Oh, esto no es el dolor. Debe de ser la herida en la cabeza, que me ha debilitado

los ojos...

—Bebed café.

—¿Café?

—Juro que dentro de poco estará de moda. Es una panacea. Os lo procuraré. Deseca los humores fríos, destruye las ventosidades, corrobora el hígado, es compostura soberana contra la hidropesía y la sarna, refresca el corazón, quita los dolores de estómago. Indícase su vapor precisamente contra las fluxiones de los ojos, el zumbido de las orejas, el romadizo, o resfriado, o pesadez de la nariz, como lo queráis llamar. Y, además, enterrad con vuestro padre al incómodo hermano que os habíais creado. Y, sobre todo, encontraos un amante.

—¿Una amante?

—Será mejor que el café. Sufriendo por una criatura viva, mitigaréis las congojas por una criatura muerta.

—Jamás he amado a una mujer —confesó Roberto, encendiéndosele el rostro.

—No he dicho una mujer. Podría ser un hombre.

—¡Señor de Saint-Savin! —gritó Roberto.

—Se ve que venís del campo.

En el colmo de la turbación, Roberto habíase disculpado, diciendo que dolíanle ya demasiado los ojos; y había puesto fin a ese encuentro.

Para hacerse una razón de todo lo que había oído, se dijo que Saint-Savin habíase tomado juego del: como en un duelo, había querido mostrarle cuántas tretas se conocían en París. Y Roberto había quedado como un provinciano. No sólo, sino que tomando en serio aquellos discursos había pecado, lo que no habría sucedido si hubiéralos echado en burlas. Estilaba la lista de los delitos que había cometido escuchando aquellos muchos propósitos contra la fe, las usanzas, el estado, el respeto debido a la familia. Y al pensar en su yerro embargóle otra angustia: habíase acordado de que el padre suyo había muerto pronunciando una blasfemia.

EL ANTEOJO DE LARGA VISTA ARISTOTÉLICO

Al día siguiente había vuelto a rezar en la catedral de San Evasio. Lo había hecho para encontrar refrigerio: aquella tarde de primeros de junio el sol pegaba sobre las calles semidesiertas; tal y como en aquel momento en el *Daphne*, él advertía el calor que estaba difundiéndose en la bahía, y que los costados del navío no conseguían contener, como si la madera estuviera incandescente. Y había sentido también la necesidad de confesar tanto su pecado como el paterno. Había parado a un eclesiástico en la nave y éste habíale dicho primeramente que no pertenecía a la parroquia, pero luego, ante la mirada del mancebo, había consentido, y habíase sentado en un confesionario, acogiéndole penitente.

El padre Emanuel no debía de ser muy anciano, quizá estaba en los cuarenta y era, en palabras de Roberto «jugoso y rosado en el semblante majestuoso y afable», y Roberto sintióse alentado a confiarle todas sus penas. Le dijo, ante todo, de la blasfemia paterna. ¿Era ésta razón suficiente por la cual su padre no reposara ahora entre los brazos del Padre, sino que estuviera gimiendo en el fondo del Infierno? El confesor hizole algunas preguntas e indujo a Roberto a que admitiera que, en cualquier momento en el que el viejo Pozzo hubiera muerto, había buenas posibilidades de que el caso aconteciera mientras él nombraba el nombre de Dios en vano: blasfemar era una mala costumbre que se toma de los campesinos, y los hidalgos de la campiña monferrina consideraban signo de descuido hablar, en presencia de sus propios pares, como sus villanos.

—Ves, muchacho —había concluido el confesor—, tu padre murió mientras cumplía una de aquellas grandes amp; nobles Facciones por las cuales dizque éntrase en el Paraíso de los Héroes. Ahora bien, como no creo que un tal Paraíso exista, y considero que en el Reino de los Cielos conviven en santa armonía Menesterosos amp; Soberanos, Héroes amp; Cobardes, sin duda, el buen Dios no habrále negado su Reino al padre tuyo sólo porque deslizósele un poco la Lengua en una ocasión en la que tenía una gran Empresa en que pensar, et me aventuraría a decir que, en tales momentos, incluso una tal Exclamación puede ser una suerte de llamar a Dios como Testigo amp; Juez de la propia bella Facción. Si con todo, aún te atormentas, reza por el Alma de tu Progenitor amp; haz que digan por él alguna Missa, no tanto para mover

al Señor a mudar sus Sentencias, que no es una Veleta que voltee según soplen las beatas, sino para hazer el bien al Alma tuya.

Roberto díjole entonces de los discursos sediciosos que había escuchado de un amigo suyo, y el padre abrióse de brazos desconsolado:

—Hijo mío, poco sé de París, mas lo que oigo decir hame puesto en el hecho de todos los Descabellados, Ambiciosos, Renegados, Espías, Honbres de Intriga que existen en aquessa nueva Sodoma. Entre ellos hay Falsos Testigos, Ladrones de Sagrarios, Holladores de Crucifixos, amp; aquellos que dan dinero a los Vagamundos para hacerles abjurar de Dios, amp; incluso gente que por Escarnio ha bautizado a Perros... Y a esto llámanlo seguir la Moda del Tiempo. En las Iglesias ya no dicen Oraciones sino que pasean, ríen, assechan detrás de las columnas para insidiar a las Damas, y hay un continuo Tumulto incluso durante la Elevación. Pretenden filosofar amp; assáltante con maliciosos Porqués, por qué Dios ha dado Leyes al Mundo, por qué prohíbese la Fornicación, por qué el Hijo de Dios hase encarnado, amp; usan qualquier Respuesta tuya para transmutarla en una Prueba de Ateísmo. ¡Ahí tienes a los Ingenios del Tiempo: Epicúreos, Pirronianos, Diogenistas, amp; Libertinos! Pues sus, no prestes Oído a aquestas Seducciones, que vienen del Maligno.

Por lo normal, Roberto no hace ese abuso de mayúsculas en el que sobresalían los escritores de su tiempo: pero cuando adscribe dichos y sentencias al padre Emanuel muchas las registra, como si el padre no sólo escribiera sino también hablara haciendo oír la particular dignidad de las cosas que tenía que decir; signo de que era hombre de grande y atractiva elocuencia. Y en efecto, con sus palabras, Roberto se encontró tan sosegado, que salido del confesionario, quiso demorarse un poco con él. Supo que era un jesuíta saboyano y, sin duda, hombre no para poco, pues residía en Casal precisamente como observador por mandato del duque de Saboya; cosas que en aquellos tiempos podían acontecer durante un asedio.

El padre Emanuel desenvolvía de buena gana aquel encargo suyo: la lobreguez obsidional dábale espacio de conducir de manera distendida ciertos estudios suyos que no podían soportar las distracciones de una ciudad como Turín. E interrogado sobre qué lo ocupaba había dicho que también él, como los astrónomos, estaba construyendo un antejojo de larga vista.

—Habrás oído hablar de aquesse Astrónomo florentino que para explicar el Universo valióse del Antejojo de larga vista, hypérbole de los ojos, y con el Antejojo vio lo que los ojos sólo imaginaron. Yo mucho respeto aqeste uso de Instrumentos Mechánicos para entender, como hoy suele decírsele, la Cosa Extendida. Pero para entender la Cosa Pensante, es decir, nuestra manera de conocer el Mundo, nosotros no

podemos sino valemos de otro Anteojo, el mismo del que valióse Aristóteles, y que no es ni tubo ni lente, sino Entramado de Palabras, Idea Perspicaz, porque es sólo el don de la Artificiosa Eloquencia el que nos permite entender este Universo.

Así diciendo, el padre Emanuel había conducido a Roberto fuera de la iglesia y, paseando, habían ascendido a los espaltes, un lugar tranquilo aquella tarde, mientras acolchados cañonazos llegaban de la parte opuesta de la ciudad. Tenían ante sí los reales imperiales; a lo lejos, pero por largos trechos, los campos estaban vacíos de tropas y carruajes, y los prados y las colinas resplandecían con el sol casi estival.

—¿Qué ves, hijo mío? —preguntóle el padre Emanuel.

Y Roberto, aún de poca elocuencia:

—Los prados.

—Desde luego, cualquiera es capaz de ver ahí abaxo unos Prados. Pero bien sabes que según la posición del Sol, del color del Cielo, de la hora del día amp; de la estación, los Prados pueden aparecérsete baxo formas distintas, inspirándote distintos Sentimientos. Al villano, fatigado por el trabajo, aparécensele como Prados, y nada más. Lo mismo acontécele al pescador montes atemorizado por algunas de aquellas nocturnas Imágenes de Fuego que alguna vez en el cielo resplandecen, pero tan pronto como los Methéóricos, que son también Poetas, osan llamarlos Cometas Crin, Barbarea, Cola, Cabras, Través, Escudos, Hachas, amp; Saetas, estas figuras del lenguaje te hazen patente por quáles Símbolos agudos tenía intención de hablar la Naturaleza, que se sirve de estas Imágenes como de Geroglíficos que, por un lado, remiten a los Signos del Zodiaco y, por el otro, a Acontecimientos passados o futuros. ¿Y los Prados? Observa lo que puedes decir de los Prados, amp; cómo al decir, tú ves mucho más amp; comprendes: espira Fabonio, la Tierra se abre, lloran los Ruyseflores, se pavonean los Árboles crinados de Frondas, amp; tú descubres el admirable ingenio de los Prados en la variedad de sus estirpes de Hierbas amamantadas por los Arroyos que juguetean en amena Puericia. Los Prados jubilosos se regocijan con lépida alegría, cuando aparece el Sol abren su semblante y en ellos ves el arco de una sonrisa amp; se alegran por el retorno del Astro, ebrios de los besos suaves del Austro, y la risa danza en la Tierra misma que se abre a muda Leticia, amp; la tibieza matutina tanto los colma de Gozo que se desbordan en lágrimas de Rocío. Coronados de Flores, los Prados se abandonan a su Genio amp; componen agudas Hypérboles de Arco Iris. Pero bien pronto su Mocedad sabe que se apresura a Muerte, su risa se turba de una palidez improvisa, destiñe el cielo amp; Zéfiro, demorándose, ya suspira sobre una Tierra desfalleciente, de suerte que a la llegada de los primeros despechos de los cielos invernales, se entristecen los Prados, amp; tornándose esqueletos se cubren de

Escarcha. Ahí lo tienes, hijo mío: si tú hubieras dicho simplemente que los prados son amenos no me habrías representado otra cosa que lo verde de los Prados, del que ya sé, pero si tú dixeras que los Prados ríen, tú me harás ver que la tierra es un Hombre Animado, amp; recíprocamente aprenderé a observar en la cara humana todas las anotaciones que he cosechado en los prados... Y esto es oficio de la Figura excelsa entre todas, la Metáphora. Si el Ingenio, y así pues el Saber, consiste en aunar las remotas y separadas Nociones y hallar la Semejanza en cosas desemejantes, la Metáphora, entre las Figuras la más aguda y peregrina, es la única capaz de producir Maravilla, de la cual nace el Gusto, como de repentino trueque de la scena en el theatro. Y si el Gusto recopilado de las Figuras es el de aprender cosas nuevas sin fatiga y muchas cosas en pequeño volumen, he aquí que la Metáphora, llevando en vuelo nuestra mente de un Género a otro, nos hace ver en una sola Palabra más de un Objeto.

—Mas es preciso saber inventar metáforas, y no es cosa para un aldeano como yo, que en su vida en los prados sólo les ha disparado a los pajaritos...

—Tú eres un Gentil Hombre, y poco ha para que tú puedas convertirte en lo que en París llaman un Hombre de Bien, hábil en los lances verbales como en los de espada. Y saber formular Metáphoras, y por ende, ver el Mundo inmensamente más variado de lo que se les aparece a los incultos, es Arte que se aprende. Que si quieres saber, en este mundo en el que hoy todos pierden el juicio por muchas y maravillosas Machinas, y algunas vense, hayme, también en este Asedio, también yo construyo Machinas Aristotélicas, que permitan a quienquiera ver a través de las Palabras...

Los días siguientes, Roberto conoció al señor de la Saleta, que quejábase, le había oído, de los casaleses, en cuya fidelidad poco fiaba:

—¿No entienden —decía irritado— que incluso en tiempos de paz Casal se encuentra en la condición de no poder hacer pasar ni siquiera un simple infante o una canasta de provisiones sin pedirles el paso a los ministros españoles? ¿Que sólo con la protección francesa tiene la seguridad de ser respetada?

Pero ahora, por el señor de la Saleta venía a saber que Casal tampoco se había encontrado a gusto con los duques de Mantua. La política de los Gonzaga había sido siempre la de reducir la oposición casalesa, y desde hacía sesenta años la ciudad había padecido la reducción progresiva de muchos privilegios.

—¿Entiende señor de la Grive? —decía el de la Saleta—. Antes teníamos que lamentar demasiados impuestos, y agora soportamos nosotros los gastos para el

mantenimiento de la guarnición. No amamos a los españoles en casa, ¿mas amamos de verdad a los franceses? ¿Estamos muriendo por nosotros o por ellos?

—Y entonces, ¿por quién ha muerto mi padre? —había preguntado Roberto.

Y el señor de la Saleta no había sabido contestar.

Disgustado de los discursos políticos, Roberto había vuelto a ver al padre Emanuel algunos días después, en el convento en el que vivía, donde le encaminaron no hacia una celda, sino hacia un cuartel que había sido reservado bajo las bóvedas de un claustro silencioso. Lo encontró mientras conversaba con dos gentileshombres, uno de los cuales lujosamente ataviado: iba vestido de grana de polvo con alamares de oro, capote cuajado de pasamanos de oro forrado en felpa corta, jubón bordado, banda roja atravesada y un cintillo de pequeñas piedras. El padre Emanuel lo presentó como el alférez don Gaspar de Salazar, y por otra parte, ya por el tono altanero, y por la guisa de los bigotes y del cabello, Roberto lo había identificado como un hidalgo del ejército enemigo. El otro era el señor de la Saleta. Le surgió por un instante la sospecha de haber caído en una madriguera de espías, luego dio en la cuenta de que, como aprendo también yo en esta ocasión, la etiqueta del sitio concedía que a un representante de los sitiadores se le consintiera el acceso a la ciudad cercada, para contactos y negociaciones, así como el señor de la Saleta tenía libre acceso al campo del Espínola.

El padre Emanuel dijo que disponíase precisamente a enseñar a sus visitantes su Máquina Aristotélica: y condujo a sus huéspedes a un aposento en el que se erguía el mueble más extraño del que se pueda decir; ni estoy seguro de poder reconstruir exactamente la forma por la descripción que Roberto da de él a la Señora, que sin duda tratábase de algo jamás visto ni antes ni después.

Conque estaba la base inferior formada por un cajón o alhacena en cuyo frente abríanse como en un tablero de ajedrez ochenta y una gavetas: nueve filas horizontales por nueve verticales, cada fila por sendas dimensiones caracterizada por una letra grabada (BCDEFGHIK). En la repisa de la alhacena levantábase a la izquierda un atril, sobre el que estaba posado un gran libro, manuscrito y con letras capitales de colores. A la derecha del atril había tres rodillos, de longitud decreciente y creciente amplitud (siendo el más corto el más capaz, apto para contener los dos más largos), tales que una cigüeña a un lado podía luego por inercia hacerlos girar el uno dentro del otro a velocidades diferentes según el peso. Cada rodillo llevaba grabadas en el borde izquierdo las mismas nueve letras que contramarcaban los cajones. Bastaba dar una vuelta de cigüeña para que los rodillos se movieran independientes el uno del otro, y

cuando se detenían podíanse leer tríades de letras reunidas por el azar, ya fuere CBD, KFE o BGH.

El padre Emanuel dio en explicar el concepto que presidía a su Máquina.

—Como el Filósofo nos apercibió, no es otra cosa el Ingenio que una virtud de penetrar los objetos baxo diez Cathgorías, que son Substancia, Cantidad, Qualidad, Relación, Acción, Passión, Sitio, Tiempo, Lugar, amp; Hábito. Las substancias son el sugeto mismo de cualquier agudeza amp; de ellas habrá que predicar las ingeniosas Semejanzas. Quáles son las substancias, está anotado en este libro baxo la letra A, y acaso no baste ni siquiera mi vida para hacer el Elencho completo. De todos modos he reunido ya algunos Millares, sacándolas de los libros de los Poetas y de los sabios, y de ese admirable Regesto que es la Fábrica del Mundo del Alumno. Así entre las Substancias pondremos, por debajo del mismo Dios Sumo, las Divinas Personas, las Ideas, los Dioses Fabulosos, unos mayores, otros medianos amp; otros ínfimos, los Dioses Celestes, Aéreos, Marítimos, Terrenos amp; Infernales, los Héroes deificados, los Ángeles, los Demonios, los Foletos, el Cielo y las Estrellas errantes, los Signos celestes y las Constelaciones, el Zodiaco, los Círculos y las Esferas, los Elementos, los Vapores, las Exhalaciones, y otrosí, por no decirlo todo, los Fuegos Subterráneos, y las Centellas, los Metheores, los Mares, los Ríos, las Fuentes amp; Lagos et Escollos... Demás, las Substancias Artificiales con las obras de cada Arte, Libros, Plumas, Tinta, Globos, Compases, Esquadras, Palacios, Templos «fe Casas, Escudos, Espadas, Tambores, Quadros, Pinceles, Estatuas, Hachas amp; Sierras, y por fin las Substancias Metaphísicas como el Género, la Especie, el Propio y el Accidente, y semejantes Nociones.

Señalaba ahora los cajones de su mueble, y abriéndolos mostraba cómo cada uno contenía hojas cuadradas de pergamino muy grueso, del que se usa para encuadernar los libros, estibadas en orden alfabético:

—Como Vuestas Mercedes deberán de saber, cada fila vertical se refiere, de B a K, a una de las otras nueve Cathgorías, y por cada una de ellas, cada uno de los nueve caxones recoge familias de Miembros. Verbigracia, para la Cantidad se anota la familia de la Cantidad de Bulto, que como Miembros anota lo Pequeño, lo Grande, lo Largo o lo Corto; o la familia de la Cantidad Numeral, cuyos Miembros son Ninguno, Uno, Dos amp; c, o Muchos y Pocos. O baxo la Qualidad tendrás la familia de las qualidades pertenecientes a la Vista, como Visible, Invisible, Bello, Disforme, Claro, Oscuro; o al Olfato, como Olor Suave y Hediondo; o las qualidades de Passiones, como Alegría y Tristeza. Et así dígase por cada cathgoría. Et todas las hojas anotando un Miembro, de esse Miembro anoto todas las Cosas que de él dependen. ¿Está claro?

Todos asintieron admirados, y el padre siguió:

—Abramos agora al azar el gran Libro de las Substancias, y busquemos una qualquiera... Aquí está, un Enano. ¿Qué diremos, antes de hablar agudamente, de un Enano?

—Que es pequeño, picoletto, petit —auspicó don Gaspar de Salazar—, y que es feo, y infeliz y ridículo...

—Precisamente —concedió el padre Emanuel—, mas ya no sé qué elegir, ¿amp; estoy completamente seguro de que si hubiere tenido que hablar no de un Enano, sino, digamos, de los Corales, habría yo hallado al punto rasgos tan notables? Y además, la Pequeñez tiene que ver con la Cantidad, la Fealdad con la Qualidad, amp; ¿por dónde habría de empezar? No, mejor confiar en la Fortuna, cuyos Ministros son mis Cylindros. Agora hago que se muevan amp; obtengo, como por azar agora acontece, la tríade BBB. B en primera Posición es la Cantidad, B en segunda Posición, házeme ir a buscar, en la línea de la Cantidad, dentro del caxón del Bulto, amp; aquí, precisamente al principio de la sequencia de las Cosas B, encuentro Pequeño. Y en esta hoja dedicada a Pequeño encuentro que es pequeño el Ángel, que está en un punto, amp; el Polo, que es punto inmóvil de la Esfera, de entre las cosas elementares la Centella de Fuego, la Gota de agua, amp; el Escrúpulo de Piedra, amp; el Átomo del cual, según Demócrito, se componen todas las cosas; para las Cosas Humanas, he aquí el Embrión, la Niña del Ojo, el Astrágalo; para los Animales, la Hormiga amp; la Pulga, para las Plantas, la Frasca, la Semilla de Mostaza amp; la Miga de Pan; para las Ciencias Mathematicas el Minimum Quod Sic, la Letra Y, el Libro encuadernado en sextodécimo, o la Dragma de los Boticarios; para la Architectura, el Escritorio o el Gozne, o para las Fábulas, el Piscicarpax general de los Topos contra las Ranas amp; los Mirmidones nacidos de las Hormigas... Pero detengámonos aquí, que ya podría llamar a nuestro Enano, Escritorio de la Naturaleza, Muñeco de los Muchachos, Miga de Hombre. Y adviertan Vuestas Mercedes que si probáremos a girar otra vez los Cylindros y obtuviéremos en cambio, eso es, CBF, la letra C me remitiría a la Qualidad, la B me movería a buscar mis Miembros en el caxón de lo que afecta a la Vista, amp; aquí la letra F hádame encontrar como Miembro el ser Invisible. Y entre las Cosas Invisibles encontraría, admirable coyuntura, el Átomo, amp; el Punto, y ya me permitirían designar a mi Enano como Átomo de Hombre o Punto de Carne.

El padre Emanuel daba vueltas a sus cilindros y hojeaba en los cajones raudo como un malabarista, de modo que las metáforas parecían surgirle como por encanto sin que se advirtiera el jadear mecánico que las producía. Pero todavía no se daba por satisfecho.

—¡Señores! —continuó—, ¡la Metáphora Ingeniosa tiene que ser mucho más compleja! Qualquier Cosa que yo hubiere encontrado hasta agora tiene que analizarse a su vez baxo el perfil de las diez Cathegorías, amp; como explica mi Libro, si tuviéremos que considerar una Cosa que depende de la Qualidad, deberíamos ver si es visible, amp; quán lejos; qué Deformidad o Hermosura tiene, quánto Sonido, quánto Olor, quánto Sabor; si es sensible o palpable, si es rara, ó densa, caliente ó fría, amp; qué Figura, qual Passión, Amor, Arte, Saber, Sanidad, Enfermedad: amp; si acaso se pueda dar Noticia. Y llamo a estas preguntas Partículas. Aora bien, yo sé que nuestro primer ensayo nanos conducido a trabajar sobre la Cantidad, que alberga entre sus Miembros a la Pequenez. Hago agora girar de nuevo los Cylindros, amp; obtengo la tríade BKD. La letra B, que ya hemos decidido referir a la Cantidad, si voy a ver en mi Libro, me dice que la primera Partícula adecuada para expresar Cosa Pequeña es establecer Con Qué Se Mide. Si busco en el libro a qué se refiere la Medida, me remite aún al caxón de las Quantidades, baxo la Familia de las Quantidades en General. Recorro a la hoja de la Medida amp; elijo en ella la cosa K, que es la Medida del Dedo Geométrico. Y he aquí que ya estaría en condiciones de componer una Definición harto aguda, como por ejemplo, que a querer medir esse Muñeco de los Muchachos, esse Átomo de Hombre, un Dedo Geométrico sería una Medida muy Desmesurada, que mucho me dice, uniendo a la Metáphora también la Hypérbole, de la Desventura amp; Ridiculez del Enano.

—Cuál maravilla —dijo el señor de la Saleta—, pero de la segunda tríade obtenida todavía no ha usado Vuesa Merced la última letra, la D...

—No menos esperábame del espíritu de Vuestra Merced —dijo complacido el padre Emanuel—, ¡pues ha tocado el Punto Admirable de mi artilugio! ¡Es esta letra sobrante (amp; que podría desechar si me hubiere tediado y considerare alcanzada mi meta) la que me permite volver a empezar de nuevo mi búsqueda! Aquesta D me permite tornar a iniciar el ciclo de las Partículas, recurriendo a la cathegoría del Hábito (exempli gratia, qué hábito le conviene, o si le puede servir de insignia a algo), amp; a partir de aquesta volver a empezar, como antes hize con la Cantidad, haziendo girar de nuevo los Cylindros, usando las dos primera letras amp; reservando la tercera para otro ensayo más, amp; así al infinito, por millones de Posibles Conjugaciones, puesto que algunas resultaren más agudas que otras, y estará en mi juicio distinguir las más adecuadas para generar Estupor. Pero no quiero mentir a Vuestras Mercedes, no había elegido Enano al azar: precisamente esta noche habíame aplicado con gran escrupulosidad para extraer todo el partido posible de esta Substancia.

Agitó una hoja y empezó a leer la serie de definiciones con las que estaba

sofocando a su pobre enano, hombrecillo más breve que su nombre, embrión, fragmento de hominico, tal que los corpúsculos que penetran con la luz por la ventana parecen bien mayores, cuerpo que con millones de sus semejantes podría marcar las horas en el cuello de una clepsidra, complexión en la cual el pie está contiguo a la cabeza, segmento cárneo que empieza donde acaba, línea que se coagula en un punto, punta de aguja, sujeto con el que es menester hablar con prudencia para que el aliento no se lo lleve volando, substancia tan pequeña que no es pasible de color, centella de mostaza, cuerpecillo que ya no tiene nada más y nada menos de lo que jamás tuvo, materia sin forma, forma sin materia, cuerpo sin cuerpo, puro ente de razón, invención del ingenio tan remendado en lo menudo que ningún golpe podría jamás hallarlo para herirlo, capaz de huir por cualquier hendidura y de alimentarse durante un año con un solo grano de cebada, ser epitomizado hasta tal grado que jamás sabes si se sienta, yace o está erguido, capaz de anegarse en una concha de caracol, semilla, granulo, florecilla de uva, punto de la i, individuo matemático, nada aritmético...

Y habría continuado, teniendo materia para ello, si los espectadores no le hubieran detenido con un aplauso.

GEOGRAFÍA LA MÁS CURIOSA

Roberto comprendía ahora que el padre Emanuel actuaba en el fondo como si fuera un secuaz de Demócrito y Epicuro: acumulaba átomos de conceptos y los componía en guisas diferentes para formar con ellos muchos objetos. Y así como el Canónigo sostenía que un mundo hecho de átomos no estaba en contraste con la idea de una divinidad que los dispusiera juntos según razón, así el padre Emanuel de aquel polvo de conceptos aceptaba sólo las composiciones realmente agudas. Quizá habría hecho lo mismo si se hubiera dedicado a hacer escenas para un teatro: ¿no sacan, acaso, los comediógrafos acontecimientos inverosímiles, e ingeniosos, de trozos de cosas verosímiles pero sin sabor, para satisfacernos con inesperados hircocervos de acciones?

Y si así era, ¿no acontecía acaso que esa concurrencia de circunstancias que había creado tanto su naufragio como la condición en la que encontrábase el *Daphne* —al ser verisímil cualquier mínimo acontecimiento, el tufo y el chirriar del casco del barco, el olor de las plantas, las voces de los pájaros— contribuía a bosquejar la impresión de una presencia que no era sino el efecto de un engaño percibido sólo por la mente, como la risa de los prados y las lágrimas del rocío? Así pues, el fantasma de un intruso escondido era composición de átomos de acciones, como el del hermano perdido, ambos formados con los fragmentos de su propio rostro y de sus deseos o pensamientos.

Y precisamente mientras oía contra los cristales una llovizna ligera que estaba refrigerando el estival y meridiano calor, decíase: es natural, yo, y no otro, he subido a este navío como un intruso, yo perturbo este silencio con mis pasos. Y heme aquí que, casi temeroso de haber quebrantado un sagrario ajeno, he forjado otro yo que vaga bajo las mismas puentes. ¿Qué pruebas tengo de que ese tal exista? ¿Una que otra gota de agua sobre las hojas? ¿Y no podría, tal y como agora llueve, haber llovido la noche pasada, puesto que fuera poco? ¿El alpiste? ¿No podrían los pájaros haber movido escarbando el que ya había, haciéndome pensar que alguien hubiera echado más? ¿La ausencia de los huevos? ¡Si justo ayer vi un jerifalte devorar un ratón volador! Yo estoy poblando una bodega que todavía no he visitado y lo hago quizá para tranquilizarme, pues me aterra encontrarme abandonado entre cielo y mar. Señor Roberto de la Grive, repetíase, tú estás solo, y solo podrías permanecer hasta el fin de tus días, y este fin también podría estar próximo: los bastimentos a bordo son muchos,

mas para semanas y no para meses. Y, entonces, ve más bien a poner en la puente algún vaso para recoger la mayor cantidad de agua pluvial que pudieres, y aprende a pescar desde la borda, soportando el sol. Y un día u otro tendrás que encontrar la manera de llegar a la Isla, y vivir allí como único morador. En esto has de pensar, y no en historias de intrusos y de ferrantes.

Había cogido unos barriles vacíos y los había dispuesto en el alcázar, soportando la luz filtrada por las nubes. Dio en la cuenta, al hacer este trabajo, de que aún estaba muy débil. Bajó de nuevo, colmó de comida a los animales (quizá para que nadie más estuviera tentado de hacerlo en lugar suyo), y renunció, una vez más, a bajar aún más abajo. Se recogió, pasando algunas horas echado, mientras la lluvia no daba indicios de que fuera a menguar. Hubo algún golpe de viento y por primera vez advirtió que estaba en una casa natátil que se movía como una cuna, mientras un golpear de cuarteles animaba la amplia mole de aquel regazo boscoso.

Apreció esta última metáfora y se preguntó cómo habría leído el padre Emanuel el navío en cuanto manantial de Divisas Enigmáticas. Luego pensó en la Isla y la definió como inaccesible proximidad. El bello concepto le mostró, por segunda vez en el día, la disímil semejanza entre la Isla y la Señora, y estuvo en vela hasta entrada la noche escribiéndole lo que he conseguido obtener en este capítulo.

El *Daphne* había cabeceado durante toda la noche, y su movimiento, junto con el undoso de la bahía, habíase sosegado de primerísima mañana. Roberto había vislumbrado, desde la ventana, los signos de un alba fría pero tersa. Acordándose de aquella Hipérbole de los Ojos evocada el día de antes, se dijo que habría podido observar la ribera con el antejo de larga vista que había visto en el camarote de al lado: el mismo borde de la lente y la escena limitada habríanle atenuado los reflejos solares.

Con que apoyó el instrumento en el alféizar de una ventana de la galería y fijó audazmente los límites extremos de la bahía. La Isla presentábase clara, la cima alborotada por un vellón de lana. Como había aprendido a bordo del *Amarilis*, las islas del océano retienen la humedad de los alisios y la condensan en copos nebulosos, de suerte que, a menudo, los navegantes reconocen la presencia de una tierra antes de divisar sus costas, por las bocanadas del elemento aéreo que la tierra mantiene como amarradas.

De los alisios habíale contado el doctor Byrd, que los llamaba *Trade-Winds*, pero los franceses decían *alisées*: hállanse en esos mares los grandes vientos que dictan ley

a los huracanes y a las bonanzas, y con ellos juguetean los alisios, que son vientos del antojo, de modo que los mapas representan su vagamundear en forma de una danza de curvas y corrientes, de disparatadas carolas y airosos extravíos. Los alisios se insinúan en el curso de los vientos mayores y los desbaratan, los cortan de través, los entrelazan de carreras. Son lagartijas que colean por sendas imprevistas, se chocan y se esquivan mutuamente, como si en el Mar del Contrario valieran sólo las reglas del arte y no las de la naturaleza. De cosa artificial los alisios tienen figura y más que de las disposiciones armónicas de las cosas que vienen del cielo o de la tierra, como la nieve y los cristales, toman forma de aquellas volutas que los arquitectos imponían a columnas y capiteles.

Que aquél era un mar del artificio, Roberto sospechábalo desde hacía tiempo, y ello le explicaba por qué allá abajo los cosmógrafos habían imaginado siempre seres contrarios a la naturaleza, que caminaban patas arriba.

Desde luego, no podían ser los artistas, que en las cortes de Europa construían grutas incrustadas de lapislázuli, con fuentes movidas por secretos motores, los que habían inspirado a la naturaleza cuando inventaba las tierras de aquellos mares; ni podía haber sido la naturaleza del Polo Desconocido la que había inspirado a aquellos artistas. Es que, decía Roberto, tanto el Arte como la Naturaleza gustan de maquinar, y otra cosa no hacen los mismos átomos cuando se agregan ahora así ahora otrosí. ¿Hay prodigio más artificioso que la tortuga, obra de un orfebre de mil y mil años ha, escudo de Aquiles pacientemente nielado que aprisiona a una serpiente con las patas?

En nuestras tierras, se decía, todo lo que es vida vegetal tiene la fragilidad de la hoja con su vena y de la flor que dura el espacio de una mañana, mientras aquí lo vegetal parece cuero, materia densa y oleaginosa, escama dispuesta a resistir rayos de soles arrebatados. Cualquier hoja —en estos lugares donde los moradores salvajes, sin duda, no conocen el arte de los metales y de las arcillas— podría convertirse en instrumento, cuchilla, copa, espátula, y las hojas de las flores son de laca. Todo lo que es vegetal es aquí fuerte, debilísimo todo lo que es animal, a juzgar por los pájaros que he visto, hilados en cristal discolor, mientras en nuestras tierras es animal la fuerza del caballo o la obtusa solidez del buey...

¿Y las frutas? Entre nosotros lo encarnado de la manzana, colorada de salubridad, distingue su sabor amigo, mientras es el livor del hongo el que nos revela su ponzoña. Aquí, en cambio, bien lo vi ayer, y durante el viaje del *Amarilis*, darse festivo juego de contrarios: el albo mortuorio de una fruta asegura vivaces dulzuras, mientras las frutas más rubicundas pueden segregar filtros letales.

Con el anteojo exploraba la ribera y divisaba entre tierra y mar aquellas raíces

trepadoras, que parecían retozar hacia el aire libre, y macollas de frutas oblongas que a buen seguro revelaban su amezada madurez apareciéndose como bayas inmaduras. Y reconocía, en otras palmas, cocos amarillos como melones de estío, mientras sabía que habrían celebrado su sazón al tomar color de tierra muerta.

Así pues, para vivir en ese terrestre Más Allá (habría debido recordarlo, si hubiere querido llegar a pactos con la naturaleza) era preciso proceder al contrario del propio instinto, al ser el instinto probablemente un hallazgo de los primeros gigantes que intentaron adaptarse a la naturaleza de la otra parte del globo y, creyendo que la naturaleza más natural era aquella a la que ellos se adaptaban, la pensaban naturalmente nacida para adaptarse a ellos. Por ello creyeron que el sol era pequeño como se les aparecía a ellos, e inmensos veían ciertos tallos de hierba que miraban con el ojo prono a la tierra.

Vivir en las Antípodas significa, pues, reconstruir el instinto, saber hacer de maravilla naturaleza, y de naturaleza maravilla, descubrir lo mudadizo que es el mundo, que en una primera mitad sigue ciertas leyes y en la otra leyes opuestas.

Oía de nuevo el despertar de los pájaros, allá abajo y, a diferencia del primer día, advertía cuánto aquellos cantos eran efecto de arte, si proporcionados al piar de sus tierras: eran gorgoros, silbos, borbullones, chisporroteos, chasquidos de lengua, gañidos, atenuados golpes de mosquete, enteras escalas cromáticas de picos, y a veces, oíase como un gritar de ranas agazapadas entre las hojas de los árboles, en homérico parlotear.

El antejo permitíale divisar husos, balas plumosas, calofríos negros o de confusa tinta, que se tiraban de un árbol más alto apuntando hacia el suelo con la demencia de un ícaro que quisiere apresurar la propia ruina. De repente, parecióle incluso que un árbol, quizá de naranjitas de la China, descerrajara en el aire uno de sus frutos, una madeja de azafrán encendido que salió muy pronto del ojo redondo del antejo. Convencióse de que era efecto de un reflejo y no volvió a pensar más en ello, o por lo menos así lo creyó. Veremos más adelante que, por lo que atañe a pensamientos oscuros, tenía razón Saint-Savin.

Pensó que aquellos volátiles de innatural naturaleza eran emblema de consorcios parisinos que había dejado hacía muchos meses: en aquel universo desprovisto de humanos en el que, si no los únicos seres vivos, desde luego los únicos seres hablantes eran los pájaros, se encontraba como en aquel salón, donde a su primer ingreso había captado sólo una confusa charla en lengua ignota, de la que adivinaba con timidez el sabor. Aunque, como diría yo, el saber de aquel sabor, al final debía de haberlo absorbido bien, si no, no habría sabido disputar como ahora hacía. Pero, acordándose

de que allí había encontrado a la Señora y que si, por tanto, existía un lugar supremo entre todos era aquél y no éste, concluyó que no allí se imitaba a los pájaros de la Isla, sino que aquí en la Isla los animales intentaban igualar aquella humanísima Lengua de los Pájaros.

Pensando en la Señora y en su lejanía, que el día de antes había comparado con la lejanía inaccesible de la tierra de occidente, volvió a mirar la Isla, de la cual el anteojó descubría sólo pálidos y circunscritos indicios, tal como sucede con las imágenes que se ven en esos espejos convexos que, reflejando un solo lado de una pequeña habitación, sugieren un cosmos esférico infinito y atónito.

¿Cómo se le habría presentado la Isla si un día se hubiera llegado a ella? Por la escena que veía desde su palco, y por los especímenes de los que había encontrado testimonio en la nave, ¿acaso era ése el Edén donde los arroyos manan leche y miel, entre un triunfo abundante de frutos y animales mansos? ¿Qué buscaban si no en aquellas islas del opuesto sur los arrojados que mareaban entre ellas desafiando las tempestades de un océano ilusoriamente pacífico? ¿No era esto lo que el Cardenal quería cuando le había enviado en misión a descubrir el secreto del *Amarilis*, la posibilidad de llevar los lises de Francia a una Tierra Incógnita que renovara finalmente las ofrendas de un valle no tocado ni por el pecado de Babel, ni por el diluvio universal, ni por el primer yerro adamítico? Leales debían de ser allí los seres humanos, oscuros de piel pero cándidos de corazón, indiferentes a las montañas de oro y a los bálsamos de los que eran inconsiderados custodios.

Mas si así era, ¿no era acaso renovar el error del primer pecador querer violar la virginidad de la Isla? Justamente, quizá la Providencia habíale querido casto testigo de una belleza que no habría debido turbar jamás. ¿No era ésta la manifestación del amor más cabal, tal y como se lo profesaba a su Señora, amar de lejos renunciando al orgullo del dominio? ¿Es amor el que aspira a la conquista? Si la Isla debía aparecésele como una cosa sola con el objeto de su amor, a la Isla debía el mismo recato que a éste había donado. Los mismos frenéticos celos que había experimentado cada vez que había temido que un ojo ajeno hubiera amenazado aquel santuario de la esquivéz, no debían entenderse como pretensión de un derecho propio, sino como negación del derecho de cada uno, tarea que su amor imponíale como guardián de aquel Grial. Y a la misma castidad debía sentirse obligado con respecto a la Isla que, cuanto más anhelaba llena de promesas, tanto menos habría debido querer tocar. Lejos de la Señora, lejos de la Isla, de ambas habría debido sólo hablar, queriéndolas

inmaculadas para que inmaculadas pudieran mantenerse, tocadas por la sola caricia de los elementos. Si existía belleza en algún lugar, su mira era permanecer sin mira.

¿Era de verdad así la Isla que veía? ¿Quién lo alentaba a descifrar así su jeroglífico? Se sabía que, desde los primeros viajes a estas islas, que las cartas de marear asignaban a lugares imprecisos, se abandonaban en ellas a los amotinados y se convertían en prisiones con barrotes de aire, en las que los mismos condenados eran alcaides de sí mismos, dedicados a castigarse los unos a los otros. No llegar a ellas, no descubrir su secreto, no era deber, sino derecho de eludir horrores sin fin.

O no, la única realidad de la Isla era que en su centro se erguía, invitante en sus colores tenues, el Árbol del Olvido, comiendo cuyos frutos Roberto habría podido encontrar la paz.

Desmemoriarse. Pasó así la jornada, indolente en apariencia, activísimo en el esfuerzo de convertirse en tabla rasa. Y, como le acontece a quien se imponga olvidar, cuantos más esfuerzos hacía, más su memoria se animaba.

Intentaba poner en práctica todas las recomendaciones que había oído. Se imaginaba en una estancia abarrotada de objetos que le recordaban algo, el velo de su dama, los folios en que había hecho presente su imagen a través de los lamentos por su ausencia, los muebles y los tapices del palacio en que la había conocido, y representábase a sí mismo en el acto de tirar todas aquellas cosas por la ventana, hasta que la estancia (y con ella su mente) se hubiere quedado desnuda y vacía. Realizaba esfuerzos desmedidos para arrastrar hasta el alféizar vajillas, almarios, siales y panoplias, y al contrario de lo que le habían dicho, a medida que se deprimía en aquellos trabajos, la figura de la Señora se multiplicaba y, desde ángulos distintos, lo seguía en aquellos conatos suyos con una sonrisa maliciosa.

Así, pasando el día en arrastrar enseres, no había olvidado nada. Al contrario. Hacía días que pensaba en su propio pasado fijando la mirada en la única escena que tenía delante, la del *Daphne*, y el *Daphne* estabase transformando en un Teatro de la Memoria, como lo concebían en sus tiempos, donde todo elemento recordábale un episodio antiguo o reciente de su historia: el bauprés, la llegada después del naufragio, cuando había comprendido que no habría vuelto a ver a la amada; las velas recogidas, mirando las cuales había soñado con Ella perdida, Ella perdida; la galería, desde la que exploraba la Isla lejana, la lejanía de Ella... Pero había dedicado a la amada tantas meditaciones que, mientras hubiere permanecido allí, cada rincón de aquella casa marina habríale recordado, momento por momento, todo lo que quería olvidar.

La verdad de tal cosa era algo en lo que había reparado saliendo a la puente, para hacerse distraer por el viento. Era aquél su bosque, a donde iba como a los bosques

van los amantes infelices; he aquí su naturaleza ficticia, plantas pulidas por carpinteros de Amberes, ríos de tela tosca al viento, cavernas calafateadas, estrellas de astrolabios. Y así como los amantes, revisitando un lugar, identifican a la amada con cada flor, con cada susurro de hojas y abejas, pues bien, ahora él habría muerto de amor acariciando la boca de un cañón...

¿No celebraban acaso los poetas a su dama elogiando los labios de rubíes, los ojos de carbón, el seno de mármol, el corazón de diamante? Bien, también él —forzado en aquella mina de abetos ya fósiles— habría tenido pasiones sólo minerales, gúmena ensortijada de nudos habríale parecido su cabellera, esplendor de cáncamos sus ojos olvidados, secuencia de imbornales sus dientes lucientes de fragante saliva, cabria traqueante su cuello ornado de collares de cáñamo, y habría encontrado la paz forjándose la ilusión de haber amado la obra de un constructor de juguetes mecánicos.

Luego se arrepintió de su dureza al fingir la dureza de ella, se dijo que al petrificar sus facciones petrificaba su deseo, que quería, en cambio, vivo e insatisfecho; y, había anochecido, dirigió los ojos al amplio cóncavo del cielo punteado de constelaciones indescifrables. Sólo contemplando cuerpos celestes habría podido concebir los celestes pensamientos que convienen a quien, por celeste decreto, haya sido condenado a amar a la más celestial de las humanas criaturas.

La reina de los bosques, que con blanca vestidura enalba las selvas y platea los campos, todavía no habíase asomado al extremo de la Isla, cubierta de duelo. El resto del cielo estaba encendido y visible y, en el límite suroeste, casi al filo del mar, allende la gran tierra, divisó un grumo de estrellas que el doctor Byrd habíale enseñado a reconocer: era la Cruz del Sur. Y de un escritor olvidado, del cual su preceptor carmelita habíale hecho aprender de memoria algunos versos, Roberto recordaba una visión que había fascinado su infancia, la de un peregrino por los reinos de la ultratumba que despuntando precisamente en aquella región incógnita, había visto aquellas cuatro estrellas, no divisadas jamás sino por los primeros (y últimos), moradores del Paraíso Terrenal.

11

ARTE DE PRUDENCIA

¿Las veía porque había naufragado de verdad en los límites del jardín del Edén o porque había salido del vientre de aquel navío como de un embudo infernal? Quizá ambas cosas. Ese naufragio, devolviéndolo al espectáculo de otra naturaleza, lo había librado del Infierno del Mundo en el que había entrado, perdiendo las ilusiones de la infancia, en los días de Casal.

Había sido allá, una vez más, donde, después de haber entrevisto la historia como lugar de muchos caprichos, e intrigas incomprensibles de la Razón de Estado, Saint-Savin habíale hecho comprender cómo la gran máquina del mundo era falaz, atormentada por las nequicias del Azar. Se había acabado en pocos días el sueño de gestas heroicas de su adolescencia, y con el padre Emanuel había entendido que había que enfervorizarse por las Heroicas Empresas. Y que se puede emplear una vida no para combatir a un gigante sino para nombrar de demasiadas maneras a un enano.

Abandonado el convento, habíase acompañado del señor de la Saleta, el cual, a su vez, acompañaba al señor de Salazar fuera de las murallas. Y para llegar a la que Salazar llamaba la Puerta de Estopa, estaban recorriendo un trecho de baluarte.

Los dos gentileshombres estaban elogiando la máquina del padre Emanuel y Roberto ingenuamente había preguntado de qué podía valer tanta ciencia para regular el destino de un asedio.

El señor de Salazar habíase echado a reír.

—Mi joven amigo —había dicho—, todos nosotros estamos aquí, y en atención a monarcas diferentes, para que esta guerra se resuelva según justicia y honor. Pero ya no son tiempos en los cuales se pueda cambiar el curso de las estrellas con la espada. Terminó el tiempo en que los gentileshombres creaban a los reyes; agora son los reyes los que crean a los gentileshombres. Antes la vida de corte era una espera del momento en el que el gentilhomme habríase demostrado tal en la guerra. Agora todos los gentileshombres que adivináis allá abajo -indicaba a las tiendas españolas-, y aquí abajo —e indicaba los acantonamientos franceses—, viven esta guerra para poder volver a su lugar natural, que es la corte, y en la corte, amigo mío, ya no se lucha por igualar al rey en virtud, sino para obtener su favor. Hoy en Madrid se ven hidalgos que la espada no la han desenvainado jamás, y no se alejan de la ciudad: la dejarían,

mientras se empolvan en los campos de la gloria, en las manos de burgueses adinerados y de una nobleza de toga que en estos tiempos incluso un monarca tiene muy en cuenta. Al guerrero no le queda sino abandonar el valor para seguir a la prudencia.

—¿La prudencia? —había preguntado Roberto.

Salazar lo había invitado a mirar hacia el llano. Las dos partes estaban empeñadas en perezosas escaramuzas y veíanse nubes de polvo levantarse a la entrada de las minas, allá donde caían las balas de los cañones. Hacia el noroeste los imperiales estaban empujando un mantelete: tratábase de un carro sólido, arqueado en los lados, que acababa en el frente en un parapeto de duelas de roble, acorazadas con trancas de hierro tachonadas. En esa fachada abríanse troneras de las que sobresalían espingardas, culebrinas y arcabuces, y de lado se entreveían a los lansquenets atrincherados a bordo. Híspida de cañones delante y de aceros a los lados, chirriante de cadenas, la máquina emitía a veces resoplidos de fuego por una de sus gargantas. Cierto es que los enemigos no pretendían emplearla inmediatamente, pues era artilugio que había de llevarse debajo de las murallas cuando las minas hubieran hecho ya su oficio, pero igualmente cierto era que la exhibían para aterrorizar a los sitiados.

—Ve Vuesa Merced —decía Salazar—, que la guerra la decidirán las máquinas, carro falcado o mina que fueren. Algunos de nuestros valerosos compañeros, de ambas partes, que han ofrecido el pecho al adversario, cuando no hayan muerto por error, no lo han hecho por vencer, sino para ganarse reputación que gastar a la vuelta a la corte. Los más valientes entre ellos tendrán el juicio de elegir empresas que causen fragor, pero calculando la proporción entre lo que arriesgan y lo que pueden ganar...

—Mi padre... —empezó Roberto, huérfano de un héroe que no había calculado nada.

Salazar lo interrumpió:

—El padre de Vuesa Merced era precisamente un hombre de los tiempos pasados. No crea que no los echo de menos, pero ¿puede valer aún la pena llevar a cabo un gesto animoso, cuando se hablará más de una bella retirada que de una gallarda acometida? ¿No acába de ver una máquina de guerra dispuesta a resolver la suerte de un asedio más de lo que no hicieron un tiempo las espadas? ¿Y no hace años y años que las espadas han dejado ya el lugar al arcabuz? Nosotros llevamos aún las corazas, pero un pícaro puede aprender en un día a horadar la coraza del gran Bayardo.

—Pues entonces ¿qué le ha quedado al gentilhombre?

—El juicio, señor de la Grive. El éxito ya no tiene el color del sol, sino que crece a la luz de la luna, y nadie ha dicho nunca que esta segunda lumbrera resultara desagradable al creador de todas las cosas. Jesús mismo ponderó, en el huerto de los

olivos, de noche.

—Mas luego tomó una decisión según la más heroica de las virtudes, y sin prudencia...

—Pero nosotros no somos el Hijo primogénito del Eterno, somos los hijos del siglo. Acabado este asedio, si una máquina no le ha quitado la vida, ¿qué hará Vuesa Merced? ¿Volverá quizá a sus campos, donde nadie le dará ocasión de resultar digno de su padre? Con los pocos días que Vuesa Merced lleva moviéndose en medio de hidalgos parisinos demuestra ya haber sido conquistado por sus costumbres. Vuesa Merced querrá probar fortuna en la gran ciudad, y sabe bien que es allí donde deberá gastar ese halón de braveza que la larga inacción entre estas murallas le habrá concedido. Buscará también Vuesa Merced la fortuna y deberá ser hábil para obtenerla. Si aquí ha aprendido a esquivar la bala de un mosquete, allá deberá aprender a saber esquivar la envidia, los celos, la codicia, batiéndose con armas pares con sus adversarios, es decir, con todos. Y por tanto tenga a bien escucharme. Ha media hora que Vuesa Merced me interrumpe diciendo lo que piensa, y con aire de preguntar quiere demostrarme que me engaño. No lo haga nunca más, sobre todo con los poderosos. A veces la confianza en la propia sagacidad y el sentimiento de tener que atestiguar la verdad podrían empujar a dar un buen aviso a quien es más que Vuesa Merced. No lo haga jamás. Todo vencimiento es odioso, y del dueño, o necio, o fatal. Gustan de ser ayudados los príncipes, pero no excedidos. Vuesa Merced será prudente también con los iguales. No se ha de humillarlos con las propias virtudes. Nunca hable de sí: o se ha de alabar, que es desmerecimiento, o se ha de vituperar, que es poquedad. Permítase algún venial desliz: será como un echar la capa al toro de la envidia, para salvar la inmortalidad. Deberá ser bastante y parecer poco. El avestruz no aspira a elevarse en el aire, exponiéndose a ejemplar despeño: deja descubrir poco a poco la belleza de sus plumas. Y sobre todo, si Vuesa Merced tiene pasiones, no las ponga en muéstra, por muy nobles que se las represente. No se ha de permitir a todos el acceso al propio corazón. Un silencio prudente y cauto es la teca del juicio.

—¡Vuesa Merced me está diciendo que el primer deber de un gentilhombre es aprender a simular!

Intervino sonriendo el señor de la Saleta:

—Vea, querido Roberto, el señor de Salazar no dice que el sabio debe simular. Sugiere, si he entendido bien, que debe aprender a disimular. Si simula lo que no se es, se disimula lo que se es. Si Vuesa Merced alardea de lo que no ha hecho, es un simulador, pero si evita, sin hacerlo notar, dar a conocer completamente lo que ha hecho, entonces disimula. Es virtud sobre virtud disimular la virtud. El señor de

Salazar está enseñando a Vuesa Merced una forma prudente de ser virtuoso, o de ser virtuoso según prudencia. Desde que el primer hombre abrió los ojos y conoció que estaba desnudo, procuró ocultarse incluso a la vista de su Artífice: así la solercia en encubrir casi nació con el mundo mismo. Disimular es extender un velo compuesto de tinieblas honestas, del cual no se forma el falso sino que se da un cierto descanso a lo verdadero. La rosa parece bella porque a primera vista disimula ser cosa tan caduca, y aunque de la belleza mortal se use afirmar que no parece cosa terrena, no es sino un cadáver disimulado por el favor de la edad. En esta vida, no siempre se debe ser de corazón abierto, y las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir. La disimulación no es engaño. Es industria de no hacer ver las cosas como son. Y es industria difícil: para sobresalir en ella hace falta que los demás no reconozcan nuestra excelencia. Si alguien fuera célebre por su capacidad de camuflarse, como los actores, todos sabrían que no es lo que finge ser. Pero de los excelentes disimuladores que han sido y son, no se tiene noticia alguna.

—Y note Vuesa Merced —añadió el señor de Salazar—, que invitándole a disimular no se le invita a permanecer mudo como un majadero. Al contrario. Será menester aprender a hacer con la palabra aguda lo que no se puede hacer con la palabra abierta; a moverse en un mundo, que privilegia la apariencia, con todas las agilidades de la elocuencia, a ser tejedor de palabras de seda. Si los dardos traspasan el cuerpo, las palabras pueden traspasar el alma. Haga que sea naturaleza en Vuesa Merced lo que en la máquina del padre Emanuel es arte mecánico.

—Pero señor —dijo Roberto—, la máquina del padre Emanuel me parece una imagen del Ingenio, que no pretende herir o seducir, sino descubrir y revelar conexiones entre las cosas, y por tanto, convertirse en nuevo instrumento de verdad.

—Eso para los filósofos. Pero para los necios use Vuesa Merced el Ingenio para asombrar, y obtendrá aprobación. Los hombres gustan de ser sorprendidos. Si el destino y la fortuna de Vuesa Merced se deciden no en el campo, sino en los salones de la corte, un buen punto obtenido en la conversación será más provechoso que una bizarra acometida en batalla. El hombre prudente, con una frase elegante, se quita de enredo, y sabe usar la lengua con la ligereza de una pluma. La mayor parte de las cosas se puede pagar con las palabras.

—Le esperan en la puerta, Salazar —dijo Saleta.

Y así, para Roberto, tuvo fin aquella inesperada lección de vida y de sabiduría. No quedó edificado, pero sí agradecido a sus dos maestros. Habíanle explicado muchos misterios del siglo, de los cuales en la Griva nunca nadie había dicho nada.

LAS PASIONES DEL ALMA

En aquel derrumbarse de todas las ilusiones, Roberto cayó presa de una manía amorosa.

Estábamos ya a finales de junio, y hacía bastante calor; habíanse difundido desde hacía unos diez días las primeras voces de un caso de peste en los reales españoles. En la ciudad empezaban a escasear las municiones, a los soldados distribuíanseles ya sólo catorce onzas de pan muy negro, y para conseguir una pinta de vino (que es menos de media azumbre) de los casaleses había que pagar ya tres florines, que son casi doce reales. Habíanse alternado Salazar en la ciudad y Saleta en el campo para tratar de la ración —así llamaban el rescate— de oficiales prendidos por una parte y por otra en el transcurso de los choques, y los rescatados debían obligarse a no volver a tomar las armas. Hablábase otra vez de aquel capitán en ascenso en el mundo diplomático, Mazzarini, a quien el Papa había encomendado la negociación.

Alguna esperanza, alguna salida y un jugar a destruirse recíprocamente las minas, así era como se desenvolvía aquel asedio indolente.

A la espera de los conciertos, o de la armada de socorro, los espíritus belicosos habíanse sedado. Algunos casaleses habían decidido salir fuera de las murallas para segar aquellos campos de trigo que se habían salvado de los carros y de los caballos, indiferentes a los cansinos escopetazos que los españoles tiraban de lejos. Pero no todos iban desarmados: Roberto vio a una campesina alta y leonada que a ratos interrumpía su trabajo de hoz, inclinábase entre las espigas, levantaba una escopeta, la embrazaba como soldado viejo, apretando la culata contra la mejilla roja, y apuntaba hacia los que estorbaban. Los españoles, hastiados por los tiros de aquella Ceres guerrera, habían respondido, y un tiro le había dado al sesgo en una muñeca. Sangrando ahora retrocedía, sin dejar de cargar y disparar, gritando algo hacia el enemigo. Mientras estaba ya casi bajo las murallas, unos españoles la apostrofaron:

—¡Putas de los franceses! A lo que ella respondía:

—Si, a sun la pütan'na dei francés, ma ad vui no!

Aquella figura virginal, aquella quintaesencia de belleza opima y de furia marcial, unida a aquella sospecha de impudicia con la que el insulto habíala enriquecido, atizaron los sentidos del adolescente.

Aquel día había recorrido las calles de Casal para renovar aquella visión; había interrogado a unos campesinos, había sabido que la muchacha se llamaba según

algunos Anna Maria Novarese, Francesca según otros, y en una taberna habíanle dicho que tenía veinte años, que venía de la comarca, y que tenía amoríos con un soldado francés. «L'è brava la Francesca, se l'è, brava», decían con sonrisas de inteligencia, y a Roberto la amada parecióle aún más deseable en cuanto, una vez más, adulada por aquellos guiños licenciosos.

Algunas tardes después, pasando por delante de una casa, la divisó en una habitación oscura en el cuarto bajo. Estaba sentada junto a la ventana para tomar un airecillo que mitigaba apenas el bochorno monferrín, aclarada por una lámpara, invisible desde fuera, que descansaba cerca del alféizar. De buenas a primeras no la había reconocido porque sus hermosos cabellos estaban recogidos en la cabeza, y sólo dos mechones colgaban encima de las orejas. Se divisaba tan sólo el rostro un poco inclinado, singular purísimo óvalo, rociado por algún aljófara de sudor, única verdadera lámpara en aquella penumbra.

Estaba trabajando en la costura sobre una mesita baja, en la que posaba la mirada atenta, de suerte que no dio en la cuenta del joven, que se había retraído a atisbarla de lado, agazapándose contra el muro. Con el corazón que le golpeaba en el pecho, Roberto veía el labio, sombreado por una pelusilla rubia. De repente, ella había alzado una mano aún más luminosa que el rostro, para llevarse a la boca un hilo oscuro: lo había introducido entre los labios rojos descubriendo los dientes blancos y lo había cortado de una vez, con acción de fiera gentil, sonriendo risueña de su benigna crueldad.

Roberto habría podido esperar toda la noche, mientras respiraba apenas, por el temor de ser descubierto y por el ardor que lo helaba. Pero poco después, la muchacha apagó la lámpara, y la visión se disipó.

Había pasado por aquella calle los días siguientes, sin volver a verla, excepto una sola vez, aunque no estaba seguro porque, si era ella, estaba sentada con la cabeza gacha, el cuello desnudo y sonrosado, una cascada de cabellos que le cubrían el rostro. Una matrona estaba a sus espaldas, navegando por aquellas olas leoninas con un peine de pastora, y de vez en cuando lo dejaba para asir con los dedos un animalillo fugitivo, cuya vida bulliciosa torcíanle sus unas con un golpe seco. Roberto, no nuevo a los ritos del despiojamiento, descubría, en cambio, por vez primera, su belleza, e imaginaba poder poner las manos entre aquellas ondas de seda, apretar las yemas sobre aquella nuca, besar esos surcos, destruir él mismo aquellos rebaños de mirmidones que los contaminaban.

Tuvo que alejarse de aquel embeleso por el sobrevenir de gentío que alborotaba la calle, y fue la última vez que aquella ventana le reservó amorosas visiones.

Otras tardes y otras noches divisó aún a la matrona, y a otra muchacha, pero no a ella. Llegó a la conclusión de que aquella no era su casa, sino la de una pariente, a la que había ido sólo para hacer alguna labor. Dónde pudiere estar ella, por largos días dejó de saberlo.

Comoquiera que la languidez amorosa es licor que cobra mayor fuerza cuando se trasiega en los oídos de un amigo, mientras recorría Casal sin fruto, y adelgazaba en la búsqueda, Roberto no había conseguido esconder su estado a Saint-Savin. Habíaselo revelado por vanidad, porque todos los amantes se adornan de la belleza de la amada y de esta belleza está seguramente seguro.

—Pues bien, amad —había reaccionado Saint-Savin con descuido—. No es cosa nueva. Parece ser que los humanos se deleitan con ello, a diferencia de los animales.

—¿Los animales no aman?

—No, las máquinas simples no aman. ¿Qué hacen las ruedas de un carro a lo largo de una cuesta? Ruedan hacia abajo. La máquina es un peso, y el peso pende, y depende de la ciega necesidad que lo empuja a la bajada. Así el animal: pende hacia el concúbito y no se sosiega hasta que no lo obtiene.

—¿Acaso no me habíais dicho ayer que también los hombres son máquinas?

—Sí, pero la máquina humana es más compleja que la máquina mineral y que la animal, y se complace de un movimiento oscilatorio.

—¿Y entonces?

—Entonces vos amáis, y por tanto deseáis y no deseáis. El amor nos hace enemigos de nosotros mismos. Teméis que alcanzar el fin os decepcione. Os deleitáis *in limine*, como dicen los teólogos, gozáis del retraso.

—No es verdad, yo... ¡yo la quiero inmediatamente!

—Si así fuere, seríais aún y solamente un rústico. Pero tenéis espíritu. Si la quisierais ya la habríais tomado; y seríais un bruto. No, vos queréis que vuestro deseo se inflame, y que entretanto se encienda también el suyo. Si el suyo se inflamare a tal punto que la indujere a concederse inmediatamente, con toda probabilidad ya no la querríais. En la espera prospera el amor. La Espera va caminando por los espaciosos campos del Tiempo hacia la Ocasión.

—¿Pues qué hago entretanto?

—¡Cortejadla!

—Mas... Ella todavía no sabe nada, y debo confesaros que tengo dificultades en acercarme a ella...

—Escribidle una carta y decidle de vuestro amor.

—¡Si jamás he escrito cartas de amor! Antes, me avergüenzo de decir que jamás he escrito cartas.

—Cuando la naturaleza déjanos a lo mejor, acojámonos al arte. Os la dictaré yo. Un gentilhombre se complace a menudo en redactar cartas para una dama que no ha visto nunca, y yo no soy menos. No amando sé hablar de amor mejor que vos, a quien el amor os hace mudo.

—Mas yo creo que cada persona ama de forma diferente... Sería un artificio.

—Si le revelarais vuestro amor con el acento de la sinceridad, resultaríais torpe.

—Mas le diría la verdad...

—La verdad es una doncella tan vergonzosa cuanto hermosa, y por esto anda siempre tapada.

—¡Es que yo quiero decirle mi amor, no el que vos describiríais!

—Pues bien, para ser creído, fingid. No existe perfección sin el esplendor de la maquinación.

—Mas ella entendería que la carta no está hablando de ella.

—No temáis, creará que lo que dicto ha sido concebido a su medida. Adelante, sentaos y escribid. Dejad sólo que encuentre la inspiración.

Saint-Savin movíase por la habitación como si, dice Roberto, estuviera remedando el vuelo de una abeja que regresa al panal. Casi danzaba, con los ojos vagarosos, como si tuviera que leer en el aire ese mensaje, que aún no existía. Luego empezó.

—Señora...

—¿Señora?

—¿Y qué querríais decirle? ¿Acaso «oye tú, putilla casalesa»?

—Putas de los franceses —no pudo refrenarse de murmurar Roberto, aterrorizado de que Saint-Savin por juego se hubiera acercado tanto, si no a la verdad, por lo menos a la calumnia.

—¿Qué habéis dicho?

—Nada. Está bien. Señora. ¿Y luego?

—Señora: en la admirable arquitectura del Universo, estaba ya escrito desde el natal día de la Creación que yo os habría encontrado y amado. Mas desde la primera línea de esta carta siento que mi alma tanto rebosa que habrá abandonado mis labios y mi pluma antes que haya acabado.

—... Acabado. Pero no sé si será comprensible para...

—Lo verdadero es tanto más grato cuanto más hispido de dificultades, y más apreciada es la revelación que harto nos haya costado. Elevemos antes el tono. Digamos entonces... Señora...

—¿Aún?

—Sí. Señora: a una dama en hermosura par a Alcidiana, érale sin duda necesaria, como a aquesta Heroína, demora inexpugnable. Por encantamiento fuisteis transportada a otro lugar y vuestra provincia convirtiéndose en una segunda ínsula Errante que el viento de mis suspiros hace retroceder a la par que me aproximo, provincia antípoda, tierra de hielos inabordable. Os veo perplejo, la Grive: ¿aún os parece mediocre?

—No, es que... yo diría lo contrario.

—No temáis —dijo Saint-Savin tergiversando—, no faltarán contrapuntos de contrarios. Prosigamos. Quizá vuestras gracias os dan derecho a permanecer lejana cual a Dioses se conviene. ¿Mas desconocéis acaso la favorable acogida que a nuestros sahumeros e inciensos ellos deparan? No rechazéis pues mi adoración, que si vos poseéis en sumo grado esplendor y belleza, haríais de mí ser impío impidiéndome adorar en vuestra persona dos entre los mayores atributos divinos... ¿Suena mejor así?

En ese punto, Roberto pensaba que el único problema era que la Novarese supiera leer. Franqueado aquel baluarte, cualquier cosa que hubiere leído sin duda habríala arrobado, visto que estaba arrobándose él al escribirlo.

—Dios mío —dijo—, debería de enloquecer...

—Enloquecerá. Continuad. Lejos de haber perdido mi corazón cuando os hice obsequio de mi libertad, hállomelo desde aquel día harto más grande, a tal punto multiplicado que, como si uno solo no bastara para amaros, está reproduciéndose por todas mis arterias donde lo siento palpitar...

—Oh Dios...

—No perdáis la calma. Estáis hablando de amor, no estáis amando. Perdonad Señora el furor de un desesperado, o mejor, no os deis pena: no hase oído jamás que los soberanos hubieren de rendir cuentas de la muerte de sus esclavos. Soy contento de recibirla; porque no podéisme hacer mayores mercedes, que mi fin sea causado por vuestra hermosura y si os dignáredes de odiarme, aqueso me dirá que no os era yo indiferente. Así la muerte, con la que creéis castigarme, me será causa de gozo. Sí, la muerte. Si amor es entender que dos almas fueron creadas para ser unidas, cuando advierte la una que la otra no siente, no le cumple en el mundo ya más vivir muriendo; y partiéndose mi alma, de mi cuerpo vivo aún por poco, os da noticia.

—...Por poco ¿os da?

—Noticia.

—Dejadme tomar aliento. Se me calienta la cabeza...

—Controlaos. No confundáis el amor con el arte.

—¡Es que yo la amo! La amo, ¿entendéis?

—Yo no. Por eso os habéis encomendado a mí. Escribid sin pensar en ella. Pensad, veamos, en el señor de Toiras...

—¡Os lo ruego!

—No adoptéis ese aire. Es un hombre guapo, al fin y al cabo. Pero escribid. Señora...

—¿Otra vez?

—Otra vez. Señora: habéisme destinado a morir ciego, pues ¿no habéis hecho dos alquitaras de mis ojos, para destilarme la vida? Y sólo vos podíais obrar tal maravilla, que más mis ojos se humedecen y más abrasan. Quizá no formara mi padre el cuerpo mío de la misma arcilla que dio vida al primer hombre, sino de cal, pues que el agua que vierto me consume. ¿Y cómo es posible que consumido aún viva, hallando nuevas aguas para seguir consumiéndome?

—¿No es exagerado?

—En las ocasiones grandiosas ha de ser grandioso también el pensamiento.

Roberto ya no protestaba. Parecíale haberse transformado en la Novarese, y experimentaba lo que ella habría debido experimentar leyendo aquellas páginas. Saint-Savin dictaba.

—Habéis dejado en mi corazón, al abandonarlo, a una insolente, que es vuestra imagen, y que anda jactándose de tener sobre mí poder de vida y muerte. Y vos os habéis alejado de mí cual soberano se aleja del lugar del suplicio, no sea importunado por las solicitudes de gracia. Si mi alma y mi amor se componen de dos puros suspiros, cuando yo muera, conjuraré a la Agonía para que sea el de mi amor el que me abandone por último, y habré realizado, como postrero regalo, milagro del que deberíais estar orgullosa, que al menos por un instante seréis suspirada por un cuerpo ya muerto.

—Muerto. ¿Acabado?

—No, dejadme pensar, hace falta un cierre que contenga una *pointe*...

—¿Una *puan* qué?

—Sí, un acto del intelecto que parezca expresar la correspondencia inaudita entre los objetos, más allá de cualquier creencia nuestra, de suerte que en este placentero juego del espíritu se extravíe felizmente cualquier deferencia hacia la substancia de las cosas.

—No entiendo...

—Entenderéis. Ya está: invirtamos de momento el sentido de la apelación: en efecto aún no habéis muerto, démosle la posibilidad de acudir en socorro de este moribundo. Escribid. Podríais quizá, Señora, salvarme todavía. Os he hecho obsequio de mi corazón. ¿Mas cómo puedo vivir sin el motor mismo de la vida? No os pido que me lo devolváis, que sólo en vuestro cautiverio goza de la más sublime de las libertades: os ruego, enviadme a cambio el vuestro, que no encontrará tabernáculo mejor dispuesto para acogerlo. Para vivir, vos no necesitáis dos corazones, y el mío late por vos tan fuerte que os asegura el más sempiterno de los fervores.

Luego haciendo media pirueta e inclinándose como un actor que esperara el aplauso:

—¿No es bello?

—¿Bello? Pues lo encuentro... qué decir... ridículo. ¿Acaso no os parece ver a esta señora corriendo por Casal a tomar y entregar corazones, como un paje?

—¿Queréis que ame a un hombre que habla como un burgués cualquiera? Firmad y sellad.

—No pienso en la dama, pienso que si se la enseñara a alguien, moriría de vergüenza.

—No lo hará. Guardará la carta en su seno y todas las noches encenderá un pábilo junto al lecho para releerla, y cubrirla de besos. Firmad y sellad.

—Pero imaginemos, digo por decir, que ella no supiere leer. Tendrá que hacer que alguien se la lea...

—¿Pero señor de la Grive! ¿Me estáis diciendo acaso que os habéis encaprichado de una villana? ¿Que habéis dilapidado mi inspiración para poner en embarazo a una rústica? No nos queda sino batirnos.

—Era un ejemplo. Una broma. Pues házeme enseñado que el hombre prudente debe ponderar los casos, las circunstancias y entre los posibles también los más imposibles...

—Veo que estáis aprendiendo a exprimiros como se conviene. Pero habéis ponderado mal y elegido el más risible entre los posibles. En cualquier caso, no quiero forzaros. Borrada si queréis la última frase y continuad como os diré...

—Pero si borro tendré que volver a escribir la carta.

—Sois también haragán. Mas el sabio debe sacar partido de las desventuras. Borrada... ¿ya? Bien.

Saint-Savin había mojado el dedo en una jarra, luego había dejado caer una gota sobre el párrafo borrado, obteniendo una pequeña mancha de humedad, cuyos contornos difuminados poco a poco se oscurecían por la negrura de la tinta que el agua

había hecho retroceder sobre la hoja.

—Y ahora escribid. Perdonad Señora, si no he tenido el valor de dejar con vida un pensamiento que, robándome una lágrima, me ha espantado por su osadía. Así acontece, que un fuego etneo puede generar un dulcísimo arroyo de aguas salobres. Mas, oh Señora, mi corazón es como la concha marina, que al beber el bello sudor del alba genera la perla, y crece una con ella. Al pensamiento de que vuestra indiferencia quisiera sustraerle a mi corazón aljófar tan celosamente alimentado, el corazón se me escapa por los ojos... Sí, la Grive, así está indudablemente mejor, hemos reducido los excesos. Mejor acabar atenuando el énfasis de amante, para gigantizar la conmoción de la amada. Firmad, sellad y hacédsela llegar. Luego esperad.

—Esperar, ¿qué?

—El norte de la Brújula de la Prudencia consiste en desplegar las velas al viento del Momento Favorable. En estas cosas la espera nunca hace daño. La presencia mengua la fama y la lejanía la acrecienta. Estando lejos seréis tenido por un león, y estando presente podríais convertirlos en un ratoncito alumbrado por la montaña. Sois sin duda rico de buenísimas prendas. Pero las prendas pierden lucimiento si se tocan demasiado, mientras la fantasía llega más lejos que la vista.

Roberto había dado las gracias y había corrido a su casa escondiendo la carta en el pecho como si la hubiera robado. Temía que alguien le hurtara el fruto de su hurto.

La encontraré, se decía, me inclinaré y entregaré la carta. Luego se agitaba en el lecho pensando en la manera en que ella la habría leído con los labios. Ya estaba imaginando a Anna María Francesca Novarese como dotada de todas aquellas virtudes que Saint-Savin había atribuido. Declarando, aunque por voz ajena, su amor, había sentido aún más amante. Haciendo algo contra su genio había sido seducido por el Ingenio. Él ahora amaba a la Novarese con la misma exquisita violencia de la que decía la carta.

Habiéndose puesto en busca de aquella de la cual estaba tan dispuesto a permanecer alejado, mientras algunos cañonazos llovían sobre la ciudad, descuidado del peligro, algunos días después había divisado en una esquina, cargada de espigas como una criatura mitológica. Con gran tumulto interior había corrido a su encuentro, no sabiendo bien qué habría hecho o dicho.

Acercándose a ella tembloroso, se había parado delante y le había dicho:

—Señora...

—A mi? —había contestado riendo la muchacha, y luego—: E alura?

—Y pues —no había sabido decir nada mejor Roberto—, ¿podrías decirme por qué parte se va al Castillo?

Y la muchacha moviendo hacia atrás la cabeza, y la gran masa de cabellos:

—Ma da la, no?

Y había doblado la esquina.

En aquella esquina, mientras Roberto dudaba de si seguirla, había caído silbando una bala de cañón, derribando el murete de un jardín, y levantando una nube de polvo. Roberto había tosido, había esperado que el polvo se aclarara y había comprendido que, caminando con demasiada vacilación por los espaciosos campos del Tiempo, había perdido la Ocasión.

Para castigarse, rasgó con contrición la carta y dirigióse hacia casa, mientras los jirones de su corazón se apilotaban en el suelo.

Su primer e impreciso amor lo había convencido para siempre de que el objeto amado reside en la lejanía, y creo que esto marcó su destino de amante. Durante los días siguientes había vuelto a todas las esquinas (donde recibiera una noticia, donde adivinara un rastro, donde oyera hablar de ella y donde la viera) para recomponer un paisaje de la memoria. Había dibujado así un Casal de la propia pasión, transformando callejuelas, fuentes, plazas, en el Río de la Inclinação, en el Lago de la Indiferencia, o en el Mar de la Enemistad; había hecho de la ciudad herida el País de la propia Ternura insaciada, isla (ya entonces, presagio) de su soledad.

EL MAPA DE LA TERNURA

La noche del veinte y nueve de junio un gran estruendo había despertado a los sitiados, seguido por un redoble de tambores: había estallado la primera mina que los enemigos habían conseguido hacer volar bajo las murallas, haciendo saltar una media luna y sepultando a veinte y cinco soldados. El día después, hacia las seis de la tarde, habíase oído como un temporal hacia poniente, y hacia oriente había aparecido un cuerno de la abundancia, más blanco que el resto del cielo, con la punta que se alargaba y acortaba. Era un cometa, que había turbado a los hombres de armas e inducido a los habitantes a encerrarse en casa. En las semanas siguientes habían saltado otros puntos de las murallas, mientras desde los espaltes, los sitiados tiraban en balde, porque ya los adversarios se movían bajo tierra, y las contraminas no conseguían desanidarlos.

Roberto vivía aquel naufragio como un pasajero extraño. Pasaba largas horas dialogando con el padre Emanuel sobre la mejor manera de describir los fuegos del cerco, pero frecuentaba cada vez más a Saint-Savin para elaborar con él metáforas de par prontitud que describieran los fuegos de su amor, cuyo fracaso no había osado confesar. Saint-Savin apercibíale de una escena donde su caso galante podía desenvolverse felizmente; padecía, callando, la ignominia de elaborar con el amigo otras cartas, que luego fingía remitir, releyéndolas, en cambio, cada noche como si el diario de tantos suspiros estuviera dirigido por ella a él. Novelaba sobre situaciones en las que la Novarese, perseguida por los lansquenets, caíale extenuada entre los brazos, él desbarataba a los enemigos y la conducía exhausta a un jardín, donde gozaba de su salvaje gratitud. Ante pensamientos tales abandonábase en su cama, se recobraba después de un largo desmayo y componía sonetos para la amada.

Habíale enseñado uno a Saint-Savin que había comentado:

—Lo considero de una gran porquería, si me lo permitís, mas consolaos: la mayor parte de los que se definen poetas en París hacen cosas mucho peores. No poeticéis sobre vuestro amor, la pasión os veda esa divina frialdad que era la gloria de Catulo.

Se descubrió de humor melancólico y se lo dijo a Saint-Savin:

—Alegraos —comentó el amigo—, la melancolía no es borra sino flor de la sangre, y genera a los héroes porque, lindando con la locura, los induce a las acciones más denodadas.

Pero Roberto sentíase inducido a nada, y poníase melancólico de no ser

bastantemente melancólico.

Sordo a los gritos y a los cañonazos, oía voces de alivio (hay crisis en el campo español, dizque la armada francesa avanza), alegrábase porque a mediados de julio una contramina por fin había conseguido causar gran mortandad de muchos españoles; pero entre tanto, evacuábanse muchas medias lunas, y a mediados de julio, las vanguardias enemigas ya podían batir directamente la ciudad. Se enteraba de que algunos casaleses intentaban pescar en el Po y, sin cuidarse de si recorría calles expuestas a los tiros enemigos, corría a ver, con el temor de que los imperiales le dispararan a la Novarese.

Pasaba haciéndose sitio entre los soldados en rebelión, cuyo contrato no preveía que excavarán trincheras; pero los casaleses se negaban a hacerlo por ellos, y Toiras veíase obligado a prometer un sobresueldo. Se cumplimentaba, como todos, sabiendo que Espinola había enfermado de peste, gozaba viendo un grupo de desertores napolitanos que habían entrado en la ciudad, abandonando por miedo el campo adversario insidiado por el morbo, oía al padre Emanuel decir que aquello podía convertirse en causa de contagio...

A mediados de septiembre, apareció la peste en la ciudad, Roberto no se preocupó, si no temiendo que la Novarese la hubiera contraído, y se despertó una mañana con la fiebre alta. Consiguió enviar a alguien para que avisara al padre Emanuel, y fue hospedado a escondidas en su convento, evitando uno de aquellos lazaretos de fortuna donde los enfermos morían de prisa y sin alboroto para no distraer a los demás, ocupados en morir de pirotecnia.

Roberto no pensaba en la muerte: tomaba la fiebre por el amor y soñaba con tocar las carnes de la Novarese mientras ajaba los pliegues del jergón, o acariciaba las partes sudadas y dolientes de su cuerpo.

Potencia de una memoria demasiado icástica, aquella noche en el *Daphne*, mientras la oscuridad avanzaba, el cielo realizaba sus lentos movimientos, y la Cruz del Sur había desaparecido en el horizonte, Roberto no sabía ya si ardía de recobrado amor por la Diana guerrera de Casal o por la Señora igualmente lejana a su vista.

Quiso saber dónde habría podido huir ella, y corrió a la cámara de los instrumentos náuticos donde le parecía que había un mapa de aquellos mares. Lo encontró, era grande, de colores, e inacabado, porque entonces muchos mapas no acabábanse por necesidad: el navegante de una nueva tierra, dibujaba las costas que había visto, pero dejaba incompleto el contorno, no sabiendo nunca cómo y cuándo y dónde extendíase aquella tierra; por lo cual, las cartas de navegación del Pacífico parecían a menudo

arabescos de playas, atisbos de perímetros, hipótesis de volúmenes, y definidos veíanse solamente los pocos islotes circunnavegados, y el curso de los vientos conocidos por experiencia. Algunos, para hacer reconocible una isla, no hacían sino dibujar con mucha precisión la forma de las cimas y de las nubes que la dominaban, para que resultaran identificables así como se reconoce de lejos a una persona por el ala del sombrero, o por el paso aproximado.

Ahora bien, en aquel mapa estaban visibles los lindes de dos costas enfrentadas, divididas por un canal orientado de sur a norte, y una de las dos costas casi terminaba con varias sinuosidades que definían una isla, y podía ser su Isla; empero más allá de un largo trecho de mar, había otros grupos de islas presuntas, con una conformación harto parecida, que podían igualmente representar el lugar en el que él estaba.

Nos equivocáramos si pensáramos que a Roberto le embargaba curiosidad de geógrafo; demasiado habíalo educado el padre Emanuel a desconcertar lo visible a través de la lente de su antejo de larga vista aristotélico. ¡Demasiado habíale enseñado Saint-Savin a fomentar el deseo a través del lenguaje, que transforma a una muchacha en cisne y un cisne en mujer, el sol en un caldero y un caldero en sol! Entrada la noche, encontramos a Roberto desvariando sobre el mapa ya transformado en el anhelado cuerpo mujeril.

Si es error de los amantes escribir el nombre amado en la arena de la playa, que luego deslavan y roban las olas, como amante prudente sentíase él, que había encomendado el cuerpo amado a los arcos de los senos y de los golfos, los cabellos al fluir de las corrientes por los meandros de los archipiélagos, el trasudor estival del semblante al reflejo de las aguas, el misterio de los ojos al azul de una amplitud desierta. De suerte que el mapa repetía más veces las facciones del cuerpo amado, en diferentes abandonos de bahías y promontorios. Ansioso naufragaba con la boca en el mapa, bebía aquel océano de voluptuosidad, acariciaba un cabo, no osaba penetrar un estrecho, con la mejilla tendida sobre la hoja respiraba el aliento de los vientos, habría querido sorber los veneros y hontanares, abandonarse sediento a desecar los estuarios, hacerse sol para besar las orillas, marea para endulzar el arcano de las desembocaduras...

Pero no gozaba de la posesión, sino de la privación: mientras en su desvarío tocaba ese vago trofeo de erudito pincel, quizá Otros, en la Isla verdadera —allá donde extendíase en formas donosas que el mapa aún no había sabido capturar— mordían sus frutos, se bañaban en sus aguas... Otros, gigantes estupefactos y feroces, aproximaban en ese instante la tosca mano a su seno, deformes Vulcanos señoreaban aquella delicada Afrodita, rozaban sus bocas con la misma estulticia con la que el pescador de

la Isla no Encontrada, allende el último horizonte de las Canarias, arroja sin saberlo la más rara entre las perlas...

Ella en otra mano amante... Era este pensamiento la ebriedad suprema, en la que Roberto se atormentaba, gañendo su enastada impotencia. Y en este frenesí, a gatas sobre la mesa como para asir al menos la extremidad de una falda, la mirada resbaló de la representación de aquel cuerpo pacífico, muellemente undoso, a otro mapa, en el que el desconocido autor había intentado acaso representar los conductos igníferos de los volcanes de la tierra occidental: era un portulano de nuestro globo entero, todo penachos de humo en la cima de las prominencias de la corteza, y en el interior, un enredo de venas adustas; y de ese globo se sintió de improviso imagen viviente, bramó espirando lava por todos los poros, eructando la linfa de su satisfacción insatisfecha, perdiendo por fin los sentidos —destruido por árida hidropesía (así escribe)— sobre aquella anhelada carne austral.

DISCURSO DE ARMAS Y LETRAS

También en Casal soñaba con espacios abiertos, y con el amplio llano en el que había visto por primera vez a la Novarese. Ahora ya no estaba enfermo, y por tanto, más lúcidamente pensaba que no habría vuelto a encontrar jamás, porque él habría muerto de allí a poco, o quizá estaba ya muerta ella.

En efecto, no estaba muñéndose, antes, poco a poco, recobraba la salud, pero no lo advertía y tomaba los desmayos de la convalecencia por el desvanecerse de la vida. Saint-Savin había ido a verle a menudo, apercibíalo con la gaceta de los acontecimientos cuando estaba presente el padre Emanuel (que lo miraba con recelo, como si fuera a robarle esa alma), y cuando el padre había de alejarse (pues en el convento se iban concentrando las negociaciones) disputaba como filósofo sobre la vida y la muerte.

—Mi buen amigo, Espínola va a morir. Estáis invitado ya a los festejos que haremos por su despedida de este mundo.

—La próxima semana estaré muerto también yo...

—No es verdad, sabría reconocer el rostro de un moribundo. Mas haría mal en apartaros del pensamiento de la muerte. Antes, aprovechad de la enfermedad para llevar a cabo este buen ejercicio.

—Señor de Saint-Savin, habláis como un eclesiástico.

—En absoluto, yo no os digo que os preparéis para la otra vida, sino que uséis bien esta única vida que os es dada, para arrostrar, cuando venga, la única muerte de la que jamás tendréis experiencia. Es necesario meditar antes, y muchas veces, sobre el arte de morir, para después conseguir hacerlo bien una sola vez.

Quería levantarse, y el padre Emanuel se lo impedía, porque no creía que estuviera aún preparado para volver al estruendo de la guerra. Roberto le hizo entender que estaba impaciente de volver a ver a alguien. El padre Emanuel juzgó necio que su cuerpo tan enjugado dejárase apocar por el pensamiento de un cuerpo ajeno, e intentó hacerle parecer digna de menosprecio la estirpe femenina:

—Aquesse vanísimo Mundo Femenino —le dijo—, que llevan encima ciertas Atlantes modernas, rueda en torno al Deshonor, y tiene los Signos del Cáncer y del Capricornio por Trópicos. El Espejo, que es su Primer Móvil, nunca está tan oscuro como quando reflexa las Estrellas de aquellos Ojos lascivos, convertidas, por el exhalar de los Vapores de los Amantes dementados, en Metheores, que anuncian

calamidades para la Honradez.

Roberto no apreció la alegoría astronómica, ni reconoció a la amada en el retrato de aquellas brujas mundanas. Quedóse en cama, pero exhalaba aún más los vapores de su prendamiento.

Otras noticias le llegaban, entre tanto, del señor de la Saleta. Los casaleses estaban preguntándose si no debían permitir a los franceses el acceso a la ciudadela: habían entendido por fin que, si habían de impedir al enemigo que entrara, era menester unir las fuerzas. Pero el señor de la Saleta dejaba entender que, ahora más que nunca, mientras la ciudad parecía a punto de caer, ellos, mostrando colaborar, revisaban en su corazón el pacto de alianza.

—Es preciso —había dicho— ser cándidos como palomas con el señor de Toiras, pero astutos como serpientes en el caso de que su rey quisiere vender después Casal. Es menester combatir, de forma que si Casal se salva sea también por mérito nuestro; aunque sin propasarse, que si cae, la culpa sea sólo de los franceses. —Y había añadido, como amaestramiento de Roberto—: El hombre prudente no debe uncirse a un solo carro.

—Los franceses dicen que sois mercaderes: ¡nadie repara en vosotros cuando combatís y todos ven que estáis vendiendo a usura!

—Para vivir mucho es un bien valer poco. El vaso agrietado es el que no se rompe nunca del todo y acaba por cansar a fuerza de durar.

Una mañana, a primeros de septiembre, descendió sobre Casal un aguacero liberador. Sanos y convalecientes habíanse llevado todos al aire libre, a tomar la lluvia, que debía lavar todos los rastros del contagio. Era más una manera de recobrar ánimos que una curación, y el morbo siguió ensañándose aún después de la tormenta. Las únicas noticias consoladoras concernían al trabajo que la peste estaba igualmente llevando a cabo en el campo enemigo.

Capaz ahora de sostenerse en pie, Roberto aventuróse fuera del convento y a un cierto punto vio en el umbral de una casa marcada con la cruz verde que la declaraba lugar contagioso, a Anna Maria o Francesca Novarese. Estaba flaca como una figura de la Danza de la Muerte. De nieve y granada que era, habíase reducido a una sola amarillez, aun cuando no olvidada, en las facciones consumidas, de sus antiguas gracias. Roberto acordóse de una frase de Saint-Savin:

—¿Seguís acaso con vuestras genuflexiones después de que la vejez ha hecho de ese cuerpo un espectro, capaz ya sólo de recordaros la inminencia de la muerte?

La muchacha lloraba sobre el hombro de un capuchino, como si hubiera perdido a una persona querida, quizá a su francés. El capuchino, con el rostro más gris que la barba, la sostenía apuntando el dedo huesudo hacia el cielo como si dijera «un día, allá arriba...».

El amor se vuelve cosa mental sólo cuando el cuerpo desea y el deseo es inculcado. Si el cuerpo está débil e incapaz de desear, la cosa mental se desvanece. Roberto se descubrió tan débil que era incapaz de amar. Exit Anna Maria (Francesca) Novarese.

Volvió al convento y púsose a guardar cama de nuevo, decidido a morir de verdad: sufría en demasía por no sufrir ya. El padre Emanuel lo incitaba a que tomara aire fresco. Pero las noticias que le traían de fuera no le infundían ganas de vivir. Además de la peste, estaba la carestía, antes, algo peor, una caza ensañada a la comida que los casaleses aún ocultaban y no querían dar a los aliados. Roberto dijo que si no podía morir de peste quería morir de hambre.

Por fin, el padre Emanuel tuvo razón de él, y lo echó a la calle. Mientras daba la vuelta a la esquina, se topó con un grupo de oficiales españoles. Hizo ademán de huir, y aquéllos lo saludaron ceremoniosamente. Entendió que, saltados varios baluartes, los enemigos habíanse atestado ya en varios puntos del área habitada, por lo que podía decirse que no el campo estaba asediando a Casal, sino que Casal estaba asediando a su castillo.

En el fondo de la calle se encontró con Saint-Savin.

—Querido la Grive —dijo éste—, habéis enfermado francés y habéis sanado español. Esta parte de la ciudad está ya en manos enemigas.

—¿Y nosotros podemos pasar?

—¿No sabéis que se ha firmado una tregua? Y, además, los españoles quieren el castillo, no a nosotros. En la parte francesa el vino escasea y los casaleses lo sacan de sus cantinas como si fuera sangre de Nuestro Señor. No podréis impedir a los buenos franceses que frecuenten ciertas tabernas de esta parte, donde ya los taberneros importan excelente vino de la comarca. Y los españoles nos acogen como a grandes señores. Salvo que es necesario respetar las conveniencias: si se quiere entablar contiendas, tenemos que hacerlo en nuestra casa con compatriotas nuestros, porque en esta parte es menester comportarse con cortesía, como se usa entre enemigos. Por ello confieso que la parte española es menos divertida que la francesa, por lo menos para nosotros. Mas reunios con nosotros. Esta noche querríamos cantarle la serenata a una señora que habíamos celado sus virtudes hasta el otro día, cuando la vi asomarse un instante a la ventana.

Así, aquella noche Roberto volvió a encontrar cinco caras conocidas de la corte de Toiras. No faltaba ni siquiera el abate, que para la ocasión habíase engalanado de encajes y puntillas, y de un tahalí de raso.

—El Señor nos perdone —decía con aventada hipocresía—, pero también es preciso despejar el espíritu si queremos seguir cumpliendo nuestro deber...

La casa estaba en una plaza, en la parte ahora española, pero los españoles a aquella hora debían de estar todos en los figones. En el rectángulo de cielo dibujado por los techos bajos y por las altas frondas de los árboles que bordeaban la plaza, la luna dominaba serena, apenas picada, y reflejábase en el agua de una fuente, que murmuraba en el centro de aquel absorto cuadrado.

—Oh dulcísima Diana —había dicho Saint-Savin—, cuán tranquilas deben de estar agora, y apaciguadas, tus ciudades y tus aldeas, que no conocen la guerra, puesto que los Selenitas viven de una natural felicidad suya, ignaros del pecado...

—No blasfeme, señor de Saint-Savin —habíale dicho el abate—, porque aunque la luna estuviere habitada, como ha devaneado en esa reciente novela suya el señor de Moulinet, y como las Escrituras no nos enseñan, desdichadísimos serían aquellos habitantes, que no han conocido la Encarnación.

—Y sumamente cruel habría sido el Señor Dios, privándoles de tamaña revelación —había rebatido Saint-Savin.

—No intente penetrar Vuestra Merced los misterios divinos. Dios no ha concedido la predicación de su Hijo ni siquiera a los indígenas de las Américas, pero en su bondad les envía agora a los misioneros, a que les lleven la luz.

—¿Y entonces por qué el señor Papa no envía también misioneros a la luna? ¿Acaso los Selenitas no son hijos de Dios?

—¡No diga necedades!

—No reparo en que me ha tachado de necio, señor abate, pero sepa que bajo esta necedad se oculta un misterio, que sin duda el señor Papa no quiere revelar. Si los misioneros descubrieren moradores sobre la luna, y los vieran mirando hacia otros mundos que están al alcance de su ojo y no del nuestro, veríales preguntarse si acaso en aquellos mundos también viven otros seres semejantes a nosotros. Y deberían preguntarse también si no serán las estrellas fijas otros tantos soles rodeados por sus lunas y por otros planetas suyos, y si los habitantes de esos planetas no ven también ellos otras estrellas a nosotros desconocidas, que serían otros tantos soles con otros tantos planetas y así en adelante hasta el infinito...

—Dios nos ha hecho incapaces de pensar el infinito, y por tanto, acontentaos humanas gentes con el quía.

—La serenata, la serenata —susurraban los demás—. Esa es la ventana.

Y la ventana se presentaba soflamada de una luz rosada que procedía del interior de una fantaseable alcoba. Pero los dos contendientes habíanse excitado ya.

—Y añada Vuestra Merced —insistía burlón Saint-Savin—, que si el mundo fuere finito y estuviere rodeado por la Nada, sería finito también Dios: al ser su tarea, como Vuestra Merced dice, estar en el cielo y en la tierra y por doquier, no podría estar donde no hay nada. La Nada es un no-lugar. O si no, para ampliar el mundo debería ampliarse a sí mismo, naciendo por vez primera allá donde antes no era, lo que contradice su pretensión de eternidad.

—¡Basta, señor! Está negando la eternidad del Eterno, y eso no se lo permito. ¡Ha llegado el momento de que le mate, de que su denominado espíritu fuerte no pueda debilitarnos más!

Y desenvainó la espada.

—Si así lo quiere Vuestra Merced —dijo Saint-Savin saludando y poniéndose en guardia—. Pero yo no le mataré: no quiero escamotear soldados a mi rey. Simplemente le desfiguraré, para que tenga que sobrevivir llevando una máscara, como hacen los comediantes italianos, dignidad que le conviene. Le haré una cicatriz desde el ojo hasta el labio, y le daré esa buena estocada de mal cirujano sólo después de haberle impartido, entre una treta y otra, una lección de filosofía natural.

El abate había asaltado intentando herir enseguida con grandes estocadas, gritándole que era un insecto venenoso, una pulga, un piojo que era menester aplastar sin piedad. Saint-Savin había parado, habíalo acometido a su vez, habíalo empujado contra un árbol, pero filosoficando a cada lance.

—¡Ay, zambullidas y hurgonazos son tretas vulgares de quien está cegado por la ira! Carece Vuestra Merced de una Idea de la Destreza. Pero carece también de Caridad, despreciando pulgas y piojos. Es Vuestra Merced animal demasiado pequeño para poder imaginar el mundo como un gran animal, cual nos lo mostraba ya el divino Platón. Intente pensar que las estrellas son mundos con otros animales menores, y que los animales menores sirven recíprocamente de mundo a otros pueblos; y entonces no encontrará contradictorio pensar que también nosotros, y los caballos, y los elefantes, somos mundos para las pulgas y los piojos que nos habitan. Ellos no nos perciben, por nuestra magnitud, y así nosotros no percibimos mundos mucho mayores, por nuestra pequeñez. Quizá haya ahora un pueblo de piojos que toma al cuerpo de Vuestra Merced por un mundo, y cuando uno dellos lo ha recorrido de la frente a la nuca, sus

compañeros dicen del que ha osado llevarse a los confines de la tierra conocida. Este pequeño pueblo toma sus pelos por las selvas de su país, y cuando yo le haya avisado, verá sus heridas como lagos y mares. Cuando se peina toman esta agitación por el flujo y reflujo del océano, y peor para ellos que su mundo sea tan mudadizo, por la propensión de Vuestra Merced a peinarse a cada instante como una hembra, y ahora que le corto esa borlilla tomarán su grito de rabia por un huracán, ¡aja!

Y habíale descosido un aderezo, llegando casi a rasgarle el jubón bordado.

El abate espumaba de rabia, habíase llevado al centro de la plaza, mirándose a sus espaldas para asegurarse de que tenía espacio para las fintas que ahora intentaba, luego reculando para cubrirse el dorso con la fuente.

Saint-Savin parecía bailarle los compases sin acometer:

—Levante la cabeza señor abate, mire la luna, y reflexione que si su Dios hubiere sabido hacer el alma inmortal, bien hubiere podido hacer el mundo infinito. Pero si el mundo es infinito, lo será tanto en el espacio como en el tiempo, luego será eterno, y cuando haya un mundo eterno, que no necesita creación, entonces será inútil concebir la idea de Dios. Oh, qué bella befa, señor abate, si Dios es infinito no puede limitar su potencia: Él no podría jamás *ab opere cessare*, y por lo tanto será infinito el mundo; ¡mas si es infinito el mundo, ya no habrá Dios, así como dentro de poco no le quedarán borlas a su jubón!

Y uniendo el decir al hacer, había cortado algún colgante de los que el abate iba harto orgulloso, luego había estrechado la guardia manteniendo la punta un poco más alta; y mientras el abate intentaba ajustar la medida, había dado un golpe seco atajando el acero del rival. El abate casi había dejado caer la espada, agarrándose con la izquierda la muñeca dolorida.

Había gritado:

—¡Es menester al fin que te degüelle, impío, blasfemador, Vientre de Dios, por todos los malditos santos del Paraíso, por la sangre del Crucificado!

La ventana de la dama habíase abierto, alguien se había asomado y había gritado. Ya los presentes habían olvidado la meta de su empresa, y movíanse en torno a los dos duelistas, que a grandes voces daban la vuelta a la fuente, mientras Saint-Savin desconcertaba al enemigo con una serie de remisos y naturales.

—No llame en su ayuda a los misterios de la Encarnación, señor abate —motejaba—. Su santa romana iglesia hale enseñado que esta bola de fango nuestra es el centro del universo, el cual gira a su alrededor haciéndole de juglar y tocándole la música de las esferas. Atención, hácese empujar demasiado contra la fuente, se está mojando el faldón, como un viejo enfermo de mal de piedra... Pero si en el gran vacío vagan

infinitos mundos, como dijo un gran filósofo que sus pares quemaron en Roma, muchísimos habitados por criaturas como nosotros, y si todas ellas hubieren sido creadas por su Dios, ¿qué haríamos entonces con la Redención?

—¿Qué hará Dios contigo, réprobo! —había gritado el abate, parando con esfuerzo una treta de tajo roto.

—¿Acaso Cristo se ha encarnado una sola vez? ¿Así pues el pecado original ha sucedido una sola vez en este globo? ¡Qué injusticia! O para los demás, privados de la Encarnación, o para nosotros, pues que en ese caso en todos los otros mundos los hombres serían perfectos como nuestros progenitores antes del pecado, y gozarían de una felicidad natural sin el peso de la Cruz. O si no, infinitos Adanes cometieron infinitamente su primera culpa, tentados por infinitas Evas con infinitas manzanas, y Cristo viose obligado a encarnarse, a predicar y a padecer en el Calvario infinitas veces, y quizá aún lo esté haciendo, y si los mundos son infinitos, infinita será su tarea. Infinita su tarea, infinitas las formas de su suplicio: si allende la Galaxia hubiere una tierra donde los hombres tuvieren seis brazos, como entre nosotros en la Tierra Incógnita, el hijo de Dios no habría sido clavado a una cruz sino a una madera en forma de estrella; lo que me parece digno de un autor de comedias.

—¡Basta ya, pondré fin yo, a su comedia! —gritó el abate fuera de sí, y se arrojó sobre Saint-Savin librando sus últimos golpes.

Saint-Savin los defendió con algunas buenas sagitas, luego fue un instante. Mientras el abate tenía aún la espada levantada después de una parada de primera intención, hizo un compás como para ganar los grados del perfil, fingió caerse hacia adelante. El abate retrocedió de lado, esperando herirle en la caída. Pero Saint-Savin, que no había perdido el control de sus piernas, habíase levantado como un rayo, dándose fuerza con la izquierda apoyada en tierra, y la derecha había relampagueado uñas arriba: era la Treta de la Gaviota. La punta de la espada había marcado el rostro del abate, desde la raíz de la nariz hasta el labio, partiéndole el bigote izquierdo.

El abate blasfemaba, como ningún epicúreo habría osado jamás, mientras Saint-Savin colocábase en posición de saludo, y los espectadores aplaudían aquella treta de maestro.

Pero justo en aquel momento, desde el fondo de la plaza, llegaba una patrulla española, quizá atraída por los ruidos. Por instinto, los franceses habían llevado la mano a la espada, los españoles vieron seis enemigos armados y gritaron a la traición. Un soldado apuntó el mosquete y disparó. Saint-Savin cayó herido en el pecho. El

oficial dio en la cuenta de que cuatro personas, en vez de emprender batalla, acudían junto al caído arrojando las armas, miró al abate con el rostro cubierto de sangre, entendió que había estorbado un duelo, dio una orden a los suyos, y la patrulla desapareció.

Roberto se inclinó sobre su pobre amigo.

—¿Habéis visto —articuló con esfuerzo Saint-Savin—, habéis visto, la Grive, mi golpe? Reflexionad y ejercitaos. No quiero que el secreto muera conmigo...

—Saint-Savin, amigo mío —lloraba Roberto—, ¿no debéis morir de una forma tan necia!

—¿Necia? He batido a un necio y muero en el campo, y por el plomo enemigo. En mi vida elegí una sabia medida... Siempre hablar seriamente causa enfado. Siempre chancear, desprecio. Siempre filosofar, entristece; y siempre satirizar, desazona. He desempeñado el papel de todos los personajes, según el tiempo y la ocasión, y alguna vez he sido incluso el loco de corte. Pero esta noche, si contáis bien la historia, no habrá sido una comedia, sino una hermosa tragedia. Y no os aflijáis porque yo muera, Roberto —y por primera vez le llamaba por su nombre—, *une heure après la mort notre âme évanouïe, sera ce qu'elle estoit une heure avant la vie...* Hermosos versos, ¿no es verdad?

Expiró. Decidiendo por una noble mentira, a la cual consintió también el abate, corrióse la voz de que Saint-Savin habla muerto en un choque «on unos lansquenets que se estaban acercando al castillo. Toiras y todos los oficiales lo lloraron como a un valiente. El abate contó que en el choque había sido herido, y se dispuso a recibir un beneficio eclesiástico a su vuelta a París.

En poco tiempo, Roberto había perdido el padre, la amada, la salud, el amigo, y quizá la guerra.

No consiguió encontrar consuelo en el padre Emanuel, demasiado ocupado por sus conciliábulos. Se puso de nuevo al servicio del señor de Toiras, última imagen familiar, y llevando sus órdenes fue testigo de los últimos acontecimientos.

El 13 de septiembre llegaron al castillo mensajeros del rey de Francia, del duque de Saboya, y el capitán Mazzarini. También la armada de socorro estaba tratando con los españoles. No última bizarría de aquel asedio, los franceses pedían una tregua para poder llegar a tiempo para salvar la ciudad; los españoles concedíansela porque también su campo, devastado por la peste, estaba en crisis, se acentuaban las deserciones y Espínola estaba reteniendo la vida con los dientes. Toiras se vio

imponer por los nuevos llegados los términos del concierto, que le permitían seguir defendiendo Casal mientras Casal estaba ya tomada: los franceses se habrían atestado en la Ciudadela, abandonando la ciudad y el propio castillo a los españoles, por lo menos hasta el 15 de octubre. Si para aquella fecha la armada de socorro no hubiere llegado, los franceses se habrían ido también de allí, definitivamente derrotados. Si no, los españoles habrían devuelto ciudad y castillo.

De momento, los sitiadores habrían avituallado a los sitiados. Desde luego, no es la manera en que a nosotros nos parece que debía marchar un asedio en aquellos tiempos, pero era la manera en que, en aquellos tiempos, se aceptaba que marchara. No era hacer la guerra, era jugar a los dados, interrumpiendo cuando el adversario tenía que ir a hacer aguas. O apostar por el caballo ganador. Y el caballo era aquella armada, cuyas dimensiones aumentaban poco a poco sobre las alas de la esperanza, pero que nadie había visto aún. Se vivía en Casal, en la Ciudadela, como en el *Daphne*: imaginando una Isla lejana, y con los intrusos en casa.

Si las vanguardias españolas se habían portado bien, ahora entraba en la ciudad el grueso de los tercios, y los casaleses tuvieron que vérselas con endiablados que requisaban todo, violaban a las mujeres, apaleaban a los hombres, y se concedían los placeres de la vida en la ciudad después de meses en los bosques y en los campos. Igualmente dividida entre conquistadores, conquistados y atrincherados en la ciudadela, la peste.

El 25 de septiembre corrió la voz de que había muerto Espínola. Regocijo en la Ciudadela, desbarate entre los conquistadores, huérfanos también ellos como Roberto. Fueron días más descoloridos que los pasados en el *Daphne*, hasta que, el 22 de octubre, se anunció la armada de socorro, ya en Asti. Los españoles habíanse puesto a armar el castillo y a alinear baterías en la ribera del Po, sin mantener fe (renegaba Toiras) al acuerdo, por el cual, a la llegada de la armada, habrían debido abandonar Casal. Los españoles, por boca del señor de Salazar, recordaban que el acuerdo fijaba como fecha extrema el 15 de octubre, y en cualquier caso, eran los franceses los que habrían debido ceder la Ciudadela desde hacía una semana.

El 24 de octubre desde los espaltes de la ciudadela se notaron grandes movimientos entre los tercios enemigos, Toiras se dispuso a sostener con sus cañones a los franceses que llegaban; en los días siguientes, los españoles empezaron a embarcar sus equipajes en el río para mandarlos a Alejandría, y ello en la Ciudadela pareció un buen signo. Pero los enemigos, al río, empezaban también a echar puentes de barcas para prepararse la retirada. Y a Toiras esto le pareció tan poco elegante, que se puso a batirlos con la artillería. Por despecho, los españoles arrestaron a todos los franceses

que se encontraban aún en la ciudad, y cómo era posible que todavía los hubiera, confieso que se me escapa, pero así refiere Roberto, y de ese asedio ya estoy preparado para esperarme de todo.

Los franceses estaban próximos, y se sabía que Mazzarini estaba empleándose a fondo para impedir el choque, por mandato del Papa. Movíase de un ejército a otro, volvía para conferir en el convento del padre Emanuel, marchábase a caballo para llevar contraproposiciones a los unos y a los otros. Roberto lo veía siempre y sólo de lejos, cubierto de polvo, pródigo de bonetadas con todos. Ambas partes, mientras tanto, estaban paradas, porque la primera que se hubiera movido habría recibido jaque mate. Roberto llegó a preguntarse si por ventura la armada de socorro no era una invención de aquel joven capitán, que estaba haciendo soñar el mismo sueño a sitiadores y sitiados.

De hecho, desde junio celebrábase una reunión de los electores imperiales en Ratisbona, y Francia había enviado a sus embajadores, entre los cuales figuraba el padre José. Y mientras se repartían ciudades y regiones, habíase llegado a un convenio sobre Casal desde el 13 de octubre. Mazzarini habíalo sabido bien pronto, como dijo el padre Emanuel a Roberto, y se trataba sólo de convencer dello tanto a los que estaban llegando como a los que estaban esperándolos. Los españoles noticias habían recibido más de una, pero una decía lo contrario de la otra; los franceses también sabían algo, pero temían que Richelieu no estuviera de acuerdo. Y, de hecho, no lo estaba, mas desde aquellos días el futuro Cardenal Mazarino se las ingeniaba para hacer marchar las cosas a su manera y a espaldas del que se habría convertido luego en su protector.

Así estaban las cosas cuando el 26 de octubre los dos ejércitos se encontraron frente a frente. Hacia levante, al filo de las colinas de Fregene, habíase dispuesto la armada francesa; de cara, con el río a la izquierda, en el llano entre las murallas y las colinas, el ejército español, que Toiras estaba batiendo desde atrás.

Una fila de carros enemigos estaba saliendo de la ciudad, Toiras había reunido a la poca caballería que le había quedado y habíala lanzado fuera de las murallas, para detenerlos. Roberto había implorado tomar parte en la acción, pero no le había sido concedido. Ahora se sentía como sobre el combés de un bajel del que no podía desembarcar, observando un gran trecho de mar y las montuosidades de una Isla que le era negada.

Habíase oído, de repente, disparar, quizá las dos vanguardias estaban llegando a contacto: Toiras había decidido la salida, para ocupar en dos frentes a los tercios de Su Majestad Católica. Las tropas iban a salir de las murallas, cuando Roberto, desde

los baluartes, vio un caballero negro que, sin cuidarse de las primeras balas, corría en medio de los dos ejércitos, justo en la línea de fuego, agitando un papel y gritando, así refirieron luego los espectadores: «¡Paz, paz!»

Era el capitán Mazzarini. En el curso de sus últimas peregrinaciones entre una y otra ribera, había convencido a los españoles de que aceptaran los acuerdos de Ratisbona. La guerra había terminado. Casal quedábase en manos de Nevers, franceses y españoles comprometíanse a dejarla. Mientras las formaciones se deshacían, Roberto saltó sobre el fiel Pañuflí y corrió al lugar del choque fallido. Vio gentileshombres con armaduras doradas absortos en elaborados saludos, parabienes, pasos de danza, mientras se aparejaban mesitas de fortuna para sellar los pactos.

El día después empezaban las partidas, primero los españoles, luego los franceses, pero con algunas confusiones, encuentros casuales, cambios de regalos, ofrecimientos de amistad, mientras en la ciudad se pudrían al sol los cadáveres de los apestados, sollozaban las viudas, algunos burgueses descubríanse tan ricos de monedas sonantes como de mal francés, sin haber yacido, no obstante, sino con sus propias mujeres.

Roberto intentó volver a encontrar a sus campesinos. De la armada de la Griva ya no había noticias. Algunos debían de haber muerto de peste, los demás habíanse dispersado. Roberto pensó que habían vuelto a casa, y por ellos quizá su madre había conocido la muerte del marido. Se preguntó si no debería acompañarla en ese momento, pero ya no entendía cuál era su deber.

Es difícil decir si habían sacudido mayormente su fe los mundos infinitamente pequeños e infinitamente grandes en un vacío sin Dios y sin regla, que Saint-Savin había hecho vislumbrar, las lecciones de prudencia de Saleta y Salazar, o el arte de las Heroicas Empresas que el padre Emanuel le dejaba como única ciencia.

Por la forma en que lo evoca en el *Daphne*, considero que en Casal, mientras perdía tanto al padre como a sí mismo en una guerra de demasiados y ningún significado, Roberto había aprendido a ver el universo mundo como una insegura urdimbre de enigmas, detrás de la cual no había ya un Autor; o, si lo había, parecía perdido en rehacerse a sí mismo desde demasiadas perspectivas.

Si allá había intuido un mundo sin centro, hecho sólo de solos perímetros, aquí se sentía de verdad en la más extrema y perdida de las periferias; porque si un centro existía, estaba ante él, y era él su satélite inmóvil.

DECLARACIÓN Y USO DEL RELOJ

Creo que ésta es la razón por la que desde hace lo menos cien páginas hablo yo de tantos trabajos que precedieron al naufragio en el *Daphne*, pero en el *Daphne* no hago que acontezca nada. Si las jornadas a bordo de un navío desierto son vacías, no puedo cargar yo con ello, puesto que todavía no está escrito que valga la pena transcribir esta historia; y tampoco Roberto. Si acaso, a él podríamos reprocharle que perdiera un día (entre una cosa y otra, llevamos apenas unas treinta horas desde que dio en la cuenta de que habíanle robado los huevos) alejando el pensamiento de la única posibilidad que habría podido hacer más sabrosa su estancia. Como bien pronto habríale resultado claro, era inútil considerar al *Daphne* demasiado inocente. En aquel leño andaba, o estaba al acecho, alguien o algo que no era sólo él. Ni siquiera en aquella nave podía concebirse un asedio en estado puro. El enemigo estaba en casa.

Habría debido sospecharlo la noche misma de su cartográfico abrazo. Recobrándose, había sentido sed, la garrafa estaba vacía, y había ido a buscar un barril de agua. Los que había colocado para recoger el agua llovediza eran pesados, pero había unos más pequeños en la despensa. Allá se fue, cogió el primero a la mano — reflexionando más tarde, admitió que estaba demasiado a la mano— y, una vez en el camarote, lo colocó sobre la mesa, enganchándose a la espita.

No era agua, y tosiendo advirtió que el barril contenía aguardiente. No sabía decir cuál, aunque como buen campesino podía decir que no era de vino. No había encontrado desagradable la bebida, y abusó de ella con inesperada alegría. No se le ocurrió pensar que, si los barriles de la despensa eran todos de aquel tipo, habría debido preocuparse por sus bastimentos de agua pura. Ni se preguntó cómo era posible que la segunda noche hubiera sacado el líquido de la primera cubeta de la reserva y la hubiera encontrado llena de agua dulce. Sólo más tarde convenciósese de que alguien había colocado, después, aquel regalo insidioso de suerte que él lo cogiera el primero. Alguien que lo quería en estado de embriaguez, para tenerlo en su poder. Si éste era el plan, Roberto lo siguió con demasiado entusiasmo. No creo que hubiera bebido mucho, pero para un catecúmeno de su especie, unos vasos eran incluso demasiado.

De todo el relato que sigue se desprende que Roberto vivió los acontecimientos sucesivos en estado de alteración, y que así lo habría hecho en los días por venir.

Como se conviene a los borrachos, se adormeció, empero atormentado por una sed aún mayor. En este sueño pastoso volvía a las mientes una última imagen de Casal.

Antes de marcharse había ido a saludar al padre Emanuel y lo había encontrado montando y embalando su máquina poética, para regresar a Turín. Partido del padre Emanuel, habíase topado con los carros en los que los españoles y los imperiales estaban amontonando las piezas de sus máquinas obsidionales.

Eran aquellas ruedas dentadas las que poblaban su sueño: oía un herrumbrar de pestillos, un rascar de goznes, y eran ruidos que aquella vez no podía producir el viento, visto que el mar estaba liso como el aceite. Molesto, como los que al despertar sueñan que sueñan, habíase esforzado por abrir los ojos, y había oído aún aquel ruido, que procedía o de la entrepuentes o de la bodega.

Levantándose, sentía un gran dolor de cabeza. Para curarlo no tuvo mejor idea que engancharse aún a la cubeta, y separóse della en peor estado que antes. Se armó, errando muchas veces en ensartar el cuchillo en el cinto, se hizo numerosos signos de la cruz, y descendió tambaleando.

Debajo del, ya lo sabía, estaba la caña de timón. Descendió más, al término de la escalerilla: si se dirigía hacia la proa, habría entrado en el vergel. Hacia la popa había una puerta cerrada que todavía no había violado. De aquel paraje procedía ahora, fortísimo, un teclear múltiple y desigual, como un sobreponerse de muchos ritmos, entre los cuales podía distinguir ya un tic tic ya un toc toc y un tac tac, pero la impresión de conjunto era tictic-toc-tictic-tac. Era como si detrás de aquella puerta hubiera una legión de avispas y abejorros, y todos volaran furiosamente siguiendo trayectorias diferentes, golpeándose contra las paredes y rebotando los unos contra los otros. Tanto que dábale miedo abrir, temiendo ser arrollado por los átomos enloquecidos de aquel panal.

Después de muchas vacilaciones, se decidió. Usó la culata de la escopeta, hizo saltar el candado y entró.

El tabuco tomaba luz de otra porta y albergaba relojes.

Relojos. Relojos de agua, de arena, relojes de sol abandonados contra las paredes, pero sobre todo relojes mecánicos dispuestos en varios rellanos y cajones, relojes movidos por el lento descender de pesas y contrapesos, por ruedas que hincábanle el diente a otras ruedas, y éstas a otras más, hasta que la última mordisqueaba las dos aletas desiguales de una espiga vertical, y le hacía cumplir dos medias vueltas en direcciones opuestas, de suerte que ésta, en su indecente contonearse, moviera a modo de balancín una varilla horizontal ligada a la extremidad superior; relojes de muelle donde un conoide acanalado desenrollaba una cadenilla, arrastrada por el movimiento circular de un barrilete que iba apropiándose de ella eslabón por eslabón.

Algunos de estos relojes celaban su mecanismo bajo las apariencias de

aherrumbrados adornos y corroídas obras de cincel, mostrando sólo el lento movimiento de sus agujas; pero la mayor parte exhibía su rechinante herrería, y recordaba a aquellas Danzas de la Muerte donde la única cosa viva son unos huesos descarnados que ríen malignos agitando la guadaña del Tiempo.

Todas estas máquinas estaban activas, las clepsidras más grandes mascujando aún arena, las más pequeñas ya casi llenas en su mitad inferior, y para el resto un chirriar de dientes, un mascar asmático.

A quien entraba por primera vez debía parecer que aquel campo de relojes dilatábase al infinito: el fondo del aposentillo estaba cubierto por una tela que representaba una fuga de cámaras habitadas sólo por otros relojes. Incluso substrayéndose a esa magia, y considerando sólo los relojes, por así decir, en carne y hueso, había de qué aturdirse.

Puede parecer increíble —para vosotros que leéis con desafición esta historia— pero un náufrago, entre los vapores del aguardiente y en un navío deshabitado, si encuentra cien relojes que cuentan casi al unísono la historia de su tiempo interminable, piensa antes en la historia que en su autor. Y eso estaba haciendo Roberto, examinando uno por uno aquellos pasatiempos, juguetes para su senil adolescencia de condenado a larguísima muerte.

El estruendo del cielo llegó después, como Roberto escribe, cuando despuntando de aquella pesadilla se rindió a la necesidad de encontrarle una causa: si los relojes estaban en marcha, alguien tenía que haberlos puesto en actividad: incluso si su cuerda hubiere sido concebida para durar largo tiempo, de habérsela dado antes de su llegada, ya los habría oído cuando pasó junto a aquella puerta.

Si se hubiere tratado de un solo mecanismo, habría podido pensar que estaba dispuesto para el funcionamiento y bastaba con que alguien le diera un golpe de arranque; ese golpe había sido apercebido por un movimiento del navío, o por un pájaro marino que había entrado por la porta y habíase apoyado en una palanca, en una manivela, dando principio a una secuencia de acciones mecánicas. ¿No mueve, a veces, un fuerte viento las campanas? ¿No ha sucedido acaso que se dispararan hacia atrás cerraduras que no habían sido empujadas adelante hasta el final de su recorrido?

Un pájaro no puede cargar de una sola vez decenas de relojes. No. Que hubiera existido o no Ferrante era una cosa, pero un Intruso en aquella nave lo había.

Éste había entrado en aquel tabuco y había dado cuerda a sus mecanismos. Por qué razón lo había hecho era la primera pregunta, pero la menos urgente. La segunda era dónde se había refugiado luego.

Era menester, por tanto, volver a bajar a la bodega: Roberto se decía que ya no

podía evitar hacerlo, pero al repetirse su firme propósito, retrasaba su actuación. Entendió que no estaba del todo en sí, subió a la cubierta a mojarse la cabeza con agua de lluvia, y con la mente más despejada se dispuso a ponderar sobre la identidad del Intruso.

No podía ser un salvaje procedente de la Isla, y ni siquiera un marinero superstite, que todo habría hecho (sorprenderle a pleno día, intentar matarle de noche, pedir gracia) salvo alimentar pollos y dar cuerda a juguetes mecánicos. Se escondía pues en el *Daphne* un hombre de paz y de sabiduría, quizá el morador de la cámara de los mapas. Entonces, si estaba, y visto que estaba antes que él, era un Legítimo Intruso. Pero la bella antítesis no aplacaba su ansia rabiosa.

Si el Intruso era Legítimo, ¿por qué se escondía? ¿Por temor del ilegítimo Roberto? Y si se escondía, ¿por qué hacía patente su presencia arquitectando aquel concierto horario? ¿Acaso era hombre de mente perversa que, temeroso del e incapaz de encararle abiertamente, quería perder llevándolo a la locura? Pero ¿a qué pro hacía tal cosa, visto que, igualmente náufrago en aquella isla artificial, no habría podido obtener sino ventajas de la alianza con un compañero de desventura? Quizá, se dijo una vez más Roberto, el *Daphne* escondía otros secretos que Aquél no quería revelar a nadie.

Oro, pues, y diamantes, y todas las riquezas de la Tierra Incógnita o de las Islas de Salomón de las que habíale hablado Colbert.

Fae al evocar las Islas de Salomón cuando Roberto tuvo una suerte de revelación. ¡Pues claro, los relojes! ¿Qué hacían tantos relojes en un galeón en derrota por mares en los que la mañana y la noche están definidos por el curso del sol y nada más se ha de saber? ¡El Intruso había llegado hasta aquel remoto paralelo para buscar también él, como el doctor Byrd, el *Punto Fijo*!

Claro que era así. Por una exorbitante coyuntura, Roberto, partido de Holanda para seguir, espía del Cardenal, las maniobras secretas de un inglés, casi clandestino en una nave holandesa, en búsqueda del punto fijo, encontrábase ahora en la nave (holandesa) de Otro, de quién sabe qué país, entregado al descubrimiento del mismo secreto.

16

DISCURSO SOBRE EL POLVO DE SIMPATÍA

¿Cómo se había metido en aquella maraña?

Roberto deja vislumbrar muy poco sobre los años que pasaron entre su retorno a la Griva y su ingreso en la sociedad parisina. Por alusiones sueltas, se deduce que se quedó asistiendo a la madre, hasta el umbral de sus veinte años, discutiendo de mala gana con los capataces de siembras y cosechas. En cuanto la madre hubo seguido al marido a la tumba, Roberto se descubrió extraño a ese mundo. Debería haber encomendado entonces el feudo a un pariente, asegurándose una sólida renta, y haber corrido el mundo.

Había mantenido relaciones epistolares con alguno de los conocidos en Casal, quedando aguijoneado por ampliar sus conocimientos. No sé cómo llegó a Aix-en-Provence, pero sin duda estuvo allí, visto que recuerda con gratitud dos años pasados junto a un gentilhombre del lugar, versado en todas las ciencias, con una rica biblioteca no sólo de libros sino de objetos de arte, monumentos antiguos y animales embalsamados. En casa de su anfitrión de Aix es donde debe de haber conocido a ese maestro, que cita siempre con devoto respeto como el Canónigo de Digne, y a veces como *le doux prêtre*. Fue con sus cartas de creencia con las que, en fecha no precisada, había afrontado por fin París.

Aquí había entrado inmediatamente en trato con los amigos del Canónigo, y habíale sido concedido frecuentar uno de los lugares más señalados de la ciudad. Cita a menudo un gabinete de los hermanos Dupuy, y lo recuerda como un lugar en el que su mente cada tarde abríase cada vez más, en comunicación con hombres de saber. Pero hallo también mención de otros gabinetes que visitaba en aquellos años, ricos de colecciones de medallas, cuchillos de Turquía, piedras de ágata, rarezas matemáticas, conchas de las Indias...

En qué encrucijada vagaba en el risueño abril (o quizá mayo) de su edad, dícnoslo las citas frecuentes de enseñanzas que a nosotros nos parecen disonantes. Pasaba los días aprendiendo del Canónigo cómo se podía concebir un mundo hecho de átomos, conforme al magisterio de Epicuro, y no obstante, querido y gobernado por la providencia divina; pero, inducido por su mismo amor por Epicuro, pasaba las veladas con amigos que epicúreos se decían, y sabían alternar las discusiones sobre la

eternidad del mundo con la compañía de bellas señoras de pequeña virtud.

Cita repetidamente una banda de amigos desenfadados que, con todo, no ignoraban a los veinte años lo que los demás se preciarían de saber a los cincuenta, Linières, Chappelle, Dassoucy, sofo y poeta que corría el mundo con el laúd en bandolera, Poquelin, que traducía a Lucrecio pero soñaba con llegar a ser autor de comedias bufas, Hércules Saviniano, que se había batido valerosamente en el asedio de Arras, componía declaraciones de amor para amantes de fantasía y hacía gala de intimidad afectuosa con jóvenes gentiles-hombres, de los cuales jactábase de haber ganado el mal italiano; y, al mismo tiempo, mofaba de un compañero de bacanales «qui se plasoit á l'amour des masles», y decía burlón que era menester disculparlo por su recato, que le llevaba a esconderse siempre tras la espalda de sus amigos.

Sintiéndose acogido en una sociedad de espíritus fuertes, se convertía, si no en sabio, en menospreciador de la insipiencia, que reconocía tanto en los gentileshombres de corte como en ciertos burgueses enriquecidos que tenían bien expuestas cajas vacías encuadradas con cordobanes levantinos, y los nombres de los mejores autores estampados en oro en el lomo.

En definitiva, Roberto había entrado en el círculo de aquellas *honnêtes gens* que, aunque no procedían de la nobleza de la sangre, sino de la *noblesse de robe*, constituían la sal de aquel mundo. Pero era joven, anhelante de nuevas experiencias y, a pesar de sus frecuentaciones eruditas y las correrías libertinas, no había permanecido insensible a la fascinación de la nobleza.

Durante largo tiempo, había admirado desde fuera, paseando a la caída de la tarde por la calle Saint-Thomas del Louvre, el palacio Rambouillet, con su hermosa fachada modulada por cornisas, frisos, arquitrabes y pilares, en un juego de ladrillos rojos, piedra blanca y pizarra oscura.

Miraba las ventanas iluminadas, veía entrar a los huéspedes, imaginaba la belleza ya famosa del jardín interior, figurábase los aposentos de aquella pequeña corte que todo París celebraba, instituida por una mujer de gusto que había considerado poco exquisita la otra corte, sometida al capricho de un rey incapaz de apreciar las finezas del espíritu.

Por fin, Roberto había intuido que como cisalpino habría gozado de un cierto crédito en la casa de una señora nacida de madre romana, de una prosapia más antigua que la misma Roma, que se remontaba a una familia de Alba Longa. No era azar el que, unos quince años antes, huésped de honor en esa casa, el caballero Marino hubiérase enseñado a los franceses las vías de la nueva poesía, destinada a deslucir el arte de los antiguos.

Había conseguido hacerse acoger en aquel templo de la elegancia y del intelecto, de gentileshombres y *précieuses* (como íbase diciendo entonces), doctos sin pedantería, galantes sin libertinaje, jocosos sin vulgaridad, puristas sin ridiculez. Roberto se encontraba a su espacio en esa compañía: parecía que se le permitía respirar el ambiente de la gran ciudad y de la corte sin tener que plegarse a los dictados de prudencia que habíanle sido conculcados en Casal por el señor de Salazar. No se le pedía que se uniformara a la voluntad de un poderoso, sino que ostentara su diversidad. No que simulara, sino que se midiera —aun siguiendo algunas reglas de buen gusto— con personajes mejores que él. No se le pedía que demostrara cortesanería, sino audacia, que exhibiera sus habilidades en la buena y educada conversación, y que supiera decir con levedad pensamientos profundos... No se sentía un siervo sino un duelista, al que se le reclamaba un denuedo cabalmente mental.

Estábase educando para eludir la afectación, para usar en todas las cosas la habilidad de esconder el arte y la fatiga, de suerte que lo que hacía o decía pareciera un don espontáneo, intentando convertirse en maestro de aquello que en Italia llamaban *sprezzata disinvoltura* y en España, despejo.

Acostumbrado a los espacios de la Griva, fragantes de espliego, entrando en el hotel de Arthénice, Roberto movíase ahora entre gabinetes en los que aleaba siempre el perfume de un sinnúmero de *corbeilles*, como si fuera siempre primavera. Las pocas moradas gentilicias que había conocido estaban hechas de habitaciones sacrificadas por una escalera central; en la de Arthénice, las escaleras habían sido colocadas en un ángulo del fondo del patio, para que todo lo demás fuera una sola fuga de salas y gabinetes, con puertas y ventanas altas, una enfrente de la otra; los aposentos no eran todos hastiosamente rojos, o color cuero curtido, sino de varios colores, y la *Chambre Bleue* de la Anfitriona tenía tejidos de ese color en la pared, ornados de oro y plata.

Arthénice recibía a los amigos recostada en su aposento, entre mamparas y juegos de gruesos tapices para proteger a los huéspedes del frío: ella no podía soportar ni la luz del sol ni el ardor de los braseros. El fuego y la luz diurna recalentábanle la sangre en las venas y le ocasionaban la pérdida de los sentidos. Una vez, habían olvidado un brasero bajo su lecho, y había contraído una erisipela. Tenía en común con ciertas flores el que, para conservar su frescura, no quieren estar ni siempre a la luz ni siempre a la sombra, y necesitan que los jardineros les procuren una estación particular. Umbrátil, Arthénice recibía en la cama, las piernas en un saco de piel de oso, y se arrebujaba con tantos gorros de noche que decía con agudeza que volvíase sorda por San Martín y reconquistaba el oído en Pascua.

Con eso y todo, aunque ya no joven, aquella Anfitriona era el retrato mismo de la

gracia; grande y bien hecha, las facciones del rostro admirables. No podía describirse la luz de sus ojos, que no movía a pensamientos descorteses sino que inspiraba un amor entreverado a temor, purificando los corazones que había encendido.

En aquellas salas, la Anfitriona dirigía, sin imponerse, discursos sobre la amistad o sobre el amor, pero tocábanse con la misma levedad cuestiones de moral, de política, de filosofía. Roberto descubría las virtudes del otro sexo en sus expresiones más suaves, adorando a distancia inaccesibles princesas, la bella Mademoiselle Paulet llamada «la Lionne» por su fiera cabellera, y damas que a la belleza sabían unir ese espíritu que las Academias vetustas reconocían sólo a los hombres.

A cabo de algunos años de aquella escuela, estaba preparado para encontrar a la Señora.

La primera vez que la vio fue una tarde en la que se le apareció con vestiduras oscuras, velada como una luna púdica que se escondiera tras el raso de las nubes. *Le bruit*, esa única forma que en la sociedad parisina ocupaba lugar de verdad, díjole de ella cosas contrastantes, que sufría una cruel viudez mas no de un marido, sino de un amante, y que hacía alarde de aquella pérdida para remachar su soberanía sobre el bien perdido. Alguien habíale susurrado que escondía el rostro porque era una bellísima Egipcia, llegada de Morea.

Fuere cual fuere la verdad, con el solo movimiento de su vestidura, con el acercarse leve de sus pasos, con el misterio de su rostro celado, el corazón de Roberto fue suyo. Iluminábase de aquellas tinieblas radiantes, imaginábala alborado pájaro de la noche, vibraba con el prodigio por el cual la luz se hacía sombría y la oscuridad fúlgida, la tinta leche, el ébano marfil. El ónix centelleaba en sus cabellos, el tejido ligero, que descubría encubriendo los perfiles de su rostro y de su cuerpo, tenía la misma argentina refulgencia que las estrellas.

Pero de repente, y aquella misma velada del primer encuentro, el velo habíasele caído por un instante de la frente y había podido vislumbrar bajo aquella hoz de luna el luminoso abismo de sus ojos. Dos corazones amantes mirándose dicen más cosas de las que dirían en un día todas las lenguas de este universo, habíase ufánado Roberto, seguro de que ella lo había mirado, y que mirándolo lo había visto. Y regresado a casa, habíale escrito.

Señora:

El fuego en el que habéisme abrasado espira tan grácil humo que no podréis negar haber sido ofuscada, alegando aquesos ennegrecidos vapores. La sola potencia de vuestra mirada hame arrebatado de las manos las armas del orgullo y hame llevado a implorar que pidáis mi vida. ¡Cuánto he prestado yo

misma ayuda a vuestra victoria, yo, que empecé a combatir como quien quiere ser vencido; yo, que ofrecía vuestra acometida la parte más inerme de mi cuerpo: un corazón que ya lloraba lágrimas de sangre, prueba de que vos habíais privado ya de agua mi casa, para hacerla presa del incendio que vuestra si breve atención prendió!

Había encontrado la carta tan espléndidamente inspirada en los dictámenes de la máquina aristotélica del padre Emanuel, tan adecuada para revelar a la Señora la naturaleza de la única persona capaz de tanta ternura, que no consideró indispensable firmarla. No sabía todavía que las preciosas coleccionaban cartas de amor como encajes y herretes, más curiosas de sus conceptos que de su autor.

No tuvo en las semanas y en los meses siguientes ninguna señal de respuesta. La Señora, mientras tanto, había abandonado primeramente las vestiduras oscuras, luego el velo, y habíasele aparecido al fin en el candor de su piel no moruna, en su rubia cabellera, en el triunfo de sus niñas ya no fugaces, ventanas de la Aurora.

Pero ahora que podía cruzar libremente sus miradas, sabía que las interceptaba mientras dedicábanse a otros; extasiábase con la música de palabras que no le estaban dirigidas. No podía vivir sino en su luz, pero estaba condenado a permanecer en el cono opaco de otro cuerpo que absorbía sus rayos.

Una noche había aferrado su nombre, oyendo que alguien la llamaba Lilia; era sin duda su nombre precioso de preciosa, y sabía bien que esos nombres conferíanse por juego: la marquesa misma había sido llamada Arthénice anagramando su verdadero nombre, Cathérine, mas decíase que los maestros de aquella *ars combinatoria*, Racan y Malherbe, habían excogitado también Éracinthe y Carinthée. Y sin embargo, consideró que Lilia y no otro nombre podía darse a su Señora, verdaderamente lilial en su perfumada blancura.

Desde ese momento, la Señora fue para él Lilia, y como Lilia dedicábale amorosos versos, que luego destruía inmediatamente temiendo que fueran desiguales homenajes: *¡Huyendo vas Lilia de mí, / oh tú, cuyo nombre ahora /y siempre es hermosa flor /fragrantísimo esplendor / del cabello de la Aurora!...* Pero no le hablaba, sino con la mirada, lleno de litigioso amor, pues que más se ama y más se es propenso al rencor, experimentando calofríos de fuego frío excitado por flaca salud, con el ánimo jovial como pluma de plomo, arrollado por aquellos queridos efectos de amor sin afecto; y seguía escribiendo cartas que enviaba sin firma a la Señora, y versos para Lilia, que guardaba celosamente para sí y releía cada día.

Escribiendo (y no enviando) *Lilia, Lilia, vida mía / ¿adonde estás? ¿A dó escondes / de mi vista tu belleza? / ¿O por qué no, di, respondes/ a la voz de mi*

tristeza?, multiplicaba sus presencias. Siguiéndola de noche, mientras volvía a casa con su doncella (*Voy siguiendo ¡a fuerza de mi hado / por este campo estéril y escondido...*), había descubierto dónde vivía. Acechaba en los aledaños de aquella casa a la hora del paseo diurno, y poníase a la zaga cuando salía. A cabo de algunos meses podía repetir de memoria el día y la hora en que ella había mudado el peinado de sus cabellos (poetizando de aquellos amados lazos del alma, que erraban sobre la cándida frente como lascivas serpezuelas) y recordaba ese mágico abril en el que ella había estrenado una mantellina color retama, que le confería un paso espigado de pájaro solar, mientras caminaba al primer aire de primavera.

A veces, después de haberla seguido como una espía, volvía sobre sus pasos a la carrera, dando la vuelta a la manzana, y aflojaba el paso sólo al doblar la esquina, en la cual, como por azar, habríasela encontrado de frente; entonces cruzábase con ella con un trépido saludo. Ella le sonreía discreta, sorprendida por aquel caso, y otorgábale un gesto fugitivo, como exigían las conveniencias. Él se quedaba en medio de la calle como una estatua de sal, salpicado de agua por las carrozas de paso, postrado por aquella batalla de amor.

En el transcurso de muchos meses, Roberto había conseguido producir cinco, cinco de aquellas victorias: consumíase con cada una como si fuera la primera y la postrera, y convencíase de que, frecuentes como habían sido, no podían ser efecto de la fortuna, y que quizá no él, sino ella, había instruido el azar.

Romeo de esta fugitiva tierrasanta, enamorado voluble, quería ser el viento que le agitaba los cabellos, el agua matutina que le besaba el cuerpo, la camisola que la regalaba de noche, el libro que ella acariciaba de día, el guante que le entibiaba la mano, el espejo que podía admirarla en cualquier pose... Una vez, supo que habíanle regalado una ardilla, y se soñó animalillo curioso que, bajo sus caricias, le insinuaba el hociquito inocente entre los virginales pechos, mientras con la cola le acariciaba la mejilla.

Turbábase por el atrevimiento al que el ardor lo empujaba, traducía imprudencia y remordimiento en versos intranquilos, luego se decía que un hombre de bien puede estar enamorado como un loco, mas no como un necio. Sólo dando prueba de espíritu en la *Chambre Bleue* se habría jugado su destino de amante. Novicio de aquellos ritos afables, había entendido que se conquista a una preciosa sólo con la palabra. Escuchaba entonces los discursos de los salones, en los que los gentileshombres se empeñaban como en un torneo, pero todavía no se sentía preparado.

Fue el trato con los doctos del gabinete Dupuy el que le sugirió cómo los principios de la nueva ciencia, aún ignorados en sociedad, podían convertirse en símiles de

movimientos del corazón. Y fue el encuentro con el señor D'Igby el que le inspiró el discurso que le habría llevado a la perdición.

El señor D'Igby, o por lo menos así le llamaban en París, era un inglés que había conocido primero en casa de los Dupuy, y luego encontrado una tarde en un salón.

No habían transcurrido tres lustros desde que el duque de Bouquiquant demostrara que un inglés podía tener *le roman en teste* y ser capaz de amables locuras: habíanle dicho que tenía Francia una reina bella y altanera, y a ese sueño había dedicado la vida, hasta morir por él, viviendo durante largo tiempo sobre un navío en el que había erigido un altar para la amada. Cuando se supo que D'Igby, y precisamente por orden de Bouquiquant, una docena de años antes había tomado parte en la guerra de corso contra España, el universo de las preciosas lo había encontrado encantador.

Por lo que respecta al círculo de los Dupuy, los ingleses no eran populares: identificábaseles con personajes como Robertus a Fluctibus, Medicinae Doctor, Eques Auratus y Armígero Oxoniense, con tra el cual habíanse redactado varios libelos, desaprobando su excesiva confianza en las operaciones ocultas de la naturaleza. Pero se recibía en la misma tertulia a un eclesiástico espiritado como al señor Gaffarel, que en cuanto a creer en curiosidades inauditas no cedía la mano a ningún británico, y D'Igby, por otra parte, habíase revelado, en cambio, capaz de discutir con gran doctrina sobre la necesidad del Vacío; y en un grupo de filósofos naturales que tenían en horror a quien tuviera horror del Vacío.

Si acaso, su crédito había recibido un golpe entre algunas nobles señoras, a las que había recomendado un afeite de su invención, que a una dama habíale procurado unas verrugas, y alguien había murmurado que, víctima de una cocción suya de víboras, había muerto, precisamente algunos años antes, la amada esposa Venicia. Eran sin duda habladurías de envidiosos, tocados por ciertos discursos sobre otros remedios suyos para la piedra, compuestos de líquido de estiércol de vaca y liebres degolladas por perros. Discursos que no podían obtener gran aplauso en corrillos en los que estaban eligiéndose esmeradamente, para los discursos de las señoras, palabras que no contuvieran sílabas con sonido ni siquiera vagamente obsceno.

D'Igby, una tarde, en un salón, había citado algunos versos de un poeta de sus tierras:

Nuestras almas,

*Si dos han de ser,
Entonces como firmes compases gemelos
Sean: alma, el fijo pie,
Sin mostrar intención de moverse,
Mas si el otro avanza, le acompaña.
Y aunque en el centro se pose
Cuando aquél lejos vague,
Con atención escuchará,
y se inclinará y crecerá
Erguido cuando a casa
El otro vuelva.
Así quiero que seas conmigo,
Quien, como el otro pie, correr
Oblicuo debe; tu firmeza
Traza mi círculo exacto
Y fin me hace ser Donde comencé.*

Roberto había escuchado mirando fijamente a Lilia, que le daba la espalda, y había decidido que de Ella habría sido para la eternidad el otro pie del compás, y que era necesario aprender el inglés para leer otras cosas de aquel poeta, que tan bien interpretaba sus temores. En aquellos tiempos, nadie en París hubiera querido aprender una lengua tan bárbara; acompañando a D'Igby a su posada, Roberto comprendió que éste experimentaba dificultades para expresarse en buen italiano, aun habiendo viajado por la Península, y sentíase humillado por no controlar suficientemente un idioma indispensable a todo hombre educado. Habían decidido frecuentarse y hacerse mutuamente facundos en sus propias lenguas de origen.

Así había nacido una sólida amistad entre Roberto y este hombre, que se había revelado rico de conocimientos médicos y naturales.

Había tenido una infancia terrible. Su padre había estado implicado en la Conspiración de la Pólvora, y había sido ajusticiado. Coincidencia no corriente, o quizá consecuencia justificada por insondables movimientos del alma, D'Igby habría dedicado su vida a la meditación sobre otro polvo. Había viajado mucho, primero ocho años por España, luego tres por Italia, donde, otra coincidencia, había conocido al preceptor carmelita de Roberto.

D'Igby era también, como querían sus transcurros de corsario, buen espadachín, y en pocos días habríase divertido en jugar de esgrima con Roberto. Estaba aquel día con ellos también un mosquetero, que había empezado a medirse con un alférez de la

compañía de los cadetes; tirábase sin intención seria, y los esgrimidores estaban muy atentos, empero, en un determinado momento, el mosquetero había intentado una treta de aviso con demasiado ímpetu, obligando al adversario a defenderse con una sagita, y había sido herido en el brazo, de forma harto fea.

Inmediatamente habíale vendado D'Igby con una de sus ligas, para mantener cerradas las venas, mas a cabo de pocos días la herida amenazaba gangrenarse, y el cirujano decía que era preciso cortar el brazo.

Había sido entonces cuando D'Igby había ofrecido sus servicios, advirtiendo, con todo, que habrían podido considerarle un embaucador, y rogando a todos que le otorgaran su confianza. El mosquetero, que ya no sabía a qué santo acogerse, había respondido con un refrán español:

—Hágase el milagro, y hágalo el diablo.

D'Igby le pidió pues algún trozo de tela donde hubiere sangre de la herida, y el mosquetero le dio un paño que lo había protegido hasta el día de antes. D'Igby habíase hecho traer una palangana de agua y había vertido en ella polvo de vitriolo, diluyéndolo rápidamente. Luego había metido el paño en la bacía. De improviso, el mosquetero, que en el ínterin habíase distraído, se estremeció aferrándose el brazo herido; y dijo que de golpe habíale cesado la comezón, y advertía incluso una sensación de frescura en la llaga.

—Bien —había dicho D'Igby—, agora no ha Vuestra Merced sino de mantener la herida limpia, lavándola cada día con agua y sal, de suerte que pueda recibir la adecuada influencia. Yo expondré esta palangana, de día en la ventana, y de noche en el rincón del hogar, así que se mantenga siempre a una temperatura moderada.

Como quiera que Roberto atribuía la inesperada mejoría a alguna otra causa, D'Igby con una sonrisa de inteligencia había tomado el paño y lo había secado en la chimenea, e inmediatamente el mosquetero había vuelto a quejarse, de suerte que fue menester volver a mojar el paño en la solución.

La herida del mosquetero había sanado a cabo de una semana.

Creo que, en una época en la que las desinfecciones eran someras, el mero hecho de lavar cada día la herida era ya una causa suficiente de curación, pero no se puede censurar a Roberto si pasó los días siguientes interrogando al amigo sobre aquella cura, que además recordábale la hazaña del carmelita, a la que había asistido en su infancia. Salvo que el carmelita había aplicado el polvo sobre el arma que había provocado el daño.

—En efecto —había contestado D'Igby—, la disputa sobre el *unguentum armarium* dura desde ha mucho, y el primero que habló dello fue el gran Paracelso.

Muchos usan una pasta grasa, y estiman que su acción se ejerce mejor sobre el arma. Empero, como vos entendéis, arma que ha herido o paño que ha vendado son la misma cosa, pues que el preparado debe aplicarse allá donde haya rastros de sangre del herido. Muchos, viendo tratar el arma para curar los efectos del golpe, han pensado en una operación de magia, ¡mientras que mi Polvo de Simpatía tiene sus propios fundamentos en las operaciones de la naturaleza!

—¿Por qué Polvo de Simpatía?

—También aquí el nombre podría mover a engaño. Muchos han hablado de una conformidad o simpatía que vincularía entre ellas las cosas. Agripa dice que para suscitar el poder de una estrella será preciso referirse a las cosas que le son semejantes y que entonces reciben su influencia. Y llama simpatía a esta atracción mutua de las cosas entre sí. Como con la brea, con el azufre o con el aceite prepárase la madera para recibir a la llama, así, empleando cosas conformes a la operación y a la estrella, un beneficio particular se reverbera sobre la materia justamente dispuesta por medio del alma del mundo. Para influir sobre el sol habría que actuar, pues, sobre el oro, solar por naturaleza, y sobre aquellas plantas que se dirigen hacia el sol, o que pliegan, o cierran sus hojas en el ocaso para volverlas a abrir al alba, como el loto, la peonía, la celidonia. Pero éstas son consejas, no basta una analogía de este tipo para explicar las operaciones de la naturaleza.

D'Igby había hecho partícipe a Roberto de su secreto. El orbe, es decir, la esfera del aire, está llena de luz, y la luz es una substancia material y corpórea; noción que Roberto había acogido bien, pues en el gabinete Dupuy había oído que también la luz no era sino polvo finísimo de átomos.

—Es evidente que la luz —decía D'Igby—, saliendo incesantemente del sol y arrojándose a gran velocidad en líneas rectas por doquier, donde encuentra algún obstáculo en su camino por la oposición de cuerpos sólidos y opacos, refléjase *ad angulos aequales*, y torna a tomar otro curso, hasta que se desvía hacia otro lado por el encuentro con otro cuerpo sólido, y así sigue hasta que se apaga. Como en el juego de la pelota, donde la bola empujada contra una pared rebota de ésta contra la pared de enfrente, y a menudo lleva a término todo un circuito, volviendo al punto del cual había salido. Ahora bien, ¿qué acontece cuando la luz cae sobre un cuerpo? Los rayos rebotan desprendiendo algunos átomos del cuerpo, pequeñas partículas, así como la pelota podría llevar consigo parte del enlucido fresco de la pared. Y pues estos átomos están formados por los cuatro Elementos, la luz con su calor incorpora las partes viscosas, y transpórtalas lejos. Prueba dello es que si intentáis secar un paño húmedo en el fuego veréis que los rayos que el paño refleja llevan consigo una especie de

niebla acuosa. Estos átomos vagantes son como unos caballeros sobre corceles alados que van por el espacio hasta que el sol, en el ocaso, retira sus Pegasos y los deja sin cabalgadura. Y entonces tornan a precipitarse en masa hacia la tierra de la que proceden. Pero estos fenómenos no suceden sólo con la luz, sino también, por ejemplo, con el viento, que no es sino un gran río de átomos consímiles, atraídos por los cuerpos sólidos terrestres...

—Y el humo —sugirió Roberto.

—Desde luego. En Londres se obtiene el fuego del carbón de piedra que procede de Escocia, que contiene una gran cantidad de sal volátil muy agria; esta sal transportada por el humo se dispersa en el aire, arruinando los muros, los lechos y los muebles de color claro. Cuando se mantiene cerrado un aposento durante algunos meses, después encuéntrase en él un polvo negro que recubre todas las cosas, así como se ve uno blanco en los molinos y en las panaderías de los horneros. Y en primavera todas las flores aparecen sucias de grasa.

—¿Mas cómo es posible que tantos corpúsculos se dispersen por el aire, y el cuerpo que los emana no se resienta de mengua alguna?

—Hay quizá mengua, y lo advertiréis cuando hagáis evaporar agua, pero con relación a los cuerpos sólidos no damos en la cuenta, como no damos en la cuenta con el almizcle o con otras sustancias fragantes. Cualquier cuerpo, por pequeño que sea, puede dividirse en nueve partes, sin llegar nunca al final de su división. Considerad la sutilidad de los corpúsculos que se sueltan de un cuerpo vivo, gracias a los cuales nuestros perros ingleses, guiados por el olfato, son capaces de seguir la pista de un animal. ¿Acaso la zorra, al final de su carrera, nos parece más pequeña? Ahora bien, precisamente en virtud de tales corpúsculos, verificanse los fenómenos de atracción que algunos celebran como Acción a Distancia, que a distancia no es, y por tanto no es magia, sino que se da por el continuo comercio de átomos. Y así acontece con la atracción por succión, como la del agua o el vino mediante una cantimplora, con la atracción de la imán sobre el hierro, o la atracción por filtración, como cuando ponéis una tira de algodón en un vaso lleno de agua, dejando colgar fuera del vaso buena parte de la tira, y veis el agua subir por encima del borde y gotear en el suelo. Y la última atracción es la que tiene lugar por trámite del fuego, que atrae el ambiente circundante con todos los corpúsculos que turbinan en él: el fuego, actuando según el propio natural, arrastra consigo al aire que le está en derredor, como el agua de un río arrastra el lodo de su lecho. Y dado que el aire es húmedo y el fuego enjuto, he aquí que se unen el uno al otro. Luego, para ocupar el lugar del aire que el fuego hase llevado, es menester que llegue otro aire de las cercanías, si no, se crearía el vacío.

—¿Negáis entonces el vacío?

—En absoluto. Digo que, en cuanto lo encuentra, la naturaleza intenta llenarlo de átomos, en una lucha por conquistar todas sus regiones. Y si así no fuere, mi Polvo de Simpatía no podría actuar, como en cambio os ha demostrado la experiencia. El fuego provoca con su acción una constante afluencia de aire y el divino Hipócrates purificó de la peste toda una provincia haciendo encender por doquier grandes hogueras. Siempre en tiempo de pestilencia, mátanse gatos y palomas y otros animales calientes que transpiran espíritus continuamente, de suerte que el aire ocupe el lugar de los espíritus liberados en el curso de esa evaporación, al modo que los átomos apestados se adhieran a las plumas y al pelo de esos animales, tal y como el pan sacado del horno atrae hacia sí la espuma de los toneles y altera el vino si se lo coloca sobre la tapa del tonel. Como sucede, por demás, si exponéis al aire una libra de crémor tártaro calcinado y enardecido a deber, que dará diez libras de buen aceite de tártaro. El médico del Papa Urbano VIII contóme la historia de una monja romana a la que, por los demasiados ayunos y oraciones, habíasele calentado el cuerpo a tal punto que los huesos habíanse enjugado completamente. Ese calor interior atraía, en efecto, el aire que se corporizaba en los huesos como hace en el crémor tártaro, y salía en el punto donde reside el desahogo de la serosidad, y es decir, por la vejiga, de suerte que la pobre santa daba más de doscientas libras de orina en veinte y cuatro horas, milagro que todos aceptaban como prueba de su santidad.

—Mas si todo atrae a todo, ¿por cuál motivo los elementos y los cuerpos permanecen divididos y no se da la colisión de cualquier fuerza con cualquier otra?

—Pregunta aguda. Así como los cuerpos que tienen igual peso únense con más facilidad, y el aceite se une más fácilmente con el aceite que con el agua, debemos concluir que lo que mantiene firmemente juntos a los átomos de una misma naturaleza es su rareza o densidad, como los filósofos que vos frecuentáis bien podríais decirnos.

—Y hánmelo dicho, probándomelo con las diversas especies de sal: que como quiera que se las mueva o coagule, vuelven a tomar siempre su forma natural, y la sal común se presenta siempre en cubos con caras cuadradas, el salitre en columnas de seis caras, y la sal amoníaca en hexágonos de seis puntas como la nieve.

—Y la sal de la orina fórmase en pentágonos, a partir de los cuales el señor Davidson explica la forma de cada una de las ochenta piedras encontradas en la vejiga del señor Pelletier. Pero si los cuerpos de forma análoga se mezclan con mayor afinidad, con mayor razón se atraerán con más fuerza que los demás. Por ello, si os quemáis una mano, obtendréis alivio del sufrimiento manteniéndola un poco delante del fuego.

—Mi preceptor, una vez que un campesino fue mordido por una víbora, mantuvo sobre la herida la cabeza de la víbora...

—Cierto, el veneno, que estaba filtrando hacia el corazón, volvía hacia su fuente principal donde había mayor cantidad. Si en tiempo de peste lleváis con vos, en un bote, polvo de sapos, o incluso un sapo y una araña viva, o también arsénico, esa substancia venenosa atraerá hacia sí la infección del aire. Y las cebollas secas fermentan en el granero cuando las de la huerta comienzan a asomar.

—Y esto explica también los antojos de los niños: la madre desea fuertemente algo y...

—Sobre este punto iría con más cautela. A veces fenómenos análogos tienen causas diferentes y el hombre de ciencia no debe prestar fe a cualquier superstición. Pero volvamos a mi Polvo. ¿Qué sucedió cuando sometí durante algunos días a la acción del Polvo el paño manchado de la sangre de nuestro amigo? En primer lugar, el sol y la luna atrajeron desde gran distancia los espíritus de la sangre que se hallaban en el paño, gracias al calor del ambiente, y los espíritus del vitriolo que estaban en la sangre no pudieron evitar cumplir el mismo recorrido. Por otra parte, la herida seguía echando una gran abundancia de espíritus calientes e ígneos, atrayendo hacia sí el aire circundante. Ese aire atraía a otro aire y éste otro aún, y los espíritus de la sangre y del vitriolo, esparcidos a gran distancia, por fin empalmaban con ese aire, que llevaba consigo otros átomos de la misma sangre. Ahora bien, como los átomos de la sangre, los procedentes del paño y los procedentes de la llaga encontrábase, expulsando el aire como un inútil compañero de viaje, y eran atraídos a su sede mayor, la herida; unidos a ellos, los espíritus del vitriolo penetraban en la carne.

—¿Acaso no habríais podido poner directamente el vitriolo sobre la llaga?

—Habría podido, teniendo al herido delante. ¿Pero, y si el herido estuviere lejos? Añádase que si hubiera puesto directamente el vitriolo sobre la llaga, su fuerza corrosiva habríala irritado mucho más, mientras que, transportado por el aire, el vitriolo cede solamente su parte dulce y balsámica, capaz de remansar la sangre; y se usa también en los colirios para los ojos.

Y Roberto había aguzado el oído, haciendo en el futuro tesoro de aquellos consejos, lo que ciertamente explica el empeoramiento de su mal.

—Por otra parte —había añadido D'Igby—, no se ha de usar, desde luego, el vitriolo normal, como usábase una vez, haciendo más daño que bien. Yo me procuro vitriolo de Chipre, y antes lo calcino al sol: la calcinación le quita la humedad superflua, y es como si dél hiciera un caldo corto; y luego, la calcinación hace aptos a los espíritus de esta substancia a ser transportados por el aire. Por fin, añádole

alquitira, que cicatriza más rápidamente la herida.

Me he demorado sobre lo que Roberto había aprendido de D'Igby porque este descubrimiento había de marcar su destino.

Es menester decir, a desdoro de nuestro amigo, y él lo confiesa en sus cartas, que no fue presa de tanta revelación por razones de ciencia natural, sino siempre y una vez más por amor. En otras palabras, aquella descripción de un universo atestado de espíritus que se trababan según sus afinidades, parecióle una alegoría del enamoramiento, y se dedicó a frecuentar gabinetes de lectura buscando todo lo que podía encontrar sobre el unguento armario, que por aquella época era ya mucho, y muchísimo habría sido en los años por venir. Aconsejado por monseñor Gaffarel (en voz baja, que no lo oyeran los otros tertulianos de los Dupuy, que en estas cosas creían poco) leía el *Ars Magnesia* de Kirkerio, el *Tractatus de magnética vulnerum curatione* del Goclenius, el Fracastoro, el *Discursus de unguentum armario* de Fludd, y el *Hoplochrisma spongius* de Foster. Hacíase sabio para traducir su sabiduría en poesía y poder un día brillar elocuente, mensajero de la simpatía universal, allá donde era continuamente humillado por la elocuencia de los demás.

Durante muchos meses —tanto debería de haber durado su obstinada búsqueda, mientras no procedía un solo paso en el camino de la conquista— Roberto había practicado una especie de principio de la doble, antes, de la múltiple verdad, idea que en París muchos consideraban temeraria y prudente al mismo tiempo. Discutía de día sobre la posible eternidad de la materia, y de noche se consumía los ojos sobre tratadillos que le prometían, aunque fuera en términos de filosofía natural, ocultos milagros.

En las grandes empresas hase de buscar no tanto el crear las ocasiones, como aprovechar las que se presentan. Una velada, en casa de Arthénice, después de una animada disertación sobre la *Astrée*, la Anfitriona había incitado a los presentes a que consideraran qué tenían en común el amor y la amistad. Roberto entonces había tomado la palabra, observando que el principio del amor, ya fuere entre amigos o entre amantes, no era disconforme de aquél según el cual actuaba el Polvo de Simpatía. Al primer gesto de interés, había repetido los relatos de D'Igby, excluyendo sólo la historia de la santa urinante, luego había dado en ponderar sobre el tema, olvidando la amistad y hablando sólo de amor.

—El amor obedece a las mismas leyes que el viento, y los vientos resientense siempre de los parajes de los que proceden, y si proceden de vergeles y jardines, pueden oler a jazmín, o a menta o a romero, y así a los navegantes vuelvenlos ansiosos de tocar la tierra que tantas promesas les envía. No diversamente los espíritus amorosos embriagan la nariz del corazón enamorado —(y perdonémosle a Roberto el desdichadísimo tropo)—. Es el corazón amado un laúd, que hace consonar las cuerdas de otro laúd, tal y como el sonido de las campanas actúa sobre la superficie de los cursos de agua, sobre todo de noche, cuando, en ausencia de otro rumor, genérase en el agua el mismo movimiento que habíase generado en el aire. Le acontece al corazón amante lo que al tártaro, que a veces despide fragancia de agua de rosa, cuando se lo abandone para que se diluya en la obscuridad de un sótano durante la estación de las rosas, y el aire, lleno de átomos de rosas, mudándose en agua por la atracción del cristal de tártaro, lo perfuma. Ni le es obstáculo la crueldad de la amada. Un tonel de vino, cuando las viñas están en flor, fermenta y echa a la superficie una flor suya blanca, que permanece hasta que caen las flores de las vides. Con todo, el corazón amante, más porfiado que el vino, cuando se florea al florecer del corazón amado, cultiva su retoño incluso cuando la fuente hase agotado.

Le pareció captar una mirada enternecida de Lilia, y siguió:

—Amar es como tomar un Baño de Luna. Los rayos que proceden de la luna son los del sol, reflejados hasta nosotros. Concentrando los rayos del sol con un espejo, se potencia su fuerza calefactiva. Concentrando los rayos de la luna en una aljofaina de plata, se verá que su fondo cóncavo refleja sus rayos refrigerativos por el rocío que contienen. Parece insensato lavarse en una aljofaina vacía: y sin embargo, nos encontramos con las manos humedecidas, y es remedio infalible contra las carúnculas.

—Señor de la Grive —había dicho alguien—, ¡el amor no es una medicina para las verrugas!

—Oh, a buen seguro no —habíase recobrado Roberto, ya imparable—, pero he dado ejemplos que vienen de las cosas más viles para recordar a Vuestras Mercedes cómo también el amor depende de un solo polvo de corpúsculos. Que es manera de decir cómo el amor participa de las mismas leyes que gobiernan tanto a los cuerpos sublunares como a los celestes, excepto que de estas leyes, es la más noble de las manifestaciones. El amor nace de la vista, y a primera vista se enciende: ¿y qué es el ver sino el acceso de una luz reverberada por el cuerpo que se mira? Viéndolo, mi cuerpo es penetrado por la parte mejor del cuerpo amado, la más aérea, que por el conducto de los ojos llega directamente al corazón. Y así pues, amar a primera vista es beber los espíritus del corazón de la amada. El gran Arquitecto de la naturaleza,

cuando compuso nuestro cuerpo, colocó espíritus internos, al modo de centinelas, para que refirieran sus descubrimientos al propio general, es decir, a la imaginación, señora de la familia corpórea. Y si ella es vulnerada por cualquier objeto, acontece lo que sobreviene cuando se oyen tocar a las violas, que nos llevamos su melodía en la memoria, y la oímos incluso en el sueño. Nuestra imaginación construye un simulacro, que delicia al amante, mas no lo despedaza por ser precisamente y sólo simulacro. De esto dérivase que cuando un hombre es sorprendido por la vista de la persona amable, cambia color, se sonroja y descaece, según que aquellos ministros que son los espíritus internos vayan rápida o lentamente hacia el objeto para luego regresar a la imaginación. Estos espíritus no van sólo al cerebro, sino directamente al corazón por el gran conducto que desde ahí arrastra al cerebro los espíritus vitales que allá se convierten en espíritus animales; y siempre a través de este conducto, la imaginación envía al corazón una parte de los átomos que ha recibido de algún objeto externo, y son estos átomos los que producen esa ebullición de los espíritus vitales, que a veces dilatan el corazón, y a veces lo conducen al síncope.

—Vuestra Merced nos dice que el amor procede como un movimiento físico, no diversamente de como enflorece el vino; pero no nos dice cómo es que el amor, a diferencia de otros fenómenos de la materia, es virtud electiva, que escoge. ¿Por qué razón, pues, el amor nos hace esclavos de una y no de otra criatura?

—¡Precisamente por esto he reconducido las virtudes del amor al principio mismo del Polvo de Simpatía, es decir, que átomos iguales y de igual forma atraen átomos iguales! Si yo bañara con ese polvo el arma que ha herido a Pílates no curaría la herida de Orestes. Por lo tanto, el amor une sólo a dos seres que de alguna manera tenían ya la misma naturaleza, un espíritu noble a un espíritu igualmente noble y un espíritu vulgar a un espíritu igualmente vulgar; pues que acaece que amen también los villanos, como las pastorcillas, y nos lo enseña la admirable historia del señor d'Urfé. El amor revela un acuerdo entre dos criaturas que ya estaba trazado desde el principio de los tiempos, así como el Destino había decidido desde siempre que Píramo y Tisbe estuvieran unidos en una sola morera.

—¿Y el amor infeliz?

—Yo no creo que exista verdaderamente un amor infeliz. Hay solamente amores que no han llegado todavía a una perfecta sazón, donde por alguna razón la amada no ha captado el mensaje que dimana de los ojos del amante. Y, sin embargo, el amante sabe a tal punto qué semejanza de naturaleza le ha sido revelada que, en virtud de esta fe, sabe esperar, incluso toda la vida. Él sabe que la revelación para ambos, y la unión, podrá actuarse incluso después de la muerte, cuando, evaporados los átomos de cada

una de las dos médulas que se deshacen en la tierra, se reúnan en algún cielo. Y quizá, como un herido, que sin saber que alguien está rociando de Polvo el arma que lo vulneró, goza de nueva salud y alivio del dolor, quién sabe cuántos corazones amantes gozan ahora de alivio repentino del espíritu, sin saber que su felicidad es obra del corazón amado, vuelto amante a su vez, que ha dado arranque a la conjunción de los átomos gemelos.

Debo decir que toda esta compleja alegoría estaba en pie hasta cierto punto, y quizá la Máquina Aristotélica del padre Emanuel habría demostrado su inestabilidad. Pero aquella noche todos quedaron convencidos de aquel parentesco entre el Polvo, que cura el dolor, y el amor, que además de curar, más a menudo procura dolor.

Fue por esto por lo que la historia de este discurso sobre el Polvo de Simpatía, y sobre la Simpatía del Amor, dio durante algunos meses, y quizá más, la vuelta a París, con los resultados que diremos.

Y fue por esto por lo que Lilia, al final de la oración, sonrió una vez más a Roberto. Era una sonrisa de parabién, diciendo mucho de admiración, pero nada es más natural que creer ser amados. Roberto entendió la sonrisa como una aceptación de todas las cartas que había enviado. Demasiado acostumbrado a los tormentos de la ausencia, abandonó la reunión, satisfecho de aquella victoria. Hizo mal, y veremos más adelante la razón. Desde entonces osó ciertamente dirigirle la palabra a Lilia, pero siempre tuvo como respuesta procederes contrarios. A veces susurraba: «precisamente como se decía hace algunos días». A veces, en cambio, murmuraba: «y con todo habíais dicho una cosa bien diferente». Y a veces prometía, desapareciendo: «mas volveremos a hablar dello, tened constancia».

Roberto no entendía si ella, por descuido, a turno imputábale los dichos y los hechos de otro, o provocábale con coquetería.

Lo que había de acontecerle lo habría empujado a componer aquellos raros episodios en una historia mucho más inquietante.

LA DESEADA CIENCIA DE LAS LONGITUDES

Era —por fin una fecha a la que aferramos— la noche del 2 de diciembre de 1642. Salían de un teatro, donde Roberto había recitado calladamente entre el público su papel amoroso. Lilia, a la salida, habíale estrechado furtivamente la mano susurrando:

—Señor de la Grive, así pues, os habéis vuelto tímido. No lo erais aquella noche. Y por tanto, mañana de nuevo, en la misma escena.

Había salido loco de turbación, invitado a tal convite en un lugar que no podía conocer, solicitado a repetir lo que jamás había osado. Y sin embargo ella no había podido tomarlo por otro, pues que habíalo llamado por su nombre.

Oh, escribe haberse dicho, hoy los arroyos remontan hacia el hontanar, blancos corceles escalan las torres de Nuestra Señora de París, un fuego sonríe ardiente en el hielo, ha podido acaecer que Ella me invitara. Mas no, hoy la sangre se derrama de la roca, una culebra se aparea con una osa, hase vuelto negro el sol, porque mi amada hame ofrecido una copa de la que nunca podré beber, ya que no sé dónde es el festín...

A un paso de la felicidad, corría desesperado a casa, el único paraje en el que estaba seguro de que ella no estaba.

Se pueden interpretar de forma bastante menos misteriosa las palabras de Lilia: simplemente le estaba recordando aquella lejana locución suya sobre el Polvo de Simpatía, le estaba incitando a que dijera más, en ese mismo salón de Arthénice donde ya había hablado. Desde entonces ella le había visto silencioso y adorante, y eso no respondía a las reglas del juego, reguladísimo, de la seducción. Le estaba llamando al orden, diríamos hoy, de su deber mundano. Ea, estábale diciendo, aquella noche no fuisteis tímido, volved a hollar las mismas tablas, yo os aguardo en tal celada. Ni otro reto podríamos esperarnos de una preciosa.

Y en cambio Roberto había comprendido: «Sois tímido, y con todo y eso, hace algunas noches no lo fuisteis, y me...» (me imagino que los celos impedían y alentaban a un tiempo a Roberto a que imaginara la continuación de esa frase). «Por tanto, mañana de nuevo, en la misma escena, en el mismo paraje secreto.»

Es natural que, habiendo tomado su fantasía la senda más espinosa, él hubiera pensado inmediatamente en el cambio de persona, en alguien que se había hecho pasar por él, y en lugar suyo hubiera obtenido de Lilia lo que él habría trocado con la vida.

Así pues, volvía a aparecer Ferrante y todos los hilos de su pasado volvían a anudarse. Alter ego maligno, Ferrante habíase introducido también en aquella historia, jugando sobre sus ausencias, sus retrasos, sus salidas anticipadas y, en el momento adecuado, había cosechado el premio de la oración de Roberto sobre el Polvo de Simpatía.

Y mientras se acongojaba, había oído llamar a la puerta. ¡Esperanza, sueño de hombres despiertos! Habíase precipitado a abrir, convencido de verla a ella en el umbral: era, en cambio, un oficial de la guardia del Cardenal, con dos hombres de escolta.

—El señor de la Grive, supongo —había dicho. Y luego presentándose como el capitán de Bar—: Lamento lo que voy a hacer. Vuesa Merced está arrestado, y le ruego que me entregue su espada. Si me sigue Vuesa Merced con buena educación, subiremos como dos buenos amigos al coche que nos espera, y no recibirá merma su vergüenza.

Había dejado entender que no conocía las razones de su arresto, deseando que se tratara de una equivocación. Roberto lo había seguido mudo, formulando el mismo voto, y al final del viaje, pasado con muchas excusas a manos de un guardián adormecido, habíase encontrado en una celda de la Bastilla.

Permaneció allí dos noches gélidas, visitado sólo por pocas ratas (próvida preparación al viaje en el *Amarilis*) y por un corchete que, a todas las preguntas, respondía que por aquel lugar habían pasado tantos huéspedes ilustres que había cesado de preguntarse por qué llegaban; y si llevaba siete años allí un gran señor como Bassompierre, no era cuestión que Roberto empezara a quejarse a cabo de pocas horas.

Concedidos aquellos dos días para saborear lo peor, la tercera noche había vuelto de Bar, habíale dado modo de lavarse, y habíale anunciado que tenía que comparecer ante el Cardenal. Roberto entendió, por lo menos, que era un prisionero de Estado.

Habían llegado al palacio bien entrada la noche, y ya por el movimiento del portón se adivinaba que era noche de excepción. Las escaleras estaban invadidas por gentes de todas las condiciones que corrían en direcciones opuestas; en una antesala, gentileshombres y hombres de iglesia entraban afanados, remondaban educadamente el pecho contra las paredes hermoeadas por frescos, adoptaban un aire dolorido, y entraban en otra sala, de la que salían fámulos llamando en voz alta a siervos que no se hallaban, y haciendo señas a todos de que guardaran silencio.

En aquella sala fue introducido también Roberto, y vio sólo personas de espaldas que asomábanse a la puerta de otra estancia, de puntillas, sin hacer ruido, como para ver un triste espectáculo. De Bar miró en su derredor buscando a alguien; al fin le hizo

un gesto a Roberto de que permaneciera en un rincón, y se alejó.

Otra guardia que estaba intentando hacer salir a muchos de los presentes, con diferentes miramientos según la condición, viendo a Roberto con la barba larga, el vestido deslucido por el arresto, habíale preguntado rudamente qué hacía allá. Roberto había replicado que le aguardaba el Cardenal, y la guardia había contestado que por desventura de todos era el Cardenal el que era aguardado por Alguien mucho más importante.

De todas maneras, lo había dejado donde estaba, y poco a poco, ya que de Bar (ahora el único rostro amigo que le hubiera quedado) no volvía, Roberto se allegó al concurso de gente y, un poco esperando y un poco empujando, alcanzó el umbral de la última habitación.

Allá abajo, en un lecho, apoyado a una gran nevada de almohadas, había visto y reconocido a la sombra de aquel que toda Francia temía y poquísimos amaban. El gran Cardenal estaba rodeado de médicos con trajes oscuros, que más que en él parecían interesarse en su debate, un monacillo secábale los labios, en los que endebles accesos de tos formaban una espuma rojiza, bajo las mantas adivinábase la laboriosa respiración de un cuerpo ya devorado, una mano asomaba de una blusa, aferrando un crucifijo. El monacillo prorrumpió de repente en un sollozo. Richelieu volvió la cabeza con fatiga, intentó una sonrisa y murmuró:

—¿Creías pues que yo era inmortal?

Mientras Roberto se estaba preguntando quién podía haberle convocado al lecho de un moribundo, se armó un gran revuelo a sus espaldas. Algunos susurraron el nombre del párroco de Saint-Eustache, y mientras todos hacían ala entró un cura con su séquito, trayendo el óleo santo.

Roberto sintióse tocar al hombro, y era de Bar:

—Vamos —habíale dicho—, el Cardenal os espera.

Sin entender, Roberto le había seguido a lo largo de un pasillo. De Bar le había introducido en una sala, haciéndole gesto de que siguiera esperando, luego habíase retirado.

La sala era amplia, con un gran globo terráqueo en el centro, y un reloj sobre un mueblecito en un rincón, contra un cortinaje rojo. A la izquierda del cortinaje, debajo de un gran retrato de cuerpo entero de Richelieu, Roberto había divisado por fin a una persona de espaldas, en hábitos cardenalicios, de pie, absorto en escribir sobre un facistol. El purpurado habíase vuelto apenas, de escorzo, haciéndole seña de que se

acercara, y, como Roberto lo hiciere, habíase encorvado sobre el plano de escritura, poniendo la mano izquierda en guisa de mampara en las márgenes de la hoja, aunque, a la distancia respetuosa a la que todavía se mantenía, Roberto no habría podido leer nada.

Luego el personaje diose la vuelta, entre un draprear de púrpuras, y estuvo erguido durante algún segundo, casi reproduciendo el ademán del gran retrato que tenía a sus espaldas, la derecha apoyada en el lecturín, la izquierda a la altura del pecho, con la palma melindrosamente hacia arriba. A continuación sentóse en un sitial junto al reloj, se acarició con coquetería los bigotes y la perilla y preguntó:

—¿El señor de la Grive?

El señor de la Grive hasta entonces había estado convencido de que soñaba, en una pesadilla, con ese mismo Cardenal que estaba apagándose una decena de metros más allá, pero ahora lo veía rejuvenecido, con las facciones menos afiladas, como si sobre el pálido rostro aristocrático del retrato alguien hubiera sombreado la tez y redibujado el labio con líneas más marcadas y sinuosas; luego, aquella voz con acento extranjero habíale despertado el antiguo recuerdo de aquel capitán que doce años antes galopaba en medio de las opuestas formaciones en Casal.

Roberto se encontraba ante el Cardenal Mazarino, y entendía que, lentamente, en el curso de la agonía de su protector, el hombre estaba asumiendo sus funciones, y ya el oficial había dicho «el Cardenal», como si otros ya no los hubiere.

Hizo para responder a la primera pregunta, mas daría en la cuenta en breve de que el Cardenal aparentaba preguntar, y en realidad afirmaba, suponiendo que, en cualquier caso, su interlocutor no podía sino asentir.

—Roberto de la Grive —confirmó, en efecto, el Cardenal—, de los señores Pozzo de San Patricio. Conocemos el castillo, como conocemos bien el Montferrato. Tan fértil que podría ser Francia. Vuestro padre, en los días de Casal, se batió con honor, y nos fue más leal que vuestros otros compatriotas.

Decía nos como si en aquella época fuera ya criatura del Rey de Francia.

—También vos en aquella ocasión os condujisteis bravamente, nos fue referido. ¿No creéis que tanto más, y paternalmente, debamos resentimos de que, huésped de este reino, del huésped no hayáis observado los deberes? ¿No sabíais que en este reino las leyes se aplican por igual a los súbditos y a los huéspedes? Naturalmente, naturalmente, no olvidaremos que un gentilhombre es siempre un gentilhombre, cualquiera que sea el delito que haya cometido: gozaréis de los mismos beneficios concedidos a Cinq-Mars, cuya memoria no parecéis execrar como se debería. Moriréis también vos de cuchilla y no de cuerda.

Roberto no podía ignorar un asunto del que hablaba toda Francia. El marqués de Cinq-Mars había intentado convencer al rey de que despidiera a Richelieu, y Richelieu había convencido al rey de que Cinq-Mars conspiraba contra el reino. En Lyon, el condenado había intentado comportarse con jactanciosa dignidad ante el verdugo, pero éste había hecho tan indigno escarnio de su pescuezo que el gentío desdeñado había hecho escarnio del.

Comoquiera que Roberto, aturdido, hiciera ademán de hablar, el Cardenal le previno con un gesto de la mano:

—Ea, San Patricio —dijo, y Roberto arguyó que usaba este nombre para recordarle que era extranjero; y por otra parte, le estaba hablando en francés, mientras habría podido hablarle en italiano—. Habéis sucumbido a los vicios de esta ciudad y de este país. Como suele decir Su Eminencia el Cardenal, la ligereza ordinaria de los franceses les mueve a desear el cambio a causa del tedio que prueban por las cosas presentes. Algunos de estos gentileshombres ligeros, que el rey proveyó a aligerar también de la cabeza, os han seducido con sus propósitos de subversión. Vuestro caso no ha menester que moleste a tribunal alguno. Los Estados, cuya conservación debe sernos extremadamente cara, padecerían breve ruina si en materia de crímenes que tienden a su subversión se requirieran pruebas claras como las requeridas en los casos comunes. Ha dos noches se os vio entreteneros con amigos de Cinq-Mars, que pronunciaron, una vez más, propósitos de alta traición. Quien os vio entre aquesos es digno de crédito, pues habíase introducido allá por orden nuestra.

Y esto basta. Ea pues —previno aburrido—, no os hemos hecho venir aquí para oír protestas de inocencia, por tanto calmaos y escuchad.

Roberto no se tranquilizó, pero sacó algunas conclusiones: en el mismo momento en el que Lilia le tocaba la mano, a él se le veía en otro lugar conjurando contra el Estado. Mazarino estaba tan convencido de ello que la idea se convertía en un hecho. Se susurraba por doquier que la ira de Richelieu todavía no se había sosegado y muchos temían ser elegidos como nuevo ejemplo. Roberto, comoquiera que hubiere sido elegido, estaba perdido en cualquier caso.

Roberto habría podido reflexionar sobre el hecho de que a menudo, no sólo dos noches antes, habíase demorado en alguna conversación a la salida del salón Rambouillet; que no era imposible que entre aquellos interlocutores hubiera habido algún íntimo de Cinq-Mars; que si Mazarino, por alguna razón suya, quería perderle, habríale bastado interpretar de manera maliciosa cualquier frase referida por una espía... Pero naturalmente las reflexiones de Roberto eran otras y confirmaban sus temores: alguien había tomado parte en una reunión sediciosa haciendo alarde tanto de

su rostro como de su nombre.

Razón de más para no intentar defensas. Seguía siendo inexplicable sólo la razón por la cual, si ya estaba condenado, el Cardenal se incomodara de informarle de su suerte. Él no era el destinatario de un mensaje, sino el grifo, la adivinanza misma que otros, aún inciertos sobre la determinación del rey, habrían de descifrar. Esperó en silencio una explicación.

—Ved, San Patricio, que si no estuviéramos ilustrados por la dignidad eclesiástica con la que el Pontífice, y el deseo del Rey, nos honraron hace un año, diríamos que la Providencia guió vuestra imprudencia. Hace tiempo que estábase observándoos, preguntándonos cómo habríamos podido solicitaros un servicio que no teníais ningún deber de prestar. Acogimos vuestro paso falso de tres noches ha como una singular dádiva del Cielo. Agora podríais sernos deudor, y nuestra posición cambia, por no hablar de la vuestra.

—¿Deudor?

—De la vida. Naturalmente, no está en nuestro poder perdonaros, empero está en nuestra facultad interceder. Digamos que podríais substraeros a los rigores de la ley con la fuga. Pasado un año, o incluso más, la memoria del testigo sin duda se habrá confundido, y podrá jurar sin mancilla para su honor que el hombre de tres noches ha no erais vos; y podría apurarse que a esa hora jugabais en otro lugar a biribís con el capitán de Bar. Entonces (no decidimos, notad, presumimos, y podría suceder también lo contrario, mas confiamos estar en lo justo) se os hará justicia plena y se os devolverá incondicionada libertad. Sentaos, os ruego —dijo—. Debo proponeros una misión.

Roberto se sentó:

—¿Una misión?

—Y delicada. En el curso de la cual, no os lo escondemos, tendréis algunas ocasiones de perder la vida. Pero esto es un negocio: se os libra de la certidumbre del verdugo, y se os dejan muchas oportunidades de regresar sano, si sois astuto. Un año de trabajos, digamos, a cambio de una vida entera.

—Eminencia —dijo Roberto, que por lo menos veía disiparse la imagen del verdugo—, por lo que entiendo es inútil que jure, sobre mi honor o sobre la Cruz, que...

—Careceríamos de cristiana piedad si excluyéramos en absoluto que vos sois inocente y nos víctima de un equívoco. Pero el equívoco estaría en tal acuerdo con nuestros designios que no veríamos razón de desenmascararlo. No querréis, con todo eso, insinuar que os estamos proponiendo un trueque deshonesto, como quien dijere o

inocente a la cuchilla o reo confeso, y mendazmente, a nuestro servicio...

—Lejos de mí tal intención irrespetuosa, Eminencia.

—Sea pues. Os ofrecemos algún riesgo posible, pero gloria cierta. Y os diremos cómo recayó nuestra mirada sobre vos, sin que antes nos fuera conocida vuestra presencia en París. La ciudad, veis, habla mucho de lo que sucede en los salones, y todo París chismeó hace tiempo de una velada durante la cual brillasteis ante los ojos de muchas damas. Todo París, no os ruboricéis. Aludimos a aquella velada en la que expusisteis con brío las virtudes de un así nombrado Polvo de Simpatía, y de modo (¿es así como se dice en esos lugares, no es verdad?) que a ese argumento las ironías confirieran sal, las paronomasias garbo, las sentencias solemnidad, las hipérboles riqueza, los parangones perspicuidad...

—Oh Eminencia, refería cosas aprendidas...

—Admiro la modestia, pero parece ser que habéis manifestado un buen conocimiento de algunos secretos naturales. Así pues, me sirve un hombre de par sabiduría, que no sea francés, y que sin comprometer a la corona pueda insinuarse en un navío, con partida de Amsterdam, con la intención de descubrir un nuevo secreto, de alguna forma vinculado al uso de ese polvo.

Previno una vez más una objeción de Roberto:

—No temáis, necesitamos que sepáis bien qué buscamos, para que podáis interpretar incluso los signos más inciertos. Os queremos bien adocetrinado sobre el argumento, pues que os vemos ya tan bien dispuesto a complacernos. Tendréis un maestro de talento, y no os dejéis engañar por su corta edad.

Alargó una mano y dio una sacudida a una cuerda. No se oyó sonido alguno pero el gesto debía de haber hecho resonar en otro lugar una campana u otra señal. Eso dedujo Roberto, en una época en la que los grandes señores aún parlaban para llamar a los siervos a grandes voces.

En efecto, a cabo de poco entró con deferencia un mancebo que no demostraba más de veinte años.

—Bien llegado Colbert, ésta es la persona de la que os hablábamos hoy —díjole Mazarino, y luego a Roberto—: Colbert, que se inicia de forma prometedora en los secretos de la administración del Estado, lleva considerando desde tiempo un problema que tiene mucha importancia para el Cardenal de Richelieu, y en consecuencia, para nos. Quizá sepáis, San Patricio, que antes de que el Cardenal tomara el timón de este gran bajel cuyo Luis XIII es el capitán, la marina francesa era nula ante la de nuestros enemigos, tanto en la guerra como en la paz. Ahora podemos estar orgullosos de nuestros arsenales, de la flota de Levante como de la de Poniente, y

recordaréis con qué éxito, no ha más de seis meses, el marqués de Brézé pudo formar ante Barcelona cuarenta y cuatro bajeles, catorce galeras, y ya no recuerdo más cuántas otras naos. Hemos asegurado nuestras conquistas en la Nueva Francia, nos hemos asegurado el dominio de La Martinica y de Guadalupe, y de muchas de esas Islas del Perú, como ama decir el Cardenal. Hemos empezado a establecer compañías comerciales, aunque aún sin pleno éxito; desgraciadamente, en las Provincias Unidas, en Inglaterra, Portugal y España no hay familia noble que no tenga a uno de los suyos buscando fortuna en el mar; no así en Francia, para nuestra desventura. Prueba de ello es que sabemos quizá bastante del Nuevo Mundo, pero poco del Novísimo. Enseñad, Colbert, a nuestro amigo cómo se presenta todavía vacía de tierras la otra parte de ese globo.

El joven movió el globo y Mazarino sonrió con melancolía:

—Por desventura, esta extensión de aguas no está vacía a causa de una naturaleza madrastra; está vacía porque sabemos demasiado poco de su generosidad. Y con todo, después del descubrimiento de un derrotero occidental por las Molucas, está en juego, precisamente, este vasto paraje no explorado que se extiende entre la costa oeste del continente americano y las últimas tierras orientales del Asia. Hablamos del océano denominado Pacífico, como quisieron llamarlo los portugueses, en el cual, sin duda, extiéndese la Tierra Incógnita Austral, cuya conócense pocas islas y pocas vagas costas, aunque lo bastante para saberla nodriza de fabulosas riquezas. Y en aquellas aguas corren agora y desde ha tiempo demasiados aventureros que no hablan nuestra lengua. Nuestro amigo Colbert, con lo que yo no considero sólo juvenil antojo, acaricia la idea de una presencia francesa en esos mares. Tanto más cuanto presumimos que el primero en poner pie en una Tierra Austral fue un francés, el señor de Gonneville, y diez y seis años antes de la empresa de Magallanes. No obstante, aquel esforzado gentilhombre, o eclesiástico que fuere, omitió registrar en las cartas de navegación el lugar en el que dio fondo. ¿Podemos pensar que un buen francés fuera tan incauto? No, a buen seguro, es que en aquella época remota no sabía cómo resolver plenamente un problema. Pero este problema, y os asombraréis de saber cuál, permanece un misterio también para nosotros.

Hizo una pausa, y Roberto comprendió que, al conocer tanto el Cardenal como Colbert, si no la solución, por lo menos el nombre del misterio, la pausa era sólo en su honor. Creyó bien representar el papel del espectador fascinado y preguntó:

—¿Y cuál es el misterio, de gracia?

Mazarino miró a Colbert con aire de inteligencia y dijo:

—Es el misterio de las longitudes.

Colbert asintió con gravedad.

—Para la solución de este problema del Punto Fijo —continuó el Cardenal—, ha ya setenta años, Felipe II de España ofrecía una fortuna, y más tarde Felipe III prometía seis mil ducados de renta perpetua y dos mil de vitalicio, y los Estados Generales de Holanda treinta mil florines. Ni nosotros hemos escatimado ayudas en dinero a excelentes astrónomos... A propósito, Colbert, ese doctor Morin, hace ocho años que lo tenemos a la espera...

—Mas Vuestra Eminencia en persona dícese convencido de que ésta de la paralaje lunar es una quimera...

—Sí, pero para sostener su dudosísima hipótesis, ha estudiado eficazmente y criticado las otras. Hagámosle participar en este nuevo proyecto, podría dar luces al señor de San Patricio. Que se le ofrezca una pensión, nada hay como el dinero para estimular las buenas inclinaciones. Si su idea contuviere un grano de verdad, tendríamos la manera de asegurarnos mejor dello y, entre tanto, evitaremos que,

sintiéndose abandonado en la patria, ceda a las instancias de los holandeses. Nos parece que son precisamente los holandeses los que, habiendo visto titubeantes a los españoles, han empezado a tratar con ese Galilei, y nosotros haríamos bien no quedándonos fuera del asunto...

—Eminencia —dijo Colbert vacilante—, le agradará recordar que el tal Galilei murió a principios de este año...

—¿De verdad? Roguemos a Dios que sea dichoso, más de lo que le ha sido dado en vida.

—Y, de todas maneras, también su solución pareció durante largo tiempo definitiva, pero no lo es...

—Nos habéis precedido venturosamente, Colbert. Supongamos que tampoco a la solución de Morin se le dé un ardite. Pues bien, sostengámosle igualmente, hagamos que se vuelva a encender la discusión sobre sus ideas, estimulemos la curiosidad de los holandeses: hagamos de suerte que se deje tentar, y habremos puesto durante algún tiempo a los adversarios sobre una pista falsa. Habrán sido dineros bien gastados en cualquier caso. Pero de esto ya se ha dicho bastante. Seguid, os lo ruego, mientras San Patricio aprende, aprenderemos nos también.

—Vuestra Eminencia hame enseñado todo lo que yo sé —dijo Colbert sonrojándose—, pero su bondad me alienta a empezar. —Al decir así debía de sentirse ya en territorio amigo: levantó la cabeza, que siempre había mantenido gacha, y acercóse con desenvoltura al mapamundi—: Señores, en el océano, donde si acaso se encuentra una tierra no se sabe cuál es, y si se va hacia una tierra conocida es menester

proceder durante días y días en medio de la extensión de las aguas, el navegante no tiene otros puntos de referencia además de los astros. Con instrumentos que ya hicieron ilustres a los antiguos astrónomos, de un astro se fija su altura en el horizonte, se deduce su distancia del Zenit y, conociendo la declinación, dado que la distancia zenital más o menos la declinación dan la latitud, se sabe instantáneamente en qué paralelo se encuentra, es decir, cuánto está al norte o al sur de un punto conocido. Me parece claro.

—Al alcance de un niño —dijo Mazarino.

—Debería creerse —siguió Colbert— que igualmente puédase determinar también cuánto está a levante o a poniente del mismo punto, es decir, en qué longitud, o sea, en qué meridiano. Como dice Sacrobosco, el meridiano es un círculo que pasa por los polos de nuestro mundo, y en el Zenit de nuestra cabeza. Y se llama meridiano porque, por doquiera que esté el hombre y en cualquier tiempo del año, cuando el sol alcanza su meridiano, allí será para ese hombre medio día. Por desgracia, por un misterio de la naturaleza, cualquier medio elegido para definir la longitud ha revelado siempre falaz. ¿Qué importa, podría preguntar el profano? Mucho.

Estaba tomando confianza, hizo girar el mapamundi mostrando los contornos de Europa:

—Quince grados de meridiano, aproximadamente, separan París de Praga; poco más de veinte, París de las Canarias. ¿Qué dirían Vuestras Mercedes del comandante de un ejército de tierra que creyera batirse en la Montaña Blanca y en vez de matar protestantes degollara a los doctores de la Sorbona en la Montagne Sainte-Geneviève?

Mazarino sonrió abriendo las manos, como para hacer votos de que cosas de ese tipo sucedieran sólo en el meridiano justo.

—El drama —siguió Colbert— es que errores de esa magnitud se cometen con los medios que todavía usamos para determinar las longitudes. Y así acaece lo que le acaeció hace casi un siglo a ese español Mendaña, que descubrió las Islas de Salomón, tierras bendecidas por el cielo con los frutos del suelo y el oro del subsuelo. Ese Mendaña fijó la posición de la tierra que había descubierto, y volvió a la patria para anunciar el acontecimiento. En menos de veinte años preparáronsele cuatro galeones para volver allí e instaurar definitivamente el dominio de sus majestades cristianísimas, como dicen allá abajo, ¿y qué sucedió? Mendaña no consiguió volver a encontrar aquella tierra. Los holandeses no permanecieron inactivos, a principios de este siglo constituían su Compañía de las Indias, creaban en Asia la ciudad de Batavia como punto de salida para muchas expediciones hacia levante y tocaban una Nueva Holanda; y otras tierras, probablemente a oriente de las Islas de Salomón, descubrían,

entretanto, los piratas ingleses, a los que la Corte de San Jacobo no ha vacilado en otorgar cuartos de nobleza. Pero de las Islas de Salomón nadie volverá a encontrar el rastro, y se comprende que algunos ya se inclinen a considerarlas una leyenda. Legendarias o menos que fueren, Mendaña desde luego las tocó, salvo que fijó propiamente la latitud pero impropriamente la longitud. Y aun si, por ayuda celestial, hubiérala fijado según verdad, los otros navegantes que buscaron esa longitud (y él mismo, en su segundo viaje) no sabían con claridad cuál era la suya. Y es que aunque supiéramos dónde está París, si no consiguiéramos establecer si estamos en España o entre los Persas, bien lo ve, señor, que nos moveríamos como ciegos que guían a otros ciegos.

—Realmente —osó decir Roberto—, a duras penas consigo creer, con todo lo que he oído sobre los avances del saber en este nuestro siglo, que aún sepamos tan poco.

—No le enumero a Vuestra Merced los métodos propuestos, desde el que se basa en los eclipses lunares hasta el que considera las variaciones de la aguja magnética, sobre el cual todavía recientemente se afanó nuestro Le Tellier, por no mencionar el método del loch, sobre el cual tantas garantías ha prometido nuestro Champlain... Todos se han revelado insuficientes, y lo serán hasta que Francia no tenga un observatorio, en el cual someter a prueba tantas hipótesis. Naturalmente, un medio seguro lo hay: tener a bordo un reloj que mantenga la hora del meridiano de París, determinar en el mar la hora del lugar, y deducir por la diferencia la desviación de longitud. Este es el globo en el que vivimos, y pueden ver cómo la sabiduría de los antiguos lo subdividió en trescientos y sesenta grados de longitud, haciendo partir normalmente el cómputo del meridiano que atraviesa la Isla del Hierro en las Canarias. En su carrera celeste, el sol (y que sea él quien se mueve o, como se quiere hoy, la tierra, poco importa para tal fin) recorre en una hora quince grados de longitud, y cuando en París es, como en este momento, media noche, a ciento y ochenta grados del meridiano de París es medio día. Así pues, con tal de que uno sepa a buen seguro que en París los relojes marcan, pongamos, medio día, determina que en el paraje donde se encuentra son las seis de la mañana, calcula la diferencia horaria, traduce cada hora en quince grados, y sabrá que está a noventa grados de París, y por tanto, más o menos, aquí —e hizo girar el globo indicando un punto del continente americano—. Mas si no es difícil determinar la hora del lugar de la observación, es bastante difícil mantener a bordo un reloj que siga marcando la hora justa después de meses de navegación en una nave sacudida por los vientos, cuyo movimiento induce al error incluso a los más ingeniosos de los instrumentos modernos, por no hablar de los relojes de arena y de agua, que para funcionar bien deberían descansar sobre un plano inmóvil.

El Cardenal lo interrumpió:

—No creemos que de momento el señor de San Patricio deba saber más, Colbert. Haréis que reciba otras luces durante el viaje hacia Amsterdam. Después de lo cual no seremos ya nosotros quien le enseñemos, sino él, confiamos, quien nos enseñe a nosotros. En efecto, querido San Patricio, el Cardenal, cuyo ojo ha visto y sigue viendo siempre, esperamos por mucho tiempo, más lejos que el nuestro, había dispuesto desde hace tiempo una red de informadores leales, que debían viajar a los demás países, y frecuentar los puertos, e interrogar a los capitanes que se aprestan o vuelven de un viaje, para saber lo que los demás gobiernos hacen y saben que nosotros no sabemos, pues, y me parece evidente, el Estado que descubriera el secreto de las longitudes, e impidiera que la fama se apropiara del, obtendría una gran ventaja sobre todos los demás. Ahora —y aquí Mazarino hizo otra pausa, una vez más acariciándose los bigotes, y uniendo luego las manos como para concentrarse e implorar a un tiempo apoyo del cielo—, ahora hemos venido a saber que un médico inglés, el doctor Byrd, ha excogitado un nuevo y prodigioso medio para determinar el meridiano, basado en el uso del Polvo de Simpatía. Cómo, querido San Patricio, no nos lo preguntéis, que yo a duras penas conozco el nombre de este asunto diabólico. Sabemos con seguridad que se trata de este polvo, pero no sabemos nada sobre el método que Byrd pretende seguir, y nuestro informador no está versado, desde luego, en magia natural. Lo que es cierto es que el almirantazgo inglés le ha permitido armar un bajel que deberá arrostrar los mares del Pacífico. El asunto es de tal magnitud que los ingleses no han fiado en presentarlo como navío suyo. Pertenece a un holandés que se finge extravagante y sostiene querer volver a hacer el camino de dos compatriotas suyos, que hace casi veinte y cinco años descubrieron un nuevo paso entre el Atlántico y el Pacífico, allende el Estrecho de Magallanes. Como el costo de la aventura podría dejar sospechar interesados apoyos, el holandés está cargando públicamente mercaderías y buscando pasajeros, como quien se apercibe de hacer frente al gasto. Casi de casualidad estarán también el doctor Byrd y tres ayudantes suyos, que dícense colectores de flora exótica. En verdad, ellos tendrán el control total de la empresa. Y entre los pasajeros estaréis vos, San Patricio, y proveerá a todo nuestro agente de Amsterdam. Seréis un gentilhombre saboyano que, perseguido por un edicto por todas las tierras, considera juicioso desaparecer durante larguísimo tiempo por mar. Como veis, ni siquiera tenéis que mentir. Seréis endebilísimo de salud; y que vos tengáis de verdad una dolencia en los ojos, como nos dicen, es otro toque que perfecciona nuestro designio. Seréis un pasajero que transcurrirá casi todo el propio tiempo en cubierto, con alguna cataplasma sobre el rostro, y por lo demás, no verá más allá de su propia nariz. Pero vagaréis

divagando desvagado, y mantendréis en realidad los ojos abiertos, y los oídos bien aguzados. Sabemos que comprendéis el inglés, y fingiréis ignorarlo, de suerte que los enemigos hablen libremente en vuestra presencia. Si alguien a bordo entiende el italiano o el francés, haced preguntas, y recordad lo que os dicen. No despreciéis el comercio con hombres del montón, que por unos maravedís se sacan las entrañas. Pero que la moneda sea poca, que parezca un regalo, y no una recompensa, si no recelarán. No preguntaréis jamás de manera directa, y después de haber preguntado hoy, con palabras diferentes volveréis a hacer la misma pregunta mañana, de suerte que si ese tal antes mintió, sea movido a contradecirse: los hombres de poco se olvidan de los embustes que han dicho, e inventan opuestos el día siguiente. Por lo demás, reconoceréis a los embusteros: mientras se ríen forman como dos hoyuelos en las mejillas, y llevan uñas muy cortas; e igualmente guardaos de los de baja estatura, que dicen falacias por vanidad. En cualquier caso, que vuestros diálogos con ellos sean breves, y no hagáis la impresión de obtener satisfacción: la persona con la que deberéis hablar de verdad es el doctor Byrd, y será natural que intentéis hacerlo con el único que os es igual por educación. Es hombre de doctrina, hablará francés, acaso italiano, sin duda latín. Vos estáis enfermo, y le pediréis consejo y alivio. No haréis como aquellos que comen moras o tierra roja pretendiendo escupir sangre, sino que haréis que os observe el pulso después de cenar, que siempre a esa hora parece que uno tiene fiebre, y le diréis que nunca pegáis ojo de noche; esto justificará el que podáis ser sorprendido en alguna parte y bien despierto, lo que deberá suceder si sus experiencias se hacen con las estrellas. Aqueste Byrd debe de ser un obseso, como por lo demás todos los hombres de ciencia: que se os ocurran ideas peregrinas y habladle dellas, como si le confiarais un secreto, de suerte que él tienda a hablar desa peregrina idea que es su secreto. Mostraos interesado, pero simulando entender poco o nada, para que él os lo cuente mejor una segunda vez. Repetid lo que ha dicho como si hubierais entendido, y cometed errores, así que, por vanidad, tienda a corregiros, explicando con toda suerte de detalles aquello sobre lo que debería callar. No afirméis jamás, aludid siempre: las alusiones se lanzan para sondar los ánimos, e investigar los corazones. Deberéis inspirarle confianza: si se ríe a menudo, reíd con él, si es bilioso, comportaos como bilioso, pero admirad siempre su saber. Si es colérico y os ofende, soportad la ofensa, que bien sabéis que habéis empezado a castigarlo aun antes de que os ofendiera. En la mar los días son largos y las noches no tienen fin, y no hay nada que consuele del aburrimiento a un inglés como muchos jarros de aquesa cerveza de la que los holandeses apercíbense siempre en sus bodegas. Os fingiréis devoto desa bebida e incitaréis a vuestro nuevo amigo a que trasiegue más que vos. Un día podría entrarle

algún recelo, y hacer registrar vuestro camarote. Por eso no pondréis ninguna observación por escrito, pero podréis llevar un diario en el que hablaréis de vuestra mala fortuna, o de la Virgen y de los Santos o de la amada que desesperáis volver a ver; y que en ese diario aparezcan anotaciones sobre las cualidades del doctor, elogiado como único amigo que habéis encontrado a bordo. Del no aleguéis frases que conciernan a nuestro objeto, sino sólo observaciones sentenciosas, no importa cuáles: por desabridas que sean, si las ha sentenciado, no las consideraba tales, y os quedará agradecido de haberlas recordado. En definitiva, no estamos aquí para proponeros un breviario del buen informador secreto: no son cosas en las que esté versado un hombre de iglesia. Fiad en vuestro estro, sed astutamente cauto y cautelosamente astuto, haced que la agudeza de vuestra mirada sea inversa a su fama y proporcional a vuestra prontitud.

Mazarino se levantó, para hacer comprender al huésped que el coloquio había finalizado, y para dominarle un instante antes de que él se levantara.

—Seguiréis a Colbert. Os dará otras instrucciones y os encomendará a las personas que os conducirán a Amsterdam para el embarco. Id y buena suerte.

Iban a salir cuando el Cardenal volvió a llamarlos:

—Ah, olvidábasenos, San Patricio. Habréis comprendido que de aquí al embarco seréis seguido paso a paso, pero os preguntaréis cómo es que no tememos que después, a la primera escala, no sintáis la tentación de poner tierra en medio. No lo tememos porque no os conviene. No podríais volver aquí, donde seríais siempre un bandido, o exiliaros en alguna tierra allá abajo, con el temor constante de que nuestros agentes os encontraran. En ambos casos, deberíais renunciar a vuestro nombre y a vuestro estado. No se nos ocurre ni siquiera la sospecha de que un hombre de vuestra calidad pueda venderse a los ingleses. ¿Qué venderíais, además? El ser vos una espía es un secreto que, para venderlo, deberíais ya revelarlo, y una vez revelado no valdría ya nada, sino una puñalada. En cambio, volviendo, con indicios incluso modestos, tendréis derecho a nuestra gratitud. Haríamos mal en licenciar a un hombre que habrá demostrado saber afrontar bien una misión tan difícil. El resto dependerá de vos. La gracia de los grandes, una vez adquirida, debe tratarse con cuidado, para no perderla, y alimentarse con servicios, para así perpetuarse: decidiréis entonces si vuestra lealtad hacia Francia será de tal especie que os aconseje dedicar vuestro futuro a su rey. Dicen que ha sucedido a otros, nacer en otro lugar y hacer fortuna en París.

El Cardenal estaba proponiéndose como modelo de lealtad premiada. Pero para Roberto, sin duda, en ese momento, no era una cuestión de recompensas. El Cardenal había hecho vislumbrar una aventura, nuevos horizontes, y había infundido una

sabiduría del vivir cuya ignorancia, quizá, le había hurtado hasta entonces la consideración ajena. Quizá era un bien aceptar la invitación de la suerte, que lo alejaba de sus penas. En cuanto a la otra invitación, la de tres noches antes, todo habíasele aclarado mientras el cardenal empezaba su discurso. Si Otro había tomado parte en una conjura, y todos creían que era él, Otro sin duda había conjurado para inspirarle a Ella la frase que lo había torturado de regocijo y enamorado de celos. Demasiados Otros, entre él y la realidad. Y entonces, tanto mejor aislarse en los mares, donde habría podido poseer a la amada de la única manera que le era concedido. Al fin, la perfección del amor no es ser amado, sino ser Amante.

Hincó una rodilla y dijo:

—Eminencia, soy vuestro.

O, por lo menos, así quisiera yo, pues no me parece comedido hacerle dar un salvoconducto que recite «C'est par mon ordre et pour le bien de l'état que le porteur du présent a fait ce qu'il a fait».

CURIOSIDADES INAUDITAS

Si el *Daphne*, como el *Amarilis*, había sido enviado en búsqueda del punto fijo, entonces el Intruso era peligroso. Roberto sabía ya de la lucha sorda entre los Estados de Europa para apoderarse de aquel secreto. Tenía que prepararse muy bien y jugar con astucia. Evidentemente, el Intruso al principio había actuado de noche, luego habíase movido al descubierto cuando Roberto había empezado a velar, aunque fuera en el camarote, durante el día. ¿Tenía pues que desconcertar sus designios, hacerle la impresión de que dormía de día y de que velaba de noche? Para qué, aquél habría mudado hábito. No, más bien debía impedirle toda previsión, volverlo inseguro sobre sus propios designios, hacerle creer que dormía cuando velaba y dormir cuando aquél creía que estaba despierto...

Habría debido intentar imaginar qué pensaba él que él pensaba, o qué pensaba que él pensaba que él pensaba... Hasta aquel momento el Intruso había sido su sombra, ahora Roberto habría debido convertirse en la sombra del Intruso, aprender a seguir las huellas de quien caminaba detrás de las suyas. ¿Mas no habría podido continuar al infinito aquese mutuo acecho, el uno enfilando una escalera cuando el otro bajaba por la opuesta, el uno en la bodega cuando el otro estaba vigilante en la cubierta, el otro precipitándose a la segunda cubierta cuando el uno volvía a subir, a lo mejor, por el exterior a lo largo de las amuradas?

Cualquier persona sensata habría decidido inmediatamente proseguir con la exploración del resto del navío, pero no olvidemos que Roberto ya no era sensato. Había cedido una vez más al aguardiente, y convenciase de que lo hacía para darse fuerzas. A un hombre a quien el amor había inspirado siempre la espera, aquel bebedizo no podía inspirar la decisión. Procedía, pues, lentamente, creyéndose una exhalación. Creía dar un salto, y andaba a gatas. Tanto más que aún no osaba salir al descubierto de día, y sentíase fuerte de noche. Ahora que la noche había bebido, y actuaba como un haragán. Que era lo que su enemigo quería, decíase por la mañana. Y para cobrar valor, enganchábase a la espita.

En cualquier caso, hacia la tarde del quinto día había decidido llevarse a aquella parte de la bodega que todavía no había visitado, por debajo del pañol de los bastimentos. Daba en la cuenta de que en el *Daphne* habíase aprovechado al máximo el espacio, y entre la segunda puente y la bodega habían sido montados mamparos y cucharros, con la finalidad de obtener compartimentos conectados por escalas de

tojines; y había entrado en la corrulla de las jarcias, tropezando con rollos de cuerdas de todo tipo, aún impregnadas de agua marina. Había bajado aún más abajo y había dado en la *secunda carina*, entre cajones y envoltorios de diferentes tipos.

Halló más comida y otros barriles de agua dulce. Debía alegrarse por ello, pero lo hizo sólo porque habría podido conducir su caza hasta el infinito, con el placer de retrasarla. Que es el placer del miedo.

Detrás de los barriles de agua encontró otros cuatro de aguardiente. Subió a la despensa y volvió a controlar las cubetas de allá arriba. Eran todas de agua, signo de que el barril de aguardiente que allí había encontrado el día de antes había sido llevado de abajo a arriba, con la finalidad de tentarle.

Antes que preocuparse por la emboscada, volvió a bajar a la bodega, llevó arriba otro barril de licor, y siguió bebiendo.

Luego regresó a la bodega, imaginémos en qué estado, y se detuvo sintiendo el hedor de la podredumbre que había calado la sentina. Más abajo no se podía ir.

Debía ir, por tanto, hacia atrás, hacia la popa, pero la lámpara estaba apagándose y había tropezado con algo, comprendiendo que estaba procediendo entre el lastre, precisamente allá donde en el *Amarilis* el doctor Byrd había hecho construir el alojamiento para el perro.

Precisamente en la bodega, entre manchas de agua y desechos de la comida estibada, divisó la huella de un pie.

Estaba ya tan seguro de que un Intruso estaba a bordo, que su único pensamiento fue que por fin había obtenido la prueba de no estar borracho, que es la prueba que los borrachos buscan a cada paso. En cualquier caso, la evidencia era evidente, si así podía llamarse ese avanzar entre oscuridad y reflejos de linterna. Seguro ya de que el Intruso existía, no pensó que, después de tanto ir y venir, la huella podía haberla dejado él mismo. Volvió a subir, decidido a dar batalla.

Era el ocaso. Era la primera puesta de sol que veía, después de cinco días de noches, albas y auroras. Pocas nubes negras casi paralelas bordeaban la Isla más lejana para espesarse a lo largo de la cima, y de allí flameaban como saetas, hacia el sur. La costa destacábase sombría contra el mar ya color tinta clara, mientras el resto del cielo aparecíase de un color manzanilla, mortecino y enervado, como si el sol no estuviera celebrando allá atrás su sacrificio, antes se adormeciera lentamente y pidiera al cielo y al mar que acompañaran en voz baja este su acostarse.

Roberto tuvo, en cambio, un regreso de espíritus guerreros. Decidió confundir al enemigo. Fue al tabuco de los relojes y transportó sobre la cubierta todos los que podía, colocándolos como barras y bolillos de un juego de trucos, uno contra la mayor,

tres en el alcázar, uno contra el cabestrante, otros más alrededor del trinquete, y uno en cada puerta y escotilla, de manera que quien intentara pasar en la obscuridad habríase topado con ellos.

Luego había cargado los relojes mecánicos (sin considerar que actuando de esa guisa hacíalos perceptibles al enemigo que quería sorprender) y dado la vuelta a las clepsidras. Miraba una y otra vez la puente sembrada de máquinas del Tiempo, orgulloso de su ruido, seguro de que éste habría alterado al Enemigo y habría retrasado su camino.

Después de haber predispuesto esos inofensivos garlitos, cayó víctima de ellos él el primero. Mientras descendía la noche en un mar serenísimo, iba de una a otra de aquellas moscas de metal, escuchando su zumbido de muerta esencia, contemplando esas gotitas de eternidad consumirse una a una, recelando de esa horda de polillas sin boca voraces (así escribe, de verdad), esas ruedas dentadas que le desgarraban el día en jirones de instantes y consumían la vida en una música de muerte.

Recordaba una frase del padre Emanuel, «¡qué Espectáculo jubilosísimo si a través de una Ventanilla del Pecho pudieran traslucirse los movimientos del Corazón, como en los Reloxes!» Se quedaba siguiendo, a la luz de las estrellas, el lento rosario de granos de arena murmurado por una clepsidra, y meditaba sobre aquellos haces de momentos, sobre aquellas sucesivas anatomías del tiempo, sobre aquellas fisuras por las cuales a cada instante gotean las horas.

Pero del ritmo del tiempo que pasa sacaba el presagio de la propia muerte, a la cual estíbale aproximando movimiento a movimiento, acercaba el ojo miope para descifrar ese logogrifo de fugas, con trémulo tropo transformaba una máquina de agua en un fluido férretro, y al final renegaba contra aquellos astrólogos burladores, capaces de preanunciarle sólo las horas ya pasadas.

Y quién sabe qué más habría escrito si no hubiera experimentado la necesidad de abandonar sus mirabilia poética, como antes había dejado sus mirabilia chronometrica: y no por voluntad propia sino porque, teniendo en las venas más aguardiente que vida, había dejado que gradualmente aquel tic tac convirtiérase para él en una tosiga canción de cuna.

La mañana del sexto día, despertado por las últimas máquinas aún jadeantes, vio, en medio de los relojes, todos fuera de su lugar, escarbar a dos pequeñas grullas (¿eran grullas?) que, picoteando inquietas, habían tirado y quebrantado una clepsidra de las más bellas.

El Intruso, en absoluto amedrentado (y en efecto, ¿por qué debía estarlo, él que sabía perfectamente quién estaba a bordo?), burla absurda por absurda burla, había libertado de la entrecubiertas a los dos animales. Para transformar *mi* navío, lloraba Roberto, para demostrar que es más poderoso que yo...

Y por qué aquellas grullas, preguntábase acostumbrado a ver todos los acontecimientos como signo y todos los signos como empresa. ¿Qué habrá querido significar? Intentaba recordar el sentido simbólico de las grullas, en la medida que recordaba del Picinelli o del Valeriano, y no encontraba respuesta. Ahora bien, nosotros sabemos perfectamente que no había ni fin ni concepto en aquel Serrallo de los Estupores. El Intruso ahora estaba saliéndose de seso como él; pero Roberto no podía saberlo, e intentaba leer lo que no era sino un garabato arrebatado.

Te atrapo, te atrapo maldito, había gritado. Y, aún somnoliento, había echado mano de la espada y se había abalanzado de nuevo hacia la bodega, rodando por el pie de carnero y yendo a parar en un paraje aún inexplorado, entre atados de fajinas y montones de pequeños troncos cortados recientemente. Al caer había golpeado los troncos, y revolcándose con ellos dio con la cara en un enjaretado, respirando de nuevo el olor asqueroso de la sentina. Y vio, a la altura del ojo, moverse unos escorpiones.

Era probable que con la madera hubieran sido estibados también algunos insectos, y no sé si eran precisamente escorpiones, pero Roberto así los vio, introducidos naturalmente por el Intruso para que lo envenenasen. Para substraerse a ese peligro, habíase puesto a renquear hacia arriba por la escalerilla; encima de aquellos leños corría y permanecía en el lugar, antes, perdía el equilibrio y tenía que aferrarse a la escala. Por fin había conseguido subir y habíase descubierto un corte en un brazo.

Se había herido sin duda con su misma espada. Y he aquí que Roberto, en vez de pensar en la herida, vuelve a la leñera, busca afanosamente entre los baos su arma, que estaba manchada de sangre, se la lleva al alcázar y vierte aguardiente sobre la hoja. Luego, no obteniendo alivio, reniega de todos los principios de su ciencia y vierte el licor sobre el brazo. Invoca a algunos santos con demasiada familiaridad, corre afuera, donde está empezando un gran aguacero, bajo el cual las grullas desaparecen volando. El buen chaparrón lo despierta: se preocupa por los relojes, corre aquí y allá para ponerlos al abrigo, se hace de nuevo daño, en un pie que le queda atrapado en una rejilla, vuelve a cubierto a coxcojita en un pie como una grulla, se desnuda y, por toda reacción a esos acontecimientos sin sentido, se pone a escribir mientras la lluvia primero se espesa, luego se calma, vuelve una que otra hora de sol, y desciende al fin la noche.

Y mejor para nosotros que escriba, así podemos entender qué le había acaecido y qué había descubierto en el transcurso de su viaje en el *Amarilis*.

ESPEJO DE NAVEGANTES

El *Amarilis* había salido de Holanda y había hecho una rápida escala en Londres. Aquí había cargado furtivamente algo, de noche, mientras los marineros formaban un cordón entre la puente y la bodega, y Roberto no había conseguido entender de qué se trataba. Luego había zarpado hacia el suroeste.

Roberto describe divertido la compañía que había encontrado a bordo. Parecía que el capitán había puesto el mayor esmero en elegir pasajeros soñadores y estrambóticos, para usarlos como pretexto de la partida, sin preocuparse si luego los perdía durante el viaje. Dividíanse en tres formaciones: los que habían entendido que el navío habría navegado hacia poniente (como una pareja de galicianos que quería reunirse con el hijo en Brasil y un viejo judío que había hecho voto de peregrinar a Jerusalén por la vía más larga), los que todavía no tenían una idea clara sobre la extensión del globo (como algunos calaveras que habían decidido probar fortuna en las Molucas y las habrían alcanzado mejor por la vía de Levante), y por fin, otros que habían sido embaucados a lo grande, como un grupo de herejes de los valles piemonteses que querían unirse a los puritanos ingleses en las costas septentrionales del Nuevo Mundo, y no sabían que el navío se habría dirigido directamente hacia el sur, haciendo la primera escala en Recife. Cuando estos últimos habían dado en la cuenta del engaño, estaban llegando precisamente a aquella colonia, entonces en mano holandesa, y aceptaron en cualquier caso que los dejaran en aquel puerto protestante, por temor de correr mayores peligros entre los portugueses. En Recife el navío había embarcado a continuación un caballero de Malta con cara de filibustero, el cual habíase propuesto volver a encontrar una ínsula, de la que habíale hablado un veneciano y que había sido bautizada Escondida, cuya posición no conocía, y nadie más en el *Amarilis* había oído jamás el nombre. Signo de que el capitán sus pasajeros buscábaselos, como se suele decir, con candil.

Y tampoco se habían preocupado del bienestar de aquella pequeña muchedumbre que se apiñaba en la segunda cubierta: mientras habían atravesado el Atlántico, la comida no había faltado, y algún bastimento se había hecho en las costas americanas. Pero, después de una navegación entre larguísimas nubes hiladas de copos y un cielo celeste de azul, allende el Fretum Magellanicum, casi todos, menos los huéspedes de grado, habían estado, durante por lo menos dos meses, bebiendo agua que daba lombrices, comiendo bizcocho que olía a orina de rata. Y algunos hombres de la chusma junto con muchos pasajeros habían muerto de escorbuto.

Para hacer aguada, el navío había remontado al oeste las costas del Chile, y había dado fondo en una isla desierta que las cartas de marear llamaban Más Afuera. Habían permanecido allí tres días. El clima era sano, y la vegetación lozana, tanto que el caballero de Malta había dicho que habría sido una gran fortuna naufragar un día en aquellas riberas y vivir feliz allí, sin desear ya el regreso a la patria; y había intentado convencerse de que aquélla era Escondida. Escondida o no, si hubiera permanecido allí —decíase Roberto en el *Daphne*— ahora no estaría aquí, temiendo un Intruso sólo porque he visto su pie estampado en la bodega.

Luego había habido vientos contrarios, decía el capitán, y el navío había ido contra toda buena razón hacia el norte. Roberto los vientos contrarios no los había notado, antes, cuando habíase decidido aquella desviación, el navío corría a toda vela, y para descaecer el rumbo había sido necesario tomar por abante. Probablemente el doctor Byrd y los suyos necesitaban proceder a lo largo del mismo meridiano para hacer sus experimentos. El caso es que habían llegado a las islas Galápagos, donde habíanse divertido volcando sobre el lomo enormes tortugas, y cocinándolas en su misma concha. El maltés había consultado durante largo tiempo ciertos papeles suyos y había decidido que aquélla no era Escondida.

Restablecido el derrotero hacia poniente, y bajados allende el grado veinte y cinco de latitud sur, volvieron a hacer aguada en una isla de la cual los mapas no daban noticias. No presentaba otro encanto que la soledad, pero el caballero —que no soportaba la comida de a bordo y alimentaba una fuerte aversión hacia el capitán habíale dicho a Roberto qué hermoso habría sido tener a su alrededor una gavilla de bravos, valientes y desconsiderados, tomar posesión del navío, abandonar al capitán, y a quien hubiera querido seguirle, en un esquite, quemar el *Amarilis*, e instalarse en aquella tierra, una vez más, lejos de todo mundo conocido, para construir una nueva sociedad. Roberto le preguntó si aquélla era Escondida, y aquél meneó tristemente la cabeza.

Volviendo a subir hacia el noroeste con el favor de los alisios, habían encontrado un grupo de islas pobladas por salvajes con la piel color ámbar, con los que habían intercambiado obsequios, participando en sus fiestas, muy alegres, y animadas por doncellas que bailaban con la donosura de ciertas hierbas que agitábanse en la playa casi a flor del agua. El caballero, que no debía de haber pronunciado voto de castidad, con el pretexto de retratar a algunas de aquellas criaturas (y lo hacía con cierta habilidad), tuvo modo, sin duda, de unirse carnalmente con algunas de ellas. El marinaje quiso imitarlo, y el capitán anticipó la salida. El caballero dudaba si permanecer: le parecía un modo hermosísimo de concluir su vida, pasar sus días

dibujando *alia grossa*. Pero luego decidió que aquélla no era Escondida.

Después plegaron aún hacia el noroeste y encontraron una isla con unos bárbaros harto pacíficos. Detuviéronse dos días y dos noches, y el caballero de Malta dio en contarles historias: contábaselas en un dialecto que ni siquiera Roberto entendía, y tanto menos ellos, pero se ayudaba con dibujos en la arena, y gesticulaba como un actor de comedias, consiguiendo el entusiasmo de los nativos, que lo celebraron como «¡Tusitala, Tusitala!»). El caballero ponderó con Roberto lo hermoso que habría sido acabar sus propios días entre aquella gente, contándoles todos los mitos del universo.

—¿Pero es ésta Escondida? —había preguntado Roberto.

El caballero había meneado la cabeza.

Él ha muerto en el naufragio, reflexionaba Roberto en el *Daphne*, y yo he hallado quizá su Escondida, mas no podré contárselo jamás, ni contárselo a nadie. Quizá por eso escribía a su Señora. Para sobrevivir, hace falta contar historias.

El último castillo de viento del caballero lo formó una tarde, a poquísimos días y no lejos del lugar del naufragio. Estaban costeando un archipiélago, que el capitán había decidido no allegar, dado que el doctor Byrd parecía ansioso de proseguir de nuevo hacia el Ecuador. En el transcurso del viaje había quedado patente para Roberto que el proceder del capitán no era el de los navegantes de los que había oído contar, que tomaban nota detallada de todas las nuevas tierras, perfeccionando sus cartas de navegación, dibujando la forma de las nubes, trazando la línea de las costas, recogiendo objetos bárbaros... El *Amarilis* procedía como si fuera el antro viajante de un alquimista ocupado sólo de su Obra al Negro, indiferente del gran mundo que abríase ante él.

Era el ocaso, el juego de las nubes con el cielo, contra la sombra de una ísia, dibujaba por un lado unos peces esmeraldinos que navegaban sobre la cima. Por el otro llegaban enojadas bolas de fuego. Por encima, nubes grises. Inmediatamente después, un sol inflamado estaba desapareciendo detrás de la isla, pero un amplio color de rosa reflejábese sobre las nubes, sangrientas en la franja inferior. Después de pocos segundos más, el incendio tras la isla habíase dilatado hasta dominar el navío. El cielo era todo un brasero sobre un fondo de pocos hilos cerúleos. Y luego aún, sangre por doquier, como si réprobos fueran devorados por una bandada de tiburones.

—Quizá sería justo morir ahora —dijo el caballero de Malta—. ¿No os asalta el deseo de dejaros caer de una boca de cañón y deslizaras al mar? Sería rápido, y en ese momento sabríamos todo...

—Sí, pero en cuanto lo supiéramos, dejaríamos de saberlo —dijo Roberto.

Y el bajel había proseguido su viaje, adentrándose entre mares de sepia.

Los días transcurrían incommutables. Como había previsto Mazarino, Roberto no podía tener relaciones sino con los gentileshombres. Los marineros eran galeotes que daba espanto encontrar en la cubierta de noche. Los viajeros estaban hambrientos, enfermos y orantes. Los tres ayudantes de Byrd no habrían osado sentarse a su mesa, y se escurrían silenciosos llevando a cabo las órdenes. El capitán era como si no existiera: a la tarde ya estaba borracho y, además, hablaba sólo flamenco.

Byrd era un britano delgado y enjuto con una gran cabeza pelirroja que podía servir para linterna de galeón. Roberto, que intentaba lavarse en cuanto podía, aprovechando la lluvia para enjuagar los vestidos, no le había visto jamás, en tantos meses de navegación, cambiar camisa. Afortunadamente, incluso para un joven avezado a los salones de París, la hedentina de un navío es tal que el de los propios semejantes ya no lo advierte.

Byrd era un recio bebedor de cerveza, Roberto había aprendido a hacerle frente, simulando engullir y dejando más o menos el líquido en el vaso al mismo nivel. Empero parecía que Byrd hubiere sido instruido sólo para llenar vasos vacíos. Y como siempre estaba vacío el suyo, ése llenaba, levantándolo para hacer brindis. El caballero no bebía, escuchaba y hacía alguna pregunta.

Byrd hablaba un discreto francés, como todo inglés que en aquella época quisiera viajar fuera de su isla, y había sido conquistado por los relatos de Roberto sobre el cultivo de las vides en el Monferrato.

Roberto había escuchado educadamente cómo se hacía la cerveza en Londres. Luego habían discutido del mar. Roberto navegaba por vez primera y Byrd tenía el aspecto de no querer hablar demasiado de ello. El caballero planteaba sólo preguntas que concernieran al punto en el que pudiese hallarse Escondida, y pues no suministraba ningún indicio, no obtenía respuestas.

Aparentemente, el doctor Byrd hacía aquel viaje para estudiar las flores, y Roberto lo había puesto a prueba sobre aquel argumento. Byrd, desde luego, no era ignaro de asuntos herbarios, y esto le dio manera de demorarse en largas explicaciones, que Roberto demostraba escuchar con interés. En cada tierra, Byrd y los suyos recogían de verdad vegetales, aunque no con el esmero de estudiosos que hubieran emprendido el viaje con esa finalidad, y muchas veladas transcurrieron examinando lo que habían encontrado.

Los primeros días, Byrd había intentado conocer el pasado de Roberto, y del caballero, como si sospechara de ellos. Roberto había dado la versión concordada en

París: saboyano, había combatido en Casal en el flanco de los Imperiales, habíase metido en problemas primero en Turín, y luego en París con una serie de duelos, había tenido la desventura de herir a un protegido del Cardenal, y por tanto había elegido la vía del Pacífico para poner mucha agua entre sí mismo y sus perseguidores. El caballero contaba muchísimas historias, algunas se desarrollaban en Venecia, otras en Irlanda, otras aun en la América meridional, pero no se entendía cuáles eran suyas y cuáles de los demás.

Por fin, Roberto había descubierto que a Byrd gustábale hablar de mujeres. Había inventado furibundos amoríos con furibundas cortesanas, y al doctor le brillaban los ojos, y se prometía que un día visitaría París. Luego se refrenó, y observó que los papistas son todos corruptos. Roberto hizo notar que muchos entre los saboyanos eran casi hugonotes. El caballero se santiguó y volvió a tomar el discurso sobre las mujeres.

Hasta el desembarco en Más Afuera, la vida del doctor parecía haberse desarrollado según ritmos regulares, y si había hecho observaciones a bordo era mientras los demás estaban en tierra. Durante la navegación entreteníase de día en cubierta, se quedaba levantado con sus comensales hasta la madrugada y dormía, sin duda, de noche. Su alojamiento era contiguo al de Roberto, tratábase de dos saeteras angostas separadas por un tabique, y Roberto velaba despierto escuchando.

En cuanto entraron en el Pacífico, los hábitos de Byrd mudaron. Después de la parada en Más Afuera, Roberto lo había visto alejarse cada mañana de siete a ocho, mientras antes acostumbraban encontrarse a aquella hora para un desayuno. Durante todo el período en que el navío se había dirigido hacia el norte, hasta la isla de las tortugas, Byrd alejábase, en cambio, hacia las seis de la mañana. En cuanto el navío hubo dirigido de nuevo la proa hacia el oeste, había anticipado la madrugada hacia las cinco, y Roberto oía a uno de los ayudantes cuando iba a despertarle. Luego, gradualmente, se había despertado a las cuatro, a las tres, a las dos.

Roberto podía controlarlo porque había llevado consigo un pequeño reloj de arena. Al anochecer, como un remolón, pasaba cerca de la bitácora donde, junto a la brújula que flotaba en su aceite de ballena, había una tablilla en la que el piloto, partiendo de las últimas observaciones, marcaba la posición y la hora presuntas. Roberto tomaba buena nota, luego iba a darle la vuelta a su reloj, y volvía a hacerlo cuando le parecía que la hora iba a acabar. Así, incluso retrasándose después de cenar, podía calcular siempre la hora con cierta certeza. De esa manera, habíase convencido de que Byrd se alejaba cada día un poco antes, y si seguía a ese ritmo, un buen día habríase apartado a

media noche.

Después de lo que había aprendido Roberto, tanto de Mazarino como de Colbert y de sus hombres, no hacían falta muchas luces para deducir que las fugas de Byrd correspondían al sucesivo transcurrir de los meridianos. Así pues, era como si desde Europa alguien, cada día al medio día de las Canarias o a una hora fija de otro lugar, lanzara una señal, que Byrd iba a recibir a alguna parte. ¡Conociendo la hora a bordo del *Amarilis*, Byrd podía así conocer la propia longitud!

Habría sido suficiente seguir a Byrd cuando se alejaba. No era fácil. Mientras desaparecía de buena mañana era imposible seguirle inobservado. Cuando Byrd empezó a ausentarse en las horas oscuras, Roberto oía perfectamente cuándo se alejaba, pero no podía irle detrás inmediatamente. Esperaba, entonces, un poco, y luego trataba de encontrar sus huellas. Todo esfuerzo habíase demostrado vano. No digo de las muchas veces que, intentando un camino en la obscuridad, Roberto acababa entre las hamacas del marinaje, o tropezaba con los peregrinos; pero más y más veces se había topado con alguien que a aquella hora habría debido dormir: así pues, alguien vigilaba siempre.

Cuando se encontraba con una de estas espías, Roberto aludía a su habitual insomnio y salía a cubierta, consiguiendo no despertar sospechas. Desde hacía tiempo se había hecho la fama de un mal acondicionado que soñaba de noche con los ojos abiertos y pasaba el día con los ojos cerrados. Pero cuando luego daba en la puente, donde se encontraba con el marinero de turno con el que cambiar alguna palabra, si por casualidad conseguían entenderse, la noche estaba ya perdida.

Esto explica por qué los meses pasaban, Roberto estaba cerca de descubrir el misterio del *Amarilis*, y todavía no había tenido modo de husmear donde habría querido.

Con todo, había empezado, desde el principio, a intentar inducir a Byrd a alguna confidencia. Y había imaginado un método que Mazarino no había sido capaz de sugerirle. Para satisfacer sus curiosidades, planteaba de día preguntas al caballero, que no sabía contestarle. Le hacía notar entonces que lo que él preguntaba era de gran importancia, si él hubiera querido encontrar de verdad Escondida. Así el caballero por la noche le hacía las mismas preguntas al doctor.

Una noche en el combés miraban las estrellas y el doctor había observado que debía de ser media noche. El caballero, instruido por Roberto pocas horas antes, había dicho:

—Quién sabe qué hora es en este momento en Malta...

—Fácil —habíasele escapado al doctor. Luego habíase corregido—: Es decir, muy difícil, amigo mío.

El caballero se había asombrado de que no se pudiera deducirlo del cálculo de los meridianos:

—¿No tarda el sol una hora en recorrer quince grados de meridiano? Así pues, basta con decir que estamos a tantos grados de meridiano del Mediterráneo, dividir por quince, conocer como conocemos nuestra hora, y saber qué hora es allá abajo.

—Vuestra Merced parece uno de aqueos astrónomos que se pasan la vida cotejando cartas de navegación sin navegar jamás. Si no, sabría que es imposible saber en qué meridiano nos hallamos.

Byrd había repetido más o menos lo que Roberto ya sabía, pero el caballero ignoraba. Sobre esto, sin embargo, Byrd se había mostrado locuaz:

—Nuestros antiguos pensaban tener un método infalible trabajando sobre los eclipses lunares. Vuestras Mercedes saben qué es un eclipse: es un momento en el que el sol, la tierra y la luna están en una sola línea y la sombra de la tierra se proyecta sobre la cara de la luna. Como es posible prever el día y la hora exacta de los eclipses futuros, y basta tener consigo las tablas del Regiomontano, supongan que saben que un determinado eclipse deberá producirse en Jerusalén a las doce de la noche, y Vuestras Mercedes lo observan a las diez. Sabrán entonces que de Jerusalén les separan dos horas de distancia y que, por tanto, su punto de observación está a treinta grados de meridiano al oeste de Jerusalén.

—Perfecto —dijo Roberto—, ¡alabados sean los antiguos!

—Ya, pero este cálculo funciona hasta un cierto punto. El gran Colón, en el curso de su segundo viaje, calculó sobre un eclipse mientras estaba anclado en el mar de Hispaniola, y cometió un error de 23 grados al oeste, lo que significa ¡hora y media de diferencia! ¡Y en el cuarto viaje, de nuevo con un eclipse, equivocóse de dos horas y media!

—¿Se equivocó él o se había equivocado Regiomontano? —preguntó el caballero.

—¡Quién sabe! En un navío, que no deja de moverse incluso cuando está anclado, siempre es difícil hacer mediciones perfectas. O quizá sepan que Colón quería demostrar a toda costa que había alcanzado el Asia y, por tanto, su deseo llevábale a errar, para demostrar que había llegado mucho más lejos de lo que estaba... ¿Y las distancias lunares? Han estado muy de moda en los últimos cien años. La idea tenía (¿cómo podría decir?) cierto *Wit*. Durante su curso mensual, la luna hace una revolución completa de oeste a este contra el camino de las estrellas, y es, pues, como

la saetilla de un reloj celeste que recorra el cuadrante del Zodíaco. Las estrellas se mueven a través del cielo de este a oeste a unos 15 grados por hora, mientras en el mismo período la luna se mueve 14 grados y medio. Así pues la luna se diferencia, con respecto a las estrellas, de medio grado cada hora. Ahora bien, los antiguos pensaban que la distancia entre la luna y una *fixed sierre*, cómo se dice, una estrella fija, en un instante particular, era la misma para cualquier observador desde cualquier punto de la Tierra. Luego bastaba con conocer, gracias a las acostumbradas tablas o *ephemerides*, y observando el cielo con la *astronomers staffe, the Crosse...*

—¿La ballestilla?

—Precisamente, con esta *cross* uno calcula la distancia entre la luna y aquella estrella en una determinada hora de nuestro meridiano de origen, y sabe que, a la hora de su observación en el mar, en la ciudad tal es la hora tal. Una vez conocida la diferencia de tiempo, la longitud se encuentra. Pero, pero... —y Byrd había hecho una pausa para cautivar aún más a sus interlocutores—, está la *Parallaxes*. Es una cosa muy complicada que no me atrevo a explicarles, debido a la diferencia de refracción de los cuerpos celestes a diferentes alturas sobre el horizonte. Así pues, con la *parallaxes* la distancia encontrada aquí no sería la misma que encontrarían nuestros astrónomos allá abajo en Europa.

Roberto se acordaba de haberles oído a Mazarino y a Colbert un asunto de paralajes, y de aquel señor Morin que creía haber encontrado un método para calcularlas. Para poner a la prueba el saber de Byrd le había preguntado si los astrónomos no podían calcular las paralajes. Byrd había contestado que se podía, aunque era algo difícilísimo, y el riesgo de error grandísimo.

—Y además —había añadido—, yo soy un profano, y de estas cosas sé poco.

—Así pues, no queda sino buscar un método más seguro —había sugerido entonces Roberto.

—¿Sabe Vuestra Merced lo que dijo su Vespucio? Dijo: en cuanto a la longitud es cosa harto ardua que pocas personas entienden, excepto las que saben abstenerse del sueño para observar la conjunción de la luna y de los planetas. Y dijo: es por la determinación de las longitudes por lo que a menudo he sacrificado el sueño y acertado mi vida diez años... Tiempo perdido, digo yo. *But now behold the skie is over cast with cloudes; wherfore let us haste to our lodging, and ende our talke.*

Algunas noches después le pidió al doctor que le indicara la Estrella Polar. Éste había sonreído: desde aquel hemisferio no podía verse, y era menester hacer referencia a otras estrellas fijas.

—Otra derrota para los buscadores de longitudes —había comentado—. Así no

pueden recurrir ni siquiera a las variaciones de la aguja magnética.

Luego, instado por sus amigos, había repartido una vez más el pan de su saber.

—La aguja de la brújula debería apuntar siempre hacia el norte y, por tanto, en dirección de la Estrella Polar. Y sin embargo, excepto en el meridiano de la Isla del Hierro, en todos los demás lugares se separa del recto polo de la Tramontana, doblándose ahora hacia la parte de levante, ahora hacia la de poniente, según los climas y las latitudes. Si, por ejemplo, desde las Canarias uno se adentra hacia Gibraltar, cualquier marinero sabe que la aguja se inclina más de seis grados de rumbo hacia Maestral, y desde Malta a Trípoli de Barbaria hay una variación de dos tercios de rumbo a la izquierda;

y Vuestras Mercedes saben perfectamente que el rumbo es una cuarta de viento. Ahora bien, estas desviaciones, hase dicho, siguen reglas fijas según las diferentes longitudes. Así pues, con una buena tabla de las desviaciones podrían saber dónde se encuentran. Pero...

—¿Aún un pero?

—Desgraciadamente sí. No existen buenas tablas de las declinaciones de la aguja magnética; quien las ha ensayado ha fracasado, y hay buenas razones para suponer que la aguja no varía de forma uniforme según la longitud. Y además estas variaciones son muy lentas, y por mar es difícil seguirlas, cuando luego, el navío no cabecee de suerte tal que altere el equilibrio de la aguja. Quien se fia de la aguja es un loco.

Otra noche, cenando, el caballero, que rumiaba una media frase dejada caer sin parecer por Roberto, había dicho que quizá Escondida era una de las Islas de Salomón, y había preguntado si estaban cerca.

Byrd habíase encogido de hombros:

—¡Las Islas de Salomón! *Ça n'existe pas!*

—¿No llegó a ellas el capitán Draque? —preguntaba el caballero.

—¡Necedades! Drak descubrió New Albion, en toda otra parte.

—Los españoles en Casal hablaban de ello como de cosa conocida, y decían que las habían descubierto ellos —dijo Roberto.

—Lo dijo aquel Mendaña hace setenta y pico años. Y dijo que estaban entre los grados siete y once de latitud sur. Como decir entre París y Londres. Pero ¿a qué longitud? Queirós decía que están a mil quinientas leguas de Lima. Ridículo. Bastaría escupir desde las costas del Perú para alcanzarlas. Recientemente un español dijo que se trata de siete mil quinientas millas desde el mismo Perú. Demasiado, quizá. Tengan la bondad de mirar estos mapas, algunos los han renovado recientemente, reproduciendo los más antiguos, y otros se nos proponen como el último

descubrimiento. Observen, Vuestras Mercedes, algunos colocan las islas en el meridiano doscientos y diez, otros en el doscientos y veinte, otros más en el doscientos y treinta, por no hablar de quien las imagina en el ciento y ochenta. Aunque uno de ellos tuviera razón, los demás llegarían a un error de cincuenta grados, ¡que es más o menos la distancia entre Londres y las tierras de la Reina de Saba!

—Es realmente digna de admiración la cantidad de cosas que sabe, doctor —había dicho el caballero, colmando el deseo de Roberto, que iba a decirlo él—, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa que tratar de hallar la longitud.

El rostro del doctor Byrd, sembrado de pecas blancuzcas, de golpe habíase sonrojado. Se había llenado el jarro de cerveza, lo había trincado sin respirar.

—Oh, curiosidades de naturalista. En la práctica, no sabría por dónde empezar si tuviera que decirles dónde estamos.

—Mas —había considerado poder aventurar Roberto—, junto a la caña del timón he visto una tabla donde...

—Oh, sí —habíase recobrado enseguida el doctor—, desde luego un navío no va al azar. *They prick the Carde*. Registran el día, la dirección de la aguja y su declinación, de dónde sopla el viento, la hora del reloj de a bordo, las millas recorridas, la altura del sol y de las estrellas, y por ende la latitud, y de eso obtienen la longitud que suponen. Habrán visto, Vuestras Mercedes, alguna vez en popa un marinero que arroja al agua un cordel con una tablilla asegurada en una punta. Es el *loch* o, como algunos dicen, la barquilla. Se deja correr el cordel, el cordel tiene unos nudos cuya distancia expresa medidas fijas, con un reloj al lado se puede saber en cuánto tiempo hase cubierto una distancia determinada. De tal manera, si todo procediere regularmente, se sabría siempre a cuántas millas se halla uno del último meridiano conocido, y de nuevo, con cálculos oportunos, se conocería aquel sobre el que se está pasando.

—Ve Vuestra Merced que hay un medio —había dicho triunfante Roberto, que ya sabía lo que le habría contestado el doctor.

Que el *loch* es cosa que se usa cuando no hay nada mejor, visto que podría decirnos de verdad cuánto camino se ha realizado sólo si el navío procediera en línea recta. Pero como un navío procede como quieren los vientos, cuando los vientos no son favorables, el navío debe moverse por un trecho a estribor y por un trecho a babor.

—Sir Humphrey Gilbert —dijo el doctor—, más o menos en los tiempos de Mendaña, por las partes de Terranova, mientras quería proceder a lo largo del paralelo cuarenta y siete, *encountered winde alwayes so scant*, vientos, cómo decir, tan perezosos y avaros, que movióse largo tiempo y alternativamente entre el paralelo cuarenta y uno y el cincuenta y uno, corriendo por diez grados de latitud, mis señores,

¡lo que sería como si una inmensa sierpe de agua fuera de Napóles a Portugal, primero tocando Le Havre con la cabeza y Roma con la cola, y encontrándose luego con la cola en París y la cabeza en Madrid! Y por tanto es menester calcular las desviaciones, echar cuentas, y estar muy atentos; lo que un marinero no hace jamás, y tampoco puede tener a un astrónomo al lado todo el día. Desde luego, pueden hacerse conjeturas, sobre todo si se va por una ruta conocida, y se juntan los resultados encontrados por los demás. Por ello, desde las costas europeas hasta las costas americanas las cartas de marear dan unas distancias meridianas bastante seguras. Otrosí, desde tierra, también las observaciones sobre los astros algún buen resultado pueden darlo, y sabemos en qué longitud se encuentra Lima. Y también en este caso, amigos míos —decía alegremente el doctor—, ¿qué acontece? —Y miraba con socarronería a los otros dos—. Acontece que este señor —y ponía el dedo sobre un mapa— coloca Roma a treinta grados este a partir del meridiano de las Canarias, pero estotro —y agitaba el dedo como para amenazar paternalmente a quien había dibujado el otro mapa—, ¿este otro señor coloca Roma a cuarenta grados! Y este manuscrito contiene también la relación de un flamenco que sabe mucho, el cual advierte al rey de España que nunca ha habido acuerdo sobre la distancia entre Roma y Toledo, «por los errores tan enormes, como se conoce por esta línea que muestra la diferencia de las distancias» etcétera, etcétera. Y he aquí la línea: si se fija el primer meridiano en Toledo (los españoles creen vivir siempre en el centro del mundo), para Mercator, Roma estaría veinte grados más al este, pero está a veinte y dos para Ticho Brahe, casi a veinte y cinco para Regiomontanus, a veinte y siete para el Clavius, a veinte y ocho para el buen Tolomeo, y para el Origanus, a treinta. Y tantos errores sólo para medir la distancia entre Roma y Toledo. Imaginen entonces lo que sucede con rutas como éstas, donde quizá hemos sido los primeros en tocar ciertas islas, y las relaciones de los demás viajeros son harto indeterminadas. Y añadan que si un holandés ha hecho observaciones justas no se lo dice a los ingleses, ni éstos a los españoles. En estos mares, cuenta el olfato del capitán, que con su pobre loch arguye, pongamos, estar en el meridiano doscientos y veinte, y a lo mejor está a treinta grados más allá o más acá.

—Entonces —intuyó el caballero—, quien encontrara una manera de establecer los meridianos ¡sería el señor de los océanos!

Byrd se sonrojó de nuevo, lo fijó como para entender si hablaba a propósito, luego sonrió como si quisiera morderlo:

—Inténtenlo Vuestras Mercedes.

—Pobre de mí, yo renuncio —dijo Roberto levantando las manos en señal de rendición.

Y por aquella noche, la conversación acabó entre grandes carcajadas.

Durante muchos días Roberto no consideró oportuno volver a hacer referencia al discurso sobre las longitudes. Cambió de argumentó, y para poderlo hacer tomó una decisión intrépida. Con el cuchillo hirióse la palma de una mano. Luego la vendó con los jirones de una camisa que por entonces habíase consumido al agua y a los vientos. Por la noche enseñóle la herida al doctor:

—No tengo ningún juicio, había colocado el cuchillo en el costal, y fuera de su funda, así, hurgando, me he cortado. Quema mucho.

El doctor Byrd examinó la herida con la mirada del hombre de arte, y Roberto rogaba a Dios que trajera una bacia a la mesa y diluyera vitriolo en ella. En cambio, Byrd limitóse a decir que no le parecía nada grave y le aconsejó que la lavara bien por la mañana. Pero por un golpe de suerte, vino en su socorro el caballero:

—¡Vaya, sería menester tener el unguento armario!

—¿Y qué diablos es? —preguntó Roberto.

Y el caballero, como si hubiera leído todos los libros que Roberto ya conocía, se puso a elogiar las virtudes de aquella substancia. Byrd callaba. Roberto, después de la buena tirada del caballero, hizo correr sus dados a su vez:

—¡Pues son cuentos de dueñas! Como la fábula de la mujer embarazada que vio a su amante descabezado y alumbró un niño con la cabeza separada del busto. ¡O como esas campesinas que para castigar al perro que deja sus excrementos en la cocina cogen un tizón y lo clavan en las heces, esperando que el animal sienta quemar las asentaderas! ¡Caballero, no hay persona en su juicio que crea en estas *historiettes!*

Había dado en el blanco, y Byrd no consiguió callar.

—Ah no, señor mío, la historia del perro y de su caca es tan verdadera que alguien hizo lo mismo con un señor que por porfía exoneraba el vientre delante de su casa, ¡y les aseguro que ese tal aprendió a temer aquel lugar! Naturalmente es necesario repetir la operación más y más veces, y por tanto ¡necesitan un amigo, o enemigo, que exonere el vientre ante el umbral de Vuestras Mercedes muy a menudo!

Roberto se reía buenamente como si el doctor bromeara, y con ello le inducía, picado, a aducir buenas razones. Que luego eran, más o menos, las de D'Igby. Pero ya el doctor se había enfervorizado:

—Ya lo creo que sí, mi señor, que tanto se hace el filósofo y desprecia el saber de los cirujanos. Le diré a Vuestra Merced incluso, pues de mierda estamos hablando, que quien tiene mal huelgo debería mantener la boca abierta de par en par sobre el muladar, y al final se encontraría curado: ¡el hedor de todo eso es mucho más fuerte que el de su garganta, y el más fuerte atrae y llévase al más débil!

—¡Vuestra Merced me está revelando cosas extraordinarias, doctor Byrd, y estoy admirado de su sabiduría!

—Aún podría decir más. En Inglaterra, cuando un hombre es mordido por un perro, mátase al animal, aunque no sea rabioso. Podría llegar a serlo, y el germen de la rabia canina, permaneciendo en el cuerpo de la persona que fue mordida, atraería hacia sí los espíritus de la hidrofobia. ¿Han visto alguna vez a las campesinas derramando la leche sobre las ascuas? Arrojan inmediatamente después un puñado de sal. ¡Gran sabiduría la del vulgo! La leche cayendo sobre los carbones se transforma en vapor, y por la acción de la luz y del aire, este vapor, acompañado por átomos de fuego, se extiende hasta el lugar donde se halla la vaca que ha dado la leche. Ahora bien, la teta de vaca es un órgano muy glanduloso y delicado, y ese fuego la calienta, la endurece, produce en ella úlceras, y como la ubre está cerca de la vejiga, irrita también a ésta, provocando la anastomosis de las venas que confluyen en ella, de suerte que la vaca orina sangre.

Dijo Roberto:

—El caballero nos había hablado de ese unguento armario como cosa útil a la medicina, ahora Vuestra Merced nos hace entender que podría usarse también para procurar perjuicios.

—Sin duda, y es por eso por lo que ciertos secretos han de esconderse a los más, para que no se haga mal uso dellos. Sí, mi señor, la polémica sobre el unguento, o sobre el polvo, o sobre eso que nosotros los ingleses llamamos el *Weapon Salve*, es rica de controversias. El caballero nos ha hablado de un arma que, oportunamente tratada, provoca alivio en la herida. Pero cojan la misma arma y colóquenla junto al fuego y el herido, incluso si estuviera a millas de distancia, se desgañitaría de dolor. Y si sumergen la hoja, aún manchada de sangre, en el agua helada, el herido será presa de calofríos.

Aparentemente aquella conversación no le había dicho a Roberto cosas que ya no supiera, incluido que el doctor Byrd sobre el Polvo de Simpatía sabía mucho. Con todo, el discurso del doctor se había detenido demasiado sobre los efectos peores del polvo, y no podía ser una casualidad. Pero qué tenía que ver todo esto con el arco de meridiano, eso era otro cantar.

Hasta que una mañana, aprovechando que un marinero se había caído de una antena fracturándose el cráneo, que en el combés había alboroto, y que el doctor había sido llamado a curar al desventurado, Roberto habíase escurrido en la bodega.

Casi a tientas había conseguido encontrar el camino justo. Quizá había sido la suerte, quizá el animal quejábase más de lo normal aquella mañana: Roberto, poco más o menos allá donde, más tarde, en el *Daphne* habría descubierto las cubetas de aguardiente, encontróse ante un atroz espectáculo.

Bien defendido de las miradas indiscretas, y en un cuartucho construido a su medida, sobre un manto de harapos, yacía un perro.

Quizá era de raza, pero el sufrimiento y las privaciones lo habían reducido a pellejo y huesos. Y con todo, sus verdugos mostraban la intención de mantenerlo vivo: habíanle apercebido de comida y agua en abundancia, e incluso comida no canina, sin duda substraída a los pasajeros.

Yacía sobre un costado, con la cabeza abandonada y la lengua fuera. En el costado abríase una amplia y horrenda herida. Fresca y gangrenosa al mismo tiempo, mostraba dos grandes labios rosáceos, y exhibía en el centro, a lo largo de toda su hendidura, un alma purulenta que parecía secretar requesón. Y Roberto comprendió que la herida presentábase así porque la mano de un cirujano, en vez de coser los labios, había hecho de suerte que permanecieran abiertos y espaciados, fijándolos a la piel.

Hija bastarda del arte, aquella herida había sido no sólo procurada, sino curada con iniquidad, de suerte que no se cicatrizara, y el perro siguiera padeciendo, quién sabe desde cuándo. No sólo, sino que Roberto divisó también, en torno y dentro de la llaga, los residuos de una substancia cristalina, como si un médico (¡un médico, tan cruelmente avisado!) cada día la rociara con una sal irritante.

Impotente, Roberto había acariciado al miserable, que ahora gañía dócil. Habíase preguntado cómo podría socorrerle, pero tocándolo más fuerte lo había hecho sufrir más. Con todo, su piedad estábase dejando vencer por un sentimiento de victoria. No había duda, aquél era el secreto del doctor Byrd, la carga misteriosa embarcada en Londres.

Por lo que Roberto había visto, lo que podía deducir un hombre que supiera lo que él sabía era que el perro había sido herido en Inglaterra y Byrd cuidábase mucho de que permaneciera siempre llagado. Alguien en Londres, cada día a una hora fija y convenida, hacía algo al arma culpable, o a un paño empapado de la sangre del animal, provocándole la reacción. Quizá de alivio, quizá de pena aún mayor, pues el doctor Byrd bien había dicho que con el *Weapon Salve* también podía hacerse daño.

De esa forma, a bordo del *Amarilis* se podía saber en un momento determinado qué hora era en Europa. ¡Conociendo la hora del lugar de tránsito, era posible calcular el meridiano!

No quedaba sino esperar a la prueba de los hechos. En aquel período Byrd se

alejaba siempre alrededor de las once: estaban, por tanto, acercándose al antimeridiano. Roberto habría debido esperarle escondido junto al perro, hacia esa hora.

Fue afortunado, si de Fortuna puede hablarse para con esa otra fortuna que habría llevado aquel navío, y a todos aquellos que lo habitaban, al último de los infortunios. Aquella tarde el mar estaba ya muy agitado, y eso había dado modo a Roberto de acusar náuseas y sobresaltos de estómago, y de refugiarse en cama, desertando la cena. A la primera obscuridad, cuando nadie pensaba todavía en montar la guardia, había bajado furtivo a la bodega, llevando sólo un eslabón y una cuerda embreada con la que iluminaba el camino. Habíase allegado al perro y había visto, encima de su cubil, un sollado cargado de brazadas de paja, que servía para renovar los jergones apestados de los pasajeros. Habíase abierto camino entre aquel material, y habíase excavado un nicho, desde el cual no podía ver ya al perro, pero podía espiar a quien le estaba delante, y seguramente escuchar todos los discursos.

Había sido una espera de horas, hechas más largas por los gemidos del desdichadísimo animal, pero por fin había escuchado otros ruidos y divisado unas luces.

A cabo de poco, veíase testigo de un experimento que tenía lugar a pocos pasos de él, presentes el doctor y sus tres ayudantes.

—¿Estás anotando, Cavendish?

—Aye, aye, doctor.

—Así pues, esperemos. Se queja demasiado esta noche.

—Siente el mar.

—Quieto, quieto, Hakluyt —decía el doctor que estaba calmando al perro con alguna hipócrita caricia—. Hemos hecho mal en no fijar una secuencia fija de acciones. Habría que empezar siempre por el lenitivo.

—No estaría tan seguro, doctor, algunas noches a la hora justa duerme, y hay que despertarlo con una acción irritante.

—Atentos, me parece que se agita... Quieto, Hakluyt... ¡Sí, se agita! —El perro estaba emitiendo ahora inhumanos gañidos—. Han expuesto el arma al fuego, ¡registra la hora Withrington!

—Aquí son las once y media, más o menos.

—Controla los relojes, deberían pasar unos diez minutos.

El perro siguió aullando durante un tiempo interminable. Luego emitió un sonido diferente, que se apagó en un «grr grr», que tendía a debilitarse, hasta que dejó lugar al silencio.

—Bien —estaba diciendo el doctor Byrd—, ¿qué hora es, Withrington?

—Debería corresponder. Falta un cuarto a media noche.

—No cantemos victoria. Esperemos el control.

Siguió otra espera interminable, luego el perro, que evidentemente se había adormecido al experimentar alivio, gritó de nuevo como si le hubieran pisado la cola.

—¿Tiempo, Withrington?

—La hora ha transcurrido, faltan pocos granillos de arena.

—El reloj da ya la media noche —dijo una tercera voz.

—Me parece que basta. Ahoja señores —dijo el doctor Byrd—, espero que cesen inmediatamente la irritación, el pobre Hakluyt no lo aguanta. Agua y sal, Hawlse, y la venda. Quieto, quieto, Hakluyt, ahora estarás mejor... Duerme, duerme, escucha a tu amo que está aquí, se ha acabado... Hawlse, el somnífero en el agua.

—Aye, aye, doctor.

—Aquí está, bebe Hakluyt, quieto, vamos, bebe la agüilla buena...

Un tímido gruñir aún, luego silencio de nuevo.

—Excelente, señores —estaba diciendo el doctor Byrd—, si este maldito navío no se zarandea de esta manera indecente, podríamos decir que hemos tenido una buena velada. Mañana por la mañana, Hawlse, la sal habitual sobre la herida. Saquemos las sumas, señores. En el momento decisivo, estábamos aquí próximos a la media noche, y en Londres nos señalaban que era mediodía. Estamos en el antimeridiano de Londres, y por tanto en el ciento y noventa y ocho de las Canarias. Si las Islas de Salomón están, como quiere la tradición, en el antimeridiano de la Isla del Hierro, y si estamos en la latitud justa, navegando hacia el oeste con un buen viento en popa deberíamos allegar a Sant Christoval, o como rebauticemos a esa maldita isla. Habremos encontrado lo que los españoles buscan desde hace décadas y tendremos en nuestras manos, al mismo tiempo, el secreto del *Punto Fijo*. La cerveza, Cavendish, tenemos que brindar a Su Majestad, que Dios siempre lo salve.

—Dios salve al rey —dijeron a una voz los otros tres.

Y eran evidentemente los cuatro, hombres de buen corazón, fieles aún a un monarca que en aquellos días, si todavía no había perdido la cabeza, estaba por lo menos a punto de perder su reino.

Roberto hacía trabajar su mente. Cuando había visto al perro por la mañana, había dado en la cuenta de que acariciándolo se sosegaba y que, habiéndolo tocado él a un cierto punto de forma brusca, había aullado de dolor. Poco bastaba, en un navío agitado por el mar y el viento, para provocar en un cuerpo enfermo sensaciones diferentes. Quizá aquellos malvados creían recibir el mensaje de lejos, y en cambio el

perro sufría y sentía alivio según que los embates de las olas lo molestaran o lo acunaran. O aun, si existían, como decía Saint-Savin, los conceptos sordos, con el movimiento de las manos Byrd hacía reaccionar al perro según sus propios deseos inconfesados. ¿No había dicho él mismo de Colón que había errado queriendo demostrar que había llegado más lejos? ¿Así pues el destino del mundo estaba vinculado al modo en que aquellos insensatos estaban interpretando el lenguaje de un perro? ¿Un gruñir del vientre de aquel pobrecillo podía hacer decidir a aquellos miserables que estaban acercándose o alejándose del lugar anhelado por españoles, franceses, holandeses y portugueses igualmente miserables? ¿Y él estaba implicado en aquella aventura para suministrar a Mazarino, o al jovenzuelo Colbert, la forma de poblar los navíos de Francia con perros atormentados?

Los demás ya se habían alejado. Roberto había salido de su escondite y se había demorado, a la luz de su cuerda embreada, ante el perro durmiente. Le había acariciado la cabeza. Veía en aquel pobre animal todo el sufrimiento del mundo, furioso cuento de un idiota. Su lenta educación, desde los días de Casal hasta aquel momento, a tanta verdad habíale conducido. Oh, si se hubiera quedado náufrago en la ínsula desierta, como quería el caballero, si como el caballero quería hubiera dado fuego al *Amarilis*, si hubiera detenido su camino en la tercera ínsula, entre las salvajes color tierra de Siena, o en la cuarta se hubiera convertido en el bardo de aquella gente. ¡Si hubiera encontrado la Escondida donde esconderse de todas las manos alevés de un mundo despiadado!

No sabía entonces que la fortuna habríale reservado de ahí a poco una quinta isla, quizá la Última.

El *Amarilis* parecía fuera de sí, y aferrándose a cualquier cosa había vuelto a su alojamiento, olvidando los males del mundo para sufrir el mal del mar. Luego el naufragio, del que se ha hablado. Había llevado a cabo con éxito su misión: único sobreviviente, él llevaba consigo el secreto del doctor Byrd. Pero ya no podía revelárselo a nadie. Y quizá era un secreto de nada.

¿No habría debido reconocer que, salido de un mundo insano, había encontrado la verdadera salud? El naufragio habíale concedido el don supremo, el exilio, y una Señora que nadie ya podía substraerle...

Mas la Isla no le pertenecía y permanecía lejana. El *Daphne* no le pertenecía, y otro reclamaba su posesión. Quizá para continuar, allí, investigaciones no menos brutales que las del doctor Byrd.

AGUDEZA Y ARTE DE INGENIO

Roberto tendía aún a perder tiempo, a dejar que jugara el Intruso para descubrir su juego. Volvía a poner en la puente los relojes, dábales cuerda cada día, luego corría a apercibir a los animales para impedirle al otro que lo hiciera, entonces componía todas las habitaciones y todo lo que había en la puente, de suerte que, si aquél se movía, se notara el paso. Estaba de día en cubierto, pero con la puerta entreabierta, para así poder captar cualquier ruido afuera o abajo, montaba guardia de noche, bebía aguardiente, seguía bajando al fondo del *Daphne*.

Una vez descubrió otros dos escondrijos además de la corrulla hacia proa: uno estaba vacío, el otro incluso demasiado lleno, tapizado de anaqueles con el margen ribeteado, para impedir que los objetos se cayeran a causa de la mar movida. Vio pieles de lagartos secadas al sol, huesos de frutas de perdida identidad, piedras de varios colores, guijarros pulidos por el mar, fragmentos de coral, insectos clavados con un alfiler encima de una tablilla, una mosca y una araña dentro de un trozo de ámbar, un camaleón embalsamado, vidrios llenos de líquido en los que flotaban serpiente-cillas o pequeñas anguilas, raspas enormes que creyó de ballena, la espada que debía de adornar la quijada de un pez, y un largo cuerno, que para Roberto era de unicornio, pero entiendo que era de un narval. En definitiva, un aposento que manifestaba un gusto por la recolección erudita, como en aquella época debían de encontrarse en los navíos de los exploradores y de los naturalistas.

En el centro había un cajón abierto, con paja en el fondo, vacío. Qué podía haber contenido, Roberto lo entendió volviendo a su camarote donde, como abrió la puerta, esperábase tieso un animal que, en aquel encuentro, le pareció más terrible que si hubiera sido el Intruso en carne y hueso.

Un ratón, o una rata de cloaca, pero qué digo, un gato paúl, más alto que medio hombre, con la cola muy larga que se extendía por el suelo, los ojos fijos, firme sobre dos patas, las otras dos como pequeños brazos tendidos hacia él. De pelo corto, tenía sobre el vientre una bolsa, una abertura, un saco natural del cual escudriñaba un pequeño monstruo de la misma especie. Sabemos lo que Roberto había fantaseado sobre los ratones las primeras dos noches, y se los esperaba grandes y feroces como los pueden alojar los navíos. Mas aquello colmábalas todas, sus más tremebundas expectativas. Y no creía que jamás ojo humano hubiere visto ratones de aquella hechura. Y con buena razón, puesto que veremos, después, que se trataba, como he

podido deducir, de un marsupial.

Pasado el primer momento de terror, se había vuelto evidente, por la inmovilidad del invasor, que se trataba de un animal embalsamado, y embalsamado mal, o mal conservado en la bodega: la piel emanaba una hediondez de órganos descompuestos, y del dorso salían ya penachos de pienso.

El Intruso, poco antes que él entrara en el aposento de las maravillas, había substraído de allí la pieza de mayor efecto, y mientras él admiraba aquel museo, habíasela colocado en casa, esperando acaso que su víctima, perdida la razón, precipitarse allende las amuradas y desapareciera en el mar. Me quiere muerto, me quiere loco, murmuraba, pero haré que se coma su rata a bocados, le pondré a él embalsamado en aquellos anaqueles, dónde te escondes maldito, dónde estás, acaso me estás mirando, para ver si me vuelvo loco, pero yo haré que enloquezcas tú, pérfido.

Había empujado el animal a la puente con la culata del mosquete y, venciendo el asco, lo había cogido con las manos y arrojado al mar.

Decidido a descubrir el escondite del Intruso, había vuelto a la leñera, prestando atención en no rodar de nuevo sobre los troncos ya diseminados por el suelo. Más allá de la leñera, había encontrado un lugar, que en el *Amarilis* llamaban la soda (o *soute* o *sota*), que era el pañol para el bizcocho: bajo un lienzo, bien envueltos y protegidos, había encontrado, en primer lugar, un antejo de larga vista, muy grande, más potente que el que tenía en el camarote, quizá una Hipérbole de los Ojos destinada a la exploración del cielo. El telescopio estaba dentro de una gran palangana de metal ligero, y junto a la palangana estaban, cuidadosamente envueltos en otros paños, instrumentos de naturaleza incierta, unos brazos metálicos, un lienzo circular con argollas en la circunferencia, una suerte de yelmo, y por fin, tres vasijas panzudas que se descubrieron, por el olor, llenas de un aceite denso y rancio. Para qué pudiera servir aquel conjunto, Roberto no se lo preguntó: en aquel momento quería descubrir a una criatura viva.

Había controlado, más bien, si debajo del pañol se abría aún otro espacio. Existía, excepto que era bajísimo, tal que se podía proceder sólo a gatas. Habíalo explorado manteniendo la lámpara hacia abajo, para protegerse de los escorpiones, y por temor de incendiar el techo. Después de un breve arrastrarse había llegado al final, golpeándose la cabeza contra el duro alerce, extrema Thule del *Daphne*, más allá de la cual oíase chapotear el agua contra el casco. Así pues, más allá de aquel chiribitil ciego no podía haber nada más.

Luego habíase detenido, como si el *Daphne* no pudiera reservarle otros secretos.

Si la cosa puede resultar extraña, que en una semana y más de inactiva estada Roberto no hubiera conseguido verlo todo, baste con pensar en lo que le acontece a un niño que penetra en los desvanes o en las trasteras de una gran casa solariega, de planta desigual. A cualquier paso, se le presentan cajones de viejos libros, ropa desechada, botellas vacías, y rimas de fajinas, muebles arruinados, almarios polvorientos e inestables. El niño va, se demora descubriendo algún tesoro, vislumbra un pasaje, un pasillo lóbrego, y se figura alguna alarmante presencia, aplaza la búsqueda a otra vez, y todas las veces procede a pequeños pasos, temiendo, por un lado, adentrarse demasiado, por el otro, casi saboreando de antemano los descubrimientos futuros, oprimido por la emoción de los recentísimos, y ese desván o bodega no se acaba nunca, y puede reservarle nuevos rincones toda la infancia, y más.

Y si el niño se espantara cada vez con nuevos ruidos, o para mantenerlo alejado de aquellos meandros se le contaran cada día consejas escalofrantes —y si ese niño, por añadidura, estuviera también borracho— se entiende cómo el espacio se dilata a cada nueva aventura. No diversamente, Roberto había vivido la experiencia de aquel su territorio aún hostil.

Era de primera mañana, y Roberto soñaba otra vez. Soñaba con Holanda. Había sucedido mientras los hombres del Cardenal lo conducían a Amsterdam para embarcarlo en el *Amarilis*. En el viaje habían hecho una detención en una ciudad, y había entrado en la catedral. Hábiale llamado la atención la nitidez de aquellas naves, tan diferentes de las de las iglesias italianas y francesas. Despojadas de ornato, sólo algunos estandartes colgados de las columnas desnudas, claras las vidrieras y sin imágenes, el sol creaba allí una atmósfera láctea, rota únicamente en la parte inferior por las pocas figuras negras de los devotos. En aquella paz, oíase un solo sonido, una melodía triste, que parecía errar por el aire ebúrneo naciendo de los capiteles o de las claves. Luego había dado en la cuenta de que en una capilla, en una de las bandas laterales del coro, otro hombre negrivestido, solo en un rincón, tocaba una pequeña flauta de pico, con los ojos abiertos de par en par al vacío.

Más tarde, cuando el músico hubo acabado, acercósele preguntándose si debía darle una limosna; aquél, sin fijarlo en el rostro, le dio las gracias por sus alabanzas, y Roberto comprendió que era ciego. Era el maestro de las campanas (*Der Musicyn en Directeur van de Klok-werken, le Carillonneur, der Glockenspieler*, intentó explicarle), y formaba parte de su trabajo también recrear con el sonido de la flauta a

los fieles que se entretenían por la tarde en el templo y en el cementerio en torno a la iglesia. Conocía muchas melodías, y sobre cada una elaboraba dos, tres, a veces cinco variaciones siempre de mayor complejidad, y tampoco tenía necesidad de leer las notas: era ciego de nacimiento y podía moverse en aquel hermoso espacio luminoso (así dijo, luminoso) de su iglesia, viendo, dijo, el sol con la piel. Le explicó cómo su instrumento era cosa viva, que reaccionaba a las estaciones, y a la temperatura de la mañana y del atardecer, pero en la iglesia había una especie de tibieza siempre difusa que aseguraba a la madera una perfección constante. Y a Roberto diole de pensar qué idea de tibieza difusa podía tener un hombre del norte mientras se enfriaba en aquella claridad.

El músico le tocó dos veces más la primera melodía, y dijo que se llamaba «Doen Daphne d'over schoone Maeght». Rechazó todo regalo, le tocó el rostro y díjole, o por lo menos así entendió Roberto, que «Daphne» era algo dulce, que lo habría acompañado toda la vida.

Ahora Roberto, en el *Daphne*, abría los ojos, y a buen seguro oía venir desde abajo, a través de los resquicios de la madera, las notas de «Daphne», como si la tocara un instrumento más metálico que, sin osar variaciones, retomaba a intervalos regulares la primera frase de la melodía, como un obstinado estribillo.

Dijose inmediatamente que era ingeniosísimo emblema estar en un *fluyt* llamado *Daphne* y oír una música para flauta llamada «Daphne». Inútil hacerse la ilusión de que de un sueño se tratara. Era un nuevo mensaje del Intruso.

Una vez más habíase armado, una vez más había sacado fuerzas de la cubeta, y había seguido el sonido. Parecía proceder del tabuco de los relojes. Pero, desde que había dispersado las máquinas sobre la puente, el lugar había quedado vacío. Lo visitó de nuevo. Siempre vacío, mas la música llegaba de la pared del fondo.

Sorprendido por los relojes la primera vez, afanado por llevárselos la segunda, no había considerado nunca si el camarote llegaba hasta el casco. Si así hubiera sido, la pared del fondo habría sido curva. ¿Y lo era? La gran tela con aquella perspectiva de relojes creaba un engaño del ojo, de suerte que no se entendía a primera vista si el fondo era plano o cóncavo.

Roberto iba a arrancar la tela, y reparó en que era una cortina corrediza, como un telón. Y detrás del telón había otra puerta, también ella cerrada con cerrojo.

Con la valentía de los devotos de Baco, y como si con un tiro de espingarda pudiera tener razón de tales enemigos, apuntó la escopeta, gritó en voz alta (y Dios sabe por qué) «Nevers et Saint-Denis!», le dio una patada a la puerta, y se arrojó hacia adelante, impávido.

El objeto que ocupaba el nuevo espacio era un órgano, que tenía encima unas veinte cañas, de cuyas aberturas salían las notas de la melodía. El órgano estaba fijado a la pared y se componía de una estructura de madera sostenida por una armazón de columnitas de metal. En la parte superior estaban, en el centro, las cañas, a los lados movíanse unos pequeños autómatas. El grupo de la izquierda representaba una suerte de base circular con encima un yunque sin duda hueco, en el interior, como una campana: en derredor de la base había cuatro figuras que movían rítmicamente los brazos golpeando el yunque con pequeños martillos metálicos. Los martillitos, de diferentes pesos, producían sonidos argentinos que no desentonaban con la melodía cantada por las cañas, sino que la comentaban a través de una serie de acordes. Roberto recordó las conversaciones en París con un padre de los Mínimos, que le hablaba de sus investigaciones sobre la armonía universal, y reconoció, más por su oficio musical que por sus facciones, a Vulcano y a los tres Cíclopes a los que, según la leyenda, refería Pitágoras cuando afirmaba que la diferencia de los intervalos musicales depende de número, peso y medida.

A la derecha de las cañas, un angelito marcaba (con una varita, en un libro de madera que tenía entre las manos) el compás ternario en el que se basaba la melodía, precisamente, de «Daphne».

En un rellano inmediatamente inferior se extendía el teclado del órgano, cuyas teclas se levantaban y bajaban, en correspondencia de las notas emitidas por las cañas, como si una mano invisible se deslizara por encima. Debajo del teclado, allá donde normalmente el músico acciona los fuelles con el pie, estaba injertado un cilindro en el que habíanse clavado unos dientes, unos punzones, en un orden imprevisiblemente regular o regularmente imprevisto, así como las notas se disponen por subidas y bajadas, inesperadas roturas, vastos espacios blancos y espesarse de corcheas en el pentagrama de un pliego de música.

Debajo del cilindro estaba clavada una barra horizontal que sostenía unas palanquitas, las cuales, al girar el cilindro, sucesivamente tocaban sus dientes, y por un juego de varas semiescondidas accionaban las teclas; y éstas, las cañas.

Pero el fenómeno más extraordinario era la razón por la cual giraba el cilindro y las cañas recibían aliento. Al lado del órgano estaba fijada una máquina hidráulica de cristal, una cantimplora que recordaba por su forma el capullo del gusano de seda, en cuyo interior entreveíanse dos tamices, uno encima del otro, que lo dividían en tres cámaras diferentes. La cantimplora recibía un chorro de agua por un tubo que entraba

desde abajo, procediendo del guardatimón abierto que daba luz a ese paraje, haciendo penetrar el líquido que (por obra de alguna bomba escondida) era aspirado evidentemente directamente del mar, mas de suerte que penetrara en el capullo mezclado con aire.

El agua entraba a la fuerza en la parte inferior del capullo como si rebullera, disponiase en torbellino contra las paredes, y ciertamente libertaba el aire que era aspirado por los dos tamices. Mediante un tubo que empalmaba la parte superior del capullo a la base de las cañas, el aire iba a transformarse en canto por artificiosos movimientos espirítales. El agua, en cambio, que habíase condensado en la parte inferior, salía a través de una canilla y corría a mover las palas de una pequeña rueda de molino, para fluir luego en un cuenco metálico subyacente, y de allí, a través de otro tubo, allende la limera.

La rueda ponía en funcionamiento una barra que, engranándose en el cilindro, le participaba su movimiento.

A Roberto, borracho, todo esto le pareció natural, tanto que se sintió traicionado cuando el cilindro dio en aflojar la marcha, y las cañas silbaron su melodía como si se les apagara en la garganta, mientras los cíclopes y el angelito cesaban sus pulsaciones. Evidentemente —aunque en sus tiempos mucho se hablara del movimiento perpetuo— la bomba escondida que regulaba la aspiración y el caudal del agua podía funcionar durante un cierto tiempo después de un primer impulso, pero luego llegaba al fin de su esfuerzo.

Roberto no sabía si sorprenderse más de ese docto tecnasma, que de otros parecidos había oído hablar, capaces de poner en movimiento danzas de muertecillos o de angelitos alados, o del hecho de que el Intruso, que otro no habría podido ser, lo hubiera puesto en marcha aquella mañana y a aquella hora.

¿Y para comunicarle qué mensaje? ¿Quizá que él estaba derrotado desde el principio? El *Daphne* ¿podía ocultar aún tales y tantas sorpresas, que hubiera podido transcurrir la vida intentando violarlo, sin esperanza?

Un filósofo habíale dicho que Dios conocía el mundo mejor que nosotros porque lo había hecho. Y que para adecuar, aunque fuera poco, el conocimiento divino era menester concebir el mundo como un gran edificio, e intentar medirse en construirlo. Así debía hacer. Para conocer el *Daphne* debía construirlo.

Se había sentado, por tanto, a la mesa y había dibujado el perfil del navío, inspirándose tanto en la estructura del *Amarilis*, como en lo que había visto hasta

entonces del *Daphne*. Así pues, decíase, tenemos los alojamientos del *alcázar* y, debajo, la timonera; aún más abajo (pero aún en la primera puente), la cámara de oficiales y el rancho de Santa Bárbara. Éste debe de dar a popa, y allende ese límite no puede haber ya nada. Todo esto está al mismo nivel que la cocina en el castillo de proa. Después, el bauprés se apoya sobre otra parte sobrealzada y allá —si interpreto bien las apuradas perífrasis de Roberto— tenían que estar aquellos beques en los que, con las asentaderas hacia fuera, hacíanse en la época las propias necesidades. Si se bajaba debajo de la cocinilla llegábase a la despensa. La había visitado hasta el botalón, hasta los límites del tajamar, y tampoco allí podía haber nada más. Debajo había encontrado ya las jarcias y la colección de fósiles. Más allá no se podía ir.

Se volvía, por tanto, hacia atrás y se atravesaba toda la entrepuentes con la pajarrera y el vergel. Si el Intruso no se transformaba a placer en forma de animal o de vegetal, allí no podía esconderse. Debajo de la caña del timón estaban el órgano y los relojes. Y también allí se llegaba a tocar el casco.

Bajando aún había encontrado la parte más amplia de la bodega, con los demás menesteres, el lastre, la madera; ya había golpeado contra el forro para controlar que no hubiera ningún falso fondo que diera un sonido hueco. La sentina no permitía, si aquel navío era normal, otros escondrijos. A menos que el Intruso no estuviera encolado a la quilla, bajo el agua, como una sanguijuela, y baboseara a bordo de noche, pero dé todas las explicaciones, y estaba dispuesto a ensayar muchas, ésta le parecía la menos científica.

En la popa, más o menos debajo del órgano, estaba el tabuco con la palangana, el telescopio y los demás instrumentos. Al examinarlo, reflexionaba, no había controlado si el espacio terminaba justo al lado del timón; por el dibujo que estaba haciendo le parecía que la hoja no le permitía imaginar otro hueco, si había dibujado bien la curva de la popa. Debajo quedaba sólo el chiribitil subterráneo, y de que allende aquél no hubiera nada más, estaba seguro.

Así pues, dividiendo la nave en compartimientos habíala llenado toda, y no le había dejado espacio para ningún nuevo pañol. Conclusión: el Intruso no tenía un lugar fijo. Se movía según que él se moviere, era como la otra cara de la luna, que nosotros sabemos que debe existir pero no la vemos jamás.

¿Quién podía vislumbrar la otra cara de la luna? Un habitante de las estrellas fijas: habría podido esperar, sin moverse, y habría sorprendido el rostro velado. Mientras él se hubiera movido con el Intruso o dejara que el Intruso eligiera las jugadas con respecto a él, jamás lo habría visto.

Debía convertirse en estrella fija y obligar al Intruso a moverse. Y pues el Intruso

estaba evidentemente en la puente cuando él estaba bajo cubierta, y viceversa, debía hacerle creer que estaba bajo cubierta para sorprenderle en la puente.

Para engañar al Intruso había dejado una luz encendida en el camarote del capitán, de suerte que Aquese lo pensara ocupado en escribir. Luego había ido a esconderse en el punto más alto del castillo de proa, justo detrás de la campana, tal que, dándose la vuelta, podía controlar el paraje bajo el bauprés, y ante sí dominaba la puente y el *alcázar* hasta la linterna de popa. Habíase colocado al costado la escopeta y, temo, también la bota de aguardiente.

Pasó la noche reaccionando a todos los ruidos, como si tuviera que espiar aún al doctor Byrd, pellizcándose las orejas para no ceder al sueño, hasta el alba. En balde.

Entonces volvió al camarote, donde entre tanto habíase apagado la luz. Y encontró sus papeles en desorden. ¡El Intruso había pasado la noche allá abajo, quizá leyendo sus cartas a la Señora, mientras él padecía el frío de la noche y el rocío de la mañana!

El Adversario había entrado en sus recuerdos... Recordó las advenencias de Salazar: manifestando las propias pasiones había abierto un portillo en el caudal de su ánimo.

Se precipitó a la puente y púsose a abrir fuego a trochemoche, astillando un palo, y luego había disparado aún, hasta dar en la cuenta de que no estaba matando a nadie. Con el tiempo que se necesitaba entonces para volver a cargar un mosquete, el enemigo podía ir de paseo entre un tiro y otro, riéndose de ese desbarate. Que había impresionado sólo a los animales, que estaban alborotando desde abajo.

Reía, por tanto. ¿Y dónde reía? Roberto había vuelto a su dibujo y habíase dicho que no sabía nada de nada de la construcción de bajeles. El dibujo presentaba sólo la altura, la parte de abajo y la longura, no la anchura. Vista a lo luengo (nosotros diríamos, en su sección vertical) el navío no revelaba otros escondrijos posibles mas, considerándola en su anchura, otros habrían podido introducirse en medio a los tabucos ya descubiertos.

Roberto reparaba en ello sólo ahora, en aquel navío faltaban aún demasiadas cosas. Por ejemplo, no había encontrado más armas. Pues sea, las armas habíanselas llevado los marineros, si habían abandonado el navío por su voluntad. En el *Amarilis* estaba amontonada en la bodega mucha madera de construcción, para arreglar mástiles, timón y costados, en caso de perjuicios debidos a la intemperie, mientras aquí había encontrado bastante madera pequeña, secada desde hacía poco para alimentar el fogón de la cocina, pero nada que fuera roble, o alerce, o abeto curado. Y con la madera de carpintero faltaban los enseres de carpintería, sierras, hachas de diferentes formas, martillos y clavos...

¿Había otros tabucos? Volvió a hacer el dibujo, e intentó representar el navío no como si lo viera de lado, sino como si lo mirara desde lo alto de la gavia. Y decidió que en la colmena que iba imaginándose podía haber aún un agujero debajo del compartimiento del órgano, del cual pudiera descenderse ulteriormente sin escalera al chiribitil subterráneo. No lo suficiente como para contener todo lo que faltaba, pero en cualquier caso un escondrijo más. Si en el techo bajo del chiribitil ciego existía un pasaje, un agujero por el cual izarse a aquel novísimo espacio, desde allí podía subirse a los relojes, y desde allí recorrer todo el buque.

Roberto estaba seguro ahora de que el Enemigo no podía estar sino allí. Corrió abajo, se introdujo en el cubil, esta vez iluminando la parte alta. Y había un portillo. Resistió su primer impulso de abrirlo. Si el Intruso estaba allá arriba, lo habría esperado mientras sacaba la cabeza, y habría tenido razón del. Era menester sorprenderle desde donde no se esperaba el ataque, como se hacía en Casal.

Si allí había un hueco, lindaba con el del telescopio, y por aquél habríase debido pasar.

Subió, pasó por el pañol de los víveres, superó los instrumentos, y se halló ante una pared que —daba en la cuenta justo ahora— no era de la madera dura del forro.

La pared era bastante sutil: como ya para entrar en el lugar de donde procedía la música, había dado una patada robusta, y la madera había cedido.

Habíase encontrado en la luz feble de una ratonera, con un ventanuco contra las paredes redondas del fondo. Y allí, encima de un catre, con las rodillas casi contra la barbilla, el brazo tendido para empuñar un pistolón, estaba el Otro.

Era un viejo, con las pupilas dilatadas, con el rostro enjuto contornado por una barbita entrecana, pocos cabellos nevados, tiesos sobre la cabeza, la boca casi desdentada, las encías color arándano; érale sepultura un trapo que quizá había sido negro, ahora ya mechado de manchas descoloridas.

Apuntando la pistola, a la que casi se aferraba con ambas manos, mientras le temblaban los brazos, gritaba con voz débil. La primera frase fue en alemán, o en holandés, y la segunda, y sin duda estaba repitiendo su mensaje, fue en un esbozado italiano: signo de que había deducido el origen de su interlocutor espiando sus papeles.

—¡Si muéveste tú, yo mato!

Roberto quedóse tan sorprendido por la aparición qjje tardó en reaccionar. E hizo bien, porque tuvo modo de dar en la cuenta de que el gatillo del arma no estaba levantado, y que, por tanto, el Enemigo no estaba muy versado en las destrezas militares.

Y entonces habíase acercado con donaire, había agarrado la pistola por el cañón, y

había intentado desprenderla de aquellas manos asidas a la culata, mientras la criatura emitía gritos airados y teutones.

Con esfuerzo, Roberto quitóle al fin el arma, el otro dejóse caer, y Roberto se arrodilló a su lado sujetándole la cabeza.

—Señor —dijo—, yo no quiero hacerle ningún daño. Soy un amigo. ¿Entiende? ¡Amicus!

El otro abría y cerraba la boca, pero no hablaba; se le veía sólo el blanco de los ojos, o más bien el rojo, y Roberto temió que fuera a morir. Lo cogió en brazos, lábil como era, y lo llevó a su aposentó. Ofrecióle agua, hízole tomar un poco de aguardiente, y aquél dijo:

—Gratias ago, domine —levantó la mano como para bendecirle, y en ese momento Roberto advirtió, considerando mejor la vestidura, que era un religioso.

TELLURIS THEORIA SACRA

No nos dedicaremos a reconstruir el diálogo que siguió durante dos días. Entre otras cosas porque, a partir de este punto en adelante, los papeles de Roberto se vuelven más lacónicos. Caídas quizá, bajo ojos ajenos, sus confidencias a la Señora (no tuvo jamás el ánimo de pedir confirmación de ello a su nuevo compañero), durante muchos días deja de escribir y registra de manera harto más seca lo que aprende y lo que acaece.

Bien, Roberto se encontraba ante el padre Caspar Wanderdrossel, *e Societate Iesu, olim in Herbipolitano Franconiae Gymnasio, postea in Collegio Romano Matheseos Professor*, y no sólo, sino también astrónomo, y estudioso de muchas otras disciplinas, en la Curia General de la Compañía. El *Daphne*, comandado por un capitán holandés que había intentado ya aquellos rumbos para la Vereenigde Oost-Indische Compagnie, había dejado muchos meses antes las costas mediterráneas circunnavegando África, en el intento de tocar las Islas de Salomón. Exactamente como quería hacer el doctor Byrd con el *Amarilis*, salvo que el *Amarilis* intentaba hallarlas buscando el levante por el poniente, mientras el *Daphne* había hecho lo contrario, pero poco importa: llégase a las Antípodas por ambas partes. En la Isla (y el padre Caspar indicaba allende la playa, detrás de los árboles) debía montarse la Specola Melitense. Qué podía ser esta Specola no estaba claro, y Caspar murmuraba a propósito de ello como de un secreto tan famoso que estaba hablando del todo el mundo.

Para llegar allí, el *Daphne*, su tiempo se lo había tomado. Ya se sabe cómo se iba entonces por aquellos mares. Abandonadas las Molucas, y en el intento de navegar hacia el sureste, hacia el Puerto Sancti Thomae en la Nueva Guinea, dado que debían tocarse los parajes en los que la Compañía de Jesús tenía sus misiones, el navío, impelido por una tempestad, habíase perdido en mares jamás vistos, llegando a una isla habitada por ratonazos tan grandes como un niño, con una cola larguísima, y una bolsa en el vientre, de los cuales Roberto había conocido un ejemplar embalsamado (es más, el padre Caspar le reprochaba haber tirado «uno Wunder que valía uno Pirú»).

Eran, contaba el padre Caspar, animales amistosos que rodeaban a los desembarcados tendiendo las manecillas para pedir comida, tirándoles incluso de la ropa, pero ladrones redomados a la hora de la verdad, que habían robado bizcocho de las faltriqueras de un marinero.

Séame permitido intervenir a completo crédito del padre Caspar: una isla de ese

tipo existe de verdad, y no es posible confundirla con ninguna otra. Aquellos pseudocanguros se llaman Quokkas, y viven sólo allí, en la Rottnest Island, que los holandeses habían descubierto había poco, llamándola *rottenest*, nido de ratas. Pero como esta isla se encuentra enfrente de Perth, esto significa que el *Daphne* había alcanzado la costa occidental de Australia. Si pensamos que, por lo tanto, se encontraba en el paralelo treinta sur, y al oeste de las Molucas, mientras había de ir hacia el este, descendiendo un poco por debajo del Ecuador, deberíamos decir que el *Daphne* había perdido el rumbo.

Ojalá fuera sólo eso. Los hombres del *Daphne* habrán tenido que ver una costa a poca distancia de la isla, pero habrán pensado que se trataba de alguna otra islita con algún otro roedor. Muy otro buscaban, y quién sabe qué le estaban diciendo los instrumentos de a bordo al padre Caspar. Con seguridad, estaban a algún golpe de remo de aquella Tierra Incógnita y Australis que la humanidad soñaba desde hacía siglos. De lo que es difícil convencerse es de —visto que el *Daphne* habría llegado al fin (y lo veremos) a una latitud de diecisiete grados sur— cómo habían conseguido circunnavegar Australia, a lo menos por dos cuartos, sin verla jamás: o habían remontado hacia el norte, y entonces habían pasado entre Australia y Nueva Guinea corriendo el riesgo a cada paso de ir a arenarse en una u otra playa; o habían navegado hacia el sur, pasando entre Australia y Nueva Zelanda, y viendo siempre mar abierto.

Podría creerse que soy yo el que cuenta una novela, si no fuera porque más o menos en los meses en los que se desarrolla nuestra historia también Abel Tasman, partiendo de Batavia, había llegado a una tierra que había llamado de van Diemen, y que hoy conocemos como Tasmania; como también él buscaba las Islas de Salomón, había mantenido a la izquierda la costa meridional de aquella tierra sin imaginar que, más allá de aquélla, hubiera un continente cien veces mayor, y había ido a parar al sureste de Nueva Zelanda, la había costeado en dirección noreste y, habiéndola abandonado, tocaba las Tonga; luego llegaba *grosso modo* donde había llegado el *Daphne*, considero, aunque también allí pasaba entre las barreras coralinas y se dirigía hacia Nueva Guinea. Que era hacer carambolas como una bola de billar, pero parece que aún por muchos años los navegantes estaban destinados a llegar a dos pasos de Australia sin verla.

Tomemos, pues, por bueno el relato del padre Caspar. Siguiendo a menudo los antojos de los alisios, el *Daphne* había acabado en otra tormenta y había salido mal parado, tanto que habían tenido que detenerse en una isla Dios sabe dónde, sin árboles, toda arena dispuesta como un anillo alrededor de un pequeño lago central. Allí habían puesto en orden el navío, y he aquí cómo se explicaba que a bordo no hubiera ya una

reserva de madera de construcción. Luego habían vuelto a navegar y al fin habían llegado a echar el ancla en aquella bahía. El capitán había enviado el esquife a tierra con una vanguardia, habíase hecho la idea de que no había habitantes, y para curarse en salud había cargado y apuntado con esmero sus pocos cañones, luego habían dado principio a cuatro empresas, todas fundamentales.

Primera, la provisión de agua y víveres, pues estaban ya extremados; segunda, la captura de animales y plantas a fin de llevarlos a la patria, para regocijo de los naturalistas de la Compañía; tercera, el abatimiento de árboles, para apercebir una nueva reserva de troncos grandes, y de tablas, y de todo tipo de material para las futuras adversidades; y por fin la construcción, en una elevación de la Isla, de la Specola Melitense, y aquél había sido el trabajo más laborioso. Habían tenido que sacar de la bodega y transportar a la orilla todos los instrumentos de carpintería y las diferentes piezas de la Specola, y todos estos tráfaos habían requerido de mucho tiempo, entre otras cosas porque no se podía desembarcar directamente en la bahía: entre el navío y la ribera extendíase, casi a la flor del agua y con unos pocos pasos demasiado estrechos, una barbacana, una falsabraga, un terraplén, un Erdwall todo hecho de corales; en fin, lo que nosotros hoy llamaríamos un arrecife coralino. Después de muchos infructuosos intentos habían descubierto que había que doblar cada vez el cabo al sur de la bahía, detrás del cual había una pequeña cala que permitía dar fondo.

—Et hete aquí por qué aquella barca por los marineros abandonada nosotros hora non vemos, aunque todavía allá atrás está, ¡heu me miserum!

Como he podido deducir aquel teutón vivía en Roma hablando latín con los hermanos de cien países, pero del vulgar no tenía una gran práctica. Así es que yo, en esta transcripción, que lo es, tendré cuidado de pintar muy al vivo su lengua.

Ultimada la Specola, el padre Caspar había empezado sus observaciones, que habían procedido con éxito durante casi dos meses. Y entre tanto, ¿qué hacía el marinaje? Dejábase llevar por la pereza, y la disciplina de a bordo suavizábase. El capitán había embarcado muchos barriles de aguardiente, que debían ser usados sólo como cordial durante las tormentas, con mucha parsimonia, o servir para truco con los salvajes; en cambio, rebelándose a todas las órdenes, el marinaje había empezado a llevarlos a la cubierta, todos habían abusado dellos, incluso el capitán. El padre Caspar trabajaba, aquéllos vivían como brutos, y de la Specola oíanse canciones inverecundas.

Un día, el padre Caspar, ya que hacía mucho calor, mientras trabajaba él solo en la Specola, habíase quitado el hábito (había, decía con vergüenza el buen jesuíta, pecado contra la modestia, ¡que Dios pudiera ahora perdonarle visto que había castigado al

punto!) y un insecto le había picado en el pecho. Al principio había advertido sólo una punzada, pero en cuanto volvieron a conducirlo a bordo para la noche, acometióle una gran fiebre. No habló con nadie de su incidente, durante la noche tenía atronamiento de oídos y gravedad de cabeza, el capitán abrióle el hábito ¿y qué vio? Una pústula, tal y como la pueden producir las avispas, pero qué digo, incluso las moscas de grandes dimensiones. Enseguida aquella hinchazón convirtiéndose a sus ojos en un carbunculus, un ántrax, un furúnculo nigricante, breve, un bubón, síntoma evidentísimo de *la pestis, quae dicitur bubónica*, como había sido anotado inmediatamente en el diario.

El pánico se esparció a bordo. Inútil que el padre Caspar contara del insecto: el apestado miente siempre para que no se le segregue, era cosa bien sabida. Inútil que asegurara que él la peste la conocía bien, y que aquello peste no era por muchas razones. El marinaje casi habría querido arrojarlo al mar, para aislar el contagio.

El padre Caspar intentaba explicar que, durante la gran pestilencia que había assolado Milán y la Italia del Norte unos doce años antes, había sido enviado junto a otros hermanos suyos a prestar ayuda en los lazaretos, a estudiar de cerca el fenómeno. Y por ello, sabía mucho de aquella lúes contagiosa. Hay enfermedades que sorprenden sólo a los individuos, y en lugares y tiempos diferentes, como el Sudor Anglicus, otras peculiares a una sola región, como la Dysenteria Melitensis o la Elephantiasis Aegyptia, y otras, por fin, como la peste, que atacan durante largo tiempo a todos los habitantes de muchas regiones. Ahora bien, la peste se anuncia con manchas del sol, eclipses, cometas, aparición de animales subterráneos que salen de sus latíbulos, plantas que se marchitan por los miasmas: y ninguna de estas señales habíase manifestado jamás ni a bordo ni en tierra, ni en el cielo ni en el mar.

En segundo lugar, la peste está producida, sin duda, por aires fétidos que suben desde los cenagales, por el descomponerse de los muchos cadáveres durante las guerras, o incluso por invasiones de langostas que se anegan en bandadas en el mar y luego reaparecen en las riberas. El contagio se produce precisamente a través de esas emanaciones, que entran en la boca y, desde los pulmones, y a través de la vena cava, alcanzan el corazón. Pero en el curso de la navegación, excepto el hedor del agua y de la comida que, por demás, da el escorbuto y no la peste, aquellos mareantes no habían padecido ninguna emanación maléfica, antes bien, habían respirado aire puro y vientos salubérrimos.

El capitán decía que los rastros de las emanaciones permanecen adheridos a las ropas y a otros muchos objetos, y que quizá a bordo encontrábase algo que había conservado durante largo tiempo, y luego transmitido, el contagio. Y había recordado la historia de los libros.

El padre Caspar habíase llevado consigo algunos buenos libros sobre la navegación, dígame el *Arte de Navegar* de Medina, el *lyphis Batavus* del Snellius y el *De rebus oceanicis et orbe novo decades tres* de Pedro de Anghiera, y le había contado un día al capitán que los había conseguido por una nonada, y precisamente en Milán: después de la peste, en los poyetes a lo largo de los Navilios había sido puesta en venta toda la biblioteca de un señor prematuramente desaparecido. Y ésta era su pequeña colección privada, que llevaba consigo incluso por mar.

Para el capitán era evidente que los libros, pertenecidos a un apestado, eran los agentes del contagio. La peste se transmite, como todos saben, mediante unguentos ponzoñosos, y él había leído de personas que habían muerto mojándose el dedo con la saliva mientras hojeaban obras que habían sido ungidas, precisamente, de veneno.

El padre Caspar se afanaba: no, en Milán, él había estudiado la sangre de los apestados con un descubrimiento novísimo, un tecasma que llámase lente o microscopio, y había visto flotar en aquella sangre como unos *vermiculi*, y son precisamente los elementos de ese *contagium animatum*, que se generan por *vis naturalis* de cualquier putridez, y que luego se transmiten, *propagatores exigui*, a través de los poros sudoríferos, o la boca, o alguna vez incluso los oídos. Ahora bien, este pululaje es cosa viva, y necesita sangre para alimentarse, no sobrevive doce y más años entre las fibras muertas del papel.

El capitán no había querido atender razones, y la pequeña y bella biblioteca del padre Caspar había acabado transportada por las corrientes. No bastaba: aunque el padre Caspar se afanara diciendo que la peste puede ser transmitida por los perros y por las moscas mas, a su ciencia, seguramente no por los ratones, todo el marinaje habíase dado a la caza de ratas, disparando por doquier, con el riesgo de provocar lumbres de agua en la bodega. Y por fin, puesto que a cabo de un día la fiebre del padre Caspar continuaba, y su bubón no daba indicios de menguar, el capitán había tomado su decisión: todos ellos habríanse trasladado a la Isla y allá habrían aguardado a que el padre o muriera o sanara, y el navío se purificara de todo influjo y flujo maligno.

Dicho y hecho, toda otra ánima viva a bordo había subido al esquife, cargada de armas y de pertrechos. Y como se preveía que, entre la muerte del padre Caspar y el período en que el navío hubiérase purificado, habrían debido pasar dos o tres meses, habían decidido que era necesario construir en tierra unas cabañas, y todo aquello que podía hacer del *Daphne* una fábrica había sido llevado a remolque hacia tierra.

Sin contar con la mayor parte de los barriles de aguardiente.

—Mas no han una buena cosa hecho —comentaba Caspar con amargura, y

disgustándose por el castigo que el cielo habíales reservado por haberlo abandonado como un alma perdida.

En efecto, recién llegados habían ido inmediatamente a abatir a algún animal que otro en la espesura, habían encendido grandes fogatas, de noche, en la playa, y habíanse dado a las huelgas, durante tres días y tres noches.

Probablemente los fuegos habían atraído la atención de los salvajes. Aunque la Isla estaba deshabitada, en ese archipiélago vivían hombres negros como africanos, que debían de ser buenos navegadores. Una mañana, el padre Caspar había visto llegar una decena de «piragvas», que procedían quién sabe de dónde, más allá de la gran isla de occidente, y se dirigían hacia la bahía. Eran barquichuelas excavadas en un tronco como las de los Indios del Nuevo Mundo, pero dobles: una contenía el marinaje y la otra deslizábase sobre el agua como un trineo.

El padre Caspar había temido al principio que se dirigieran hacia el *Daphne*, pero aquéllos parecían quererlo evitar y dirigíanse hacia la calita donde habían desembarcado los marineros. Había intentado gritar para advertir a los hombres en la Isla, pero aquéllos dormían borrachos. En breve: los marineros habíanse los encontrado de repente ante ellos, asomando de los árboles.

Paráronse de un salto, los bárbaros mostraron inmediatamente intenciones belicosas, y nadie entendía ya nada, y tanto menos dónde habían dejado las armas. Sólo el capitán se adelantó y derribó a uno de los asaltantes con un tiro de su pistola. Al oír el disparo, y ver al compañero que caía muerto sin que cuerpo alguno lo hubiere tocado, los indígenas hicieron gestos de sumisión, y uno de ellos acercóse al capitán ofreciéndole un collar que llevaba al cuello. El capitán se inclinó, luego, evidentemente estaba buscando un objeto para dar a cambio, dióse la vuelta para pedirles algo a sus hombres.

Haciendo de esta suerte había enseñado la espalda a los indígenas.

El padre Wanderdrossel pensaba que a los bárbaros habíales causado enseguida gran impresión, antes que el tiro, el porte del capitán, que era un gigante batavo con la barba rubia y los ojos azules, cualidades que aquellos nativos atribuían probablemente a los dioses. Mas en cuanto de aquél habían visto la espalda (pues que es evidente que aquellos pueblos salvajes no juzgaban que las divinidades tuvieran también una espalda), inmediatamente el jefe de los bárbaros, con la clava que llevaba en la mano, acometióle partiéndole la cabeza, y el capitán cayó boca abajo sin moverse ya más. Los hombres negros habíanse precipitado sobre los marineros y, sin que supieran cómo defenderse, habíanlos exterminado.

Había empezado un horrible festín que duró tres días. El padre Caspar, enfermo,

siguió todo con el largomira, y sin poder hacer nada. De aquel marinaje habíase hecho carne de matadero: Caspar habíalos visto primero desnudar (con gritos de alegría de los salvajes que se repartían objetos y ropa), luego desmembrar, luego cocer, y por fin comiscar con gran calma, entre tragos de una bebida humeante y cantos que a cualquiera habríanle parecido pacíficos, si no hubieran seguido a aquella desventurada kermese.

Luego, los indígenas, saciados, habían empezado a enseñarse con el dedo el navío. Probablemente no lo asociaban a la presencia de los marineros: majestuoso cual era de árboles y de velas, incomparablemente diferente de sus canoas, no habían pensado que fuera obra de hombre. Según el padre Caspar (que consideraba conocer hartos bien la mentalidad de los idólatras de todo el mundo, de los cuales le contaban los viajeros jesuitas de vuelta a Roma), lo creían un animal, y el hecho de que hubiera permanecido neutral mientras ellos se dedicaban a sus ritos de antropófagos, habíalos convencido. Por otra parte, ya Magallanes, aseguraba el padre Caspar, había contado cómo ciertos indígenas creían que los galeones, venidos volando del cielo, eran las madres naturales de los esquifes, que amamantaban dejándolos colgar de los costados, y luego destetaban arrojándolos al agua.

Empero alguien, probablemente, sugería ahora que si el animal era dócil y sus carnes jugosas como las de los marineros, valía la pena apoderarse del. Y habíanse dirigido hacia el *Daphne*. En ese punto, el pacífico jesuita, para mantenerlos alejados (la Orden suya imponíale seguir viviendo *ad majorem Dei gloriam* y no morir para la satisfacción de algunos paganos *cujus Deus venter est*) prendió fuego a la mecha de un cañón, ya cargado y apuntado hacia la Isla, e hizo partir un cañonazo. El cual, con gran estruendo, y mientras el costado del *Daphne* aureolábase de humo como si el animal bufara de ira, había precipitado en medio de las barcas, volcando dos.

El portento había sido elocuente. Los salvajes regresaron a la Isla desapareciendo entre la espesura, y volvieron a salir a cabo de poco con coronas de flores y hojas que lanzaron al agua, cumpliendo unos gestos de obsequio, luego apuntaron la proa hacia el suroeste y desaparecieron detrás de la isla occidental. Habían pagado al gran animal irritado lo que consideraban un tributo suficiente, y seguramente no se habrían dejado ver nunca más en aquellas riberas: habían decidido que el paraje estaba inficionado por una criatura quisquillosa y vengativa.

He aquí la historia del padre Caspar Wanderdrossel. Durante más de una semana, antes de la llegada de Roberto, habíase sentido aún mal pero, gracias a preparados de su hechura («Spiritus, Olea, Flores und andere dergleichen Vegetabilische/ Animalische/ und Mineralische Medicamenten»), ya empezaba a gozar de la

convalecencia cuando una noche había oído unos pasos en la puente.

Desde aquel momento, por el miedo, habíase enfermado de nuevo, había abandonado su alojamiento y habíase refugiado en aquel tabuco, llevándose consigo sus medicamentos y una pistola, sin ni siquiera entender que estaba descargada. Y de allí había salido sólo para buscar comida y agua. Al principio había robado los huevos precisamente para vigorizarse, luego habíase limitado a hurtar fruta. Habíase convencido de que el Intruso (en el relato del padre Caspar el intruso era naturalmente Roberto) era un hombre de sabiduría, curioso del navío y de su contenido, y había empezado a considerar que no era un náufrago, sino el agente de algún país hereje que quería los secretos de la Specola Melitense. Esta es la razón por la que el buen padre había dado en portarse de un manera tan infantil, con el objetivo de empujar a Roberto a que abandonara aquel bajel inficionado de demonios.

Le tocó luego a Roberto contar su propia historia y, no sabiendo lo que Caspar había leído de sus papeles, habíase demorado en particular sobre su misión y sobre el viaje del *Amarilis*. El relato había sobrevenido mientras, al final de aquella jornada, hervían un gallito y destapaban la última de las botellas del capitán. El padre Caspar tenía que recobrar las fuerzas y hacerse sangre nueva, y celebraban lo que ya le parecía a cada uno una vuelta al consorcio humano.

—Ridiculous —había comentado el padre Caspar después de haber escuchado la increíble historia del doctor Byrd—. Tal bestialidad he yo jamás oído. ¿Por qué hacían ellos a él ese mal? Todo pensaba de escuchado haber sobre el misterio de la longitud, ¡mas jamás que se puede buscar usando el unguentum armarium! Si sería posible, lo inventaba un jesuita. Esto tiene ninguna relación con longitudes, yo te explicaré cómo bueno hago mi trabajo y tú ves cómo es diferente...

—Pero, en suma —preguntó Roberto—, ¿Vuestra Merced buscaba las Islas de Salomón o quería resolver el misterio de las longitudes?

—Pero todas y dos las cosas, ¿no? ¡Tú encuentras las Islas de Salomón y tú has conocido dónde está el meridiano ciento y ochenta, tú encuentras el meridiano ciento y ochenta y tú sabes dónde están las Islas de Salomón!

—¿Y por qué estas islas han de estar en este meridiano?

—Oh mein Gott, el Señor me perdona que Su Santísimo Nombre en vano he pronunciado. In primis, después que Salomón había el Templo construido, había una grosse flotte hecho, como dice el Libro de los Reyes, y esta flotte llega a la Isla de Ophir, de donde le traen (¿cómo tú dices?)... quadringenti und viginti...

—Cuatrocientos y veinte.

—Cuatrocientos y veinte talentos de oro, una muy grande riqueza: la Biblia dice muy poco para decir muchísimo, como decir *pars pro toto*. Y ningún lando cerca de Israel tenía una tanto grande riqueza, *quod significat* que aquella flota al último confín del mundo era llegada. Aquí.

—¿Pero por qué aquí?

—Porque aquí está el meridiano ciento y ochenta, que es exactamente el que la tierra en dos separa, y por la otra parte está el primer meridiano: tú cuentas uno, dos, tres, por trescientos y sesenta grados de meridiano, y si eres a ciento y ochenta, aquí es media noche, y en aquel primer meridiano es medio día. ¿Verstanden? ¿Tú adivinas agora por qué las Islas de Salomón han sido así llamadas? Salomón dixit corta niño en dos, Salomón dixit corta Tierra en dos.

—Comprendo, si estamos en el meridiano ciento y ochenta estamos en las Islas de Salomón. ¿Y quién le dice que estamos en el meridiano ciento y ochenta?

—Pues la *Specula Melitensis*, ¿no? Si todas mis pruebas precedentes no bastarían, que el ciento y ochenta pasa precisamente allá, me ha demostrado la *Specula*.

Había arrastrado a Roberto a la cubierta indicándole la bahía:

—¿Ves aquel promontorium al norte, allá donde grandes árboles están con grandes patas que caminan sobre el aqua? ¿Et hora ves el otro promontorium en sur? Tú traza una línea entre los dos promontoria, ves que la línea pasa entre aquí y la ribera, un poco más apud la ribera que no apud la nave... ¿Vista la línea, yo digo una *geistige* línea que tú ves con los ojos de la *imaginatione*? ¡Gut, esa es la línea del meridiano!

El día siguiente el padre Caspar, que no había perdido jamás el cómputo del tiempo, advirtió que era domingo. Celebró la misa en su camarote, consagrando una partícula de las pocas hostias que le habían quedado. A continuación retomó su lección, primero en el camarote entre mapamundi y mapas, luego en la puente. Y ante las protestas de Roberto, que no podía sufrir la luz plena, había sacado de uno de sus almarios unas gafas, con los lentes ahumados, que él había usado con éxito para explorar la boca de un volcán. Roberto había empezado a ver el mundo con colores más tenues, a fin de cuentas agradabilísimos, y poco a poco estábase reconciliando con los rigores del día.

Para entender lo que sigue debo hacer una glosa, y si no la hago tampoco yo colijo.

La convicción del padre Caspar era que el *Daphne* se encontraba entre los grados dieciséis y diecisiete de latitud sur y a ciento ochenta de longitud. En cuanto a la latitud podemos fiarnos plenamente. Pero imaginémonos por un momento que hubiera atinado también con la longitud. De los confusos apuntes de Roberto se presume que el padre Caspar calcula por trescientos sesenta grados plenos a partir de la Isla del Hierro, a dieciocho grados al oeste de Greenwich, como quería la tradición desde los tiempos de Tolomeo. Por lo tanto, si él consideraba estar en su meridiano ciento ochenta, eso significa que en realidad estaba en el ciento sesenta y dos leste (a partir de Greenwich). Ahora bien, las Salomón se encuentran bien dispuestas alrededor del meridiano ciento sesenta leste, pero entre los cinco y los doce grados de latitud sur. Por lo tanto, el *Daphne* se habría encontrado demasiado abajo, al oeste de las Nuevas Hébridas, en una zona donde aparecen sólo bajíos coralinos, los que se habrían convertido en los Recifs d'Entrecasteaux.

¿Podía el padre Caspar calcular a partir de otro meridiano? Seguramente. Como al final de aquel siglo dirá Coronelli en su *Libro dei Globi*, el primer meridiano lo colocaban «Eratóstenes en las Columnas de Hércules, Martín de Tyr en las Islas Afortunadas, Tolomeo en su Geografía siguió la misma opinión, pero en sus Libros de Astronomía lo hizo pasar por Alejandría de Egipto. Entre los modernos, Ismael Abulfeda, lo marca en Cádiz, Alfonso en Toledo, Pigafetta et Herrera han hecho lo mismo. Copérnico lo pone en Fruemburgo; Reinoldo en Monte Real, o Kónisberg; Kepler en Uraniburgo; Longomontano en Kopenhagen; Lansbergius en Goes; Riccioli en Bolonia. Los atlas de Iansonio y Blaeu en Monte Pico. Para seguir el orden de mi Geografía he puesto en este Globo el Primer Meridiano, en la parte más occidental de la Isla del Hierro, como también para seguir el decreto de Luis XIII, que con el Consejo de Geo. en 1634 lo determinó en este mismo lugar».

Si el padre Caspar hubiera decidido desatender el decreto de Luis XIII y hubiera colocado el primer meridiano, pongamos, en Bolonia, entonces el *Daphne* habría estado anclado más o menos entre Samoa y Tahití. Pero allí los indígenas no tienen la piel oscura como los que él decía haber visto.

¿Por qué razón dar por buena la tradición de la Isla del Hierro? Se ha de partir del principio de que el padre Caspar habla del Primer Meridiano como de una línea fija establecida por decreto divino desde los días de la Creación. ¿Por dónde habría considerado Dios natural hacerla pasar? ¿Por aquel lugar de incierta ubicación, sin duda oriental, que era el jardín del Edén? ¿Por la Última Thule? ¿Por Jerusalén? Nadie hasta entonces había osado tomar una decisión teológica, y justamente: Dios no razona como los hombres. Adán, tanto por decir, había aparecido en la Tierra cuando estaban

ya el sol, la luna, el día y la noche, y por lo tanto, los meridianos.

Así pues, la solución no debía plantearse en términos de Historia sino de Astronomía Sagrada. Era necesario hacer coincidir el dictamen de la Biblia con los conocimientos que nosotros tenemos de las leyes celestes. Ahora bien, según el Génesis, Dios en primer lugar crea el cielo y la tierra, en este punto existían aún las tinieblas sobre el Abismo, y *spiritus Dei fovebat aquas*, aunque estas aguas no podían ser las que nosotros conocemos, que separa Dios sólo el segundo día, dividiendo las aguas que están encima del firmamento (de las cuales aún nos provienen las lluvias) de las que están debajo, es decir de los ríos y de los mares.

Lo que significa que el primer resultado de la creación era Materia Prima, informe y sin dimensiones, cualidades, propiedades, tendencias, carente de movimiento y de reposo, puro caos primordial, *hyle* que no era aún ni luz ni tinieblas. Era una masa mal digerida donde se confundían aún los cuatro elementos, además del frío y el calor, lo seco y lo húmedo, magma en ebullición que estallaba en gotas ardientes, como una olla de judías, como un vientre diarroico, una cañería atascada, un estanque en el que se dibujan y desaparecen círculos de agua por la emersión e inmersión subitánea de larvas ciegas. Hasta tal punto que los herejes deducían de esto que aquella materia, tan obtusa, resistente a cualquier soplo creativo, era eterna al menos cuanto Dios.

Aunque así fuere, era necesario un fiat divino para que de ella y en ella y sobre ella impusiérase la alterna vicisitud de la luz y de las tinieblas, del día y de la noche. Esta luz (y ese día) del que se habla en el segundo estadio de la Creación no era todavía la luz que conocemos nosotros, la de las estrellas y la de dos grandes luminares, que son creados sólo el cuarto día. Era luz creativa, energía divina en estado puro, como la deflagración de un barril de pólvora, que antes es sólo unos granillos negros, comprimidos en una masa opaca, y luego, de un golpe, es un propagarse de llamaradas, un concentrado de fulgor que se dilata hasta la propia extrema periferia, allende la cual créanse por contraposición las tinieblas (aunque entre nosotros la explosión acaeciera de día). Y como si de un contenido aliento, de un carbón que había parecido rubificarse por un hálito interno, de aquella *goldene Quelle des Universums* hubiera nacido una escala de excelencias luminosas gradualmente degradante hacia la más irremediable de las imperfecciones; como si el soplo creador partiera de la infinita y concentrada potencia luminosa de la divinidad, tan alumbrada que nos pareciera noche oscura, abajo y abajo, a través de la relativa perfección de los Querubines y de los Serafines, a través de los Tronos y las Dominaciones, hasta los ínfimos desechos donde arrástrase la lombriz y sobrevive insensible la piedra, en el linde mismo de la Nada.

—¡Y ésta era la *Offenbarung göttlicher Mayestat!*

Y si el tercer día nacen ya las hierbas y los árboles y los prados, es porque la Biblia no habla aún del paisaje que nos alegra la vista, sino de una oscura potencia vegetativa, apareamientos de espermatozoides, sobresaltos de raíces dolientes y contorcidas que buscan el sol, que, no obstante, al tercer día todavía no ha aparecido.

La vida llega al cuarto día, en el que créanse tanto la luna como el sol, como las estrellas, para dar luz a la tierra y separar el día de la noche, en el sentido en el que nosotros lo entendemos cuando computamos el curso de los tiempos. Es ese día cuando se ordena el círculo de los cielos, desde el Primer Móvil y desde las Estrellas Fijas hasta la Luna, con la tierra en el centro, piedra dura apenas esclarecida por los rayos de los astros, y en derredor una guirnalda de piedras preciosas.

Estableciendo ellos nuestro día y nuestra noche, el sol y la luna fueron el primer y no superado modelo de todos los relojes del porvenir, los cuales, simios del firmamento, marcan el tiempo humano sobre el cuadrante zodiacal, un tiempo que no tiene nada que ver con el tiempo cósmico: éste tiene dirección, un resuello ansioso hecho de ayer, hoy y mañana, y no la sosegada respiración de la Eternidad.

Detengámonos entonces en este cuarto día, decía el padre Caspar. Dios crea el sol, y cuando el sol está creado, y no antes, es natural, empieza a moverse. Pues bien, en el momento en el que el sol inicia su curso para no detenerse ya más, en ese *Blitz*, en ese raudo destello antes de que mueva el primer paso, está abrazado a una línea precisa que divide verticalmente la tierra en dos.

—¡Y el Primer Meridiano es donde de repente es medio día! —comentaba Roberto, que creía haber entendido todo.

—¡Nein! —reprimíalo su maestro—. ¿Tú crees que Dios es tan estúpido como tú? ¡¿Cómo puede el primer día de la Creación a medio día empezar?! ¿Acaso empiezas tú, en principio desz Heyls, la Creación con un mal conseguido día, un *Leibesfrucht*, un foetus de día de solas doce horas?

No, sin duda. En el Primer Meridiano la carrera del sol habría debido empezar a la luz de las estrellas, cuando era media noche más una pizca, y antes era el No-Tiempo. En ese meridiano había tenido principio, de noche, el primer día de la Creación.

Roberto había objetado que, si en aquel meridiano era de noche, un día abortado lo habría habido por la otra parte, allá donde de repente habría aparecido el sol, sin que antes no fuera ni noche ni nada, sino sólo caos tenebroso y sin tiempo. Y el padre Caspar había dicho que el Libro Sagrado no dice que el sol haya aparecido como por encanto, y que no le disgustaba pensar (como toda lógica natural y divina imponía) que Dios había creado el sol haciéndole proceder en el cielo, durante las primeras horas,

como una estrella apagada, que habríase encendido paso a paso, en el transcurrir del primer meridiano a sus antípodas. Quizá el sol habíase inflamado poco a poco, como madera joven tocada por la primera chispa de un eslabón, que al principio apenas echa humo y luego, con el soplo que la instiga, empieza a chisporrotear, para someterse, al fin, a un fuego alto y vivaz. ¿No era bello quizá imaginar al Padre del Universo soplando sobre aquella pelota aún verde, para llevarla a celebrar su victoria, doce horas después del nacimiento del Tiempo, y precisamente en el Meridiano Antípoda en el que ellos se hallaban en aquel momento?

Quedaba por definir cuál era el Primer Meridiano. Y el padre Caspar reconocía que el de la Isla del Hierro era aún el mejor candidato, visto que, Roberto lo había sabido ya por el doctor Byrd, allá la aguja de marear no hace desviaciones, y esa línea pasa por ese punto cercanísimo al Polo donde más altas son las montañas de hierro. Lo que es, sin duda, signo de estabilidad.

Entonces, para resumir, si aceptáramos que desde aquel meridiano había partido el padre Caspar, y que había encontrado la justa longitud, bastaría admitir que, trazando bien el rumbo como navegante, había naufragado como geógrafo: el *Daphne* no estaba en nuestras Islas Salomón sino en alguna parte al oeste de las Hébridas, y amén. Pero siento contar una historia que, como veremos, debe desarrollarse en el meridiano ciento ochenta (si no, pierde todo su sabor) y aceptar, en cambio, que se desarrolle quién sabe cuántos grados más allá o más acá.

Ensayo entonces una hipótesis y desafío a todos los lectores a que la desafíen. El padre Caspar se había equivocado a tal punto que se encontraba sin saberlo en *nuestro* meridiano ciento ochenta, digo en el que calculamos desde Greenwich; el último punto de salida para el mundo en que él habría podido pensar, porque era tierra de cismáticos antipapistas.

En ese caso, el *Daphne* hallaríase en las Fiji (donde los indígenas son precisamente muy oscuros de piel), justo en el punto donde pasa hoy nuestro meridiano ciento ochenta, y es decir, en la isla de Taveuni.

Las cuentas en parte saldrían. El perfil de Taveuni muestra una cadena volcánica como la isla grande que Roberto veía hacia el oeste. Si no fuera que el padre Caspar habíale dicho a Roberto que el meridiano fatídico pasaba justo delante de la bahía de la Isla. Ahora bien, si nos encontramos con el meridiano al leste, vemos a Taveuni a oriente, no a occidente; y si se ve al oeste una isla que parece corresponder a las descripciones de Roberto, entonces tenemos al leste seguramente islas más pequeñas

(yo elegiría Qamea), pero entonces el meridiano pasaría a espaldas del que mira la Isla de nuestra historia.

La verdad es que con los datos que nos comunica Roberto, no es posible apurar dónde había ido a parar el *Daphne*. Y luego, todas esas islitas son como los japoneses para los europeos y viceversa: se parecen todas. Sólo he querido probar. Un día me gustaría volver a hacer el viaje de Roberto, en busca de sus huellas. Pero una cosa es mi geografía, y otra cosa es su historia.

Nuestro único consuelo es que todos estos cavilos son absolutamente insignificantes desde el punto de vista de nuestra incierta novela. Lo que el padre Wanderdrossel le dice a Roberto es que ellos están en el meridiano ciento y ochenta que es la antípoda de las antípodas, y allí en el meridiano ciento y ochenta están no nuestras Islas Salomón, sino su Isla de Salomón. ¿Qué importa, además, que esté o que no esté? Ésta será, si acaso, la historia de dos personas que creen estar, no de dos personas que están, y cuando se escuchan historias, y es dogma entre los más liberales, se ha de suspender la incredulidad.

Por tanto: el *Daphne* encontrábase ante el meridiano ciento y ochenta, precisamente en las Islas de Salomón, y la Isla nuestra era, entre las Islas de Salomón, la más salomónica, como salomónica es mi sentencia, para cortar de una vez por todas.

—¿Y entonces? —había preguntado Roberto al final de la explicación—. ¿De verdad piensa Vuestra Merced encontrar en esa Isla todas las riquezas de las que hablaba ese Mendaña?

—¡Mas éstas son Lügen der spanischen Monarchy! ¡Nosotros estamos ante el mayor prodigio de toda humana et sacra historia, que tú no aún entender puedes! En París mirabas las damas y seguías la ratio studiorum de los epicúreos, en vez de reflexionar sobre los grandes milagros de este nuestro Universum, ¡que el Sandísimo Nombre de su Creador fiat semper laudado!

Así pues, las razones por las que el padre Caspar había partido poco tenían que ver con los propósitos de rapiña de los diferentes navegantes de otros países. Todo nacía del hecho de que el padre Caspar estaba escribiendo una obra monumental, y destinada a permanecer más perenne que el bronce, sobre el Diluvio Universal.

Como hombre de Iglesia, pretendía demostrar que la Biblia no había mentido, mas como hombre de ciencia quería poner de acuerdo el dictamen sagrado con el resultado

de las investigaciones de su tiempo. Y por ello había recogido fósiles, explorado los territorios de oriente para encontrar algo en la cima del monte Ararat, y hecho cálculos precisísimos sobre las que podían ser las dimensiones del Arca, tales que le permitieran contener todos esos animales (y nótese, siete parejas por cada uno), y al mismo tiempo tener la justa proporción entre la parte que emerge y la parte inmersa, para no irse a pique con todo ese peso o zozobrar por los embates del mar, que durante el Diluvio no debían de ser azotes de poca entidad.

Había hecho un bosquejo para enseñarle a Roberto el dibujo en sección del Arca, como un enorme edificio cuadrado, de seis pisos, los volátiles arriba para que recibieran la luz del sol, los mamíferos en cercados que pudieran brindar hospitalidad no solamente a gatitos sino también a elefantes, y los reptiles en una especie de sentina, donde entre el agua pudieran encontrar alojamiento también los anfibios. Ningún espacio para los gigantes, y por ello la especie habíase extinguido. Noé, últimamente, no había tenido el problema de los peces, los únicos que del Diluvio no tenían qué temer.

Sin embargo, estudiando el Diluvio, el padre Caspar había dado en enfrentarse con un problema *physicus—hydrodynamicus* aparentemente insoluble. Dios, lo dice la Biblia, hace llover sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches, y las aguas se levantaron sobre la tierra hasta cubrir incluso los montes más altos, se detuvieron a quince codos sobre los altísimos entre los montes, y las aguas cubrieron así la tierra durante ciento y cincuenta días. Perfectamente.

—¿Pero has tú la lluvia intentado a recoger? ¡Llueve todo un día, y tú has recogido un pequeño fondo de tonel! ¡Y si llovería por una semana, a duras penas tú llenas el tonel! Y imagina también una ungeheure lluvia, que precisamente no puedes ni siquiera resistir bajo ella, que todo el cielo se vuelca sobre tu pobre cabeza, una lluvia peor que el huracán en que has naufragado... ¡En cuarenta días *ist das unmöglich*, no posible que tú llenas toda la tierra hasta los montes más altos!

—¿Quiere decir que la Biblia ha mentido?

—¡Nein! ¡Desde luego que no! ¡Pero yo tengo que demostrar dónde Dios ha toda esa agua cogido, que no es posible que la ha hecho caer del cielo! ¡Esto no basta!

—¿Y entonces?

—Et entonces dumm bin ist nicht^[1], ¡estúpido soy yo no! El padre Caspar ha una cosa pensado que de ningún ser humano antes que hoy jamás pensada era. In primis, ha leído bien la Biblia que dice que Dios ha, sí, abierto todas las ventanas de los cielos pero ha también hecho romper todas las Quellen, las Fontes Abyssy Magnae, todas las fuentes del Abyssso grande, Génesis siete once. Después de que el Diluvio acabado

estaba, ha fuentes del abysso cerrado, ¡Génesis ocho dos! ¿Cuál cosa son estas fuentes del abysso?

—¿Cuál cosa son?

—¡Son las aguas que en lo más profundo del mar encuéntranse! ¡Dios no ha sólo la lluvia tomado sino también las aguas de lo más profundo del mar y halas volcado sobre la tierra! Y halas aquí tomado porque, si los montes más altos de la tierra están alrededor del Primer Meridiano, entre Jerusalem y la Isla del Hierro, sin duda deben los abyssos marinos más profundos estar aquí, en el antimeridiano, por razones de symmetria.

—Sí, mas las aguas de todos los mares del globo no bastan para recubrir los montes, si no, lo harían siempre. Y si Dios derramaba las aguas del mar sobre la tierra, cubría la tierra pero vaciaba el mar, y el mar mudábase en un gran agujero vacío, y Noé caía dentro con toda el Arca...

—Tú dices una justísima cosa. No sólo: si Dios cogía toda el agua de la Tierra Incógnita y esa derramaba sobre la Tierra Cógnta, sin esta agua en este hemisferio, cambiaba la tierra todo su Zentrum Cravitatis y volcábase toda, y quizá saltaba en el cielo como una pelota a la que tú das una patada.

—¿Y entonces?

—Y entonces prueba tú pensar qué tú harías si tú eras Dios.

Roberto embargado por el juego:

—Si yo era Dios —dijo, dado que considero que ya no conseguía conjugar los verbos como el Dios del buen idioma manda—, yo creaba nueva aqua.

—Tú, pero Dios no. Dios puede aqua ex nichilo^[2] creare, ¿pero dónde pone ella después del Diluvio?

—Entonces Dios había puesto desde el principio de los tiempos una gran reserva de agua debajo del abismo, escondida en el centro de la tierra, y la hizo salir en aquella ocasión, sólo durante cuarenta días, como si brotara de los volcanes. Sin duda, la Biblia quiere decir esto cuando leemos que Él hizo reventar los manantiales del abismo.

—¿Tú crees? Pero de los volcanes sale el fuego. ¡Todo el Zentrum de la tierra, el corazón del Mundus Subterraneus, es una gran masa de fuego! ¡Si en el zentrum el fuego está, no puede el agua en ello estar! Si el agua estaría, fueran los volcanes fuentes —concluía.

Roberto no cejaba:

—Entonces, si yo era Dios, yo cogía el agua de otro mundo, visto que son infinitos, y la derramaba sobre la tierra.

—Tú has en París oído esos ateos que de los mundos infinitos hablan. Pero Dios ha uno solo de mundo hecho, y eso basta a su gloria. No, tú piensa mejor, y si tú no infinitos mundos tienes, y no tienes tiempo de hacerlos precisamente para el Diluvio y luego los tiras de nuevo a la Nada, ¿qué cosa haces tú?

—Entonces precisamente no sé.

—Porque tú un pequeño pensamiento tienes.

—Tendré un pequeño pensamiento.

—Sí, muy pequeño. Ahora tú piensa. Si Dios el aqua tomar podría que fue ayer en toda la tierra y ponerla hoy; y mañana toda el aqua tomar que fue hoy, et es ya el doble, y ponerla pasado mañana, y así ad infinitum, ¿quizá viene el día que Él toda esta nuestra esfera llenar consigue, hasta cubrir todas las montañas?

—No se me dan bien los cálculos pero diría que a un cierto punto sí.

—¡Ja! En cuarenta días llena Él la tierra con cuarenta veces el aqua que se encuentra en los mares, y si tú haces cuarenta veces la profundidad de los mares, tú cubres ciertamente las montañas: los abismos son mucho más profundos, o tanto profundos que las montañas altas son.

—¿Pero dónde cogía Dios el aqua de ayer, si ayer ya había pasado?

—¡Pues aquí! Ahora escuchas. Piensa que tú serías en el Primer Meridiano. ¿Puedes?

—Yo sí.

—Agora piensas que allá medio día es y digamos medio día de jueves santo. ¿Qué hora es en Jerusalem?

—Después de todo lo que he aprendido sobre el curso del sol y los meridianos, en Jerusalén el sol habrá pasado desde hace tiempo sobre el meridiano, y será media tarde entrada. Entiendo dónde quiere llevarme. Está bien: en el Primer Meridiano es medio día y en el Meridiano Ciento y Ochenta es media noche, puesto que el sol ya pasó hace doce horas.

—Gut. Por tanto aquí es media noche, por tanto la fin de jueves santo. ¿Qué acontece aquí inmediatamente después?

—Que empezarán las primeras horas del viernes santo.

—¿Y no en el Primer Meridiano?

—No, allá abajo será todavía la tarde de ese jueves.

—Wunderbar. Ergo aquí ya es viernes, et allá es aún jueves, ¿no? Y cuando allá viernes se vuelve, aquí es ya sábado. Así el Señor resucita aquí cuando allá todavía no es muerto, ¿no?

—Sí, está bien, pero no entiendo...

—Agora tú entiendes. Cuando aquí es la media noche et un minuto, una minuscularia parte de minuto, ¿tú dices que aquí es ya viernes?

—Desde luego que sí.

—Pues piensa que en ese mismo momento tú no estarías aquí en el navío sino en aquella isla que ves, a oriente de la línea del meridiano. ¿Acaso tú dices que allí ya viernes es?

—No, allí es aún jueves. Es media noche menos un minuto, menos un instante, pero del jueves.

—¡Gut! ¡En el mismo momento aquí es viernes et allá jueves!

—Claro, y... —Roberto habíase detenido sorprendido por un pensamiento—. ¡Y no sólo! Vuestra Merced me hace comprender que si en ese mismo instante yo estuviera en la línea del meridiano sería media noche en punto, mas si mirara hacia occidente vería la media noche del viernes y si mirara hacia oriente vería la media noche del jueves. ¡Vive Dios!

—Tú no dices Vivediós, bitte.

—¡Perdóneme, reverendo padre, es que es algo milagroso!

—¡Et por tanto ante un miráculu tú no usas el nombre de Dios en vano! Dices Sacro Bosco, más bien. ¡Pero el grande miráculu es que no hay miráculu! ¡Todo estaba previsto ab initio! Si el sol veinte y cuatro horas emplea en dar la vuelta de la tierra, empieza en occidente del meridiano ciento et ochenta un nuevo día, et a oriente tenemos aún el día de antes. Media noche de viernes aquí en el navío es media noche de jueves en la Isla. ¿Tú no sabes que cosa a los marineros de Magallanes ha sucedido cuando acabaron en su vuelta del mundo, como cuenta Pedro Mártir? Que son vueltos et pensaban que fuera un día antes et era en cambio un día después, y ellos creían que Dios había castigado ellos robándoles un día, porque no habían el ayuno del viernes santo observado. En cambio, era muy natural: habían hacia poniente viajado. Si desde la América hacia la Asia viajas, pierdes un día, si en el sentido contrario viajas, ganas un día: he aquí el motivo que el *Daphne* ha facto la vía de la Asia, y vosotros estúpidos la vía de la América. ¡Tú eres agora un día más viejo que yo! ¿No te hace reír?

—¡Mas si volviera a la Isla sería un día más joven! —dijo Roberto.

—Esto era mío pequeño jocus. Pero a mí no importa si tú eres más joven o más viejo. A mí importa que en este punto de la tierra una línea hay que de esta parte el día de después es, y de aquella parte el día de antes. Y no sólo a media noche, sino también a las siete, a las diez, ¡a cada hora! Dios por tanto cogía de este abysso el aqua de ayer (que tú ves allá) y la volcaba sobre el mundo de hoy, y el día después aún ¡y así en adelante! ¡Sine miraculo, naturaliter! ¡Dios había la Naturaleza predispuerto

como un grande Horologium! Es como si yo habría un horologium que marca no las doce pero las veinte y cuatro horas. En este horologium muévase la lanza o saeta hacia las veinte y cuatro, et a la derecha de las veinte y cuatro era ayer et a la izquierda hoy.

—¿Pero cómo hacía la tierra de ayer para quedarse parada en el cielo, si ya no había agua en ese hemisferio? ¿No perdía su Centrum Gravitatis?

—Tú piensas con la humana conceptione del tiempo. Para nosotros los hombres existe el ayer ya no, y el mañana aún no. Tempus Dei, quod dicitur Aevum, muy diferente.

Roberto razonaba que si Dios quitaba el agua de ayer y la ponía hoy, quizá la tierra de ayer tenía una sacudida por vía de aquel maldito centro de gravedad, aunque a los hombres esto no les debía importar: en su ayer la sacudida no había tenido lugar, y tenía lugar, en cambio, en un ayer de Dios, que evidentemente sabía manejar diversos tiempos y diversas historias, como un Narrador que escriba diversas novelas, todas con los mismos personajes, haciéndoles acaecer casos diferentes de historia a historia. Como si hubiera habido un Cantar de Roldan en el que Roldan moría bajo un pino, y otro en el que se convertía en rey de Francia a la muerte de Carlos, usando la piel de Ganelón como alfombra. Pensamiento que, como se dirá, habríale acompañado más tarde durante mucho tiempo, convenciéndole de que no solamente los mundos pueden ser infinitos en el espacio, sino también paralelos en el tiempo. Pero de esto no quería hablarle al padre Caspar, que consideraba ya hereticísima la idea de los muchos mundos todos presentes en el mismo espacio y quién sabe qué habría dicho de aquella glosa suya. Se limitó, pues, a preguntar cómo había hecho Dios para mover toda aquella agua de ayer a hoy.

—¿Con la erupción de los volcanes submarinos, natürlich! ¿Piensas? Ellos soplan abrasadores vientos, ¿y qué sucede cuando una olla de leche caliéntase? La leche hínchase, sube hacia arriba, sale de la olla, espárcese por los fogones. ¡Pero en aquel tiempo era no leche, sed aqua hirviente! ¡Grosse catastrophe!

—¿Y cómo quitó Dios toda aquella agua después de los cuarenta días?

—Si no llovía más, estaba el sol, et por tanto evaporaba el agua poco a poco. La Biblia dice que ciento y cincuenta días necesarios fueron. Si tú la veste en un día lavas et secas, secas la tierra en ciento y cincuenta. Y además mucha aqua ha en enormes lagos subterráneos refluído, que agora aún entre la superficie y el fuego zentral están.

—Casi me ha convencido —dijo Roberto, a quien no le importaba tanto cómo habíase movido aquella agua, como el hecho de que él se encontraba a dos pasos de ayer—. Mas llegando aquí, ¿qué ha demostrado Vuestra Merced que no había podido demostrar antes con la luz de la razón?

—La luz de la razón la dejas a la vieja theologia. Hoy quiere la ciencia la prueba de la experientia. Et la prueba de la experientia es que yo aquí estoy. Además antes que yo llegaba aquí he hecho muchos sondeos, et sé cuánto profundo el mar allá abajo es.

El padre Caspar había abandonado su explicación geoastronómica y habíase explayado en la descripción del diluvio. Hablaba ahora su latín erudito, moviendo los brazos para evocar los diferentes fenómenos celestes e inferiores, a grandes pasos sobre el combés. Lo había hecho precisamente mientras el cielo sobre la bahía estaba nublandose y anunciábase un temporal como los que llegaban sólo, de repente, en el mar del Trópico. Ahora bien, habiéndose roto todas las fuentes del abismo y las ventanas de los cielos, ¡qué horrendum et formidandum spectaculum habíase ofrecido a Noé y a su familia!

Los hombres se refugiaban en un principio sobre los tejados, pero sus casas eran barridas por las corrientes que llegaban de las Antípodas con la fuerza del viento divino que las había levantado y empujado; trepaban sobre los árboles, pero éstos eran arrancados como pajillas; veían aún unas cimas de antiquísimas encinas y a ellas agarrábanse, pero los vientos los zarandeaban con tal rabia que no conseguían mantener la presa. Ya en el mar que cubría valles y montes veíanse flotar cadáveres inflados, en los que los últimos pájaros espantados intentaban encaramarse como en atrocísimo nido; mas, perdiendo pronto también este último refugio, cedían extenuados entre la tempestad, las plumas pesadas, las alas ya desmayadas.

—Oh, horrenda justitiae divinae spectacula —exultaba el padre Caspar, y era nada, aseguraba, respecto de lo que nos será dado ver el día en que Cristo vuelva a juzgar a vivos y muertos...

Y al gran estruendo de la naturaleza respondían los animales del Arca, a los aullidos del viento hacían eco los lobos, al rugir de los truenos hacía de contrapunto el león, al escalofrío de las centellas bramaban los elefantes, ladraban los perros a la voz de sus congéneres moribundos, lloraban las ovejas ante los lamentos de los niños, graznaban las cornejas al graznar de la lluvia sobre el tejado del Arca, mugían los bueyes al mugir de las ondas, y todas las criaturas de la tierra y del aire con su calamitoso piar o quejumbroso maullar tomaban parte en el luto del planeta.

Fue en esta ocasión, aseguraba el padre Caspar, cuando Noé y su familia volvieron a descubrir la lengua que Adán había hablado en el Edén, y que sus hijos habían olvidado después de que los expulsaran y que los mismos descendientes de Noé habrían perdido, casi todos, el día de la gran confusión babélica, excepto los herederos

de Gomer que habíanla llevado a las selvas del norte, donde el pueblo alemán había la custodiado fielmente. Solamente la lengua alemana, ahora gritaba en su lengua materna el padre Caspar poseído, «redet mit der Zunge, donnert mit dem Himmel, blitzet mit den schnellen Wolken», o como luego inventivamente seguía, mezclando los aspérrimos sonidos de idiomas diferentes, sólo la lengua alemana habla la lengua de la naturaleza, «blitza con los Nubes, brumma con el cierfo, gruntza con el Schwaino, tzissca con el Anguicolo, maua con el Kato, schnattera con el Ansérculo, cuaquera con la Gansa, kakkakakka con la Gallina, klappera con la Cigonia, krakka con el Korbaccho, schwirra con la Hirundine!». Y al final él estaba ronco por tanto babelizar, y Roberto convencido de que la verdadera lengua de Adán, vuelta a hallar con el Diluvio, arraigase sólo en las landas del Sacro Romano Emperador.

Chorreante de sudor, el religioso había terminado su evocación. Casi como si estuviera asustado por las consecuencias de todos los diluvios, el cielo había convocado hacia sí a la tempestad, como un estornudo que parece ya ya que va a explotar y luego es contenido con un gruñido.

LA PALOMA NARANJADA

En los días siguientes habíase hecho evidente que la Specola Melitense era inaccesible, porque tampoco el padre Wanderdrossel sabía nadar. La barca estaba aún allá abajo, en la calita, y por tanto era como si no estuviera.

Ahora que tenía a disposición a un hombre joven y vigoroso, el padre Caspar habría sabido cómo hacer construir una balsa con un gran remo pero, lo había explicado, materiales e instrumentos habíanse quedado en la Isla. Sin ni siquiera un hacha no se podían abatir los palos o las entenas, sin martillos no se podían sacar de quicio las puertas, y clavarlas entre ellas.

Por otra parte, el padre Caspar no parecía demasiado preocupado por aquel prolongado naufragio, es más, se congratulaba sólo de haber recobrado el uso de su alojamiento, de la cubierta y de algunos instrumentos para continuar estudios y observaciones.

Roberto no había entendido todavía quién era el padre Caspar Wanderdrossel. ¿Un sabio? Sin duda sí, o por lo menos un erudito, y un curioso tanto de ciencias naturales como divinas. ¿Un exaltado? Seguramente. En un determinado momento, había dejado traslucir que aquel navío había sido equipado no a cargo de la Compañía, sino al suyo propio, o más bien, de un hermano suyo, mercader enriquecido y loco como él; en otra ocasión, habíase dejado llevar a una que otra queja hacia algunos hermanos suyos que le habrían «latroneado tantas fecundísimas Ideas» después de haber fingido repudiarlas como jerigonzas. Lo que dejaba pensar que allá abajo, en Roma, aquellos reverendos padres no hubieran visto mal la partida de aquel personaje sofista y, considerando que se embarcaba a cargo suyo, y que había buenas esperanzas de que a lo largo de aquellos derroteros impracticables se perdiera, habíanlo alentado para quitárselo de encima.

Las compañías que Roberto había tenido en Provenza y en París habían sido de tal especie que volvíanlo vacilante ante las afirmaciones de física y filosofía natural que oía hacer al viejo. Pero lo hemos visto, Roberto había absorbido el saber al que estaba expuesto como si fuera una esponja, sin cuidarse demasiado de no creer en verdades contradictorias. Quizá no era que le faltara el gusto por el sistema, era elección.

En París, el mundo le había parecido una escena en la que se representaban apariencias engañosas, donde cada uno, espectador, quería seguir todas las noches, y admirar, un caso diferente, como si las cosas usuales, aunque milagrosas, ya no

iluminaran a nadie, y sólo las insólitamente inciertas o inciertamente insólitas fueran capaces de excitarles todavía. Los antiguos pretendían que para una pregunta existiera una sola respuesta, mientras que el gran teatro parisino había ofrecido el espectáculo de una pregunta a la que se respondía de los modos más variados. Roberto había decidido conceder sólo la mitad del propio espíritu a las cosas en las que creía (o que creía creer), para tener la otra disponible en el caso de que fuere verdad lo contrario.

Si ésta era la disposición de su ánimo, podemos entender entonces por qué no estaba muy motivado para negar incluso las más o menos fidedignas entre las revelaciones del padre Caspar. De todos los relatos que había oído, el que le había hecho el jesuita era, sin duda, el menos usual. ¿Por qué considerarlo entonces falso?

Desafío a quienquiera a que se halle abandonado en un navío desierto, entre cielo y mar en un espacio perdido, y a que no esté dispuesto a soñar que, en esa gran desgracia, no le haya tocado en suerte, a lo menos, haber ido a parar en el centro del tiempo.

Podía, así pues, incluso divertirse oponiendo a aquellos relatos múltiples objeciones, pero más a menudo portábase como los discípulos de Sócrates, que casi imploraban su derrota.

Por otra parte, ¿cómo rechazar el saber de una figura ya paterna, que de golpe lo había conducido de una condición de naufrago anonadado a la de pasajero de un navío del cual alguien tenía conocimiento y gobierno? Fuere la autoridad del hábito, fuere la condición de señor original de aquel castillo marino, el padre Caspar representaba a sus ojos el Poder, y Roberto había aprendido bastante de las ideas del siglo para saber que a la fuerza es menester asentir, por lo menos en apariencia.

Si luego Roberto empezaba a dudar de su anfitrión, inmediatamente aquél, acompañándole a explorar de nuevo el navío y enseñándole instrumentos que habían escapado a su atención, le permitía aprender tantas y tales cosas que se conquistaba su confianza.

Por ejemplo, había hecho descubrir redes y anzuelos de pesca.

El *Daphne* estaba anclado en aguas pobladísimas, y no era cuestión de agotar los bastimentos de a bordo si era posible obtener pescado fresco. Roberto, moviéndose ahora de día con sus lentes ahumados, había aprendido enseguida a arrojar las redes y a echar el anzuelo, y sin gran esfuerzo había capturado animales de tal desmedida medida que más de una vez había corrido el riesgo de ser arrastrado allende la borda por la fuerza del golpe con el que picaban.

Los tiraba en la puelle y el padre Caspar parecía conocer de cada uno la naturaleza e incluso el nombre. Si luego los nombraba según naturaleza o los bautizaba a libito

suo, Roberto no sabía decirlo.

Si los peces de su hemisferio eran grises, a lo sumo plata viva, éstos se presentaban azules con aletas guinda, tenían barbas azafrán, u hocicos cardenales. Había pescado un múgil con dos cabezas ojillenas, una en cada extremo del cuerpo, empero el padre Caspar habíale hecho notar cómo la segunda cabeza era, en cambio, una cola así decorada por la naturaleza, agitando la cual el animal asustaba a sus adversarios también desde atrás. Fue capturado un pez con el vientre maculado, con tiras de atramento en el dorso, todos los colores del arco iris en torno al ojo, un hocico cabruno, pero el padre Caspar hizo que lo echara de nuevo e inmediatamente al mar, pues que sabía (¿relatos de los hermanos, experiencia de viaje, leyenda de marineros?) que era más venenoso que un boleto de los muertos.

De otro pez, ojo amarillo, boca túmida y dientes como clavos, el padre Caspar había dicho inmediatamente que era criatura de Belcebú. Que se lo dejara sofocar en la puente hasta que muerte no siguiere, y luego fuérase por donde había venido. ¿Lo decía por ciencia adquirida o juzgaba por el aspecto? Por lo demás, todos los peces que Caspar juzgaba comestibles revelábanse buenísimos; e incluso de uno había sabido decir también que estaba mejor hervido que asado.

Iniciando a Roberto en los misterios de aquel mar salomónico, el jesuíta había sido también más preciso en dar noticias sobre la Isla, la cual el *Daphne*, al llegar, había circunnavegado completamente. Hacia el este tenía unas pequeñas playas, mas demasiado expuestas a los vientos. Inmediatamente después del promontorio sur, donde luego habían dado fondo con la barca, había una bahía tranquila, salvo que el agua era demasiado baja para fondear el *Daphne*. Aquél, donde ahora el navío estaba, era el punto más apercebido: acercándose a la Isla habríase encallado en un fondo bajo, y alejándose más habríanse encontrado en lo vivo de una corriente harto fuerte, que recorría el canal entre las dos islas de suroeste a noreste; y fue fácil demostrárselo a Roberto. El padre Caspar le pidió que arrojara el corpachón muerto del pez de Belcebú, con toda la fuerza que tenía, hacia el mar de occidente, y el cadáver del monstruo, mientras vióselo flotar, fue arrastrado con vehemencia por aquel flujo invisible.

Tanto Caspar como los marineros habían explorado la Isla, si no toda, en gran parte: lo suficiente para poder decidir que la coronilla del monte, que habían elegido para instalar la Specola, era la más apropiada para dominar con el ojo toda aquella tierra, vasta como la ciudad de Roma.

Había en el interior una cascada, y una hermosísima vegetación: no sólo cocos y plátanos, sino también algunos árboles con el tronco en forma de estrella, cuyas puntas

se utilizaban como hojas de cuchillo.

De los animales, algunos habíalos visto Roberto en la entrepuentes: la Isla era un paraíso de pájaros, y había incluso zorros voladores. Habían avistado en la espesura unos cerdos, mas no habían conseguido capturarlos. Había serpientes, aunque ninguna habíase demostrado venenosa o feroz, mientras ilimitada era la variedad de los lagartos.

Pero la fauna más rica hallábase a lo largo de la barbacana de coral. Tortugas, cangrejos, y ostras de todas las formas, difíciles de comparar con las que se encuentran en nuestros mares, grandes como cestas, como ollas, como bandejas, a menudo difíciles de abrir, mas una vez abiertas mostraban masas de carne blanca, blanda y grasa que eran verdaderos manjares. Desdichadamente no podían llevarse al navío: en cuanto estaban fuera del agua, corrompíanse al calor del sol.

No habían visto ninguna de las grandes bestias feroces de las que son ricas otras regiones del Asia, ni elefantes, ni tigres ni cocodrilos. Y, por otra parte, nada que se asemejara a un buey, a un toro, a un caballo o a un perro. Parecía que en aquella tierra todas las formas de vida hubieran sido concebidas no por un arquitecto o por un escultor, sino por un orfebre: los pájaros eran cristales coloreados, pequeños los animales del bosque, planos y casi transparentes los peces.

No les había parecido ni al padre Caspar ni al capitán, ni a los marineros, que en aquellas aguas hubiera tiburones, que se podrían notar incluso de lejos, a causa de aquella aleta, afilada como un hacha. Y decir que en aquellos mares encontrábase por doquier. Ésta, que delante y en derredor de la Isla faltaban los tiburones, era según mi opinión una ilusión de aquel antojadizo explorador, o quizá era verdad lo que él argumentaba, es decir, que habiendo un poco más al oeste una gran corriente, aquellos animales preferían moverse allá abajo, donde estaban seguros de encontrar sustento más abundante. Como quiera que fuere, le va bien a la historia que seguirá que ni Caspar ni Roberto temieran la presencia de tiburones, si no, no habrían tenido luego ánimo de bajar al agua y yo no sabría qué contar.

Roberto seguía estas descripciones, se prendaba cada vez más de la Isla lejana, intentaba imaginarse la forma, el color, el movimiento de las criaturas de las que el padre Caspar le hablaba. Y los corales, ¿cómo eran estos corales, que él conocía sólo como joyas que por poética definición tenían el color de los labios de una bella mujer?

Sobre los corales el padre Caspar se quedaba sin palabras y se limitaba a levantar los ojos al cielo con una expresión de dicha. Aquellos de los que hablaba Roberto eran los corales muertos, como muerta era la virtud de aquellas cortesanas a las que los libertinos aplicaban aquella abusada comparación. Y en la escollera, corales muertos

los había, y eran éstos los que herían a quien tocara aquellas piedras. Mas en nada podían competir con los corales vivos, que eran, cómo decir, flores submarinas, anémonas, jacintos, alheñas, ranúnculos, ramilletes de violetas. Qué va, esto no decía nada, eran una fiesta de agallas, nueces, nebrinas, capullos, cadillos, vástagos, cogollos, nervios; no, no, eran otra cosa, móviles, coloreados como el jardín de Armida, e imitaban a todos los vegetales del campo, del huerto y del bosque, desde el cedro a la amanita y a la berza...

Él había visto corales en otras partes, gracias a un instrumento construido por un hermano suyo (y yendo a hurgar en un cajón de su camarote el instrumento aparecía): era como una máscara de cuero con un gran ocular de cristal, y el orificio superior ribeteado y reforzado, con un par de cintas que permitían asegurarlo a la nuca, de suerte que adhiriera a la cara, desde la frente hasta la barbilla. Navegando sobre un bote con el fondo plano, que no se encallara en el terraplén sumergido, se doblaba la cabeza hasta rozar el agua y se veía el fondo: mientras que si uno hubiera sumergido la cabeza desnuda, aparte el escozor de los ojos, no habría visto nada.

Caspar pensaba que el artilugio, que llamaba Perspicillum, Ocular, o Persona Vitrea (máscara que no esconde, antes, revela), habría podido ser llevado también por quien hubiera sabido nadar entre las rocas. No era que el agua no entrara antes o después en el interior, mas por un poco de tiempo, conteniendo la respiración, se podía seguir mirando. Después de lo cual, habría sido menester emerger de nuevo, vaciar aquella vasija y volver a empezar desde el principio.

—Si tú a nadar aprenderías, podrías estas cosas allá abajo ver —decía Caspar a Roberto.

Y Roberto, imitándole:

—Si yo nadaría, ¡mi pecho fuera una bota!

Y sin embargo reconvenía no poder ir allá abajo.

Y además, además, estaba añadiendo el padre Caspar, en la Isla estaba la Paloma de Llama.

—¿La Paloma de Llama? ¿Qué es? —preguntó Roberto.

Y el ansia con la que lo preguntó nos parece exorbitante. Como si la Isla le prometiera desde hacía tiempo un emblema oscuro, que sólo ahora volviese luminosísimo.

Explicaba el padre Caspar que era difícil describir la belleza de este pájaro, y había que verlo para poder hablar del. Él lo había divisado con el largomira el mismo día de la llegada. Y desde lejos era como ver una esfera de oro inflamado, o de flama áurea, que desde la cima de los árboles más altos saeteaba hacia el cielo. Recién

llegado a tierra había querido saber más, y había instruido a los marineros para que lo localizaran.

Había sido acechanza harto larga, hasta que habían entendido entre qué árboles vivía. Emitía un sonido completamente particular, una especie de «toe toe», como el que se obtiene chasqueando la lengua contra el paladar. Caspar había entendido que, produciendo este reclamo con la boca, o con los dedos, el animal respondía, y alguna vez habíase dejado entrever mientras volaba de rama en rama.

Caspar había vuelto más veces a acechar, pero con un cristal de larga vista y, por lo menos una vez, había visto bien el pájaro, casi inmóvil: la cabeza era oliva oscuro —no, quizá espárrago como las patas— y el pico color alfalfa se extendía, como una máscara, a engastar el ojo, que parecía un grano de trigo de Indias, con la pupila de un negro rutilante. Tenía un gollete breve y dorado como la punta de las alas, pero el cuerpo, desde el pecho hasta las plumas de la cola, que, finísimas, parecían los cabellos de una mujer, era (¿cómo decir?). No, rojo no era la palabra apropiada...

Rojo, rubro, rubicundo, rubio, rufo, rojeante, rosicler, sugería Roberto. *Nein, nein*, irritábase el padre Caspar. Y Roberto: como una fresa, una clavellina, una frambuesa, una guinda, un rabanillo; como las bayas del acebo, el vientre del tordo o del zorzal, la cola del colarrubia, el pecho del pechicolorado... Que no, no, insistía el padre Caspar, en lucha con la suya y con las otras lenguas para encontrar las palabras adecuadas: y, a juzgar por la síntesis que luego extrae Roberto, tampoco se entiende ya si el énfasis es del informador o del informado, debía de ser del color jubiloso de una toronja, de una naranja, era un sol alado; en definitiva, cuando se la veía en el cielo blanco era como si el alba arrojara una granada sobre la nieve. ¡Y cuando se cimbraba al sol era más fulgurante que un querubín!

Este pájaro naranjado, decía el padre Caspar, ciertamente no podía sino vivir en la Isla de Salomón, porque era en el Cántico de aquel gran Rey donde se hablaba de una paloma que se levanta como la aurora, resplandeciente como el sol, *terribilis ut castrorum acies ordinata*. Era, como dice otro salmo, con las alas cubiertas de plata y las plumas con los reflejos del oro.

Con este animal, Caspar había visto otro casi igual, excepto que las plumas no eran naranjadas, sino verdiazules, y por la manera en que los dos solían ir emparejados en la misma rama, debían de ser macho y hembra. Que pudieran ser palomas lo decía su forma, y su arrullo tan frecuente. Cuál de los dos era el macho era difícil de decirse, y por otra parte había impuesto a los marineros que no los mataran.

Roberto preguntó cuántas palomas podía haber en la Isla. Por lo que sabía el padre Caspar, que todas las veces había visto una sola pelota bermellón salir disparada hacia las nubes, o siempre una pareja única entre las altas frondas, en la Isla podía haber incluso sólo dos palomas, y una sola naranjada. Suposición que hacía desvivirse a Roberto por aquella belleza peregrina. Que, si lo aguardaba, lo aguardaba siempre desde el día de antes.

Por otra parte, si Roberto quería, decía el padre Caspar, estando horas y horas al largomira, habría podido verla incluso desde el navío. Con tal de que se hubiera quitado aquellos lentes tiznados. A la respuesta de Roberto, que los ojos no se lo permitían, Caspar había hecho algunas observaciones displicentes sobre ese mal de mujerzuela, y había aconsejado los líquidos con los que se había curado su bubón (Spiritus, Olea, Flores).

No resulta claro si Roberto los usara, si se ejercitara poco a poco en mirar a su alrededor sin anteojos, primero al alba y al crepúsculo y luego a pleno día, y si aún los llevara cuando, como veremos, intenta aprender la natación. El hecho es que, de este momento en adelante, los ojos dejan de mencionarse para justificar cualquier fuga o contumacia. Así que es lícito recabar que poco a poco, quizá por la acción curativa de aquellos aires balsámicos o del agua marina, Roberto sanara de una afección que, verdadera o presunta, lo convertía en licántropo desde hacía más de diez años (si de verdad el lector no querrá insinuar que desde este momento yo lo deseo todo el tiempo en la puente y, no encontrando desmentidas entre sus papeles, con autorial arrogancia lo libro de todo mal).

Pero quizá Roberto quería curarse para ver a toda costa a la paloma. Y habríase arrojado inmediatamente a la amurada para pasar el día escudriñando árboles, si no hubiera sido distraído por otra cuestión no resuelta.

Una vez terminada la descripción de la Isla y de sus riquezas, el padre Caspar había observado que tantas amenísimas cosas no podían sino encontrarse allí, en el meridiano antípoda. Roberto había preguntado entonces:

—Reverendo padre, Vuestra Merced hame dicho que la Specola Melitense hale confirmado que está en el meridiano antípoda, y yo le creo. Mas no ha ido a levantar la

Specola en todas las islas que ha encontrado en su viaje, sino en ésta solamente. ¡Y entonces, de alguna manera, antes de que la Specola se lo dijera, Vuestra Merced debía estar seguro ya de haber encontrado la longitud que buscaba!

—Tú piensas muy justo. Si yo aquí habría sin saber venido que yo aquí era aquí, no podía yo saber que era aquí... Agora explicóte. Como sabía que la Specola era único instrumento justo, para llegar donde probar la Specola, debía falsos métodos usar. Et así he fecho.

TEATRO DE LOS INSTRUMENTOS Y FIGURAS MECÁNICAS

Visto que Roberto era incrédulo y pretendía saber cuáles eran, y cuan inútiles, los diferentes métodos para hallar las longitudes, el padre Caspar habíale objetado que, siendo todos errados si se tomaban uno a uno, tomados todos juntos podían equilibrar los diferentes resultados, y compensar defectos individuales.

—¡Y ésta est mathematica!

Desde luego, un reloj después de millares de millas no da la certeza de marcar bien el tiempo del lugar de partida. Pero ¿y muchos y varios relojes, algunos de especial y cuidada construcción, como los que Roberto había descubierto en el *Daphne*? Tú comparas sus tiempos inexactos, compruebas diariamente las respuestas del uno sobre los decretos de los otros, y alguna seguridad la obtienes.

¿El loch o barquilla como quisiérasela llamar? No funcionan los habituales, pero he aquí qué había construido el padre Caspar: una cajita, con dos varillas verticales, de suerte que una enrollaba y la otra desenrollaba un cuerda de longitud fija equivalente a un número fijo de millas; y la vara enrollante estaba coronada por muchas paletas, que como en un molino giraban bajo el impulso de los mismos vientos que inflaban las velas, y aceleraban o disminuían su movimiento, y más o menos enrollaban cuerda, según la fuerza y la dirección directa u oblicua del soplo, registrando, pues, también las desviaciones debidas al trincar la nao, o al ir contra viento. Método no segurísimo entre todos, pero óptimo si alguien hubiera comparado sus resultados con los de otras medidas.

¿Los eclipses lunares? Seguro que si se los observa durante el viaje, resultaban infinitos yerros. Pero por el momento, ¿qué decir de los observados en tierra?

—Tenemos que haber muchos observadores et en muchos lugares del mundo, et bien dispuestos a colaborar a la mayor gloria de Dios, y a no hacerse injurias o desaires y resentimientos. Escucha: en 1612, el ocho de noviembre, en Macao, el reverendísimo pater Julius de Alessis registra un eclipse desde las ocho y treinta de la tarde hasta las once y treinta. Informa dello al reverendísimo pater Carolus Espínola, que en Nagasaki, en Japonia, el mismo eclipse a las nueve y treinta de la misma noche observaba. Y el pater Christophorus Schnaidaa había el mismo eclipse visto en Ingolstatio a las cinco de la tarde. La differentia de una hora hace quince grados de

meridiano, et ergo, ésta es la distantia entre Macao y Nangasaki, no diez y seis grados et veinte como dice Blaeu. ¿Verstanden? Naturalmente para estas observaciones es necesario cuidarse de la umbraco y del humo, tener relojes justos, no dejarse escapar el initium totalis immersionis, et tener justa media entre initium et finis eclipsis, observar los momentos intermedios en los que se oscurecen las manchas, et coetera. Si los lugares lejanos son, un pequeñísimo error no hace gran differentia, pero si los lugares próximos son, un error de pocos minutos hace gran differentia.

Aparte de que sobre Macao y Nagasaki me parece que tenía más razón Blaeu que no el padre Caspar (y esto prueba qué maraña eran de verdad las longitudes en aquel tiempo), así es como, recogiendo y enlazando las observaciones hechas por sus hermanos misionarios, los jesuítas habían establecido un Horologium Catholicum, que no quería decir que era un reloj devotísimo al Papa, sino un reloj universal. Era, en efecto, una especie de planisferio en el que estaban marcadas todas las sedes de la Compañía, desde Roma hasta los confines del mundo conocido, y de cada lugar se indicaba la hora local. Así, explicaba el padre Caspar, él no había tenido necesidad de llevar la cuenta del tiempo desde el principio del viaje, sino sólo desde la última atalaya del mundo cristiano, cuya longitud era indiscutible. Por tanto, las márgenes de error habíanse reducido mucho, y entre una estación y otra podíanse usar métodos que en absoluto no daban garantía alguna, como la variación de la aguja o el cálculo sobre las manchas lunares.

Por suerte, sus hermanos estaban realmente un poco por doquier, desde Pernambuco a Goa, desde Mindanao al Puerto Sancti Thomae, y si los vientos le impedían dar fondo en un puerto, inmediatamente había otro. Por ejemplo, en Macao, ah, Macao, sólo al pensamiento de aquella aventura el padre Caspar se conturbaba. Era un dominio portugués, los Chinos llamaban a los europeos hombres de larga nariz precisamente porque los primeros que desembarcaron en sus costas habían sido los portugueses que, la verdad, tienen una nariz larguísima, y también los jesuítas que iban con ellos. Así pues, la ciudad era una sola corona de fortalezas blancas y azules sobre la colina, controladas por los padres de la Compañía, que tenían que ocuparse también de cosas militares, visto que la ciudad estaba amenazada por los herejes holandeses.

El padre Caspar había decidido poner rumbo a Macao, donde conocía a un hermano doctísimo en ciencias astronómicas, pero había olvidado que estaba navegando en un *fluyt*.

¿Qué habían hecho los buenos padres de Macao? Avistado un navío holandés, habían echado mano de los cañones y culebrinas. Inútil que el padre Caspar se desbrazara como loco en la proa y hubiera hecho izar inmediatamente la insignia de la

Compañía, aquellos malditos narices largas de sus hermanos portugueses, arropados en el humo marcial que los invitaba a una santa matanza, ni siquiera lo habían advertido, y adelante con su lluvia de balas todo en torno del *Daphne*. Pura gracia de Dios si el navío había podido moderar las velas, virar y huir a malas penas hacia alta mar, con el capitán que en su lengua luterana lanzaba groserías contra aquellos padres de poca ponderación. Y esta vez tenía razón él: está bien echar a pique a los holandeses, pero no cuando hay un jesuíta a bordo.

Por suerte, no era difícil encontrar otras misiones a no mucha distancia, y habían dirigido la proa hacia la más hospitalaria Mindanao. Y de este modo, de etapa en etapa, tenían bajo control la longitud (y Dios sabe cómo, añadido, visto que llegando a un palmo de Australia debían de haber perdido todo punto de referencia).

—Et hora tenemos Novissima Experimenta hacer, para clarissime et evidenter demostrar que nosotros en el ciento y ochenta meridiano estamos. Si no, mis hermanos de Colegio Romano piensan que yo soy un malamokko.

—¿Nuevos experimentos? —preguntó Roberto—. ¿No acababa de decirme que la Specola le ha dado al fin la seguridad de que se encuentra en el meridiano ciento y ochenta y ante la Isla de Salomón?

Sí, contestó el jesuíta, él estaba seguro: había puesto en liza los diferentes métodos imperfectos encontrados por los demás, y la concordancia de tantos métodos débiles no podía sino ofrecer una certidumbre harto fuerte, como sucede con la prueba de Dios por el *consensus gentium*, que bien es verdad que los que creen en Dios son muchos hombres propensos al error, pero es imposible que todos se equivoquen, desde las selvas de África hasta los desiertos de la China. Así sobreviene que nosotros creemos en el movimiento del sol y de la luna y de los demás planetas, o en el poder oculto de la celidonia, o que en el centro de la tierra se halla un fuego subterráneo; desde hace miles y miles de años, los hombres lo han creído, y creyéndolo han conseguido vivir en este planeta y obtener muchos efectos útiles por el modo en que han leído el gran libro de la naturaleza. Mas un gran descubrimiento como aquél debía ser confirmado por muchas otras pruebas, de suerte que incluso los escépticos rindiéranse a la evidencia.

Y además, la ciencia no debe perseguirse sólo por amor del saber, sino para hacer partícipes a los propios hermanos. Y por tanto, dado que a él habíale costado tanto esfuerzo encontrar la longitud justa, debía buscar agora ratificación a través de otros métodos más fáciles, de suerte que aqueste saber se convirtiere en patrimonio de todos nuestros hermanos:

—O por lo menos de los hermanos cristianos, antes, de los hermanos cathólicos, porque los herejes holandeses o ingleses, o peor aún, moravos, sería harto mejor que

de estos secretos no vendrían jamás en conocimiento.

Ahora bien, de todos los métodos de tomar la longitud, él daba por seguros dos. Uno, bueno para la tierra firme, era precisamente aquel tesoro de todo método que era la Specola Melitense; el otro, bueno para las observaciones en la mar, era el del Instrumentum Arcetricum, que yacía en la bodega y todavía no había sido puesto por obra, dado que primeramente se trataba de obtener, mediante la Specola, la certidumbre sobre la propia posición, y luego ver si aquel Instrumentum la confirmaba, después de lo cual habría podido ser considerado segurísimo entre todos.

Este experimento, el padre Caspar habríalo hecho mucho antes, si no hubiera acontecido todo lo que había acontecido. Pero había llegado el momento, y habría sido precisamente aquella misma noche: el cielo y las efemérides decían que era la noche propicia.

¿Qué era el Instrumentum Arcetricum? Era un utensilio prefigurado muchos años antes por Galilei. Nótese, prefigurado, contado, prometido, jamás realizado antes de que el padre Caspar se pusiera al trabajo. Y a Roberto que le preguntaba si aquel Galilei era el mismo que había forjado una condenadísima hipótesis sobre el movimiento de la tierra, el padre Caspar contestaba que sí, cuando habíase entremetido en cosas de metafísica y de sagradas escrituras ese Galilei había dicho cosas pésimas, pero como mecánico era hombre de genio, y grandísimo. Y a la pregunta si no estaba mal usar las ideas de un hombre que la Iglesia había reprobado, el jesuíta había contestado que a la mayor gloria de Dios pueden concurrir también las ideas de un hereje, si herejes en sí no son. E imaginémonos si el padre Caspar, que acogía todos los métodos existentes, no jurando sobre ninguno sino sacando partido de su porfiado conciliábulo, no habría debido sacar partido también del método de Galilei.

Antes, era muy útil tanto para la ciencia como para la fe, aprovechar lo antes posible la idea de Galilei; aqúeste había intentado ya vendérsela a los holandeses, y por suerte que aquéllos, como los españoles algunas décadas antes, habían desconfiado.

Galilei había extraído caprichos de una premisa que en sí era justísima, y es decir, robar la idea del antejo de larga vista a los flamencos (que lo usaban sólo para mirar los navíos en el puerto), y apuntar aquel instrumento hacia el cielo. Y allí, entre tantas otras cosas que el padre Caspar no soñaba poner en duda, había descubierto que Júpiter, Jove lo llamaba ese Galilei, tenía cuatro satélites, como decir cuatro lunas, jamás vistas desde los orígenes del mundo hasta aquellos tiempos. Cuatro estrellitas que giraban a su alrededor, mientras él giraba alrededor del sol. Y veremos que para el padre Caspar, que Júpiter girara alrededor del sol era admisible, con tal de que se

dejara en paz a la tierra.

Ahora bien, que nuestra luna entre a veces en eclipse, cuando pasa por la sombra de la tierra era cosa bien conocida, así como era noto a todos los astrónomos cuándo habríanse verificado los eclipses lunares, y hacían texto las efemérides. Nada sorprendente, pues, si también las lunas de Júpiter tenían sus eclipses. Es más, al menos para nosotros, tenían dos, un eclipse verdadero y una ocultación.

En efecto, la luna desaparece de nuestros ojos cuando la tierra se interpone entre ella y el sol, pero los satélites de Júpiter desaparecen de nuestra vista dos veces, cuando pasan detrás de Júpiter y cuando pasan por delante, convirtiéndose en un todo con su luz, y con un buen antejo de larga vista se pueden seguir perfectamente sus apariciones y desapariciones. Con la ventaja inestimable de que, mientras los eclipses de luna suceden sólo a cada muerte de obispo, y tardan un tiempo larguísimo, los de los satélites jupiterinos suceden a menudo, y son muy rápidos.

Supongamos ahora que la hora y los minutos de los eclipses de cada satélite (pasando cada uno sobre una órbita de diferente amplitud) hayan sido verificados exactamente en un meridiano conocido, y sean fe de ello las efemérides; a este punto, basta conseguir establecer la hora y el minuto en el que el eclipse se muestra en el meridiano (ignoto) en que se está, y la cuenta se saca pronto y es posible deducir la longitud del lugar de observación.

Es verdad que había inconvenientes menores, de los que no valía la pena hablarle a un profano, pero la empresa habría estado al alcance de un buen calculador, que dispusiere de un medidor de tiempo, es decir un perpendiculum, o péndulo, u Horologium Oscillatorium como se quisiere llamar, capaz de medir con absoluta exactitud incluso la diferencia de un solo segundo; item, tuviere dos relojes normales que le dijieran fielmente la hora de principio y final del fenómeno, tanto sobre el meridiano de observación como sobre el de la Isla del Hierro; item, mediante la tabla de los senos supiere medir la cantidad del ángulo hecho en el ojo por los cuerpos examinados; ángulo que, si entendido como posición de las manecillas de un reloj, habría expresado en minutos, primos y segundos la distancia entre dos cuerpos y su progresiva variación.

Con tal de que, es de provecho repetirlo, se poseyeran esas buenas efemérides que Galilei ya viejo y enfermo no había conseguido completar, pero que los hermanos del padre Caspar, ya tan buenos para calcular los eclipses de luna, habían estilado ahora a la perfección.

¿Cuáles eran los inconvenientes mayores, sobre los que se habían exacerbado los adversarios de Galileo? ¿Que se trataba de observaciones que no se podían hacer con

el simple ojo y que era necesario un buen antejo de larga vista o telescopio como se quisiera llamar ya? Pues el padre Caspar tenía uno de excelente hechura, como ni siquiera Galilei lo habría soñado. ¿Que la medida y el cálculo no estaban al alcance de los marineros? ¡Si todos los otros métodos para las longitudes, exceptuando quizá la barquilla, requerían incluso un astrónomo! Si los capitanes habían aprendido a usar el astrolabio, que desde luego no era cosa al alcance de cualquier profano, bien habrían aprendido a usar el antejo.

Empero, decían los pedantes, observaciones tan exactas que requieren mucha precisión, se podían hacer si acaso desde tierra, no en un navío en movimiento, donde nadie consigue tener quieto un antejo sobre un cuerpo celeste que no se ve a simple ojo... Pues bien, el padre Caspar estaba allá para demostrar que, con un poco de habilidad, las observaciones podían hacerse también en un navío en movimiento.

Y últimamente, algunos españoles habían objetado que los satélites en eclipse no aparecían de día, y tampoco en las noches tempestuosas. «¿Quizá ellos creen que uno da una palmada y he aquí illico et inmediate los eclipses de luna a su disposición?», se irritaba el padre Caspar. ¿Y quién había dicho nunca que la observación debía ser realizada en todo momento? Quien ha viajado de la una a las otras Indias sabe que el tomar la longitud no puede requerir de mayor frecuencia que la que se requiere para la observación de la latitud, y ni siquiera ésta, ni con el astrolabio ni con la ballestilla, se puede hacer en los momentos de gran conmoción del mar. Que se la supiera tomar bien, esta bendita longitud, aunque fuere sólo una vez cada dos o tres días, y entre una y otra observación habriáse podido llevar la cuenta del tiempo y del espacio transcurrido, como hacíase ya, usando una barquilla. Salvo que hasta ese momento habíanse reducido a hacer sólo eso durante meses y meses.

—Aquesos me parecen —decía el buen padre aún más desdeñado— como homo que en una gran carestía tú socorres con un cesto de pan, y en vez de hacer gratias, contúrbase de que en la mesa también un cerdo asado o una liebre no pones a él. ¡Oh Sacrobosco! ¿Quizá que tú tirabas al mar los cañones de este nao sólo porque sabrías que de cien tiros noventa hacen pluf en agua?

He aquí cómo, por tanto, el padre Caspar empeñó a Roberto en la preparación de un experimento que había de hacerse en una noche como la que se estaba anunciando, astronómicamente oportuna, con cielo claro, pero con el mar en mediocre agitación. Si el experimento se hacía en una noche de bonanza, explicaba el padre Caspar, era como hacerlo desde tierra, y allá se sabía que habría tenido éxito. El experimento debía permitir, en cambio, al observador visos de bonanza sobre un buque movido de popa a proa, de una a otra banda.

En primer lugar, había sido cosa de recuperar, entre los relojes que en los días pasados habían sido tan maltratados, uno que aún funcionara como es debido. Uno solo, en aquel caso afortunado, y no dos: en efecto, se lo conformaba a la hora local con una buena observación diurna (lo que fue hecho) y, como estaban seguros de estar en el meridiano antípoda, no había razón de tener un segundo reloj que marcara la hora de la Isla del Hierro. Bastaba con saber que la diferencia era de doce horas exactas. Media noche aquí, medio día allá.

Parándose a pensar, esta decisión parece descansar sobre un círculo vicioso. Que se estuviera en el meridiano antípoda era algo que el experimento tenía que probar, y no dar por sobreentendido. Pero el padre Caspar estaba tan seguro de sus observaciones previas que deseaba solamente confirmarlas, y además, probablemente, después de todas aquellas zozobras, en el navío ya no quedaba un solo reloj que marcara aún la hora de la otra cara del globo, y era menester superar aquel impedimento. Por otra parte, Roberto no era tan agudo para notar el vicio escondido de ese procedimiento.

—Cuando yo digo *ya*, tú miras la hora, y escribes. Et inmediatamente das un golpe al perpendicular.

El perpendicular estaba sostenido por un pequeño castillo de metal, que hacía de horca a una varilla de cobre que terminaba en un péndulo circular. En el punto más bajo, donde pasaba el péndulo, había una rueda horizontal, en la que estaban colocados unos dientes, hechos de suerte que un lado del diente estuviera derecho en escuadra sobre el plano de la rueda, y el otro oblicuo. Reciprocando aquí y allá, el péndulo, al ir, golpeaba gracias a un estilete que sobresalía una hebra de seda, que a su vez tocaba un diente por la parte derecha, y movía la rueda; pero cuando el péndulo volvía, la hebra tocaba apenas el lado oblicuo del diente, y la rueda permanecía parada. Marcando los dientes con unos números, cuando el péndulo se detenía, se podía contar la cantidad de dientes movidos y, por tanto, calcular el número de las partículas de tiempo transcurridas.

—Así tú no eres obligado a contar cada vez uno, dos, tres et coetera, pero que al final cuando yo digo *basta*, paras el perpendicular et cuentas los dientes, ¿entendido? Et escribes cuántos dientes. Luego miras el reloj et escribes *hora ésta o aquélla*. Y cuando de nuevo *ya* digo, tú a eso das un muy gallardo impulso, et eso empieza de nuevo la oscillatione. Simplicite, que hasta un niño entiende.

Desde luego no se trataba de un gran perpendicular, el padre Caspar lo sabía bien, pero sobre aquel argumento empezábase apenas a discutir y sólo un día habría sido posible construirlos más perfectos.

—Cosa difficillima, y tenemos aún mucho que aprender, aunque si Dios no prohibiera die Wette... Cómo tú dices, *le par i...*

—La apuesta.

—Eso. Si Dios no prohibiría, yo podría hacer apuesta que en el futuro todos van a buscar longitudes y todos otros phenomena terrestres con perpendicular. Pero muy es difficile en un navío, et tú debes poner mucha atención.

Caspar le dijo a Roberto que dispusiera los dos aparejos, junto con lo necesario para escribir, en el alcázar, que era el observatorio más elevado de todo el *Daphne*, allá donde habrían montado el Instrumentum Arcetricum. Del pañol de víveres habían llevado al castillo aquellos trastos que Roberto había entrevisto mientras todavía daba la caza al Intruso. Eran de fácil transporte, excepto la palangana de metal, que había sido izada hasta la puente entre imprecaciones y ruinosos desastres, porque no pasaba por las escotillas. El padre Caspar, de seco que era, ahora que tenía que realizar su proyecto, demostraba una energía física igual a su voluntad.

Montó casi solo, con un instrumento suyo para ajustar los bollones, una armazón de semicírculos y varillas de hierro, que se demostró sostén de forma redonda, al cual se fijó con las argollas el lienzo circular, de suerte que al final obteníase como un gran balde en forma de medio orbe esférico, con un diámetro de unos dos metros. Fue preciso embrearlo para que no dejara pasar el aceite maloliente de las pipejas, con el que ahora Roberto estábalo llenando, quejándose por la gran fetidez. Pero el padre Caspar le lembraba, seráfico como un capuchino, que no servía para sofreír cebollas.

—¿Y para qué sirve, en cambio?

—Probamos en este pequeño mar una más pequeña nave poner —y hacíase ayudar para colocar en el gran balde de lienzo la palangana metálica, casi plana, con un diámetro poco inferior al del recipiente—. ¿No has jamás uno oído que dice que el mar está liso como el aceite? Pues, tú ves ya, la puente ladéase hacia izquierda et el aceite de la gran bañera ladea hacia la derecha, et viceversa, o sea, a ti así parece; en verdad, el aceite mantíenese siempre equilibrado, sin jamás levantarse o bajarse, y paralelo al horizonte. Sucedería también si agua habría, pero sobre el aceite está la pequeña palangana como sobre mar en bonanza. Et yo ya un pequeño experimento en Roma he fecho, con dos pequeños baldes, el mayor lleno de agua y el menor de arena, y en la arena ensartado un pequeño gnomon, et yo ponía la pequeña a flotar en la grande, y la grande movía, y tú podías el gnomon derecho como un campanario ver, ¡no inclinado como las torres de Bolonia!

—Wunderbar —aprobaba políglota Roberto—. ¿Y agora?

—Quitamos agora la palangana pequeña, que tenemos en ella toda una máquina montar.

La carena de la palangana tenía unos pequeños muelles en el exterior, de suerte que, explicaba el padre, una vez que navegara con su carga en la pila más grande, debía permanecer separada a lo menos un dedo del fondo del contenedor; y si el excesivo movimiento de su anfitrión la hubiere empujado demasiado al fondo (qué anfitrión, preguntaba Roberto; ahora tú ves, contestaba el padre) aquellos muelles debían permitirle volver a subir a flote sin sacudidas. En el fondo interno había de hincarse un asiento con el respaldo inclinado, que permitiera a un hombre estar en él casi tumbado mirando hacia lo alto, apoyando los pies en una plancha de hierro que hacía de contrapeso.

Colocada la palangana en la puente, y habiéndola hecho estable con una que otra cuña, el padre Caspar se acomodó en el sitial, y le explicó a Roberto cómo montar sobre sus hombros, atándosela a la cintura, una armadura de correas y bandoleras de tela y de cuero, a la que había que asegurar, también, una toca en forma de celada. La celada dejaba un agujero para un ojo, mientras a la altura del nasal asomaba una barra coronada por una argolla. En ella se introducía el anteojo, del cual pendía un bastón rígido que terminaba en guisa de garfio. La Hipérbole de los Ojos podía moverse libremente hasta que se hubiere localizado el astro escogido; una vez que éste estaba en el centro de la lente, enganchábase el hasta rígida a las bandoleras pectorales, y desde ese momento estaba garantizada una visión fija contra eventuales movimientos de aquel cíclope.

—¡Perfecto! —se regocijaba el jesuita.

¡Cuando hubiérase colocado la palangana a flotar sobre la bonanza del aceite, habríanse podido fijar incluso los cuerpos celestes más huidores sin que conmoción alguna del mar en trasiego pudiera hacer que se desviara el ojo horoscopante de la estrella escogida!

—Y esto ha el señor Galilei descrito et yo he fecho.

—Es muy hermoso —dijo Roberto—. Mas agora ¿quién pone todo esto en la pila del aceite?

—Agora yo desenlazo a mí mismo y bajo, luego nosotros ponemos la vacía palangana en el aceite, luego yo monto de nuevo.

—No creo que sea fácil.

—Mucho más fácil que la palangana conmigo dentro poner.

Aunque con algún esfuerzo, se izó la palangana con su asiento para que flotara en el aceite. Luego el padre Caspar, con el yelmo y la armadura, y el anteojo de larga vista

montado sobre la celada, intentó montar sobre el andamio, con Roberto que lo sostenía, con una mano asiéndole la mano, y con la otra empujándole el fondo de la espalda. El intento se repitió más veces, y con escaso éxito.

No era que el castillo metálico que sostenía la pila mayor no pudiera sostener también un huésped, pero le negaba razonables puntos de estación. Que si luego el padre Caspar intentaba, como hizo algunas veces, apoyar sólo un pie en el borde metálico, poniendo inmediatamente el otro dentro de la palangana menor, ésta, en el ímpetu del embarco, tendía a moverse sobre el aceite hacia el lado opuesto del contenedor, abriendo en compás las piernas del padre, el cual lanzaba gritos de alarma hasta que Roberto lo agarraba por la cintura y lo volvía a atraer hacia sí, como decir hacia la tierra firme del *Daphne*, renegando Roberto en el intervalo sobre la memoria del Galilei y alabando a aquellos verdugos de sus perseguidores. Intervenia en este punto el padre Caspar, el cual, abandonandose en los brazos de su salvador, le aseguraba en un gemido que aquellos perseguidores verdugos no eran, sino hombres de iglesia dignísimos, consagrados sólo a la preservación de la verdad, y que con Galilei habían sido paternales y misericordiosos. Luego, siempre acorazado e inmovilizado mirando hacia el cielo, el antejo de larga vista perpendicular sobre el rostro, como un Polichinela con nariz mecánica, recordaba a Roberto que Galilei, por lo menos en aquella invención, no había errado y que sólo era necesario probar y reprobar.

—Y por tanto, mein lieber Robertus —decía luego—, ¿quizá has tú a mí olvidado y crees que era una tortuca, que se captura con la panza al aire? Ea, empuja a mí de nuevo, así, haz que toco ese borde, así, así, que al hombre le conviene la statura erecta.

En todas estas infelices operaciones no se daba que el aceite permaneciera tranquilo como el aceite, y a cabo de poco, ambos experimentadores encontráronse gelatinosos y, lo que es peor, oleabundos, si el contexto le permite este cuño al cronista, sin que haya que imputársela a la fuente.

Mientras ya el padre Caspar se desesperaba de poder acceder a aquella silla, Roberto observó que quizá era menester vaciar antes el recipiente del aceite, después colocar en él la palangana, hacer subir al padre, y por fin, volver a echar el aceite, cuyo nivel subiendo, también la palangana, y el vidente con ella, habríanse elevado flotando.

Así se hizo, con grandes elogios del maestro a la agudeza del alumno, mientras se aproximaba la media noche. No es que el conjunto diera la impresión de una gran estabilidad, pero, si el padre Caspar estaba atento a no moverse desconsideradamente, se podía esperar bien.

En un determinado momento Caspar triunfó:

—¡Yo agora veo ellos!

El grito lo obligó a mover la nariz, el anteojo de larga vista, que era más bien pesado, corrió el riesgo de resbalar del ocular, el padre movió el brazo para no aflojar la presa, el movimiento del brazo desequilibró el hombro y la palangana estuvo a punto de volcarse. Roberto abandonó papel y relojes, sostuvo a Caspar, restableció el equilibrio del conjunto y recomendó al astrónomo que permaneciera inmóvil, haciéndole hacer a aquel ocular suyos desplazamientos cautísimos, y sobre todo sin expresar emociones.

El próximo anuncio fue dado en un susurro que, magnificado por la enorme celada, pareció resonar ronco como un tartáreo clarín:

—Yo veo a ellos de nuevo —y con gesto comedido aseguró el anteojo al pectoral—. ¡Oh, Wunderbar! Tres estrellitas son de Júpiter en oriente, una sola en occidente... La más cercana parece más pequeña, et est... Espera... Ya está, a cero minutos et treinta segundos de Júpiter. Tú escribes. Agora va a tocar Júpiter, dentro de poco desaparece, atento a escribir la hora que ella desaparece...

Roberto, que había dejado su puesto para socorrer al maestro, había vuelto a coger la tablilla en la que debía marcar los tiempos, pero habíase sentado dejando los relojes a sus espaldas. Diose la vuelta de golpe, e hizo caer el péndulo. La varilla se desenfiló de su cabestro. Roberto la asió e intentó volverla a introducir, pero no lo conseguía. El padre Caspar estaba gritando ya que marcara la hora, Roberto giróse hacia el reloj, y en el gesto golpeó con la pluma el tintero. Por impulso, lo levantó, para no perder todo el líquido, e hizo caer el reloj.

—¿Has tú tomado la hora? ¡Ya con el perpendicular! —gritaba Caspar.

Y Roberto contestaba:

—No puedo, no puedo.

—¿Cómo puedes tú no, sandio?! —Y no oyendo respuesta seguía gritando—
¿Cómo puedes tú no, mentecato?! ¿Has marcado, has escrito, has empujado? Está desapareciendo, ¡ya!

—He perdido, no, no he perdido, he roto todo —dijo Roberto.

El padre Caspar alejó el anteojo de la celada, miró de soslayo, vio el péndulo en pedazos, el reloj volcado, Roberto con las manos embadurnadas de tinta, no se contuvo y explotó en un «¡Himmelpotzblitzsherrgottsakrament!» que le sacudió todo el cuerpo. En este movimiento inconsulto había hecho inclinarse demasiado la palangana y había resbalado en el aceite del balde; el anteojo habíasele escapado tanto de la mano como de la coraza, y luego, favorecido por el cabeceo, habíase ido rueda que te rueda por

todo el castillo, rebotando por la escalerilla y, despeñándose en la puente, había sido arrojado contra la culata de un cañón.

Roberto no sabía si socorrer antes al hombre o al instrumento. El hombre, volteando los brazos como aspas en aquella rancidez, habíale gritado sublime que velara por el largomira, Roberto habíase precipitado a perseguir aquella hipérbole fugitiva, y la había encontrado abollada y con las dos lentes quebrantadas.

Cuando por fin Roberto había sacado del aceite al padre Caspar, que parecía una chuleta preparada para la sartén, éste había dicho simplemente, con heroica tozudez, que no todo estaba perdido.

Un telescopio igualmente poderoso lo había, engoznado en la Specola Melitense. No quedaba sino ir a cogerlo a la Isla.

—¿Mas cómo? —había dicho Roberto.

—Con la natatione.

—Si Vuestra Merced ha dicho que no sabe nadar, ni podría, a su edad...

—Yo no, tú sí.

—¡Mas ni siquiera yo la sé, esa maldita natatione!

—Aprende.

DIÁLOGO SOBRE LOS SISTEMAS DEL MUNDO

Lo que sigue tiene una naturaleza incierta: no entiendo si se trata de crónicas de los diálogos que se desarrollaron entre Roberto y el padre Caspar, o de apuntes que el primero tomaba de noche para rebatir con despejo, de día, al segundo. Como quiera que sea, es evidente que, durante todo el período en el que había permanecido a bordo con el viejo, Roberto no había escrito cartas a la Señora. Así como, poco a poco, de la vida nocturna estaba pasando a la vida diurna.

Por ejemplo, hasta entonces había mirado la Isla de primera mañana, y tiempos brevísimos, o al atardecer, cuando se perdía el sentido de los límites y de las lejanías. Solamente ahora descubría que el flujo y el reflujo, es decir, el juego alterno de las mareas, por una parte del día llevaba las aguas a regalar la franja de arena que las separaba de la selva, y por la otra, hacíalas retraerse dejando al descubierto un paraje de escollos que, explicaba el padre Caspar, era la última estribación de la barbacana coralina.

Entre el flujo, o la creciente, y el reflujo, explicábale su compañero, pasan unas seis horas, y éste es el ritmo de la respiración marina bajo la influencia de la Luna. No como querían algunos en los tiempos idos, que este movimiento de las aguas atribuíanselo al huelgo de un monstruo de los abismos, y por no hablar de aquel señor francés que afirmaba que, incluso si la tierra no se mueve de oeste a este, con todo y eso, cabecea, por así decir, de norte a sur y viceversa, y en este movimiento periódico es natural que el mar ascienda y descienda, como cuando uno se encoge de hombros, y el hábito sube y baja por el cuello.

Misterioso problema, el de las mareas, porque cambian según las tierras y los mares, y la posición de las costas con respecto a los meridianos. Como regla general, durante la luna nueva, se produce la alta marea a medio día y a media noche, pero luego, día a día, el fenómeno retrasa cuatro quintos de hora, y el ignaro que no lo sabe, viendo que a la hora tal de un día tal un determinado canal era navegable, se aventura en él a la misma hora del día después, y encalla en un bajío. Por no hablar de las corrientes que las mareas suscitan, y algunas son tales que, en el movimiento de reflujo, un navío no consigue llegar a tierra.

Y además, decía el viejo, por cada lugar en el que uno se encuentre, es necesario

un cómputo diferente, y son necesarias las Tablas Astronómicas. Intentó, es más, explicarle a Roberto aquellos cálculos: es necesario observar el retraso de la luna, multiplicando los días de la luna por cuatro y dividiendo luego por cinco, o lo contrario. El caso es que Roberto no entendió nada, y veremos más adelante cómo esta ligereza suya fuele causa de graves tedios. Limitábase solamente a seguir asombrándose de que la línea del meridiano, que habría debido correr entre cabo y cabo de la Isla, a veces pasara por el mar, a veces por los escollos, y no daba nunca en la cuenta de cuál era el momento justo. También porque, flujo o reflujo que fuere, el gran misterio de las mareas importábale bastante menos que el gran misterio de esa línea allende la cual el Tiempo iba hacia atrás.

Hemos dicho que no tenía una gran propensión a no creer en lo que el jesuita le contaba. Aunque a menudo divertíase provocándole, para hacerle que contara aún más, y con ese designio, acudía a todo el repertorio de argumentaciones que había oído en los cenáculos de aquellos hombres de bien que el jesuita consideraba, si no emisarios de Satán, por lo menos tragaldabas y borrachones que habían hecho de la taberna su Liceo. En definitiva, no obstante, resultábale difícil rechazar la física de un maestro que, según los principios de esa misma física suya, estábale enseñando ahora a nadar.

Como primera reacción, no habiéndosele ido de la cabeza su naufragio, había afirmado que por nada en el mundo habría vuelto a tomar contacto con el agua. El padre Caspar habíale hecho observar que precisamente durante el naufragio esa agua lo había sostenido, signo, pues, de que era elemento afectuoso y no enemigo. Roberto había contestado que el agua había sostenido no a él, sino a la madera a la que él habíase atado, y para el padre Caspar había sido un juego de niños hacerle observar que si el agua había sostenido una madera, criatura sin alma, codiciosa del precipicio como sabe quienquiera que haya tirado una madera desde lo alto, a mayor razón era apropiada para sostener a un ser viviente dispuesto a secundar la natural tendencia de los líquidos. Roberto habría debido saber, si alguna vez había tirado al agua un perrillo, que el animal, moviendo las patas, no sólo vagaba sobre el licuor, sino que volvía prestamente a la ribera. Y, añadía Caspar, quizá Roberto no sabía que si se pone en el agua a los niños de pocos meses, saben nadar, porque la naturaleza nos ha hecho natátiles como a cualquier otro animal. Desdichadamente, somos más propensos que los animales al prejuicio y al error, y por eso, creciendo, adquirimos falsas nociones sobre las virtudes de los líquidos, de suerte que temor y desconfianza nos hacen perder ese don natal.

Roberto entonces le preguntaba si él, el reverendo padre, había aprendido a nadar, y el reverendo padre contestaba que él no pretendía ser mejor que muchos otros que habían evitado hacer cosas buenas. Había nacido en un pueblo alejadísimo del mar y había hollado un navío solamente a una edad tardía cuando, decía, ya su cuerpo era todo un apolillarse el cuero cabelludo, empañarse la vista, gotear la nariz, zumbar las orejas, amarillear la dentadura, entumecerse la cerviz, atragantarse el gárgate, contraer podagra los talones, marchitarse la corambre, blanquearse los pelos, crujir las tibias, temblar los dedos, trompicar los pies, y su pecho era un único remondar catarros entre gargajos de baba y chupar de saliva.

Empero, precisaba inmediatamente, al ser su mente más ágil que su esqueleto, él sabía lo que los sabios de la antigua Grecia habían descubierto ya, es decir que si se sumerge un cuerpo en un líquido, este cuerpo recibe sostén y empuje hacia arriba por tanta agua como la que mueve, pues el agua intenta ocupar el espacio del cual ha sido desterrada. Y no es verdad que está a nado o no según la forma, y habíanse engañado los antiguos, según los cuales una cosa plana va sobre el agua y una puntiaguda se va a pique; si Roberto hubiera intentado introducir con fuerza en las aguas, qué sé yo, una botella (que plana no es) habría advertido la misma resistencia que si hubiera intentado empujar una bandeja.

Se trataba, así pues, de tomar confianza con el elemento, y luego todo habría acontecido por sí mismo. Y proponía que Roberto se descolgara por la escalerilla de cuerda que colgaba en la proa, que él llamaba escala de Jacob, pero, para su tranquilidad, permaneciendo atado a un cabo, o gúmena o sondaleza como quisiere llamarse, largo y robusto, asegurado a la amurada. Por lo cual, cuando hubiera temido hundirse, no tenía sino que tirar de la cuerda.

No es necesario decir que aquel maestro de un arte que no había practicado jamás no había considerado una infinidad de accidentes concordantes, pasados por alto también por los sabios de la antigua Grecia. Por ejemplo, para permitirle libertad de movimiento, lo había dotado de un cabo de notable longitud, de suerte que la primera vez que Roberto, como cualquier aspirante a la natación, había ido a parar bajo la flor del agua, había tenido que tirar y tirar, y antes de que la sondaleza le hubiera sacado fuera, había engullido ya tanta agua salada como para querer renunciar, por aquel primer día, a cualquier otro intento.

El comienzo había sido, sin embargo, alentador. Bajada la escala y recién tocada el agua, Roberto había dado en la cuenta de que el líquido era agradable. Del naufragio tenía un recuerdo gélido y violento, y el descubrimiento de un mar casi caliente lo espolaba ahora a proceder en la inmersión hasta que, siempre aferrándose a los

brandales, había dejado que el agua le llegara a la barbilla. Creyendo que aquello era nadar, habíase regodeado, abandonándose al recuerdo de los espacios parisinos.

Desde que había llegado al navío había hecho, lo hemos visto, alguna que otra ablución, pero como un gatito que se lamiera el pelo con la lengua, ocupándose sólo del rostro y de las partes vergonzosas. Por el resto, y siempre más, a medida que perdía los estribos en la caza del Intruso, los pies habíansele untado con la inmundicia de la bodega y el sudor habíale pegado la ropa al cuerpo. En contacto con ese calorcito que le lavaba al mismo tiempo el cuerpo y la ropa, Roberto recordaba cuando había descubierto, en el palacio Rambouillet, dos baños a disposición de la marquesa, cuyas preocupaciones por el cuidado del cuerpo eran objeto de conversación en una sociedad donde lavarse no era cosa frecuente. Incluso los más exquisitos entre sus huéspedes consideraban que la limpieza consistía en la frescura de la lencería, que era señal de elegancia cambiar a menudo, no en el uso del agua. Y las muchas esencias fragrantés con las que la marquesa les aturdía no eran un lujo, sino (para ella) una necesidad, con la cual poner una defensa entre sus narices sensibles y los untuosos aromas de sus huéspedes.

Sintiéndose más gentilhomme de lo que lo era en París, Roberto, mientras con una mano mantenía bien aferrado a la escala, con la otra estregaba camisa y calzones contra su cuerpo sucio, rascando entre tanto el talón de un pie con los dedos del otro.

El padre Caspar lo seguía con curiosidad, pero callaba, queriendo que Roberto estrechara amistad con el mar. Sin embargo, temiendo que la mente de Roberto se extraviara por excesivo desvelo hacia el cuerpo, tendía a distraerla. Hablábale por tanto de las mareas y de las virtudes atractivas de la luna.

Intentaba hacerle apreciar un acontecimiento que tenía en sí mismo algo increíble: que si las mareas responden a la llamada de la luna, deberían producirse cuando la luna está, y no cuando viaja por la otra parte de nuestro planeta. Y en cambio, flujo y reflujo continúan por ambas partes del globo, casi persiguiéndose de seis horas en seis horas. Roberto prestaba oído al discurso de las mareas y pensaba en la luna; en la cual, todas aquellas noches pasadas, había pensado más que en las mareas.

Había preguntado cómo era posible que nosotros, de la luna, veamos siempre una y sólo una cara, y el padre Caspar había explicado que la luna gira como una pelota suspendida, mediante un hilo, por un atleta que le hace dar vueltas, el cual no puede ver sino el lado que le está en frente.

—Mas —habíale desafiado Roberto—, esta cara la ven tanto los Indios como los Españoles; en cambio, en la luna, no sucede eso con respecto a su luna, que algunos llaman Vólva, y es luego nuestra tierra. Los Subvolvanos que habitan en la cara

dirigida hacia nosotros la ven siempre, mientras los Privolvianos, que moran en el otro hemisferio, la ignoran. Imagine Vuestra Merced cuando se transfieran a esta parte: ¡quién sabe qué sentirán viendo resplandecer en la noche un círculo quince veces mayor que nuestra luna! ¡Se esperarán que se les caiga encima de un momento a otro, como los antiguos Galos temían siempre que se les cayera el cielo sobre la cabeza! ¡Por no hablar de los que moran justo en el límite entre los dos hemisferios, y que ven a Volva siempre en el punto de surgir en el horizonte!

El jesuíta había usado ironías y jactancias sobre aquella patraña de los habitantes de la luna, pues los cuerpos celestes no son de la misma naturaleza que nuestro planeta, y no son apropiados, por tanto, para dar albergue a criaturas vivas, por lo cual era mejor dejárselos a las legiones angélicas, que podían moverse espiritualmente en el cristal de los cielos.

—¿Mas cómo podrían ser los cielos de cristal? Si así fuere los cometas atravesándolos los quebrantarían.

—¿Pero quién ha dicho a ti que los cometas pasaban en las regiones etéreas? Los cometas pasan en la región sublunar, y aquí está el aire como tú también ves.

—Nada se mueve que no sea cuerpo. Pero los cielos se mueven. Por tanto son cuerpo.

—A condición de que tú puedes decir embelecocos, te conviertes también en aristotélico. Pero yo sé por qué tú dices esto. Tú quieres que también en los cielos hay aire así que ya no hay diferencia entre arriba y abajo, todo gira, et la tierra mueve su kulo como una bagasa.

—Es que nosotros todas las noches vemos las estrellas en una posición diferente...

—Justo. De facto ellos se mueven.

—Espere, no he acabado. ¿Vuestra Merced quiere que el sol y todos los astros, que son unos cuerpos enormes, den una vuelta alrededor de la tierra cada veinte y cuatro horas, y que las estrellas fijas, o sea, el gran anillo que las engasta recorra más de veinte y siete mil veces doscientos millones de leguas? Pues eso es lo que debería de suceder, si la tierra no girara sobre sí misma en veinte y cuatro horas. ¿Cómo consiguen las estrellas fijas ir tan deprisa? ¡A quien vive encima le daría vueltas la cabeza!

—Si vivía encima alguien. Pero ésta est petitio prinkipii.

Y hacíale notar que era fácil inventar un solo argumento a favor del movimiento del sol, mientras había muchos más contra el movimiento de la tierra.

—Ya lo sé —contestaba Roberto—, que el Eclesiastés dice *terra autem in aeternum stat, sol oritur*, y que Josué detuvo el sol y no la tierra. Pero precisamente

Vuestra Merced hame enseñado que de leer la Biblia al pie de la letra habríamos tenido la luz antes de la creación del sol. Así pues, el libro sagrado ha de leerse con un grano de sal, y también San Agustín sabía que habla a menudo *more allegorico*...

El padre Caspar sonreía y le recordaba que había ya mucho que los jesuítas no derrotaban a sus adversarios con cavilaciones escritúrales, sino con argumentos incontrastables fundados sobre la astronomía, sobre los sentidos, sobre las razones matemáticas y físicas.

—¿Qué razones, verbigracia? —preguntaba Roberto sobajándose un poco de unto de la tripa.

Verbigracia, respondía picado el padre Caspar, el poderoso Argumento de la Rueda:

—Agora tú escucha a mí. Piensa en una rueda, ¿está bien?

—Pienso en una rueda.

—Bien, así también tú piensas, en vez de hacer el mico y repetir lo que has oído en París. Agora tú piensas que esta rueda está fijada en un eje como si era la rueda de un alfaharero, et tú quieres hacer girar esta rueda. ¿Qué haces tú?

—Apoyo las manos, quizá un dedo, en el borde de la rueda, muevo el dedo, y la rueda gira.

—¿No piensas que hacías mejor en tomar el pernio, en el centro de la rueda, et intentar hacer girar eso?

—No, sería imposible...

—¡Ajajá! Y tus galileanos o copernicánicos quieren el sol poner parado en el centro del universo que hace mover todo el gran círculo de los planetas en torno, en vez de pensar que el moto es por el gran círculo de los cielos dado, mientras la tierra puede estar parada en el centro. ¿Cómo había podido Domine Dios poner el sol en el ínfimo lugar et la tierra corruptible et obscura en medio de las estrellas luminosas et aeternas? ¿Entendido tu yerro?

—¡Mas el sol debe existir en el centro del universo! Los cuerpos en la naturaleza necesitan este fuego radical, y que éste habite en el corazón del reino, para satisfacer las necesidades de todas las partes. La causa de la generación ¿no debe ser colocada en el centro de todo? ¿No ha puesto la naturaleza la semilla en los genitales, a medio camino entre la cabeza y los pies? ¿Y las pepitas no están en el corazón de las manzanas? ¿Y el hueso no está en medio del melocotón? Y por tanto, la tierra, que necesita de aquesa luz y del calor de aqueso fuego, gira a su alrededor para recibir en todas las partes la virtud solar. Sería ridículo creer que el sol girara en torno a un punto con el que no sabría qué hacerse, y sería como decir, viendo una alondra asada,

que para cocinarla es menester hacerle girar el hogar en su derredor...

—¿Ah sí? ¿Y entonces cuando el obispo gira en derredor de la iglesia para bendecir a ella con el turíbulo, tú querrías que la iglesia giraría en derredor del obispo? El sol puede girar en cuanto elemento ígneo. Y tú sabes bien que el fuego vuela y se mueve et jamás está parado. ¿Has tú nunca las montañas se mover visto? ¿Et entonces cómo mueve la tierra?

—Los rayos del sol, llegando a herirla, la hacen girar, así como puede hacerse girar una pelota golpeándola con la mano, y si la pelota es pequeña, incluso con nuestro soplo... Y por fin, ¿querría Vuestra Merced que Dios hiciera correr al sol, que es cuatrocientas y treinta y cuatro veces mayor que la tierra, sólo para hacer que maduren nuestros repollos?

Para dar el máximo vigor teatral a esta última objeción, Roberto había querido apuntar el dedo contra el padre Caspar, por lo que había tendido el brazo y dado un golpe con los pies para colocarse en una buena perspectiva, más alejado del costado. En este movimiento, también la otra mano había aflojado la presa, la cabeza habíase movido hacia atrás y Roberto habíase hundido debajo del agua, sin conseguir luego, como ya se ha dicho, beneficiarse de la gúmena, demasiado aflojada, para volver a la superficie. Habíase portado entonces como todos los que después se anegan, haciendo movimientos desordenados y bebiendo aún más, hasta que el padre Caspar había tendido la cuerda como es debido, volviéndolo a la escalerilla. Roberto había subido jurando que jamás habría regresado allá abajo.

—Mañana tú pruebas otra vez. El agua salada est como una medicina, no pensar que era gran mal —lo consoló en la puente Caspar.

Y mientras Roberto reconciliábase con el mar pescando, Caspar explicábale cuántas y cuáles ventajas habrían obtenido ambos de su llegada a la Isla, no valía la pena ni siquiera mencionar la reconquista del esquife, con el que habrían podido moverse como hombres libres desde el navío hasta la tierra, y habrían tenido acceso a la Specola Melitense.

Por lo que Roberto refiere de ella, debe deducirse que la invención superaba sus posibilidades de entendimiento; o que el discurso del padre Caspar, como muchos otros suyos, estaba quebrado por elipsis y exclamaciones, a través de las cuales el padre hablaba ahora acerca de su forma, ahora acerca de su oficio, y ahora acerca de la Idea que la había informado.

Que luego, la Idea no era ni siquiera suya. De la Specola había llegado a saber rebuscando entre los papeles de un hermano difunto, el cual, a su vez, lo había sabido de otro hermano que, durante un viaje a la nobilísima isla de Malta, o sea Melita, había

oído celebrar este instrumento que había sido construido por orden del Eminentísimo Príncipe Johannes Paulus Lascaris, Gran Maestro de aquellos Caballeros famosos.

Cómo era la Specola, nadie lo había visto jamás: del primer hermano había quedado sólo un librejo de bosquejos y apuntes, también él desaparecido. Y por otra parte, deploraba Caspar, aquel mismo opúsculo «era brevísimamente conscripto, con nullo schemate visualiter patefacto, nulle tabule o rotule, et milla instructione apposita».

Sobre la base de estas descarnadas noticias, el padre Caspar, en el curso del largo viaje del *Daphne*, poniendo al trabajo a los carpinteros de a bordo, había vuelto a dibujar, o a tergiversar los diferentes elementos del tecnasma, montándolos luego en la Isla y midiendo in situ sus innumerables virtudes; y la Specola debía ser de verdad una Ars Magna en carne y hueso, o sea, en madera, hierro, tela y otras substancias, una especie de Mega Horologio, un Libro Animado capaz de revelar todos los misterios del Universo.

Ella, decía el padre Caspar con los ojos encendidos como rubíes, era un Único Syntagma de Novissimi Instrumenti Physici et Mathematici, «por ruedas et cicli artificioosamente dispuestos». Luego dibujaba en la puente o en el aire con el dedo, y decíale que pensara en una primera parte circular, a guisa de la base o el fundamento, que muestra el Horizonte inmóvil, con la Rosa de los treinta y dos Vientos, y todo el Arte de Navegar con los pronósticos de todas las tempestades.

—La Parte Mediana —añadía luego—, que sobre la base edificada está, imagina como un Cubo de cinco lados, ¿imaginas tú? Nein, no de seis, el sexto apóyase en la base ergo tú no ves él. En el primer lado del Cubo, id est el Chronoscopium Universale, puedes ocho ruedas en perennes cyclos acomodadas ver, que el Calendario de Julio y de Gregorio representan, y cuándo recurran los domingos, y la Epacta, et el Círculo Solar, et las Fiestas Móviles, et Paséales, et novilunios, plenilunios, cuadratura del Sol et de la Luna. En el segundo Cubilatera, id est das Cosmigraphicum Speculum, en primer loco preséntase un Horoscopio, con el cual, dada la hora de Melita corriente, qué hora es en el resto de nuestro globo encontrar se puede. Et encuentras una Rueda con dos Planisferios, de los cuales uno muestra et enseña de todo el Primer Móvil la scientia, el segundo de la Ochava Esphera et de las Estrellas Fijas la doctrina, et el movimiento. Et el fluxu et el refluxu, o sea, el decremento et el incremento de los mares, por el movimiento de la Luna en todo el Universo agitados...

Era este lado aún más apasionante. A través del podía conocerse aquel Horologium Catholicum del que ya se ha dicho, con la hora de las misiones jesuítas en cualquier meridiano; no sólo, parecía también desempeñar las funciones de un buen astrolabio,

en cuanto que revelaba también la cantidad de los días y de las noches, la altitud del sol con la proporción de las Sombras Rectas, y las ascensiones rectas y oblicuas, la cantidad de los crepúsculos, la culminación de las estrellas fijas en cada año, mes y día. Y había sido probando y probando, una y otra vez, en aquel lado donde el padre Caspar había alcanzado la certidumbre de estar, por fin, en el meridiano antípoda.

Había, luego, un tercer lado que contenía en siete ruedas el conjunto de toda la Astrología, todos los futuros eclipses del sol y de la luna, todas las figuras astrológicas para los tiempos de la agricultura, de la medicina, del arte de marear, junto con los doce signos de las demoras celestiales, y la fisonomía de las cosas naturales que de cada signo dependen, y la Casa correspondiente.

No tengo valor de resumir todo el resumen de Roberto, y cito el cuarto lado, que habría debido decir todas las maravillas de la medicina botánica, espagírica, química y hermética, con los medicamentos simples y los compuestos, colegidos de substancias minerales o animales y los «Alexipharmaca atractiva, lenitiva, purgativa, molificativa, digestiva, corrosiva, conglutinativa, aperitiva, calefactiva, infrigidativa, mundificativa, atenuativa, incisiva, supurativa, diurética, narcótica, cáustica et confortativa».

No consigo explicar, y un poco me lo invento, qué acaecía en el quinto lado, que es como decir el tejado del cubo, paralelo a la línea del horizonte, que parece que se disponía como una bóveda celeste. Se menciona también una pirámide, que no podía tener la base igual al cubo, si no, habría recubierto el quinto lado, y que con más visos de verdad cubría el cubo entero como una tienda; pero entonces habría debido ser de material transparente. Cierto es que sus cuatro caras habrían debido representar las cuatro plagas del mundo, y por cada una de ellas, los alfabetos y las lenguas de los diferentes pueblos, incluidos los elementos de la primitiva Lengua Adámica, los jeroglíficos de los Egipcios y los caracteres de los Chinos y de los Mexicanos, y el padre Caspar la describe como:

—¡Una Sphynx Mystagoga, un Oedipus Aegyptiacus, una Mónada Ieroglyphica, una Clavis Convenientia Linguarum, un Theatrum Cosmographicum Historicum, una Sylva Sylvarum de todos los alfabetos naturales y artificiales, una Architectura Curiosa Nova, una Lampade Combinatoria, una Mensa Isiaca, un Metametricon, una Synopsis Anthropoglottonica, una Basílica Cryptographica, un Amphiteatrum Sapientiae, una Cryptomenesis Patefacta, un Catoptron Polygraphicum, un Gazophylacium Verborum, un Mysterium Artis Steganographicae, un Arca Arithmologica, un Archetypon Polyglotta, una Eisagoge Horapollinea, un Congestorium Artificiosae Memoriae, un Pantometron de Furtivis Literarum Notis, un Mercurius Redivivus, un Etymologicon Lustgärtlein!

Que todo ese saber estuviera destinado a permanecer su privado beneficio,

condenados como estaban a no volver a encontrar jamás la vía del regreso, esto no le preocupaba al jesuita, no sé si por confianza en la Providencia, o por amor de conocimiento fin en sí mismo. Pero lo que más me llama la atención es que entonces ni siquiera Roberto concibiera un solo pensamiento realista, y que empezara a considerar la llegada a la Isla como el acontecimiento que habría dado sentido, y para siempre, a su vida.

En primer lugar, por lo que le importaba de la Specola, fue cautivado por el pensamiento único de que el oráculo pudiera decirle también dónde y qué estaba haciendo en aquel momento la Señora. Prueba de que a un enamorado, incluso distraído por útiles ejercicios corporales, es inútil hablarle de Nuncios Sidéreos, y busca siempre noticias de su hermosa pena y caro afán.

Además, por mucho que le dijera su maestro de natación, soñaba con una Isla que no se le presentaba delante en el presente en el que también estaba él, sino que, por decreto divino, reposaba en la irrealidad, o en el no ser, del día de antes.

Aquello en lo que pensaba al encararse a las olas era la esperanza de alcanzar una Isla que había sido ayer, y de la que se le aparecía como símbolo la Paloma Naranjada, inasible como si hubiera huido al pasado.

Roberto estaba movido todavía por conceptos oscuros, intuía querer una cosa que no era la del padre Caspar, pero aún no tenía claro cuál. Y se ha de comprender su incertidumbre, pues que era el primer hombre en la historia de la especie al que se le ofrecía la posibilidad de nadar hacia atrás veinticuatro horas.

En cualquier caso, habíase convencido de que tenía que aprender de verdad a nadar y todos sabemos que un solo buen motivo ayuda a superar mil miedos. Por ello lo volvemos a encontrar probando otra vez al día siguiente.

En esta fase el padre Caspar estábale explicando que, si hubiera dejado los brandales y movido las manos libremente, como si estuviera siguiendo el ritmo de una compañía de músicos, imprimiendo un movimiento disipado a las piernas, el mar lo habría sostenido. Habíale inducido a probar, primero con el cabo tendido, luego aflojándoselo sin decírselo, es decir, anunciándoselo cuando ya el alumno había adquirido seguridad. Es verdad que Roberto, ante aquel anuncio, había sentido inmediatamente que se iba a pique, pero al gritar, había dado por instinto un golpe de piernas, y habíase encontrado con la cabeza fuera.

Estos intentos habían durado una buena media hora, y Roberto empezaba a entender que se podía mantener sobre el agua. Ahora que en cuanto intentaba moverse con mayor

exuberancia, echaba la cabeza hacia atrás. Entonces el padre Caspar lo había animado a que secundara aquella tendencia y a que se dejara llevar, con la cabeza lo más pegada a la espalda posible, el cuerpo rígido y ligerísimamente arqueado, brazos y piernas extendidos como si tuviera que tocar siempre la circunferencia de un círculo: habríase sentido suspendido como por una hamaca, y habría podido estar así horas y horas, e incluso dormir, besado por las olas y por el sol oblicuo del ocaso. ¿Cómo era posible que el padre Caspar supiere todas estas cosas, no habiendo nadado jamás? Por *Theoría Physico-Hydrostática*, decía él.

No había sido fácil encontrar la posición adecuada, Roberto había corrido el riesgo de estrangularse con el cabo entre regüeldos y estornudos, pero parece ser que en un determinado momento el equilibrio fue alcanzado.

Roberto, por primera vez, sentía el mar como un amigo. Siguiendo las instrucciones del padre Caspar, había empezado a mover también los brazos y las piernas: levantaba levemente la cabeza, la echaba hacia atrás, habíase acostumbrado a tener el agua en las orejas y a soportar la presión. Podía incluso hablar, y gritando, para hacerse oír a bordo.

—Si ahora tú quieres te vuelves —habíale dicho incluso, a un cierto punto, Caspar—. Tú bajas el brazo derecho, como si colgarías bajo tu cuerpo, levantas ligeramente el hombro izquierdo, ¡et he aquí que te encuentras con la panza abajo!

No había especificado que, en el curso de este movimiento, había que contener la respiración, visto que uno se encuentra con la cara bajo el agua, y bajo un agua que no quiere sino explorar las narices del intruso. En los libros de *Mechánica Hidráulico-Pneumática* no estaba escrito. Así, por la *ignoratio elenchi* del padre Caspar, Roberto habíase bebido otra jarra de agua salada.

Pero ya había aprendido a aprender. Había probado dos o tres veces a dar la vuelta sobre sí mismo y había entendido un principio, necesario a todo nadador, es decir, que cuando se tiene la cabeza bajo el agua no se ha de respirar; ni siquiera con la nariz, antes, soplar con fuerza, como si se quisiera echar de los pulmones precisamente ese poco aire del que tanta necesidad se tiene. Que parece cosa intuitiva, y sin embargo no lo es, como resulta por esta historia.

Había entendido también que le era más fácil estar boca arriba, con la cara al aire, que boca abajo. A mí me parece lo contrario, pero Roberto había aprendido antes de tal guisa, y por un día o dos siguió así. Y entre tanto dialogaba sobre los sistemas del mundo.

Habían vuelto a hablar del movimiento de la tierra y el padre Caspar lo había preocupado con el Argumento del Eclipse. Quitando la tierra del centro del mundo y

poniendo en su lugar el sol, ha de ponerse la tierra o debajo de la luna, o encima de la luna. Si la ponemos debajo no habrá jamás un eclipse de sol porque, al estar la luna encima del sol o encima de la tierra, no podrá interponerse entre la tierra y el sol. Si la ponemos encima, no habrá jamás eclipse de luna porque, al estar la tierra encima de ella, no se podrá interponer jamás entre la luna y el sol. Y además, la astronomía no podría ya, como siempre ha hecho perfectamente, predecir los eclipses, pues regula sus cálculos sobre los movimientos del sol, y si el sol no se moviere su empresa sería vana.

Considerárase, luego, el Argumento del Arquero. Si la tierra girare todas las veinte y cuatro horas, cuando se tira una saeta directamente hacia arriba, ésta volvería a caer al occidente, a muchas millas de distancia del tirador. Que sería como decir el Argumento de la Torre. Si se dejara caer un peso por el lado occidental de una torre, éste no debería precipitar a los pies de la construcción, sino mucho más allá, y por tanto, no debería caer verticalmente sino en diagonal, porque, mientras, la torre (con la tierra) habríase movido hacia occidente. Como, en cambio, todos saben por experiencia que ese peso cae en perpendicular, he aquí que el movimiento terrestre se demuestra una majadería.

Por no hablar del Argumento de los Pájaros, los cuales, si la tierra girare en el espacio de un día, jamás podrían, volando, mantener el ritmo de su giro, aun cuando fueran infatigables. En cambio, nosotros vemos perfectamente que, si viajamos incluso a caballo en dirección del sol, cualquier pájaro nos alcanza y adelanta.

—Está bien. No sé responder a su objeción. Lo que he oído decir es que haciendo girar la tierra y todos los planetas, y teniendo parado el sol, se explican muchos fenómenos, mientras que Tolomeo ha tenido que inventar que si los epiciclos, que si los deferentes, que si otros muchos embustes que precisamente claman al cielo, y a la tierra también.

—Yo perdono a ti, si un Witz hacer querías. Pero si tú serio hablas, entonces te digo que yo no soy un pagano como Tolomeo y sé muy bien que él muchos errores cometido había. Et por eso yo creo que el grandísimo Tycho de Uraniburgo una idea muy justa ha tenido: él ha pensado que todos los planetas que nosotros conocemos, es decir, Júpiter, Marte, Venus, Mercurius et Saturnus alrededor del sol giran, pero el sol gira con ellos alrededor de la tierra, alrededor de la tierra gira la luna, y la tierra está inmóvil en el centro del círculo de las estrellas fijas. Así explicas tú los errores de Tolomeo et non dices herejías, mientras Tolomeo errores cometía et Galileo herejías decía. Et no estás obligado a explicar cómo hacía la tierra, que es tan pesada, a darse vueltas por el cielo.

—¿Y cómo hacen el sol y las estrellas fijas?

—Tú dices que son pesadas. Yo no. Son cuerpos celestes, ¡no sublunares! La tierra sí, es pesada.

—¿Entonces cómo hace un navío con cien cañones a darse vueltas por el mar?

—Está el mar que lo arrastra, y el viento que lo empuja.

—Entonces, si se quieren decir cosas nuevas sin irritar a los cardenales de Roma, he oído de un filósofo en París que dice que los cielos son una materia líquida, como un mar, que gira todo en derredor formando como unos remolinos marinos... unos *tourbillons*...

—¿Qué es das?

—Unos vórtices.

—Ach so, vórtices, ja. ¿Y qué hacen estos vórtices?

—Pues, estos turbillones arrastran a los planetas en su giro, y un turbillón arrastra a la tierra alrededor del sol, pero es el turbillón el que se mueve, la tierra está inmóvil en el turbillón que lo arrastra.

—¡Bravo señor Roberto! Tú no querías que los cielos serían de cristal, porque temías que los cometas ellos rompían, pero te gusta que son líquidos, ¡así los pájaros dentro dellos ahogan! ¡Además, esta idea de los vórtices explica que la tierra alrededor del sol gira pero no que alrededor de sí misma gira como si era una perinola para niños!

—Sí, pero aquel filósofo decía que, también en este caso, es la superficie de los mares, y la corteza superficial de nuestro globo, la que gira mientras el centro profundo está parado. Creo.

—Aún más estúpido que antes. ¿Dónde ha escrito ese señor esto?

—No lo sé, creo que ha renunciado a escribirlo, o a publicar el libro. No quería irritar a los jesuítas que él ama mucho.

—Entonces yo prefiero al señor Galileo que pensamientos herejes tenía, pero halos confesado a cardenales amorosísimos, et nadie ha él quemado. A mí no gusta estotro señor que pensamientos aún más herejes tiene y no confiesa, ni siquiera a los jesuítas amigos del. Quizá Dios un día Galileo perdona, pero él no.

—Como quiera que sea, me parece que luego ha corregido esta primera idea. Parece que todo el gran cúmulo de materia que va del sol a las estrellas fijas gira en un gran círculo, transportado por este viento...

—¿Pero no decías que cielos eran líquidos?

—Quizá no, quizá son un gran viento...

—¿Ves? Ni siquiera tú sabes...

—Pues bien, este viento hace marchar a todos los planetas alrededor del sol, y al mismo tiempo, hace girar al sol sobre sí mismo, así hay un turbillón menor que hace girar a la luna alrededor de la tierra, y a la tierra sobre sí misma. Y con eso y todo, no se puede decir que la tierra se mueva, porque lo que se mueve es el viento. De la misma manera que si yo durmiera en el *Daphne*, y el *Daphne* fuere hacia aquella isla Occidente, yo pasaría de un lugar a otro, y nadie podría decir que mi cuerpo hasse movido. Y por lo que concierne al movimiento diario, es como si yo estuviere sentado en una gran rueda de alfarero que se mueve, y ciertamente antes le mostraría la cara y luego la espalda, pero no sería yo el que se mueve, sería la rueda.

—Ésta es la hipótesis de un malicioso que quiere ser hereje y no lo parecer. Pues tú me dices agora dónde están las estrellas. También Ursa Major toda entera, et Perseus, ¿giran en el mismo vórtice?

—Mas todas las estrellas que vemos son otros tantos soles, y cada uno está en el centro de su turbillón, y todo el universo es un gran giro de turbillones con infinitos soles e infinitísimos planetas, ¡incluso allende lo que nuestro ojo ve, y cada uno con sus propios moradores!

—¡Ah! ¡Aquí yo esperaba a ti et a tus herejísimos amigos! ¡Esto queréis vosotros, infinitos mundos!

—Podrá Vuestra Merced consentirme al menos más de uno. ¿Si no, dónde Dios habría puesto el infierno? No en las vísceras de la tierra.

—¿Por qué no en las vísceras de la tierra?

—Porque —y aquí Roberto repetía de manera harto aproximada un argumento que había oído en París, y tampoco yo podría jurar sobre la exactitud de sus cálculos— el diámetro del centro de la tierra mide doscientas millas italianas, y si lo elevamos al cubo tenemos ocho millones de millas. Considerando que una milla italiana contiene doscientos y cuarenta mil pies ingleses, y puesto que el Señor debería haber asignado a cada condenado por lo menos seis pies cúbicos, el infierno no podría contener sino cuarenta millones de condenados, lo que me parece poco, considerando todos los hombres malvados que han vivido en este mundo nuestro desde Adán hasta hoy en día.

—Esto sería —contestaba Caspar sin dignarse de controlar el cómputo—, si los condenados con su cuerpo serían dentro del. ¡Pero esto es sólo después de la Resurrección de la Carne et el Juicio Final! ¡Y entonces no habría ya ni la tierra ni los planetas, sino otros cielos et nuevas tierras!

—De acuerdo, si son sólo espíritus condenados, cabrán mil millones incluso en la punta de una aguja. Pero hay estrellas que nosotros no vemos a simple ojo, y que, en cambio, se ven con su anteojo de larga vista. Pues bien, ¿no puede pensar Vuestra

Merced en un anteojo cien veces más potente que le permita ver otras estrellas, y luego en uno mil veces más potente aún, que le haga ver estrellas aún más lejanas, y así en adelante *ad infinitum*! ¿Quiere ponerle un límite a la creación?

—La Biblia no habla de esto.

—La Biblia no habla ni siquiera de Júpiter, y con todo, Vuestra Merced lo miraba la otra noche con su maldito anteojo de larga vista.

Roberto sabía ya cuál habría sido la verdadera objeción del jesuita. Como la del abate aquella noche en la que Saint-Savin habíalo desafiado a duelo: que con infinitos mundos no se consigue ya dar sentido a la Redención, y que estamos obligados a pensar o en infinitos Calvarios, o en nuestro jardín terrestre como en un punto privilegiado del cosmos, al cual concedió Dios que bajara su Hijo para que nos librara del pecado, mientras que a los otros mundos no les ha concedido tanta gracia; a desdoro de su infinita bondad. Y en efecto, ésa fue la reacción del padre Caspar, lo que le permitió a Roberto acometerle de nuevo.

—¿Cuándo sucedió el pecado de Adán?

—Mis hermanos han cálculos matemáticos perfectos fecho, sobre la base de las Escrituras: Adán pecó tres mil novecientos et ochenta y cuatro años antes de la venida de Nuestro Señor.

—Pues bien, quizá Vuestra Merced ignora que los viajeros llegados a la China, entre los cuales muchos hermanos suyos, encontraron las listas de los monarcas y de las dinastías de los Chinos, de las cuales se deduce que el reino de la China existía antes de hace seis mil años ha, y por tanto, antes del pecado de Adán, y si así es para la China, quién sabe para cuántos otros pueblos más. Así pues, el pecado de Adán, y la redención de los Judíos, y las bellas verdades de nuestra Santa Romana Iglesia que hanse derivado, conciernen sólo a una parte de la humanidad. Pero hay otra parte del género humano que no ha sido tocada por el pecado original. Esto no le quita nada a la infinita bondad de Dios, que se ha portado con los Adamitas tal como el padre de la parábola con el Hijo Pródigo, sacrificando a su Hijo sólo para ellos. Y así como, por haber hecho matar a la vaca gorda para el hijo pecador, aqueise padre no amaba menos a los otros hermanos buenos y virtuosos, así nuestro Creador ama tiernísimamente a los Chinos y a cuantos haya que nacieron antes que Adán, y está contento de que ellos no hayan incurrido en el pecado original. Si así ha acaecido en la tierra, ¿por qué no debería haber acaecido también en las estrellas?

—¿Pero quién ha dicho a ti esta kojudez? —había gritado furente el padre Caspar.

—Hablan muchos dello. Y un sabio moro dijo que es posible deducirlo incluso de una página del Corán.

—¿Y tú dices a mí que el Koran probaba la verdad de una cosa? ¡Oh, omnipotente Dios, te ruego fulmina a este vanísimo ventoso vanaglorioso petulante turbulento revoltoso asnihombre cachidiablo perro et demonio, malhadado mastín morbosos, que él no pone más pie en este navío!

Y el padre Caspar había levantado y hecho restallar el cabo como una fusta, primero golpeando a Roberto en el rostro, luego dejando la cuerda. Roberto había zozobrado, con la cabeza hacia abajo habíase afanado gesticulando, no conseguía tirar la maroma lo suficiente como para tenderla, gritaba socorro bebiendo, y el padre Caspar gritábale que quería verle dejándose la sangre y boqueando en agonía, de suerte que se abismara en el infierno como se convenía a los malnacidos de su raza.

Luego, como era de ánimo cristiano, cuando le pareció que Roberto había sido castigado suficientemente, lo había sacado. Y por aquel día, había terminado tanto la lección de natación como la de astronomía, y los dos habíanse ido a dormir cada uno por su lado, sin dirigirse la palabra.

Habíanse reconciliado al día siguiente. Roberto habíale confiado que él en esta hipótesis de los turbillones no creía absolutamente, y consideraba, más bien, que los infinitos mundos eran efecto de un turbinar de átomos en el vacío, y que esto no excluía de suyo que existiera una Divinidad providente que a estos átomos otorgaba órdenes y los organizaba en modos según sus decretos, como habíale enseñado el Canónigo de Digne. El padre Caspar, con todo, rechazaba también esta idea, que requería de un vacío en el que los átomos se movieran, y Roberto no tenía ya ganas de discutir con una Parca tan generosa que, en vez de cortar la cuerda que lo mantenía en vida, la alargaba en demasía.

Bajo promesa de no volver a ser amenazado de muerte, había retomado sus experimentos. El padre Caspar lo estaba persuadiendo de que intentara moverse en el agua, que es el principio indispensable de toda arte de la natación, y sugeríale lentos movimientos de las manos y de las piernas, pero Roberto prefería holgar panza arriba.

El padre Caspar lo dejaba holgar, y aprovechaba de ello para eslabonarle otros argumentos suyos contra el movimiento de la tierra. In primis, el Argumento del Sol. El cual, si estuviera inmóvil, y nosotros a medio día en punto lo miráramos desde el centro de una habitación a través de la ventana, y la tierra girare con la velocidad que se dice —y mucha es precisa para dar una vuelta completa en veinte y cuatro horas— en un instante el sol desaparecería de nuestra vista.

Venía luego el Argumento del Granizo. Éste cae a veces durante toda una hora, empero, ya sea que las nubes vayan hacia levante, o hacia poniente, hacia el septentrión, o hacia el meridión, no cubre jamás el campo por más de veinte y cuatro o

treinta millas. Si la tierra girara, cuando las nubes del granizo fueren llevadas por el viento al encuentro de su curso, sería menester que granizare por lo menos trescientas o cuatrocientas millas de campo.

Seguía el Argumento de las Nubes Blancas, que van por el aire cuando el tiempo está tranquilo, y parecen ir siempre con la misma lentitud; mientras que si girare la tierra, las que van hacia poniente deberían proceder a una velocidad inmensa.

Concluía con el Argumento de los Animales Terrestres, que por instinto deberían moverse siempre hacia oriente, para secundar el movimiento de la tierra que los señorea; y deberían mostrar una gran aversión a moverse hacia occidente, porque sentirían que éste es un movimiento contra natura.

Roberto durante un poco aceptaba todos aquellos argumentos, luego le ponían gran hastío, y oponía a toda aquella ciencia su Argumento del Deseo.

—Pues, al fin —decíale—, no me quite el gozo de pensar que podría alzarme en vuelo y ver en veinte y cuatro horas la tierra girar debajo de mí, y vería pasar muchos rostros diferentes, blancos, negros, amarillos, aceitunados, con el sombrero o con el turbante, y ciudades con campanarios hora puntiagudos hora redondos, con la cruz y con la media luna, y ciudades con las torres de porcelana y pueblos de cabañas, y a los Iraqueses al punto de comerse vivo a un prisionero de guerra y a mujeres de la tierra de Tesso ocupadas en pintarse los labios de azul para los hombres más feos del planeta, y a las de Camul que sus maridos conceden como presente al primero que llega, como cuenta el libro de micer Milione...

—¿Ves tú? ¡Como yo digo: cuando vosotros en vuestra filosofía en la taberna pensáis, siempre son pensamientos de libido! Y si no habrías estos pensamientos tenido, este viaje tú podrías hacer si Dios te daba la gracia de girar tú alrededor de la tierra, que no es gracia menor que dejarte suspendido en el cielo.

Roberto no estaba convencido, pero ya no sabía rebatir. Entonces tomaba el camino más largo, partiendo de otros argumentos oídos, que igualmente no le parecían de por sí en contraste con la idea de un Dios providente, y preguntábale al padre Caspar si estaba de acuerdo en considerar a la naturaleza como un grandioso teatro, donde nosotros vemos sólo lo que el autor ha puesto en escena. Desde nuestro asiento, nosotros no vemos el teatro como realmente es: las escenas y las máquinas han sido predisuestas para conseguir un buen efecto de lejos, mientras las ruedas y los contrapesos que producen los movimientos han sido ocultados a nuestra vista. Y sin embargo, si en el patio hubiere un hombre del arte, sería capaz de adivinar cómo se ha conseguido que un pájaro mecánico se levante repentinamente en vuelo. Así debería hacer el filósofo ante el espectáculo del universo. Desde luego, la dificultad para el

filósofo es mayor, porque en la naturaleza las cuerdas de las máquinas están escondidas tan bien que durante largo tiempo nos hemos preguntado quién las movía. Y sin embargo, también en este nuestro teatro, si Faetón sube hacia el sol, es porque tiran del algunas cuerdas y un contrapeso desciende hacia abajo.

Ergo (triunfaba, al fin, Roberto, volviendo a encontrar la razón por la que había empezado a divagar de aquella manera), el escenario nos muestra el sol que gira, pero la naturaleza de la máquina es bien diferente, y nosotros no podemos advertirlo a primera vista. Nosotros vemos el espectáculo, no la polea que hace que Febo se mueva, antes, vivimos en la rueda de esa polea. Y en ese punto Roberto se perdía, porque si se aceptaba la metáfora de la polea, se perdía la del teatro, y todo su razonamiento se volvía tan *pointu*, como habría dicho Saint-Savin, que perdía toda su agudeza.

El padre Caspar había contestado que el hombre, para hacer cantar a una máquina, tenía que forjar madera o metal, y disponer unos orificios, o regular cuerdas y friccionarlas con arcos, o incluso, como había hecho él en el *Daphne*, inventar un artilugio de agua, mientras que si le abrimos la garganta a un ruiseñor no vemos ninguna máquina de este tipo, signo de que Dios sigue caminos diferentes de los nuestros.

Luego había preguntado si, pues que Roberto veía con tanto favor infinitos sistemas solares que giraban en el cielo, no habría podido admitir que cada uno de estos sistemas forma parte de un sistema mayor que rueda a su vez dentro de un sistema mayor aún y así en adelante; visto que, partiendo de aquellas premisas, uno convertíase en algo así como una virgen víctima de un seductor, que primero le hace una pequeña concesión, y bien pronto tendrá que acordarle más, y luego más aún, y por ese camino no se sabe hasta qué extremo puede llegarse.

Desde luego, había dicho Roberto, se puede pensar de todo. En turbillones desprovistos de planetas, en turbillones que se chocan el uno con el otro, en turbillones que no sean redondos sino hexagonales, de suerte que en cada cara o lado dellos introdúzcase otro turbillón, todos juntos componiéndose como las celdas de una colmena, o que sean polígonos los cuales, apoyándose el uno al otro, dejen unos vacíos, que la naturaleza llena con otros turbillones menores, todos engranados entre sí como las ruedas de los relojes. Moviéndose su total en el universo cielo como una gran rueda que gira y alimenta en el interior a otras ruedas que giran, cada una con ruedas menores que giran en su seno, y todo ese gran círculo recorriendo en el cielo una revolución inmensa que dura milenios, quizá alrededor de otro turbillón de turbillones de turbillones... Y en ese punto, Roberto corría el riesgo de ahogarse, por el gran

vértigo que le sobrecogía.

Y fue en ese momento cuando el padre Caspar consiguió su triunfo. Entonces, explicó, si la tierra gira alrededor del sol, pero el sol gira alrededor de otra cosa (y omitiendo considerar que esta otra cosa gire alrededor de otra cosa todavía), tenemos el problema de la *roulette*, del cual Roberto habría debido oír hablar en París, dado que de París había llegado a Italia entre los galileanos, que pensaban de todo con tal de desordenar el mundo.

—¿Qué es la *roulette*? —preguntó Roberto.

—Tú la puedes llamar también trochoides o cycloides, poco cambia. Imagina tú una rueda.

—¿La de antes?

—No, ahora tú imagina la rueda de un carro. Et imagina tú que en el círculo de aquesa rueda hay un clavo. Agora imagina que la rueda parada está, et el clavo precisamente encima del suelo. Agora tú piensa que el carro va et la rueda gira. ¿Qué tú piensas sucedería a este clavo?

—Bueno, si la rueda gira, a un cierto punto el clavo estará arriba, pero luego cuando la rueda haya hecho todo su giro, se encontrará de nuevo cerca del suelo.

—¿Por tanto tú piensas que este clavo un movimiento como círculo ha cumplido?

—Pues sí. Sin duda no como un cuadrado.

—Agora tú escucha, bambarría. Tú dices que este clavo ¿se encuentra en el suelo en el mismo punto donde estaba antes?

—Espere un momento... No, si el carro va hacia delante, el clavo se encuentra en el suelo, pero mucho más adelante.

—Por tanto, no ha cumplido movimiento circular.

—No, por todos los santos del paraíso —había dicho Roberto.

—Tú no debes decir Portodoslosantosdelparaíso.

—Perdone padre. Mas ¿qué movimiento ha llevado a cabo?

—Ha una trochoides a cabo llevado, y para que tú entiendes digo que casi es como el movimiento de una pelota que tú lanzas ante ti, luego toca el suelo, luego hace otro arco de círculo, et luego novamente; sólo que mientras la pelota, a un cierto momento, hace arcos siempre más pequeños, el clavo arcos siempre regulares hará, si la rueda siempre a la misma velocidad va.

—¿Y qué quiere decir esto? —había preguntado Roberto, divisando su derrota.

—Esto quiere decir que tú demostrar tantos vórtices et infinitos mundos quieres, et que la tierra gira, et he aquí que tu tierra ya no gira, sino que va por el infinito cielo como una pelota, tumpf tumpf tumpf, ¡ach qué gran movimiento para este nobilísimo

planeta! Y si tu teoría de los vórtices buena es, todos los cuerpos celestes hacían tumpf, tumpf tumpf; ¡ahora déjame reír que esto es por fin el más grande diversión de mi vida!

Difícil replicar a un argumento tan sutil y geoméricamente perfecto; y además en perfecta mala fe, porque el padre Caspar habría debido saber que algo parecido habría acaecido también si los planetas giraban como quería Tycho. Roberto habíase ido a dormir húmedo y mohíno como un perro. Durante la noche había reflexionado, para ver si no le conviniera entonces abandonar todas sus ideas heréticas sobre el movimiento de la tierra. Veamos, habíase dicho, incluso si el padre Caspar tuviera razón, y la tierra no se moviera (si no, se movería más de lo debido y no se conseguiría ya detenerla), ¿podría esto poner en entredicho su descubrimiento del meridiano antípoda y su teoría del Diluvio, y al mismo tiempo, el hecho de que la Isla esté allá, un día antes del día que es aquí? En absoluto.

Por tanto, habíase dicho, quizá me conviene no discutir las opiniones astronómicas de mi nuevo maestro, e industriarme, en cambio, para nadar, para obtener lo que de verdad me interesa, que no es si tenían razón Copérnico, o Galilei, o esotro insulso de Tycho de Uraniburgo, sino ver la Paloma Naranjada, y poner pie en el día de antes; cosa que ni Galileo, ni Copérnico, ni Tycho, ni mis maestros y amigos de París habríanse soñado jamás.

Y por tanto, el día después habíase vuelto a presentar ante el padre Caspar como alumno obediente, tanto en la cosa natatoria como en la astronómica.

Pero el padre Caspar, con el pretexto del mar movido y de otros cálculos que tenía que hacer, por aquel día había aplazado su lección. Hacia la tarde había explicado que, para aprender la natatione, como él decía, son necesarios concentración y silencio, y no se puede dejar que la cabeza se vaya entre las nubes. Visto que Roberto era propenso a hacer todo lo contrario, concluíase que no tenía disposición para la natación.

Roberto habíase preguntado cómo era posible que su maestro, tan orgulloso de su maestría, hubiera renunciado de manera tan repentina a su propio proyecto. Y creo que la conclusión que había sacado era la justa. El padre Caspar habíase metido en la cabeza que el yacer o incluso el moverse en el agua, y bajo el sol, producía en Roberto una efervescencia del cerebro, que lo inducía a pensamientos peligrosos. El encontrarse tú a tú con su propio cuerpo, el sumergirse en el líquido, que bien era materia, en alguna sazón lo embrutecía, y lo movía a esos pensamientos que son propios de ídoles deshumanas y alocadas.

Era menester, pues, que el padre Caspar Wanderdrossel encontrara algo diferente

para alcanzar la Isla, y que no le costara a Roberto la salud del alma.

TECHNICA CURIOSA

Cuando el padre Caspar dijo que era de nuevo domingo, Roberto dio en la cuenta de que había pasado más de una semana desde el día de su encuentro. El padre Caspar celebró la misa, luego dirigióse hacia él con aire decidido.

—Yo no puedo esperar que tú a nadar aprendes —había dicho.

Roberto contestó que no era culpa suya. El jesuita admitió que quizá no era culpa suya, pero, entre tanto, el rigor del tiempo y los animales silvestres le estaban echando a perder la *Specola*, que había que cuidar, en cambio, cada día. Por lo cual, *ultima ratio*, no quedaba sino una solución: a la Isla habría ido él. Y a la pregunta de cómo habría hecho, el padre Caspar dijo que lo habría intentado con la Campana Acuática.

Explicó que desde hacía mucho tiempo estudiaba cómo navegar bajo el agua. Había pensado incluso en construir una lancha de madera reforzada con hierro y con doble casco, como si fuera una caja con su tapadera. La nave habría medido setenta y dos pies de largo, treinta y dos de altura, y ocho de anchura, y era bastante pesada para descender bajo la superficie. Habría sido movida por una rueda con palas, accionada por dos hombres en el interior, como hacen los burros con la muela de un molino. Y para ver dónde se estaba yendo se hacía salir un *tubospicillum*, un ocular que, por un juego de lentes internas, habría permitido explorar desde dentro lo que sucedía al aire libre.

¿Por qué no la había construido? Porque así está hecha la naturaleza, decía, para humillación de nuestra poquedad: hay ideas que sobre el papel parecen perfectas y luego ante la prueba de la experiencia se demuestran imperfectas, y nadie sabe por qué razón.

Sin embargo, el padre Caspar había construido la Campana Acuática:

—Et la plebícula ignorante, si habrían dicho a ellos que alguien en el fondo del Rin descender puede manteniendo secas las ropas, e incluso en las manos un fuego en un brasero teniendo, dirían que era un despropósito. Y en cambio, la prueba de la experiencia hala habido, y casi un siglo ha en el ópido de Toletto en Hispania. Por tanto, yo llego a la isla agora con mi Campana Acuática, andando, como agora ves que ando.

Se dirigió hacia el pañol de víveres, que era evidentemente un almacén inagotable: además de los pertrechos astronómicos, quedaba aún algo más. Roberto vio obligado a llevar a la puente otras barras y semicírculos de metal y un voluminoso envoltorio de

piel que olía aún a su cornudo donador. De poco sirvió que Roberto recordara que, si domingo era, no había de trabajarse en el día del Señor. El padre Caspar había contestado que aquello no era trabajo, y mucho menos servil, sino ejercicio de un arte nobilísima entre todas, y que su esfuerzo habría sido consagrado al incremento del conocimiento del gran libro de la naturaleza. Y por ende, era como meditar sobre los textos sagrados, de los que el libro de la naturaleza no se aparta.

Roberto tuvo, pues, que ponerse al trabajo, espolado por el padre Caspar, que intervenía en los momentos más delicados, donde los elementos metálicos se juntaban mediante ensambladuras ya predisuestas. Trabajando toda la mañana puso a punto una jaula en forma de tronco de cono, un poco más alta que un hombre, en la que tres círculos, el de arriba de diámetro menor, el mediano y el de abajo progresivamente más anchos, sosteníanse paralelos gracias a cuatro palancas inclinadas.

En el círculo de en medio estaba fijado un braguero de tela en el que podía ensartarse un hombre, tal que, por un juego de fajas que tenían que pasar también por los hombros y el pecho, del hombre no aseguraba sólo la ingle para impedir su descenso, sino también los hombros y el cuello, de suerte que la cabeza no fuera a tocar el círculo superior.

Mientras Roberto se preguntaba para qué podía servir todo aquel agregado, el padre Caspar había desplegado el envoltorio de piel, que se demostró como el ideal estuche, o guante, o dedal de aquella compage metálica, y no fue difícil revestirla, cerrándola con ganchos desde el interior, para que el objeto, una vez acabado, no pudiere ser ya desollado. Y el objeto acabado era de verdad un cono sin punta, cerrado por arriba y abierto en la base; o si se quiere, precisamente, una especie de campana. En ella, entre el círculo superior y el mediano, abríase una ventanilla de cristal. Sobre el tejadillo de la campana había sido asegurada una argolla robusta.

En ese punto, la campana fue desplazada hacia el cabestrante y enganchada a un brazo que, por un perspícaz sistema de garruchas, habría permitido alzarla, bajarla, transportarla fuera del bordo, arriarla o izarla, como sucede con toda bala, cajón o fardo que se cargare o descargare de un navío.

El cabestrante estaba un poco herrumbroso después de días de inedia, pero al final Roberto consiguió accionarlo e izar la campana a media altura, de suerte que se pudieran divisar sus vientres.

Esta campana esperaba ahora sólo un pasajero que se metiera dentro y se ciñera el braguero, así que colgara en el aire como un badajo.

Podía entrar un hombre de cualquier estatura: bastaba con ajustar las correas aflojando o apretando hebillas y nudos. Con que, una vez fajado, el habitante de la

campana habría podido andar, llevando de paseo su habitáculo; y las cintas hacían de modo que la cabeza permaneciera a la altura de la ventanilla, y el borde inferior le llegara más o menos a la pantorrilla.

Ahora a Roberto no le quedaba sino figurarse, explicaba triunfante el padre Caspar, qué hubiera acontecido cuando el cabestrante hubiera hecho descender la campana al mar.

—Acontece que el pasajero se anega —había concluido Roberto, como habría hecho cualquiera.

Y el padre Caspar le había acusado de saber bastante poco de «equilibrio de los licores».

—Tú puedes quizá pensar que el vacío en alguna parte está, como dicen esos de la Sinagoga de Satanás aderezos con los cuales hablabas en París. Tú quizá admites que en la campana no está el vacío, pero aire. Et cuando tú una campana llena de aire en el agua arrías, no entra el agua. O aquesa o el aire.

Era verdad, admitía Roberto. Y por tanto, por muy alto que fuera el mar, el hombre podía caminar sin que entrara el agua en ella, o por lo menos, hasta que el pasajero con su respiración no hubiere consumido todo el aire, transformándolo en vapor (como se ve cuando se alienta ante un espejo), el cual, siendo menos denso que el agua, a ésta habría últimamente cedido el lugar; prueba definitiva, comentaba triunfalmente el padre Caspar, de que la naturaleza tiene en gran espanto al vacío. Con una campana de aquella mole el pasajero podía contar, había calculado el padre Caspar, a lo menos con una treintena de minutos de respiración. La ribera parecía muy lejana, para alcanzarla a nado, pero andando habría sido un paseo, porque casi a mitad de camino entre el navío y la orilla empezaba la barbacana coralina, a tal punto que la barca no había podido seguir por aquel camino sino que había tenido que dar un rodeo más largo allende el promontorio. Y en ciertos trechos los corales estaban a la flor del agua. Si se hubiera dado principio a la expedición en época de reflujo, el camino por hacer bajo el agua habría disminuido aún. Bastaba con llegar a aquellas tierras emergidas, y en cuanto el pasajero hubiera subido incluso sólo media pierna por encima de la superficie, la campana se habría llenado de nuevo de aire fresco.

¿Pero cómo se habría andado sobre el fondo marino, que debía de estar erizado de peligros, y cómo habría sido posible subir sobre la barbacana, que estaba hecha de piedras afiladas y de corales más cortantes que las piedras? Y además ¿cómo habría bajado la campana, sin volcarse en el agua o ser rechazada hacia arriba por las mismas razones por las que un hombre que se zambulle vuelve a flote?

El padre Caspar, con una sonrisa taimada, añadía que Roberto había olvidado la

objeción más importante: que al impeler en el mar la sola campana llena de aire, habríase movido tanta agua como era su masa, y esta agua habría tenido un peso hartamente mayor que el del cuerpo que intentaba penetrarla, al cual habría opuesto, pues, mucha resistencia. Pero en la campana habría habido también muchas libras de hombre, y por fin, estaban los Coturnos Metálicos. Y con el aire de quien había pensado en todo, iba a extraer del inagotable pañol un par de botines con suelas de hierro, que medían más de cinco dedos, y se anudaban a la rodilla. El hierro habría hecho de zorra, y habría protegido, además, los pies del viandante. Habríale hecho más lento el camino, aunque habríale quitado aquellas preocupaciones por el terreno accidentado que normalmente hacen tímido el paso.

—Mas si desde el resbaladero que se halla aquí abajo Vuestra Merced tiene que volver a subir a la ribera, ¿será un recorrido todo cuesta arriba!

—¡Tú no estabas aquí cuando el ancla arriado han! Yo he antes el sondeo hecho. ¡Nada voráGINE! ¡Si el *Daphne* iría un poco más adelante, encallaríase!

—¿Y cómo podrá sostener la campana que le pesa sobre la cabeza? —preguntaba Roberto.

Y el padre Caspar tenía que recordarle que en el agua este peso no se habría sentido, y Roberto lo habría sabido si alguna vez hubiera probado a empujar una barca o a pescar con la mano una bola de hierro de un baño, que el esfuerzo habríalo hecho todo una vez sacada la bola del agua, no mientras estaba inmersa.

Roberto, ante la obstinación del viejo, intentaba retrasar el momento de su ruina.

—Mas si se arría la campana con el cabestrante —preguntábale—, ¿cómo se desengancha luego la amarra? Si no, la cuerda le refrena y no puede Vuestra Merced alejarse del navío.

Caspar contestaba que, una vez él en el fondo, Roberto habría dado en la cuenta porque la amarra habríase aflojado: y en ese punto se la cortaba. ¿Creía acaso que él debía volver por el mismo camino? Una vez en la Isla habría ido a recuperar la barca, y con aquélla habría vuelto, si Dios quería.

Mas en cuanto estuviere en tierra, cuando se hubiere desligado de las correas, la campana, si otro cabestrante no la hubiere mantenido levantada, habría bajado para tocar tierra aprisionándolo.

—¿Queréis pasar el resto de vuestra vida en una isla encerrado en una campana?

Y el viejo contestaba que, una vez libertado de aquellas bragas, no tenía sino que rasgar la piel con su cuchillo, y habría salido afuera como Minerva de la cabeza de Júpiter.

¿Y si debajo del agua hubiera encontrado un gran pez, de esos que devoran a los

hombres? Y el padre Caspar riendo: incluso el más feroz de los peces, cuando encuentra en su camino una campana semoviente, cosa que infundiría temor incluso a un hombre, es presa de tal desconcierto que se da a rauda fuga.

—En fin —había concluido Roberto, sinceramente preocupado por su amigo—, Vuestra Merced es viejo y endeble, ¿si alguien debe absolutamente intentarlo seré yo!

El padre Caspar le había dado las gracias pero le había explicado que él, Roberto, había dado ya muchas pruebas de ser un botarate, y quién sabe la que le habría armado; que él, Caspar, tenía ya algún que otro conocimiento de ese brazo de mar y de la barbacana, y parecidos los había visitado en otros lugares, con una barca plana; que aquella campana habíala hecho construir él y que, por tanto, conocía sus vicios y virtudes; que tenía buenas nociones de física hidrostática y habría sabido cómo salir de apuros en un caso no previsto; y finalmente, había añadido, como si dijera la última de las razones a su favor, «finalmente yo tengo la fe y tú no».

Y Roberto había entendido que ésta no era absolutamente la última de las razones, sino la primera, y sin duda la más hermosa. El padre Caspar Wanderdrossel creía en su campana como creía en su Specola, y creía tener que usar la campana para alcanzar la Specola, y creía que todo lo que estaba haciendo era para la mayor gloria de Dios. Y tal como la fe puede demoler las montañas, a buen seguro podía superar las aguas.

No quedaba sino volver a colocar en la cubierta la campana y prepararla para la inmersión. Una operación que los mantuvo ocupados hasta la noche. Para adobar la piel de suerte que ni el agua pudiera penetrar en ella ni el aire salir, era menester usar un empaste que preparábase a fuego lento, dosificando tres libras de cera, una de terebintina, y cuatro onzas de otro barniz usado por los carpinteros. Luego se trataba de hacer que la piel absorbiera aquella substancia dejándola reposar hasta el día siguiente. Por fin, con otra pasta hecha de brea y cera hubo que llenar todos los resquicios en los bordes de la ventanilla, donde el cristal ya había sido fijado con almáciga, a su vez calafateada.

Ómnibus rimis diligenter repletis —tal como había dicho—, el padre Caspar pasó la noche en oración. Al alba volvieron a controlar la campana, las correas, los ganchos. Caspar esperó el momento justo en el que pudiera aprovechar al máximo el reflujó, y en el que, con todo, el sol estuviera ya bastante alto, de suerte que iluminara el mar ante él, arrojando cualquier sombra detrás de sus espaldas. Luego se abrazaron.

El padre Caspar repitió que habríase tratado de una solazada empresa en la que habría visto cosas portentosas que ni siquiera Adán o Noé habían conocido, y temía cometer pecado de soberbia, tan orgulloso estaba de ser el primer hombre que descendía al mundo marino.

—Pero —añadía—, ésta es también una prueba de mortificación: si Nuestro Señor encima de las aguas caminado ha, yo debajo caminaré, como a un pecador conviene.

No quedaba sino volver a levantar la campana, ponérsela encima al padre Caspar, y controlar que él fuera capaz de moverse holgadamente.

Durante algún minuto, Roberto asistió al espectáculo de un caracolón, pero qué digo, de un bejín, de un agárico migratorio, que procedía a pasos lentos y torpes, a menudo parándose y dando media vuelta sobre sí mismo cuando el padre quería mirar a la derecha o a la izquierda. Más que en una marcha, aquella capucha ambulante parecía ocupada en una gavota, en una bourrée que la ausencia de la música hacía aún más desgarbada.

Por fin, el padre Caspar pareció satisfecho de sus pruebas y, con una voz que parecía salirle de los calzares, dijo que se podía proceder.

Allegóse al cabestrante, Roberto enganchó, se puso a empujar el cabestrante, y controló una vez más que, levantada la campana, los pies se columpiaran y el viejo no resbalara hacia abajo o la campana no se desenvainara hacia arriba. El padre Caspar campaneaba y retumbaba que todo iba de la mejor de las maneras, aunque era menester darse prisa:

—¡Estos coturnos tiran de mis piernas y casi arráncanlas del vientre! ¡Pronto, pon a mí en el agua!

Roberto había gritado todavía unas frases de incitamento y había arriado lentamente el vehículo con su humano motor. Lo cual fue empresa no fácil, porque él hacía solo el trabajo de muchos marineros. Por tanto, aquella bajada le pareció eterna, como si el mar se rebajara a medida que él multiplicaba sus esfuerzos. Pero al final, oyó un ruido en el agua, advirtió que su esfuerzo disminuía y después de pocos instantes (que a él le parecieron años) sintió que el cabestrante giraba ya en vacío. La campana había tomado pie. Cortó la cuerda, luego se arrojó sobre la amurada para mirar hacia abajo. Y no vio nada.

Del padre Caspar y de la campana no quedaba ningún rastro.

—¡Qué gran seso de un jesuita —díjose Roberto admirado—, lo ha conseguido! Piensa, allá abajo hay un jesuita andando, y nadie podría adivinarlo. ¡Los valles de todos los océanos podrían estar poblados por jesuitas, y nadie lo sabría!

Luego pasó a pensamientos más prudentes. Que el padre Caspar estuviera abajo, era invisiblemente evidente. Que volviera arriba, todavía no estaba claro.

Le pareció que el agua estaba agitándose. La jornada había sido elegida precisamente porque era serena; sin embargo, mientras estaban realizando las últimas operaciones, habíase levantado un viento que a aquella altura encrespaba sólo un poco

la superficie, pero en la ribera creaba algunos juegos de olas que, sobre los escollos ya sobresalientes, habrían podido estorbar el desembarco.

Hacia la punta norte, donde se erguía una pared casi plana y en picado, divisaba rociadas de espuma que iban a abofetear la roca, dispersándose por el aire como muchas avucastas blancas. Era seguramente el efecto de olas que chocaban contra una serie de pequeños farellones que él no conseguía ver, pero desde el navío parecía como si una serpiente soplara desde el abismo aquellas lenguas de fuego cristalino.

La playa parecía, sin embargo, más tranquila, la mareta se producía sólo a medio camino, y aquello era para Roberto una buena señal: indicaba el lugar donde la barbacana asomaba fuera del agua y marcaba el límite allende el cual el padre Caspar ya no habría corrido peligro.

¿Dónde estaba ahora el viejo? Si habíase puesto en marcha inmediatamente después de haber tomado pie, hubiera debido recorrer ya... ¿Mas cuánto tiempo había pasado? Roberto había perdido el sentido del transcurrir de los instantes, cada uno computándolo como una eternidad, y así pues, tendía a reducir el resultado presunto, y convencíase de que el viejo acababa de bajar, y quizá estaba aún bajo la carena, intentando orientarse. Entonces nacía la sospecha de que la amarra, retorciéndose sobre sí misma mientras descendía, hubiera hecho dar una media vuelta a la campana, de suerte que el padre Caspar habíase encontrado sin saberlo con la ventanilla dirigida hacia occidente, y estaba caminando hacia la alta mar.

Luego, Roberto decíase que, yendo hacia la alta mar, cualquiera habría dado en la cuenta de que bajaba en vez de subir, y habría cambiado rumbo. ¿Y si en aquel punto hubiera habido una pequeña cuesta hacia occidente y quien subía creía que iba a oriente? Con todo y con eso, los reflejos del sol habrían mostrado la parte por la cual el astro estaba moviéndose... Pero ¿cómo se ve el sol en el abismo? ¿Pasan sus rayos como por una vidriera de iglesia, en haces compactos, o se diseminan en un refractarse de gotas, de modo que quien mora allá abajo ve la luz como un centellear privado de direcciones?

No, decíase luego: el viejo entiende perfectamente adonde tiene que ir, quizá está ya a medio camino entre el navío y la barbacana; es más, ya ha llegado, ya está, quizá ahora va a subir con sus grandes suelas de hierro, y dentro de poco lo veo...

Otro pensamiento: en realidad, nadie antes de hoy ha estado en el fondo del mar. Quién me dice que allá abajo a cabo de pocas brazas no se entre en la negrura absoluta, habitada sólo por criaturas cuyos ojos emanan únicamente vagos esplendores... ¿Y quién dice que en el fondo del mar se tenga aún el sentido del recto camino? Quizá está girando en círculo, está recorriendo siempre el mismo camino, hasta que el aire de su

pecho se transforme en humedad, que invita al agua amiga a la campana...

Se acusaba de no haberse traído, por lo menos, una clepsidra a la cubierta: ¿cuánto tiempo había pasado? Quizá ya más de media hora, demasiado, ay mísero, y era él el que sentíase sofocar. Entonces respiraba con todos los pulmones, renacía, y creía que aquella era la prueba de que instantes habían pasado poquísimos, y el padre Caspar estaba gozando todavía de un aire purísimo.

Quizá el viejo se había ido de soslayo, es inútil mirar ante sí como si hubiera tenido que volver a emerger a lo largo del recorrido de la bala de arcabuz. Podía haber hecho muchas desviaciones, buscando el mejor acceso a la barbacana. ¿No había dicho, mientras montaban la campana, que era un golpe de suerte que el cabestrante lo depusiera precisamente en aquel punto? Diez pasos más al norte, la falsabraca se abismaba de golpe formando una ladera escarpada, contra la cual una vez había chocado la barca, mientras recto ante el cabestrante había un paso, por el cual también la barca había pasado, yendo a encallarse allá donde los escollos subían poco a poco.

Ahora bien, podía haberse equivocado al mantener la dirección, habíase encontrado ante un muro, y estaba bordeándolo hacia el sur buscando el pasaje. O quizá lo bordeaba hacia el norte. Había que hacer correr el ojo a lo largo de toda la ribera, de una a otra punta, quizá habría emergido allá abajo, coronado por hiedras marinas... Roberto volvía la cabeza de un extremo a otro de la bahía, temiendo que, mientras miraba a la izquierda, pudiera perder al padre Caspar ya emergido a la derecha. Si bien podía identificarse inmediatamente a un hombre incluso a aquella distancia, imaginémonos una campana de cuero goteando al sol, como un caldero de cobre recién lavado...

¡El pez! Quizá en las aguas había verdaderamente un pez caníbal, de ninguna manera asustado por la campana, que había devorado completamente al jesuita. No, de ese pez habríase divisado la sombra oscura: si estaba, debía de estar entre el navío y el principio de las rocas coralinas, no más allá. Pero quizá el viejo había llegado ya a las rocas, y espinas animales o minerales habían perforado la campana, haciendo salir todo el poco aire que quedaba...

Otro pensamiento: ¿quién me asegura que el aire en la campana bastara verdaderamente durante tanto tiempo? Lo dijo él, pero él también se equivocó cuando estaba seguro de que su palangana habría funcionado. A fin de cuentas, este buen Caspar ha demostrado ser un venático, y quizá toda esa historia de las aguas del Diluvio, y del meridiano, y de la Isla de Salomón, es un cúmulo de consejas. Y luego, aunque tuviera razón por lo que concierne a la Isla, podría haber calculado mal la cantidad de aire de la que un hombre tiene necesidad. Y por fin, ¿quién me dice que

todos aquellos aceites, aquellas esencias, hayan colmado de verdad todos los resquicios? Quizá en este momento el interior de la campana parece una de esas cuevas en las que chorrea el agua por doquier, quizá toda la piel transpira como una esponja, ¿no es verdad, acaso, que nuestra piel es toda un cedazo de poros imperceptibles, y desde luego que existen, si a través de ellos filtra el sudor? Y si esto acaece con la piel de un hombre, ¿puede acaecer también con la piel de un buey? ¿O los bueyes no sudan? Y cuando llueve, un buey, ¿se siente mojado también dentro?

Roberto retorció las manos y maldecía su prisa. Estaba claro, él estaba creyendo que habían pasado horas y habían pasado, en cambio, pocas pulsaciones de pulso. Se dijo que no tenía razones para temblar, él, y muchas más habría tenido el atrevido anciano. Quizá él tenía que favorecer, más bien, su viaje con la oración, o por lo menos con la esperanza y el auspicio.

Y además, decía, me he imaginado demasiadas razones de tragedia y es propio de los melancólicos generar espectros que la realidad es incapaz de emular. El padre Caspar conoce las leyes hidrostáticas, ya ha sondeado este mar, ha estudiado el Diluvio a través de los fósiles que pueblan todos los mares. Calma, basta con que yo comprenda que el tiempo transcurrido es mínimo, y sepa esperar.

Daba en la cuenta de que amaba, ya, a aquel que había sido el Intruso, y de que lloraba, ya, sólo al pensamiento de que hubiere podido acontecerle una desgracia. Vamos viejo, murmuraba, vuelve, renace, resucita, por Dios, que le cortaremos el cuello a la gallina más gorda, ¿no querrás dejar sola a tu Specola Melitense?

Y de pronto advirtió que ya no veía las rocas cerca de la ribera, signo de que el mar había empezado a levantarse; y el sol, que antes divisaba sin tener que alzar la cabeza, ahora estaba precisamente encima del. Así pues, desde el momento de la desaparición de la campana habían transcurrido no ya minutos sino horas.

Tuvo que repetirse aquella verdad en voz alta, para encontrarla creíble. Había contado como segundos lo que eran minutos, él habíase convencido de que tenía en el pecho un reloj loco, que pulsaba precipitadamente, y en cambio, su reloj interno había aflojado el paso. Desde quién sabe cuándo, diciéndose que el padre Caspar acababa de bajar, esperaba a una criatura a la que el aire habíale faltado ya desde hacía tiempo. Desde quién sabe cuándo estaba esperando un cuerpo que yacía sin vida en algún punto de aquella amplitud.

¿Qué podía haber acontecido? Todo, todo lo que había pensado; y quizá con su malhadado miedo habíalo hecho acaecer, él, portador de mala suerte. Los principios hidrostáticos del padre Caspar podían ser ilusorios, quizá el agua en una campana entra precisamente desde abajo, sobre todo si el que está dentro patalea el aire hacia fuera,

¿qué sabía Roberto de verdad sobre el equilibrio de los líquidos? O quizá el choque había sido demasiado rápido, la campana había zozobrado. O el padre Caspar había tropezado a medio camino. O lo había perdido, el camino. O su corazón más que septuagenario, desigual a su celo, había cedido. Y por fin, ¿quién dice que, a esa profundidad, el peso del mar no pueda aplastar el cuero tal y como se exprime un limón o se desvaina un haba?

Si hubiere muerto ¿no hubiere debido su cadáver volver a flote? No, estaba anclado por las suelas de hierro, de las cuales sus pobres piernas habrían salido sólo cuando la acción conjunta de las aguas, y de muchos pequeños peces ávidos, lo hubieran reducido a un esqueleto...

Luego, de golpe, tuvo una intuición radiante. ¿Pero qué estaba farfullando en la mente? Pues claro, bien se lo había dicho el padre Caspar, la Isla que él veía ante sí no era la Isla de hoy, sino la de ayer. ¡Más allá del meridiano era aún el día de antes! ¿Podía esperarse ver ahora en aquella playa, que era aún ayer, a una persona que había bajado al agua hoy? Sin duda no. El viejo habíase sumergido en la primera mañana de aquel lunes, pero si en el navío era lunes, en aquella Isla era todavía domingo, y por tanto, él habría podido ver al anciano allegándose a ella sólo hacia la mañana de su mañana, cuando en la Isla fuera, apenas entonces, lunes...

He de aguardar hasta mañana, se decía. Y luego: ¡Caspar no puede aguardar un día, el aire no le basta! Y aún: soy yo el que debo aguardar un día, él sencillamente ha vuelto a entrar en el domingo en cuanto ha franqueado la línea del meridiano. ¡Dios mío, pero entonces la Isla que veo es la del domingo, y si llegó el domingo, yo debería verle ya! No, me estoy equivocando en todo. La Isla que veo es la de hoy, es imposible que yo vea el pasado como en una esfera mágica. Es allá en la Isla, sólo allá, donde es ayer. Pero si veo la Isla de hoy, debería verle a él, que en el ayer de la Isla está ya, y se encuentra viviendo un segundo domingo... Que luego, llegado ayer u hoy, debería haber dejado en la playa la campana destripada, y no la veo. Pero podría haberla llevado consigo a la espesura. ¿Cuándo? Ayer. Veamos pues: hagamos que la que yo veo es la Isla del domingo. He de aguardar a mañana para ver que él llega el lunes...

Podríamos decir que Roberto había perdido definitivamente el juicio, y con buena razón: comoquiera que hubiera calculado, la cuenta no le habría salido. Las paradojas del tiempo hacen que perdamos el juicio también nosotros. Por lo tanto, era normal que no consiguiera entender ya qué hacer: y se redujo a hacer lo que cada uno, a lo menos víctima de la propia esperanza, habría hecho. Antes de abandonarse a la desesperación

se dispuso a esperar el día por venir.

Cómo lo hiciera, es difícil de reconstruir, yendo adelante y atrás por la puente, no tocando comida, hablando consigo mismo, con el padre Caspar y con las estrellas, y quizá echando de nuevo mano al aguardiente. El caso es que lo volvemos a encontrar al día siguiente, mientras la noche esclarece y el cielo se tiñe, y luego, después de salir el sol, siempre más tenso a medida que las horas transcurren, ya alterado entre las once y medio día, en completo desorden entre medio día y el ocaso, hasta que debe rendirse a la realidad; y esta vez sin duda alguna. Ayer, ciertamente ayer, el padre Caspar sumergióse en las aguas del océano austral, y ni ayer ni hoy ha salido. Y como todo el prodigio del meridiano antípoda se juega entre el ayer y el mañana, no entre ayer y pasado mañana, o mañana y antes de ayer, ya estaba seguro de que de aquel mar el padre Caspar no habría vuelto a salir nunca más.

Con matemática, es más, cosmográfica y astronómica certidumbre, su pobre amigo estaba perdido. Ni se podía decir dónde estaba su cuerpo. En un lugar indeterminado allá abajo. Quizá existían corrientes violentas bajo la superficie y aquel cuerpo estaba ya en alta mar. O quizá no, debajo del *Daphne* existía una fosa, un precipicio, la campana habíase asentado allí y de allí el viejo no había podido volver a subir, consumiendo el poco aliento, siempre más acuoso, para invocar ayuda.

Quizá, para huir, habíase librado de sus correas, la campana aún llena de aire había hecho un salto hacia arriba, pero su parte férrea había frenado aquel primer impulso y la había refrenado a media agua, quién sabe dónde. El padre Caspar había intentado liberarse de sus botas, pero no lo había conseguido. Ahora en aquella costanera, arraigado en la roca, su cuerpo exánime vacilaba como un alga.

Y mientras Roberto así pensaba, el sol del martes estaba ya detrás de sus espaldas; el momento de la muerte del padre Caspar Wanderdrossel hacía siempre más remoto.

El ocaso creaba un cielo icterico detrás del verde sombrío de la isla, y un mar estigio. Roberto entendió que la naturaleza se contristaba con él, y, como a veces le acaece a quien queda despojado de una persona querida, poco a poco dejó de llorar la desventura de ésta, y lloró la propia, y la propia soledad recobrada.

Hacía poquísimos días que se había librado della, el padre Caspar habíase convertido para él en el amigo, el padre, el hermano, la familia y la patria. Agora daba en la cuenta de que estaba de nuevo desacompañado y recoleto. Esta vez para siempre.

Sin embargo, en aquel anonadamiento, otra ilusión estaba tomando cuerpo. Ahora él estaba seguro de que la única forma de salir de su reclusión no debía buscarla en el Espacio infranqueable, sino en el Tiempo.

Ahora tenía que aprender a nadar de verdad, y alcanzar la Isla. No tanto para hallar algún despojo del padre Caspar perdido en los pliegues del pasado, sino para detener el horrible progresar del propio mañana.

DECLARACIÓN MAGISTRAL SOBRE LOS EMBLEMAS

Durante tres días, Roberto había permanecido con el ojo pegado al anteojo de larga vista de a bordo (reconveníase que el otro, más potente, fuera ya inservible), fijando la cima de los árboles en la ribera. Esperaba divisar la Paloma Naranjada.

El tercer día se conturbó. Había perdido a su único amigo, estaba extraviado en el más alejado de los meridianos, ¡y habríase sentido consolado si hubiera divisado un pájaro que quizá sólo había pasado por la cabeza del padre Caspar!

Decidió volver a explorar su refugio para entender cuánto habría podido sobrevivir a bordo. Las gallinas seguían poniendo huevos, y había nacido una nidada de polluelos. De los vegetales recogidos no quedaban muchos, estaban ya demasiado secos, y habrían debido usarse como pienso para los volátiles. Había aún pocos barriles de agua, pero recogiendo la lluvia habría sido posible incluso no usarlos. Y, por fin, los peces no faltaban.

Luego reflexionó que, no comiendo vegetales frescos, se moría de escorbuto. Estaban los del invernadero, pero éste habría sido regado por vías naturales sólo si hubiera descendido la lluvia: si sobrevenía una larga sequía, habría tenido que regar las plantas con el agua para beber. Y si hubiere habido borrasca durante días y días, habría tenido agua, pero no habría podido pescar.

Para sosegar sus angustias había vuelto al camarote del órgano de agua, que el padre Caspar le había enseñado a poner en marcha: escuchaba siempre y sólo «Daphne», porque no había aprendido cómo se substituía el cilindro; pero no le disgustaba volver a escuchar durante horas y horas la misma melodía. Un día había identificado *Daphne*, el navío, con el cuerpo de la mujer amada. ¿No era acaso Dafne una criatura que se había transformado en laurel, en substancia arbórea, pues, afín a aquélla de la que había sido extraída la nave? La melodía le cantaba pues de Lilia. Como se ve, la cadena de pensamientos era completamente inconsiderada; ahora bien, así pensaba Roberto.

Reprochábase haberse dejado distraer por la llegada del padre Caspar, haberlo seguido en sus antojos mecánicos, y haber olvidado el propio voto amoroso. Aquella

única canción, cuya letra ignoraba, si alguna vez había existido, estaba transformándose en la oración que él proyectaba hacer murmurar cada día a la máquina, «Daphne» tocada por el agua y por el viento en los rincones del *Daphne*, memoria de la transformación antigua de una Dafne divina. Todas las noches, mirando al cielo, solfeaba aquella melodía en voz baja, como una letanía.

Luego volvía al camarote y volvía a escribir a Lilia.

Al hacer esto había dado en la cuenta de que había pasado los días precedentes al aire libre, y de día, y que volvía a refugiarse en aquella semiobscuridad que, en realidad, había sido su estado natural no solamente en el *Daphne*, antes de encontrar al padre Caspar, sino durante más de diez años, desde los tiempos de la herida de Casal.

A la verdad, no creo que durante todo ese tiempo Roberto hubiera vivido, como deja creer repetidamente, sólo de noche. Que haya evitado los excesos de la canícula, es probable, pero cuando seguía a Lilia lo hacía de día. Considero que aquella enfermedad era más efecto de humor negro que de verdadera aflicción de la visión: Roberto reparaba que sufría la luz sólo en los momentos más atrabiliarios, pero cuando su mente estaba distraída por pensamientos más risueños, no le prestaba atención.

Comoquiera que fuere y hubiere sido, aquella noche habíase descubierto reflexionando por vez primera sobre los embelesos de la sombra. Mientras escribía, o levantaba la pluma para mojarla en el tintero, veía la luz o como halón dorado sobre el papel, o como ribete céreo y casi translúcido, que definía el contorno de sus dedos oscuros. Como si habitara dentro de la propia mano y se manifestara sólo en las márgenes. Todo en torno, estaba envuelto por el sayo afectuoso de un capuchino, es decir, de un no sé qué de color avellana que, tocando la sombra, en ella moría.

Miraba la llama del candil y entreveía nacer en ella dos fuegos: una llama roja, que se incorporaba a la materia corruptible, y otra que, elevándose en un blanco cegador, hacía que esfumara en el ápice su raíz de cárdeno lirio. Así, decíase, su amor alimentado por un cuerpo que moría daba vida a la representación celestial de la amada.

Quiso celebrar, después de algunos días de traición, aquella reconciliación suya con la sombra y volvió a subir a la puente mientras las sombras dilatábanse por doquier, sobre el navío, sobre el mar, sobre la Isla, donde se entreveía ya sólo el rápido anochecer de las colinas. Intentó, memorioso de sus campiñas, divisar en la ribera la presencia de las luciérnagas, vivas centellas aladas brujuleando por la obscuridad de los setos. No las vio, meditó sobre los oxímoros de las antípodas, donde quizá las luciérnagas lucen sólo a la hora sexta.

Luego se echó en el alcázar, y se puso a mirar la luna, dejándose acunar por la

cubierta, mientras de la Isla provenía el ruido de la resaca, mezclado con un canto de grillos, o de sus afines de aquel hemisferio.

Meditaba que la belleza del día es como una belleza rubia, mientras que la belleza de la noche es una belleza morena. Saboreó el contraste de su amor por una diosa rubia consumado en noche morena. Recordando aquella madeja de trigo maduro que aniquilaba cualquier otra luz en el salón de Arthénice, quiso bella a la luna porque disolvía en su extenuación los rayos de un sol latente. Se prometió hacer del día reconquistado nueva ocasión para leer en los reflejos de las ondas el encomio del oro de aquellos cabellos y el azul de aquellos ojos.

Ahora saboreaba las bellezas de la noche, cuando parece que todo descansa, las estrellas se mueven más silenciosamente que el sol; y nos sentimos movidos a creer que somos la única persona en toda la naturaleza absorta en soñar.

Aquella noche estaba a punto de decidir que se habría quedado durante todos los días por venir en el navío. Pero levantando los ojos al cielo había visto un grupo de estrellas que, de repente, parecieron mostrarle el perfil de una paloma con las alas extendidas, que llevaba en la boca una rama de olivo. Ahora bien, es verdad que en el cielo austral, poco alejada del Can Mayor, había sido localizada ya, desde hacía por lo menos cuarenta años, una constelación de la Paloma. No estoy muy seguro de que Roberto, desde donde estaba, a aquella hora y en aquella estación, hubiera podido divisar precisamente aquellas estrellas. De todos modos, como el que había visto una paloma (como Johannes Bayer en su *Uranometria Nova*, y luego bastante más tarde, Coronelli en su *Libro dei Globi*) demostraba más fantasía aún que la que no tuviera Roberto, diría que cualquier disposición de astros, en aquel momento, podía parecerle a Roberto un pichón, una paloma silvestre o zurita, una tórtola, lo que vosotros queráis: aunque por la mañana hubiera dudado de su existencia, la Paloma Naranjada habíale penetrado en las entrañas como un clavo; o, como veremos mejor, un dardo de oro largo.

Tenemos que preguntarnos en efecto por qué, a la primera alusión del padre Caspar, entre las muchas maravillas que la Isla podía prometerle, Roberto se hubiera interesado tanto por la Paloma.

Veremos, a medida que vayamos siguiendo esta historia, que en la mente de Roberto (que el estar en soledad habría hecho cada día más férvida) aquella paloma,

sugerida apenas por un relato, habríase vuelto tanto más viva cuanto menos hubiera conseguido verla, compendio invisible de todas las pasiones de su alma amante, admiración, estima, veneración, esperanza, celos, envidia, estupor y regocijo. No le quedaba claro (ni puede quedárnoslo a nosotros) si se había convertido en la Isla, o en Lilia, o en ambas, o en el ayer en el que las tres estaban relegadas, para aquel exilado en un hoy sin término, cuyo futuro estaba sólo en el llegar, algún mañana, al día de antes.

Podríamos decir que Caspar habíale evocado el Cántico de Salomón que, mirad por dónde, su carmelita habíale leído tantas y tantas veces que él casi lo había aprendido de memoria: y desde la mocedad, él disfrutaba de melifluas agonías por un ser con los ojos de paloma, por una paloma cuyo semblante y voz espiaría entre las hendiduras de las peñas... Pero esto me satisface hasta un cierto punto. Creo que es necesario empeñarnos en una «Explicación de la Paloma», redactar algún que otro apunte para un tratadillo por hacerse que podría titularse *Columba Patefacta*, y el proyecto no me parece completamente ocioso, si otros han empleado todo un capítulo para interrogarse sobre el Sentido de la Ballena; que luego son animalejos o negros o grises (y a lo sumo, blanca hay una sola), mientras nosotros tenemos que vérnoslas con una *rara avis* de un color aún más raro, y sobre la cual la humanidad ha reflexionado mucho más que sobre las ballenas.

Éste es, en efecto, el punto. Que hubiera hablado de ello con el carmelita, o discutido con el padre Emanuel, que hubiera hojeado un montón de libros que en sus tiempos se tenían en gran aprecio, que en París hubiera escuchado disertaciones sobre las que ahí abajo llamaban Divisas o Imágenes Enigmáticas, Roberto de las palomas habría debido de saber algo.

Recordemos que aquél era un tiempo en el que se inventaban o reinventaban imágenes de cualquier tipo para descubrir en ellas sentidos recónditos y reveladores. Bastaba con ver, no digo una bella flor o un cocodrilo, sino un canastillo, una escalera, un *cedazo* o un crisol para intentar construirle en torno una red de cosas que, a primera vista, nadie habría observado en ellos. No quiero ponerme aquí a distinguir entre Empresa o Emblema, y sobre cómo, de diferentes maneras, a estas imágenes podían aplicarse versos o lemas (si no es indicando que el Emblema, de la descripción de un hecho particular, no necesariamente expresado por figuras, extraía un concepto universal; mientras que la Empresa iba de la imagen concreta de un objeto particular a una cualidad o propósito de un individuo único, como decir «yo seré más cándido que la nieve», o «más astuto que la serpiente», o aun, «antes morir que traicionar», hasta llegar a los celebérrimos *Frangar non Flectar* y *Spiritus durissima coquii*). La gente

de aquella edad conceptuaba indispensable traducir el mundo entero en una selva de Símbolos, Señas, Juegos Ecuéstres, Máscaras, Pinturas, Armas Gentileschas, Trofeos, Insignias de Honor, Figuras Ingeniosas, Reversos esculpidos en las monedas, Fábulas, Alegorías, Apólogos, Epigramas, Sentencias, Schommas, Proverbios, Téseras, Epístolas Lacónicas, Epitafios, Parerga, Inscripciones Lapidarias, Escudos, Glifos, Clípeos y, si me lo permitís, aquí me detengo yo; pero no se detenían ellos. Y cualquier buena Empresa debía ser metafórica, poética, compuesta sí por un alma toda por descubrir pero, en primer lugar, por un cuerpo sensible que remitiera a un objeto del mundo, y debía ser noble, admirable, nueva pero conocida, aparente pero actuosa, singular, proporcionada al espacio, aguda y breve, equívoca y escueta, popularmente enigmática, apropiada, ingeniosa, única y heroica.

En definitiva, una Empresa era una ponderación misteriosa, la expresión de una correspondencia; una poesía que no cantaba, sino que estaba compuesta de una figura muda y de un mote que hablaba a la vista por ella; preciosa sólo en cuanto imperceptible, su esplendor se escondía en las perlas y en los diamantes que no enseñaba sino gota a gota. Decía más haciendo menos ruido, y allá donde el Poema Épico requería de fábulas y episodios, o la Historia de deliberaciones y arengas, bastaban a la Empresa sólo dos rasgos y una sílaba: sus perfumes se destilaban sólo en gotas no palpables, y sólo entonces podían verse los objetos bajo un vestido sorprendente, como acaece con los Forasteros y con las Máscaras. La Empresa ocultaba más de lo que descubría. No cargaba el espíritu de materia sino que lo alimentaba de esencias. Tenía que ser (con un término que entonces usábase muchísimo y que ya hemos usado) peregrina, pero *peregrino* quería decir *extranjero*, y *extranjero* quería decir *extraño*.

¿Hay nada más forastero que una Paloma Naranjada? Es más, ¿hay nada más peregrino que una paloma? Ya, la paloma era imagen rica de significados, tanto más sutiles en cuanto cada uno en conflicto con los demás.

Los primeros en hablar de la paloma habían sido, como es natural, los Egipcios, desde los antiquísimos *Hieroglyphica* de Horus Apolo. Y con otras muchísimas cosas, este animal era considerado purísimo entre todos, tanto que, si había una pestilencia que atosigara hombres y cosas, permanecían mundos los que comieran sólo palomas. Lo que debería resultar evidente, visto que este animal es el único que carece de hiel (es decir, el veneno que los demás animales tienen pegado al hígado), y ya decía Plinio que si una paloma cae enferma, coge una hoja de laurel y recobra la salud. Y si el laurel es el lauro y el lauro es Dafne, nos hemos entendido.

Puras como son, las palomas son también un símbolo harto malicioso, porque se

consumen por la gran lujuria: nótese que, mientras todos los demás animales tienen una estación para los amores, no hay estación del año en la cual el palomo no monte a la paloma. Y pasan el día besándose (redoblando los besos para hacerse callar mutuamente) y entrelazando las lenguas.

Permítaseme ahora que diga lo que digo a continuación: ya se sabe que interpretar los símbolos es como mirar los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, están llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y la tez de la haz. Por ello, quizá nos arroje cierta luz el saber que, en la lengua toscana, de la sensualidad de las palomas derívanse muchas expresiones deleitosas como *colombar con le labbra* y *baci colombini*, para decirla como los casuistas. Y *colombeggiare* le decían los poetas a hacer el amor como las palomas, y tanto como ellas. Ni tampoco olvidemos que Roberto habría debido conocer aquellos versos del célebre caballero italiano que decían:

«Quando nel letto, ove i primieri ardori, / sfogar già de' desir caldi e vivaci / colombeggiando i dúo lascivi cori / si raccolser tra lor tra baci e baci», que habrían de inspirar estos sublimes y cultos versos: «reclinados, al mirto más lozano / una y otra lasciva, si ligera, / paloma se caló, cuyos gemidos / (trompas de amor) alteran sus oídos».

Para seguir con este tema, las palomas vienen de Chipre, isla consagrada a Venus. Apuleyo, también otros antes que él, contaba que el carro de Venus está tirado por candidísimas palomas, llamadas precisamente pájaros de Venus por su descomedida lascivia. Otros recuerdan que los griegos llamaban *peristera* a la paloma porque en paloma transformó Eros envidioso a la ninfa Peristera, amadísima por Venus, que la había ayudado a derrotarlo en un certamen entre quién recogía más flores. ¿Pero qué quiere decir que Venus «amaba» a Peristera?

Eliano dice que las palomas fueron consagradas a Venus porque en el monte Eryx, en Sicilia, se celebraba una fiesta cuando la diosa pasaba hacia Libia; aquel día, en toda Sicilia, ya no se veían palomas, porque todas habían cruzado el mar para ir a formar cortejo a la diosa. Nueve días después, desde las costas de Libia llegaba a Trinacria una paloma roja como el fuego, como dice Anacreonte (y os ruego que pongáis mientes en este color); y era Venus misma, que precisamente llamábase Purpúrea, y detrás de ella venía la turba de las demás palomas. Siempre Eliano nos cuenta de una muchacha llamada Phytia que Júpiter amó y transformó en paloma.

Los Asidos representaban a Semíramis en forma de paloma, y Semíramis fue criada por las palomas, y luego convertida en una de ellas. Sabemos todos que era mujer de hábitos no irrepreensibles, pero tan bella que Escaurobates, rey de los Indios, habíase

prendado de amor desesperado por ella, que era concubina del rey de Asiria, y que no pasaba un solo día sin cometer adulterio, y el historiador Juba dijo que habíase enamorado incluso de un caballo.

Pero a un símbolo amoroso se le perdonan muchas cosas, sin que cese de atraer a los poetas: por lo cual (y figurémonos si Roberto no lo sabía) Petrarca se preguntaba «¿qué gracia, qué amor o qué destino / me dará plumas en guisa de paloma?», o Bandello: «Este palomo par a mí en ardor / arde en crudo fuego ferviente Amor, / por doquier va buscando adonde fuere / su palomica, y de deseo muere».

Ahora bien, las palomas son algo más y mejor que una Semíramis, y nos enamoramos de ellas porque tienen esta otra tiernísima característica, que lloran, o gimen, en lugar de cantar, como si tanta pasión satisfecha no las dejara jamás saciadas. *idem cantus gemitusque*, decía un emblema del Camerarius; *Gemitibus Gaudet*, decía otro aún más eróticamente intrigante. Como para perder la cabeza.

Sin embargo, el hecho de que estos pájaros se besen y de que sean tan lascivos, y ésta es una bella contradicción que señala a la paloma, es también prueba de que son aves fidelísimas, y por ello son, al mismo tiempo, el símbolo de la castidad, al menos en el sentido de la fidelidad conyugal. Y lo decía ya Plinio: aunque amorosísimas, tienen un gran sentido del pudor y no conocen el adulterio. De su fidelidad conyugal sean testigos tanto Propercio pagano como Tertuliano. Se dice, sí, que en los casos raros en los que sospechan el adulterio, los machos se vuelven despóticos, su voz está llena de plañido y crueles son los golpes que dan con el pico. Pero inmediatamente después, para reparar su agravio, el macho corteja a la hembra, y la adula dando frecuentes vueltas en torno suyo. Idea ésta, que los celos desbocados fomenten el amor, y éste una nueva fidelidad, y así seguir besándose al infinito y en cada estación, que me parece harto bella y, como veremos, bellísima para Roberto.

¿Cómo no amar una imagen que te promete fidelidad? Fidelidad incluso después de la muerte, porque una vez perdido el compañero, estos pájaros ya no se unen a otro («en soledad vivía y en soledad ha puesto su vida»). La tórtola había sido elevada, por lo tanto, a símbolo de la casta viudez, aunque Ferro recuerda la historia de una viuda que, tristísima por la muerte del marido, tenía consigo a una tórtola blanca y por ella fue reprochada, a lo cual ella respondió *Dolor non color*, cuenta el dolor no el color.

En fin, lascivas o no, esta devoción al amor hace decir a Orígenes que las palomas son símbolo de la caridad. Y por eso, dice San Cipriano, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros en forma de paloma, porque no sólo este animal carece de hiel, sino que no araña con sus garras, no muerde, le es natural amar las estancias de los hombres, no conoce sino una sola casa, alimenta a sus propios pequeños y pasa la vida en común

conversación, entreteniéndose con el compañero en la concordia, en este caso honestísima, del beso. Donde se ve que el besarse puede ser también signo de gran amor hacia el prójimo, y la Iglesia usa el rito del beso de paz. Era costumbre entre los Romanos acogerse y encontrarse con besos, también entre hombre y mujer. Escoliastas malignos dicen que lo hacían porque estábales prohibido a las mujeres beber vino, y besándolas controlaban su aliento, pero en fin, se juzgaban groseros a los Númidas que no besaban sino a sus pequeños.

Pues todos los pueblos han juzgado nobilísimo el aire, así han honrado a la paloma, que vuela más alto que los demás pájaros, y no obstante, vuelve siempre fiel al propio nido. Algo que desde luego hace también la golondrina, pero nadie ha conseguido jamás hacerla amiga de nuestra especie y domesticarla, mientras la paloma sí. Refiere, por ejemplo, San Basilio que los columbarios rociaban una paloma con bálsamo odorífero, y las demás palomas, atraídas, aquélla seguían en gran formación. *Odore trahit*. Que no sé si tiene mucho que ver con lo que he dicho antes, pero me toca esta perfumada benevolencia, esta odoratísima pureza, esta seductora castidad.

A pesar de todo, la paloma no es sólo casta y fiel, sino también simple (*Columbina simplicitas*: sed prudentes como la serpiente y simples como la paloma, dice la Biblia), y por ello es, a veces, símbolo de la vida monacal y apartada; y qué tiene que ver esto con todos esos besos, no me lo hagáis decir, por favor.

Otro motivo de fascinación es la *trepiditas* de la paloma: su nombre griego *treron* procede sin duda de *treo*, «huyo temblando». De ello hablan Hornero, Ovidio y Virgilio («Temerosos como pichones durante una negra tempestad»), y no olvidemos que las palomas viven siempre en el terror del águila o, peor, del buitre. Léase en Valeriano cómo, justamente por eso, nidifican en lugares impracticables para protegerse (de donde la empresa *Secura nidificat*); y ya lo recordaba Jeremías, mientras el Salmo 55 invoca «¡Oh, si tuviera alas como la paloma... Cómo huiría lejos, lejos!».

Los Judíos decían que las palomas y tórtolas son los pájaros más perseguidos y, por eso, dignos del altar, porque mejor es ser perseguidos que perseguidores. Para Aretino, en cambio, que no era manso como los Hebreos, quien paloma se vuelve, halcón se lo come. Pero Epifanio dice que la paloma no se protege jamás de las asechanzas, y Agustín repite que no sólo no lo hace con los animales grandísimos a los que no se puede oponer, sino incluso en relación con los gorriones.

Quiere una leyenda que haya en la India un árbol frondoso y verdegueante que se llama en griego *Paradision*. En la parte derecha moran las palomas y no se apartan jamás de la sombra que propaga; si se alejaran del árbol serían presa de un dragón que

es su enemigo. Pero a éste le es enemiga la sombra del árbol, y cuando la sombra está a la derecha él está al acecho a la izquierda, y viceversa.

Sin embargo, por trémula que sea, la paloma tiene algo de la prudencia de la serpiente, y si en la Isla había un dragón, la Paloma Naranjada bien sabía cuidarse: en efecto, se quiere que la paloma vuele siempre sobre el agua porque, si el gavilán se le echa encima, ella ve su imagen reflejada. En definitiva, ¿se defiende o no se defiende de las asechanzas?

Con todas estas variadas y hartó discordes cualidades, le ha tocado a la paloma convertirse también en símbolo místico, y no tengo absolutamente necesidad de tediarse al lector con la historia del Diluvio, y del papel desempeñado por este pájaro al anunciar la paz y la bonanza, y las nuevas tierras surgidas. Mas para muchos autores sagrados la paloma es también emblema de la Mater Dolorosa y de sus inermes gemidos. Y de ella se dice *Indus et extra*, porque es candida tanto dentro como fuera. A veces se la representa mientras rompe la soga que la mantenía prisionera, *Effracto libera vinculo*, y se convierte en figura de Cristo resucitado de la muerte. Además, parece seguro, llega al atardecer, para no ser sorprendida por la noche, y por lo tanto, para no ser detenida por la muerte antes de haber enjugado las manchas del pecado. Por no hablar, y ya lo hemos dicho, de lo que se sabe por Juan: «He visto los cielos abiertos y al Espíritu Santo bajar como una paloma de los cielos».

En cuanto a otras hermosas Empresas Colombinas, quién sabe cuántas conocía Roberto como *Mollius ut cubant*, porque la paloma se quita las plumas para hacerles más mullido el nido a sus pequeños; *Luce lucidior*, porque reluce cuando se levanta hacia el sol; *Quiescit in motu*, porque vuela siempre con un ala recogida para no hacer demasiado esfuerzo. Había habido incluso un soldado que, para excusar sus intemperancias amorosas, había escogido como insignia una celada en la que habían hecho el nido dos tortolillas, con el mote *Árnica Venus*.

Le parecerá a quien lee que la paloma significados tenía incluso demasiados. Pero si se ha de elegir un símbolo o un jeroglífico, y morir por él, que sus sentidos sean muchos, si no, más vale llamar pan al pan y vino al vino, o átomo al átomo y vacío al vacío. Cosa que podía encontrar el gusto de los filósofos naturales que Roberto trataba en la casa de los Dupuy, pero no el del padre Emanuel; y sabemos que nuestro naufrago se inclinaba ahora a la una, ahora a la otra sugestión. Por fin, lo hermoso de la paloma, por lo menos (considero) para Roberto, era que ella no era sólo, como cualquier Empresa o Emblema, un Mensaje, sino un mensaje cuyo mensaje era la insondabilidad

de los mensajes agudos.

Cuando Eneas tiene que descender al Averno —y encontrar también él la sombra del padre, y, en cierto sentido, el día o los días ya pasados— ¿qué hace la Sibila? Le dice, sí, que vaya a enterrar a Miseno, y que haga varios sacrificios de toros y otro ganado, pero si de verdad quiere llevar a cabo una empresa que nadie jamás ha tenido o la valentía, o la fortuna de intentar, deberá encontrar un árbol umbroso y frondoso en el cual haya una rama de oro. El bosque lo esconde y lo cierran oscuros convalles, y sin embargo, sin esa rama «auricomus», no se penetran los secretos de la tierra. ¿Y quién es el que permite a Eneas descubrir la rama? Dos palomas, por lo demás, ya deberíamos saberlo, pájaros maternales. El resto es cosa consabida a legañosos y barberos. En fin, Virgilio no sabía nada de Noé, pero la paloma lleva una noticia, indica algo.

Se quería, por otra parte, que las palomas hicieran oficio de oráculo en el templo de Júpiter, donde él contestaba por su boca. Posteriormente, una de estas palomas había volado hasta el templo de Amón y la otra al de Delfos, por lo que se comprende cómo tanto los Egipcios como los Griegos contaban las mismas verdades, aunque bajo oscuros velos. Sin paloma, ninguna revelación.

Y nosotros estamos aquí, todavía hoy, preguntándonos qué quería significar la Rama Dorada. Signo de que las palomas traen mensajes, pero que son mensajes en cifra.

No sé lo que sabía Roberto de las cábalas de los Hebreos que, con todo y eso, estaban muy de moda en aquel retazo de tiempo, pero, si trataba al señor Gaffarel, algo debía de haber oído: el caso es que los Hebreos sobre la paloma habían construido enteros castillos. Lo hemos recordado, es decir, lo había recordado el padre Caspar: en el Salmo 68 se habla de alas de la paloma que se cubren de plata, y de sus plumas que tienen destellos de oro. ¿Por qué? ¿Y por qué en los Proverbios vuelve una imagen harto similar de «manzanas de oro en una red cincelada en plata», con el comentario «ésta es la palabra pronunciada a propósito»? ¿Y por qué en el Cántico de Salomón, dirigiéndose a la muchacha («Tus ojos de paloma»), se le dice «Oh hermosa entre las mujeres, tortolicas de oro te haremos esmaltadas de plata»?

Los Hebreos comentaban que el oro es el de la escritura, la plata los espacios blancos entre las letras o las palabras. Y uno de ellos, que quizá Roberto no conocía, pero que aún estaba inspirando a muchos rabinos, había dicho que las manzanas de oro que están en la red de plata finamente cincelada significan que en cualquier frase de las Escrituras (y sin duda en cualquier objeto o acontecimiento del mundo) hay dos caras, la manifiesta y la escondida, y la manifiesta es plata, pero más preciosa, porque de oro,

es la escondida. Y quien mira la red de lejos, con las manzanas envueltas por sus hilos de plata, cree que las manzanas son de plata, mas cuando mire mejor descubrirá el esplendor del oro.

Todo lo que contienen las Sagradas Escrituras de *prima facie* reluce como plata, su sentido oculto brilla como el oro. La inviolable castidad de la palabra de Dios, escondida a los ojos de los profanos, está como cubierta por un velo de pudor, y está en la sombra del misterio. Dice la palabra de Dios que no se han de echar perlas a los cerdos. Tener ojos de paloma significa no detenerse en el sentido literal de las palabras sino saber penetrar su sentido místico.

Y sin embargo, este secreto, como la paloma, es esquivo y no se sabe nunca dónde se halla. La paloma significa que el mundo habla por jeroglíficos y, por lo tanto, es ella misma el jeroglífico que significa los jeroglíficos. Y un jeroglífico no dice y no esconde, sólo muestra.

Y otros Hebreos habían dicho que la paloma es un oráculo, y no es una casualidad el que en hebreo tórtola se diga *tore*, que evoca la *Tora*, que es luego su Biblia, libro sagrado, origen de toda revelación.

La paloma mientras vuela en el sol parece sólo centellear como plata, pero sólo quien habrá sabido esperar largo tiempo para descubrir su cara oculta, verá su oro verdadero, es decir, el color de naranja resplandeciente.

Del venerable Isidoro en adelante también los cristianos habían recordado que la paloma, reflejando en su vuelo los rayos del sol que la ilumina, se nos aparece con colores diferentes. La paloma depende del sol, y son empresas suyas *De TU luz Mis Prendas*, o *Por ti me adorno y reluzco*. Su cuello se reviste a la luz de varios colores, y no obstante, permanece siempre el mismo. Y por ello es aviso a no fiar en las apariencias, mas también a encontrar la verdadera apariencia bajo las engañosas.

¿Cuántos colores tiene la paloma? Como dice un antiguo bestiario:

*Uncor m'estuet que vos devis
des columps, qui sunt blans et bis:
li un ont color aierine,
et li autre l'ont stephanine;
li un sont neir, li autre rous,
li un vermel, l'autre cendrous,
et des columps i a plusors
qui ont trestotes les colors.*

¿Y qué será entonces una Paloma Naranjada?

Para concluir, admitiendo que Roberto supiera algo, encuentro en el Talmud que los poderosos de Edom habían decretado contra Israel que habrían arrancado el cerebro a quien llevara el filacterio. Ahora bien, Elíseo se lo había puesto y había salido a la calle. Un tutor de la ley lo había visto y lo había perseguido mientras huía. Cuando Elíseo fue alcanzado, se quitó el filacterio y lo escondió entre las manos. El enemigo le dijo: «¿Qué tienes en las manos?» Y aquél contestó: «Las alas de una paloma». El otro le había abierto las manos. Y eran las alas de una paloma.

Yo no sé lo que significa esta historia, pero la encuentro muy hermosa. Así debería haberla encontrado Roberto.

*Amabilis columba,
unde, unde ades volando?
Quid est rei, quod altum
coelum cito secando
tam copia benigna
spires liquentem odorem?
Tam copia benigna
ungüenta grata stilles?*

Quiero decir, la paloma es un signo importante, y podemos entender por qué un hombre perdido en las antípodas decidiera que tenía que apuntar bien los ojos para entender qué significaba para él.

Inaccesible la Isla, perdida Lilia, flagelada toda esperanza, ¿por qué no debía la invisible Paloma Naranjada convertirse en la médula áurea, en la piedra filosofal, en el fin de los fines, volátil como toda cosa que apasionadamente se desea? Aspirar a algo que no tendrás jamás, ¿es ésta la agudeza del más generoso entre los deseos?

La cosa me parece tan clara (*luce lucidior*) que decido no seguir adelante con mi Explicación de la Paloma.

Vuélvete paloma, que al aire de tu vuelo, el ciervo por el otero asoma y nosotros regresamos a nuestra historia.

LOS SECRETOS DEL FLUJO Y REFLUJO DEL MAR

Al día siguiente, a las primeras luces del sol, Roberto habíase desnudado completamente. Con el padre Caspar, por pudor, metíase en el agua vestido, pero había entendido que la ropa lo volvía pesado y lo estorbaba. Ahora estaba desnudo. Se ató el cabo a la cintura, descendió la escala de Jacob y estaba de nuevo en el mar.

Se mantenía a flote, eso lo había aprendido. Tenía que aprender ahora a mover brazos y piernas, como hacían los perros con las patas. Ensayó algunos movimientos, siguió durante algunos minutos y dio en la cuenta de que habíase alejado de la escalerilla poquísimas brazas. Además, estaba ya cansado.

Sabía cómo descansar, y se había puesto boca arriba algunos instantes, dejándose pulir por el agua y el sol.

Se sentía de nuevo con fuerzas. Así pues, tenía que moverse hasta que el cansancio le pudiera, luego descansar como un muerto durante algún minuto, entonces volver a empezar. Sus desplazamientos habrían sido mínimos, el tiempo larguísimo, pero así había que hacerlo.

Después de una que otra prueba, tomó una valiente decisión. La escala bajaba a la derecha del bauprés, por la parte de la Isla. Ahora habría intentado alcanzar el lado occidental del navío. Luego habría descansado y últimamente habría regresado.

El tránsito bajo el bauprés no fue largo, y poder contemplar la proa por la otra parte fue una victoria. Abandonóse con la cara hacia arriba, brazos y piernas extendidas, con la impresión de que por aquel lado la ola lo acunaba mejor que por el otro.

A un cierto punto había advertido un tirón en la cintura. El cabo habíase tendido al máximo. Volvió a ponerse en posición canina y entendió: el mar habíalo conducido hacia el norte, desplazándolo a la izquierda del navío, muchas brazas allende la punta del bauprés. En otras palabras, aquella corriente que avanzaba de suroeste a nordeste y que se volvía impetuosa un poco más a occidente del *Daphne*, en efecto, hacíase sentir ya en la bahía. No la había advertido cuando hacía sus inmersiones a la diestra, resguardado como estaba por la mole del pingue, pero llegándose a la siniestra había sido atraído por ella, y habríaselo llevado si la maroma no lo hubiera contenido. Él creía estar parado, y habíase movido como la tierra en su turbillón. Por eso habíale

sido bastante fácil doblar la proa: no que su habilidad hubiera aumentado, era el mar el que lo asegundaba.

Preocupado, quiso intentar regresar hacia el *Daphne* con sus propias fuerzas, y se percató de que, si apenas meneándose canino se acercaba algún palmo, en el momento mismo en que aflojaba para recuperar el resuello, el cabo volvía a tenderse, señal de que había vuelto hacia atrás.

Habíase aferrado a la cuerda, y la había tirado hacia sí, girando sobre sí mismo para envolverla en la cintura, de suerte que en poco tiempo había hecho retorno a la escalerilla. Una vez a bordo, decidió que intentar alcanzar la ribera a nado era peligroso. Tenía que construirse una balsa. Miraba aquella reserva de maderaje que era el *Daphne*, y daba en la cuenta de que no tenía nada con que arrebatarse ni siquiera el mínimo tronco, a menos que no pasara años y años segando un palo con el cuchillo.

¿Mas no había llegado hasta el *Daphne* atado a una tabla? Pues bien, se trataba de sacar de quicio una puerta y usarla como navecilla, empujándola acaso con las manos. Como martillo el pomo de la espada, introduciendo la hoja a modo de palanca, al final había conseguido arrancar de los goznes una de las puertas de la cámara de los oficiales. En la empresa, al final, la hoja habíase quebrado. Paciencia, no tenía que batirse ya contra seres humanos, sino contra la mar.

Mas si se hubiere echado a la mar encima de la puerta, ¿dónde habríale conducido la corriente? Arrastró la puerta hasta la amurada de babor y consiguió arrojarla al mar.

La puerta había flotado acidiosa, pero después de menos de un minuto estaba ya lejos del navío y era transportada primero hacia el lado izquierdo, más o menos en la dirección en la que él mismo había ido. A medida que se dirigía allende la proa, su velocidad había aumentado, hasta que en un cierto punto, a la altura del cabo septentrional de la bahía, había adoptado un movimiento acelerado hacia el norte.

Ahora corría como habría hecho el *Daphne* si hubiera levado el ancla. Roberto consiguió seguirla a simple ojo hasta que hubo rebasado el cabo, luego tuvo que tomar el antejo de larga vista, y la vio proceder aún, rapidísima, allende el promontorio durante un largo trecho. La tabla huía, por tanto, expedita, en el cauce de un ancho río que tenía diques y orillas en medio de un mar que estabase tranquilo a sus lados.

Consideró que, si el meridiano ciento y ochenta extendíase a lo largo de una línea ideal que, a mitad de la bahía, enlazaba los dos promontorios, y si aquel río doblaba el propio curso inmediatamente después de la bahía, orientándose hacia el norte, ¡entonces éste, más allá del promontorio, fluía exactamente por el meridiano antípoda!

Si él hubiere estado sobre aquella tabla, habría navegado a lo largo de aquella línea que separaba el hoy del ayer; o el ayer de su mañana...

En aquel momento, sin embargo, sus pensamientos eran otros. Si hubiere estado sobre la tabla no habría tenido modo de oponerse a la corriente, sino con algún movimiento de las manos. Era menester ya un gran esfuerzo para dirigir el propio cuerpo, imaginémonos una puerta sin proa, sin popa y sin gobernalle.

La noche de su llegada la tabla lo había dirigido bajo el bauprés sólo por efecto de algún viento o corriente secundaria. Para poder prever un nuevo acontecimiento de este tipo, habría tenido que estudiar atentamente los movimientos de las mareas, durante semanas y semanas, acaso meses, tirando al mar decenas y decenas de tablas; y luego quién sabe aún...

Imposible, por lo menos en el estado de sus conocimientos, hidrostáticos o hidrodinámicos que fueren. Mejor seguir fiando en la natación. Alcanza más fácilmente la ribera, desde el centro de una corriente, un perro que patalea que no un perro dentro de una cesta.

Tenía que continuar, pues, su aprendizaje. Y no habríale bastado aprender a nadar entre el *Daphne* y la ribera. También en la bahía, en diferentes momentos de la jornada, según el flujo y el reflujo, manifestábanse corrientes menores: y por tanto, en el momento en el que procedía confiadamente hacia oriente, un juego de agua habría podido arrastrarlo primero hacia occidente y luego derecho hacia el cabo septentrional. Así pues, habría tenido que adquirir la destreza de nadar también contra corriente. Amarra mediante, no habría debido renunciar a desafiar también las aguas a la izquierda del buque.

En los días siguientes, Roberto, manteniéndose en el lado de la escala, habíase acordado de que en la Griva no había visto nadar solamente perros, sino también ranas. Y como quiera que un cuerpo humano en el agua, con las piernas y los brazos extendidos, recuerda más la forma de una rana que la de un perro, habíase dicho que quizá se podía nadar como una rana. Se había ayudado incluso vocalmente. Gritaba «croa croa» y lanzaba hacia fuera los brazos y las piernas. Luego había dejado de graznar, porque estas emisiones bestiales tenían como efecto dar demasiada energía a su bote y hacerle abrir la boca, con las consecuencias que un nadador ducho habría podido prever.

Habíase convertido en una rana anciana y reposada, majestuosamente silenciosa. Cuando sentía los hombros cansados, por aquel movimiento continuo de las manos hacia fuera, volvía a tomarse *more canino*. Una vez, mirando los pájaros blancos que seguían vociferantes sus ejercicios, a veces llegando a pique a pocas brazas de él para

aferrar un pez (¡la Treta de la Gaviota!), había intentado incluso nadar como volaban ellos, con un amplio movimiento alar de los brazos; pero había dado cuenta de que es más difícil mantener cerradas la boca y la nariz que no un pico, y había renunciado a la empresa. Ya no sabía qué animal era, si perro o rana; quizá un sapejo peludo, un cuadrúpedo anfibio, un centauro de los mares, una viril sirena.

Y con todo eso, entre estos varios intentos, había reparado en que, bien o mal, un poco se movía: en efecto, había empezado su viaje a proa y ahora hallábase más allá de la mitad del costado. Pero cuando decidió invertir el camino y volver a la escala, advirtió que ya no tenía fuerzas, y tuvo que atraerse hacia atrás con el cabo.

Lo que le faltaba era la respiración apropiada. Conseguía ir pero no volver... Habíase convertido en nadador, aunque como aquel señor del que había oído hablar, que había hecho toda la peregrinación de Roma a Jerusalén, media milla al día, adelante y atrás en su jardín. No había sido jamás un atleta, y los meses en el *Amarilis*, siempre en su alojamiento, el desabrimiento del naufragio, la espera en el *Daphne* (salvo los pocos ejercicios impuestos por el padre Caspar), lo habían enflaquecido.

Roberto no demuestra saber que, nadando, se habría reforzado, y parece pensar más bien en fortalecerse para poder nadar. Vémosle, por tanto, engullir dos, tres, cuatro yemas de huevo de un golpe, y devorar una gallina entera antes de intentar un nuevo chapuz. Afortunadamente estaba el cabo. Apenas en el agua, había sido acometido por convulsiones tales que casi no conseguía volver a subir.

Ahí lo tenemos, de noche, meditando sobre esta nueva contradicción. Antes, cuando ni siquiera esperaba poderla alcanzar, la Isla parecía aún al alcance de la mano. Ahora que estaba aprendiendo el arte que lo habría conducido allá abajo, la Isla se alejaba.

Es más, como la veía no sólo lejana en el espacio, sino también (y hacia atrás) en el tiempo, a partir de este momento, cada vez que menciona esta lejanía, Roberto parece confundir espacio y tiempo y escribe «la bahía está, ay infelice, demasiado ayer», y «cuan difícil es llegar allá abajo que está tan pronto»; o también «cuánto mar me separa del día apenas transcurrido», o incluso «están aproximándose nimbos amenazadores de la Isla, mientras aquí ya está sereno...».

Pero si la Isla se alejaba siempre más, ¿valía todavía la pena aprender a alcanzarla? Roberto, en los días que siguen, abandona las pruebas de natación para volver a ponerse a buscar con el antejo de larga vista la Paloma Naranjada.

Ve papagayos entre las hojas, localiza unas frutas, sigue desde el alba al ocaso el avivarse y apagarse de colores diferentes en la espesura, pero no ve la Paloma. Empieza a pensar que el padre Caspar le ha mentado, o que ha sido víctima de alguna chanza suya. A momentos se convence de que tampoco el padre Caspar ha existido

jamás; y ya no encuentra indicios de su presencia en el navío. Deja de creer en la Paloma, y tampoco cree ya, ni siquiera, que en la Isla esté la Specola. Saca dello ocasión de consuelo pues, se dice, habría sido irreverente corromper con una máquina la pureza de aquel paraje. Y vuelve a pensar en una Isla hecha a su medida, es decir, a la medida de sus sueños.

Si la Isla se erguía en el pasado, era el lugar que él tenía que alcanzar a toda costa. En aquel tiempo fuera de los goznes, él tenía no que encontrar, sino inventar de nuevo, la condición del primer hombre. Demora no de una fuente de la eterna juventud, sino fuente ella misma, la Isla podía ser el lugar donde cualquier criatura humana, olvidando el propio saber emponzoñado, habría encontrado, como un niño abandonado en la selva, un nuevo lenguaje capaz de nacer de un nuevo contacto con las cosas. Y con él habría nacido la única y verdadera nueva ciencia, de la experiencia directa de la naturaleza, sin que filosofía alguna la adulterara (como si la Isla no fuera padre, que transmite al hijo las palabras de la ley, sino madre, que le enseña a balbucear los primeros nombres).

Sólo así un náufrago renacido habría podido descubrir los dictámenes que gobiernan el curso de los cuerpos celestes y el sentido de los acrósticos que éstos trazan en el cielo, no fantaseando entre *Almagestos* y *Cuadripartitos*, sino directamente leyendo el sobrevenir de los eclipses, el tránsito de los escudos argirocomos y las fases de los astros. Sólo por la nariz que sangra a causa de la caída de una fruta, habría aprendido verdaderamente de un golpe tanto las leyes que arrastran los graves a gravedad, como *de motu coráis et sanguinis in animalibus*. Sólo con observar la superficie de un estanque y meter una rama en su apacible cristal, una caña, una de aquellas largas y rígidas hojas de metal, el nuevo Narciso, sin ningún computador dióptrico y esciatérico, habría captado la alternante escaramuza de la luz y de la sombra. Y quizá habría podido entender por qué la tierra es un espejo opaco que pincela con tinta lo que refleja, el agua una pared que vuelve diáfanas las sombras que se imprimen en ella, mientras en el aire, las imágenes no encuentran jamás una superficie de la cual rebotar, y la penetran huyendo hasta los extremos límites del éter, salvo volver a veces en forma de ilusiones y otros prodigios.

¿Mas poseer la Isla no era poseer a Lilia? ¿Y entonces? La lógica de Roberto no era la de aquellos filósofos cultipicaños y bobicultos, intrusos en el atrio del Liceo, que quieren siempre que una cosa, si es de tal modo, no pueda ser también del modo opuesto. Por un error, quiero decir un errar de la imaginación propio de los amantes, él

sabía ya que la posesión de Lilia habría sido, al mismo tiempo, el veneno de toda revelación. Descubrir las leyes del universo a través de un anteojo le parecía solamente la forma más larga de alcanzar una verdad que habríasele revelado en la luz ensordecedora del placer si hubiera podido abandonar la cabeza en el regazo de la amada, en un Jardín en el que todos los arbustos fueran Árbol del Bien.

Pero, cual también nosotros deberíamos saber, ya que desear algo que está lejos evoca el espectro de alguien que nos lo substraiga, Roberto dio en temer que en las delicias de aquel Edén se hubiera introducido una Serpiente. Fue embargado por la idea de que en la Isla, usurpador más raudo, lo esperara Ferrante.

ORIGEN DE LAS NOVELAS

Los amantes aman más a sus males que a sus bienes. Roberto no podía pensarse sino separado para siempre de quien amaba pero, cuanto más se sentía dividido de ella, tanto más era presa de la tribulación de que algún otro no lo estuviera.

Hemos visto que, acusado por Mazarino de haber estado en un lugar donde no había estado, Roberto habíase metido en la cabeza que Ferrante estaba presente en París y había tomado en algunas ocasiones su lugar. Si aquello era verdad, Roberto había sido arrestado por el Cardenal y enviado a bordo del *Amarilis*, mas Ferrante había permanecido en París, y para todos (¡Ella incluida!) era Roberto. No quedaba, por tanto, sino pensar en Ella junto a Ferrante, y he aquí que ese purgatorio marino se transformaba en un infierno.

Roberto sabía que los celos se forman sin respeto alguno por lo que es, o lo que no es, o lo que acaso no sea jamás; que son un arrebató que de un mal imaginado saca un dolor real; que el celoso es como un hipocondríaco que se convierte en enfermo por miedo a estarlo. Cuidado, decíase, con dejarse arrebatar por esta necesidad dolorífica que te obliga a representarte a la Otra con Otro, y nada como la soledad estimula la duda, nada como el forjar quimeras transforma la duda en certidumbre. Y con todo eso, añadía, no pudiendo evitar amar no puedo evitar ponerme celoso y no pudiendo evitar ponerme celoso no puedo evitar forjarme quimeras.

En efecto, los celos son, entre todos los temores, el más ingrato: si tú temes a la muerte, sientes alivio del poder pensar que, por el contrario, gozarás de una larga vida, o que en el curso de un viaje encontrarás la fuente de la eterna juventud; y, si eres pobre, obtendrás consuelo del pensamiento de encontrar un tesoro; por cada cosa temida, hay una esperanza que nos espolea. No cuando se ama en ausencia de la amada: la ausencia es al amor como el viento al fuego, apaga el pequeño, hace inflamarse el grande.

Si los celos nacen del intenso amor, quien no experimenta celos por la amada no es amante, o ama con el corazón ligero, tanto que se sabe de amante los cuales, temiendo que su amor se sosiegue, lo alimentan encontrando a toda costa razón de celos.

Así pues, el celoso (que aun quiere o quisiera a la amada casta y fiel) no quiere ni puede pensarla sino como digna de celos, y por ende culpable de traición, avanzando entonces en el sufrimiento presente el placer del amor ausente. Y es que pensar en ti poseyendo a la amada lejana, bien sabiendo que no es verdad, no te puede hacer tan

vivo el pensamiento de ella, de su calor, de sus rubores, de su perfume, como el pensar que de esos mismos dones está, en cambio, gozando Otro: mientras de tu ausencia estás seguro, de la presencia de ese enemigo estás, si no cierto, por lo menos no necesariamente inseguro. El contacto amoroso, que el celoso imagina, es la única manera en la que pueda representarse con verisimilitud un enlace ajeno que, si no indudable, es a lo menos posible, mientras el propio es imposible.

El celoso no es capaz, ni tiene voluntad, de imaginarse lo opuesto de lo que teme, antes, no puede gozar sino magnificando el propio dolor, y sufrir del magnificado goce del que se sabe excluido. Los placeres de amor son unos males que se dejan desear, donde coinciden dulzura y martirio, y el amor es voluntaria insania, paraíso infernal e infierno celestial; en definitiva, concordia de anhelados contrarios, risa doliente y quebradizo diamante.

Así doliéndose, mas membrándose de aquella infinidad de los mundos sobre la que había discutido en los días anteriores, Roberto tuvo una idea, mejor, una Idea, un gran y anamórfico acto de Ingenio.

Pensó, es decir, que habría podido construir una historia, de la cual él no era, a buen seguro, protagonista, ya que no se desarrollaba en este mundo, sino en un País de las Novelas, y estos trabajos habríanse desarrollado paralelos a los del mundo en el que él estaba, sin que las dos series de aventuras pudieran jamás encontrarse y sobreponerse.

¿Qué ganaba Roberto? Mucho. Decidiendo inventar la historia de otro mundo, que existía sólo en su pensamiento, de ese mundo se convertía en dueño, pudiendo hacer de suerte que las cosas que en él acaecían no fueran allende sus capacidades de aguante. Por otra parte, convirtiéndose en lector de la novela de la que era autor, podía participar de las congojas de los personajes: ¿no les acontece a lectores de novelas que pueden, sin celos, amar a Tisbe, usando a Píramo como su vicario, y padecer por Astrea a través de Celadón?

Amar en el País de las Novelas no significaba experimentar celos algunos: allá abajo lo que no es nuestro es en algún sentido también nuestro, y lo que en el mundo era nuestro, y nos fue arrebatado, allí no existe; aunque lo que existe se parece a lo que, existente, no tenemos o hemos perdido...

Y entonces, Roberto habría debido escribir (o pensar) la novela de Ferrante y de sus amoríos con Lilia, y sólo edificando aquel mundo novelesco habría olvidado la comezón que le producían los celos en el mundo real.

Además, razonaba Roberto, para entender qué hame acontecido y cómo he caído en la celada tendídame por Mazarino, yo habría de reconstruir la Historia de aquellos

acontecimientos, encontrando sus causas y sus secretos motivos. ¿Mas existe nada más incierto que las Historias que nosotros leemos, donde si dos autores nos cuentan acerca de la misma batalla, tales son las incongruencias en que se repara, que casi pensamos que se trata de dos batallas diferentes? ¿Y existe nada, en cambio, más cierto que la Novela, donde al final cada Enigma encuentra su explicación según las leyes de lo Verisímil? La Novela cuenta cosas que quizá no han acaecido en verdad, mas habrían podido acaecer perfectamente. Explicar mis desventuras en forma de Novela, significa cerciorarme de que existe, de ese revoltillo, por lo menos una manera de devanar el enredo, y por tanto, no soy víctima de una pesadilla. Idea ésta, insidiosamente antitética a la primera, pues de tal forma aquella historia novelesca habría debido sobreponerse a su historia verdadera.

Y en suma, seguía argumentando Roberto, el mío es un caso de amor por una mujer: ahora bien, sólo la Novela, desde luego no la Historia, se ocupa de cuestiones de Amor, y sólo la Novela (jamás la Historia) se preocupa de explicar qué piensan y sienten esas hijas de Eva que, desde los días del Paraíso Terrestre hasta el Infierno de las Cortes de nuestros tiempos, bien han influido sobre los acontecimientos de nuestra especie.

Todos ellos argumentos razonables, cada uno por su cuenta, no tomados todos juntos. En efecto, hay una diferencia entre quien actúa escribiendo una novela y quien padece los celos. Un celoso goza configurándose lo que no quisiera que hubiere sucedido, pero al mismo tiempo se niega a creer que sucede realmente. Un novelista recurre a cualquier artificio con tal de que el lector no sólo goce imaginándose lo que no ha sucedido, sino también que, a un cierto punto, olvide que está leyendo y crea que todo ha sucedido realmente. Ya es causa de penas intensísimas para un celoso leer una novela escrita por otros, que cualquier cosa que éstos digan, le parece que se refiere a su asunto. Imaginémonos a un celoso que ese asunto suyo finge inventar. ¿No se dice del celoso que da cuerpo a las sombras? Y por tanto, por umbrátiles que sean las criaturas de una novela, dado que la Novela es hermana carnal de la Historia, esas sombras resultan demasiado corpulentas para el celoso, y aún más si, en vez de ser las sombras de otro, son las propias.

Por otra parte, el que, a pesar de sus virtudes, las Novelas tengan sus defectos, Roberto habría debido de saberlo. Así como la medicina enseña también los venenos, la metafísica turba con inoportunas sutilezas los dogmas de la religión, la ética recomienda la magnificencia (que no beneficia a todos), la astrología patrocina la superstición, la óptica engaña, la música fomenta los amores, la geometría estimula el injusto dominio, las matemáticas la avaricia; así el Arte de la Novela, aun

advirtiéndonos de que nos suministra ficciones, abre una puerta en el Palacio de la Absurdidad, que franqueada por ligereza, se cierra a nuestras espaldas.

Pero no está en nuestro poder refrenar a Roberto de que dé este paso, pues que sabemos con seguridad que lo dio.

EL ALMA DE FERRANTE

¿Dónde volver a tomar la historia de Ferrante? Roberto consideró oportuno partir de aquel día en el que éste, traicionados los franceses con los que fingía combatir en Casal, después de haberse hecho pasar por el capitán Gambero, habíase refugiado en los reales españoles.

Quizá, acogiéndole con entusiasmo, había habido algún gran señor que habíale prometido, al final de aquella guerra, llevarlo consigo a Madrid. Y allí había empezado el ascenso de Ferrante a las márgenes de la corte española, donde había aprendido que virtud de los soberanos es su arbitrio, el Poder es un monstruo insaciable, y era menester servirle como un esclavo devoto, para poder aprovechar de cualquier miga que cayera de aquella mesa, y obtener ocasión de una lenta y áspera ascensión; primero como bravo, matón y confidente, luego fingiéndose gentilhombre.

Ferrante no podía ser sino de inteligencia vivaz, aun cuando obligada al mal, y en aquel ambiente había aprendido enseguida cómo portarse; había escuchado (o adivinado) aquellos principios de sabiduría cortesana con los que el Señor de Salazar había intentado catequizar a Roberto.

Había cultivado la propia mediocridad (la humildad de la propia bastarda cuna), no temiendo ser eminente en lo mediano, para evitar un día ser mediano en lo eminente.

Había entendido que, cuando no es posible vestirse con la piel del león, es menester hacerlo con la de la zorra, ya que del Diluvio se han salvado más zorras que leones. Cada criatura tiene su propia sabiduría, y de la zorra había aprendido que jugar en descubierto no procura ni provecho ni placer.

Si se le invitaba a que difundiera una calumnia entre la servidumbre, de suerte que poco a poco llegara al oído de su señor, y él sabía gozar de los favores de una camarera, apresurábase a decir que lo habría intentado en la taberna, con el cochero; o, si el cochero le era compañero de vicio en la taberna, afirmaba con una sonrisa de inteligencia que sabía bien cómo hacerse escuchar por una cierta doncella. No sabiendo cómo actuaba y cómo habría actuado, su señor de alguna manera perdía un punto con respecto a él, y él sabía que quien no descubre inmediatamente las propias cartas deja a los demás en suspenso; circúndase uno de misterio, y ese mismo arcano provoca el respeto ajeno.

Al eliminar a sus propios enemigos, que al principio eran pajes y palafreneros, luego gentileshombres que lo creían par suyo, había establecido que había que mirar de

soslayo, jamás de frente: la sagacia se bate con bien estudiados subterfugios y no actúa nunca de la forma prevista. Si aludía a un movimiento era sólo para conducir al engaño, si amagaba al aire con destreza, obraba luego en la impensada realidad, atento siempre a desmentir la intención mostrada. No atacaba jamás cuando el adversario estaba en plenitud de fuerzas (ostentándole, más bien, amistad y respeto), sino sólo en el momento en que mostrábase indefenso, y entonces lo conducía al precipicio con el aire de quien corría en su auxilio.

Mentía a menudo, pero no sin criterio. Sabía que para ser creído tenía que mostrar a todos que a veces decía la verdad cuando le perjudicaba, y la callaba cuando habría podido sacar motivo de elogio. Por otra parte, intentaba criar fama de hombre sincero con los inferiores, de suerte que la voz llegara a los oídos de los poderosos. Habíase convencido de que simular con los iguales era defecto, pero no simular con los mayores es temeridad.

Y con eso, no obraba ni siquiera con demasiada franqueza, y de todas maneras no siempre, temiendo que los demás habrían dado en la cuenta de esta uniformidad suya y habrían prevenido un día sus acciones. Tampoco exageraba al actuar con doblez, temiendo que después, la segunda vez, habrían descubierto su engaño.

Para convertirse en sabio ejercitábase en soportar a los necios, de los que se circundaba. No era tan desprevenido para endosarles todos sus errores, pero cuando la posta era alta, intentaba que hubiera siempre a su lado una cabeza de turco (llevado por la propia gran ambición a mostrarse siempre en primera fila, mientras él mantenía en el fondo) al cual no él, sino los demás habrían atribuido más tarde el malhecho.

En fin, mostraba hacer él todo lo que podía redundar en su ventaja, pero hacía hacer por mano ajena lo que habría podido atraerle el rencor.

En el mostrar las propias virtudes (que mejor deberíamos llamar condenadas habilidades) sabía que una mitad en alarde y otra entrevista más es que un todo abiertamente declarado. A veces hacía consistir la ostentación en una elocuencia muda, en un mostrar las eminencias al descuido, y tenía la habilidad de no descubrirse jamás de una vez.

A medida que iba ascendiendo en el propio estado y se comparaba con gente de condición superior, era habilísimo en mimar los gestos y el lenguaje, pero hacía sólo con personas de condición inferior a las que tenía que fascinar para algún fin ilícito; con sus mayores cuidábase de aparentar no saber, y de admirar en ellos lo que ya sabía.

Cumplía todas las misiones desvergonzadas que sus mandantes le confiaban, pero sólo si el daño que hacía no era de proporciones tales que éstos hubieran podido

probar repugnancia; si le pedían delitos de aquella magnitud, negábase; en primer lugar, para que no pensaran que un día habría sido capaz de lo mismo contra ellos, y segundo (si la nequicia gritaba venganza ante Dios), para no convertirse en el indeseado testigo de su remordimiento.

En público daba evidentes manifestaciones de piedad, pero tenía por dignas sólo la fe rota, la virtud conculcada, el amor de sí mismo, la ingratitud, el desprecio de las cosas sagradas; blasfemaba contra Dios en su corazón y creía en el mundo nacido por azar, fiando, sin embargo, en un destino dispuesto a doblegar su mismo curso en favor de quien supiera moldearlo en su propio provecho.

Para alegrar sus raros momentos de tregua, tenía comercio sólo con las casadas prostitutas, las viudas incontinentes, las muchachas desvergonzadas. Pero con mucha moderación pues, en su maquinario, Ferrante a veces renunciaba a un bien inmediato con tal de sentirse arrastrado a otra maquinación, como si su maldad no le concediera jamás descanso.

Vivía, en suma, día a día como un asesino que acechara quieto detrás de un cortinaje, donde las hojas de los puñales no emanan luz. Sabía que la primera regla del éxito era esperar la ocasión, pero sufría porque la ocasión le parecía aún lejana.

Esta lóbrega y obstinada ambición lo privaba de toda paz del ánimo. Considerando que Roberto había usurpado el puesto al que tenía derecho, todos los premios lo dejaban insatisfecho, y la única forma que el bien y la felicidad podían adoptar a los ojos del ánimo suyo era la desgracia del hermano, el día en el que hubiere podido convertirse en su autor. Por lo demás, agitaba en su cabeza gigantes de humo en mutua batalla, y no tenía mar, o tierra, o cielo donde encontrar amparo y sosiego. Todo lo que tenía ofendía, todo lo que quería érale razón de tormento.

No reía jamás, a menos que no estuviera en la taberna para hacer que un ignaro confidente suyo se emborrachara. Pero en el secreto de su aposento controlábase cada día en el espejo, para ver si el modo en que se movía podía revelar su ansia, si el ojo se presentaba demasiado insolente, si la cabeza más inclinada de lo debido no manifestara vacilación, si las arrugas demasiado profundas de su frente no lo hicieran parecer encruelecido.

Cuando interrumpía estos ejercicios, y abandonando sus máscaras, de madrugada, cansado, veíase como realmente era; ah, entonces Roberto no podía sino murmurarse algunos versos leídos algunos años antes:

*Angélica materia me asegura,
que eterna viva mi infernal belleza.
¿Qué importa que me arroje de su altura*

*si mi soberbia sube hasta su asiento,
y aun el espacio imaginario apura?
Mas ¡ay de mí!, que ya mi agravio siento,
que a lanzadas de envidia me maltrata
fiero penar y desigual tormento.*

Como nadie es perfecto, ni siquiera en el mal, y no era totalmente capaz de dominar el exceso de la propia malignidad, Ferrante no había podido evitar dar un paso falso. Encargado por su señor de que le organizara el rapto de una casta doncella de altísima cuna, ya destinada al matrimonio con un virtuoso gentilhomme, había empezado a escribirle cartas de amor, firmándolas con el nombre de su instigador. Luego, mientras ella se retraía, había penetrado en su alcoba y, haciéndola presa de una violenta seducción, había abusado della. De un golpe habíala engañado a ella, y al prometido, y a quien habíale comandado el rapto.

Denunciado el delito, fue inculcado dello su amo, que murió en duelo con el esposo traicionado, pero ya Ferrante había tomado el camino de Francia.

En un momento de buen humor, Roberto hizo aventurarse a Ferrante, en una noche de enero, a través de los Pirineos, a caballo de una muía robada, que debía haberse votado a la orden de las terciarias reformadas, en cuanto mostraba el pelo frailuno, y era tan cuerda, sobria, abstinentes y de buena vida, que además de la maceración de la carne, que se conocía perfectamente por la osamenta de las costillas, a cada paso besaba la tierra de hinojos.

Las simas del monte parecían cargadas de leche cuajada, todas ellas revocadas con albayalde. Aquellos pocos árboles que no estaban completamente enterrados bajo la nieve veíanse tan blancos que parecían haberse despojado de la camisa y temblaban más por el frío que por el viento. El sol estaba dentro de su palacio y no osaba ni siquiera asomarse al balcón. Y si acaso mostraba un poco el rostro, poníase alrededor de la nariz un perico de nubes.

Los contados pasajeros que encontrábanse en aquel camino parecían sendos cartujos que iban cantando *lavabis me et super nivem dealbabor...* Y Ferrante mismo, viéndose tan puramente blanco, sentíase ya miembro enharinado de esa Academia que en sus tierras llamaban del Salvado, y dio en pensar en lemas de limpieza y esplendor que podrían acompañar a alguna Academia del país que abandonaba.

Una noche, del cielo llegaban tan espesos y gruesos los copos del algodón que, así como otros se convirtieron en estatuas de sal, él dudaba haberse convertido en estatua de nieve. Los mochuelos, los murceguillos, las caballetas, las mariposillas y las lechuzas hacíanle moriscas en torno como si lo quisieran pajarear. Y acabó por dar con

la nariz contra los pies de un ahorcado que, bamboleándose de un árbol, hacía de sí mismo grutescos en campo pardo.

Pero Ferrante (aunque una Novela tenga que adornarse de descripciones amenas) no podía ser un personaje de comedia. Debía tender a la meta, imaginando a propia medida la París a la que estaba aproximándose.

Por lo cual anhelaba:

—¡Oh París, golfo desmedido en el que las ballenas se empequeñecen como delfines, país de las sirenas, emporio de las pompas, jardín de las satisfacciones, meandro de las intrigas, Nilo de los cortesanos y Océano de la simulación!

Y aquí Roberto, queriendo inventar un gesto que ningún autor de novelas hubiere excogitado aún, para reproducir los sentimientos de aquel cudicioso que se aprestaba a conquistar la ciudad donde compéndice Europa por la civilización, Asia por la copia, África por la extravagancia y América por la riqueza, donde la novedad tiene la esfera, el engaño el gobierno, el lujo el centro, el valor la arena, la belleza el hemisferio, la moda la cuna y la virtud la tumba, puso en boca de Ferrante un lema arrogante: «París, ¡nos veremos!».

Desde Gascuña hasta el Poitou, y desde allí hasta la Isla de Francia, Ferrante tuvo modo de urdir algunas picardías que le permitieron transferir una pequeña riqueza de las faltriqueras de algunos mastuerzos a las propias, y llegar a la capital en los paños de un joven señor, reservado y amable, el señor del Pozzo. No habiendo llegado allí abajo noticia alguna de sus vilezas en Madrid, tomó contactos con algunos españoles cercanos a la Reina, que inmediatamente apreciaron sus capacidades de prestar servicios reservados, para una soberana que, aun fiel a su esposo y aparentemente respetuosa del Cardenal, mantenía relaciones con la corte enemiga.

Su fama de fidelísimo ejecutor llegó a los oídos de Richelieu, el cual, profundo conocedor del alma humana, había considerado que un hombre sin escrúpulos que servía a la Reina, notoriamente con poco dinero, ante una recompensa más rica podía servirle a él, y dio en usar del de manera tan secreta que ni siquiera sus colaboradores más íntimos conocían la existencia de aquel joven agente.

Aparte del largo ejercicio hecho en Madrid, Ferrante tenía la dote rara de aprender fácilmente las lenguas y de imitar los acentos. No era costumbre suya jactarse de sus propias prendas, pero un día en que Richelieu había recibido en su presencia a una espía inglesa, había demostrado saber conversar con aquel traidor. Por lo cual, Richelieu, en uno de los momentos más difíciles de las relaciones entre Francia e Inglaterra, habíalo enviado a Londres, donde habría debido fingirse un mercader maltes, y tomar informaciones sobre los movimientos de los navíos en los puertos.

Agora Ferrante había coronado una parte de su sueño: era una espía, ya no a sueldo de un señor cualquiera, sino de un Leviatán bíblico, que alargaba sus brazos por doquier.

Una espía (escandalizábase aterrado Roberto), la peste más contaminosa de las cortes, Arpía que se posa en las mesas reales con cara afeitada y garras uñas, volando con alas de murciélago y escuchando con oídos provistos de un gran tímpano, vespertilio que ve sólo en las tinieblas, víbora entre las rosas, escarabajo sobre las flores que convierte en ponzoña la savia que liba dulcísima, araña de las antesalas que teje los hilos de sus menguados discursos para capturar todas las moscas que vuelan, papagayo de rostro adusto que todo lo que oye refiere, transformando lo verdadero en falso y lo falso en verdadero, camaleón que recibe todos los colores y de todos se viste menos del que en verdad se engalana. Todas ellas cualidades de las que cada uno experimentaría vergüenza, excepto, precisamente, quien por decreto divino (o diabólico) haya nacido al servicio del mal.

Pero Ferrante no se conformaba con ser espía, y con tener en su poder a aquellos cuyos pensamientos refería, sino que quería ser, como se decía en aquella época, una espía doble que, como el monstruo de la leyenda, fuera capaz de caminar por dos movimientos contrarios. Si la lid en la que chocan los Poderes puede ser dédalo de intrigas, ¿cuál será el Minotauro en el que se realice el injerto de dos naturalezas desemejantes? La espía doble. Si el campo donde se juega la batalla entre las Cortes puede decirse un Infierno en el que corre, en el cauce de la Ingratitud, con rápida crecida el Flegetón del olvido, donde bulle el agua turbia de las pasiones, ¿cuál será el Cerbero de tres gargantas que ladra después de haber descubierto y olisqueado a quien entra para que sea desgarrado? La espía doble...

Recién llegado a Inglaterra, mientras espiaba para Richelieu, Ferrante había decidido enriquecerse prestando algún que otro servicio a los ingleses. Arrancando informaciones a los siervos y a los pequeños funcionarios ante grandes jarras de cerveza, en parajes humosos de grasa de carnero, habíase presentado en los ambientes eclesiásticos diciendo ser un sacerdote español que había decidido abandonar la Iglesia Romana, cuyas inmundicias ya no soportaba.

Miel para los oídos de aquellos antipapistas que buscaban todas las ocasiones para poder documentar las ruindades del clero católico. Y no hacía falta ni siquiera que Ferrante confesara lo que no sabía. Los ingleses tenían ya entre manos la confesión anónima, presunta, o verdadera, de otro cura. Ferrante, entonces, habíase convertido en fiador de aquel documento, firmando con el nombre de un ayudante del obispo de Madrid, que una vez habíale tratado con altanería y del cual había jurado vengarse.

Mientras recibía de los ingleses el encargo de volver a España para recoger otras declaraciones de sacerdotes dispuestos a calumniar el Sagrado Solio, en una taberna del puerto había dado con un viajero genovés, con el cual entraba en familiaridad, para descubrir en breve que el tal era, en realidad, Mahmut, un renegado que en Oriente había abrazado la fe de los Moros pero que, disfrazado de mercader portugués, estaba recogiendo noticias sobre la marina inglesa, mientras otras espías al sueldo de la Sublime Puerta estaban haciendo lo mismo en Francia.

Ferrante había revelado que había trabajado para agentes turcos en Italia, y que había abrazado su misma religión, adoptando el nombre de Dgennet Oglou. Había vendido inmediatamente las noticias sobre los movimientos en los puertos ingleses, y había recibido una recompensa por llevar un mensaje a sus hermanos en Francia. Mientras los eclesiásticos ingleses lo creían ya salido en dirección de España, no había querido renunciar a obtener otra ganancia de su estancia en Inglaterra y, habiendo tomado contacto con hombres del Almirantazgo, había calificado como un veneciano, Gracentola (nombre que había inventado acordándose del capitán Gambero), que había llevado a cabo encomiendas secretas para el Consejo de aquella República, en particular sobre los designios de la marina mercantil francesa. Ahora, perseguido por una proscripción a causa de un duelo, tenía que encontrar refugio en un país amigo. Para demostrar su buena fe, estaba en condiciones de informar a sus nuevos amos de que Francia había hecho tomar informaciones en los puertos ingleses a través de Mahmut, una espía turca, que vivía en Londres fingiéndose portugués.

En posesión de Mahmut, arrestado inmediatamente, habían sido encontrados apuntes sobre los puertos ingleses, y Ferrante, es decir Gracentola, había sido considerado persona digna de fe. Bajo promesa de una acogida final en Albión, y con el viático de una primera buena suma, había sido enviado a Francia para que se uniera a otros agentes ingleses.

Llegado a París había pasado inmediatamente a Richelieu las informaciones que los ingleses habían sustraído a Mahmut. Luego había hallado a los amigos cuya dirección había dado el renegado genovés, presentándose como Carlos de la Bresche, un ex fraile pasado al servicio de los infieles, que acababa de urdir en Londres una conspiración para arrojar el descrédito sobre toda la progenie de los cristianos. Aquellos agentes habíanle dado crédito, pues que habían sabido ya de un librillo en el que la Iglesia Anglicana hacía públicas las fechorías de un cura español. Tanto que en Madrid, habiéndose recibido la noticia, habían arrestado al prelado al que Roberto atribuyera la traición, y ahora aquele estaba esperando la muerte en los calabozos de la Inquisición.

Ferrante se hacía confiar por los agentes turcos las noticias que habían recogido sobre Francia, y las mandaba a vuelta de correo al almirantazgo inglés, recibiendo nueva recompensa. Entonces había regresado a Richelieu y habíale revelado la existencia, en París, de una cábala turca. Richelieu había admirado una vez más la habilidad y la fidelidad de Ferrante. Tanto que lo había invitado a desempeñar un trabajo aún más arduo.

Desde había tiempo preocupábase el cardenal por lo que acaecía en el salón de la marquesa de Rambouillet, y atenazábale la sospecha de que entre aquellos espíritus libres murmurárase contra él. Había cometido un error, enviando a la Rambouillet a un cortesano de su confianza, el cual estultamente había pedido noticias de eventuales maledicciones. Arthénice había contestado que sus huéspedes conocían tan bien su consideración por Su Eminencia que, aun cuando hubieren pensado mal del, no habrían osado jamás, en su presencia, decir sino el máximo bien.

Richelieu proyectaba agora hacer aparecer en París a un extranjero, que pudiese ser admitido en aquellos consistorios. Brevemente, Roberto no tenía ganas de inventarse todos los embaucamientos a través de los cuales Ferrante habría podido introducirse en el salón, pero encontraba conveniente hacerlo llegar, ya rico de alguna recomendación, y bajo disfraz: una peluca y una barba blanca, un rostro envejecido con pomadas y afeites, y un parche negro en el ojo izquierdo, ahí estaba el Abate de Morfi.

Roberto no podía pensar que Ferrante, en todo y por todo parecido a él, estuviera a su lado en aquellas veladas ya lejanas, pero recordaba haber visto a un abate anciano con un parche negro en el ojo, y decidió que aquél había de ser Ferrante.

El cual, pues, precisamente en aquel ambiente, y a cabo de diez y pico años, ¡había vuelto a encontrar a Roberto! No puede expresarse el gozoso livor con el que aquel deshonesto volvía a ver al odiado hermano. Con el rostro que habría parecido transfigurado y trastornado por la malevolencia, si no lo hubiera escondido bajo el camuflaje, habíase dicho que se presentaba por fin la ocasión de aniquilar a Roberto, y de apoderarse de su nombre y de sus riquezas.

En primer lugar, lo había espiado, durante semanas y semanas, en el curso de aquellas veladas, escrutando su semblante para captar los indicios de todos sus pensamientos. Acostumbrado como estaba a ocultar, era habilísimo también en descubrir. Por otra parte, el amor no se puede esconder: como todos los fuegos, se delata con el humo. Siguiendo las miradas de Roberto, Ferrante había entendido inmediatamente que él amaba a la Señora. Habíase dicho, por tanto, que, en primer lugar, habría debido arrebatarse a Roberto lo que él tenía por más querido.

Ferrante había dado en la cuenta de que Roberto, después de haber atraído la atención de la Señora con su discurso, no había tenido ánimo de acercarse. El embarazo del hermano jugaba a su favor: la Señora podía entenderlo como desinterés, y despreciar algo es el mejor expediente para conquistarlo. Roberto le estaba abriendo el camino a Ferrante. Ferrante había dejado que la Señora se consumiera en una dudosa espera, luego, calculado el momento propicio, habíase preparado para halagarla.

¿Mas podía Roberto permitirle a Ferrante un amor igual al propio? Desde luego que no. Ferrante consideraba a la mujer retrato de la inconstancia, ministra de los fraudes, voluble en la lengua, tarda en los pasos y pronta en el antojo. Educado por umbráticos ascetas que le recordaban a cada instante que el hombre es el fuego, la mujer la estopa, viene el diablo y sopla, habíase acostumbrado a considerar a todas las hijas de Eva como animal imperfecto, error de naturaleza, tortura para los ojos si fea, afán del corazón si bellísima, tirana de quien la amare, enemiga de quien la despreciare, desordenada en los deseos, implacable en los desdeños, capaz de encantar con la boca y encadenar con los ojos.

Mas precisamente este desprecio empujábale a la burla: del labio le salían palabras de adulación, cuando en el corazón celebraba el envilecimiento de su víctima.

Se preparaba Ferrante para poner las manos sobre ese cuerpo que él (Roberto) no había osado halagar con el pensamiento. Aquese, aquese odiador de todo lo que para Roberto era objeto de religión, ¿habríase dispuesto, agora, a abstraerle a su Lilia para hacer della la insípida enamorada de su comedia? Qué escarnio. Y qué penoso deber, seguir la insana lógica de las Novelas, que impone participar de los afectos más odiosos, cuando se debe concebir como hijo de la propia imaginación al más odioso entre los protagonistas.

Pero no podía hacerse otra cosa. Ferrante habría tenido a Lilia; y si no ¿por qué crear una ficción, sino para morir por ella?

Cómo y qué había sucedido, Roberto no conseguía figurarse (porque no había logrado intentarlo jamás). Quizá Ferrante había penetrado de madrugada en el aposento de Lilia, evidentemente aferrándose a una hiedra (cuyo brazo es tenaz, invitación nocturna a todo corazón amante), que trepaba hasta su alcoba.

Ahí está Lilia, mostrando las señales de la virtud ultrajada, a tal punto que cualquiera habría prestado fe a su indignación, menos un hombre como Ferrante, dispuesto a juzgar a los seres humanos todos dispuestos al engaño. He ahí a Ferrante cayendo de rodillas ante ella, y hablando. ¿Qué dice? Dice, con falsa voz, todo lo que Roberto no sólo habría querido decirle, sino lo que le ha dicho, sin que ella supiera

quién se lo decía.

¿Cómo puede habérselas ingeniado el bandido, preguntábase Roberto, para conocer el tenor de las cartas que habíale enviado? Y no sólo, ¡también el de las que Saint-Savin me había dictado en Casal, y que bien había destruido! ¡E incluso las que estoy escribiendo agora en este navío! Y sin embargo, no hay duda, Ferrante agora declama con acento sincero frases que Roberto conocía hartó bien:

—Señora: en la admirable arquitectura del Universo estaba ya escrito desde el primer día de la Creación que yo os habría encontrado y amado... Perdonad el furor de un desesperado, o mejor, no os deis pena: no hase oído jamás que los soberanos hubieren de rendir cuentas de la muerte de sus esclavos... ¿No habéis hecho vos dos alquitaras de mis ojos para destilarme la vida y convertirla en agua clara? Os lo ruego, no volváis la bella cabeza: privado de vuestra mirada soy ciego pues no me veis, despojado de vuestra palabra soy mudo pues no me habláis, y desmemoriado seré si no me rememoráis... ¡Oh, que de mí haga por lo menos amor fragmento insensible, mandrágora, manantial de piedra que lave llorando toda congoja!

La Señora agora sin duda temblaba, en sus ojos abrasaba todo el amor que antes había escondido, y con la fuerza de un prisionero al que alguien rompe los barrotes del Recato, y ofrece la escala de seda de la Oportunidad. No quedaba sino hostigarla aún, y Ferrante no se limitaba a decir lo que Roberto había escrito, sino que conocía otras palabras que agora vertía en los oídos della hechizada, hechizando también a Roberto, que no recordaba haberlas escrito aún.

—¡Oh pálido sol mío, ante vuestros dulces palores pierde el alba encarnada todo su fuego! Oh dulces ojos, de vosotros no pido sino ser enfermado. Y de nada me sirve huir por campos o selvas para olvidaros. No yace selva en tierra, no surge planta en selva, no crece rama en planta, no despunta fronda en rama, no ríe flor en fronda, no nace fruta en flor en la que yo no vea vuestra sonrisa...

Y ante su primer rubor:

—Oh, Lilia, ¡si vos supierais! Os he amado sin conocer vuestro rostro y vuestro nombre. Os buscaba y no sabía dónde estabais. Mas un día habéisme tocado como un ángel... Oh, lo sé, os preguntaréis cómo es posible que este amor mío no permanezca purísimo de silencio, casto de lejanía... ¡Mas yo muero, oh corazón mío, ya lo veis, el alma ya me abandona, no dejéis que el aire la lleve, permitidle que haga morada en vuestra boca!

Los acentos de Ferrante eran tan sinceros que el mismo Roberto quería agora que ella cayera en aquella dulce lisonja. Sólo así él habría tenido la certidumbre de que le amaba.

Así Lilia se inclinó para besarlo, luego no osó, queriendo y desqueriendo tres veces aproximó los labios al aliento deseado, tres veces se retrajo, luego gritó:

—¡Oh sí, sí, si no me encadenáis jamás seré libre, no seré casta si vos no me violáis!

Y, tomada su mano después de habérsela besado, habíasela puesto en el seno; luego lo había atraído hacia sí, robándole tiernamente la respiración sobre los labios. Ferrante habíase plegado sobre aquel vaso de regocijos (al que Roberto había confiado las cenizas de su corazón) y los dos cuerpos habíanse fundido en un alma, las dos almas sólo en un cuerpo. Roberto no sabía ya quién estaba entre aquellos brazos, visto que ella creía estar entre los suyos, y al ofrecerle la boca de Ferrante intentaba alejar la propia, para no conceder al otro aquel beso.

Así, mientras Ferrante besaba y ella volvía a besar y besar, he aquí que el beso se disolvía en nada, y a Roberto no le quedaba sino la certidumbre de haber sido defraudado de todo. Mas no podía evitar pensar en lo que renunciaba a imaginar: sabía que está en la naturaleza del amor estar en el exceso.

Por aquel exceso ofendido, olvidando que ella estaba dando a Ferrante, creyéndolo Roberto, la prueba que Roberto tanto había deseado, odiaba a Lilia, y recorriendo la nave aullaba:

—¡Oh miserable, que ofendería a todo tu sexo si te llamara mujer! ¡Lo que has hecho es más propio de furia que de hembra, e incluso el título de fiera sería demasiado honroso para bestia tal del infierno! ¡Tú eres peor que el áspid que envenenó a Cleopatra, peor que la cerastes que seduce con sus engaños a los pájaros para luego sacrificarlos a su hambre, peor que la anfisbena que a quienquiera que aferra le vierte tanto veneno que en un instante muere, peor que el leps que armado de cuatro dientes venenosos corrompe la carne que muerde, peor que el jáculo que se lanza desde los árboles y estrangula a su víctima, peor que la culebra que vomita el veneno en las fuentes, peor que el basilisco, que mata con la mirada! ¡Megeria infernal, que no conoces ni Cielo, ni tierra, ni sexo, ni fe, monstruo nacido de una roca, de un peñasco, de una encina!

Luego se detenía, daba en la cuenta, otra vez, de que ella se estaba dando a Ferrante creyéndolo Roberto, y que, por tanto, no condenada, sino salvada tenía que ser de aquella celada:

—¡Atenta, amor mío amado, ése se te presenta con mi rostro, sabiendo que a otro no habrías podido amar que no fuere a mí mismo! ¿Qué habré de hacer agora, sino odiarme a mí mismo para poder odiarle a él? ¿Puedo yo permitir que tú seas traicionada, gozando de su abrazo creyéndolo el mío? Yo, que ya estaba aceptando

vivir en esta cárcel para tener los días y las noches consagrados a tu pensamiento, ¿podré ahora permitir que tú creas hechizarme haciéndote súcuba de su sortilegio? Oh Amor, Amor, Amor, ¿no me has castigado ya bastante, no es éste un morir sin morir?

DE LA ENFERMEDAD DE AMOR O MELANCOLÍA ERÓTICA

Durante dos días Roberto rehuyó de nuevo la luz. En sus sueños veía solamente muertos. Se le habían irritado las encías y la boca. Desde las vísceras los dolores habíanse propagado al pecho, luego a la espalda, y vomitaba substancias ácidas, aunque no hubiera tomado comida. La atrabilis, mordiendo y mellando todo el cuerpo, fermentaba en ampollas semejantes a las que el agua expulsa cuando es sometida a calor intenso.

Había caído víctima, a buen seguro (y es para no creérselo que hubiere dado en la cuenta sólo entonces), de aquella que todos llamaban la Melancolía Erótica. ¿No había sabido explicar aquella velada en el salón de Arthénice que la imagen de la persona amada suscita el amor insinuándose como simulacro a través del conducto de los ojos, porteros y espías del alma? Pero después, la impresión amorosa se deja deslizar lentamente por las venas y alcanza el hígado, suscitando la concupiscencia, que mueve todo el cuerpo a sedición; y va derecha a conquistar la ciudadela del corazón, donde ataca a las más nobles potencias del cerebro y las convierte en esclavas.

Como si dijéramos que saca a sus víctimas casi fuera de juicio, los sentidos se extravían, el intelecto se enturbia, la imaginativa resulta depravada, y el pobre amante pierde carnes, se seca, los ojos se le hunden, suspira, y se destempla de celos.

¿Cómo curarse? Roberto creía conocer el remedio de los remedios, que en cualquier caso le era negado: poseer a la persona amada. No sabía que esto no basta, pues que los melancólicos no se convierten en tales por amor, sino que se enamoran para dar voz a su melancolía, prefiriendo los lugares silvestres para tener espíritu con la amada ausente y pensar sólo cómo llegar a su presencia; pero en cuanto llegan, acongójanse aún más, y quisieren tender a otro fin todavía.

Roberto intentaba recordar lo que les había oído a hombres de ciencia que habían estudiado la Melancolía Erótica. Parecía causada por el ocio, por el dormir sobre la espalda y por una excesiva retención del semen. Y él desde hacía demasiados días estaba forzosamente en ocio, y, en cuanto a la retención del semen, evitaba buscar las causas o proyectar sus remedios.

Había oído hablar de las partidas de caza como estímulo al olvido, y estableció que tenía que intensificar sus empresas natatorias, y sin descansar sobre el dorso; ahora que entre las sustancias que excitan los sentidos estaba la sal, y sal, al nadar, se bebe bastante... Además, recordaba haber oído que los Africanos, expuestos al sol, eran más viciosos que los Hiperbóreos.

¿Acaso era con la comida con la que había dado aliciente a sus propensiones saturninas? Los médicos prohibían la caza, el hígado de oca, los pistachos, las trufas y el jengibre, pero no decían qué pescados eran desaconsejables. Ponían en guardia contra las vestiduras demasiado confortables como la cebellina y el terciopelo, así como contra el musgo, el ámbar, la agalla moscada y el Polvo de Chipre, pero ¿qué podía saber él del poder ignoto de los cien perfumes que se libraban del invernadero, y de los que le traían los vientos de la Isla?

Habría podido contrastar muchas de estas influencias nefastas con el alcanfor, la borraja, la aleluya; con lavativas, con vomitorios de sal de vitriolo desleído en caldo corto; y por fin, con las sangrías en la vena mediana del brazo o en la de la frente; y luego, comiendo sólo achicoria, escarola, lechuga, y melones, uvas, cerezas, ciruelas y peras, y sobre todo, menta fresca... Pero nada de todo eso estaba a su alcance en el *Daphne*.

Volvió a moverse entre las olas, intentando no engullir demasiada sal, y descansando lo menos posible.

No dejaba, es cierto, de pensar en la historia que había evocado, pero la irritación hacia Ferrante traducíase ahora en arrebatos de prepotencia, y se medía con el mar como si, sometiéndolo a sus deseos, subyugara al propio enemigo.

Después de algunos días, una tarde, descubrió por primera vez el color ambarino de sus pelos pectorales y, como anota mediante varias contorsiones retóricas, del mismo pubis, y dio en la cuenta de que resaltaban a tal punto porque su cuerpo había dado en broncíneo; también habíase fortalecido, si en los brazos veía relampaguear músculos que no había notado jamás. Se consideró ya un Hércules y perdió el sentido de la prudencia. Al día siguiente bajó al agua sin cabo.

Habría abandonado la escala, moviéndose a lo largo del buque a estribor, hasta el timón, luego habría doblado la popa, y habría vuelto a subir por el otro lado, pasando bajo el bauprés. Y se había empleado con brazos y piernas.

El mar no estaba serenísimo y pequeñas olas lo arrojaban continuamente hacia los costados, por lo que tenía que hacer un doble esfuerzo, tanto proceder a lo largo del navío, como intentar mantenerse apartado. Tenía la respiración pesada, pero procedía intrépido. Hasta que llegó a medio camino, es decir a popa.

Aquí dio en la cuenta de que había gastado todas sus fuerzas. Ya no le quedaban más para recorrer todo el otro costado, pero ni siquiera para volver hacia atrás. Intentó asirse al timón, que, sin embargo, ofrecíale un asidero mínimo, cubierto como estaba por una suerte de mucílago, mientras lentamente se quejaba bajo la bofetada alterna de la ola.

Veía sobre su propia cabeza la galería y sus jardines, adivinando detrás de sus vidrieras la meta segura de su alojamiento. Estaba diciéndose que, si por azar la escalerilla de proa hubiérase desprendido, habrían podido transcurrir horas y horas, antes de morir, ansiando aquella puente que tantas veces había querido abandonar.

El sol había sido cubierto por una ráfaga de nubes, y él ya se atería. Echó la cabeza hacia atrás, para dormir, poco después volvió a abrir los ojos, dio la vuelta sobre sí mismo, y reparó en que estaba acaeciando lo que había temido: las olas estaban alejándole del navío.

Se dio ánimos y volvió junto a la banda, tocándola para recibir fuerza de ella. Encima de su cabeza divisábase un cañón que asomaba por una porta. Si hubiera tenido su cuerda, pensaba, habría podido hacer un lazo, intentar arrojarlo hacia arriba para asir por la garganta aquella boca de fuego, izarse tendiendo el cabo con los brazos y apoyando los pies en la madera... Y sin embargo, no sólo la cuerda no estaba, sino que sin duda tampoco habría tenido ánimos y brazos para remontarse a tanta altura... No tenía sentido morir así, junto al propio amparo.

Tomó una decisión. Ahora, una vez doblada la popa, tanto si volvía por la banda derecha como si proseguía por la banda izquierda, el espacio que lo separaba de la escala era el mismo. Casi echándolo a suertes, resolvió nadar por la izquierda, prestando atención a que la corriente no le separara del *Daphne*.

Había nadado apretando los dientes, con los músculos tensos, no atreviéndose a dejarse ir, ferozmente decidido a sobrevivir, aun a costa, decíase, de morir.

Con un grito de alborozo había llegado al bauprés, habíase aferrado a la proa, y había llegado a la escala de Jacob; y que él y todos los santos patriarcas de las Sacras Escrituras fueran benditos del Señor, Dios de los Ejércitos.

Ya no tenía fuerzas. Se había quedado agarrado a la escala quizá media hora. Al final había conseguido volver a subir a la puente, donde había intentado sacar un tanteo de su experiencia.

Primero, él podía nadar, tanto como para ir de una extremidad a otra del navío y viceversa; segundo, una empresa de ese tipo lo llevaba al límite extremo de sus posibilidades físicas; tercero, pues que la distancia entre el navío y la ribera era

muchas y muchas veces mayor que todo el perímetro del *Daphne*, incluso durante la bajamar, no podía fiar en nadar hasta poder echar mano en algo sólido; cuarto, la bajamar acercábale, sí, a tierra firme, pero con su reflujó hacíale más difícil avanzar; quinto, si por casualidad llegaba a mitad del recorrido y no lograba seguir adelante, ni siquiera habría logrado volver atrás.

Tenía que continuar, pues, con el cabo, y esta vez mucho más largo. Habría ido hacia oriente todo lo que sus fuerzas se lo hubieran permitido, y luego habría vuelto a remolque. Sólo adiestrándose de ese modo, durante días y días, habría podido luego intentarlo él solo.

Eligió una tarde tranquila, cuando el sol estaba ya a sus espaldas. Habíase apercebido de una cuerda larguísima, que estaba bien asegurada por una extremidad al palo de la mayor, y yacía en la puente en muchas volutas, dispuesta a desarrollarse poco a poco. Nadaba tranquilo, sin cansarse demasiado, reposando a menudo. Miraba la playa y los dos promontorios. Sólo ahora, desde abajo, advertía lo lejana que estaba aquella línea ideal, que se extendía entre un cabo y el otro de sur a norte, y allende la cual habría entrado en el día de antes.

Habiendo mal entendido al padre Caspar, habíase convencido de que la barbacana de los corales empezaba sólo allá donde pequeñas olas blancas revelaban los primeros escollos. En cambio, también durante la baja marea los corales empezaban antes. Si no, el *Daphne* habría echado anclas más cerca de tierra.

Así había ido a golpear, con las piernas desnudas, contra algo que se dejaba entrever a media agua sólo cuando estaba ya encima. Casi contemporáneamente le hirió un movimiento de formas coloreadas bajo la superficie, y un resquemor insoportable en el muslo y en la canilla. Era como si hubiera sido mordido o le hubieran echado una zarpa. Para alejarse de aquel banco habíase ayudado con un golpe de calcañar, hiriéndose así también un pie.

Se aferró a la cuerda tirando con tal ímpetu que, una vez regresado a bordo, tenía las manos desolladas; pero prevenía más su ánimo el dolor en la pierna y en el pie. Eran ayuntamientos de pústulas muy dolorosas. Las lavó con agua dulce, y esto alivió en parte la quemazón. Hacia la tarde, y durante toda la noche, la quemazón habíase acompañado por un picor agudo, y en el sueño, con toda probabilidad, habíase rascado, de suerte que la mañana siguiente las pústulas daban sangre y materia blanca.

Echó mano entonces de los preparados del padre Caspar (Spiritus, Olea, Flores) que calmaron un poco la infección, pero durante todo un día había sentido aún el instinto de incidir aquellos bubones con las uñas.

Una vez más sacó el balance de su experiencia, y llegó a cuatro conclusiones: la

barbacana estaba más cerca de lo que el reflujo dejaba creer, lo que podía alentarle a volver a intentar la aventura; algunas criaturas que vivían en ella, cangrejos, peces, quizá los corales, o unas piedras buidas, tenían el poder de causarle una especie de pestilencia; si quería retornar a aquellas piedras, tenía que ir calzado y vestido, lo que habría estorbado aún más sus movimientos; como, en cualquier caso, no habría podido proteger todo el cuerpo, tenía que estar en condiciones de ver bajo el agua.

La última conclusión le hizo recordar aquella Persona Vítreo, o máscara para ver en el mar, que el padre Caspar le había enseñado. Intentó abrochársela a la nuca, y descubrió que le cerraba el rostro permitiéndole mirar hacia afuera como por una ventana. Intentó respirar, y advirtió que un poco de aire pasaba. Si pasaba el aire habría pasado también el agua. Se trataba de usarla, pues, conteniendo la respiración: cuanto más aire hubiera quedado tanta menos agua habría entrado. Y había de sacar la cabeza en cuanto estuviere llena.

No debía de ser una operación fácil, y Roberto tardó tres días en probar todas las fases estando en el agua, pero cerca del *Daphne*. Había encontrado en los catres de los marineros un par de polainas de tela, que le protegían el pie sin hacerlo demasiado pesado, y un par de calzones largos que podía atar a las pantorrillas. Habíale sido necesaria media jornada para aprender a volver a hacer aquellos movimientos que ya le salían tan bien con el cuerpo desnudo.

Luego nadó con la máscara. En el agua profunda no podía ver mucho, pero divisó un paso de peces dorados, muchas brazas debajo de sí, como si navegaran en una pecera.

Tres días, se ha dicho. En el curso de los cuales, primeramente, Roberto aprendió a mirar abajo conteniendo la respiración, luego a moverse mirando, luego a quitarse la máscara mientras permanecía en el agua. En esta empresa aprendió por instinto una nueva posición, que consistía en inflar y tender hacia fuera el pecho, cocear como si caminara deprisa, e impeler la barbilla hacia arriba. Más difícil era, en cambio, manteniendo el mismo equilibrio, volver a ponerse la máscara y volverla a asegurar a la nuca. Se había dicho enseguida, además, que una vez en la barbacana, si se ponía en aquella posición vertical habría ido a dar contra los escollos, y si tenía el rostro fuera del agua no habría visto a qué estábale dando puntapiés. Por lo cual consideró que habría sido mejor no atarla sino apretar con ambas manos la máscara sobre el rostro. Lo que le imponía, sin embargo, proceder con el solo movimiento de las piernas, manteniéndolas extendidas horizontalmente, para no golpear hacia abajo; movimiento que no había intentado jamás, y que requirió de largo ejercicio antes de poder ejecutarlo con confianza.

En el curso de estas pruebas transformaba cada movimiento de iracundia en un capítulo de su Novela de Ferrante.

Y había hecho tomar a la historia una dirección más hastiosa, en la que Ferrante fuere justamente castigado.

IDEA DE UN PRÍNCIPE POLÍTICO

Por otra parte, no habría podido tardar en volver a tomar su historia. Es verdad que los Poetas, después de haber dicho de un suceso memorable, lo descuidan durante algún tiempo, para tener al lector en suspenso; y en esta habilidad se reconoce a la novela bien inventada; pero el tema no debe abandonarse sobre manera, para no hacer que el lector se extravíe en demasiadas acciones paralelas. Era menester, pues, volver a Ferrante.

Substraerle Lilia a Roberto era sólo uno de los dos fines que Ferrante habíase propuesto. El otro era hacer caer a Roberto en desgracia con el Cardenal. Designio nada fácil: el Cardenal, de Roberto, ignoraba incluso la existencia.

Pero Ferrante sabía sacar provecho de las ocasiones. Richelieu estaba leyendo un día una carta en su presencia y le había dicho:

—El Cardenal Mazarino alude a una historia de los ingleses, sobre un Polvo de Simpatía suyo. ¿Habéis oído hablar del alguna vez en Londres?

—¿De qué se trata, Eminencia?

—Señor Pozzo, o como os llaméis, aprended que no se contesta jamás a una pregunta con otra pregunta, sobre todo a quien está más arriba que vos. Si supiera de qué se trata no os lo preguntaría. De todas maneras, si no de este polvo, ¿habéis captado alusiones alguna vez a un nuevo secreto para encontrar las longitudes?

—Confieso que ignoro todo sobre este argumento. Si Vuestra Eminencia quisiera iluminarme quizá podría...

—Señor Pozzo, seríais divertido si no fuerais insolente. No sería el dueño deste país si iluminara a los demás sobre los secretos que no conocen; a menos que estos otros sean el Rey de Francia, lo que no me parece vuestro caso. Y por tanto, haced sólo lo que sabéis hacer: mantened los oídos abiertos y descubrid secretos de los que no sabíais nada. Luego vendréis a referírmelos, y después intentaréis olvidarlos.

—Es lo que siempre he hecho, Eminencia. O, por lo menos, creo, pues he olvidado haberlo hecho.

—Así me placéis. Id pues.

Tiempo después Ferrante había oído a Roberto, en aquella memorable velada, contender precisamente sobre el polvo. No le había parecido verdad poder señalar a

Richelieu que un gentilhomme italiano que alternaba con aquel inglés D'Igby (notoriamente vinculado, tiempo atrás, con el duque de Bouquingant), parecía saber mucho sobre ese polvo.

En el momento en que empezaba a arrojar el descrédito sobre Roberto, Ferrante tenía que lograr, sin embargo, tomar su puesto. Por ello había revelado al Cardenal que él, Ferrante, hacía pasar por el señor del Pozzo dado que su trabajo de informador le imponía ir de incógnito, pero que en verdad él era el verdadero Roberto de la Grive, ya esforzado combatiente al lado de los franceses en los tiempos del asedio de Casal. El otro, que tan subrepticamente hablaba de aquese polvo inglés, era un aventurero embaucador que aprovechaba una vaga semejanza, y ya con el nombre de Mahmut Árabe había servido como espía en Londres a las órdenes de los Turcos.

Así diciendo, Ferrante se preparaba para el momento en el que, arruinado el hermano, él hubiera podido substituirle pasando por el único y verdadero Roberto, no solamente ante los ojos de los parientes que habían quedado en la Griva, sino ante los ojos de París entera; como si el otro no hubiera existido jamás.

En el intervalo, mientras se paramentaba con el rostro de Roberto para conquistar a Lilia, Ferrante había sabido, como todos, de la desgracia de Cinq-Mars y, arriesgando desde luego muchísimo, mas dispuesto a dar la vida para llevar a cabo su venganza, siempre con la apariencia de Roberto, había mostrado con ostentación en compañía de los amigos de aquel conspirador.

A continuación había insuflado al Cardenal, que el falso Roberto de la Grive, que tanto sabía sobre un secreto caro a los ingleses, evidentemente conspiraba, y había producido también testigos, los cuales podían afirmar que habían visto a Roberto con tal o con cual.

Como se ve, un castillo de mentiras y simulaciones que explicaba la trampa en la que Roberto había sido atraído. Pero Roberto había caído en ella por razones y maneras desconocidas para el mismo Ferrante, cuyos planes habían sido alterados por la muerte de Richelieu.

¿Qué había sucedido, pues? Richelieu, recelosísimo, usaba a Ferrante sin hablar del con nadie, ni siquiera con Mazarino, de quien obviamente desconfiaba viéndolo ya al acecho como un buitre sobre su cuerpo enfermo. Sin embargo, mientras su enfermedad progresaba, Richelieu había pasado a Mazarino alguna información, sin revelarle la fuente:

—¡A propósito, mi buen Julio!

—Sí, Eminencia y Padre mío amadísimo...

—Haced vigilar a un cierto Roberto de la Grive, acude por las tardes al salón de la

señora Rambouillet. Parece que sabe mucho dése vuestro Polvo de Simpatía... Y entre otras cosas, según un informador mío, el mancebo tiene trato también con un círculo de conspiradores...

—No se fatigue, Eminencia. Pensaré yo en todo.

Y he aquí a Mazarino empezar por su cuenta una investigación sobre Roberto, hasta saber lo poco que había demostrado saber la tarde de su prendimiento. Mas todo ello sin saber nada de Ferrante.

Y entre tanto, Richelieu moría. ¿Qué habría debido acaecerle a Ferrante?

Muerto Richelieu, le faltan todos los apoyos. Debería de establecer contactos con Mazarino, puesto que el indigno es un aciago heliotropo que se vuelve siempre en dirección del más poderoso. Mas no puede presentarse ante el nuevo ministro sin procurarle una prueba de su valía. De Roberto ya no encuentra ni rastro. ¿Que esté enfermo, partido para un viaje? En todo Ferrante piensa, menos en que sus calumnias hayan surtido efecto y Roberto haya sido prendido.

Ferrante no osa mostrarse en público haciéndose pasar por Roberto, para no despertar las sospechas de quien lo sepa lejano. Por mucho que pueda haber acaecido entre él y Lilia, cesa también cualquier contacto con Ella, impasible como quien sabe que toda victoria cuesta tiempos largos. Sabe que es menester saberse servir de la lejanía; las prendas pierden su esmalte si se muestran demasiado y la fantasía llega más lejos que la vista; también el fénix se beneficia de los lugares remotos para mantener viva su leyenda.

Pero el tiempo aprieta. Es preciso que, al regreso de Roberto, Mazarino sospeche ya del, y lo quiera muerto. Ferrante consulta a sus compadres en la corte, y descubre que se puede aproximar a Mazarino a través del joven Colbert, a quien hace llegar una carta en la que se alude a una amenaza inglesa, y a la cuestión de las longitudes (no sabiendo nada de ello, y habiéndoselo oído mencionar una sola vez a Richelieu). Pide, a cambio de sus revelaciones, una suma consistente, y obtiene un encuentro, al que se presenta vestido de viejo abate, con su parche negro en el ojo.

Colbert no es un ingenuo. Aquese abate tiene una voz que le resulta familiar, las pocas cosas que dice le suenan sospechosas, llama a dos guardias, se acerca al visitante, le arranca parche y barba, y ¿con quién se encuentra? Con ese Roberto de la Grive que él mismo había confiado a sus hombres para que lo embarcaran en el navío del doctor Byrd.

Al contarse esta historia Roberto exultaba. Ferrante había ido a meterse en la trampa por su propia voluntad.

—¿¡Vos, San Patricio!?! —había gritado inmediatamente Colbert.

Luego, visto que Ferrante quedábase pasmado y callaba, lo había hecho arrojar a un calabozo.

Fue un alborozo para Roberto imaginarse el coloquio de Mazarino con Colbert, que lo había informado inmediatamente.

—Ese hombre debe de estar loco, Eminencia. Que haya osado eludir su compromiso, puedo entenderlo, mas que haya pretendido vernos a revender lo que habíamosle dado, es signo de locura.

—Colbert, es imposible que alguien esté loco al punto de tomarme por un necio. Así pues, nuestro hombre está jugando, y considera tener en mano cartas invencibles.

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, subióse a ese navío y descubrió inmediatamente lo que había que saber, tanto que no tenía ya necesidad de permanecer en él.

—Pero si hubiere querido traicionarnos hubiera ido a decírselo a los españoles o a los holandeses. No habría venido a desafiarnos a nosotros. ¿Para pedirnos qué, en definitiva? ¿Dinero? Sabía bien que si se hubiere portado lealmente habría tenido incluso un lugar en la corte.

—Evidentemente está seguro de haber descubierto un secreto que vale más que un lugar en la corte. Creednos, conozco a los hombres. No nos queda sino seguirle el juego. Queremos verle esta noche.

Mazarino recibió a Ferrante mientras estaba dando los últimos retoques, con sus propias manos, a una mesa que había hecho aderezar para sus propios huéspedes, un triunfo de cosas que parecían otras. En la mesa brillaban pávilos que sobresalían de copas de hielo, y botellas en las que los vinos tenían colores diferentes de lo esperado, entre cestos de lechugas enguirlandadas con flores y frutas falsas falsamente aromáticas.

Mazarino, que creía a Roberto, es decir, a Ferrante, en posesión de un secreto del que quería obtener la mayor ventaja, había proyectado hacer gala de saberlo todo (digo, todo lo que no sabía) de suerte que el otro se dejare escapar algún indicio.

Por otra parte, Ferrante, cuando habíase encontrado en presencia del Cardenal, había intuido que Roberto estaba en posesión de un secreto, del que había de extraer el máximo beneficio, y había proyectado hacer gala de saberlo todo (digo, todo lo que no sabía) de suerte que el otro se dejare escapar algún indicio.

Tenemos así en escena a dos hombres, de los dos ninguno sabe nada de lo que cree que el otro sabe, y para engañarse mutuamente habla cada uno por alusiones, cada uno de los dos vanamente esperando que el otro tenga la clave de aquella cifra. Qué gran historia, decíase Roberto, mientras buscaba el cabo de la madeja que había devanado.

—Señor de San Patricio —dijo Mazarino, mientras acercaba un plato de lobagantes vivos que parecían cocidos a uno de lobagantes cocidos que parecían vivos —, una semana ha os habíamos embarcado en Amsterdam en el *Amarilis*. No podéis haber abandonado la empresa: sabíais bien que habríais pagado con la vida. Por tanto, habéis descubierto ya lo que teníais que descubrir.

Puesto ante el dilema, Ferrante vio que no le convenía confesar haber abandonado la empresa. Entonces no le quedaba más que el otro camino:

—Si así plácele a Vuestra Eminencia —había dicho—, en cierto sentido sé lo que Vuestra Eminencia quería que supiera.

Y había añadido para sí:

—Y entre tanto sé que el secreto se encuentra a bordo de un navío que se llama *Amarilis*, y que salió hace una semana de Amsterdam...

—Ea, no seáis modesto. Sabemos perfectamente que habéis sabido más de lo que nos esperábamos. Desde que partisteis hemos tenido otras informaciones, pues no creeréis ser el único de nuestros agentes. Sabemos que lo que habéis encontrado vale mucho, y no estamos aquí para mercadear. Nos preguntamos, no obstante, por qué habéis intentado volver a nos de manera tan tortuosa.

Y entre tanto indicaba a los siervos dónde colocar unas carnes en moldes de madera en forma de pescado, en los que hizo verter no caldo, sino julepe.

Ferrante convenciase cada vez más de que el secreto no tenía precio, pero se decía que fácil es de matar al vuelo al ave que lo tiene seguido, no así la que lo tuerce. Por lo cual, tomaba tiempo para catar al adversario:

—Vuestra Eminencia sabe que la partida en juego requería medios tortuosos.

—Ah bribón —decía para sí Mazarino—, no estás seguro de lo que vale tu descubrimiento y esperas que fije el precio. Mas habrás de ser tú el que hable primero.

Desplazó al centro de la mesa unos sorbetes trabajados de suerte que parecieran melocotones aún unidos a su rama, y luego en voz alta:

—Nos sabemos lo que tenéis, vos sabéis que no podéis proponerlo sino a nos. ¿Os parece el momento de hacer pasar lo blanco por lo negro, y lo negro por lo blanco?

—Ah maldita vulpeja —decía para sí Ferrante—, no sabes en absoluto qué debería saber yo, y lo malo es que tampoco yo lo sé.

Y luego en voz alta:

—Vuestra Eminencia sabe bien que a veces la verdad puede ser el extracto de la amargura.

—El saber nunca daña.

—Pero tal vez da pena.

—Dadme pena pues, no nos daréis mayor pena que cuando supimos que os habíais mancillado de alta traición y que habríamos tenido que dejaros en las manos del verdugo.

Ferrante había entendido por fin que, haciendo el papel de Roberto, corría el riesgo de acabar en el cadalso. Mejor manifestarse por lo que era, y corría el riesgo a lo sumo de ser apaleado por los lacayos.

—Eminencia —dijo—, he errado no diciendo enseguida la verdad. El señor Colbert me ha tomado por Roberto de la Grive, y su error quizá influyera en una mirada aguda como la de Vuestra Eminencia. Mas yo no soy Roberto, soy sólo su hermano natural, Ferrante. Habíame presentado para ofrecer informaciones que pensaba interesarían a Vuestra Eminencia, visto que Vuestra Eminencia fue el primero en mencionarle al difunto e inolvidable Cardenal la trama de los ingleses, Vuestra Eminencia ya sabe... el Polvo de Simpatía y el problema de las longitudes...

Ante estas palabras, Mazarino había hecho un gesto de despecho, aventurando hacer caer una sopera en falso oro, adornada por alhajas finamente simuladas en cristal. Habíaselo achacado a un siervo, luego había murmurado a Colbert:

—Volved a poner a este hombre donde estaba.

Es realmente verdadero que los dioses ciegan a los que quieren perder. Ferrante juzgaba despertar interés mostrando que conocía los secretos más reservados del difunto Cardenal, y habíase propasado, por orgullo de sicofante que quería mostrarse siempre mejor informado que su propio amo. Pero nadie había dicho aún a Mazarino (y habría sido difícil demostrárselo) que entre Ferrante y Richelieu habían mediado relaciones. Mazarino encontrábase ante alguien, fuera éste Roberto u otro, que no sólo sabía lo que él le había dicho a Roberto, sino también lo que él le había escrito a Richelieu. ¿De quién lo había sabido?

Una vez salido Ferrante, Colbert había dicho:

—¿Cree Vuestra Eminencia en lo que ha dicho aqueste? Si fuera un gemelo eso explicaría todo. Roberto estaría aún en el mar y...

—No, si aqueste es su hermano, el caso se explica aún menos. ¿Cómo puede conocer lo que antes conocíamos sólo yo, vos y nuestro informador inglés, y luego Roberto de la Grive?

—Su hermano le habrá hablado dello.

—No, su hermano supo todo por nosotros sólo aquella noche, y desde entonces no le hemos perdido de vista, hasta que aquella nave zarpó. No, no, este hombre sabe demasiadas cosas que no debería saber.

—¿Qué hacemos con él?

—Interesante cuestión, Colbert. Si aqueste es Roberto, sabe qué ha visto en ese navío, y será menester que hable. Y si no lo es, hemos de saber absolutamente de dónde ha tomado sus informaciones. En ambos casos, excluida la idea de arrastrarlo ante un tribunal, donde hablaría demasiado, y ante demasiados, no podemos ni siquiera hacerlo desaparecer con algunos dedos de hoja de cuchillo en la espalda: tiene aún mucho que decirnos. Si luego no es Roberto sino, como ha dicho, Ferrand o Fernand...

—Ferrante, creo.

—Lo que sea. Si no es Roberto, ¿quién está detrás del? Ni siquiera la Bastilla es un lugar seguro. Se sabe de gente que dése lugar ha enviado o recibido mensajes. Se ha de esperar a que hable, y encontrar la manera de abrirle la boca, pero entre tanto tendremos que recluirle en un lugar desconocido para todos, y hacer de suerte que nadie sepa quién es.

Y fue entonces cuando Colbert tuvo una idea obscuramente luminosa.

Pocos días antes, un bajel francés había capturado en las costas de la Bretaña un navío pirata. Era, qué casualidad, *un fluyt* holandés, con un nombre naturalmente impronunciable, *Tweede Daphne*, es decir *Daphne segundo*, signo —observaba Mazarino— de que debía existir en algún lugar un *Daphne primero*, y ello aclaraba cómo aquellos protestantes tenían no sólo poca fe sino escasa fantasía. La chusma estaba formada por gentes de todas las razas. No habría quedado sino ahorcarlos a todos, pero valía la pena cerciorarse de si estaban a sueldo de Inglaterra, y a quién habían hurtado aquel navío, que habríase podido hacer un intercambio ventajoso con los legítimos propietarios.

Habíase decidido entonces poner la nave en surgidero no lejos del estuario del Sena, en una pequeña bahía casi escondida, que pasaba desapercibida incluso para los peregrinos de Santiago que transitaban poco lejanos viniendo de Flandes. En una lengua de tierra que cerraba la bahía había un viejo fortín, que un tiempo servía como prisión, pero que estaba casi en desuso. Y allí habían sido arrojados los piratas, en los calabozos, custodiados sólo por tres hombres.

—Ya basta —había dicho Mazarino—. Tomad diez de mis guardias, al mando de un valiente capitán que no carezca de prudencia...

—Biscarat. Siempre se ha portado bien, desde los tiempos en que se batía en duelo con los mosqueteros por el honor del Cardenal...

—Perfecto. Haced conducir al prisionero al fortín, y que se lo ponga en el aposento de las guardias. Biscarat tomará las comidas con él en su habitación y lo acompañará a tomar aire. Una guardia en la puerta de la habitación incluso de noche. El estar en la celda debilita incluso los ánimos más protervos, nuestro porfiado tendrá sólo a Biscarat con quien hablar, y puede ser que se deje escapar alguna confidencia. Y sobre todo, que nadie pueda reconocerlo, ni durante el viaje ni en el fuerte...

—Si sale para tomar aire...

—Pues bien, Colbert, un poco de imaginación, que se le cubra el rostro.

—Podría sugerir... una máscara de hierro, cerrada por un candado cuya llave se eche al mar...

—Ea sus, Colbert, ¿estamos acaso en el País de las Novelas? Vimos ayer noche a aquellos comediantes italianos, con aquellas máscaras de cuero con grandes narices, que alteran las facciones, y aun así dejan libre la boca. Encontrad una de aquesas, que le sea colocada de suerte que no pueda quitársela, y dadle un espejo en el cuarto, para que pueda morir por el ultraje cada día. ¿Ha querido disfrazarse de su hermano? ¡Que se le disfrace de Polichinel! Y cuidaos, de aquí al fuerte, en carroza cerrada, detenciones sólo de noche y en pleno campo, evitad que se muestre en las estaciones de posta. Si alguien hace preguntas, dígame que se está conduciendo a la frontera a una gran dama, que ha conspirado contra el Cardenal.

Ferrante, embarazado por su burlesco disfraz, fijaba agora desde hacía días (a través de una reja que daba poca luz a su cuarto), un gris anfiteatro circundado de dunas escabrosas, y el *Tweede Daphne* anclado en la bahía.

Se dominaba cuando estaba en presencia de Biscarat, haciéndole creer a veces que era Roberto, y a veces Ferrante, de suerte que las relaciones enviadas a Mazarino fueran siempre perplejas. Conseguía captar de paso alguna conversación de las guardias, y había conseguido entender que en los subterráneos del fuerte estaban encadenados unos piratas.

Queriendo vengarse de Roberto por un agravio que no había cometido, se devanaba los sesos sobre las maneras en las que habría podido instigar una sedición, liberar a aquellos bellacos, apoderarse del navío y ponerse tras las huellas de Roberto. Sabía por dónde empezar, en Amsterdam habría encontrado espías que habríanle dicho algo sobre la meta del *Amarilis*. Lo habría alcanzado, habría descubierto el secreto de

Roberto, habría hecho desaparecer en el mar aquel doble suyo importuno, habría estado en condiciones de vender al Cardenal algo a un precio altísimo.

O quizá no, una vez descubierto el secreto, habría podido decidir vendérselo a otros. ¿Y por qué venderlo? Por lo que él sabía, el secreto de Roberto habría podido concernir el mapa de una isla del tesoro, o el secreto de los Alumbrados y de los Rosacruces, del que hablábase desde hacía veinte años. Habríase beneficiado de la revelación en su provecho, ya no se habría visto obligado a espiar para un amo, habría tenido espías a su propio servicio. Una vez conquistadas riqueza y poder, no sólo el nombre de la casa solariega, sino la Señora misma habría sido suya.

Sin duda Ferrante, modelado de sinsabores, no era capaz de verdadero amor pero, decíase Roberto, hay personas que no se habrían enamorado jamás si no hubieran oído hablar del amor. Quizá Ferrante encuentra en su celda una novela, la lee, se convence de que ama con tal de sentirse en otro lugar.

Quizá ella, en el curso de su primer encuentro, había hecho obsequio a Ferrante de su peine como prenda de amor. Ahora Ferrante lo estaba besando, y deseándolo naufragaba olvidado en el golfo cuyas ondas había surcado el ebúrneo semblante.

Quizá, quién sabe, también un díscolo de su calaña podía ceder ante el recuerdo de aquel rostro... Roberto veía ahora a Ferrante sentado en la obscuridad ante el espejo que, para quien estaba de lado, reflejaba sólo la vela colocada de frente. Al contemplar dos destellos, el uno simio del otro, el ojo se fija, la mente queda infatuada, surgen visiones. Desplazando un poco la cabeza, Ferrante veía a Lilia, el rostro de cera virgen, tan rociado de luz que absorbía cualquier otro rayo, y dejaba fluir aquella madeja rubia como una masa oscura recogida a guisa de huso detrás de los hombros, el pecho apenas visible bajo una liviana camisa con una leve abertura...

Luego Ferrante (¡al fin me vengarás de ti! exultaba Roberto) quería sacar demasiado provecho de la vanidad de un sueño, colocábase incontentable ante el espejo, y divisaba sólo, detrás de la vela reflejada, la algarroba que le avergonzaba la jeta.

Animal incapaz de sobrellevar la pérdida de una dádiva no merecida, volvía a palpar sórdido el peine della, mas ahora, entre los humos de los residuos de cera, aquel objeto (que para Roberto habría sido la más adorable de las reliquias) aparecíasele como una boca dentada dispuesta a morder su desconsuelo.

PARAÍSO CERRADO PARA MUCHOS

Ante la idea de Ferrante encerrado en aquella isla, mirando un *Tweede Daphne* que no habría alcanzado jamás, separado de la Señora, Roberto experimentaba, concedámoselo, una satisfacción reprensible pero comprensible, no desunida de una cierta satisfacción de narrador, pues con bello retruécano había conseguido encerrar también a su rival en un asedio especularmente desemejante del propio.

Tú, desde esa isla tuya, con tu máscara de cuero, la nave no la alcanzarás jamás. Yo en cambio, desde la nave, con mi máscara de cristal, ya estoy próximo a alcanzar mi Isla. Así se (le) decía mientras disponíase a volver a intentar su viaje por agua.

Recordaba a qué distancia del navío habíase herido, y por tanto, en primer lugar, nadó con calma llevando la máscara en la cintura. Cuando consideró que había llegado cerca de la barbacana se puso la máscara y se movió al descubrimiento del fondo marino.

Durante un trecho vio sólo manchas, luego, como quien llega en navío, en una noche de niebla, ante un acantilado, que de repente se perfila a pique ante el navegante, vio el borde del abismo sobre el que estaba nadando.

Quitóse la máscara, vacióla, volviósela a colocar, sujetándola con las manos, y con lentos golpes de pies fue al encuentro del espectáculo que había vislumbrado apenas.

¡Aquéllos eran los corales! Su primera impresión fue, a juzgar por sus notas, confusa y atónita. Hízose la impresión de encontrarse en la tienda de un mercader de telas, que adereza ante sus ojos cendales y tafetanes, brocados, rasos, damascos, terciopelos, y flecos, borlas y caireles, y luego estolas, capas pluviales, casullas, dalmáticas. Pero las telas movíanse con vida propia con la sensualidad de bailarinas orientales.

En aquel paisaje, que Roberto no sabe describir porque lo ve por primera vez, y no encuentra en la memoria imágenes para poderlo traducir en palabras, he aquí que de improviso hizo erupción una cohorte de seres que, éstos sí, él podía reconocer, o por lo menos, parangonar con algo ya visto. Eran peces que se intersecaban como estrellas fugaces en el cielo de agosto, y al componer y surtir los tonos y los dibujos de sus escamas parecía que la naturaleza hubiere querido demostrar cuál variedad de mordientes existe en el universo y cuántos pueden reunirse en una sola superficie.

Había algunos rayados con más colores, cuales a lo largo, cuales a lo ancho, cuales al través, y otros aún a ondas, había unos labrados de taracea con migajas de manchas caprichosamente ordenadas, unos granados o moteados, otros remendados, apedreados, y minutísimamente punteados, o recorridos por vetas como los mármoles.

Otros aún con dibujo de serpentinas, o trenzados con más cadenas. Los había cuajados de esmaltes, diseminados de escudos y rosetas. Y uno, bellísimo entre todos, que parecía completamente envuelto por cordoncillos que formaban dos filas de uva y leche; y era un milagro que ni siquiera una vez faltare de volver encima el hilo que se había enrollado por abajo, como si fuere trabajo de mano de artista.

Sólo en aquel momento, viendo sobre el fondo de los peces las formas coralinas que no había sabido reconocer a primera vista, Roberto identificaba cepas de plátanos, cestas de hogazas de pan, canastos de nísperos bronceos sobre los que pasaban canarios y lagartos verdes y colibríes.

Estaba encima de un jardín, no, habíase equivocado, ahora parecía una selva petrificada, hecha de escombros de hongos. No otra vez. Habíanle engañado, ahora eran oteros, berruecos, riscos, quebradas y grutas, un único resbalar de piedras vivas, en las que una vegetación no terrestre componíase en formas aplastadas, redondas o escamosas, que parecían llevar una jacerina de granito, o nudosas, o aovilladas sobre sí mismas. Mas, por cuanto diversas, todas eran estupendas por garbo y hermosura, a tal punto que incluso las trabajadas con simulada negligencia, con hechura ruin, mostraban su tosquedad con majestad, y parecían monstruos, pero de belleza.

O aún (Roberto se borra y se corrige, y no consigue referir, como quien tuviera que describir por vez primera un círculo cuadrado, una ladera llana, un ruidoso silencio, un arco iris nocturno) lo que estaba viendo eran arbustos de cinabrio.

Quizá, a fuer de contener la respiración, habíase obnubilado, el agua le estaba invadiendo la máscara, confundíale formas y matices. Había sacado la cabeza para dar aire a los pulmones, y había vuelto a sobrenadar al borde del dique, siguiendo anfractos y quebradas, allá donde se abrían pasillos de greda en los que introducíanse arlequines envinados, mientras sobre un peñasco veía descansar, movido por una lenta respiración y agitar de pinzas, un cangrejo con cresta nacarada, encima de una red de corales (éstos similares a los que conocía, pero dispuestos como panes y peces, que no se acaban nunca).

Lo que veía ahora no era un pez, mas ni siquiera una hoja, sin duda era algo vivo, como dos anchas rebanadas de materia albicante, bordadas de carmesí, y un abanico de plumas; y allá donde nos habríamos esperado los ojos, dos cuernos de lacre agitado.

Pólipos sirios, que en su vermicular lúbrico manifestaban el encarnadino de un gran

labio central, acariciaban planteles de méntulas albinas con el glande de amaranto; pececillos rosados y jaspeados de aceituní acariciaban coliflores cenicientas sembradas de escarlata, raigones listados de cobre negreante... Y luego veíase el hígado poroso color cólquico de un gran animal, o un fuego artificial de arabescos de plata viva, hispidumbres de espinas salpicadas de sangriento y, por fin, una suerte de cáliz de fláccida madreperla...

Ese cáliz le pareció a un cierto punto como una urna, y pensó que entre aquellas rocas recibía sepultura el cadáver del padre Caspar. Ya no visible, si la acción del agua lo había recubierto primeramente de terneza coralina, mas los corales, absorbiendo los humores terrestres de aquel cuerpo, habían tomado forma de flores y frutas de jardín. Quizá a cabo de poco habría reconocido al pobre viejo convertido en una criatura hasta entonces extranjera allá abajo, el globo de la cabeza fabricado con un coco peloso, dos pomas caseras que componían las mejillas, ojos y párpados convertidos en dos nispolas verdecillas, la nariz de cohombro verrugoso como el estiércol de un animal; debajo, en lugar de los labios, higos secos, una betarraga con su raíz apical para la barbilla, y un cardo rugoso en oficio de garganta; y en una y otra sien dos erizos de castaño para hacer guedejas, y como orejas sendas cáscaras de nuez dividida; como dedos, zanahorias; de sandía es el vientre; de membrillo las rodillas.

¿Cómo podía, Roberto, alimentar pensamientos tan funéreos en una forma tan grotesca? De muy otra manera los despojos del pobre amigo habrían proclamado en aquel lugar su fatídico «Et in Arcadia ego»...

Sí, quizá bajo la forma de calavera de aquel coral guijoso... Ese sosia de una piedra parecióle ya extirpado de su lecho. Ya sea por piedad, en recuerdo del maestro desaparecido, ya sea para substraerle al mar uno de sus tesoros, lo tomó, y pues que por aquel día ya había visto demasiado, llevando aquel botín en el pecho hizo regreso al navío.

MUNDOS SUBTERRÁNEOS

Los corales habían sido para Roberto un desafío. Después de haber descubierto de cuántas invenciones era capaz la naturaleza, sentíase invitado a una competición. No podía dejar a Ferrante en aquella prisión, y la propia historia a medias: habría satisfecho su hastío por el rival, mas no su orgullo de fabulador. ¿Qué podía hacerse acaecer a Ferrante?

La idea habíasele ocurrido a Roberto una mañana en la que, como acostumbraba, habíase puesto al acecho, desde la aurora, para sorprender en la Isla a la Paloma Naranjada. De primera mañana el sol daba en los ojos, y Roberto había intentado incluso construir, alrededor del ocular terminal de su antejo de larga vista, una especie de visera, con una hoja del cuaderno de bitácora, pero limitábale en ciertos momentos a ver sólo resplandores. Cuando luego el sol habíase levantado en el horizonte, el mar le hacía de espejo, y duplicaba todos sus rayos.

Aquel día, Roberto habíase metido en la cabeza que había visto algo alzarse de los árboles hacia el sol, y luego confundirse en su esfera luminosa. Probablemente era una ilusión. Cualquier otro pájaro, con aquella luz, habría parecido reluciente... Roberto estaba convencido de haber visto la paloma, y desilusionado por haberse engañado. Y en estado de ánimo tan inconstante, sentíase una vez más defraudado.

Para un ser como Roberto, llegado ya al punto de gozar celoso sólo de lo que le era substraído, poco hacía falta para soñar que, en cambio, Ferrante hubiera tenido todo lo que a él le era negado. Pero como Roberto de aquella historia era el autor, y no quería concederle demasiado a Ferrante, decidió que él habría podido tener comercio sólo con el otro palomo, el verdiazul. Y esto porque Roberto, privado de toda certidumbre, había decidido fuere como fuere que, de la pareja, el ser rútilo tenía que ser la hembra, que equivalía a decir Ella. Como en la historia de Ferrante la paloma no tenía que constituir el término, sino el trámite de una posesión, a Ferrante tocábale por ahora el macho.

¿Podía un palomo verdiazul, que vuela sólo en los mares del Sur, ir a posarse en el alféizar de aquella ventana detrás de la que Ferrante suspiraba su libertad? Sí, en el País de las Novelas. Y además, ¿no podía aquel *Tweede Daphne* acabar de volver de estos mares, más afortunado que su hermano mayor, llevando en la bodega el pájaro,

que ahora habíase libertado?

En todo caso Ferrante, ignaro de las Antípodas, no podía plantearse tales cuestiones. Había visto la paloma, primero habíala alimentado con alguna migaja de pan, por puro pasatiempo, luego habíase preguntado si no podía usarla para sus fines. Sabía que las palomas sirven a veces para llevar mensajes: desde luego, confiar un mensaje a aquel animal no quería decir enviarlo con certidumbre donde él habría querido de verdad, mas en tanto aburrimiento valía la pena intentarlo.

¿A quién podía pedir ayuda, él que por enemistad con todos, él mismo incluido, habíase hecho sólo enemigos, y las pocas personas que lo habían servido eran descarados dispuestos a seguirlo sólo en la fortuna, y no, ciertamente, en la adversidad? Habíase dicho: pediré ayuda a la Señora que me ama («¿mas cómo puede estar tan seguro?») preguntábase envidioso Roberto, inventando aquella prosopopeya).

Biscarat habíale dejado lo necesario para escribir, en el caso de que la almohada hubiérale sido consejera y hubiera querido enviar una confesión al Cardenal. Trazó, pues, en un lado del papel la dirección de la Señora, añadiendo que quien hubiere entregado el mensaje habría recibido un premio. Luego, en la otra cara, dijo dónde se encontraba (habíales oído un nombre a los carceleros), víctima de una infame conjura del Cardenal, e invocó salvación. A continuación, enrolló la hoja y atóla a la pata del animal, incitándolo a alzarse en vuelo.

A decir verdad, luego olvidó, o casi, aquel gesto. ¿Cómo podía haber pensado que la paloma azul volara precisamente a buscar a Lilia? Son cosas que suceden en las fábulas, y Ferrante no era hombre que se pusiera en manos de los fabulistas. Quizá la paloma había sido herida por un cazador, al precipitar entre las ramas de un árbol había perdido el mensaje...

Ferrante no sabía que, en cambio, había quedado prendida en la pegajosa liga de un campesino, que pensó sacar partido de lo que, según todas las evidencias, era una señal enviada a alguien, quizá al comandante de un ejército.

Ahora bien, este campesino había llevado el mensaje a que lo examinara la única persona que sabía leer, es decir, al párroco, y éste organizó todo como es debido. Hallada la Señora, habíale enviado un amigo que contratara la entrega, obteniendo una generosa limosna para su iglesia y una propina para el campesino. Lilia había leído, había llorado, habíase dirigido a amigos leales para obtener consejo. ¿Tocar el corazón del Cardenal? Nada más fácil para una bella dama de corte, pero esta dama frecuentaba el salón de Arthénice, de quien Mazarino desconfiaba. Ya circulaban versos satíricos sobre el nuevo ministro, y alguien decía que procedían de aquellas cámaras. Una preciosa que se presenta ante el Cardenal para pedir piedad por un

amigo, condena a este amigo a una pena aún más grave.

No, era necesario reunir una cuadrilla de hombres intrépidos y hacer que ellos intentaran un golpe de mano. ¿Pero a quién dirigirse?

Aquí Roberto no sabía cómo seguir. Si él hubiera sido mosquetero del Rey, o cadete de Gascuña, Lilia habría podido dirigirse a aquellos valientes, famosísimos por su espíritu de cuerpo. ¿Pero quién arriesga la ira de un ministro, quizá del Rey, por un extranjero que frecuenta bibliotecarios y astrónomos? De los cuales bibliotecarios y astrónomos mejor no hablar: por cuanto decidido a la novela Roberto no podía pensar en el Canónigo de Digne, o en el señor Gaffarel, galopando, a uña de caballo, hacia su prisión; es decir, hacia la de Ferrante, que para todos era ya Roberto.

Roberto tuvo una inspiración unos días después. Había dejado la historia de Ferrante, y había vuelto a explorar la barbacana coralina. Aquel día seguía una formación de peces con una celada amarilla en el hocico, que parecían guerreros en justa. Iban a introducirse en una hendidura entre dos torres de piedra donde los corales eran palacios en ruinas de una ciudad sepultada por las olas.

Roberto había pensado que aquellos peces vagaban entre las ruinas de aquella ciudad de Ys de la que había oído relatar, y que se extendería aún a obra de pocas millas de las costas de Bretaña, allá donde las olas habíanla sumergido. Ya está, el pez más grande era el antiguo rey de la ciudad, seguido por sus dignatarios, y todos cabalgábanse a sí mismos en busca de su tesoro engullido por el mar...

¿Mas por qué volver a pensar en la antigua leyenda? ¿Por qué no considerar a los peces como moradores de un mundo que tiene sus selvas, sus picos, sus árboles, sus valles, y no sabe nada del mundo de la superficie? A la misma sazón, nosotros vivimos sin saber que el huero cielo cela otros mundos, donde la gente no camina y no nada, sino que vuela o navega por el aire; si los que nosotros llamamos planetas son las carenas de sus navíos, de los cuales vemos sólo el fondo centelleante, así estos hijos de Neptuno ven encima dellos la sombra de nuestros galeones, y los consideran cuerpos etéreos que giran en su firmamento acuóreo.

Y si es posible que existan seres que viven bajo las aguas, ¿podrían existir entonces seres que viven bajo la tierra, pueblos de salamandras capaces de alcanzar a través de sus galerías el fuego central que anima el planeta?

Reflexionando de esta manera Roberto habíase acordado de una argumentación de Saint-Savin: nosotros pensamos que es difícil vivir en la superficie de la luna considerando que no hay agua, y quizá el agua allá arriba existe en cavidades

subterráneas, la naturaleza ha excavado en la luna pozos, que son las manchas que nosotros vemos. ¿Quién nos dice que los habitantes de la luna no encuentren albergue en aquellos nichos para esquivar la cercanía insoportable del sol? ¿No vivían acaso bajo tierra los primeros cristianos? Y así los lunáticos viven siempre en catacumbas, que a ellos resultan domésticas.

Y no es obligatorio que tengan que vivir en la obscuridad. Quizá haya muchísimos agujeros en la corteza del satélite, y el interior recibe la luz de millares de respiraderos, es una noche atravesada por haces de luz, no diferentemente de lo que sucede en una iglesia, o en el *Daphne* en la entrepuentes. O quizá no, en la superficie existen piedras fosfóricas que de día se embeben de la luz del sol y luego la devuelven de noche, y los lunáticos hacen acopio destas piedras todos los ocasos, de suerte que sus galerías sean siempre más resplandecientes que un palacio real.

París, había pensado Roberto. ¿Y no se sabe acaso que, como Roma, toda la ciudad está horadada de catacumbas, donde se dice que se refugian por la noche los pordioseros y los buscones?

¡Los Buscones, ésa era la idea para salvar a Ferrante! ¡Los Buscones, que se cuenta que son gobernados por un rey suyo y por un conjunto de leyes férreas, los Buscones, una sociedad de torva gentalla que vive de maleficios, latrocinios y perversidades, asesinatos y desorbitancias, porquerías, bribonerías y nefandeces, mientras finge sacar provecho de la cristiana caridad!

¡Idea que sólo una mujer enamorada podía concebir! Lilia —contábase Roberto— no ha ido a confiarse con gente de corte o nobles de toga, sino con la última de sus camareras, la cual tiene impúdico comercio con un carretero que conoce las tabernas alrededor de Notre-Dame, donde al anochecer aparecen los mendigos que han pasado la jornada pidiendo en los soportales... He aquí el camino.

Su guía la conduce, bien entrada la noche, a la iglesia de Saint-Martin-des-Champs, levanta una piedra de la pavimentación del coro, la hace descender a las catacumbas de París y proceder, a la lumbre de una antorcha, en busca del Rey de los Buscones.

Y he aquí, entonces, a Lilia, disfrazada de gentilhombre, andrógino flexuoso yendo por pasadizos, escaleras y gateras, mientras vislumbra en la obscuridad, aquí y allá acurrucados entre andrajos y harapos, cuerpos descoyuntados y rostros marcados por verrugas, ampollas, erisipelas, sarna seca, salpullidos, apostemas y cánceres, todos guayando con la mano tendida, no se sabe si para pedir limosna o para decir, con un aire de gentilhombre de cámara, «id, id, nuestro señor ya os espera».

Y su señor estaba allá, en el centro de una sala mil leguas bajo la superficie de la ciudad, sentado en un barrilejo, circundado de cortabolsas, embelecadores, falsarios y sacamuelas, patulea maestra de todos los abusos y vicios.

¿Cómo podía ser el Rey de los Buscones? Envuelto en un manto hecho jirones, la frente cubierta de excrecencias, la nariz roja por una tabes, los ojos de mármol, uno verde y uno negro, la mirada de garduña, las cejas torcidas hacia abajo, el labio leporino que le descubría dientes lobunos, buidos y sobresalientes, los cabellos encrespados, la tez arenosa, las manos con dedos toscos y uñas recurvas...

Habiendo escuchado a la Señora, aquél había dicho tener a su servicio un ejército, junto al cual el del Rey de Francia era una guarnición de provincias. Y mucho menos costoso: si aquella gente hubiere sido recompensada en medida aceptable, digamos el doble de lo que habrían podido arañar pordioseando en el mismo lapso de tiempo, habríase hecho matar por un mecenas tan generoso.

Lilia habíase quitado un rubí de sus dedos (como en ese caso se usa), preguntando con ceño regal:

—¿Os basta?

—Me basta —había dicho el Rey de los Buscones, acariciando la gema con su mirada zorruna—, decidnos dónde.

Y, habiendo sabido dónde, añadió:

—Los míos no usan caballos o carrozas, pero a aquel lugar puede llegarse en barcazas, siguiendo el curso del Sena.

Roberto imaginábase a Ferrante, mientras a la puesta de sol se entretenía en el torrejón del fortín con el capitán Biscarat, que de improviso habíalos visto llegar. Al principio habían aparecido sobre las dunas, para luego propagarse hacia la explanada.

—Peregrinos de Santiago —había observado con desprecio Biscarat—, y de la peor ralea, o de la más infeliz, pues que van a buscar la salud cuando ya tienen un pie en la fosa.

En efecto, los peregrinos, en fila larguísima, estaban acercándose cada vez más a la costa y distinguíanse una cáfila de ciegos con manos tendidas, de mancos en sus muletas, de leprosos, legañosos, ulcerosos y lamparosos, un hacinamiento de tullidos, cojos y patizambos, desarrapados con andrajos.

—No quisiera que se acercaran demasiado, y buscaran amparo para la noche —había dicho Biscarat—. No nos traerían entre las murallas nada más que suciedad.

Y había hecho disparar algunos golpes de mosquete al aire, para hacer entender

que aquel castillejo era un lugar inhospitalario.

Mas era como si aquellos golpes hubieran servido de reclamo. Mientras de lejos llegaba aún más gentuza, los primeros se acercaban cada vez más a la fortaleza y ya se oía su mascar bestial.

—Mantenedlos alejados, vive Dios —había gritado Biscarat.

Y había hecho arrojar pan a los pies del muro, para decirles que tanta era la caridad del señor del lugar, y más no podían esperarse. Mas el inmundo vómito, creciendo a ojos vistas, había empujado a la propia vanguardia bajo las murallas, pisoteando aquel regalo y mirando hacia arriba para buscar algo mejor.

Agora era posible divisarlos uno a uno, y no se parecían en absoluto a romeros, ni a infelices que pidieran alivio para sus tinas. Sin duda, decía Biscarat preocupado, eran maleantes, aventureros colecticios. O por lo menos, así parecieron aún por poco, porque era ya el crepúsculo, y la explanada y las dunas se habían convertido sólo en un gris entremezclarse de aquella ratonería.

—¡Al arma, al arma! —había gritado Biscarat, que ya había adivinado que no de peregrinación o de pordiosería se trataba, sino de asalto.

Y había hecho disparar algunos tiros contra los que ya estaban tocando la muralla. Mas, como si se hubiera disparado contra una chusma de roedores, precisamente, los que seguían llegando empujaban siempre más a los primeros, los caídos fueron pisoteados, usados como apoyo por quien empujaba por atrás, y ya podía ver a los primeros asirse con las manos a las grietas de aquel antiguo edificio, introducir los dedos en las resquebrajaduras, colocar el pie en los resquicios, enredarse en las rejas de las primeras ventanas, insinuar aquellos sus miembros ciáticos en las troneras. Y entre tanto, otra parte de aquella progenie mareaba en tierra, yendo a dar con el hombro contra el portón.

Biscarat había ordenado que se lo atrincherara desde dentro, pero los tablones aún robustos de aquellos postigos ya crujían bajo la presión de aquella bastardía.

Las guardias seguían disparando, mas a los pocos asaltadores que caían les tomaban la delantera inmediatamente otros tropeles, ya sólo se divisaba un bullaje del cual, a un cierto punto, empezaron a izarse una suerte de anguilas de cuerda lanzadas al aire, y dieron en la cuenta de que eran garfios de hierro, y ya algunos dellos habíanse engarrado en las almenas. Y en cuanto una guardia asomaba un poco para arrancar aquellos hierros uñosos, los primeros que ya se habían izado la golpeaban con asadores y bastones, y la enmarañaban con oncejeras, haciéndola caer hacia abajo, donde desaparecía en la apretura de aquellos asquerosísimos endemoniados, sin que pudiera distinguirse el estertor del uno del rugido de los otros.

En breve, quien hubiera podido seguir el caso desde las dunas, casi no habría visto ya el fuerte, sino un hormigear de moscas encima de una carroña, un enjambrear de abejas en un panal, una cofradía de abejones.

Entre tanto, desde abajo, habíase oído el ruido del portón que caía, y la confusión en el patio. Biscarat y sus guardias lleváronse a la otra extremidad del fortín; ni se ocupaban de Ferrante, que habíase agazapado en el hueco de la puerta que daba a las escaleras, no muy atemorizado, y ya embargado por el presentimiento de que aquéllos eran de algún modo amigos.

Los cuales amigos ya habían alcanzado y rebasado el coronamento de almenas, pródigos de sus vidas caían ante los últimos disparos de mosquete, indiferentes de sus pechos superaban la barrera de espadas tendidas, aterrorizando a las guardias con sus ojos ruines, con sus rostros desencajados. Así las guardias del Cardenal, hombres de hierro si no, dejaban caer las armas, implorando piedad del cielo por lo que ya creían una turbamulta infernal, y aquéllos en primer lugar los derribaban a golpes de garrote, luego se lanzaban sobre los sobrevivientes dando tapabocas y gaznatadas, pestorejones y soplamocos, y degollaban con los dientes, descuartizaban con las garras, avasallaban desahogando su hiél, cebábanse en los ya muertos, a algunos Ferrante vio abrir un pecho, apresar un corazón y devorarlo entre altos gritos.

Último superviviente: Biscarat, que habíase batido como un león. Viéndose ya vencido, se colocó con la espalda contra el pretil, marcó con la espada ensangrentada una línea en el suelo y gritó: «ley mourra Biscarat, seul de ceux qui sont avec luy!».

Pero en aquel instante un tuerto con la pata de palo, que agitaba un hacha, apareció por la escalera, hizo una señal, y puso fin a aquella carnicería, ordenando atar a Biscarat. Luego divisó a Ferrante, reconociéndole precisamente por aquella máscara que habría debido volverle irreconocible, lo saludó con un amplio gesto de la mano armada, como si quisiera barrer el suelo con la pluma de un sombrero, y díjole:

—Señor, sois libre.

Se sacó de la casaca un mensaje, con un sello que Ferrante reconoció enseguida, y se lo tendió.

Era ella, que le aconsejaba disponer de aquel ejército horrendo pero leal, y esperarla allá, donde habría llegado antes de que rayara el alba.

Ferrante, después de haber sido libertado de su máscara, primeramente había libertado a los piratas, y había suscrito con ellos un pacto. Se trataba de volver a apoderarse del navío y navegar a sus órdenes sin hacer preguntas. Recompensa, la parte de un tesoro vasto como las tierras que toca el arco iris. Según su costumbre, Ferrante no pensaba de ninguna manera mantener la palabra. Una vez encontrado a

Roberto, habría bastado denunciar a la propia chusma en la primera escala, y los habría tenido a todos ahorcados, quedándose dueño del navío.

De los Buscones ya no tenía necesidad, y su jefe, como hombre leal, le dijo que ya habían recibido su paga por aquella empresa. Quería dejar aquella zona cuanto antes. Se dispersaron en el territorio y volvieron a París mendigando de aldea en aldea.

Fue fácil subir a un bote custodiado en la dársena del fuerte, llegar al navío y arrojar al mar a los dos únicos hombres que lo guarnecían. Biscarat fue encadenado en la bodega, pues era un rehén del que habría podido hacerse comercio. Ferrante se concedió un breve descanso, volvió a la ribera antes del alba, a tiempo para acoger un coche del cual había descendido Lilia, más que nunca bella en su compostura viril.

Roberto consideró que mayor suplicio habríale producido pensar que se hubieran saludado con recato, sin traicionarse ante los piratas, los cuales tenían que creer que embarcaban a un joven gentilhomme.

Habían subido al navío, Ferrante había controlado que todo estuviera dispuesto para zarpar y, en cuanto se levó el ancla, bajó al camarote que había hecho preparar para el huésped.

Aquí ella lo aguardaba, con ojos que no pedían sino ser amados, en la fluyente exultación de sus cabellos ahora libres sobre los hombros, dispuesta al más gozoso de los sacrificios. Oh, en tu crespa tempestad de oro undoso, nado golfos de luz ardiente y pura, sediento de hermosura, se derretía Roberto en lugar de Ferrante...

Sus rostros se habían acercado para recoger mieses de besos de una antigua simiente de suspiros, y en aquel instante, Roberto bebió con el pensamiento aquel labio de rosa encarnada. Ferrante besaba a Lilia, y Roberto se figuraba en el acto y en el escalofrío de morder aquel verídico coral. Pero, a ese punto, sentía que ella se le escapaba como un soplo de viento, perdía su tibieza que había creído advertir por un instante, y la veía gélida en un espejo, en otros brazos, en un tálamo lejano, en otra nave.

Para defender a los amantes hizo descender una cortinilla de avara transparencia, y aquellos cuerpos ya descubiertos eran libros de solar nigromancia, cuyos acentos sagrados revelábanse a dos solos elegidos, que silabeábanse el uno al otro boca a boca.

La nave se alejaba veloz, Ferrante prevalecía. Ella amaba en él a Roberto, en cuyo corazón estas imágenes se precipitaban como candil en haz de leña seca.

MONÓLOGO SOBRE LA PLURALIDAD DE LOS MUNDOS

Nos acordaremos —espero, pues Roberto había tomado de los novelistas de su siglo la costumbre de contar tantas historias juntas que a un cierto punto es difícil volver a reanudar los hilos— de que de su primera visita al mundo de los corales nuestro héroe había traído el «sosia de una piedra», que le había parecido una calavera, quizá la del padre Caspar.

Ahora, para olvidar los amores de Lilia y de Ferrante, estaba sentado en la puente, a la puesta del sol, contemplando aquel objeto y estudiando su textura.

No parecía una calavera. Era más bien una colmena mineral compuesta de polígonos irregulares, pero los polígonos no eran las unidades elementales de aquel tejido: cada polígono mostraba en su mismo centro una simetría irradiante de hilos finísimos entre los cuales aparecían, si se aguzaba la vista, resquicios que quizá formaban otros polígonos y, si el ojo hubiere podido penetrar aún más allá, habría divisado, a lo mejor, que los lados de aquellos pequeños polígonos estaban formados a su vez por otros polígonos más pequeños aún, hasta que, dividiendo las partes en partes de partes, se hubiera llegado al momento en el que habríase detenido ante aquellas partes no seccionables ulteriormente, que son los átomos. Visto que Roberto no sabía hasta qué punto se habría podido dividir la materia, no tenía claro hasta dónde su ojo —por desgracia no linceo, ya que no poseía aquella lente con la que Caspar habría sabido determinar incluso los animalúnculos de la peste— habría podido descender en abismo y seguir encontrando nuevas formas dentro de las formas intuidas.

También la cabeza del abate, como gritaba aquella noche Saint-Savin durante el duelo, podía ser un mundo para sus piojos, ¡oh cómo, ante aquellas palabras, Roberto había pensado en el mundo en el que vivían, felicísimos insectos, los piojos de Anna Maria (o Francesca) Novarese! Pero visto que tampoco los piojos son átomos, sino universos sin término para los átomos que los componen, quizá dentro del cuerpo de un piojo hay aún otros animales más pequeños que viven en ellos como en un mundo espacioso. Y quizá mi misma carne, pensaba Roberto, y mi sangre, no están sino entretejidas de diminutos animales, que moviéndose me prestan el movimiento, dejándose conducir por mi voluntad que sírveles de cochero. Y mis animales están preguntándose, sin duda, dónde los conduciré yo ahora, sometiéndoles a la alternación

de la fresca marina y de los rigores solares, y perdidos en este vaivén de inconstantes climas, están tan igualmente inseguros de su destino como yo lo estoy.

¿Y si en un espacio igualmente limitado sintiéranse arrojados otros animales aún más minúsculos que viven en el universo de éstos de los que ya he dicho?

¿Por qué no debería pensarlo? ¿Sólo porque jamás he sabido nada dello? Como me decían mis amigos de París, quien estuviere en la torre de Notre-Dame y mirare de lejos el barrio de Saint-Denis no podría pensar jamás que aquella mancha incierta está habitada por seres semejantes a nosotros. Nosotros vemos Júpiter, que es grandísimo, pero desde Júpiter no nos ven, y no pueden pensar siquiera en nuestra existencia. Y apenas ayer ¿habría podido sospechar que bajo el mar, no en un planeta lejano, o en una gota de agua, sino en una parte de nuestro mismo universo, existiera Otro Mundo?

Y por otra parte, ¿qué sabía él hace aún pocos meses de la Tierra Austral? Habría dicho que era el capricho de geógrafos heréticos, y quién sabe si en estas islas en los tiempos pasados no habrán quemado algún filósofo suyo que sostenía guturalmente que existen el Monferrato y Francia. Con todo y con eso aquí estoy yo, ahora, y es menester creer que las Antípodas existen. Y que, contrariamente a la opinión de hombres un tiempo sapientísimos, yo no camino con la cabeza hacia abajo. Sencillamente, los habitantes de este mundo ocupan la popa, y nosotros la proa de un mismo bajel en el que, sin saber nada los unos de los otros, estamos embarcados todos.

Así el arte de volar es aún desconocido, y sin embargo, si prestamos atención a un tal señor Godwin del que me hablaba el doctor D'Igby, un día se irá a la luna, como se ha ido a América, aunque antes de Colón nadie sospechaba que existiera aquel continente, ni que se pudiese llamar un día así.

El ocaso había cedido a la tarde, y luego a la noche. La luna. Roberto la veía ahora llena en el cielo, y podía vislumbrar sus manchas, que los niños y los ignorantes entienden ser los ojos y la boca de un semblante apacible.

Para provocar al padre Caspar (¿en qué mundo, en qué planeta de justos estaba ahora el querido anciano?), Roberto habíale hablado de los habitantes de la luna. ¿Mas puede estar la luna habitada realmente? Por qué no, era como Saint-Denis: ¿qué saben los humanos del mundo que puede existir allá abajo?

Argumentaba Roberto: si estando sobre la luna arrojara una piedra hacia arriba, ¿precipitaría acaso en la tierra? No, volvería a caer sobre la luna. Así pues, la luna, como cualquier otro planeta o estrella que fuere, es un universo que tiene un centro y una circunferencia propios, y este centro atrae a todos los cuerpos que viven en la

esfera de dominio de ese mundo. Como le acaece a la tierra. Y entonces ¿por qué no podría sucederle también a la luna todo lo demás que le pasa a la tierra?

Hay una atmósfera que envuelve la luna. El domingo de ramos de hace cuarenta años ¿no ha visto alguien, hanme dicho, nubes sobre la luna? ¿No se ve en aquel planeta un gran temblor ante la inminencia de un eclipse? ¿Y qué es esto sino la prueba de que hay aire? Los planetas evaporan, y también las estrellas: ¿qué son, si no, las manchas que se dice están en el sol, de las que se generan estrellas fugaces?

Y sin duda en la luna hay agua. ¿Cómo explicar, si no, sus manchas, salvo como la imagen de lagos (tanto que alguien ha sugerido que estos lagos son artificiales, obra casi humana, tan bien dibujados están y distribuidos a igual distancia)? Otrosí, si la luna hubiere sido concebida solamente como un gran espejo que sirve para reflejar sobre la tierra la luz del sol, ¿por qué el Creador habría tenido que embadurnar ese espejo con manchas? Las manchas no son imperfecciones, pues, sino perfecciones, y por tanto estanques, o lagos, o mares. Y si allá arriba hay agua y hay aire, hay vida.

Una vida acaso diferente de la nuestra. A lo mejor esa agua tiene el gusto (¿qué sé yo?) de ororuz, de cardamomo, o de pimienta. Si hay infinitos mundos, ésta es prueba del infinito ingenio del Ingeniero de nuestro universo, mas entonces no hay límite a este Poeta. Él puede haber creado mundos habitados por doquier, por criaturas siempre diferentes. Quizá los habitantes del sol son más solares, claros e iluminados que los habitantes de la tierra, los cuales son pesados de materia, y los habitantes de la luna están a medias. En el sol viven seres todo forma, o Acto como quiérase llamarlo; en la tierra seres hechos de meras Potencias que evolucionan; y en la luna seres que están *in medio fluctuantes*, que es decir harto lunáticos...

¿Podríamos vivir en el aire de la luna? A lo mejor no, a nosotros nos daría vértigo; por otra parte, los peces no pueden vivir en el nuestro, ni los pájaros en el de los peces. Aquel aire tiene que ser más puro que el nuestro, y visto que el nuestro, a causa de su densidad, hace el oficio de una lente natural que filtra los rayos del sol, los Selenitas verán el sol con muy otra evidencia. El alba y el crepúsculo, que nos iluminan cuando el sol no está todavía o ya no está, son un regalo de nuestro aire que, rico de impurezas, captura y transmite su luz; es luz que no deberíamos tener y que nos es otorgada en sobreabundancia. Y, actuando de esta sazón, aquellos rayos nos preparan a la adquisición y a la pérdida del sol poco a poco. Quizá en la luna, al tener un aire más fino, tienen días y noches que llegan de improviso. El sol se levanta repentinamente en el horizonte como al abrirse de un telón. Luego, de la luz más viva,

ahí los tienes, cayendo de golpe en la obscuridad más bituminosa. Y la luna carecería de arco iris, que es un efecto de los vapores entremezclados con el aire. Pero quizá por las mismas razones no tienen ni lluvia ni truenos ni rayos.

¿Y cómo serán los habitantes de los planetas más cercanos al sol? Fogosos como los moros, aunque hartos más espirituales que nosotros. ¿De qué tamaño verán el sol? ¿Cómo pueden soportar su luz? ¿Acaso allá abajo los metales se funden en la naturaleza y fluyen en ríos?

¿De verdad existen infinitos mundos? Por una cuestión de ese tipo en París nació un duelo. El Canónigo de Digne decía que no sabía. Es decir, el estudio de la física inclinábale a decir que sí, bajo la guía del gran Epicuro. El mundo no puede ser sino infinito. Átomos que se agolpan en el vacío. Que los cuerpos existen, nos lo atestigua la sensación. Que el vacío existe nos lo atestigua la razón. ¿Cómo y dónde podrían moverse si no los átomos? Si no existiere el vacío no habría movimiento, a menos que los cuerpos se penetren entre ellos. ¡Sería ridículo pensar que cuando una mosca empuja con el ala una partícula de aire, ésta desplaza otra ante sí, y ésta otra aún, de suerte que la agitación de la patita de una pulga, desplaza que desplaza, llegara a producir un chichón en el otro extremo del mundo!

Otrosí, si el vacío fuere infinito, y el número de los átomos finito, estos últimos no cesarían de moverse por doquier, no se hurtarían jamás mutuamente (como dos personas jamás se encontrarían, sino por impensable azar, cuando vagamundearan por un desierto sin fin), y no producirían sus compuestos. Y si el vacío fuere finito y los cuerpos infinitos, aquél no tendría lugar para contenerlos.

Naturalmente, bastaría con pensar en un vacío finito habitado por átomos en número finito. El Canónigo me decía que ésta es la opinión más prudente. ¿Por qué querer que Dios esté obligado como un autor de farándula a producir infinitos espectáculos? Él manifiesta su libertad, eternamente, a través de la creación y el sustentamiento de un solo mundo. No hay argumentos contra la pluralidad de los mundos, pero no los hay ni siquiera a favor. Dios, que está antes del mundo, ha creado un número suficiente de átomos, en un espacio suficientemente amplio, para componer la propia obra de arte. De su infinita perfección forma parte también el Genio del Límite.

Para ver si y cuántos mundos pueden tener cabida en una cosa muerta, Roberto había ido al pequeño museo del *Daphne*, y había alineado en la puente, ante sí como tantos astrágalos, todas las cosas muertas que había encontrado, fósiles, guijarros, raspas; movía el ojo de la una a la otra, sin dejar de reflexionar a trochemoche sobre el

Azar y sobre los azares.

¿Quién me dice (decía) que Dios tiende al límite, si la experiencia me revela continuamente otros y nuevos mundos, ya sea arriba ya sea abajo? Podría entonces darse que no Dios sino el mundo sea eterno e infinito, y siempre haya sido y siempre así sea, en un infinito recomponerse de sus átomos infinitos en un vacío infinito, según algunas leyes que aún ignoro, por imprevisible mas regulado proceder de los átomos que, si no, irían a tontas y a locas. Y entonces el mundo sería Dios. Dios nacería de la eternidad como universo sin lindes, y yo estaría sometido a su ley, sin saber cuál es.

Necio, dicen algunos: puedes hablar de la infinidad de Dios porque no estás llamado a concebirla con tu mente, sino solamente a creer en ella, como se cree en un misterio. Mas si quieres hablar de filosofía natural, este mundo infinito tendrás que concebirlo de algún modo, y no puedes.

Quizá. Pero pensemos entonces que el mundo está lleno y es finito. Intentemos concebir la nada que existe después de que el mundo tenga fin. Cuando pensamos en esa nada, ¿podemos acaso imaginárnosla como un viento? No, porque debería ser de verdad nada, ni siquiera viento. ¿Es concebible, en términos de filosofía natural, no de fe, una nada interminable? Es hartó más fácil imaginarse un mundo que se extiende allende el horizonte, así como los poetas pueden imaginar hombres cornudos, o peces con dos colas, por composición de partes ya conocidas: no hay más que añadirle al mundo, allá donde creemos que acaba, otras partes (una extensión hecha aún y siempre de agua y tierra, astros y cielos) parecidas a las que ya conocemos. Sin límite.

Que si luego el mundo fuere finito, pero la nada, en cuanto es nada, no pudiere ser, ¿qué quedaría más allá de los confines del mundo? El vacío. Y he aquí que para negar el infinito afirmaríamos el vacío, que no puede ser sino infinito, si no, a su término, deberíamos pensar de nuevo en una nueva e impensable extensión de nada. Y entonces, mejor pensar enseguida y libremente en el vacío, y poblarlo de átomos, salvo pensarlo como vacío que más vacío no se puede.

Roberto estaba gozando de un gran privilegio, que daba sentido a su desahucio. Ahí lo tenemos, teniendo la prueba evidente de la existencia de otros cielos y, al mismo tiempo, sin tener que subir más allá de las esferas celestes, adivinando muchos mundos en un coral. ¿Era necesario calcular en cuántas figuras los átomos del universo podían componerse —y quemar en la hoguera a los que decían que su número no era finito—, cuando habría bastado con meditar durante años sobre uno de aquellos objetos marinos para entender cómo la desviación de un solo átomo, ya fuere querida por Dios o estimulada por el Azar, podía dar vida a insospechadas Vías Lácteas?

¿La Redención? Argumento falso, antes bien, protestaba Roberto, que no quería

tener disgustos con los próximos jesuitas que hubiere encontrado, argumento de quien no sabe pensar la omnipotencia del Señor. ¿Quién puede excluir que, en el plano de la creación, el pecado original se haya realizado al mismo tiempo en todos los universos, de modos diferentes e inopinados, y sin embargo, el uno al otro instantáneos, y que Cristo haya muerto en la cruz para todos, Selenitas, Sirios, y Coralinos que vivían en las moléculas desta piedra horadada, cuando ella estaba aún viva?

En verdad, Roberto no estaba convencido de sus argumentos; componía un plato hecho de demasiados ingredientes, es decir, estaba en un solo razonamiento cosas oídas en varias partes; y no estaba tan desapercibido para no dar en la cuenta dello. Por tanto, después de haber derrotado a un posible adversario, volvía a dar la palabra e identificábase con sus objeciones.

Una vez, a propósito del vacío, el padre Caspar lo había puesto a callar con un silogismo al que no había sabido responder: el vacío es no ser, pero el no ser no es, ergo el vacío no es. El argumento era bueno, porque negaba el vacío aun admitiendo que se pudiera pensarlo. En efecto, se pueden pensar perfectamente cosas que no existen. ¿Puede una quimera que zumba en el vacío comer intenciones segundas? No, porque la quimera no existe, en el vacío no se oye ningún zumbido, las intenciones segundas son cosas mentales y uno no se alimenta de una pera pensada. Y no obstante pienso en una quimera incluso si es quimérica y, es decir, no es. Igual con el vacío.

Roberto se acordaba de la respuesta de un muchacho de diecinueve años, que un día en París había sido invitado a una reunión de sus amigos filósofos, porque se decía que estaba proyectando una máquina capaz de hacer cálculos aritméticos. Roberto no había entendido bien cómo debía funcionar la máquina, y había considerado a aquel mancebo (quizá por acrimonia) demasiado apagado, demasiado triste y demasiado sabihondo para su edad, mientras sus amigos libertinos le estaban enseñando que se puede ser sabio de manera jocosa. Y tanto menos había soportado que, llegados a hablar del vacío, el joven hubiera querido decir la suya, y con cierto descaro:

—Se ha hablado demasiado del vacío, hasta ahora. Ahora es menester demostrarlo a través de la experiencia.

Y lo decía como si aquel deber le hubiera de tocar un día a él.

Roberto le había preguntado en cuáles experiencias pensaba, y el muchacho había dicho que todavía no lo sabía. Roberto, para mortificarle, había propuesto todas las objeciones filosóficas de las que tenía conocimiento: si el vacío fuera, no sería materia (que es plena), no sería espíritu, porque no se puede concebir un espíritu que sea

vacío, no sería Dios, porque carecería incluso de sí, no sería ni substancia ni accidente, transmitiría la luz sin ser hialino... ¿Qué sería entonces?

El muchacho había contestado con humilde gallardía, teniendo los ojos bajos:

—Quizá sería algo a medias entre la materia y la nada, y no participaría ni de la una ni de la otra. Diferiría de la nada por su dimensión, de la materia por su inmovilidad. Sería un casi no ser. No suposición, no abstracción. Sería. Sería (¿cómo podría decir?) un hecho. Puro y simple.

—¿Qué es un hecho puro y simple, falto de toda determinación? —había preguntado con jactancia escolástica Roberto, que por lo demás sobre el argumento no tenía prevenciones, y quería decir él también sabihondeces.

—No sé definir lo que es puro y simple —había contestado el joven—. Por otra parte, señor, ¿cómo definiríais el ser? Para definirlo haría falta decir que es algo. Así pues, para definir el ser es menester decir ya *es*, y así usar en la definición el término por definir. Yo creo que hay términos imposibles de definir, y quizá el vacío es uno éstos. Pero quizá me equivoque.

—No se equivoca, el vacío es como el tiempo —había comentado uno de los amigos libertinos de Roberto—. El tiempo no es el número del movimiento, porque es el movimiento el que depende del tiempo, y no viceversa; es infinito, increado, continuo, no es accidente del espacio... El tiempo es, y basta. El espacio es, y basta. Y el vacío es, y basta.

Alguien había protestado, diciendo que una cosa que es, y basta, sin tener una esencia definible, es como si no fuera.

—Señores —dijo entonces el Canónigo de Digne—, es verdad, el espacio y el tiempo no son ni cuerpo ni espíritu, son inmateriales, si quieren, pero esto no quiere decir que no sean reales. No son accidente y no son substancia, y con todo, han llegado antes de la creación, antes de toda substancia y de todo accidente, y seguirán existiendo después de la destrucción de toda substancia. Son inalterables e invariables, cualquier cosa les metan Vuestras Mercedes dentro.

—Mas —objetó Roberto—, el espacio es, con todo, extenso, y la extensión es una propiedad de los cuerpos...

—No —rebató el amigo libertino—, el hecho de que todos los cuerpos sean extensos no significa que todo lo que es extenso es cuerpo, como querría ese cierto señor, que parece ser que no se digna de contestarme porque por lo visto no quiere ya volver de Holanda. La extensión es la disposición de todo lo que es. El espacio es extensión absoluta, eterna, infinita, increada, inconscriptible, incircunscrita. Como el tiempo, es sin ocaso, incesable, inevanescente, es una fénix arábica, una serpiente que

se muerde la cola...

—Señor —dijo el Canónigo—, no pongamos ahora el espacio en el lugar de Dios...

—Señor —le contestó el libertino—, no puede sugerirnos ideas que todos consideramos verdaderas, y luego pretender que no saquemos sus últimas consecuencias. Sospecho que, en este punto, no tenemos ya necesidad de Dios ni de su infinidad, pues tenemos ya bastantes infinitos por todas partes que nos reducen a una sombra que dura un solo instante sin regreso. Y entonces, propongo que proscribamos todo temor, y vayamos todos a una taberna.

El Canónigo, meneando la cabeza, se despidió. Y también el joven, que parecía muy turbado por aquellos discursos, con el rostro gacho excusóse y pidió licencia de volver a casa.

—Pobre muchacho —dijo el libertino—, él construye máquinas para contar el finito, y nosotros lo hemos aterrorizado con el silencio eterno de demasiados infinitos. *Voilà*, he aquí el final de una bella vocación.

—No aguantará el golpe —dijo otro de los pirronianos—, intentará ponerse en paz con el mundo, ¡y acabará entre los jesuítas!

Roberto pensaba ahora en aquel diálogo. El vacío y el espacio eran como el tiempo, o el tiempo como el vacío y el espacio; ¿y no era, por tanto, pensable que, como existen espacios siderales donde nuestra tierra parece una hormiga, y espacios como los mundos del coral (hormigas de nuestro universo), y aun así todos el uno dentro del otro, asimismo no hubiera universos sometidos a tiempos diferentes? ¿No se ha dicho que en Júpiter un día dura un año? Deben existir, pues, universos que viven y mueren en el espacio de un instante, o sobreviven más allá de cualquier capacidad nuestra de calcular tanto las dinastías chinas como el tiempo del Diluvio. Universos donde todos los movimientos y las respuestas a los movimientos no toman los tiempos de las horas y de los minutos sino el de los milenios, otros en donde los planetas nacen o mueren en un abrir y cerrar de ojos.

¿No existía quizá, a no mucha distancia, un lugar donde el tiempo era ayer?

Quizá él había entrado ya en uno de estos universos donde, desde el momento en el que un átomo de agua había empezado a corroer la corteza de un coral muerto, y éste había empezado ligeramente a resquebrajarse, habían pasado tantos años como desde el nacimiento de Adán hasta la Redención. ¿Y no estaba él viviendo el propio amor en este tiempo, donde Lilia, y la Paloma Naranjada, habíanse convertido en algo para

cuya conquista tenía a su disposición el tedio de los siglos? ¿No estaba disponiéndose acaso a vivir en un infinito futuro?

A tantas y tales reflexiones encontrábase impelido un joven gentilhomme que desde hacía poco había descubierto los corales... Y quién sabe dónde habría llegado si hubiera tenido el espíritu de un verdadero filósofo. Pero Roberto filósofo no era, sino amante infeliz recién emergido de un viaje, a fin de cuentas no coronado aún por el éxito, hacia una Isla que le esquivaba entre las álgidas brumas del día de antes.

Era, no obstante, un amante que, aunque educado en París, no había olvidado su vida de campo. Por ello dio en concluir que el tiempo en el que estaba pensando podía extenderse de mil maneras como harina empastada con yemas de huevo, tal y como había visto hacer a las mujeres en la Griva. No sé por qué a Roberto le había venido a las mientes este símil: quizá el demasiado pensar le había excitado el apetito, o, aterrorizado él también por el silencio eterno de todos aquellos infinitos, habría querido hallarse de nuevo en casa, en la cocina materna. Y no necesitó mucho para pasar al recuerdo de otras golosinas.

Bien, había pasteles rellenos de pajarillos, liebreccillas y faisanes, que es casi como decir que pueden existir tantos mundos el uno junto al otro o el otro dentro del uno. La madre aderezaba también aquellas tartas que llamaba a la tudesca, con más estratos o capas de fruta, entreverados por mantequilla, azúcar y canela. Y de aquella idea había pasado a inventar una torta salada, donde entre varios estratos de pasta ponía ahora un estrato de jamón, ahora de huevos duros cortados en tajaditas, o de verdura. Y esto hacía pensar a Roberto que el universo podría ser una tartera en la que se cocían al mismo tiempo historias diferentes, cada una con su tiempo, quizá todas con los mismos personajes. Y como en la torta los huevos que están debajo no saben qué acaece, allende la hoja de pasta, a sus hermanos o al jamón que están encima, así en un estrato del universo un Roberto no sabía qué hacía el otro.

De acuerdo, no es una gran manera de razonar, y por añadidura con la tripa. Pero es evidente que él tenía ya en la cabeza el punto al que quería llegar: en aquel mismo momento muchos diferentes robertos habrían podido hacer cosas diferentes, y quizá con nombres diferentes.

¿Acaso también con el nombre de Ferrante? Y entonces, la que él creía la historia, que inventaba, del hermano enemigo, ¿no era acaso la oscura percepción de un mundo en el que a él, Roberto, le estaban sucediendo acontecimientos otros del que estaba viviendo en aquel tiempo y en aquel mundo?

Ea, se decía, desde luego, habrías querido ser tú el que vivía lo que vivió Ferrante cuando el *Tweede Daphne* puso las velas al viento. Esto pasa, ya se sabe, porque existen, como decía Saint-Savin, pensamientos en los que no se piensa de ninguna manera, que impresionan el corazón sin que el corazón (ni tampoco la mente) dé en la cuenta; y es inevitable que algunos de estos pensamientos —que a veces no son sino ansias oscuras, y ni siquiera tan oscuras— se introduzcan en el universo de una Novela que tú crees concebir por el gusto de poner en escena los pensamientos de los demás... Pero yo soy yo, y Ferrante es Ferrante, y ahora me lo demuestro haciéndole correr aventuras de las que yo no podría ser de ninguna manera el protagonista. Y que, si en un universo se desarrollan, es el de la Fantasía, que no es paralelo a ninguno.

Y se complació, durante aquella noche entera, olvidado de los corales, en concebir una aventura que le habría conducido, con todo, una vez más, a la más lacerada de las delicias, al más exquisito de los sufrimientos.

EL VIAJE ENTRETENIDO

Ferrante habíale contado a Lilia, ya dispuesta a creer cualquier falsedad que viniera de aquellos labios amados, una historia casi verdadera, excepto que él tomaba el papel de Roberto y Roberto el suyo; y habíala convencido de que gastara todas las joyas de un cofrecillo que ella había llevado consigo para encontrar al usurpador y arrancarle un documento de capital importancia para los destinos del Estado, que aquél habíale arrebatado, y devolviendo el cual, él habría podido obtener el perdón del Cardenal.

Después de la fuga de las costas francesas, la primera escala del *Tweede Daphne* había sido en Amsterdam. Allá Ferrante podía encontrar, como doble espía que era, quien le revelara algo sobre un navío llamado *Amarilis*. Fuere lo que fuere lo que hubiera sabido, de allí a pocos días estaba en Londres para buscar a alguien. Y el hombre a quien encomendarse no podía ser sino un infiel de su raza, dispuesto a traicionar a aquéllos por los que traicionaba.

Y ahí tenemos a Ferrante, después de haber recibido de Lilia un diamante de gran pureza, entrar de noche en una zahúrda en la que le acoge un ser de sexo incierto, que quizá había sido eunuco con el turco, de rostro lampiño y boca tan pequeña que habríase dicho que sonreía sólo moviendo la nariz.

La cámara en la que se tapujaba era espantosa por los hollines de una pila de huesos que quemaban a fuego mortecino. En un rincón colgaba ahorcado por los pies un cadáver desnudo, que por la boca secretaba un jugo color de ortiga en una escudilla de oricalco.

El eunuco reconoció en Ferrante a un hermano en el delito. Oyó la pregunta, vio el diamante, y traicionó a sus amos. Condujo a Roberto a otra cámara, que parecía la apoteca de un boticario, llena de barrilejos de barro, de vidrio, de arambre, de estaño. En ellos todo eran sustancias que podían usarse para parecer diferentes de lo que se era, tanto por viejas feas que quisieren parecer bellas y jóvenes, como por picaros que quisieran mudar el aspecto: afeites cocidos, unturillas, rasuras de gamones, cortezas de espantalobos, y otras sustancias que adelgazaban los cueros, hechas con tuétano de corzo y aguas de madre selva. Tenía lejías para enrubiar, de carrasca, de centeno, de marrubios, con salitre, con alumbre, y millifolia; o untos y mantecas para cambiar de tez, de vaca, de oso, de caballos y de camellos, de culebras y de conejo, de ballena, de alcaraván y de gamo y de gato montes, de nutria. Y aún aceites para el rostro, de

estoraque, de limón, de piñones, de menjuy, de alfócigos, de arvejas y de carillas, y un anaquel de vejigas para los virgos de las pecadoras. Y en otro apartado tenía para remediar amores y para quererse bien. Tenía lenguas de víbora, cabezas de codornices, sesos de asno, haba morisca, pie de tejón, la piedra del nido del águila, corazones de cera llenos de agujas quebradas, y otras cosas en barro y en plomo hechas, muy espantables al ver.

En medio de la cámara había una mesa, y encima una bacía cubierta por un paño ensangrentado, que el eunuco le indicó con aire de entendimiento. Ferrante no comprendía, y aquél le dijo que había llegado precisamente ante quien hacía a su caso. Y en efecto, el eunuco no era otro sino aquél que había herido al perro del doctor Byrd, y que cada día, a la hora convenida, templando en el agua de vitriolo el paño empapado con la sangre del animal, o acercándolo al fuego, transmitía al *Amarilis* las señales que Byrd esperaba.

El eunuco contó todo sobre el viaje de Byrd, y de los puertos que habría tocado a buen seguro. Ferrante, que en verdad poco o nada sabía del negocio de las longitudes, no podía imaginar que Mazarino hubiera enviado a Roberto a aquella nave sólo para descubrir algo que a él le resultaba patente, y había concluido que en verdad Roberto hubiere de revelar después al Cardenal la ubicación de las Islas de Salomón.

Juzgaba el *Tweede Daphne* más rápido que el *Amarilis*, confiaba en su propia fortuna, pensaba que habría alcanzado fácilmente el navío de Byrd cuando, habiéndose llegado éste a las Islas, habría podido tomar por interpresa fácilmente al marinaje en tierra, asolarlo (Roberto incluido), y luego disponer a su voluntad de aquella tierra, de la que habría sido el único descubridor.

Fue el eunuco el que le sugirió la manera de proceder sin errar el rumbo: habría bastado con que se hubiera herido otro perro, y que él cada día hubiera actuado sobre una catadura de su sangre, como hacía para el perro del *Amarilis*, y Ferrante habría recibido los mismos mensajes cotidianos que recibía Byrd.

Partiré inmediatamente, dijo Ferrante; y ante la advertencia del otro, de que antes era menester encontrar un perro: «Tengo muy otro perro a bordo», exclamó. Condujo al eunuco al navío y se aseguró de que entre la chusma estuviera el barbero, experto en flebotomía y otros quehaceres parecidos.

—¡Yo, capitán —afirmó uno que habíase salvado de cien finibusterrae y de mil vueltas de cordel—, cuando se pirateaba, corté más brazos y piernas a mis compañeros que enemigos hiriese!

Descendido que fue a la bodega, Ferrante encadenó a Biscarat a dos palos entrecruzados; luego, con su propia mano, con un puñal practicóle profundamente una

incisión en el costado. Mientras Biscarat gañía quedo, el eunuco recogía la sangre que goteaba con un trapo, que guardó en una talega. A continuación, explicó al barbero cómo habría debido actuar para mantener la llaga abierta durante todo el curso del viaje, sin que el herido muriera, pero sin que ni siquiera sanare.

Después de este nuevo delito, Ferrante dio orden de izar velas hacia las Islas de Salomón.

Habiendo narrado este capítulo de su novela, Roberto experimentó disgusto, y sentíase cansado, él, y quebrantado, por el esfuerzo de tantas malas acciones.

No quiso seguir imaginando la continuación y escribió más bien una invocación a la Naturaleza, para que —al igual que una madre, que quiere obligar al niño a que duerma en la cuna, le extiende por encima un paño y lo cubre con una pequeña noche— extendiera la gran noche sobre el planeta. Rogó que la noche, substrayéndole todas las cosas a la vista, invitare sus ojos a cerrarse; que, junto con la obscuridad, viniera el silencio; y que así como, al asomar del sol, leones, osos y lobos (a los cuales como a los ladrones y los asesinos, la luz es odiosa) corren a guarecerse dentro de las cuevas donde tienen refugio y franquicia, así por lo contrario, habiéndose retirado el sol detrás del occidente, se retrayere todo el estruendo y el tumulto de los pensamientos. Que, una vez muerta la luz, desfallecieren en él los espíritus que con la luz se vivifican, y se hiciera reposo y silencio.

Al soplar sobre la lantia sus manos fueron iluminadas sólo por un rayo lunar que penetraba del exterior. Se levantó una niebla desde su estómago al cerebro y, recayendo sobre los párpados, los cerró, de suerte que el espíritu no se asomara ya para ver objeto alguno que lo distrajera. Y del durmieron no solamente los ojos y las orejas, sino también las manos y los pies, salvo el corazón, que jamás reposa.

¿Duerme en el sueño también el alma? Por desgracia no, que ella permanece en vela, sólo que se retira detrás de una cortina, y hace teatro: entonces los fantasmas matachines salen al palco y hacen una comedia, tal cual la haría una compañía de faranduleros borrachos o locos, tan desnaturalizadas parecen las figuras, y extrañas las vestiduras, e indecentes los portes, fuera de propósito las situaciones y descomedidos los discursos.

Como cuando se corta en más partes un cientopies, que las partes liberadas corren cada una no se sabe dónde, porque excepto la primera, que conserva la cabeza, las otras no ven; y cada una, como una lombriz intacta, se marcha con esos sus cinco o seis pies que le han quedado, y se lleva ese trozo de alma que es suyo. Igualmente en los

sueños, se ve asomar del tallo de una flor el cuello de una grulla acabada en una cabeza de zambo, con cuatro cuernos de caracol que echan fuego, o florecer en la barbilla de un viejo una cola de pavón como barba; y a otro los brazos parecen vides enredadas, y los ojos velones en la cáscara de una concha, o la nariz un silbato...

Roberto, que dormía, soñó pues con la continuación del viaje de Ferrante, sólo que lo soñaba en guisa de sueño.

Sueño revelador, quisiera decir. Parece casi que Roberto, después de sus meditaciones sobre los infinitos mundos, no quisiera seguir imaginando una historia que se desarrollaba en el País de las Novelas, sino una historia verdadera de un país verdadero, en el que también él vivía salvo que —así como la Isla estaba en el pasado próximo— su historia pudiera tener lugar en un futuro no lejano en el que fuera satisfecho su deseo de espacios menos breves de aquellos en los que su naufragio le constreñía.

Si había empezado la historia poniendo en escena a un Ferrante de manera, a un Alfiero de *Hecatomythi*, concebido por su resentimiento a causa de una ofensa jamás padecida, ahora, no pudiendo tolerar ver al Otro junto a su Lilia, estaba tomando su lugar y, osando tomar acto de sus pensamientos oscuros, admitía sin ambages que Ferrante era él.

Persuadido ya de que el mundo podía ser vivido por infinitas paralajes, si antes se había erigido en ojo indiscreto que escrutaba las acciones de Ferrante en el País de las Novelas, o en un pasado que había sido también el suyo (que empero había rozado sin que él lo advirtiera, determinando su presente), ahora él, Roberto, se erigía en ojo de Ferrante. Quería gozar con el rival de los acontecimientos que la fortuna habría debido depararle a él.

Corría ahora la navecilla por los líquidos campos y los piratas eran dóciles. Velando sobre el viaje de los dos amantes, limitábanse a descubrir monstruos marinos y, antes de llegar a las costas americanas, habían visto un Tritón. Por lo que era dado ver fuera de las aguas, tenía forma humana, salvo que los brazos eran demasiado cortos con respecto al cuerpo: las manos eran grandes, los cabellos grises y espesos, y llevaba una barba larga hasta el estómago. Tenía ojos grandes y piel áspera. Como fue allegado, pareció dócil y movióse hacia la red. Mas en cuanto sintió que lo atraían hacia la barca, y antes aún de que se hubiera mostrado por debajo del ombligo para revelar si tenía cola de sirena, rompió la red de un golpe, y desapareció. Más tarde se le vio bañarse al sol en un escollo, siempre escondiendo la parte inferior del cuerpo. Mirando el navío movía los brazos como si aplaudiera.

Entrados en el océano Pacífico habían tocado una ínsula donde los leones eran

negros, las gallinas vestidas de lana, los árboles no florecían sino de noche, los peces eran alados, los pájaros escamados, las piedras estaban a nado y las maderas se hundían, las mariposas resplandecían de noche, las aguas embriagaban como vino.

En una segunda ínsula vieron un palacio fabricado de madera empapada, teñido de colores desagradables para el ojo. Entraron, y se encontraron en una sala tapizada con plumas de cuervo. En todas las paredes se abrían hornacinas en las que, en vez de bustos de piedra, se veían hominicos, con el rostro enjuto, que por accidente de naturaleza habían nacido sin piernas.

En un trono asquerosísimo estaba el Rey, que con un gesto de la mano había suscitado un concierto de martillos, taladros que crujían sobre losas de piedra, y cuchillos que chirriaban en platos de porcelana, a cuyo sonido habían aparecido seis hombres todos huesos y pellejo, abominables por la mirada patituerta.

Delante de aquéllos habían aparecido unas mujeres, tan gordas que más no se podía: habiendo hecho una reverencia a sus compañeros, dieron principio a un baile que hacía destacarse deformidades y tullimientos. Entonces hicieron irrupción seis bravucones que parecían nacidos de un mismo vientre, con narices y bocas tan grandes, y hombros tan gibosos, que más que criaturas parecían mentiras de la naturaleza.

Después de la danza, no habiendo oído todavía palabras y considerando que en aquella isla se hablaría una lengua diferente de la suya, nuestros viajeros intentaron hacer preguntas con gestos, que son una lengua universal con la que se puede comunicar también con los Salvajes. Pero el hombre respondió en una lengua que se parecía más bien a la perdida Lengua de los Pájaros, hecha de gorjeos y trinos, y ellos la comprendieron como si hubiera hablado en su lengua. Entendieron así que, mientras en cualquier otro lugar era apreciada la belleza, en aquel palacio apreciábase solamente la extravagancia. Y que tanto debían esperarse si seguían aquel viaje suyo por tierras donde está abajo lo que en otros lugares está arriba.

Reanudado el viaje, habían tocado una tercera ínsula que parecía desierta, y Ferrante habíase adentrado, solo con Lilia, hacia el interior. Mientras iban, oyeron una voz que les aconsejaba que huyeran: aquélla era la ínsula de los Hombres Invisibles. En aquel mismo instante había muchos a su alrededor, que se enseñaban con el dedo a aquellos dos visitantes que sin ninguna vergüenza ofrecíanse a sus miradas. Para aquel pueblo, en efecto, si uno era mirado se convertía en presa de la mirada de otro, y se perdía el propio natural, transformándose en lo inverso de sí mismo.

En una cuarta ínsula, encontraron un hombre con los ojos hundidos, la voz sutil, la cara que era una sola arruga, pero con colores frescos. La barba y los cabellos eran finos como algodón, el cuerpo tan entumecido que si precisaba darse la vuelta tenía

que girar sobre sí mismo completamente. Y dijo que tenía trescientos y cuarenta años, y en aquel tiempo había renovado tres veces su juventud, habiendo bebido el agua de la Fuente Bórica, que se halla precisamente en aquella tierra y alarga la vida, aunque no más de sus trescientos y cuarenta años; por lo cual, de allí a poco, habría muerto. Y el viejo invitó a los viajeros a que no buscaran la fuente: vivir tres veces, convirtiéndose primero en el doble y luego en el triple de sí mismo, era causa de grandes congojas, y al final uno no sabía ya quién era. No sólo: vivir los mismos dolores tres veces era una pena, pero mayor pena era volver a vivir las mismas alegrías. La alegría de la vida nace del sentimiento de que tanto delicia como congoja son de breve duración, y míseros de nosotros si llegamos a saber que gozamos de una eterna beatitud.

Mas el Mundo Antípoda era bello por su variedad y, navegando aún por mil millas, encontraron una quinta ínsula, que era toda un pulular de estanques; y cada habitante pasaba la vida de hinojos contemplándose, considerando que quien no es visto es como si no fuera, y que si hubieran apartado la mirada, cesando de verse en el agua, habrían muerto.

Llegáronse luego a una sexta ínsula, aún más al oeste, donde todos hablaban incesantemente entre ellos, el uno contándole al otro lo que él quería que fuere e hiciera, y viceversa. Aquellos isleños, pues, podían vivir sólo si eran narrados; y cuando un transgresor contaba de los demás historias desagradables, obligándoles a vivirlas, los otros no contaban ya nada del, y así moría.

Mas su problema era inventar para cada uno una historia diferente: en efecto, si todos hubieran tenido la misma historia, ya no habría sido posible distinguirlos entre ellos, porque cada uno de nosotros es lo que sus trabajos han creado. He ahí por qué habían construido una gran rueda, que llamaban Cynosura Lucensis, erguida en la plaza del pueblo. Estaba formada por seis círculos concéntricos que giraban cada uno por su cuenta. El primero estaba dividido en veinte y cuatro escaques o casas cuadradas, el segundo en treinta y seis, el tercero en cuarenta y ocho, el cuarto en sesenta, el quinto en setenta y dos y el sexto en ochenta y cuatro. En los diferentes escaques, según un criterio que Lilia y Ferrante no habían podido entender en tan poco tiempo, estaban escritas acciones (como ir, venir o morir), pasiones (odiar, amar o tener frío), y luego modos, como bien y mal, tristemente o con alegría, y lugares y tiempos, como por ejemplo, en su casa o el mes siguiente.

Haciendo girar las ruedas se obtenían historias como «fue ayer a su casa y se encontró con su enemigo que padecía, y le prestó ayuda» o «vio un animal con siete cabezas y lo mató». Los habitantes sostenían que con aquella máquina podían escribirse o pensarse setecientos y veinte y dos millones de millones de historias

diferentes, y había para dar sentido a la vida de cada uno dellos en los siglos por venir. Lo que a Roberto, agradábale, porque habría podido construirse una rueda de ese tipo y seguir pensado historias incluso si hubiera permanecido en el *Daphne* diez mil años.

Eran muchos y extravagantes descubrimientos de tierras que Roberto bien habría querido descubrir. Pero a un cierto punto de su trasañar quiso para los dos amantes un lugar menos habitado, para que pudieran gozar de su amor.

Hízoles llegar así a una séptima y amenísima playa alegrada por un bosquecillo que surgía precisamente a la ribera del mar. Lo atravesaron y se encontraron en un jardín real, donde, a lo largo de una alameda arbolada que discurría entre prados hermosos de flores, se levantaban muchas fuentes.

Roberto, como si los dos buscaran un refugio más íntimo, y él nuevos padecimientos, hízoles allegarse a un arco florecido, allende el cual penetraron en un pequeño valle donde se mecían los cálamos de una caña palustre bajo un zefirillo que esparcía por el aire una mezcla de perfumes; y de un laguito surtía con paso luciente un hilo de aguas tersas como sartas de aljófares.

Quiso —y me parece que su puesta en escena seguía todas las reglas— que la sombra de una frondosa encina estimulara a los amantes al ágape, y añadió plátanos jocundos, madroños humildes, enebros punzantes, frágiles tamariscos y flexibles tilos que hacían guirnalda a un prado, ilustrado como un tapiz oriental. ¿De qué podía haberlo miniado la naturaleza, pintora del mundo? De negras violas y blancos alhelíes.

Dejó que los dos se abandonaran, mientras una amapola suave levantaba del grave olvido su cabeza adormilada, para abrevarse de aquellos rociados suspiros. Pero luego prefirió que, humillada por tanta belleza, se arrebolara de vergüenza y de afrenta. Como él, Roberto, por lo demás; y deberíamos decir que se lo tenía bien merecido.

Para no ver más aquéllo por lo que tanto habría querido ser visto, entonces Roberto, con su morfeica omnisciencia, subió a dominar la isla entera, donde ahora las fuentes comentaban el milagro amoroso del que se querían prónubas.

Había columnitas, ampollas, redomas de las que salía un solo chorro, o muchos de muchas pequeñas trompas; otras tenían en el ápice como un arca, de cuyas ventanas goteaba una riada, que formaba cayendo un sauce doblemente llorón. Una, como un tronco cilindrico, generaba en la coronilla muchos cilindros menores orientados en diferentes direcciones, casi como un bajel de Malta alado, en dulce batalla de sus

bocas de fuego, que antes regala que destroza vidas su artillería de aguas.

Había algunas empenachadas, otras crinadas y barbudas, con tantas variedades cuantas las estrellas de los Reyes Magos en los belenes, cuya cola sus rociadas imitaban. En una posaba la estatua de un muchacho que con la izquierda sostenía una sombrilla, de cuyas nervaduras procedían otros tantos surtidores; pero con la diestra el muchacho tendía su miembrecito, y confundía en una pila su orina con las aguas que venían de la cúpula.

En otra se posaba sobre el capitel un pez con una gran cola que parecía que acabara de tragarse a Jonás, y emanaba cristales tanto por la boca como por dos agujeros que se le abrían encima de los ojos. Y a caballo estaba un amorcillo apercebido de tridente. Una fuente en forma de flor sostenía con su chorro una pelota; otra aún era un árbol cuyas muchas flores hacían cada una girar una esfera, y parecía que muchos planetas se movían el uno alrededor del otro en aquel cielo del agua. Había otra donde una hermosa bóveda de cristal yacía sobre una taza de mármol blanco y en ella se entraban cuatro luces, sitiadas de amenidad mas no ofendidas por el líquido elemento.

Substituyendo el aire con el agua, había algunas en forma de cañas de órgano, que no emitían sonidos sino hálitos licuados, y substituyendo el agua con el fuego, había algunas en forma de candelabro, donde lumbres inflamadas en el centro de la columna que les era sostén arrojaban fulgores sobre las espumas que desbordaban por doquier.

Otra parecía un pavo real, un copete en la cabeza, y una amplia cola abierta, a la cual el cielo suministraba los colores. Por no hablar de algunas que parecían asientos para un peinador de pelucas, y se adornaban de cabelleras cantarinas. En una, un girasol se expandía en escarcha. Y otra tenía el rostro mismo del sol finamente esculpido, cincelada de piquitos la circunferencia, de suerte que el astro no derramaba rayos, sino frescura.

En una volteaba un cilindro que eyaculaba la fama de estas linfas por una serie de acanaladuras en espiral. Había unas en forma de boca de león o de tigre, de fauces de grifo, de lengua de serpiente, e incluso de mujer que lloraba tanto de los ojos como de los senos. Y faunos y delfines, unos subiendo el agua y otros que vomitándola abajo la contradecían. Y era todo un manar de seres alados, salpicar de cisnes, regar de trompas de elefantes nilíacos, efundir de ánforas alabastrinas, desvenarse de cornucopias.

Todas visiones que para Roberto, si bien se mira, eran un ir de mal en peor.

Entretanto, en el valle, los amantes ya saciados no tuvieron sino que tender la mano y aceptar de una sarmentosa vid el obsequio de sus tesoros, y una higuera, cual si

quisiera llorar por ternura del espiado connubio, destiló lágrimas de miel, mientras en un almendro, que todo se florecía de gemas, gemía la Paloma Naranjada...

Hasta que Roberto se despertó, empapado de sudor.

—¡Cómo —se decía—, yo he cedido a la tentación de vivir por interposición de Ferrante, mas ahora doy en la cuenta de que es Ferrante el que ha vivido por interposición de mí mismo, y mientras yo forjaba quimeras él vivía de verdad lo que yo le he permitido vivir!

Para enfriar la rabia, y para tener visiones que (aquéllas por lo menos) a Ferrante le eran negadas, habíase movido de nuevo de primera mañana, amarra en el costado y Persona Vitrea sobre el rostro, hacia su mundo de los corales.

LA ETERNIDAD CONSEJERA

Llegado al límite del arrecife, Roberto navegaba con el rostro sumergido entre aquellas logias eternas, pero no conseguía admirar sereno aquellas piedras animadas porque una Medusa las había transformado en roca desanimada. En el sueño, Roberto había visto bien las miradas que Lilia había reservado al usurpador: si aún en el sueño aquellas miradas lo habían inflamado, ahora en el recuerdo lo helaban.

Quiso reapropiarse de su Lilia, nadó hincando el rostro lo más a fondo posible, como si aquel abrazo con el mar pudiera darle la palma que en el sueño había atribuido a Ferrante. No le costó mucho esfuerzo, a su espíritu educado en formar conceptos, imaginarse a Lilia en cada cadencia ondosa de aquel parque sumergido, ver sus labios en cada flor en la que habría querido perderse como una abeja golosa. En transparentes vergeles volvía a encontrar el velo que le había cubierto el rostro las primeras noches, y tendía la mano para levantar aquel reparo.

En esta ebriedad de la razón deploraba que sus ojos no pudieran espaciar todo lo que su corazón quería, y entre los corales buscaba, de la mujer amada, el brazalete, la cofia de red, el zarcillo que le enternecía el lóbulo de la oreja, los collares suntuosos que adornaban su cuello de cisne.

Perdido en la caza dejóse atraer a un cierto punto por un dije que aparecíasele en una grieta, quitóse la máscara, arqueó el dorso, levantó con fuerza las piernas y empujóse hacia el fondo. El empujón había sido excesivo, quiso asirse al borde de un declive, y fue sólo un instante antes de detener los dedos alrededor de una piedra escariosa cuando le pareció ver abrirse un ojo pingüe y soñoliento. En aquel relámpago acordóse de que el doctor Byrd habíale hablado de un Pez Piedra, que anida entre las grutas coralinas para sorprender a cualquier criatura viva con el veneno de sus escamas.

Demasiado tarde: la mano se había posado en la Cosa y un dolor intenso le había atravesado el brazo hasta el hombro. Con un golpe de riñones había conseguido milagrosamente no dar con el rostro y con el pecho encima del Monstruo, mas para detener su inercia había tenido que golpearlo con la máscara. En el choque ésta habíase estrellado, y en cualquier caso había tenido que dejarla. Haciendo fuerza con los pies sobre la roca subyacente, había vuelto a la superficie, mientras por pocos segundos había visto aún a la Persona Vitrea hundirse quién sabe dónde.

La mano derecha y todo el antebrazo estaban hinchados, el hombro habíasele

entumecido; temió desmayarse; encontró la cuerda y con gran pena consiguió gradualmente tirarla, trecho a trecho, con una sola mano. Remontó la escalerilla, casi como la noche de su llegada, sin saber cómo, y como aquella noche se dejó caer en la puente.

Pero ahora el sol ya estaba alto. Con los dientes que le castañeteaban, Roberto se acordó de que el doctor Byrd habíale contado que después del encuentro con el Pez Piedra, la mayoría no se había salvado, pocos habían sobrevivido, y nadie conocía un antídoto contra aquel mal. A pesar de los ojos nublados, intentó examinar la herida: no era más que un arañazo, pero debía haber sido suficiente para hacer penetrar en las venas la mortífera substancia. Perdió los sentidos.

Se despertó con que la fiebre le había subido, y experimentaba una intensa necesidad de beber. Entendió que en aquel extremo del navío, expuesto a los elementos, lejos de comida y bebida, no podía durar. Se arrastró hasta la entrepuentes y llegó al límite entre el paraje de los bastimentos y el recinto de los pollos. Bebió ávidamente de una cubeta de agua, pero sintió que su estómago se le contraía. Se desmayó otra vez, boca abajo en su propio vómito.

Durante una noche agitada por sueños ferales, atribuía sus sufrimientos a Ferrante, que ahora confundía con el Pez Piedra. ¿Por qué quería impedirle el acceso a la Isla y a la Paloma? ¿Era por esto por lo que se había puesto a perseguirle?

Se veía a sí mismo tumbado mirando a otro sí mismo que se sentaba por frente, junto a una estufa, vestido con una ropa de cámara, ocupado en decidir si las manos que se tocaba y el cuerpo que sentía eran suyos. Él, que veía al otro, se sentía los vestidos cautivos del fuego, mientras vestido estaba el otro, y él desnudo; y ya no entendía quién de los dos vivía en la vigilia y quién en el sueño, y pensó que ambos eran, a buen seguro, figuras producidas por su mente. Él no, porque pensaba, luego era.

El otro (¿mas cuál?) a un cierto punto se levantó, y debía de ser el Genio Maligno que le estaba transformando el mundo en sueño, porque ya no era él, sino el padre Caspar. «¡Ha vuelto!», había murmurado Roberto tendiéndole los brazos. Pero aquél no había contestado, ni se había movido. Le miraba. Era sin duda el padre Caspar, mas como si el mar, devolviéndoselo, lo hubiera aderezado y rejuvenecido. La barba cuidada, el rostro jugoso y rosado como el del padre Emanuel, el hábito libre de sietes y cazcarrias. Luego, siempre sin moverse, como un actor que declamara en una lengua impecable, de consumado orador, había dicho con una tétrica sonrisa:

—Es inútil que te defiendas. Ya el mundo entero tiene una sola meta, y es el

infierno.

Había continuado a gran voz como si hablara desde el pulpito de una iglesia:

—¡Sí, el infierno, del cual poco sabéis, tú y todos los que contigo están yendo hacia él con pie desembarazado y ánimo alocado! ¿Vosotros creíais que en el infierno habríais encontrado espadas, puñales, ruedas, navajas, torrentes de azufre, bebidas de plomo líquido, aguas heladas, calderas y parrillas, sierras y mazas, alesnas para sacar ojos, tenazas para arrancar dientes, peines para lacerar costados, cadenas para machacar huesos, bestias que roen, agujones que tensan, cordeles que ahorcan, potros, cruces, garfios y hachas? ¡No! Éstos son tormentos despiadados, sí, mas tales que la mente humana aún puede concebirlos, pues bien que hemos concebido los toros de bronce, los asientos de hierro o el traspasar las uñas con cañas puntiagudas... Vosotros esperabais que el infierno fuera una barbacana hecha de Peces Piedra. ¡No, otras son las penas del infierno, porque no nacen de nuestra mente finita, sino de la infinita de un Dios airado y vengativo, obligado a hacer gala de su furia y a evidenciar que, como tuvo grande la misericordia para absolver, no tiene menor la justicia para castigar! ¡Deberán ser aquestas penas tales que en ellas podamos comprender la desigualdad que corre entre nuestra impotencia y Su omnipotencia!

—En este mundo —seguía diciendo aquel mensajero de la penitencia—, vosotros estáis acostumbrados a ver que para todo mal algún remedio se ha encontrado, y que no hay herida sin su bálsamo, ni tóxico sin su teriaca. Mas no penséis que lo mismo acaece en el infierno. Son allá, es verdad, sumamente molestas las quemaduras, mas no hay mitigación que las haga agradables; abrasadora la sed, mas no hay agua que la refrigere; canina el hambre, mas no hay comida que la conforte; insufrible la vergüenza, mas no hay frazada que la recubra. Hubiere, pues, al menos una muerte, que pusiere un término a tantos males, una muerte, una muerte... ¡Mas esto es lo peor, que allá ni siquiera podréis esperar jamás en una gracia, con todo, tan luctuosa como la de ser exterminados! Buscaréis la muerte en todas sus formas, buscaréis la muerte, y no tendréis jamás la dicha de encontrarla. Muerte, Muerte, ¿dónde estás? (iréis gritando sin cesar), ¿cuál será ese demonio tan piadoso que nos la dé? ¡Y entenderéis entonces que allá abajo no se acaba de penar jamás!

El viejo en ese punto hacía una pausa, tendía los brazos con las manos al cielo, siseando en voz baja, casi para confiar un secreto tremendo que no debía salir de aquella nave.

—¿No acabar jamás de penar? ¿Quiere eso decir que penaremos hasta que un pequeño jilguero, viniendo a beber una gota por año, puidere conseguir secar todos los mares? Más. *In saecula*. ¿Penaremos hasta que un pulgón, volviendo a dar un solo

mordisco por año, pudiere conseguir devorar todos los bosques? Más. *In saecula*. ¿Penaremos entonces hasta que una hormiga, moviendo un solo paso por año, pueda haber rodeado toda la tierra? Más. *In saecula*. Y si todo este universo fuere un solo desierto de arena, y cada siglo se quitare un único grano, ¿habríamos acabado acaso de penar cuando el universo estuviere todo despejado? Ni siquiera. *In saecula*. Finjamos que un condenado derrame a cabo de millones de siglos dos lágrimas solas, ¿cesará él de penar cuando su llanto sea apropiado para formar un mayor diluvio que aquél en el que antiguamente perdióse todo el género humano? ¡Ea pues, acabemos, que no somos niños! Si queréis que os lo diga: *in saecula, in saecula* tendrán que penar los reprobos, *in saecula*, que es como decir por siglos sin número, sin término, sin medida.

Ahora el rostro del padre Caspar parecía el del carmelita de la Grive. Levantaba la mirada al cielo para encontrar en él una sola esperanza de misericordia:

—Mas Dios —decía con voz de penitente digno de compasión—, mas Dios ¿no pena a la vista de nuestras penas? ¿No acaecerá que Él experimente un movimiento de terneza, no acontecerá que, al final Él se muestre, para que por lo menos recibamos consolación de su llanto? ¡Aymé, qué ingenuos sois! ¡Dios desgraciadamente se mostrará, pero todavía no imagináis cómo! Cuando nosotros levantemos los ojos veremos que Él (¿tendré que decirlo?), veremos que Él, convertido para nosotros en un Nerón, no por injusticia sino por severidad, no sólo no querrá o consolarnos, o socorrernos, o compadecernos, sino que con deleite inconcebible ¡reirá! ¡Pensad, por tanto, en qué desvarios tendremos que prorrumpir nosotros! ¿Nosotros estamos quemándonos, diremos, y Dios ríe? ¿Nosotros estamos quemándonos, y Dios ríe? ¡Oh Dios cruelísimo! ¿Por qué no nos desgarras con tus rayos, en vez de insultarnos con tus risas? ¡Redobla bien, oh despiadado, nuestras llamas, mas no quieras regocijarte dellas! ¡Ah, risa a nosotros más amarga que nuestro llanto! ¡Ah, júbilo a nosotros más doloroso que nuestras penas! ¿Por qué no tiene el infierno nuestro vorágines donde poder eludir el rostro de un Dios que ríe? Demasiado nos engañó quien nos dijo que nuestro castigo habría sido el mirar y remirar el semblante de un Dios desdeñado. De un Dios que ríe, había que decirnos, de un Dios que ríe... Para no divisar y oír esa risa queríamos que desplomara montañas sobre nuestra cabeza, o que la tierra nos faltara bajo los pies. ¡Mas no, porque desgraciadamente veremos lo que nos duele, y seremos ciegos y sordos a todo, excepto para aquello para lo que queríamos ser sordos y ciegos!

Roberto sentía la rancidez del forraje gallináceo en los resquicios de la madera, y

le llegaban desde el exterior las voces de los pájaros marinos, que él tomaba por la carcajada de Dios.

—¿Mas por qué el infierno a mí —preguntaba—, y por qué a todos? ¿No fue acaso para reservárselo a pocos por lo que Cristo nos redimió?

El padre Caspar había reído, como el Dios de los condenados:

—¿Mas cuándo os redimió? ¿En qué planeta, en qué universo piensas tú que vives ya?

Había tomado la mano de Roberto, levantándolo con violencia de su catre, y lo había arrastrado por los meandros del *Daphne*, mientras el enfermo experimentaba una roedura de intestino y en la cabeza le parecía tener muchos relojes de cuerda. Los relojes, pensaba, el tiempo, la muerte...

Caspar lo había arrastrado hasta un chiribitil que él no había descubierto jamás, con las paredes encaladas, donde había un catafalco cerrado, con un ojo circular en un lado. Ante el ojo, en una regla acanalada, estaba insertado un listón de madera todo labrado con ojos de igual medida que contornaban cristales aparentemente opacos. Haciendo correr el listón podían hacerse coincidir sus ojos con el de la caja. Roberto recordaba haber visto ya en Provenza un ejemplo más reducido de aquella máquina, que, se decía, era capaz de hacer vivir la luz ayudada por la sombra.

Caspar había abierto un lado de la caja, dejando divisar, en un trípode, una gran lámpara que, por la parte opuesta al pico, en vez del asa, tenía un espejo redondo de especial curvatura. Encendido el pábilo, el espejo proyectaba los rayos luminosos dentro de un tubo, un breve antejo cuya lente terminal era el ojo externo. De aquí (en cuanto Caspar hubo vuelto a cerrar la caja) los trémulos reflejos pasaban a través del cristal del listón, alargándose en cono y haciendo aparecer en la pared imágenes coloreadas, que a Roberto parecieron cuerpos de todas dimensiones adornados, cuando aun ser superficie no merecían.

La primera figura representaba un hombre, con el rostro de demonio, encadenado en un escollo en medio del mar, azotado por las olas. De aquella aparición, Roberto no consiguió ya apartar la mirada, la fundió con las que vinieron a continuación (mientras Caspar hacía las seguirse la una a la otra al hacer correr el listón), las compuso todas juntas —sueño en el sueño— sin distinguir lo que se le decía de lo que estaba viendo.

Al escollo se acercó un navío en el que reconoció al *Tweede Daphne*; y bajó Ferrante, que ahora libertaba al condenado. Todo estaba claro. En el curso de su navegación, Ferrante había encontrado, como la leyenda nos asegura que es, a Judas recluido en el océano abierto, expiando su traición.

—Gracias —decíale Judas a Ferrante, mas para Roberto la voz procedía sin duda

de los labios de Caspar—. Desde que háseme aquí subyugado, a la hora nona de hoy, esperaba poder aún reparar mi pecado... Te doy las gracias, hermano...

—¿Estás aquí desde ha apenas un día, o menos aún? —preguntaba Ferrante—. Pero si tu pecado fue consumado en el trigésimo tercer año del nacimiento de Nuestro Señor, y por tanto mil y seiscientos y diez años ha...

—Ay, hombre ingenuo —contestaba Judas—, hace, no cabe duda, mil y seiscientos y diez de vuestros años que yo fui colocado en este escollo, pero no es aún y no será jamás un día de los míos. Tú no sabes que, entrando en el mar que rodea a esta isla mía, has penetrado en otro universo que corre al lado y dentro del vuestro, y aquí el sol gira en torno a la tierra como una tortuga que a cada paso va más despacio que antes. Así en este mi mundo mi día duraba al principio dos de los vuestros, y luego tres, y cada vez más, hasta agora, que después de mil y seiscientos y diez de vuestros años, yo estoy siempre y aún en la hora nona. Y de aquí a poco el tiempo será aún más lento, y luego más aún, y yo viviré siempre la hora nona del año treinta y tres a partir de la noche de Belén...

—¿Pero por qué? —preguntaba Ferrante.

—Pues porque Dios ha querido que mi castigo consistiera en vivir siempre en viernes santo, y celebrar siempre y cada día la pasión del hombre al que he traicionado. El primer día de mi pena, mientras para los demás hombres acercábase el ocaso, y luego la noche, y luego el alba del sábado, para mí había transcurrido un átomo de un átomo de minuto desde la hora nona de aquel viernes. Mas aflojando aún inmediatamente la marcha del sol, en vuestro mundo Cristo resucitaba, y yo estaba aún a un paso de aquella hora. Y agora, que para vosotros han transcurrido siglos y siglos, yo estoy siempre a una migaja de tiempo de aquel instante...

—Pero este tu sol se mueve, y llegará el día, quizá dentro de diez mil y más años, en que tú entres en tu sábado.

—Sí, y entonces será peor, habré salido de mi purgatorio para entrar en mi infierno. No cesará el dolor de aquella muerte que causé, pero habré perdido la posibilidad, que aún me queda, de hacer de suerte que lo que ha acaecido no haya acaecido.

—¿Y cómo?

—Tú no sabes que a no mucha distancia de aquí corre el meridiano antípoda. Allende aquella línea, tanto en tu universo como en el mío, está el día de antes. Si yo, agora libertado, pudiere rebasar aquella línea, me encontraría en mi jueves santo, pues que este escapulario que me ves sobre los hombros es el vínculo que obliga a mi sol a acompañarme como mi sombra, y hacer de suerte que por doquiera que yo vaya todos

los tiempos duren como el mío. Podría entonces llegar a Jerusalén viajando por un larguísimo jueves, y llegar allí antes de que mi alevosía se cumpliera. Y salvaría a mi Maestro de su suerte.

—Pero —había objetado Ferrante—, si impides la Pasión no habrá habido jamás Redención, y el mundo seguiría siendo todavía hoy cautivo del pecado original.

—¡Ay —había gritado Judas llorando—, yo que pensaba sólo en mí mismo! ¿Mas entonces qué he de hacer? Si dejo de actuar como he actuado, quedo condenado. Si reparo mi error, obstaculizo el designio de Dios, y seré castigado con la damnación. ¿Estaba escrito, pues, desde el principio que yo fuera condenado a ser condenado?

La procesión de las imágenes habíase apagado en el llanto de Judas, al agotarse el aceite de la linterna. Ahora hablaba otra vez el padre Caspar, con una voz que Roberto no reconocía ya como suya. La poca luz llegaba ahora de un resquicio en la pared e iluminaba sólo la mitad de su rostro, deformándole la línea de la nariz y haciendo incierto el color de la barba, blanquísima ahora por una parte y obscura por otra. Los ojos eran ambos dos cavidades, puesto que también el expuesto a la claridad parecía en sombra. Y Roberto daba en la cuenta apenas entonces de que estaba cubierto por un parche negro.

—Y fue entonces —decía aquese que ahora era sin duda el Abate de Morfi—, fue entonces cuando tu hermano concibió la obra maestra de su Ingenio. Si hubiera llevado a cabo él el viaje que Judas se proponía, habría podido impedir que la Pasión se cumpliera y que, por tanto, nos fuera concedida la Redención. Ninguna Redención, todos víctimas del mismo pecado original, todos votados al infierno, tu hermano pecador, mas como todos los hombres, y por ende justificado.

—¿Mas cómo habría podido, cómo podría, cómo ha podido? —preguntaba Roberto.

—Oh —sonreía ahora con atroz alegría el abate—, hacía falta poco. Bastaba con engañar incluso al Altísimo, incapaz de concebir disfraz alguno de la verdad. Bastaba con matar a Judas, como hice inmediatamente en aquel escollo, vestir su escapulario, hacerme preceder por mi navío a la costa opuesta de esa Isla, llegar aquí con fementida apariencia para impedir que tú aprendieras las correctas reglas de la natación y no pudieras precederme jamás allá abajo, obligarte a construir conmigo la campana acuática para permitirme alcanzar la Isla.

Y mientras hablaba, para mostrar el escapulario, quitábase lentamente el hábito apareciendo con ropa corsaria, luego igual de despacio arrancábase la barba, librábase

de la peluca, y a Roberto le parecía verse en un espejo.

—¡Ferrante! —había gritado Roberto.

—Yo en persona, hermano mío, yo, que mientras tú renqueabas como un perro o una rana, yo en la otra costa de la Isla encontraba mi navío, hacía vela en mi largo jueves santo hacia Jerusalén, encontraba al otro Judas a punto de traicionar y lo ahorcaba de una higuera, impidiéndole entregar al Hijo del Hombre a los Hijos de las Tinieblas, penetraba en el Huerto de los Olivos con mis fieles y raptaba a Nuestro Señor, ¡substrayéndolo al Calvario! ¡Y ahora tú, yo, todos estamos viviendo en un mundo que no ha sido redimido jamás!

—Mas Cristo, Cristo, ¿dónde está ahora?

—¿Así pues, no sabes que ya los textos antiguos decían que hay Palomas rosicler porque el Señor, antes de ser crucificado, vistió una túnica escarlata? ¿Todavía no has entendido? Desde hace mil y seiscientos y diez años Cristo es prisionero en la Isla, desde donde intenta huir con la apariencia de una Paloma Naranjada, mas es incapaz de abandonar aquel lugar, donde junto a la Specola Melitense he dejado el escapulario de Judas, y donde es por tanto siempre y sólo el mismo día. ¡Ahora no me queda sino matarte, y vivir libre en un mundo en el que está excluido el remordimiento, el infierno es seguro para todos, y allá abajo, un día, yo seré acogido como el nuevo Lucifer!

Y había extraído una daga, acercándose a Roberto para cumplir el último de sus crímenes.

—¡No —había gritado Roberto—, no te lo permitiré! Yo te mataré, y liberaré a Cristo. ¡Aún sé tirar de espada, mientras que a ti mi padre no te enseñó sus golpes secretos!

—He tenido un solo padre y una sola madre, tu mente mórbida —había dicho Ferrante con una sonrisa triste—. Tú me has enseñado sólo a odiar. ¿Crees haberme hecho un gran regalo, dándome la vida sólo para que en tu País de las Novelas personificara a la sospecha? Mientras tú estés vivo, pensando de mí lo que yo mismo tengo que pensar, no cesaré de despreciarme. Así pues, que tú me mates o que te mate yo, el final es el mismo. Vamos.

—Perdón, hermano mío —había gritado Roberto llorando—. ¡Sí, vamos, es justo que uno de nosotros dos haya de morir!

¿Qué quería Roberto? ¿Morir? ¿Liberar a Ferrante haciéndole morir? ¿Impedir a Ferrante que impidiera la Redención? No lo sabremos jamás, pues no lo sabía ni siquiera él. Pero así están hechos los sueños.

Habían subido a la puente, Roberto había buscado su arma y la había encontrado (como recordaremos) hecha un muñón; pero gritaba que Dios le habría dado fuerza, y

un buen espadachín hubiera podido batirse incluso con una hoja quebrada.

Los dos hermanos estaban frente por frente, por primera vez, para dar inicio a su último lance.

El cielo se había decidido a secundar aquel fratricidio. Una nube rojiza repentinamente había tendido entre el navío y el cielo una sombra sanguínea, como si allá arriba alguien hubiera degollado los caballos del Sol. Había estallado un gran concierto de truenos y relámpagos, seguidos de aguaceros, y cielo y mar a los dos duelistas atronaban el oído, deslumbraban la vista, atizaban con agua helada las manos.

Mas ambos vagaban entre las saetas que les llovían en derredor, embistiéndose con acometidas y sagitas, retrocediendo de golpe, agarrándose a una escota para evitar casi volando una estocada, lanzándose contumelias, midiendo cada grado con un grito, entre los gritos equivalentes del viento que silbaba en torno.

En aquel combés resbaladizo, Roberto se batía para que Cristo pudiera ser puesto en la Cruz, y pedía la ayuda divina; Ferrante para que Cristo no tuviera que padecer, e invocaba el nombre de todos los diablos.

Fue mientras llamaba para que lo asistiera Astaroth cuando el Intruso (ahora intruso incluso en los designios de la Providencia) se ofreció sin querer a la Treta de la Gaviota. O quizá así lo quería, para poner punto final a aquel sueño sin pies ni cabeza.

Roberto hizo que caía, el otro se abalanzó sobre él para acabarlo, él apoyóse sobre la izquierda y empujó la espada mutilada hacia su pecho. No se había levantado con la agilidad de Saint-Savin, pero Ferrante ya había tomado demasiado impulso, y no había podido evitar espetarse, es más, desfondarse él solo el esternón sobre el muflón del acero. Roberto fue sofocado por la sangre que el enemigo, muriendo, derramaba por la boca.

Él sentía el sabor de la sangre en su boca, y probablemente en el delirio se había mordido la lengua. Ahora nadaba en aquella sangre, que se extendía desde el navío hasta la Isla; no quería seguir adelante a causa del Pez Piedra, mas había concluido sólo la primera parte de su misión, Cristo aguardaba en la Isla para derramar Su sangre, y él quedaba su único Mesías.

¿Qué estaba haciendo ahora en su sueño? Con la daga de Ferrante se había puesto a reducir una vela a largas fajas, que luego anudaba entre ellas ayudándose con las drizas; con otros lazos había capturado en la entrepuentes a las más vigorosas entre las garzas, o cigüeñas que fueren, y las estaba atando por las patas como corceles de aquella alfombra voladora suya.

Con su navío aéreo habíase alzado en vuelo hacia la tierra ya accesible. Debajo de la Specola Melitense encontró el escapulario, y lo destruyó. Habiéndole vuelto a dar espacio al tiempo, había visto descender sobre él a la Paloma, que por fin descubría estático en toda su gloria. Mas era natural —es más, sobrenatural— que ahora le pareciera no naranjada sino blanquísima. No podía ser una paloma, porque ese pájaro no se conviene para representar a la Segunda Persona, era quizá un Pío Pelicano, como debe ser el Hijo. Así que al final no veía bien qué pájaro habíasele ofrecido como amable mesana para aquel bajel alado.

Sólo sabía que estaba volando hacia arriba, y las imágenes se sucedían como querían los fantasmas matachines. Estaban navegando ahora en dirección de todos los innumerables e infinitos mundos, hacia todos los planetas, hacia todas las estrellas, de suerte que en cada uno, casi en un solo momento, se cumpliera la Redención.

El primer planeta que habían tocado había sido la cándida luna, en una noche iluminada por el medio día de la tierra. Y la tierra estaba allá, en la línea del horizonte, una enorme, amenazante e ilimitada polenta de maíz, que aún cocía en el cielo y casi caíasele encima burbujeando de febricitante y febril febrilidad febrífera, fiebreando febrosa en burbujas bullentes en su ebullición, bulligando de un bullicioso bullir, glu, glu, glu. Es que cuando tienes fiebre eres tú el que te conviertes en polenta, y las luces que ves vienen todas de la bullidura de tu cabeza.

Y allí en la luna con la Paloma...

No habremos buscado, confío, coherencia y verisimilitud en todo lo que he transcrito hasta ahora, porque se trataba de la pesadilla de un paciente atosigado por un Pez Piedra. Pero lo que me dispongo a referir supera todas nuestras expectativas. La mente o el corazón de Roberto, o en cualquier caso su *vis imaginativa*, estaban urdiendo una sacrílega metamorfosis: en la luna él ahora se veía no con el Señor, sino con la Señora, Lilia por fin arrancada a Ferrante. Roberto estaba obteniendo en los lagos de Selene lo que el hermano habíale quitado entre los estanques de la ínsula de las fuentes. Besábale el rostro con los ojos, contemplábala con la boca, bebía, mordía y remordía, y retozaban en torneo las lenguas enamoradas.

Sólo entonces Roberto, que quizá estábasele despejando la fiebre, volvió en sí, pero quedó prendado de lo que había vivido, como sucede después de un sueño, que nos deja no sólo con el ánimo sino con el cuerpo perturbado.

No sabía si llorar de felicidad por su amor reencontrado, o de remordimiento por haber invertido, cómplice la fiebre, que no conoce las Leyes de los Géneros, su

Epopeya Sagrada en una Comedia Libertina.

Ese momento, decíase, me costará de verdad el infierno, porque ciertamente no soy mejor que ni Judas ni Ferrante. Es más, yo no soy sino Ferrante, y no he hecho hasta ahora sino aprovecharme de su maldad para soñar que hacía lo que mi vileza siempre me impidió hacer.

Quizá no sea llamado a responder de mi pecado, pues no he pecado yo, sino el Pez Piedra, que me hacía soñar a su manera. Mas, si he llegado a tanta demencia, es ciertamente signo de que voy a morir de verdad. Y he tenido que esperar al Pez Piedra para decidirme a pensar en la muerte, mientras que este pensamiento habría debido ser el primer deber del buen cristiano.

¿Por qué no he pensado jamás en la muerte, y en la ira de un Dios que ríe? Porque seguía las enseñanzas de mis filósofos, para los cuales la muerte era una natural necesidad, y Dios era aquél que, en el desorden de los átomos, había introducido la Ley que los compone en la armonía del Cosmos. ¿Y podía un Dios tal, maestro de geometría, producir el desorden del infierno, aunque fuere por justicia, y reírse de aquella subversión de todas las subversiones?

No, Dios no ríe, decíase Roberto. Cede a la Ley que él mismo ha querido, y que quiere que el orden de nuestro cuerpo se disuelva, como el mío sin duda está disolviéndose ya entre esta disolución. Y veía los gusanos junto a su boca, pero no eran efecto del delirio, sino seres que se habían formado por generación espontánea entre la porquería de las gallinas, prosapia de sus excrementos.

Daba entonces la bienvenida a aquellos heraldos de la disgregación comprendiendo que ese confundirse en la materia viscosa tenía que ser vivido como el fin de todos los sufrimientos, en armonía con la voluntad de la Naturaleza y del Cielo que la administra.

Tendré que esperar poco, murmuraba como en una oración. De aquí a no muchos días mi cuerpo, ahora aún bien compuesto, habiendo cambiado de color, se volverá descolorido como un garbanzo, a continuación se tizará todo de la cabeza a los pies y lo revestirá un calor lóbrego. Entonces empezará a entumecerse, y sobre esa hinchazón nacerá una hedionda calumbre. Ni mucho hará falta para que el vientre empiece a dar aquí un estallido y allá una rotura; de las cuales desembocará una podredumbre, y aquí se verá ondear un medio ojo agusanado, allá un jirón de labio. En este fango, se generará luego una cantidad de pequeñas moscas y de otros animalillos que se agazaparán en mi sangre y me devorarán pedazo a pedazo. Una parte destos seres

brotará del pecho, otra con un no sé qué de mucoso colará por las ventanas de la nariz; otros, enviscados en aquella podredumbre, entrarán y saldrán por la boca, y los más ahitos burbujearán arriba y abajo por la garganta... Y esto mientras el *Daphne* se convierte poco a poco en el reino de los pájaros, y simientes llegadas de la Isla harán crecer en él bestias vegetales, cuyas raíces habrán nutrido mis licores, ya arraigadas en la sentina. Por fin, cuando toda mi fábrica corporal haya sido reducida a puro esqueleto, en el curso de los meses y de los años —o quizá de los milenios—, también ese andamio, lentamente, se convertirá en pulverulencia de átomos sobre la cual los vivos caminarán sin comprender que todo el globo de la tierra, sus mares, sus desiertos, sus selvas y sus valles, no son sino un viviente cementerio.

No hay nada que concilie la curación como un Ejercicio de la Buena Muerte, que volviéndonos resignados nos sosiega. Así el carmelita habíale dicho un día, y así tenía que ser, porque Roberto experimentó hambre y sed. Más débil que cuando soñaba luchar en la puente, pero menos que cuando se había tendido junto a las gallinas, tuvo la fuerza de beber un huevo. Era buena la aguaza que le descendía por la garganta. Y aún mejor el jugo de un coco que partió en la despensa. Después de tanto meditar sobre su cuerpo muerto, ahora hacía morir en su cuerpo (por sanar) los cuerpos sanos a los que la naturaleza da cada día la vida.

He aquí por qué nadie, excepto algunas recomendaciones del carmelita, en la Griva le había enseñado a pensar en la muerte. En los momentos de los coloquios familiares, casi siempre en la comida y en la cena (después de que Roberto había vuelto de una de sus exploraciones en la antigua casa, donde se había demorado quizá en una sala sombría ante el olor de las manzanas abandonadas por los suelos para que maduraran), no se conversaba sino sobre la bondad de los melones, de la siega de las mieses y de las esperanzas para la vendimia.

Roberto se acordaba de cuando su madre le enseñaba cómo habría podido vivir dichoso y tranquilo si hubiera sacado provecho de todos los dones de Dios que la Griva le podía suministrar:

—Y convendrá que no te olvides hacer bastimento de carne salada de buey, de oveja o carnero, de ternera y de cerdo, porque se conservan durante largo tiempo y son de mucho uso. Corta los trozos de carne no muy grandes, ponlos en una vasija con encima mucha sal, déjalos ocho días, luego cuélgalos de las vigas de la cocina junto al hogar, que se sequen al humo, y haz esto en tiempo seco, frío y de tramontana, pasado San Martín, que se conservarán todo lo que deseas. En septiembre, en cambio, llegan

los pajaritos, y los lechales para todo el invierno, además de los capones, de las gallinas viejas, de los patos y similares. No desprecies ni siquiera el asno que se rompe una pierna, porque con él se hacen unas longanicillas redondas que luego agujereas con el cuchillo y pones a freír, y son manjares de señores. Y para la Cuaresma, que haya siempre setas, potajes, nueces, uva, manzanas y todo lo demás que te manda Dios. Y siempre para la Cuaresma habrá que tener preparadas unas raíces, y unas hierbecillas que, enharinadas y cocidas en el aceite, son mejores que una lamprea; y luego harás raviolos o causones de Cuaresma, con masa hecha con aceite, harina, agua de rosas, azafrán y azúcar, con un poco de malvasía, cortados redondos como cristales de ventana, rellenos de pan rallado, manzanas, flor de clavo y nueces picadas, que habrás de ponerlos con algunos granos de sal a cocer en el horno, y comerás mejor que un prior. Después de Pascua vienen los chivos, los espárragos, los pichoncillos... Más tarde llegan las cuajadas y los requesones. Y tendrás que saber aprovechar también los guisantes o las judías cocidas enharinadas y fritas, que son todos buenísimos aderezos de la mesa... Ésta, hijo mío, si vives como nuestros mayores han vivido, será vida bienaventurada y lejos de toda tribulación...

En efecto, en la Griva no se hacían discursos que atañeran a muerte, juicio, infierno o paraíso. La muerte, a Roberto, habíasele aparecido en Casal, y había sido en Provenza y en París donde había sido movido a reflexionar sobre ella, entre discursos virtuosos y discursos disolutos.

Moriré sin duda, decíase ahora, si no en esta ocasión por el Pez Piedra, al menos más tarde, visto que está claro que deste navío ya no saldré, agora que he perdido — con la Persona Vítea— incluso la manera de acercarme sin perjuicio a la barbacana. ¿Y dónde estaba el engaño? Habría muerto, quizá más tarde, aunque no hubiera llegado a este despojo. He entrado en la vida sabiendo que la ley es salir della. Como había dicho Saint-Savin, se encarna el propio papel, unos por más tiempo, otros más deprisa, y se sale de escena. Muchos helos visto pasarme por delante, otros me verán pasar, y darán el mismo espectáculo a sus sucesores.

Por otra parte, ¿por cuánto tiempo no he sido, y por cuánto tiempo no seré! Ocupo un espacio bien pequeño en el abismo de los años. Este pequeño intersticio no consigue distinguirme de la nada a la que tendré que ir. No he venido al mundo sino para hacer número.

Mi papel ha sido tan pequeño que, aunque hubiera permanecido detrás de los bastidores, todos habrían dicho igualmente que la comedia era perfecta. Es como una tempestad: unos se ahogan enseguida, otros se quebrantan contra un escollo, otros permanecen en un leño abandonado, pero no por mucho también ellos. La vida se apaga

sola, como una bujía que ha consumido su materia. Y deberíamos estar acostumbrados, porque como una bujía hemos empezado a diseminar átomos desde el primer momento en que nos hemos encendido.

No es una gran sabiduría saber estas cosas, decía Roberto, de acuerdo. Deberíamos saberlas desde el momento en que nacemos. Mas normalmente reflexionamos siempre y sólo sobre la muerte de los demás. Sí sí, todos tenemos bastante fortaleza para soportar los males ajenos. Luego llega el momento en el que pensamos en la muerte cuando el mal es nuestro, y entonces damos en la cuenta de que ni el sol ni la muerte se pueden mirar fijamente. A menos que no se hayan tenido buenos maestros.

Los he tenido. Alguien me dijo que en verdad pocos conocen la muerte. Normalmente se la soporta por estupidez o por costumbre, no por resolución. Se muere porque no se puede hacer otra cosa. Sólo el filósofo sabe pensar en la muerte como en un deber, que ha de cumplirse de buen grado y sin temor: mientras nosotros estamos, la muerte aún no está, y cuando viene la muerte, nosotros ya no estamos. ¿Para qué habría gastado tanto tiempo en conversar de filosofía si ahora no fuera capaz de hacer de mi muerte la obra maestra de mi vida?

Las fuerzas le estaban volviendo. Daba gracias a la madre, cuyo recuerdo lo había inducido a abandonar el pensamiento del fin. No otra cosa podía hacer aquélla que le había regalado el principio.

Se puso a pensar en su propio nacimiento, del cual sabía menos aún que de su propia muerte. Se dijo que pensar en los orígenes es propio del filósofo. Es fácil para el filósofo justificar la muerte: que haya que precipitar en las tinieblas es una de las cosas más claras del mundo. Lo que consume al filósofo no es la naturalidad del fin, es el misterio del principio. Podemos desinteresarnos de la eternidad que nos seguirá, pero no podemos librarnos de la angustiada pregunta sobre qué eternidad nos ha precedido: ¿la eternidad de la materia o la eternidad de Dios?

He aquí la razón por la que había sido arrojado en el *Daphne*, dijo Roberto. Porque sólo en aquel descansado recogimiento habría tenido espacio de reflexionar sobre la única pregunta que nos libera de todas las aprensiones por el no ser, entregándonos al estupor del ser.

EJERCITACIONES PARADÓJICAS SOBRE CÓMO PIENSAN LAS PIEDRAS

¿Cuánto había estado enfermo? ¿Días, semanas? ¿O entre tanto una tempestad habíase abatido sobre el navío? ¿O antes de encontrar al Pez Piedra, cautivado por el mar y por su novela, no había dado en la cuenta de lo que estaba acaeciendo a su alrededor? ¿Cuánto hacía que había perdido a tal punto el sentido de las cosas?

El *Daphne* habíase convertido en otro navío. La cubierta estaba sucia y los barriles goteaban el agua, deshaciéndose; algunas velas se habían desatado y se deshilachaban, colgando de los palos como máscaras que ojearan o sonrieran malignamente a través de sus agujeros.

Los pájaros se quejaban, y Roberto corrió inmediatamente a atenderlos. Algunos habían muerto. Por suerte, las plantas, alimentadas por la lluvia y por el aire, habían crecido y algunas se habían insinuado en las jaulas, suministrando pastura a los más, y para los otros habíanse multiplicado los insectos. Los animales sobrevividos incluso habían generado y los pocos muertos habían sido substituidos por muchos vivos.

La Isla permanecía inmutada; salvo que, para Roberto, que había perdido la máscara, habíase alejado, arrastrada por las corrientes. La barbacana, ahora que la sabía defendida por el Pez Piedra, habíase vuelto insuperable. Roberto habría podido nadar aún, pero sólo por amor a la natación, y manteniéndose lejos de los escollos.

—Oh maquinaciones humanas, cuan quiméricas sois —murmuraba—. Si el hombre no es sino una sombra, vosotras sois humo. Si no es sino un sueño, vosotras sois ficciones. Si no es sino un cero, vosotras sois puntos. Si no es sino un punto, vosotras sois ceros.

Tantos casos, se decía Roberto, para descubrirme un cero. Antes, más anulado aún de lo que lo estuviere a mi llegada como desvalido. El naufragio me había sacudido e inducido a combatir por la vida, ahora no tengo nada por lo que combatir y contra lo que combatir. Estoy condenado a un largo descanso. Estoy aquí contemplando no el vacío de los espacios, sino el mío: y del nacerán sólo tedio, tristeza y desesperación.

Dentro de poco no sólo yo, sino el mismo *Daphne* ya no será. Él y yo reducidos a cosa fósil como este coral.

Porque la calavera de coral estaba aún allí en la puente, indemne de la universal consunción y por ello substraída a la muerte, única cosa viva.

La figura peregrina volvió a dar sedal a los pensamientos de aquel náufrago educado para descubrir nuevas tierras sólo a través del anteojo de la palabra. Si el coral era cosa viva, díjose, era el único ser verdaderamente pensante en tanto desorden de cualquier otro pensamiento. No podía sino pensar en la propia ordenada complejidad, de la cual, no obstante, sabía todo, y sin la espera de imprevistos desbarates de la propia arquitectura.

¿Viven y piensan las cosas? El Canónigo habíale dicho un día que, para justificar la vida y su desarrollo, es menester que en todas las cosas deban haber flores de la materia, *sporá*, semillas. Las moléculas son disposiciones de átomos determinados bajo figura determinada, y si Dios ha impuesto leyes al caos de los átomos, sus compuestos no pueden ser llevados sino a generar compuestos análogos. ¿Es posible que las piedras que conocemos sean aún las sobrevividas al Diluvio, que tampoco ellas hayan mudado, y dellas otras no hayan sido generadas?

Si el universo no es sino un conjunto de átomos simples que se chocan para generar sus compuestos, no es posible que —una vez compuestos en los compuestos— los átomos cesen de moverse. En todos los objetos debe mantenerse un movimiento continuo: vertiginoso en los vientos, fluido y regulado en los cuerpos animales, lento pero inexorable en los vegetales, y sin duda, más lento, pero no ausente en los minerales. También aquel coral, muerto para la vida coralina, gozaba de un propio agitarse subterráneo, propio de una piedra.

Roberto reflexionaba. Admitamos que cada cuerpo esté compuesto por átomos, también los cuerpos pura y solamente extensos de los que hablan los Geómetras, y que estos átomos sean indivisibles. Es seguro que una recta se puede dividir en dos partes iguales, cualquiera que sea su longitud. Pero si la longitud es insignificante, es posible que se haya de dividir en dos partes una recta compuesta por un número impar de indivisibles. Esto querría decir, si no se quiere que las dos partes resulten desiguales, que ha sido dividido en dos el indivisible mediano. Pero éste, siendo a su vez extenso, y por tanto, a su vez una recta, aunque sea de imperscrutable brevedad, debería ser a su vez divisible en dos partes iguales. Y así al infinito.

El Canónigo decía que el átomo está compuesto siempre por partes, salvo que es tan compacto que no podríamos dividirlo jamás allende su límite. Nosotros. ¿Y otros?

No existe un cuerpo sólido tan compacto como el oro, y sin embargo, tomamos una onza deste metal, y desta onza un batidor de oro obtendrá mil láminas, y la mitad destas láminas será suficiente para dorar toda la superficie de un lingote de plata. Y de la misma onza de oro, los que preparan los hilos de oro y de plata para la pasamanería, con sus ruecas conseguirán reducirlo al espesor de un cabello y ese hilillo tendrá una

longitud igual a un cuarto de legua y quizá más. El artesano se detiene a un cierto punto, porque no posee instrumentos adecuados, ni siquiera con el ojo conseguiría divisar ya el hilo que obtendría. Mas unos insectos —tan minúsculos que nosotros no podemos verlos, y tan industriosos y sabios para superar en habilidad a todos los artesanos de nuestra especie— podrían ser capaces de alargar aún ese hilo, de suerte que pueda tenderse de Turín a París. Y si existieran los insectos de aquellos insectos, ¿a qué sutileza no conduciría ese hilo?

Si con el ojo de Argos pudiera penetrar dentro de los polígonos deste coral y dentro de las hebras que se irradian, y dentro de la hebra que constituye la hebra, podría ir a buscar el átomo hasta el infinito. Mas un átomo que fuera seccionable al infinito, produciendo partes cada vez más pequeñas y cada vez seccionables, podría llevarme a un momento donde la materia no sería sino infinita seccionabilidad, y toda su dureza y su plenitud se regirían sobre este simple equilibrio entre vacíos. En vez de tener en horror a lo vacuo, la materia lo adoraría y del estaría compuesta, sería vacío en sí misma, vacuidad absoluta. La vacuidad absoluta estaría en el corazón mismo del centro geométrico impensable, y este punto no sería sino esa isla de Utopía que nosotros soñamos en un océano hecho siempre y sólo de aguas.

Si admitiéramos como hipótesis una extensión material hecha de átomos, pues, se llegaría a no tener más átomos. ¿Qué quedaría? Unos turbillones. Salvo que los turbillones no arrastrarían soles y planetas, materia plena que se opone a su viento, porque soles y planetas serían turbillones también ellos, que arrastran en su giro turbillones menores. Entonces el turbillón máximo que hace remolinear a las galaxias, tendría en el propio centro otros turbillones, y éstos serían turbillones de turbillones, remolinos hechos de otros remolinos, y el abismo del gran remolino de remolinos de remolinos se abismaría en el infinito rigiéndose sobre la Nada.

Y nosotros, moradores del gran coral del cosmos, creeríamos materia plena el átomo (que con todo no vemos), mientras también él, como todo lo demás, sería un ribetear de vacíos en el vacío, y llamaríamos ser, denso e incluso eterno, a ese aquelarre de inconsistencias, a esa extensión infinita, que se identifica con la nada absoluta, y que genera de su propio no ser la ilusión del todo.

¿Y aquí estoy yo iludiéndome sobre la ilusión de una ilusión, yo ilusión de mí mismo? ¿Y tenía que perderlo todo, y caer en este hueco perdido en las antípodas, para entender que no había nada que perder? ¿Mas comprendiendo esto, no gano quizá todo, pues que me convierto en el único pensante en el que el universo reconoce la propia ilusión?

Y sin embargo, si pienso, ¿no quiere decir que tengo un alma? Oh, qué maraña. El

todo está hecho de nada, y sin embargo, para entenderlo es necesario tener un alma que, por poco que sea, nada no es.

¿Qué soy yo? Si digo *yo*, en el sentido de Roberto de la Grive, lo hago en cuanto soy memoria de todos mis momentos pasados, la suma de todo lo que recuerdo. Si digo *yo*, en el sentido de ese algo que está aquí en este momento, y no es el palo de mayor o este coral, entonces soy la suma de lo que siento ahora. ¿Mas lo que siento ahora qué es? Es el conjunto de esas relaciones entre presuntos indivisibles que se han dispuesto en ese sistema de relaciones, en ese orden particular que es mi cuerpo.

Y entonces mi alma no es, como quería Epicuro, una materia compuesta de cuerpecillos más sutiles que los otros, un soplido mixto con calor, sino que es el modo en que estas relaciones se sienten tales.

¡Qué tenue condensación, qué condensada impalpabilidad! Yo no soy sino una relación entre mis partes que se perciben mientras están en relación la una con la otra. Pero al ser estas partes a su vez divisibles en otras relaciones (y así en adelante), entonces cualquier sistema de relaciones, teniendo conciencia de sí mismo, antes bien, siendo la conciencia de sí mismo, sería un núcleo pensante. Yo pienso en mí, en mi sangre, en mis nervios; mas cada gota de mi sangre pensaría en sí misma.

¿Se pensaría tal como yo me pienso? Sin duda no, en la naturaleza, el hombre se siente a sí mismo de manera harto compleja, el animal un poco menos (es capaz de apetito, por ejemplo, pero no de remordimiento), y una planta se siente crecer, y desde luego, siente cuándo la cortan, y quizá dice *yo*, pero en un sentido harto más oscuro de como yo lo hago. Todas las cosas piensan, según lo complicadas que son.

Si así es, entonces piensan también las piedras. También esa piedra, que luego piedra no es, sino que era un vegetal (¿o un animal?). ¿Cómo pensará? Como piedra. Si Dios, que es la gran relación de todas las relaciones del universo, se piensa a sí mismo pensante, como quiere el Filósofo, esta piedra se pensará a sí misma solamente petrante. Dios piensa la realidad entera y los infinitos mundos que crea y que hace subsistir con su pensamiento, yo pienso mi amor infeliz, mi soledad en este navío, pienso en mis padres difuntos, en mis pecados y en mi muerte ventura, y esta piedra quizá piensa solamente yo piedra, yo piedra, yo piedra. Antes, quizá no sabe decir ni siquiera yo. Piensa: piedra, piedra, piedra.

Debería ser aburrido. O soy yo el que experimenta aburrimento, yo que puedo pensar más, y él (o ella) está en cambio plenamente satisfecho de su propio ser piedra, tan feliz como Dios. Porque Dios goza de ser Todo y esta piedra goza de ser casi nada, y no conociendo otro modo de ser, del propio se complace eternamente satisfecha de sí...

¿Mas será luego verdad que la piedra no siente nada más que su petreidad? El Canónico decíame que también las piedras son cuerpos que en determinadas ocasiones se queman y se convierten en otra cosa. En efecto, una piedra cae en un volcán, por el intenso calor de ese unguento de fuego, que los antiguos llamaban Magma, se funde con otras piedras, se convierte en una sola masa incandescente, va, y a cabo de poco (o mucho) se halla parte de una piedra mayor. ¿Posible que en el cesar de ser esa piedra, y en el momento de convertirse en otra, no sienta la propia calefacción, y con ella la inminencia de la propia muerte?

El sol batía sobre el combés, una brisa ligera aliviaba su calor, el sudor se secaba sobre la piel de Roberto. Ocupado desde hacía tanto tiempo en representarse como piedra petrificada por la dulce Medusa que lo había enredado con su mirada, resolvió intentar pensar como piensan las piedras, quizá para acostumbrarse al día en que hubiere sido simple y blanca aglomeración de huesos expuesta a ese mismo sol, a ese mismo viento.

Se desnudó, se tumbó, con los ojos cerrados, y con los dedos en las orejas, para que no le molestara ningún ruido, como a buen seguro le acontece a una piedra, que no tiene órganos de sentido. Intentó anular todos sus recuerdos, todas las exigencias de su cuerpo humano. Si hubiera podido habría anulado la propia piel, y no pudiéndolo se ingeniaba en hacerla lo más insensible que podía.

Soy una piedra, soy una piedra, se decía. Y luego para evitar incluso hablarse a sí mismo: piedra, piedra, piedra.

¿Qué sentiría si fuera de verdad una piedra? En primer lugar, el movimiento de los átomos que me componen, es decir, el estable vibrar de las posiciones que las partes de mis partes de mis partes mantienen entre ellas. Sentiría el zumbar de mi pedrear. Mas no podría decir *yo*, porque para decir *yo* es necesario que haya otros, algo que no soy yo a lo que oponerme. En principio, la piedra no puede saber que hay algo fuera de sí. Zumba, piedra de sí misma petrante, e ignora lo demás. Es un mundo. Un mundo que munde solo.

Sin embargo, si toco este coral, siento que la superficie ha retenido el calor del sol en la parte expuesta, mientras la parte que apoyaba sobre la puente está más fría; y si lo partiera por la mitad sentiría quizá que el calor decrece de la cima a la base. Ahora bien, en un cuerpo caliente, los átomos se mueven más furiosamente, y por tanto, esta piedra, si se siente como movimiento, no puede sino sentir en su propio interior un diferenciarse de movimientos. Si quedara eternamente expuesta al sol en la misma posición, quizá empezaría a distinguir algo como un arriba y un abajo, por lo menos como dos tipos diferentes de movimiento. No sabiendo que la causa de esta diversidad

es un agente exterior, se pensaría así, como si ese movimiento fuera su naturaleza. Pero si se formara un desprendimiento de tierra y la piedra rodara hasta el valle y adoptara otra posición, sentiría que otras de sus partes ahora se mueven, de lentas que eran, mientras las primeras, que eran veloces, ahora van a paso más lento. Y mientras el terreno se desmorona (y podría ser un proceso lentísimo) sentiría que el calor, es decir, el movimiento que deriva, pasa grado a grado de una parte a la otra de sí misma.

Así pensando, Roberto exponía lentamente lados diferentes de su cuerpo a los rayos solares, rodando por la puente, hasta encontrar una zona de sombra, enfriándose ligeramente como habría debido pasarle a la piedra.

Quién sabe, preguntábase, si en estos movimientos la piedra no empieza a tener, si no el concepto de lugar, por lo menos el de parte: sin duda, en cualquier caso, el de mutación. No de pasión, sin embargo, porque no conoce su opuesto, que es la acción. O quizá sí. Porque que ella es piedra, así compuesta, lo siente siempre, mientras que está ahora caliente aquí, ahora fría allá lo siente de modo alterno. Por tanto, de alguna manera, es capaz de distinguirse a sí misma como substancia de los propios accidentes. O no: porque si se siente a sí misma como relación, sentiría sí misma como relación entre accidentes diferentes. Se sentiría como substancia en transformación. ¿Y qué quiere decir? ¿Me siento yo de manera diferente? Quién sabe si las piedras piensan como Aristóteles o como el Canónigo. Todo esto, en cualquier caso, podría tomarle milenios, aunque no es éste el problema: es si la piedra puede hacer tesoro de sucesivas percepciones de sí misma. Porque si se sintiera ahora caliente arriba y fría abajo, y luego viceversa, pero en el segundo estado no recordara el primero, creería siempre que su movimiento interior es el mismo.

Mas, ¿por qué, si tiene percepción de sí, no ha de tener memoria? La memoria es una potencia del alma, y por pequeña que sea el alma que la piedra tiene, tendrá memoria en proporción.

Tener memoria significa tener noción del antes y del después, si no, también yo creería siempre que la pena o el gozo de los que me acuerdo están presentes en el instante en que los recuerdo. En cambio, sé que son percepciones pasadas porque son más débiles que las presentes. El problema es, por tanto, tener el sentimiento del tiempo. Lo que quizá ni siquiera yo podría tener, si el tiempo fuera algo que se aprende. ¿No me decía días ha, o meses, antes de la enfermedad, que el tiempo es la condición del movimiento, y no el resultado? Si las partes de la piedra están en movimiento, este movimiento tendrá un ritmo que, aunque inaudible, será como el ruido de un reloj. La piedra, sería el reloj de sí misma. Sentirse en movimiento significa sentir latir el propio tiempo. La tierra, gran piedra en el cielo, siente el tiempo de su

movimiento, el tiempo de la respiración de sus mareas, y lo que ella siente yo lo veo dibujarse sobre la bóveda estrellada: la tierra siente el mismo tiempo que yo veo.

Por tanto, la piedra conoce el tiempo, es más, lo conoce incluso antes de percibir sus cambios de calor como movimiento en el espacio. Por lo que sé, podría no advertir ni siquiera que el cambio de calor depende de su posición en el espacio: podría entenderlo como un fenómeno de mutación en el tiempo, como el paso del sueño a la vigilia, de la energía al cansancio, como yo ahora estoy dando en la cuenta de que, quedándome quieto como estoy, me hormiguea el pie izquierdo. Pero no, debe sentir también el espacio, si advierte el movimiento donde antes estaba el reposo, y el reposo allá donde antes estaba el movimiento. La piedra, por tanto, sabe pensar *aquí y allá*.

Imaginemos ahora que alguien recoja esta piedra y la encaje en tre otras piedras para construir una pared. Si antes advertía el juego de las propias posiciones interiores era porque sentía los propios átomos tendidos en el esfuerzo de componerse como las celdas de un nido de abejas, tupidos el uno contra el otro y el uno entre los otros, como deberían sentirse las piedras de la bóveda de una iglesia, donde la una empuja a la otra y todas empujan hacia la clave central, y las piedras próximas a la clave empujan las otras hacia abajo y hacia afuera.

Habiéndose acostumbrado a ese juego de empujes y contraempujes, toda la bóveda debería sentirse como tal, en el movimiento invisible que hacen sus ladrillos para empujarse mutuamente; al igual debería advertir el esfuerzo que alguien hace para derribarla y entender que cesa de ser bóveda en el momento en el que el muro subyacente, con sus contrafuertes, cae.

Así pues, la piedra, urgida por las otras piedras a tal grado que está a punto de romperse (y si la presión fuera mayor se resquebrajaría), debe sentir esta constricción como una constricción que antes no advertía, una presión que de algún modo debe influir sobre el propio movimiento interior. ¿No será éste el momento en que la piedra advierta la presencia de algo exterior a sí? La piedra tendría entonces conciencia del Mundo. O quizá pensaría que la fuerza que la oprime es algo más fuerte que ella, e identificaría al Mundo con Dios.

Mas el día que ese muro se desplomare, cesada la constricción, ¿advertiría la piedra el sentimiento de la Libertad, como lo advertiría yo, si me decidiera a salir de la constricción que me he impuesto? Salvo que yo puedo querer cesar de estar en este estado, la piedra no. Por tanto, la libertad es una pasión, mientras la voluntad de ser libre es una acción, y ésta es la diferencia entre la piedra y yo. Yo puedo querer. La piedra, a la sumo (¿y por qué no?), puede sólo tender a volver a como era antes del muro, y sentir placer cuando se vuelve de nuevo libre, pero no puede decidir actuar

para realizar lo que le gusta.

¿Puedo yo de verdad querer? En este momento yo experimento el placer de ser piedra, el sol me calienta, el viento me hace aceptable esta concoccción de mi cuerpo, no tengo ninguna intención de cesar de ser piedra. ¿Por qué? Porque me gusta. Por tanto, también yo soy esclavo de una pasión, que me desaconseja querer libremente el propio contrario. Sin embargo, queriendo, podría querer. Y sin embargo, no lo hago. ¿Cuánto más libre soy que una piedra?

No hay pensamiento más tremendo, sobre todo para un filósofo, que el del libre albedrío. Por pusilanimidad filosófica, Roberto lo alejó como pensamiento demasiado grave; para él, sin duda, y con mayor razón para una piedra, a la que ya había otorgado las pasiones pero había quitado toda posibilidad de acción. En cualquier caso, incluso sin poderse plantear preguntas sobre la posibilidad o no de condenarse voluntariamente, la piedra había adquirido ya muchas y nobilísimas facultades, más de lo que los seres humanos le hubieran atribuido jamás.

Roberto preguntábase ahora más bien si en el momento en el que caía en el volcán, la piedra tenía conciencia de la propia muerte. A buen seguro no, porque no había sabido jamás qué quería decir morir. Mas cuando hubiera desaparecido del todo en el magma, ¿podía tener noción de su muerte acaecida? No, porque ya no existía aquel compuesto individual piedra. Por otro lado, ¿hemos sabido jamás de un hombre que haya dado en la cuenta de estar muerto? Si algo se pensaba a sí mismo, habría sido ahora el magma: yo magmo, yo magmo, yo magmo, chuf chaf, yo fluyo, fluo, fluesco, fluido, flaf flof, pluf, yo borboto, borbotillo burbujas ebullentes, regurgito gárgaras, gargajo gargajeo, cuajo. Pías. Y al fingirse magma Roberto arrojaba flemas por la boca como un perro afectado de hidrofobia e intentaba extraer borbotones de sus vísceras. Iba casi a hacer de cuerpo. No estaba hecho para ser magma, mejor volver a pensar como piedra.,

¿Mas qué le importa a la piedra que fue que el magma se magme a sí mismo magmante? No hay para las piedras una vida después de la muerte. No la hay para nadie a quien le haya sido prometido y concedido, después de la muerte, convertirse en planta o animal. ¿Qué acontecería si yo muriera y todos mis átomos se recompusieran, después de que mis carnes se han distribuido bien en la tierra y se han filtrado a lo largo de las raíces en la bella forma de una palmera? ¿Diría *yo palmeral* Lo diría la

palmera, no menos pensante que una piedra. Pero cuando la palmera dijera *yo*, ¿querría decir *yo Roberto!* Estaría mal abstraerle el derecho de decir *yo palmera*. ¿Y qué palmera sería si dijera *yo Roberto soy palmera!* Ese compuesto que podía decir *yo Roberto*, que se percibía como aquel compuesto, ya no existe. Y si ya no existe, con la percepción habrá perdido también la memoria de sí. No podría ni siquiera decir *yo palmera era Roberto*. Si esto fuera posible, yo tendría que saber ahora que yo Roberto un tiempo era... ¿qué sé yo? Algo. Y en cambio, no me acuerdo en absoluto. Lo que era antes ya no lo sé, así como soy incapaz de acordarme de aquel feto que era en el vientre de mi madre. Yo sé haber sido un feto porque me lo han dicho los demás, pero por lo que me atañe habría podido no haberlo sido jamás.

Dios mío, podría gozar del alma, y podrían gozar della incluso las piedras, y precisamente del alma de las piedras aprehendo que mi alma no sobrevivirá a mi cuerpo. ¿Qué hago pensando, y jugando a hacer de piedra, si luego no sabré ya nada de mí?.

Pero a fin de cuentas, ¿qué es este yo que yo creo me piensa a mí? ¿No he dicho que no es sino la conciencia que el vacío, idéntico a la extensión, tiene de sí mismo en este particular compuesto? Así pues, no soy yo el que piensa, sino que son el vacío, o la extensión, los que me piensan. Y entonces este compuesto es un accidente, en el cual el vacío y la extensión se han demorado un abrir y cerrar de ojos, para poder luego volver a pensarse de otro modo. En este gran vacío del vacío, lo único que verdaderamente existe es el trabajo de este llegar a ser y transformarse y dejar de ser de innumerables compuestos transitorios... ¿Compuestos de qué? De la única gran nada, que es la Substancia del todo.

Regulada por una majestuosa necesidad, que la lleva a crear y a destruir mundos, a entretejer nuestras pálidas vidas. Si la acepto, si esta Necesidad consigo amar, volver a ella, y doblegarme a sus futuros deseos, esto es la condición de la Felicidad. Sólo aceptando su ley encontraré mi libertad. Recluir en Ella será la Salvación, la fuga de las pasiones en la única pasión, el Amor Intelectual de Dios.

Si esto consiguiera de verdad comprender, sería verdaderamente el único hombre que ha encontrado la Verdadera Filosofía, y sabría todo del Dios que se esconde. ¿Pero quién tendría valor de ir por el mundo y proclamar esta filosofía? Éste es el secreto que yo llevaré conmigo a la tumba de las Antípodas.

Ya lo he dicho, Roberto no tenía el temple del filósofo. Llegado a esta Epifanía, que había amolado con la severidad con la que el óptico bruñe su lente, tuvo —y de

nuevo— una apostasía amorosa. Pues que las piedras no aman, se puso sentado volviendo hombre amante.

Entonces, se dijo, si es hacia el gran mar de la grande y única substancia a donde deberemos volver todos, allá abajo, o allá arriba, o doquiera que esté ella, ¡yo volveré a unirme idéntico a la Señora! Seremos ambos parte y todo del mismo macrocosmos. Yo seré ella, ella será yo. ¿No es éste el sentido profundo del mito de Hermafrodito? Lilia y yo, un solo cuerpo y un solo pensamiento...

¿Y acaso no he anticipado ya este acaecimiento? Desde hace días (¿semanas, meses?) yo estoy haciéndola vivir en un mundo que es todo mío, aunque sea a través de Ferrante. Ella ya es pensamiento de mi pensamiento.

Quizá es esto, el escribir Novelas: vivir a través de los propios personajes, hacer que éstos vivan en nuestro mundo, y entregarse a sí mismo y a las propias criaturas al pensamiento de los que vendrán, incluso cuando nosotros ya no podamos decir *yo*...

Mas si es así, depende sólo de mí eliminar a Ferrante de mi mismo mundo, hacer que gobierne su desaparición la justicia divina, y crear las condiciones por las cuales yo pueda volver a unirme con Lilia.

Lleno de nuevo entusiasmo, Roberto decidió pensar el último capítulo de su historia.

No sabía que, sobre todo cuando los autores ya están decididos a morir, las Novelas a menudo se escriben solas, y van donde ellas quieren.

SOBRE LA NATURALEZA Y LUGAR DEL INFIERNO

Roberto se contó que, vagando de ínsula en ínsula, y buscando más su placer que el justo rumbo, Ferrante, incapaz de sacar aviso de las señales que el eunuco mandaba a la herida de Biscarat, había perdido al fin cualquier noción de dónde se encontraba.

La nave por tanto iba, las pocas vituallas habíanse podrido, el agua apestaba. Para que la chusma no diera en la cuenta, Ferrante obligaba a cada uno a bajar sólo una vez al día a la bodega y coger en la obscuridad lo poco que era necesario para sobrevivir, y que nadie habría sufrido mirar.

Única que no advertía nada, Lilia, que soportaba con serenidad todas las vejaciones, y parecía vivir de una gota de agua y de una nada de bizcocho, ansiosa de que el amado sobresaliera en su empresa. En cuanto a Ferrante, insensible a aquel amor sino por el placer que del obtenía, seguía incitando a sus marineros haciéndoles centellear ante los ojos de su codicia imágenes de riqueza. Y así un ciego cegado por el rencor guiaba a otros ciegos cegados por la codicia, manteniendo prisionera de sus lazos a una ciega belleza.

A muchos del marinaje, sin embargo, por la gran sed se les hinchaban las encías, que empezaban a cubrir todo el diente; las piernas se sembraban de abscesos, y su pestilencial secreción subía hasta las partes vitales.

Así fue como, habiendo descendido más allá del grado veinte y cinco de latitud sur, Ferrante había tenido que arrostrar un motín. Lo había hecho sirviéndose de un grupo de cinco piratas más fieles (Andrápodo, Bórides, Ordoño, Safar y Asprando), y los rebeldes habían sido abandonados con pocos bastimentos en el esquife. Mas con ello, el *Tweede Daphne* habíase privado de un medio de salvataje. Qué importaba, decía Ferrante, de aquí a poco estaremos en el lugar adonde nos arrastra nuestra execrable hambre de oro. Pero los hombres ya no bastaban para gobernar el navío.

Ni tenían ganas ya de hacerlo: habiendo tendido una sólida mano a su jefe, ahora queríanse sus iguales. Uno de los cinco había espiado a aquel misterioso hidalgo, que subía tan raramente a la puente, y había descubierto que se trataba de una mujer. Entonces aquellos últimos nefarios habíanse encarado con Ferrante pidiéndole la pasajera. A Ferrante, Adonis en el aspecto, pero Vulcano en el alma, le interesaba más Plutón que Venus, y fue una suerte que Lilia no lo oyera mientras les susurraba a los

amotinados que habría asentado pactos con ellos.

Roberto no tenía que permitirle a Ferrante que llevara a cabo esta última ignominia. Quiso, pues, que en aquel punto Neptuno se airase de que alguien pudiera franquear sus campos sin temor de su ira. O, para no imaginar el asunto de manera tan pagana, aun cuando conceptuoso: imaginó que era imposible (si una novela debe transmitir también una enseñanza moral) que el Cielo no castigara aquel bajel de perfidias. Y gozaba figurándose que los Notos, los Aquilones, y los Austros, enemigos incansables del sosiego del mar, aunque hasta entonces habían dejado a los plácidos Zéfiro el cuidado de batir la senda por la cual el *Tweede Daphne* seguía su viaje, encerrados en sus aposentos subterráneos mostrábanse ya impacientes.

Los hizo estallar a todos de repente. Al gemido de las tablazonas hacían bordón los lamentos de los marineros, el mar vomitaba sobre ellos y ellos vomitaban en el mar, y a veces una ola los envolvía de suerte tal que desde las riberas alguien habría podido tomar aquella puente por un ataúd de hielo, a cuyo alrededor las centellas se encendían como cirios.

Primeramente, la tempestad oponía nubes a nubes, aguas a aguas, vientos a vientos. Bien pronto el mar había salido de sus prescritos confines y crecía turgente hacia el cielo, bajaba ruinoso la lluvia, el agua mezclábase con el aire, el pájaro aprendía la natación y el vuelo el pez. Ya no era una lucha de la naturaleza contra los navegantes, sino una batalla de los elementos entre ellos. No había un átomo de aire que no se hubiere transformado en una esfera de granizo, y Neptuno subía para extinguir los relámpagos en las manos de Júpiter, para privarle del placer de quemar a aquellos humanos, que él quería, en cambio, anegados. El mar cavaba una tumba en su mismo seno para substraerlos a la tierra y, como veía el bajel apuntar sin gobierno hacia un escollo, con súbito revés hacíalo proceder en otra dirección.

La nave se hundía, en popa y en proa, y cada vez que bajaba parecía que volara desde lo alto de una torre: la popa se abismaba hasta la galería, y en la proa el agua parecía querer engullir el bauprés.

Andrápodo, que estaba intentando atar una vela, había sido arrancado de la entena y precipitando en el mar había golpeado a Bórides que tendía una cuerda, desarticulándole la cabeza.

El buque rehusaba ahora obedecer al timonel Ordoño, mientras otra ráfaga rasgaba de golpe el perico de la mesana. Safar se las ingeniaba para arriar las velas, incitado por Ferrante que profería blasfemias, pero no había acabado de asegurar la gavia cuando el navío habíase puesto de través y había recibido por la banda tres embates de tal magnitud que Safar había sido despedido más allá del bordo. El palo mayor, de

golpe, habíase partido, desplomándose en el mar, no sin haber antes asolado la puente y quebrantado el cráneo a Asprando. Y por fin, el gobernalle habíase roto en pedazos, mientras un golpe enloquecido de la caña le quitaba la vida a Ordoño. Ya aquel muñón de madera carecía de marinaje, mientras los últimos ratones volcábanse allende el bordo, cayendo en el agua de la que querían huir.

Parece imposible que Ferrante, en tanta gresca, pensara en Lilia, pues que del nos esperaríamos que fuera solícito sólo de la propia incolumidad. No sé si Roberto había pensado que estaba violando las leyes de lo verisímil, mas, con tal de no dejar fenecer a aquella a la que había dado el corazón, tuvo que concederle un corazón también a Ferrante. Aunque fuera por un instante.

Ferrante, por tanto, arrastra a Lilia a la cubierta, ¿y qué hace? La experiencia le enseñaba a Roberto que habría tenido que atarla sólidamente a una tabla, dejándola deslizarse en el mar y confiando en que ni siquiera las fieras del Abismo habrían negado piedad a tanta belleza.

Después de lo cual, Ferrante aferra también él un pedazo de madera, y se apresta a atárselo. Mas en aquel momento asoma en la cubierta, sabe Dios cómo, desatado de su patíbulo por la zozobra de la bodega, con las manos aún encadenadas, más parecido a un muerto que a un vivo, pero con los ojos avivados por el odio, Biscarat.

Biscarat, que durante todo el viaje había permanecido, como el perro del *Amarilis*, sufriendo en los cepos mientras cada día le reabrían aquella herida que luego le curaban por poco. Biscarat, que había transcurrido aquellos meses con un pensamiento único: vengarse de Ferrante.

Deus ex machina, Biscarat aparece de repente a las espaldas de Ferrante, que ya tiene un pie en el pasamanos, levanta los brazos y los pasa, haciendo de la cadena una soga, ante el rostro de Ferrante, y le atenaza la garganta. Y gritando «¡Conmigo, conmigo al infierno al fin!» se le ve (casi se siente) darle un apretón tal que el cuello de Ferrante se quiebra mientras la lengua asoma de aquellos labios blasfemos y acompaña su última rabia. Hasta que el cuerpo sin alma del ajusticiado, precipitando, arrastra consigo, como un manto, el cuerpo aún vivo del verdugo, que marcha victorioso al encuentro de las ondas en guerra con el corazón por fin en paz.

Roberto no consiguió imaginar los sentimientos de Lilia ante aquella visión, y esperó que no hubiera visto nada. Como no recordaba qué le había pasado a él desde el momento en que había sido arrebatado por el ciclón, ni siquiera conseguía imaginar qué podía haberle sucedido a ella.

En realidad, estaba tan embargado por el deber de enviar a Ferrante a su justo castigo que resolvió seguir, ante todo, su suerte en la ultratumba. Y dejó a Lilia en la vorágine vasta.

El cuerpo sin vida de Ferrante había sido arrojado, entre tanto, en una playa desierta. El mar estaba apacible, como agua en una taza, y en la ribera no había resaca alguna. Todo estaba envuelto por una ligera bruma, como acontece cuando el sol ya ha desaparecido pero la noche aún no ha tomado posesión del cielo.

Inmediatamente después de la playa, sin que árboles o zarzas señalaran su fin, veíase una llanura absolutamente mineral, donde incluso los que desde lejos parecían cipreses, se revelaban luego como obeliscos de plomo. En el horizonte, hacia occidente, se elevaba un relieve montuoso, ya obscuro a la vista si no se hubieran divisado algunas llamitas a lo largo de las laderas, que le daban una apariencia de cementerio. Encima de aquel macizo descansaban largas nubes negras con vientre de carbón que se apaga, de una forma sólida y compacta, como los huesos de jibia de ciertos cuadros o dibujos, que si se los mira luego al sesgo se contraen en forma de calavera. Entre las nubes y el monte, el cielo se bañaba aún de amarillez. Y habríase dicho, aquél, el último espacio aéreo aún tocado por el sol moribundo, si no fuera que hacía la impresión de que aquel último conato de ocaso no hubiera tenido inicio jamás, y jamás habría tenido fin.

Allá donde la llanura empezaba a hacerse declivio, Ferrante oteó una pequeña hilera de hombres, y movióse hacia ellos.

Hombres, o seres de todos modos humanos, tal era su aspecto desde lejos pero, en cuanto Ferrante los hubo alcanzado, vio que, si hombres habían sido, ahora habíanse transformado más bien —o estaban en camino de transformarse— en instrumentos para un anfiteatro de anatomía. Así los quería Roberto, porque recordaba haber visitado un día uno de esos lugares donde un grupo de médicos con trajes oscuros y semblante rubicundo, con pequeñas venas encendidas en la nariz y en las mejillas, en acto que parecía de verdugo, estaban en torno a un cadáver para exponer en el exterior lo que era interior, y descubrir en los muertos los secretos de los vivos. Quitaban la piel, cortaban las carnes, desenvainaban los huesos, desenlazaban los vínculos de los nervios, desanudaban madejas de músculos, abrían los órganos de los sentidos, ofrecían separadas todas las membranas, desligados todos los cartílagos, desprendidos todos los despojos. Bien distinta cada fibra, dividida cada arteria, descubierta cada médula, mostraban a los espectadores las oficinas vitales: aquí la comida se cuece, la

sangre aquí se purga, el alimento aquí se dispensa, aquí se forman los humores, aquí se templan los espíritus... Y alguien junto a Roberto había observado en voz baja que, después de nuestra muerte terrenal, no de otra forma habría hecho la naturaleza.

Mas un Dios anatomista había tocado de manera diferente a aquellos moradores de la isla, que ahora Ferrante veía cada vez más de cerca.

El primero era un cuerpo privado de piel, los haces de los músculos tendidos, en un gesto de abandono los brazos, el semblante doliente hacia el cielo, todo cráneo y pómulos. Al segundo, el cuero de las manos apenas pendía colgado de las yemas como un guante, y en las piernas arremangábase bajo la rodilla como una blanda bota.

De un tercero, antes la piel, luego los músculos habían sido tan estirados que el cuerpo entero, y sobre todo el rostro, parecía un libro abierto. Como si aquel cuerpo quisiera enseñar piel, carne y huesos al mismo tiempo, tres veces humano y tres veces mortal; mas parecía un insecto al que aquellos harapos fuéranle alas, si en aquella isla hubiera habido un viento que las agitara. Y estas alas no se movían por la fuerza del aire, inmóvil en aquel crepúsculo: se agitaban apenas ante los movimientos de aquel cuerpo derrengado.

Poco alejado, un esqueleto se apoyaba en una pala, quizá para cavarse la tumba, las órbitas hacia el cielo, una mueca en el arco corvo de los dientes, la mano izquierda implorando piedad y atención. Otro esqueleto encorvado ofrecía de espaldas la espina del dorso arqueada, andando a respingos con las manos huesudas sobre el rostro gacho.

Uno, que Ferrante vio sólo de espaldas, tenía aún cuero cabelludo sobre el cráneo descarnado, en guisa de gorro calado a fuerza.

Pero el forro (pálido y rosa como una concha marina), el fieltro que sostenía el pellejo, estaba formado por el cutis, cortado a la altura del cogote y vuelto hacia arriba.

Había algunos a los que casi todo había sido abstraído, y parecían esculturas de solos nervios. Y en el tronco del cuello, ya acéfalo, venteaban los que un tiempo estaban arraigados a un cerebro. Las piernas parecían un entrelazamiento de mimbres.

Había otros que, con el abdomen abierto, dejaban palpitar intestinos color cólico, como dolientes glotones embuchados de callos mal digeridos. Allá donde habían tenido un pene, ya despellejado y reducido a rabillo de hoja, agitábase sólo los testículos secos.

Ferrante vio que ya sólo eran venas y arterias, laboratorio móvil de un alquimista, fistulas y cánulas en movimiento perpetuo, destilando la sangre exangüe de aquellas noctilucas apagadas a la luz de un sol ausente.

Estaban aquellos cuerpos en grande y doloroso silencio. En algunos se

vislumbraban los signos de una lentísima transformación que, de estatuas de carne, los estaba sutilizando en estatuas de fibras.

El último de aquéllos, desollado como un San Bartolomé, llevaba alta en la mano derecha la piel aún sanguinolenta, floja como una capa plegada. A ésta se le reconocía aún un rostro, con los agujeros de los ojos y de las narices, y la caverna de la boca, que parecían el último vertido de una máscara de cera expuesta a un subitáneo calor.

Y aquel hombre (es decir, la boca desdentada y deformada de su piel) le habló a Ferrante.

—Malvenido —le dijo—, a la Tierra de los Muertos que nosotros llamamos Isla Vesalia. Dentro de poco también tú seguirás nuestra suerte, mas no habrás de creer que cada uno de nosotros se extinga con la rapidez concedida por el sepulcro. Según nuestra condena, cada uno de nosotros es conducido a un estadio suyo propio de descomposición, para hacernos saborear la extinción, que para cada uno de nosotros sería el máximo júbilo. ¡Oh qué leticia, imaginarnos sesos que apenas tocados se despachurraran, pulmones que reventaran al primer soplo de aire que los esforzara una vez más, corambres que a todo cedieran, mollejas que se reblandecieran, gorduras que se colicuaran! Pues bien, no. Así como nos ves, nosotros hemos llegado cada uno a nuestro estado sin percatarnos, por imperceptible mutación en el curso de la cual cada hilacha nuestra ha consumido en el transcurso de mil y mil y mil años. Y nadie sabe hasta qué punto nos ha sido concedido consumirnos, de suerte que aquéllos que ves allá abajo, reducidos a los solos huesos, esperan aún poder morir un poco, y quizá hace milenios que se agotan en esa espera; otros, como yo, están en esta semblanza ya no sé desde cuándo, porque en esta noche siempre inminente hemos perdido todo sentimiento del pasar del tiempo, y con todo, aún espero que me haya sido concedida una anulación lentísima. Así cada uno de nosotros anhela un descomponerse que, bien lo sabemos, no será jamás total, siempre esperando que la Eternidad no haya empezado aún para nosotros, y con todo y con eso, temiendo estar dentro della desde nuestro antiquísimo desembarco en esta tierra. Nosotros creíamos, cuando vivíamos, que el infierno era el lugar de la eterna desesperación, porque así nos dijeron. Pobres de nosotros, no, que el infierno es el lugar de una inapagable esperanza, que hace cada día peor que el otro, pues que esta sed, que se nos mantiene viva, jamás es satisfecha. Teniendo siempre un vislumbre de cuerpo, y todos los cuerpos tendiendo al crecimiento o a la muerte, no cesamos de esperar; y sólo así nuestro Juez ha sentenciado que nosotros pudiéramos sufrir *in saecula*.

Había preguntado Ferrante:

—¿Pues qué esperáis?

—Di más bien qué esperarás tú también... Esperarás que una nada de viento, una mínima crecida de marea, la llegada de una sola sabandija hambrienta nos restituya átomo por átomo al gran vacío del universo, donde podríamos participar aún de alguna manera en el ciclo de la vida. Pero aquí el aire no se agita, el mar permanece inmóvil, no sentimos jamás frío ni calor, no conocemos ni albas ni ocasos, y esta tierra más muerta que nosotros no produce ninguna vida animal. ¡Oh los gusanos, que la muerte nos prometía un día! ¡Oh amadas lombricillas, madres de nuestro espíritu que podría aún renacer! ¡Chupando nuestra hiel nos rociaríais piadosas con la leche de la inocencia! ¡Mordiéndonos, sanaríais los mordiscos de nuestras culpas, acunándonos con vuestros vicios de muerte nos daríais nueva vida, porque tanto valdría para nosotros la tumba como un regazo materno... Pero nada de esto acaecerá. Esto sabemos nosotros, y con todo, esto el cuerpo nuestro lo olvida a cada instante.

—Y Dios —había preguntado Ferrante—, Dios, ¿Dios ríe?

—Ay infelices, no —había contestado el desollado—, porque también la humillación nos exaltaría. ¡Hermoso sería si viéramos por lo menos a un Dios que ríe, que se mofa de nosotros! ¡Qué distracción nos sería el espectáculo del Señor que desde su trono en compañía de sus santos nos escarneciera! Tendríamos la visión del gozo ajeno, tan regocijante como la visión del enojo ajeno. No, aquí nadie se desdeña, nadie ríe, nadie se muestra. Aquí Dios no está. Sola está una esperanza sin meta.

—Por Dios, que sean malditos todos los santos —intentó gritar entonces Ferrante encruelecido—, ¡si estoy condenado, tendré buen derecho de representarme a mí mismo el espectáculo de mi furor!

Pero dio en la cuenta de que la voz le salía feble del pecho, su cuerpo estaba postrado, y no podía ni siquiera enfurecerse.

—Ves —habíale dicho el desollado, sin que su boca consiguiera sonreír—, tu pena ya ha empezado. Ni siquiera el odio te está permitido. Esta isla es el único lugar del universo donde no está permitido sufrir, donde una esperanza sin energía no se distingue de un aburrimiento sin fondo.

Roberto había seguido construyendo el fin de Ferrante, siempre permaneciendo en la cubierta, desnudo como se había puesto para convertirse en piedra, y entre tanto, el sol le había quemado el rostro, el pecho y las piernas, devolviéndolo a aquel calor febricitante al cual había escapado hacía no mucho. Dispuesto ya a confundir no sólo la

novela con la realidad, sino también el ardor del ánimo con el del cuerpo, habíase sentido volver a encender de amor. ¿Y Lilia? ¿Qué le había acaecido a Lilia mientras el cadáver de Ferrante iba a alcanzar la isla de los muertos?

Con un gesto no raro en los narradores de Novelas, cuando no saben cómo frenar la impaciencia y ya no observan las unidades de tiempo y de lugar, Roberto saltó de un brinco los acontecimientos para volver a encontrar a Lilia días después, asida a aquella tabla, mientras procedía por un mar ya tranquilo que refulgía bajo el sol, y se acercaba (y esto, amable lector mío, tú no habrías osado prever jamás) a la costa oriental de la Isla de Salomón, es decir por la parte opuesta a aquélla en la que estaba anclado el *Daphne*.

Aquí, Roberto habíalo sabido por el padre Caspar, las playas eran menos amigables de lo que lo eran hacia el oeste. La tabla, ya incapaz de resistir, habíase roto chocando contra un escollo. Lilia habíase despertado y habíase agarrado a aquella roca, mientras los añicos de la balsa se perdían entre las corrientes.

Ahora ella estaba allí, en una piedra que apenas podía acogerla, y un trecho de agua, para ella océano, la separaba de la ribera. Zarandeada por el tifón, debilitada por el ayuno, atormentada aún más por la sed, no podía arrastrarse del escollo a la arena, allende la cual, con una mirada empañada adivinaba un desteñirse de formas vegetales.

La roca era tórrida bajo el tierno costado y, respirando con esfuerzo, en vez de refrescar el interno ardor, atraía hacia sí el ardor del aire.

Esperaba que no muy lejos manaran ágiles arroyos de peñascos umbrosos, pero estos sueños no la deleitaban, sino que le reavivaban la sed. Quería pedir ayuda al Cielo, pero quedándose anudada al paladar la árida lengua, las voces se convertían en mutilados suspiros.

Como el tiempo pasaba, el flagelo del viento la arañaba con garras de rapaz, y temía (más que morir) vivir hasta que la acción de los elementos la desfigurara, convirtiéndola en objeto de repulsión y ya no de amor.

Si hubiera alcanzado una rebalsa, un curso de agua viva, aproximando los labios, habría divisado sus ojos, ya dos vivas estrellas que prometían vida, ahora convertidos en dos espantosos eclipses; y ese rostro, en el cual los Amorcillos retozaban haciendo estancia, ahora hórrido albergue del aborrecimiento. Aunque hubiera llegado a un estanque, sus ojos habrían vertido en él, por piedad del propio estado, más gotas de las que le hubieran quitado los labios.

Esto por lo menos Roberto hacía que Lilia pensara de sí misma. Pero sintió

fastidio. Fastidio della que, próxima a morir, se angustiaba por la propia belleza, como a menudo querían las Novelas. Fastidio de sí mismo, que no sabía mirar a la cara, sin hipérbolos de la mente, a su amor moribundo.

¿Cómo podía ser Lilia, de verdad, en aquel punto? ¿Cómo habríasele aparecido, quitándole aquel vestido de muerte tejido de palabras?

Por los sufrimientos del largo viaje y del naufragio, sus cabellos podían haberse vuelto de estopa, marcada por hilos blancos; su seno había perdido sin duda sus azucenas, su rostro había sido arado por el tiempo. Arrugados estaban ahora la garganta y el pecho.

Mas no, celebrarla así a ella ajándose era aún fiar en la máquina poética de padre Emanuel... Roberto quería ver a Lilia como realmente era. La cabeza derribada, los ojos desorbitados que, empequeñecidos por el dolor, se mostraban demasiado alejados de la raíz de la nariz —ya aguzada en la extremidad—, gravados por bolsas, los ángulos marcados por una aureola de pequeños pliegues, huellas dejadas por un gorrión en la arena. Las aletas de la nariz un poco dilatadas, una ligeramente más carnosa que la otra. La boca agrietada, del color de la amatista, dos arrugas arqueadas a los lados, y el labio superior un poco saliente, levantado para mostrar dos dientecillos ya no de marfil. La piel del rostro dulcemente lasa, dos pliegues relajados bajo la barbilla, para humillar el dibujo del cuello...

Con todo y eso, este fruto marchito, él no lo habría cambiado por todos los ángeles del cielo. Él la amaba también así, ni que ella era diferente podía saber cuando habíala amado queriéndola como era, detrás del telón de su velo negro, una noche lejana.

Habíase dejado extraviar durante sus días de naufragio, habíala deseado harmoniosa como el sistema de las esferas; pero ya también le habían dicho (y no había osado confesar también esto al padre Caspar) que quizá los planetas no cumplen su viaje a lo largo de la línea perfecta de un círculo, sino por un bisojo giro suyo en torno al sol.

Si la belleza es clara, el amor es misterioso: él descubría amar no la primavera, sino cada una de las estaciones de la amada, aún más deseable en su decadencia autumnal. Siempre la había amado por lo que era y habría podido ser, y sólo en ese sentido amar era hacer don de sí mismo, sin esperanza de trueque.

Habíase dejado trastornar por su ondisonante exilio, buscando siempre a otro sí mismo: pésimo en Ferrante, óptimo en Lilia, de cuya gloria quería hacerse glorioso. Y en cambio, amar a Lilia significaba quererla como él mismo era, entregados ambos al laborío del tiempo. Hasta entonces había usado la belleza della para fomentar el mancillarse de su mente. La había hecho hablar poniéndole en su boca las palabras que

él quería, y de las que estaba, con todo, descontento. Ahora la habría querido cerca, enamorado de su doliente beldad, de su voluptuosa extenuación, de su gracia amoratada, de su débil venustez, de sus enjutas desnudeces, para acariciarlas solícito, y escuchar su palabra, la de ella, la suya, no la que él habíale prestado.

Tenía que tenerla desposeyéndose de sí.

Mas era tarde para rendir el justo homenaje a su ídolo enfermo.

En la otra parte de la Isla, a Lilia le corría en las venas, licuada, la Muerte.

ITINERARIO ESTÁTICO CELESTE

¿Era ésta la manera de terminar una Novela? Las Novelas no sólo aguijonean el odio para hacernos al final gozar de la derrota de los que odiamos, sino que invitan también a la compasión para luego llevarnos a descubrir libres de peligro a los que amamos. Novelas que acabaran tan mal, Roberto no las había leído jamás.

A menos que la Novela aún no hubiera acabado, y tuviera de reserva a un Héroe secreto, capaz de un gesto imaginable sólo en el País de las Novelas.

Por amor, Roberto decidió realizar aquel gesto, entrando él mismo en su narración.

Si yo hubiera llegado ya a la Isla, decíase, ahora podría salvarla. Es sólo mi pereza la que me ha mantenido aquí. Ahora estamos ambos anclados en el mar, deseando las opuestas riberas de una misma tierra.

Y sin embargo, no todo está perdido. Yo la veo expirar en este mismo momento, pero si yo en este mismo momento alcanzara la Isla, estaría en ella un día antes de que ella llegara, dispuesto a aguardarla y ponerla a salvo.

Poco importa que yo la reciba del mar mientras está ya a punto de exhalar el último suspiro. En efecto, se sabe que cuando el cuerpo viene a ese trance, una fuerte emoción puede llegar a darle nueva savia, y hanse visto moribundos que, al saber que la causa de su desventura había sido alejada, volvieron a florecer.

¡Y qué mayor emoción, para aquella moribunda, que encontrar en vida a la persona amada! Ni siquiera deberé revelarle que soy diferente del que amaba, porque era a mí y no a otro a quien ella habíase entregado; tomaría sencillamente el lugar que se me debía desde el principio. No sólo, sin reparar en ello, Lilia sentiría un amor diferente en mi mirada, puro de toda lujuria, trémulo de devoción.

¿Es posible, cualquiera se preguntaría, que Roberto no hubiera reflexionado que ese desquite le estaba concedido sólo si él de verdad hubiera tocado la Isla ese día, al máximo a las primeras horas de la mañana siguiente, cosa que sus experiencias recentísimas no hacían probable? ¿Y era posible que no diera en la cuenta de que estaba proyectando allegarse a la Isla para encontrar a aquélla que llegaba allí sólo en virtud de su relato?

Roberto, ya lo hemos visto, después de haber empezado a pensar en un País de las Novelas completamente ajeno a su propio mundo, por fin había llegado a hacer que confluyeran los dos universos el uno en el otro sin esfuerzo, y había confundido sus leyes. Pensaba poder llegar a la Isla porque se lo estaba imaginando, e imaginar la llegada della en el momento en el que él hubiera llegado ya, porque así lo estaba queriendo. Por otra parte, aquella libertad de querer acontecimientos y de verlos realizados que hace tan imprevisibles a las Novelas, Roberto estábala transfiriendo al propio mundo: por fin habría llegado a la Isla por la sencilla razón de que —de no llegar a ella— no habría sabido ya qué contarse.

En torno a esta idea, que quienquiera que no nos hubiera seguido hasta aquí juzgaría sinrazón o falta de juicio como se quiera decir (o se quisiera entonces), él ahora reflexionaba de manera matemática, sin esconderse ninguna de las eventualidades que juicio y prudencia le sugerían.

Como un general que dispone, la noche de antes de la batalla, los movimientos que sus tropas llevarán a cabo en el día por venir, y no sólo se representa las dificultades que podrían surgir y los accidentes que podrían estorbar su plan, sino que se identifica también con la mente del general adversario, para prever sus movimientos y contramovimientos, y disponer del futuro actuando en consecuencia de lo que el otro podría disponer en consecuencia de aquellas consecuencias, así Roberto sopesaba los medios y los resultados, las causas y los efectos, los pros y los contras.

Tenía que abandonar la idea de nadar hacia la barbacana y superarla. Ya no podía divisar los pasajes sumergidos, y no habría podido alcanzar la parte emergente sino arrojando invisibles acechanzas, sin duda mortales. Y por fin, aun admitiendo que hubiere podido alcanzarla —encima o debajo del agua que estuviere—, no era seguro que hubiera podido caminar con sus débiles polainas, que el arrecife no ocultara simas en las que habría caído sin poder ya salir.

No se podía alcanzar, por tanto, la Isla sino volviendo a hacer el recorrido de la barca, es decir nadando hacia el sur, costeando a distancia la bahía más o menos a la altura del *Daphne*, para luego doblar hacia oriente una vez superado el promontorio meridional, hasta alcanzar la caleta de la que habíale hablado el padre Caspar.

Este proyecto no era razonable, y por dos razones. La primera, que a duras penas él había conseguido hasta entonces nadar hasta el límite de la barbacana y en ese punto las fuerzas ya le abandonaban; así pues, no era sensato pensar que habría podido recorrer una distancia cuatro o cinco veces superior. Y sin amarra, no tanto porque no

tenía una tan larga, sino porque esta vez si iba, era para ir, y si no llegaba no tenía sentido volver atrás. La segunda, era que nadar hacia el sur quería decir moverse contra corriente: y, sabiendo ahora que sus fuerzas servían a contrastarla sólo pocas brazas, él habría sido arrastrado inexorablemente hacia el norte, más allá del cabo septentrional, alejándose cada vez más de la Isla.

Después de haber calculado con rigor estas posibilidades (después de haber reconocido que la vida es breve, el arte vasto, la ocasión instantánea y el experimento incierto) habíase dicho que era indigno de un gentilhombre abandonarse a cálculos tan mezquinos, como un burgués que computara las posibilidades que tenía jugándose a dados su avaro peculio.

Es decir, habíase dicho, un cálculo se ha de hacer, mas que sea sublime, si sublime es la apuesta. ¿Qué se jugaba en aquella apuesta? La vida. Mas su vida, si él no hubiera conseguido abandonar la nave jamás, no era mucho, sobre todo ahora que a la soledad habríase añadido la consciencia de haberla perdido a ella para siempre. ¿Qué ganaba, en cambio, si superaba la prueba? Todo, el gozo de volverla a ver y salvarla, en cualquier caso de morir sobre ella muerta, cubriendo su cuerpo con una mortaja de besos.

Es verdad, la apuesta no era a la par. Había más posibilidades de morir en el intento que no de alcanzar la tierra. Pero también en ese caso el alea era ventajosa: como si le hubieran dicho que tenía mil posibilidades de perder una miserable suma contra una sola de ganar un inmenso tesoro. ¿Quién no hubiera aceptado?

Al final había sido embargado por otra idea, que le reducía en gran medida el riesgo de aquella jugada, es más, lo veía ganador en ambos casos. Admitiérase incluso que la corriente le hubiera arrastrado en la dirección opuesta. Pues bien, una vez rebasado el otro promontorio (lo sabía por haber hecho la prueba con la tabla de madera) la corriente lo habría conducido a lo largo del meridiano...

Si se hubiera dejado ir a la flor del agua, con los ojos al cielo, él no habría visto jamás moverse el sol: habría fluctuado en aquella cresta que separaba el hoy del día de antes, fuera del tiempo, en un eterno medio día. Parándose el tiempo para él, habríase detenido también en la Isla, retrasando al infinito la muerte della, puesto que ya todo lo que le acaecía a Lilia dependía de su voluntad de narrador. En suspenso él, en suspenso la historia sobre la Isla.

Acuminadísimo quiasmo, además. Ella habríase hallado en la misma posición en la que había estado él durante un tiempo ya incalculable, a dos brazas de la Isla, y él

perdiéndose en el océano, le habría hecho dádiva de la que habría de ser su esperanza, manteniéndola en suspenso sobre la espumosa cima de un interminable deseo, ambos sin futuro y, por tanto, sin muerte por venir.

Luego se demoró representándose cuál habría sido su viaje, y por la confluencia de universos que él ya había decretado, sentíalo como si fuera también el viaje de Lilia. Era el extraordinario caso de Roberto el que le habría garantizado a ella una inmortalidad que la trama de las longitudes no le habría concedido si no.

Se habría movido hacia el norte a una velocidad apacible y uniforme: a su derecha y a su izquierda se habrían seguido los días y las noches, las estaciones, los eclipses y las mareas, novísimas estrellas habrían atravesado los cielos llevando pestilencias y estrago de imperios, monarcas y pontífices habrían encanecido y desaparecido en remolinos de polvo, todos los turbillones del universo habrían cumplido sus ventiscosas revoluciones, otras estrellas se habrían formado del holocausto de las antiguas... A su alrededor, el mar habríase desencadenado y luego abochornado, los alisios habrían hecho sus corros, y para él nada habría mudado en aquel plácido surco.

¿Se habría detenido un día? Por lo que recordaba de los mapas, ninguna otra tierra, que no fuera la Isla de Salomón, podía extenderse en aquella longitud, por lo menos hasta que ésta, en el Polo, no empalmara con todas las demás. Pues si un navío, con el viento en popa y una selva de velas, empleaba meses y meses y meses en realizar un recorrido igual al que habría emprendido, ¿cuánto habría durado él? Quizá años, antes de llegar al lugar donde no sabría qué había sido del día y de la noche, y del transcurrir de los siglos.

Mas en el intervalo habría descansado en un amor tan sutil que no le habría preocupado perder labios, manos, pupilas. El cuerpo se habría vaciado de toda su savia, sangre, bilis o pituita. El agua, entrando por todos los poros, penetrando en las orejas, le habría revocado el cerebro de sal. Le habría sustituido el humor vitreo de los ojos. Le habría invadido las narices yendo a desleír todo vestigio de elemento terrestre. Al mismo tiempo, los rayos solares lo habrían alimentado de partículas ígneas, y éstas habrían menguado el líquido en un único entrevero de aire y de fuego atraído por fuerza de simpatía hacia arriba. Y él, ahora liviano y volátil, levantábase para empalmarse con los espíritus del aire, luego con los del sol.

Y lo mismo ella, en la sólida luz de aquel escollo: expandíase como oro batido hasta la hoja más aérea.

Así, en el curso de los días habríanse unido en aquel concierto. Instante tras instante habrían sido de verdad el uno al otro como los firmes gemelos del compás, moviéndose cada uno al movimiento del compañero, inclinándose el uno cuando el otro

vaga más lejos, volviendo a crecer erguido cuando el otro se le une de nuevo.

Entonces ambos habrían continuado su viaje en el presente, derechos hacia el astro que los esperaba, polvo de átomos entre los otros corpúsculos del cosmos, vórtice entre los vórtices, eternos ya como el mundo porque ribeteados de vacío. Conciliados con su destino, porque el movimiento de la tierra trae terrores y daños, pero la trepidación de las esferas es inocente.

Así pues, la apuesta le habría dado en cualquier caso una victoria. No había que dudarle. Mas tampoco disponerse a aquel triunfal sacrificio sin su ajuar de justos ritos. Roberto consigna a sus papeles los últimos actos que se dispone a cumplir, y para lo demás nos deja adivinar gestos, tiempos, cadencias.

Como primer lavacro liberatorio, tardó casi una hora en arrancar una parte del ajedrez que separaba la puente de la entrepuentes. A continuación, descendió y dio en abrir todas las jaulas. A medida que desarraigaba los juncos, le arrollaba un rumor único de alas, y tuvo que defenderse levantando los brazos ante el rostro, pero al mismo tiempo gritaba «¡Hala, hala!» y alentaba a los prisioneros empujando con las manos incluso a las gallinas, que aleaban sin encontrar la vía de salida.

Hasta que, otra vez en cubierta, vio a la populosa bandada levantarse entre la arboladura, y le pareció que durante algunos segundos el sol estaba cubierto por todos los colores del arco iris, descaecidos al través por los pájaros del mar, que habían acudido curiosos a unirse a aquella fiesta.

Luego, había tirado al mar todos los relojes, no pensando absolutamente que perdía tiempo precioso: estaba borrando el tiempo para propiciarse un viaje contra el tiempo.

Por fin, para impedirse cualquier cobardía, congregó en la puente, bajo la mayor, troncos, tablillas, toneles vacíos, los roció con el aceite de todas las lantias, y les prendió fuego.

Se había levantado una primera llamarada, que acarició sin tardanza las velas y las jarcias. Cuando hubo obtenido la certeza de que la hoguera estaba alimentándose por fuerza propia, se dispuso al adiós.

Estaba aún desnudo, desde que había empezado a morir transformándose en piedra. Desnudo incluso de la amarra que ya no limitaría su viaje, había bajado al mar.

Había apuntado los pies contra la madera, dándose un golpe hacia adelante para apartarse del *Daphne*, y después de haber seguido el costado hasta la popa, habíase

alejado para siempre, hacia alguna de las dos felicidades que sin duda le esperaba.

Antes aún que el destino, y las aguas, hubieran decidido por él, quisiera que, deteniéndose de vez en cuando para tomar aliento, hubiera dejado vagar la mirada desde el *Daphne*, que saludaba, hasta la Isla.

Allá abajo, por encima de la línea trazada por las copas de los árboles, con ojos ya agudísimos, debería haber visto alzarse en vuelo, como una saeta que quisiera herir el sol, la Paloma Naranjada.

40

COLOPHON

Ya está. Y qué fue luego de Roberto, no lo sé ni creo que se podrá saber jamás.

¿Cómo sacar una novela, de una historia aun así tan novelesca, si luego no se conoce el final; o mejor, el verdadero principio?

A menos que la historia que hay que contar no sea la de Roberto, sino la de sus papeles. Aunque aquí tengamos que proceder por conjeturas.

Si los papeles (por lo demás fragmentarios, de los que he sacado un relato, o una serie de relatos que se intersecan y se ensartan) han llegado hasta nosotros es porque el *Daphne* no se quemó del todo, me parece evidente. Quién sabe, quizá aquel fuego rozó sólo los palos, pero luego se extinguió en aquella jornada sin viento. O nada excluye que unas horas después haya caído una lluvia torrencial, que apagó la hoguera...

¿Cuánto permaneció allá abajo el *Daphne* antes de que alguien lo encontrara y descubriera los escritos de Roberto? Intento dos hipótesis, ambas fantásticas.

Como ya he indicado, pocos meses antes de aquellos sucesos, y precisamente en febrero de 1643, Abel Tasman, salido de Batavia en agosto de 1642, después de haber tocado aquella tierra de van Diemen que se habría convertido luego en Tasmania, viendo sólo de lejos Nueva Zelanda y dirigiéndose hacia las Tonga (ya alcanzadas en 1615 por van Schouten y le Maire, y bautizadas islas del Coco y de los Traidores), procediendo hacia el norte, había descubierto una serie de islitas rodeadas de arena, registrándolas a 17,19 grados de latitud sur y a 201,35 grados de longitud. No vamos a discutir sobre la longitud, pero aquellas islas que había llamado Prins Willems Eijlanden, si mis hipótesis son justas, no habrían debido estar lejos de la Isla de nuestra historia.

Tasman acaba su viaje, dice, en junio, y por lo tanto, antes de que el *Daphne* pudiera llegar por aquellas partes. Pero nadie nos asegura que los diarios de Tasman sean verídicos (y entre otras cosas ya no existe el original)^[3]. Intentemos, por tanto, imaginar que, por una de aquellas desviaciones casuales de las que su viaje es tan rico, él haya vuelto a aquella zona digamos en septiembre de aquel año, y haya descubierto el *Daphne*. Ninguna posibilidad de volverlo a poner en funciones, privado de la arboladura y de las velas como tenía que estar ya. Lo había visitado para descubrir de dónde venía, y había encontrado los papeles de Roberto.

Por poco italiano que supiera, había entendido que se discutía el problema de las longitudes, por lo que aquellos papeles se convertían en un documento reservadísimo

que había que entregar a la Compañía de las Indias Holandesas. Por esto calla en su diario todo el asunto, quizá falsifica incluso las fechas para borrar todo rastro de su aventura, y los papeles de Roberto van a parar a algún archivo secreto. Que luego Tasman realizó otro viaje al año siguiente, y Dios sabe si fue adonde había dicho^[4].

Imaginémonos a los geógrafos holandeses hojeando aquellos papeles. Nosotros lo sabemos, no había nada interesante que encontrar en ellos, excepto quizá el método canino del doctor Byrd, del cual apuesto que varios espías ya habían conseguido saber por otros caminos. Se encuentra la mención de la *Specola Melitense*, pero quisiera recordar que, después de Tasman, pasan ciento treinta años antes de que Cook vuelva a descubrir aquellas islas, y de seguir las indicaciones de Tasman no se habría podido volverlas a encontrar.

Luego, por fin, y siempre un siglo después de nuestra historia, la invención del cronómetro marino de Harrison pone punto final a la frenética búsqueda del *punto fijo*. El problema de las longitudes deja de ser un problema, y algún archivista de la Compañía, deseoso de vaciar los armarios, tira, regala, vende, quién sabe, los papeles de Roberto, ahora ya pura curiosidad para algún maníaco de manuscritos.

La segunda hipótesis es novelescamente más cautivadora. En mayo de 1789 un fascinante personaje pasa por aquellas partes. Es el capitán Bligh, que los amotinados del *Bounty* habían arriado en una chalupa con dieciocho hombres fieles, y confiado a la clemencia de las olas.

Ese hombre excepcional, cualesquiera que hayan sido sus defectos caracteriales, consigue recorrer más de seis mil kilómetros para arribar por fin a Timor. Al realizar esta empresa, pasa por el archipiélago de las Fiji, toca casi Vanua Levu y atraviesa el grupo de las Yasawa. Esto quiere decir que, si apenas hubiera desviado levemente hacia el este, habría podido arribar perfectamente por las partes de Taveuni, donde me gusta argüir que se encontraba nuestra Isla; que si luego valieran pruebas en cuestiones que atañen al creer y al querer creer, pues bien, me aseguran que una Paloma Anaranjada, o Orange Dove, o Fíame Dove, o mejor aún Ptilinopus Víctor, existe sólo allá abajo. Sólo que, corro el riesgo de arruinar toda la historia, la paloma naranja es el macho.

Ahora bien, un hombre como Bligh, si hubiera encontrado el *Daphne* apenas en estado razonable, puesto que había llegado hasta allí en una simple barca, habría hecho lo imposible para volverlo a poner en funciones. Pero ya había pasado casi siglo y medio. Alguna tempestad había sacudido ulteriormente aquel buque, lo había desanclado, el barco había ido a volcarse sobre el arrecife; o no, había sido capturado por la corriente, arrastrado hacia el norte y arrojado en otros bajíos o en la escollera

de una isla cercana, donde había permanecido expuesto a la acción del tiempo.

Probablemente Bligh subió a bordo de un bajel fantasma, con los costados incrustados de conchas y verdes de algas, con el agua estancada en una bodega destripada, refugio de moluscos y peces venenosos.

Quizá sobrevivía, inestable, el alcázar, y en el camarote del capitán, secos y polvorientos, o quizá no, húmedos y macerados, pero aún legibles, Bligh encontró los papeles de Roberto.

Ya no eran tiempos de grandes angustias sobre las longitudes, quizá lo atrajeran las referencias, en lengua desconocida, a las Islas de Salomón. Casi diez años antes un cierto señor Buache, Geógrafo del Rey y de la Marina Francesa, había presentado una memoria a la Academia de las Ciencias sobre la Existencia y Posición de las Islas de Salomón, y había sostenido que no eran sino aquella bahía de Choiseul que Bougainville había tocado en 1768 (y cuya descripción parecía conforme a la antigua de Mendaña), y las Terres des Arsacides, tocadas en 1769 por Surville. Tanto que mientras Bligh navegaba aún, un anónimo, que era probablemente el señor de Fleurieu, iba a publicar un libro titulado *Decouvertes des Frangois en 1768 amp; 1769 dans le Sud-Est de la Nouvelle Guinée*.

No sé si Bligh había leído las reivindicaciones del señor Buache, pero sin duda en la marina inglesa se hablaba con enojo de ese rasgo de arrogancia de los primos franceses, que se jactaban de haber encontrado lo inencontrable. Los franceses tenían razón, ahora que Bligh podía no saberlo, o no desearlo. Podría por tanto haber concebido la esperanza de haber puesto las manos en un documento que no sólo desmentía a los franceses, sino que lo habría consagrado a él como descubridor de las Islas de Salomón.

Yo imaginaría que, antes, había dado las gracias mentalmente a Fletcher Christian y a los demás amotinados por haberlo puesto brutalmente en el camino de la gloria, luego había decidido, como buen patriota, callar con todos de su breve desviación hacia oriente y de su descubrimiento, y de entregar con absoluta reserva los papeles al Almirantazgo británico.

Pero también en ese caso, alguien los habrá juzgado de escaso interés, desprovistos de toda virtud probatoria y, de nuevo, los habrá exilado entre legajos de chismes eruditos para literatos. Bligh renuncia a las Islas de Salomón, se conforma con ser nombrado almirante por otras innegables virtudes suyas de navegador, y morirá igualmente satisfecho, sin saber que Hollywood lo habría vuelto detestable a la posteridad.

Y así, aunque una de mis hipótesis se prestara a seguir la narración, ésta no tendría un final digno de ser narrado, y dejaría descontento e insatisfecho a todos los lectores. Ni siquiera así las vicisitudes de Roberto se prestarían a enseñanza moral alguna, y estaríamos aún preguntándonos cómo le sucedió lo que le sucedió, concluyendo que en la vida las cosas suceden porque suceden, y sólo en el País de las Novelas es donde parecen suceder por alguna finalidad o providencia.

Que, si tuviera que sacar una conclusión, tendría que ir a rebuscar entre los papeles de Roberto una nota, que se remonta sin duda a aquellas noches en las que aún se interrogaba sobre un posible Intruso. Aquella noche Roberto miraba una vez más el cielo. Recordaba cómo en la Griva, cuando habíase derrumbado por la edad la capilla de familia, su preceptor carmelita, que había hecho aprendizaje en Oriente, había aconsejado que reconstruyeran aquel pequeño oratorio según la moda bizantina, de forma redonda con una cúpula central, que precisamente nada tenía que ver con el estilo a que estaban acostumbrados en Monferrato, pero el viejo Pozzo no quería meter la nariz en cosas de arte y de religión, y había escuchado los consejos de aquel santo varón.

Viendo el cielo antípoda, Roberto daba en la cuenta de que en la Griva, en un paisaje circundado por doquier por las colinas, la bóveda celeste se le parecía como la cúpula del oratorio, bien delimitada por el breve círculo del horizonte, con una o dos constelaciones que él era capaz de reconocer, de suerte que, por lo que sabía, el espectáculo mudaba de semana en semana. Visto que él íbase a dormir pronto, no había tenido modo de advertir que cambiaba incluso en el transcurso de la misma noche. Y por tanto, aquella cúpula habíale parecido siempre estable y redonda, y en consecuencia, igualmente estable y redondo había concebido el universo mundo.

En Casal, en el centro de una llanura, había entendido que el cielo era más vasto de lo que él creía, pero el padre Emanuel le convencía más de que imaginara las estrellas descritas por conceptos, que de que mirara las que tenía encima de la cabeza.

Ahora, espectador antípoda de la infinita extensión de un océano, divisaba un horizonte ilimitado. Y arriba, encima de la cabeza, veía constelaciones jamás vistas. Las de su hemisferio, las leía según la imagen que otros le habían fijado ya, aquí la poligonal simetría del Carro Mayor, allá la alfabética exactitud de Casiopea. Pero en el *Daphne* no tenía figuras predispuestas, podía unir cualquier punto con cualquier otro, sacar las imágenes de una serpiente, de un gigante, de una cabellera o de una cola de insecto ponzoñoso, para luego deshacerlas e intentar otras formas.

En Francia y en Italia observaba también en el cielo un paisaje definido por la

mano de un monarca, que había fijado las líneas de las calles y de los servicios postales, dejando entre ellas las manchas de los bosques. Aquí, en cambio, era pionero en una tierra desconocida, y tenía que decidir qué sendas habrían enlazado un pico con un lago, sin un criterio de elección, porque todavía no había ciudades y aldeas en las laderas del uno o en las riberas del otro. Roberto no miraba las constelaciones: estaba condenado a instituir las. Se maravillaba de que el conjunto se dispusiera como una espiral, una cáscara de caracol, un vórtice.

Y es en ese punto cuando se acuerda de una iglesia, hartamente nueva, vista en Roma; y es la única vez que nos deja imaginar que había visitado aquella ciudad, quizá antes del viaje a Provenza. Aquella iglesia le había resultado demasiado diferente, tanto de la cúpula de la Griva como de las naves, geométricamente ordenadas por ojivas y cruceros, de las iglesias vistas en Casal. Ahora entendía por qué: era como si la bóveda de la iglesia fuera un cielo austral, que estimulaba al ojo a que intentara siempre nuevas líneas de fuga, sin jamás descansar en un punto central. Bajo aquella cúpula, donde quiera que se colocara, quien mirara hacia arriba se sentía siempre en las márgenes.

Daba en la cuenta ahora de que, de manera más indeterminada, menos evidentemente teatral, vivida a través de pequeñas sorpresas día a día, aquella sensación de un descanso negado habíala tenido antes en Provenza y luego en París, donde cada uno de algún modo le destruía una certeza, y le indicaba una forma posible de dibujar el mapa del mundo, pero las sugerencias que procedían de partes diferentes no se componían en un dibujo finito.

Oía de máquinas que podían alterar el orden de los fenómenos naturales, de suerte que lo grave tendiera hacia arriba, y lo ligero se desplomara hacia abajo, que el fuego mojara y que el agua quemara, como si el mismo creador del universo fuera capaz de enmendarse, y pudiera al fin constreñir a las plantas y a las flores contra las estaciones, y las estaciones a trabar una lid con el tiempo.

Si el Creador aceptaba mudar de aviso, ¿existía aún un orden que Él hubiera impuesto al universo? Quizá había impuesto muchos, desde el principio, quizá estaba dispuesto a cambiarlos día a día, quizá existía un orden secreto que presidía aquel mudar de órdenes y de perspectivas, pero nosotros estábamos destinados a no descubrirlo jamás, y a seguir más bien el juego voluble de aquellas apariencias de orden que se reordenaban a cada nueva experiencia.

Y entonces la historia de Roberto de la Grive sería sólo la de un enamorado infeliz, condenado a vivir bajo un cielo exagerado, que no conseguía conciliarse con la idea de que la tierra vaga a lo largo de una elipse de la cual el sol es sólo uno de los fuegos.

Lo que, como muchos convendrán, es demasiado poco para sacar una historia con unos pies y una cabeza.

En definitiva, si de esta historia quisiera sacar una novela, demostraría una vez más que no se puede escribir si no es haciendo palimpsesto de un manuscrito encontrado; sin conseguir substraerse jamás a la Angustia de la Influenza. Ni escaparía a la pueril curiosidad del lector, el cual querría saber si de verdad Roberto escribió las páginas sobre las que me he demorado incluso demasiado. Honradamente, tendría que contestarle que no es imposible que las haya escrito alguien diferente, que quería fingir sólo que contaba la verdad. Y así perdería todo el efecto novelesco: donde, sí, se finge que se cuentan cosas verdaderas, pero no se debe decir en serio que se finge.

No sabría ni siquiera excogitar a través de qué último azar las cartas llegaron a las manos de quien debería de habérmelas dado, sacándolas de una miscelánea de otros deslavados y arañados autógrafos.

—El autor es desconocido —me esperaría, con todo, que hubiera dicho—, la escritura tiene garbo y aire, pero como ve, está descolorida, y los folios son todos una mancha. En cuanto al contenido, por ese poco que he hojeado, son ejercicios de manera. Ya sabe usted cómo se escribía en aquel Siglo... Era gente sin alma.

NOTA DE LA TRADUCTORA

El autor de la crónica que acabamos de leer se preguntaba cómo extraer una novela de los materiales con los que se había topado, y llegaba a la conclusión de que no se puede escribir si no es haciendo palimpsesto de un manuscrito encontrado.

El traductor de esta crónica se preguntaba (y se sigue preguntando) cómo hacer una traducción de tal palimpsesto.

Y es que son fundamento de esta novela no sólo el ensamblaje de materiales e inspiraciones diferenciadas, sino también una voluntad lingüística y estilística muy caracterizada.

El siglo xvii se recrea en toda su complejidad literaria, científica, filosófica, técnica; son sus fuentes: Marino, Gassendi, novelistas italianos del *Seicento*, poetas y novelistas franceses, John Donne, Gryphius, Cyrano de Bergerac, Galileo, Kircher, Schott, Gracián, etcétera, etcétera.

La lengua de *La isla del día anteriores* también una invitación al barroco. Imitación y cita se combinan en el juego de las diferentes voces que intervienen en la novela, juego éste que tiene una regla precisa: evitar las palabras que no estén atestiguadas en fuentes secentistas.

Ello impone giros, modismos, desarrollos poéticos inspirados en un material limitado y circunscrito: el italiano del siglo XVII.

Por todo lo que se ha dicho se puede comprender la desazón del traductor.

El traductor literario está acostumbrado a sortear el límite constitutivo de la traducción: la pérdida de la lengua original, y de lo que ésta conlleva, sonoridad, ritmo, estilo, y en definitiva cultura. Y está acostumbrado a ensayar ese difícil intento de perder lo menos posible dentro de la mayor fidelidad hacia el texto original. Claro que está acostumbrado a hacerlo en *su* lengua, no en la lengua del siglo XVII. Y no en el castellano del Siglo de Oro, con todo lo que eso implica.

Esta nota no quiere ser una *lamentatio*, ni tampoco una disquisición teórica sobre la traducción. Quiere ser una declaración de la poética de esta traducción, o sea, de los criterios que he seguido al hacerla.

Creo en la posibilidad, y en el deber, de hacer traducciones fieles y «literales», esto es, que respeten la precisión en las equivalencias léxicas, que reproduzcan el ritmo, que adecúen el estilo, que obtengan el mismo efecto, y que no manifiesten su carácter de traducción. Así la intención pura; el resultado es el fruto de muchos compromisos.

Por ejemplo, el límite histórico que impone la atestiguación de palabras obliga a usar, muy a menudo, expresiones que cambian por completo el tono, o la transparencia del texto original. Así en el capítulo 22, al intentar definir el asombroso color de la Paloma Naranjada, Roberto sugiere una serie de comparaciones con elementos vegetales de color rojo (o de la gama del rojo), que son cercanos a su experiencia cotidiana: «como una fresa, una clavellina, una frambuesa, una guinda...». Pues bien, aquí mi texto traiciona el original. Donde dice «clavellina», el original dice «geranio». En el siglo xvii no existía tal palabra, existía el objeto y se llamaba «pico de cigüeña». Imaginemos el efecto que hubiera producido la siguiente enumeración: «como una fresa, un pico de cigüeña, una frambuesa, una guinda...». Creo que lo primero en lo que habría pensado el lector habría sido en el pico de una cigüeña; y aun sabiendo que un pico de cigüeña es una planta geraniácea (llamada también relojes), la naturaleza de la expresión rompía el ritmo de cosas vegetales y cotidianas. Por eso elegí «clavellina», una planta modesta, que suele ser roja (como el geranio), y que nos permite una comprensión inmediata del texto.

En este caso la precisión está subordinada al efecto. Lo que implica que cuando, en cambio, el texto sea hermético para un lector italiano, entonces también mi texto lo será. Y no creo que haya que poner ejemplos: bastantes ha tenido ya el lector.

La presencia en el texto de terminología técnica (en el ámbito náutico o de la esgrima, entre otros) planteaba también problemas: en el texto original muchos términos figuran más por su valor estético que por sus virtudes designativas. Así que a veces he optado por elegir términos alejados del original (intentando respetar la verosimilitud), por ser, a mi juicio, más bellos.

Por lo que respecta a la morfología, la sintaxis y el estilo en general se impone una observación de naturaleza contrastiva: el castellano ha evolucionado mucho más desde el siglo xvii que el italiano. En otras palabras: la distancia lingüística que nos separa a los hispanohablantes de nuestros clásicos es mayor que la que separa a un italiano de los suyos.

Por eso la imitación de la lengua barroca es un poco *sui generis*; se basa más en la percepción que podemos tener de la lengua de ese período que en una escritura en «barroco»; son peculiares los géneros gramaticales diferentes (la puente, la espía), la proclisis del pronombre (habíase), algunos nexos (puesto que, con valor concesivo), los tratamientos, etc.

Esta imitación intenta reflejar las diferentes prácticas imitativas del texto original. Para distinguirlas he hecho una división práctica entre fuentes de documentación y fuentes de inspiración, aunque la línea que las separa es muy sutil. Son fuentes de

documentación las que manipulan y adaptan un texto, fuentes de inspiración las que usan ese texto como punto de partida para desarrollos poéticos.

Mi primera operación ha sido identificar estas fuentes y buscar traducciones al castellano realizadas en el Siglo de Oro, y como mucho en el siglo xviii con resultados bastante pobres; en su defecto he buscado imitaciones, y por último escritos sobre el mismo argumento.

Una muestra del primer tipo de operación es el capítulo 9, que copia y adapta la traducción que el padre Sequeyros hizo del *Cannocchiale Aristotélico* de Tesauro en 1741.

Una muestra del segundo tipo es la presencia de material poético italianizante: Herrera, el Villamediana de *La Europa*, el Soto de Rojas de los *Desengaños en Rimas*, etc.

Conflictiva ha sido la documentación temática. Es cierto que la literatura europea del siglo xvii es un juego de imitaciones continuas, de filones temáticos que cada literatura explota y agota a su manera. Es esta idiosincrasia en el tratamiento de los materiales la que determina los caracteres de las literaturas nacionales de esta época.

La lengua de *L'isola del giorno prima* hincó sus raíces fuerte y justamente en el barroco italiano. La inspiración poética deriva de los materiales lingüísticos sobre los que trabaja el autor. En términos cercanos a nosotros: un hispanohablante puede demorarse en la mención del alféizar, por considerar esta palabra rica de sonoridades y sugerencias, cosa que en otra lengua puede no suceder.

La imitación de fuentes literarias españolas y su presencia en esta traducción, pues, era sumamente conflictiva, ya que habría cambiado completamente el carácter y la densidad del texto, precisamente por esa diferencia entre el barroco italiano y nuestro gran barroco.

Y habría ido contra una de las finalidades primarias de la traducción: desvelarnos objetos e ideas que nuestra lengua nos ocultaba, abrirnos precisamente al conocimiento de otra cultura.

No obstante, el lector habrá reconocido citas de autores hispanísimos. Salvo Gracián y una cita procedente de *La Celestina*, todo lo demás es harina de mi costal.

He querido mantener, pues, un equilibrio entre lo que el texto le enseña al lector y aquello en lo que éste se puede reconocer, intentando reproducir para los lectores del español la selección de lector ideal que todo texto lleva consigo.

A este mismo criterio obedece la traducción de los títulos de los capítulos. Si la obra estaba traducida se le imponía el título que había recibido; donde no lo había sido y era significativo, se han elegido obras que tuvieran transcendencia para la cultura

española del siglo xvii. Así el capítulo 14 llevaba el título de un manual de esgrima de Agrippa, *Trattato di Scienza d'Arma*, y se ha substituido por el *Discurso de Armas y Letras* de Jerónimo Carranza, al ser éste el maestro reconocido de la destreza española.

Otro punto que quiero aclarar, por ser problema discutido en el ámbito teórico y práctico, es el de la traducción de los nombres propios. Una vez más, he traducido los nombres porque en el siglo xvii los traducían, aunque no sistemáticamente. Para los topónimos, allá donde he podido documentar traducciones las he reproducido (Ucimián, Valencia del Po, por Occimiano, Valenza del Po'); otras veces los documentos eran tan contrastantes, que he elegido la opción más acorde a las características actuales de la lengua.

Última declaración de traiciones: con la aprobación de Umberto Eco, he añadido algunas citas que en el texto no estaban. El lector habrá reconocido deudas cervantinas, gongorinas o de San Juan de la Cruz. Ello se ha hecho porque el texto presentaba problemas de traducción cuyo tratamiento normal suele consistir en un recorte drástico del mismo. Personalmente prefiero tener que añadir a tener que quitar.

Para concluir, tengo una deuda contemporánea: la traducción de la poesía del compás, *A Valediction: forbidding mourning*, de John Donne, es de José Martín Triana (Visor, Madrid, 1972).

Mucho más habría que seguir exponiendo, pero creo que lo dicho puede servir ya al lector para penetrar en el espíritu de esta traducción, cuyo fin último no puede ser sino una invitación a la lectura del original.

Helena Lozano Miralles

Notas

[1] SIC en la traducción, “Dumm bin **Ich** nicht” Nota corrector

[2] SIC en la traducción, “ex **nihilo**” Nota corrector

[3] Cualquiera puede controlar fácilmente si digo la verdad en P. A. Leupe, «De handschriften der ontdekkingsreis van A. J. Tasman en Franchoy Jacobsen Vissche 1642-3», en *Bijdragen voor vaderlandschefeschiedenis en oudheidkunde*, N. R... 7, 1872, págs. 254-93. Son incontestables, desde luego, los documentos recogidos como *Genérale Missiven* donde existe un extracto del «Daghregister van Het Casteel Batavia» del 10 de junio de 1643 en que se da noticia del regreso de Tasman. Pero si la hipótesis de la que voy a hablar fuera fiable, poco haría falta para suponer que, para preservar un secreto como el de las longitudes, incluso un acta de ese tipo hubiera sido falsificada. Con comunicaciones que desde Batavia tenían que llegar a Holanda, y quién sabe cuándo llegaban, una diferencia de dos meses podía pasar inobservada. Por otra parte, yo no estoy seguro de que Roberto haya llegado a esas partes en agosto y no antes.

[4] De este segundo viaje no existen absolutamente cuadernos de bitácora. ¿Por qué?